

REVISTA DEL RIO DE LA PLATA.

PERIÓDICO MENSUAL

DE

HISTORIA Y LITERATURA DE AMÉRICA

PUBLICADO

POR

Andrés Bamas, Vicente Fidel Lopez

Y

Juan María Gutierrez.

TOMO VI.

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de Mayo, calle de Moreno 241

Plaza de Monserrat

1873.



REVISTA DEL RIO DE LA PLATA.

N.º 21.

NUESTRO PRIMER HISTORIADOR

Ulderico Schmidel.

SU OBRA, SU PERSONA Y SU BIBLIOGRAFÍA.

...magna cum voluptate et admiratione legi...
qui tam periculosum, et memorabile iter confe-
cerit, et tam rara, et auditu penè incredibilia ex-
hauserit. (*Levini Hulstii—ad benevolum lecto-
rem.*)

Un autre motif d'étudier la relation de Schmidel,
c'est qu'il est un des premiers qui ont écrit
sur cette partie de l'Amérique Méridionale. (A.
G. CAMUS.—*Memoire sur la collection des
grands et petits voyages, etc. pag. 87, 88.*)

Ce ne sont que les memoires d'un vieux soldat, qui de
reíour dans ses foyers raconte simplement et
sans exagération ce qui lui est arrivé. (*H. Ter-
naux-Compans.*)

Su obra es la mas exacta que tenemos, la mas pun-
tual en las situaciones y distancias de los lugares
y naciones, y la mas ingénua é imparcial. (*D.
Félix de Azara.—Prólogo á su descrip. é
hist. del Paraguay y del R. de la Plata.
Edicion de Madrid—1847—pág. 5.*)

La conquista del Rio de la Plata tiene su poeta épico
en un sacerdote hijo de Estremadura, el Arcediano don
Martin del Barco Centenera, y su primer historiador en

un soldado alemán de las huestes de Carlos V, llamado por los españoles **ULDERICO SCHMIDEL**. Tanto el uno como el otro de estos personajes, cuya memoria nos es cara, fueron testigos oculares y actores en los sucesos verdaderamente extraños y dramáticos de nuestros orígenes, y por consiguiente sus biografías están escritas por ellos mismos en las preciosas páginas que transmitieron á la posteridad.

Por ahora, y dejando para otra oportunidad al poeta épico, vamos á ocuparnos del viajero historiador y guerrero, refiriendo sus hechos y opiniones, dando á conocer su persona y al mismo tiempo el libro curioso y poco popular que escribió en Europa después de su regreso. No será esta la parte menos interesante del presente escrito, porque la narración de los viajes de Schmidel, antes de pasar á la nuestra, solo podían leerla aquellos que conocían las lenguas alemana ó latina en que apareció primero; circunstancia que ha dado al libro de nuestro historiador una fisonomía especial, convirtiéndole en algunos de sus pasajes, en un verdadero enigma á causa de la singular adulteración que han padecido en aquellos dos idiomas los nombres propios de nuestras cosas y de nuestros personajes, tanto derivados de las lenguas indígenas como de origen peninsular. El nombre y apellido del mismo Schmidel difiere tanto, según el texto en donde se halle, que no es fácil reconocerlo como el de un mismo y único personaje, sino con ayuda de la sagaz advertencia de algún erudito.— **Ulrici Schmidts, Huldericus Schmidel, Holderico Schimidel,** ¹ **Feber, Fabro,** ² de todas estas diversas maneras se encuen-

1. Antonio de Leon—Epitome etc. etc.

2. *Faber o Fabro*, es la traducción literal del Schmidts alemán.

tra escrito este nombre, en las ediciones alemanas y latinas á que acabamos de aludir, y en las bibliotecas y catálogos de libros sobre América.

Antes de dar á conocer el libro narraremos lacónicamente la vida y viajes de nuestro primer historiador siguiendo las huellas que dejó impresas en la crónica de sus correrías y de sus aventuras militares.

Schmidel era natural de Straubing ó Straubingen, ciudad de Baviera, en donde nació á principios del siglo XVI.

Debia hallarse en edadazonada y en la plenitud de sus fuerzas, cuando en el año 1534 tomó pasaje en una de las catorce embarcaciones que zarparon del puerto de Cadiz al mando de *don Pedro de Mendoza*, con direccion al Rio de la Plata y con escala en San Lucar, de donde dió vela la expedicion el 1º de Setiembre, segun la cronologia del mismo Schmidel que es la adoptada por Azara en el precioso resumen histórico que forma el Capítulo XVIII de sus viajes en la edicion madrileña del año 1847. A estar á lo que aquel refiere, la gente reunida por el Adelantado se componia de 2500 españoles y 150 alemanes, flamencos y sajones, á bordo de 14 grandes navios. Uno de estos, cargado de mercaderias y del cual era factor Enrique Payne, recibió á su bordo á 80 hombres bien armados, entre alemanes y flamencos, en cuyo número debe incluirse al mismo Schmidel; siendo de notar que este soldado oscuro cuyo nombre no se creyó digno de figurar al lado del hermano de leche del emperador Carlos V ni de un deudo de Santa Teresa de Jesus, de quienes hacen mencion los historiadores como

1. *Heinrich Pazime*, en el testo aleman.

compañeros de Mendoza, debía de dejar rastros imperecederos como historiador de los importantes acontecimientos en que tomó parte, describiendo países, hombres y usos de que la Europa no tuvo conocimiento hasta el regreso á su patria de este simpático aventurero. Su peregrinacion duró cerca de veinte años, y durante ella dió pruebas de valor y constancia y de una circunspeccion de carácter y de juicio que imprime á su rápida narracion el sello de la verdad inspirando plena confianza en lo que refiere. Azara que es tan ríjido para juzgar á los historiadores primitivos del Rio de la Plata, considera la obra de *Schmidels* como la mas exacta, la mas puntual en las situaciones y distancias de los lugares y naciones, (y en esto era Azara juez competente como geómetra y como geógrafo) y la mas injenua é imparcial.»¹

La expedicion arribó á las islas Canarias con el objeto de surtirse de provisiones, dividiéndose las naves entre los puertos de Tenerife, Gomera y Palma. La de Schmidel estaba surta en este último. Uno de sus compañeros de bordo, pariente del Adelantado y del mismo apellido de Mendoza, dió la primera muestra de lo que era capaz la jeneralidad de aquellos aventureros, en satisfaccion de los apetitos de sensualidad y codicia. Don Jorge Mendoza, burlando la vijilancia del capitan Payne, habia embarcado á una jóven hija de honesta familia de la isla, de quien se habia aficionado, robándola con sus joyas y dinero en la alta noche la vispera de dar á la vela. Este hecho escandaloso habria quedado sin reparacion, si á poco de comenzado el viaje no se hubiera alterado el mar de manera

1. Edicion española T. 1.^o pág. 5. párrafo 7.

que fué necesario recobrar el puerto á la nave de Schmidel. Una vezal ancla, quiso bajar á tierra el capitan Payne, y apenas se acercó á la playa vinieron contra él como treinta hombres armados que le persiguieron sin tregua en pequeñas embarcaciones. Payne logró sin embargo escapar asilándose en una nave surta sobre la costa, desde donde vió que los Canarios despechados de no haber podido prenderle tocaron á rebato y trajeron dos cañones que dispararon contra el buque hospitalario, causándole serias averias y la muerte de un hombre.

La situacion geográfica de las «islas afortunadas», las condenaba en aquella época, en que la España toda lanzaba sobre el nuevo mundo las indisciplinadas hordas que militaron con el ambicioso Carlos 1º, á darles hospedaje en el tránsito, y á la sazón en que pasa el hecho que referimos se hallaba en aquella isla un capitan en viaje para Méjico que con ciento cincuenta hombres se solazaban en tierra. Este capitan tomó cartas en el asunto de don Jorge de Mendoza, inclinándose á favor del raptor, con cuyo acto violento simpatizaba por educacion y por los instintos de la sangre. El gobernador de la isla sometido naturalmente á la influencia de la fuerza, pactó con el capitan y subió con él á bordo del buque mandado por Peynè, donde se consumaron con fórmulas espeditivas los desposorios de Mendoza con la doncella robada, á pesar de las lágrimas de su infeliz padre y del duelo general de los moradores de Palma.

Esta aventura tan dramática y tan propia para caracterizar el sentido moral de aquellas jentes destinadas á la conquista, ocupa poquísimos renglones en la narracion de Schmidel, á quien no sujiere reflexion alguna, limitándose

á dejar consignado el hecho con verdadera parcimonia bábara. Es singular que siendo compuesta esta expedicion de don Pedro Mendoza, de jente de cuna y de corte á punto de que los historiadores ostentan la lista de su personal como una prueba de que los primeros conquistadores del Rio de la Plata «fueron los mas distinguidos é ilustres entre los conquistadores de Indias» ¹ es singular deciamos que aquellos hombres, socialmente tan selectos, hubiesen sembrado de escándalos su tránsito, en las Canarias, en Rio de Janeiro, dentro de las primeras tapias del fuerte que levantarou en nuestro suelo, derramando á puñaladas traidoras la sangre del Maestre de campo Juan de Osorio y del capitán Lázaro de Mendoza, favoritos del Adelantado. Este mismo, es acusado por los historiadores de su tiempo, de haberse enriquecido por el saqueo, y de haber hecho frente á los empeños que contrajo como conquistador,

Con dinero robado entre Romanos. ²

Despues de tocar en las islas de Cabo Verde y en Rio Janeiro, donde tuvo lugar la sabida tragedia de Osorio, asesinado por orden del Adelantado, llegó la expedicion al Rio de la Plata, fondeando las 14 naves que la componian. en el Rio Paraná, como á un tiro de bala de la costa. Trasladados á tierra los soldados y demás jente, dieron con un pueblo de indios llamados Charruas como en número de dos mil, que se alimentaban de caza y pesca y andaban desnudos á exepcion de las mujeres que usaban un paño delgado de algodón que las cubria desde la cintura á las rodillas. Aquellos naturales que mostraron en adelante tanta constancia en re-

1. Azara t. 2º pág. 25 ed. citada.

2. Barco Centenera—*Argentina*—capitulo 4º oct. 2º.

sistir á los conquistadores esta vez huyeron de los españoles llevando consigo á sus mujeres é hijos.

Entonces el Adelantado ordenó á los suyos que pasasen á la otra parte del rio, «que no tenia por allí mas anchura que ocho leguas,» y llegaron al sitio en donde se levantó por entonces la ciudad de Buenos Aires, residencia de los indios querandies, que en número como de 3000 se presentaron á los españoles bajo el mismo aspecto que los charruas. Estos querandies, dice nuestro historiador, no tienen morada fija; vagan como los *gitanos*, y en sus correrías que suelen ser hasta de 30 leguas, aplacan la sed con la sangre de los animales de caza, cuando no hallan la raíz de unos cardos, que comida, surte el mismo efecto.

Estos indios recibieron dóciles y de paz á los recién llegados, á quienes suministraron carne y peces durante catorce dias seguidos. El primero que faltaron con este tributo voluntario, envió Mendoza al juez ó alcalde *Juan Pabon*¹ acompañado de dos soldados, á reconvenir á los querandies por la falta en que habian incurrido. Estos se hallaban á cuatro leguas del real de los españoles: «Los indios dice el testo castellano, los maltrataron y volvieron heridos;» pero comparándole con el orijinal aleman se nota que hay aquí una reticencia voluntaria, pues Schmidel dice, en su sencillo lenguaje de soldado, que los emisarios se condujeron tan mal con los indíjenas que estos se vieron forzados á escarmentarlos *moliéndoles las costillas*.

Airado Mendoza al saber esta noticia, mandó á su hermano don Diego con trescientos soldados y treinta gine-

1. La traduccion española dice Ruiz Galan; Johann Pabon el testo aleman, como Azara, y Baban la traduccion latina.

tes, á apoderarse de los adnares de los indios y á *prenderlos ó matarlos á todos*. Entre los de á caballo iba el mismo Schmidel; de manera que este fué actor mas que testigo, en el suceso que pasa á referir.

Cuando estas fuerzas llegaron á su destino, tenian reunidos los indios como cuatro mil hombres de pelea y se defendieron de manera que dieron que hacer á los europeos por todo el dia.¹ Don Diego Mendoza, seis hidalgos y veinte soldados, de á pié y de á caballo, murieron á manos de los indios, de los cuales perecieron cerca de mil, sin quedar ni uno solo prisionero de los invasores. Las armas de que usaron los indíjenas se componian de arcos y dardos con puntas triples de pedernal aguzado, y de bolas de piedras atadas á una sogá larga que arrojaban á los *piés* de los caballos y con las cuales mataron al gefe español y á los hidalgos mencionados. Los españoles hallaron en el *pueblo* de los querandies pieles de *hurones* y de nutrias² mucho pescado seco y manteca de peces.

Para comprender cuán pesada debió parecér á los indíjenas la contribucion de alimentos á que le obligaba Mendoza, basta saber que apesar de la abundancia de pesca hubo de sujetar su jente á la racion de tres onzas de harina diaria y á un pez cada tres dias; y el que queria mas tenia que ir á pescarle á cuatro leguas de distancia.

Vueltos los españoles al real emprendieron la obra de edificar la ciudad comenzando á levantar una cerca de tierra (tapia) de tres piés de ancho y tan alta como una lanza,

1. Seguimos el texto aleman en este pasage.

2. La palabra *huron* está suprimida en las traducciones pero se halla en el orijinal aleman.

y una casa fuerte para el gobernador.¹ Mientras tanto moríanse de hambre: se comieron los caballos, los animales inmundos, el cuero del calzado, y hasta los cadáveres. « Quidam etiam hispanus fratrem suum, qui in civitate Buenas Aëres mortuus erat, ob famem immodicam comedit. »²

Así se hallaban los españoles cuando fueron rodeados de 23000 indios aliados de las naciones Querandí, Bartena, Charrua y Timbú³ el día 27 de Diciembre de 1535. Quemaron las casas, que eran techadas con paja, arrojando sobre ellas flechas encendidas. Los mismos indios incendiaron cuatro naves que estaban en el puerto á media legua de la ciudad, cuya tripulacion se salvó pasando á otras tres, artilladas, desde donde se defendieron y repelieron á los valientes invasores. En este trance perecieron treinta de los españoles, los cuales, por los combates y las dolencias, estaban reducidos al número de 560, es decir á menos de la cuarta parte de lo que fueron al desembarcar por la primera vez en las orillas del Rio de la Plata.

En esta triste situacion nombró Mendoza por capitán general y gobernador de Buenos Aires á Juan de Ayolas,⁴ quien, tomó la determinacion de embarcar la gente en ber-

1. Azara supone que Schmidel al hablar de esta casa dice que se construyó de piedra y le objeta que no habiendo este material en el pais, no pudo empleárase. Pero Schmidel no dice tal cosa en el texto de cuyo tenor pueda hacérsele responsable, que es el alemán.

2. Cap. IX trad. de Ulcius—Barco Centenera cant. 4 repite el mismo hecho.

3. Nemlich, Carendies, Zuchurias, Zechuas y Diembus—Así estan escritos estos nombres en la primera edicion alemana. Y en la traduccion latina: Carendies, Bertennis, Zechurvas y Tiembús.

4. Las instrucciones que dejó Mendoza á Juan de Ayolas cuando partió para Europa, están fechadas á 21 de Abril de 1537, en el puerto de Nuestra Señora de Buenos Aires.

gantines que construyó espresamente, dejando solo 160 hombres al cuidado de los cuatro navios grandes que habian quedado, y con una racion escasísima de pan para un año. Entró Ayolas con sus bergantines al Paraná, llevando consigo al Adelantado y cuatrocientos soldados y haciendo número entre estos nuestro historiador Schmidel.

Anduvieron los 8 bergantines de Ayolas ochenta y cuatro leguas en el espacio de dos meses; prueba de las dificultades y tropiezos que hubieron de vencer en aguas inexploradas y por tierras desconocidas. Los primeros moradores con que tropezaron fueron *Timbús*, y este encuentro, con hombres debió ser de buen agüero para los españoles puesto que bautizaron el lugar del hallazgo con el nombre de *buena esperanza*:¹ y tenian razon, pues aquellos salvajes, «nos recibieron muy bien,» dice nuestro historiador, y su cacique Cherá-guazú se hizo acreedor á las dádivas de Mendoza, las cuales consistieron en un «bonete colorado y otras cosillas.» Á precio tan cómodo adquirieron los expedicionarios pesca en abundancia, animales de caza y otros alimentos que les libraron de una muerte segura, pues ya habian perecido de hambre mas de cincuenta de aquellos arrojados exploradores. Schmidel halló en la manera de manejar el remo, semejanza entre los *Timbús* y los pescadores de Alemania; pero no en lo demas: las mujeres de aquella tribu eran «feisimas» segun sus testuales palabras, andaban casi totalmente desnudas y los varones usaban en la ternilla de la nariz una estrellita de piedra azul y blanca.

Cuatro años, dice Schmidel, permanecieron los espa-

1. *Bonoesperanso*, en el testo original.

ñoles gozando de la hospitalidad de los Timbús. ' Pero don Pedro Mendoza regresó á Buenos Aires con 50 soldados, afligido de una enfermedad que no le permitia «mover pié ni mano.» A los dolores físicos se añadía la consideracion mas afligente aun para su codicia, de que tenia que renunciar á sus sueños de grandeza y de oro, que le costaban mas de «cuarenta mil ducados *efectivos*», segun nuestro historiador. Mendoza siguió para España en los mismos dos bergantines y «murió miserablemente» en medio del Oceano, persistiendo en las disposiciones de su testamento en poblar el Rio de la Plata con nuevos sacrificios de vidas y dinero. La imaginacion no puede concebir una situacion mas dramática y novelesca que la muerte de este soldado de Carlos V, cuyos momentos últimos, en medio del aislamiento del mar, fueron tan amargos como las aguas que recibieron su cadáver. Con razon el poeta-historiador Castellanos, denominó «Elegias» á la série de poemas que dedicó á cantar las aventuras y fin de muchos de los mas célebres conquistadores, todos, con pocas escepciones, dechado de crímenes y de términos trágicos y lamentables. Mendoza podria dar un asunto digno á la poesia moderna si esta resucitara entre nosotros, romántica, histórica y reflexiva, con intencion de enseñamientos morales, cual la soñaba Echeverría. ²

Pero volvamos á nuestro lacónico y prosaico historiador, cuya narracion abreviamos.

1. *Ergo usques ad aunum 1539*, dice el testo latino.

2. Salíó el Adelantado para España, cuya navegacion aumentó sus males, y hallándose inapetente, sin víveres frescos, hizo matar una perra, y comió su carne resultándole un grande desasosiego, y dos dias despues la muerte, sobre las islas terceras. (Azara describeion é historia del Paraguay etc. tomo 2.^o pág. na 36, edicion de Madrid.

Los 400 hombres restantes de la expedición de Ayolas, salieron, Paraná arriba, desde el puerto de «Buena Esperanza» y entraron al Río Paraguay, en cuyas riberas hallaron á los indios Carios, á cuyos usos, costumbres y producciones del terreno que habitaban, consagra nuestro historiador una parte especial de su viaje que es la comprendida en el capítulo XX de las traducciones latina y castellana.

Los Carios, dice Schmidel, cultivan el maíz y el algodón y comen unas raíces que saben á manzana, y la mandioca que remeda en el gusto á las castañas. De esta última componen una especie de vino. ¹ Tienen peces, puercos, aves-truces, *ovejas indianas* «tan grandes como mulos,» cabras, gallinas y miel en abundancia de que también hacen vino. Estos dones naturales de que disfrutaban los Carios se extendían, según los cálculos de Schmidel, sobre una superficie de 90,000 millas cuadradas, (300×300) y no los obtenían sin regar el suelo con el sudor del trabajo. Los Carios eran laboriosos, pequeños de estatura y atravesaban los lábios con un agujero para pasar por él un cilindro pequeño de cristal de colores que tenía un nombre especial en su idioma. ² La carne era el alimento favorito de esta tribu y no les repugnaba la humana, especialmente la de sus enemigos.

Schmidel y sus compañeros en prosecución de su viaje al Norte, visitan otras naciones, cuyos nombres son casi fantásticos en el texto de nuestro historiador, pues la *qualguasi* y *macurendas* (ó *macverendas*) por ejemplo, no existieron jamás

1. El texto latino sigue con llaneza al original y dice simplemente *vino*, pero la traducción española reimpresa por Angelis, dice *cerveza*, y agrega la palabra *mandel-beere*, que no hallamos en el texto de Schmidel de la edición principé.

2. Tanto en el texto alemán como en el latino este nombre está escrito *parabol* y *parabor*; pero el traductor español ha introducido en lugar de esta la palabra *tembetá* que nos parece más guaraní.

á las alturas de la laguna Iberá en donde corresponderia colocarlas segun las distancias de su itinerario. El hecho es que los naturales hallados mas allá de los Carios, en número de 18,000 guerreros, recibieron á los exploradores «como siempre,» en aire de paz y con muestras de la mas franca hospitalidad, como lo hicieron tambien los *Zemais selvaticos*, que no sabemos quienes fueron por lo desnaturalizado que se nos presenta este nombre.

Al llegar á la nacion Mesene, que se componia de diez mil varones capaces de llevar armas y usaban canoas capaces de contener hasta veinte hombres, las emplearon contra los recién llegados á quienes atacaron por agua, huyendo luego que sintieron el ruido de los arcabuces y vieron caer heridos á muchos de sus compañeros. No les sucedió lo mismo al llegar al pueblo de los Curumias¹, despues de ocho dias de navegacion contados desde la poblacion de los Mesenes. Los Curumias les obsequiaron con vino de algarroba, que á ningun paladar supo mejor que al de Schmidel, pues aquella bebida le recordó el *Johanns brot* ó *bockhörnlein* á que estaba acostumbrado en su pais. Esta fué probablemente, la primera vez que los europeos probaron en esta parte de América la *chicha* de algarroba, á la cual se atribuye muchas virtudes medicinales, algunas de las cuales debieron venirles como de molde, especialmente al señor Adelantado.

Esta expedicion estaba llamada á fundar una de las ciudades mas afamadas en las rejiones del antiguo vireynato argentino, la capital del Paraguay. La nacion de los Carios, de que hemos hablado antes, era feroz en la guerra y defendia sus poblaciones situadas en parages elevados con fuertes

1. Cuaremagbas en el testo latino.

construidos de maderos. La principal de esas poblaciones tenía el nombre eufónico de *Lambaré* que se convirtió en el de Asunción. *Lambaré* estaba defendida con dos círculos de palo tan gruesos como el cuerpo humano, y tan altos como el brazo levantado con espada en mano, de un soldado. Estas son las unidades de medida de que usa frecuentemente Schmidel, y así compara en otra parte de su obra la elevación de las primeras tapias de la ciudad fundada por Mendoza, con la altura de una *pica* de guerra. Lo que nos parece curioso es que los Caribs usaban en su *castramentación* algunos procedimientos de la ciencia moderna, y de que se mostraron tan conocedores los paraguayos en la guerra reciente con los *guaraníes* empleando los famosos *abatís*. A par de las cercas, dice Schmidel, abrian aquellos indios «unos hoyos y fosos de tres estados de hondo, cubiertos con rama y tierra, y en medio de cada uno una lanza fijada.» Usaban de este ardid en previsión del caso de un ataque de los recién llegados, quienes superando aquellos obstáculos atacaron realmente a *Lambaré* a fuego de cañón, haciendo estrago y carnicería sobre los infelices indígenas que defendían legítimamente la posesión de su suelo natal, sus sembrados, hogares y familias. Este asalto y posesión tuvo lugar el día de la Asunción del año 1539.

Los habitantes de *Lambaré* procedieron con gente cuerda e hicieron virtud de la necesidad, comprando con dádivas y con su completo sometimiento, a fuerzas que no podían contrastar, el derecho de vivir a las orillas queridas del río Paraguay lejos de cuyas aguas morirían de pena y de nostalgia. El precio de la paz

fué el regalo que hicieron al capital Ayolas¹ de siete mujeres jóvenes ninguna de las cuales pasaba de la edad de diesiocho años. A cada soldado dieron dos indias, y á mas cuantas provisiones y víveres hubieron menester. Por seis meses gozaron los expedicionarios de esta especie de pais de cucaña que acababan de conquistar á precio de la sangre de diesiseis hombres que perdieron en el asalto.

Al fin de estos seis meses se despertó de nuevo en Ayolas la sed de los descubrimientos y el deseo de hallar la renombrada nacion de los Jarayes y emprendió nuevo viaje al Norte, siempre por las aguas del Paraguay; viaje de que no debia regresar. Matáronle resentidos los indios Payaguas, cayendo de improviso sobre él y sus soldados al pasar por las cercanias de un bosque espeso. La noticia de este contraste tardó en ser ratificada y conocida en sus pormenores por los españoles de la Asumpcion, dos años completos, premiando de una manera bien singular á los pobres indios payaguas que los sacaron de la curiosidad: por órden del capitán Domingo Martinez de Irala que habia sucedido á Ayolas en el mando, les ataron á un madero rodeado de una gran hoguera é hiciéronles perecer en las llamas, siguiendo el ritual del Santo-oficio.

Irala, dejando la mayor parte de su jente en la Asumpcion, embarcó 150 españoles en cuatro bergantines y descendió en busca de los establecimientos fundados á la márgen del Rio de la Plata. La situacion del famoso fuerte de Corpus-Cristi á la llegada del sucesor de Ayolas, presentaba un espectáculo tristísimo que resalta á pesar de la economia de espresiones con que lo describe Schmidel. Los pocos españoles que le guarnecian habian tenido poder, á fuerza de

1. Schmidel escribe siempre Oyolas

crueldades, para ahuyentar de allí á los Timbús apesar de los beneficios que de ellos habian recibido los conquistadores. El gobernador del fuerte, el escribano y el capellan, no solo habian procedido con falsia y maldad para con los naturales, sino que llevaron su ingratitud hasta dar muerte al cacique principal y á muchos indios de su tribu. «Sabiendo tan triste maldad, dice Schmidel, quedamos asombrados.»

La venganza no se hizo esperar, y la injusticia fué repelida con la astucia propia del hombre salvaje. Diez mil de estos, segun nuestro historiador, algo propenso á exagerar las cifras, cayeron bajo apariencias de paz sobre el fuerte de los españoles, y trabando una encarnizada batalla que duró muchos dias, lograron incendiar las casas y obligarles á retirarse, como se verificaron dando la vela hácia Buenos Aires. Schmidel fué actor y testigo de vista de estos acontecimientos, y apenas llegado á Buenos Aires con sus compañeros, fué elegido para ir á la isla de Santa Catalina, en el Brasil, en busca de los bastimentos de que escaseaba la colonia del Rio de la Plata, «causa de la completa incoordinacion en que los españoles se habian puesto con los indigenas que hasta entonces les habian proporcionado caza, pesca y frutos cultivados por ellos.»

Este viaje á tierras de portugueses hubo de ser fatal para nuestro historiador. La nave en que iba, tripulada y armada con veinte y tantos soldados, fué acometida á media noche por una tempestad, á cercanías de la tierra en que no pudieron tomar puerto. La pequeña embarcación se hizo mil pedazos, «perociendo quince españoles en el naufragio, salvándose á nado y á favor «del arbol del navio,» Schmidel con cinco de sus compañeros. Seis indigenas siguieron la

suerte de los soldados españoles en esta catástrofe, lo que prueba el partido que para todos los servicios sacaban de los naturales los conquistadores. Schmidel llegó a tierra des-nudo, hambriento, y en semejante situación tuvo que caminar a pie cincuenta leguas hasta llegar al puerto de San Gabriel alimentándose con cerecillas y frutas del campo. Des-pues de esta aventura regresó Schmidel a Buenos Aires desde donde navegó otra vez al Rio Paraná arriba hasta la ciudad de la Asuncion, en donde se hallaba cuando llegó con su jefe el adelantado Cabeza de Vaca.

Este jefe tuvo la cordura de entenderse amistosamente con el cacique y constante de la, jurando entre ambos «union y fraternidad» y con esta disposición de ánimo con-centrarse las probabilidades de las expediciones hacia arriba del Rio, prestando y efectivamente bergantines, tres de los cuales tenían la delantera y llevando a su bordo ciento cin-cuenta soldados. Schmidel iba en uno de ellos. La acción con que dieron principio fue la que el llamado nuestro historiador Samicó, en el obituario describe en pocas palabras. Esta laconismo habida en el nos priva de los pormenores de una campaña y exploración por tierra, que no debió ser feliz puesto que obligó á regresar á los bergantines expedicionarios. En el mal éxito de esta nueva incursión influyó decisiva-mente el haber dado cumplimiento á la orden del Adelan-tado para ahorcar al cacique Aracaré, como se ejecutó. «Acción que dió despues causa á una guerra tristísima,» agrega en seguida nuestro historiador.

1. El proceso de este hecho, estando á la relación del mismo Adelan-tado, se hizo con parecer de los oficiales reales, de los eclesiásticos y otros personajes y por ser enemigo capital de los cristianos y haberles hecho gra-ues daños (Comentarios cap. 37.)

Schmidel regresó con los bergantines á la Asunción; pero no para descansar sino para aprestarse de nuevo á aquella "crisísima guerra" provocada imprudentemente por la muerte violenta de Aracaré. Su hermano Tabaré estaba indignado y en abierta rebelion contra los conquistadores y se negó á aceptar la paz que Iratá, á la cabeza de un ejército de cristianos y de indios amigos, le ofrecia en nombre del Rey.

Tres días duraron las negociaciones tendientes á establecer terminos pacíficos entre cristianos y indios; al momento de los cuales, saltando los indígenas á los primeros, cesó el ser esta virtud tan recomendada en el evangelio, cayeron los cristianos sobre los adunados de los salvajes, matando cuanto en ellos encontraron y capturando muchas mulas. A tres mil varones hace subir Schmidel el número de las víctimas de esta embestida á sangre y fuego.

Esta hazaña cruel dio por resultado la desmoralización de Tabaré y la posibilidad de continuar río arriba, en busca de la expedición con ochenta y tres soldados y con diezochocientos caballos, embarcados de dos en dos en los nueve bergantines. Los expedicionarios anduvieron en el regato por rivas desiertas y desiertas, con los malos Guaraníes que anhelaban la sujeción de presa y de caza; los cuales no quisieron salir de sus planicies, según el orden de Schmidel. Los Paraguas usaron idéntica conducta haciendo por sus familias y vista de la expedición despojar de reducir á cunizas sus habitaciones. Pero andando como noventa leguas

El Schmidel no emplea nunca la palabra Rey, substituida por el traductor español, sino la de "Nuestro Emperador", con relación á Carlos V.

mas arriba de los dominios de los Guarapos, mejoró la situación de los expedicionarios, encontrando á la populosa nacion de los Socociés, cuyas mugeres eran hermosas y andaban desnudas, y los hombres cultivaban el maíz, la mandioca, el mandubí y las batatas. Estos indios no eran polígamos como todos los demás, y vivían formando familias especiales cuya base era la union de un hombre con una sola esposa.

Como nuestro propósito principal no es hacer la historia de estas expediciones, sino mostrar la parte que tomó en ellas nuestro historiador, nos limitaremos á decir en pocas palabras, que al mencionar en su narracion las diversas naciones que fueron encontrando los expedicionarios, llegaron á una que buscaban con empeño, llevados sin duda por las exageradas noticias que tenían de su civilizacion y riquezas. Era esta la nacion de los Jarayes, la cual reconocia por cabeza, no ya un cacique sino todo un Rey, cuya morada era un palacio situado á las márgenes mismas del Rio Paraguay. Este Rey se portó como tal con los recién llegados, á quienes recibió con la mayor hospitalidad, con espectáculos de caza de fieras, y con músicas de caramillos, semejantes á las de los campocinos alemanes en los tiempos de Schmidel. Los hombres, segun este, usaban bigotes y un redondek pendiente de las orejas, y se pintaban de azul desde el cuello á las rodillas, como si trajeran bordado el pellejo. Las indias que eran tan hermosas y aseadas como las mejores damas de Alemania (testual) seguian la

1. Con motivo de este visible error se esplaya Azara contra nuestro soldado viajero, para nada mas natural que los que se pintaban todo el cuerpo, se tizaran el labio superior dándose apariencia de bigotudos.

misma costumbre y se mostraban desnudas y pintadas de azul de cielo desde el seno hasta las rodillas. Otras calidades de azules de hermosas y blancas les atribuye nuestro autor, que sin duda serian una recomendacion para soldados del tiempo de Carlos V. ¹

Los expedicionarios estaban maravillados de lo que veian, y tenían razón, á ser cierto lo que refiere nuestra Schmidel y comprueba la relacion de Hernando de Rivera. Aquellos habitantes de los bosques paraguayos, gustaban de la música y alegraban con cantos y bailes sus reuniones y festines; y en cuanto á las artes mecánicas, estaban entre ellos tan adelantadas que las mujeres tejian mantas de algodón sutiles como las telas de seda europea, con varias figuras en la trama representando avestruces, ovejas de la tierra y otros animales.

El Rey de los Jarayes hospedó en su propio palacio á los jefes de la expedicion, y á los soldados en las mejores casas de sus subditos. Schmidel tenia su alojamiento muy inmediato al palacio y pudo informarse menudamente de cuanto pasaba en la corte. Pasados algunos dias preguntó el monarca á los expedicionarios que querian y qué solicitaban por aquellas alturas, y no menos candorosa fué la contestacion que la pregunta. Los españoles le informaron francamente de que ellos andaban en busca de plata y de oro. Entonces el Rey dió al jefe de la expedicion « una corona de plata de medio marco de peso, una plan-

1. Esta descripcion de Schmidel, se halla, no desmentida, sino corregida en los nombres propios en una declaracion solemne que del descubrimiento de los Jarayes, dió en la Asuncion Hernando de Rivera á 3 de Marzo de 1543; cuya declaracion se halla al fin de los Comentarios de Cabeza de Vaca.

cha de oro de medio palmo de largo y la mitad de ancho, y otras cosas hechas de plata. Agregó el Rey que no parecía mas que aquellos en cuanto á metálicas preciosas, proveniente de los despojos que habia traído de sus guerras con las Amazonas.

Las dárivas y las noticias del Rey excitaron naturalmente la codicia y la curiosidad de los españoles, quienes se aparejaron inmediatamente para ir en busca de las Amazonas y de los tesoros que parecían.

Schmidel con entera seguridad y como si hubiera visto lo que refiere, da noticias circunstanciadas de aquellas terribles guerreras, y las describe casi con los mismos caracteres que les atribuyen las fábulas.

Habitaban en una isla estensa en los dominios del Rey Paititi, separadas de sus maridos á quienes no veían sino en determinadas estaciones del año: madres poco tiernas con sus hijos varones, los desechaban de su lado, conservando las hembras, á las cuales les quemaban el seno derecho, para que no pudiesen usar el arco y las armas arrojadizas sin embarazo alguno.

En el extremo opuesto de la conquista española en América y tres años, cuando mas con anterioridad al cuarenta y dos del siglo XVI, que es la fecha de los viajes cuya narracion nos hace Schmidel, otro conquistador y soldado imperial halla unas mugeres guerreras con las cuales traba peñidos combates, y dan origen al nombre que conserva uno de los rios mayores de la América Meridional. Esta coincidencia es sumamente curiosa y no puede expli-

1. La traduccion española vierte al pié de la letra el texto latino: *Hæ mulieres Amazones, tantum unam et mamam habent....*

carse, sino por la propensión á lo maravilloso que era característica de aquella época. Las intagibaciones inredulas desnaturalizaban hasta los hechos de de naturaliza y creaban monstruos imposibles bajo el testimonio de sus propios sentidos. Los compañeros de nuestro historiador, que veían á cada momento en las aguas del Paraguay al yacaré, ó cocodrilo de América, creían que este animal se defendía con su aliento á quien lo mirase de cerca, y que el modo más eficaz para matar á tan terrible enemigo debía presentarle un espejo para que mirándose en él, renegara de espanto. La historia natural de los primitivos exploradores de Bolivia es una novela calumniosa contra la sabiduría del creador, especialmente cuando la leemos en inglés, ó en castellano de los siglos XVI y XVII.

Los expedicionarios tenían una idea muy falsa de las Amazonas, que á pesar de las impresiones de los indios de los jarayes, á quien adquirieron gran crédito en lo que debía saber mejor que ellos, comprendieron mal el verdadero estado de la cosa en que aquellas tierras están inundadas por las copiosas lluvias y por el desborde de ríos y de grandes lagunas, de manera que anduvieron continuamente durante quince días con sus noches, «con el agua hasta la rodilla y á veces hasta la cintura». No tuvieron durante aquel tiempo ni un palmo de terreno seco en donde reclinar la cabeza, ó que les sirviera para cocer los alimentos. Si habíamos de concentrar la lumbré, dice testualmente Schmidel, armábamos sillas con palos en alto, donde ponerlas, y muchas veces la botábamos en la olla y la lumbré, y aun quien la cocía, se ahogaba en ella, y nos quedábamos sin comer.

Mucho debían acordarse los expedicionarios, en tan

apurada situación de los conitos á son de flauta del generoso Arbitrio de dos Jurados. El cacique de la numerosa Nación Artahe, en cuyas posesiones llegaron al fin á poner los pies que terreno seco y el moria de hambre con los suyos. La langosta había cubierto las sementeras de aquellos infelices, afligidos por una parte, de una peste truel, ocasionada por la falta ocasional de alimentos y nutritivos. Apesar del lamentable cuadro que presentaban en una miseria calamidad dignos y cristianos, no olvidan estos á las señoras Artahe en los tesoros poseídos por ellas, e informándose nuevamente de una y otra cosa, reciben de manos de Schmidel dos libros de menesterosos. En unas, cuatro plaquetas de bronce y cuatro sortijas grandes de plata para los brazos. Los españoles devolvieron el regalo con cuentas de vidrio y con muchos de fabricación alemana, y según la candida confesión de Schmidel consideraron de mucha utilidad la peste que diozmaba á los indios, porque á balfarse en esta en buena salud habrían salido mal parados los españoles de entre aquella multitud de bárbaros.

El largo camino por entre tierras alegrias, el agua hirviendo por la fuerza del sol, única que tenían para beber, y los frutos y escasos alimentos en una penosa jornada de treinta dias consecutivos, postraron á mas de la mitad de la gente de la expedición, y se vieron obligados á regresar á los Jandey, enfermos, pero con una regular cosecha de metales y objetos preciosos. «Ganamos en esta jornada», dice Schmidel, «doscientos alcaudis cada uno, solo con el rescate de cachillos y cuentas etc. por *minas de ulgoon*, y plata.» Pero el Adelantado Alvar Nuñez, jefe principal y en persona de aquellas expediciones, así que tuvo conocimiento del bo-

tin, quiso tener en él la parte del Leon, y mandó que ninguno de los que se regresaron pudiese ir a pie en el día, y a pena de la vida, si no iban a caballo, por fuerza; y tanto habían pasado. Prendió al Capitán de la escuadra parcial en busca de los Amambas, y lo hizo traer a caballo de un árbol, a los soldados no se hubieran alzado en su defensa, y en la de sus propios dueños, doliéndose de él a cada una de las cosas que les dijo. Libre al su capitán Hernando de Rivero, y le restituyese lo que les había quitado, y que de lo contrario iba a ver lo que ellos eran capaces de hacer con todo un Adelantado. Alvar Nuñez que era un buen hombre de los suyos, al ver la indignación de los amambas, trató con buenas palabras de apaciguar los ánimos y de conciliarlos, pero poniendo en libertad al Capitán Rivero, restituyó el botín a los que eran sus verdaderos dueños.

Esta parte de la relación de Schmidel, ha dado lugar a varias explicaciones, por Héctor en sus «*Decadas*», y por el autor de los «*Comentarios*» de Cieza del Vaca. Sin embargo, los asertos de nuestro historiador, no son talo cual los consignó, y menos todo el valor de verades y aunque es verdad que en nada favorece el carácter ni las virtudes del Adelantado. Según él era Alvar Nuñez, un hombre tan mal querido de la gente, que si hubiera muerto de las fieras «*cañenturas*» que le habrían puesto por aquellos días, habría sido muy poco sentido de sus soldados. Los acontecimientos, que Herrera en nada puede negar, justifican el concepto desfavorable en que tenía Schmidel al Adelantado, contra quien se sublevó al fin la colonia remitiéndolo preso al Rey de España.

Mejorado Alvar Nuñez de sus enfermedades, aprestó de

nuevo 150 soldados, 2000 indios amigos, y cuatro bergantines, encargándoles que llegasen, á la isla de los Socies, y prendiesen y matasen allí á cuantos parientes indios encontrasen de 40 á 50 años de edad; y Schmitz fué el hombre que dio cuenta de lo que se encargó de los decompañar tan cruentas comisiones á los pobres indios, habiendo de que la necesidad se porre á concentrarse con los españoles de la isla que eran caries, traher á los otros una gran parte de la que quedaba inmediatamente á la guillotina, causando gran desolación en los indios de la isla, y á la hora de medianoche de Schmitz del año aquella jornada desapareció un poblador de la cautividad cerca de dos mil indios chicos y muchachos, y quedamos el pueblo, y ejecutando lo referido, el gran injusticia de aquellos pobres indios, que por ellos se halló quitada la vida á uno, al Adelantado, que aprobó lo hecho»

Estas fueron las mismas producciones de tal coagulo, más en pród inmediato de la Conquista al estribando a un río por una zóden se rechazaron. La enfermedad y diuturnas tormentas de insubordinación y diligencia de Adair Núñez obligaronle a regresar a la Asunción y a los sesenta y seis de su casa por setenta y dos días de viaje por la fiebre y por la soberbia humillada hasta que fué víctima de una profin general en la que tomaron parte nobles y plebeyos, y como los científicos sabidos (Los cabezas de la república) tuvieron que presenciar entero y al fin embarcándole en una carabela de naviosen al Emperador con otros caballeros. Nuestro historiador no pudo tomar parte personal y activa en estos sucesos, porque á la sazón se hallaba gravemente enfermo de hidropesía, á consecuencia de las correrías recientes por terrenos pantanosos. De igual enfermedad adolecieron hasta ochenta de sus com-

pañeros de los cuales solo treinta lograron restablecerse.

Como es bien sabido, aquel movimiento notable de la colonia paraguaya, elevó al poder al famoso Domingo de Irala por quien manifiesta nuestro autor la mas abierta simpatia, como se la protesaban todos sus subordinados y en especial la gente de guerra. La historia le hace tambien hoy la justicia que merece colocándole á par de Hernán Cortés y los Pizarro, entre los primeros conquistadores.

La deposición del Adelantado produjo, sin embargo, la anarquía entre los vecinos y soldados de la Asunción de lo cual apercibidos los naturales se alzaron en guerra, especialmente las dos naciones de Cario y Agaces, que Schmidel pinta como muy belicosas en tierra y en el agua y diestras en el manejo de armas terribles. Usaban á la pintura una especie de macana con una bola en una de las estremidades, y unos dardos puntiagudos armados de grandes dientes de peces. Schmidel describe la táctica militar de aquellas dos naciones, y segun él, comenzaban la batalla arrojando la macana contra los pies del enemigo, y si lograban derribarlo le cortaban la cabeza con suma figereza, y arrancándole el cutiz con el cabello, colgaban éstos despojos en «los tem-plos,» en memoria de su hazaña, «como nuestros capitanes hacen con sus trofeos.»

Fuée necesario á Irala emprender una campana contra aquellos rebeldes, que contaban 15000 combatientes, con un ejército de 350 cristianos y mil indios amigos. La expedición salió de la Asunción hasta ponerse á media legua del enemigo. A las seis de una mañana cuya fecha calla nuestro historiador, embistieron los cristianos á los indí-

genas, y cuatro horas después estaba sembrado el campo de la batalla de «dos mil cadáveres» de los rebeldes. «Schmidel fue uno de los soldados que persiguieron a los que habían quedado con vida y huyeron. En esta persecución hallaron un pueblo fortificado como con muralla y hoyos ocultos a modo de los que quedan descritos en otro lugar. Tres horas bastaron a los españoles para destruir estas resistencias y entrar al pueblo haciendo grande estrago en indios, mujeres y muchachos.» Mas adelante hallaron también otra población no menos defendida que la anterior, y, durante de la cual permanecieron impotentes los españoles durante cuatro días, y hubieron regresado sin la victoria a no ser la tracción de un indio que les enseñó una senda por la cual, como por un flanco, lograron penetrar sin ser sentidos, para hacerle a muchos indios, y cometer los mismos estragos de combustión, salvándose las mujeres y los niños, que por precaución los tenían escondidos los indios en las espesuras de un bosque inmediato al poblamiento como lo vimos y conocimos.

La carnicería estaba lejos de terminar después de estas hazanas. Los victoriosos regresaron a la Asunción, y después de descansar como quince días, y llevando a su cabeza a Irala que por entonces contaba 60 años de edad, volvieron a emprender una expedición mas formal compuesta de nueve bergantines y 200 canoas. Llevaba esta expedición el propósito de aniquilar al cacique Teberé, de la nación Caria, y someter a esta a la pasada obediencia, como se consiguió, no sin grande efusión de la sangre de aquellos desgraciados.

Acabada esta guerra volvió Irala a la Asunción con sus soldados en donde permanecieron por dos años en completa incomunicación con España. Aquel general «por no

estar ocioso, según la sencilla expresión de Schmidel, preparó una expedición con destino á explorar el interior del país. Alegres y bien dispuestos, con siete canoas, nueve bergantines, ciento treinta caballos, trescientos cristianos y 2000 indios, Carios partieron los expedicionarios río arriba, en uno de los meses del año 1548, ignorando probablemente toda la importancia de aquel viaje que tenía por objeto ponerse en comunicación con las minas de plata del Perú, para satisfacer la necesidad que (no) sentía de este metal en el Paraguay. Tan absolutamente desconocida era allí la moneda metálica, que todo se medía y cambiaba con relación al valor de un *cuchillo de maza*. Ocho buques equivalían á un *cuchillo*, un par de gallinas caseras, á tres; y así en esta proporción.

La expedición comenzó su marcha por tierra y por agua hasta reunirse toda la gente de blaca en un lugar distante noventa y dos leguas de la Asunción. Allí dejó (ella) un destacamento de cincuenta españoles, con órden de esperarle hasta dos años, cuando menos. A poco andar se hallaron entre los Naperus, y con saguina entre los Mapais, nación populosa, y tan subordinada á sus superiores como podían serlo las tribus de Alemania á sus señores nobles. La tierra era fértil y abundante en unjero y buves, en coque de indios, ó *huancos*, de que se servían para cargar y para andar á caballo. Y no misito, dice Schmidel, hallándose enfermo de una piedra ande, mas de cuarenta leguas en uno de aquellos animales.

A esta altura hubo de ser víctima el general de la expedición de una celada que le tendieron los Mbayas. Dando

sele por amigos y obsequiándole con cuatro coronas de plata
 y otras tantas planchas del mismo metal, que usaban por
 adorno de la cabeza, y á mas tres indias muchachas, le
 rogaron que pasara con ellos aquella noche, como lo con-
 sistió, sin tomar algunas precauciones. Despertando
 hacia la media noche, notó que las indias habían desaparecido
 y confirmando en sus sospechas de una traición, dio la voz
 de alarma al ejército, no de modo que pudiesen ser persegui-
 dos, sino á 2000 Mbayas que atacaron el campamento cre-
 yendo que no serian sentidos. Salieron en la confusión,
 pues murieron en la refriega mas de la mitad de los asai-
 tantes siendo los demás perseguidos por 150 arcabuceros y
 2500 indios. Schmidel iba en esta persecución que duró tres
 dias con sus noches, sin descanso y á marchas aceleradas,
 obteniendo por resultado de esta encarnizada guerra la
 cautividad y muerte de mas de tres mil indigenas de todo
 sexo y edad. Schmidel dice que apiló en el despajo de si-
 naves indias no muy viejas, y otras cosas.

Prosiguiendo el camino entraron en un pais abundante
 en animales domésticos que en parte eran domesticos, pero
 escaso de raras, y mucho mas de plata y cobre, de cuya
 cuyos metales nada quisieron preguntar á los habitantes
 para que no se les percibieran del objeto principal de su
 viaje. Muchas jornadas mas adelante habiendo atravesado
 sin mayor novedad por entre varias naciones de nombres
 estranos y desconocidos, llegaron á un pais mas escaso
 aun de agua que el anterior, cuyos habitantes apacaban la

1. Tres etiam juvenculas nostro capitaneo donce offerebant. En este pa-
 saje el texto alemán es mas explícito y soldadesco, entrando en algunas con-
 sideraciones sobre la huida de las muchachas indigenas, que debieron con-
 siderarse desairadas al lado de un hombre que rayaba en los 60 años de edad.

estar ocioso, según la sencilla expresión de Schmidel, preparó una expedición con destino á explorar el interior del país. Alegres y bien dispuestos, con siete canoas, nueve bergantines, ciento treinta caballos, trescientos cristianos y 2000 indios, partieron los expedicionarios, río arriba, en una de los meses del año 1548, ignorando probablemente toda la importancia de aquel viaje que tenía por objeto ponerse en comunicación con las minas de plata del Perú, para satisfacer la necesidad que ocasionaba de este metal en el Paraguay. Tan absolutamente desconocida era allí la moneda metálica que todo se medía y cambiaba con relación al valor de un *cuchillo de maraca*. Ocho buques equivalían á un *cuchillo*, un pan de gallinas caseras, á tres; y así en esta proporción.

La expedición comenzó su marcha por tierra y por agua hasta reunirse toda la gente de blaca en un lugar distante noventa y dos leguas de la Asunción. Allí dejó á la suya destacamento de cincuenta españoles, con orden de esperarle hasta dos años, cuando menos. Al poco andar se hallaron entre los Napurus, y con seguridad entre los Mapais, nación populosa, y tan subordinada á sus superiores como podían serlo las tribus de Alemania á sus señores nobles. La tierra era fértil y abundante en miel, en aves, en *ovejuna* de indios, ó *huacaceros*, de que se servían para carga y para andar á caballo. Y en misito, dice Schmidel, hallándose enfermo de una piedra, anduve quince de noventa leguas en uno de aquellos animales.

A esta altura hubo de ser víctima el general de la expedición de una celada que le tendieron los Mbayas. Dando-

sele por amigos y obsequiándole con cuatro coronas de plata y otras tantas planchas del mismo metal, que usaban por adorno de la cabeza, y á mas tres indias muchachas, le rogaron que pasara con ellos aquella noche como lo consintió, no sin tomar algunas precauciones. Despertando irata á medianoche, notó que las indias habían desaparecido y confirmando en sus sospechas de una traición, dio la voz de alarma al ejército, de modo que pudieron repeler prontamente á 2000 Mbayas que atacaron el campamento creyendo que no serian sentidos. Salieron en la contienda, pues murieron en la refriega más de la mitad de los asaltantes siendo los demás perseguidos por 150 arcabuceros y 2500 indios. Schmidel iba en esta persecución que duró tres dias con sus noches, sin descanso y á marchas aceleradas, obteniendo por resultado de esta encarnizada guerra la cautividad y muerte de mas de tres mil indigenas de todo sexo y edad. Schmidel dice que apiló en el despajo de su naveve indios no muy viejos, y otras cosas.

Prosiguiendo el camino entraron en un país abundante en animales domésticos que eran y raras y racionales; pero escaso de agua, y mucho mas de pluma y sobreabreca de cuyos metales nada quisieron preguntar á los habitantes para que no se les percibieran del objeto principal de su viaje. Muchas jornadas mas adelante habiendo atravesado sin mayor novedad por entre varias naciones de nombres estranos y desconocidos, llegaron á un país mas escaso aun de agua que el anterior, cuyos habitantes aplacaban la

1. Tres etiam juvenulas nostro capitaneo donec offerebant. En este pasaje el texto alemán es mas esplicito y soldadesco, entrando en algunas consideraciones sobre la huida de las muchachas indigenas, que debieron considerarse desairadas al lado de un hombre que rayaba en los 60 años de edad.

sed con una bebida hecha de raíces de mandioca. Los españoles devorados por la sed se olvidaron de la plata que buscaban con tanto anhelo, y «todo era clamar por agua». Solo habia un pozo de ella en toda la comarca, y fué indispensable que el general le hiciese custodiar con centinelas para poder distribuir el agua por raciones á sus soldados. Schmidel fué uno de los nombrados para cuidar del pozo y distribuir las raciones, comision que aprovechó para ganarse muchos amigos, porque no anduvo escaso en la distribucion, sin embargo de economizar prudentemente aquel elemento precioso en una tierra, seca por su naturaleza, y sobre la cual hacia tres meses que no caia el mas pequeño aguacero.

Segun los informes de los indígenas solo á seis dias de camino habia posibilidad de hallar dos arroyos de agua potable, y parece que esta noticia acobardó á los sedientos pues echaron suertes sobre sí debian continuar ó regresar, prevaleciendo lo primero. Signieron la marcha hasta que dieron con una nacion belicosa con la cual tuvieron un combate. Esta nacion moraba en el mismo lugar en donde Ayolas habia dejado tres cristianos enfermos, los cuales fueron muertos por los indios pocos dias antes, al saber que se acercaban por allí hombres de la raza europea. Caro, dice Schmidel, pagaron los indios esta maldad, pues les matamos muchos y cautivamos los demas.

Los Carios, que como se ha visto eran aliados de los españoles y formaban el grueso de la expedicion de Irala, tenian interese suyos, pasiones vengativas, y apetitos guerreros independientes de los que movian á los españoles, y se nota en la relacion de Schmidel, que algunas veces

procedían de su propia cuenta atacando a las tribus situadas en el tránsito del ejército. Una vez, quinientos de esos Carios armados en secreto y evadiéndose de la vigilancia del campamento, saltaron a una tribu de extranjeros para ellos, con la cual trabaron una terrible batalla, en que perecieron trescientos Carios y un innumerable número de los otros, cuyos cadáveres campaban cerca de una legua. Los Carios se vieron en gran peligro cuando de los enemigos á quienes habían provocado y reducidos ya a número, mandaron pedir auxilio al general, quien les envió ciento cincuenta cristianos, algunos de caballería, y mil carios. Schmidel era del número de los auxiliares y dice que le admiró el destrozo que habían hecho los Carios en los enemigos. Los del refuerzo quedaron como era natural señores del campo y de los despojos de los moradores de aquellas tierras, quienes tomaron la huida dejando abundantes víveres que proporcionaron una regalada existencia durante cuatro días á los de Irala en aquel campo de batalla.

Vueltos al Real y reunidos los expedicionarios notos, continuaron la marcha por trece días consecutivos en busca de la Nación de los Carcokios, á distancia cincuenta y dos leguas desde el último punto de partida, al término de cuya jornada, entraron en una provincia cuyo destino estaba todo cubierto de sal tan espesa y blanda que parece nevada, y que nunca se deshace. Allí dudaron sobre el

camino que debían de seguir, y se decidieron «por el derecho», probablemente aconsejados, «por los que entendían de las estrellas», según la espresion de Schmidel. Los

1. Ochocientos diez Azara, siguiendo por tabanque (héctor) helachen de este mismo suceso.

2. Querey y Caréobles, según Azara.

Carcokies, hicieron de la necesidad virtud, y recibieron de buen grado á las gentes de Irala regalándola abundantemente con carne de ciervo, gallinas, gansos, maiz, trigo, arroz y otras producciones de este género. Aquellos moradores sabian cultivar la tierra, sus mugeres eran bellas, hacendosas y vestian camisas de algodón que las cubria todo el cuerpo á excepcion de los brazos.

A pocas jornadas de este punto llegaron los espedicionarios al rio Guapás,¹ cuyas aguas pertenecen al sistema del Amazonas, y esta es la primera vez que hallamos en la relacion de Schmidel un punto geográfico bien determinado en esta larga correria al occidente desde las márgenes del Rio Paraguay.

El rio tenia en el lugar por donde debian pasarle, media legua de ancho y ofreció sérias dificultades para vadearle, pues no contaban aquellos arrojados aventureros con ningun auxilio del arte para echar puentes flotantes ó construir embarcaciones seguras. Lo único que les surgió el ingenio y la necesidad fué distribuir los soldados de dos en dos: cada una de estas parejas hizo, como pudo, una «balsilla ó red de palos y sarmientos tejidos,» y en ellas se dejaron llevar de la corriente, hasta tocar tierra en la orilla opuesta, con pérdida de cuatro soldados. Presumimos, aunque no lo diga Schmidel, que los indios de la espedicion atravesarian el Guapay á nado, cosa que para ellos pudo ser una diversion, puesto que eran Carios, familiarizados con las corrientes mas caudalosas de los tributarios del Plata,

A cuatro leguas del Guapay, fueron recibidos por unos

1. El Guapay.

indios que hablaban castellano. Esta fué una novedad que «les espantó» y preguntados á qué señor ó gefe obedecian, contestaron que á un tal Pedro Anzures.¹ Este es el verdadero nombre del capitan español que en el año 1538 habia fundado la ciudad de la Plata, llamada tambien Chquisaca.² En aquel lugar, en donde los espedicionarios oyeron por primera vez á los indígenas hablar lengua española, permanecieron veinte dias, durante los cuales llegó una carta de Lima, con noticias sobre el estado de las cosas del Perú y la posicion que ocupaba el Licenciado La Gasca³ «que era aquel por cuya órden fué degollado Gonzalo Pizarro,» segun las testuales espresiones de Schmidel. La carta de Lima era del mismo La Gasca, notificando á Irala, en nombre del Rey y bajo pena de la vida, detuviera sus marchas, previniendo que si entraban los soldados de Irala en tierras del Perú, podian promover alguna sedicion contra La Gasca aliándose á los secuaces de Pizarro, «como sin duda hubiera sucedido», segun la espresa declaracion de Schmidel. Al fin, añade este mismo, Gasca y el general (Irala) se concertaron quedando este muy contento con las dádivas que le dió, todo lo cual se hizo sin saberlo los soldados; quienes si lo hubieran penetrado, «le habrian enviado al Perú atado de piés y manos».—A consecuencia de las inteligencias entre el omnipotente La Gasca y el astuto Irala, despachó este último cuatro soldados, de los que era el principal Nuflo de Chaves, con direccion á Lima, en

1. *Pedro Anzures*, dice el texto latino; *Peter Ansuellus*, el alemán

2. Estas son inferencias que se desprenden naturalmente de los hechos referidos por Schmidel quien no se entromete á averiguar quien podia ser *Peter Ansuellus*.

3. *Licentiaten de Gascha*—dice el texto alemán.

donde dieron noticia y relacion de lo que eran y contenian las provincias del Rio de la Plata; de lo que La Gasca se manifestó muy satisfecho, hospedando bien á los cuatro enviados y regalándoles cuatro cientos ducados.

El pais donde se hallaban los expedicionarios, mientras duraron estas comunicaciones oficiales con el Perú, era sumamente fértil y el mas ameno y abastecido de cuantos habian recorrido en su larga peregrinacion. Hallábanse por lo tanto muy bien avenidos alli, y si se hubiera atendido al parecer de los soldados, habrian establecido un gobierno especial en tan deliciosa comarca, mucho mas cuando la vuelta al lugar de partida les imponia nuevos trabajos y una nueva jornada de trescientas setenta leguas, que era la distancia que mediaba hasta la Asuncion «segun la cuenta de los Astrónomos». Pero á pesar de estos deseos, se cumplieron sin resistencia las órdenes del general y regresó la expedicion, sin que Schmidel nos dé cuenta de lo que les aconteció hasta llegar á las naves que habian dejado al partir en un lugar llamado el monte de San Fernando.

Habian empleado en esta dilatada y penosa campaña, nada menos que un año y medio, durante el cual «no hicieron otra cosa que pelear continuamente,» cautivando doce mil indios de ambos sexos y de todas edades, que segun parece se distribuyeron entre los expedicionarios, pues á Schmidel, que era simple soldado, le tocaron cincuenta de aquellos indígenas cautivos.

Llegados á las naves, fueron impuestos de las discordias que durante su ausencia habian estallado en la Asuncion entre Francisco Mendoza, á quien Irala habia dejado encargado del gobierno, y el capitan sevillano Diego de Abreu,

que se habia alzado con el gobierno y dado muerte á Mendoza. Irala se portó en esta situacion con la entereza y habilidad de costumbre y logró que Abreu abandonase la ciudad con solo cincuenta parciales, con los cuales se dió trazas para resistir á Irala durante dos años é inquietar constantemente el pais vagando con los suyos, «como salteadores de caminos,» á gran distancia de la «plaza,» de manera que era difícil vencerlo. Irala concluyó por pactar con el sevillano, dando dos de sus hijas en matrimonio á Alonso Riquelme y á Francisco de Vergara, parientes ambos de aquel. La relacion sucinta, pero clara, que hace Schmidel de estos disturbios del Paraguay, es la última página que él consagra á los acontecimientos generales y verdaderamente históricos. De allí para delante no se ocupa sino de su persona y de dar á conocer los contratiempos que esperimentó en su regreso á Europa. Esta narracion és muy interesante para la biografia de nuestro primer historiador, la mejor pintura de su caracter y de su sangre fria en los peligros, y es al mismo tiempo una manifestacion viva de lo laboriosa, larga y azorosa que era la comunicacion entre esta parte de América y la Europa en los primeros tiempos de la conquista.

El dia 25 de Julio del año 1552, recibió Schmidel, en la Asuncion, una carta de Sebastian Neidhart, recomendándole en nombre de su hermano Tomas Schmidel, que regresase cuanto antes á su patria. Esta carta se la entregó personalmente un tal Cristobal Reyser, ajente de los negociantes alemanes en Sevilla. Sebastian Neidhart, era hombre de nota en Alemania, banquero á par de Welser, del Emperador Carlos V y ambos muy favorecidos de este, como lo manifiesta la participacion que les concedia en las espediciones

de colonización en América. A Neidhart y á Welser pertenecía la nave en que vino Schmidel al Rio de la Plata con la expedición de Mendoza.¹

Así que recibió la carta la presentó al General pidiéndole permiso para emprender su viage de regreso, á lo que se negó al principio. Entonces, Schmidel, hizo respetuosamente á su jefe una detenida relacion de sus muchos trabajos y largos servicios, prestados con fidelidad al Rey, recordando que habia espuesto repetidas veces la vida no solo en obsequio de su soberano sino tambien por salvar la del mismo general de cuyo lado nunca se habia separado. La fuerza de los hechos mas que la elocuencia de quien manejaba malamente la lengua española, debieron influir poderosamente en el ánimo de Irala,² pues revocó su primera resolución y con manifestaciones honrosas para el solicitante le concedió la licencia que pedia para que regresare á su patria, acompañada de recomendacion muy espresiva al Rey á favor de la persona de Schmidel cuyos servicios «ponderaba» el General, segun testimonio del mismo interesado. Las ocasiones para comunicarse con la Córte no eran frecuentes ni seguras en aquellos dias y por consiguiente aprovechó Irala la vuelta de su soldado alemán para escribir á Carlos V dándole cuenta y haciendo relacion de las Provincias del Rio de la Plata. Estas «cartas» fueron

1. Noticia comunicada por el doctor Burmeister. Estos nombres están muy adulterados en el testo español, pues en lugar de Welser, escribe *Balgar y Noarto* por Neidhart.

2. Schmidel estropea de tal manera todas las voces y nombres propios castellanos, que el apellido mismo de Irala, lo adultera llamándole en el testo alemán de su relacion: *Martino Domingo Lyolla*. El nombre de Cabeza de Vaca, no lo adultera meros, escribiéndolo así: *Aberunz Cabessa de Bucha* "et plura similia," como dice su traductor Ulcus.

entregadas al «Emperador» en Sevilla, cuando Schmidel llegó á esta ciudad despues de la larga y peligrosa travesía que vamos á relatar.

Habiéndose despedido de su general, partió nuestro historiador de la Asuncion el 26 de Diciembre del año 1552, dia de San Esteban, trayendo consigo veinte indios carios para su servicio personal, embarcados en dos canoas. Su ruta era con direccion al Brasil, porque en uno de sus puertos debia hallarse una nave recién llegada de Lisboa, despachada por mercaderes alemanes, y que debia regresar al puerto de su procedencia. Al término de las primeras 46 leguas de camino, aguas abajo del Rio Paraguay, llegó á un pueblo de indios, probablemente situado á la embocadura del Tebicuari, y allí se le incorporaron cuatro españoles y dos portugueses que se «iban sin licencia del General.»¹

El itinerario de Schmidel se hace á veces indescifrable por los nombres con que bautiza los puntos de arribada, aunque no deja nunca de estimar las distancias que median entre unos y otros. Por fin, llega á un pueblo que él llama *Berede* en donde repara las canoas y se abastece de víveres por que desde allí debia remontar el Paraná por espacio de cien leguas. Es probable que fuese al término de estas donde, dejando Schmidel las aguas del Paraná y las canoas, emprendió camino por tierra, atravesando territorios de los Tupís, dentro de los dominios de Portugal. Esta parte de la relacion de Schmidel es muy interesante y atractiva por la descripcion viva, aunque lacónica, que hace de las costum-

1. Azara, siguiendo á algun autor ó documento que no cita y que nosotros desconocemos, dá los nombres de estos nuevos compañeros de Schmidel, algunos de los cuales eran personas de nota de quienes se desembarazaba Iraia permitiéndoles regresar á Europa.

bres de aquellos indios y de los padecimientos y peligros á que se vió espuesto por largos dias, y noches llenas de inquietudes. Es tambien la parte mejor redactada de su viaje, si es que nuestro soldado de la conquista tuvo alguna vez la presuncion de escritor, pues hasta erudito se manifiesta aquí comparando á los Tupís con una piara de «puercos de Epicuro.»

Los indios Tupís eran, segun él, antropófagos, comian la carne de sus enemigos y se deleitaban con la guerra. Cuando salian victoriosos ostentaban el triunfo con grandes fiestas y banquetes, de los cuales hacian partícipes á los prisioneros que destinaban al sacrificio. Durante la paz vivian entregados á la gula, á la embriaguez, y á todo género de torpezas sensuales, abusando del «vino de maiz» de que hacian mas uso que del agua esquisita de los numerosos rios del territorio que habitaban.

A pesar de las precauciones tomadas por Schmidel y sus compañeros para no irritar á jente tan belicosa, tuvieron varios encuentros con algunas parcialidades de ella, y uno tan sério, que obligó á Schmidel y á sus veinte criados carios sin mas armas de fuego que cuatro arcabuces, á defenderse durante cuatro dias contra 6,000 indios que les asaltaron de improviso, disparándoles una «rociada de flechas,» segun espresion del testo castellano. Viendo que la resistencia era infructuosa, se entraron en un bosque, sin llevar consigo víveres de ninguna especie y siempre perseguidos por los Tupís. Ocho dias caminaron por entre las selvas, sin mas alimento que miel silvestre y raices, sin atreverse á cazar animal alguno por no ser alcanzados de sus encarnizados perseguidores. «Apesar de haber peregrinado tanto en mi

vida, dice Schmidel, nunca he tenido camino tan áspero, molesto y desazonado como este.»

La escasez de alimento, las largas caminatas y la constante inquietud del espíritu, influyeron en la robusta naturaleza de nuestro viajero, y comenzó á sentirse enfermo. Pero no por eso detuvo su viaje, andando cien leguas mas desde el punto del último asalto de los Tupis, hasta un «pueblo de cristianos,» que mas que habitacion de jente civilizada era una verdadera «cueva de ladrones.» Capitaneaba á estos cristianos, en número de 800, un tal Juan de Reinville, que era muy obedecido, por su larga permanencia en Indias y por haber pacificado aquellos territorios, gozando allí de tanta influencia sobre los naturales que reunia cuando le parecia bien, hasta cinco mil indios de guerra, mientras el Rey de Portugal no habria podido reunir la mitad. Debian ser mas peligrosos que los salvajes mismos, aquellos europeos desmoralizados con la vida sin freno á que les convidaba los desiertos del nuevo mundo, pues cuando Schmidel se encontró lejos de ellos, levantó las manos al cielo y dió gracias á Dios de haberle sacado libre de peligro de entre semejantes cristianos.

Al cabo de seis meses, y despues de haber andado 376 leguas, que es la distància que media entre la Asuncion y el puerto de San Vicente, llegó Schmidel á esta poblacion del Brasil el dia 13 de Julio de 1553, en donde encontró una nave portuguesa cargada de azucar y de algodón, mandada por un tal Pedro Rosel, que era la misma con que contaba desde que solicitó su licencia para regresar en ella á Europa.

El comienzo de la navegacion de esta nave fué muy desgraciado: combatida por una tempestad que duró catorce dias

perdido el palo mayor, y lo que es peor, perdida la derrota, acertó por una feliz casualidad á tomar puerto en uno de los de la costa brasilera tan poco propicia para Schmidel. Este puerto estaba «poblado de cristianos,» cuya industria principal era el azucar, y comerciaban en algodón y palos de tinte.

Del puerto de «Espíritu Santo,» que este es el nombre que da nuestro historiador al de arribada, continuó la nave su derrotero hasta llegar á la Isla de Tercera, empleando cuatro meses en esta navegacion sin haber visto tierra una sola vez. Allí se proveyó la nave de pan, carne y agua y catorce dias despues fondeó en las aguas del Tajo, el 3 de Setiembre de 1552. Schmidel permaneció catorce dias en Lisboa, en donde tuvo el sentimiento de ver morir dos de los indígenas que llevaba consigo. De allí pasó á Sevilla, á San Juan, á Santa Maria y por fin á Cadiz en cuyo puerto halló veinticinco grandes *urcas* holandesas. En la mejor de estas, nueva y hermosa, y que solo una vez habia navegado entre Amberes y los puertos de España, concertó Schmidel su pasaje, embarcando vino, pan «algunos papagayos que llevaba de Indias,» y en fin cuanto poseia. Habia concertado con el patron de la urca, que se llamaba Enrique Schertzen la hora en que debia embarcarse. Pero habiéndose embriagado Schertzen en la noche, víspera de la partida, dió á la vela al dia siguiente sin acordarse de su pasajero; debiéndose á este olvido la salvacion del hombre que se hallaba ya en los umbrales de su patria despues de haber escapado de tantos y frecuentes peligros. Fué el caso que viendo Schmidel al partir el convoy, muy apartado ya de tierra la urca del capitan Schertzen, entró á bordo de otra con cuyo patron

tuvo que ajustar nuevo pasaje. En los primeros tres dias la navegacion del convoi fué feliz; pero sobrevino despues una série continua de tormentas que obligó á las urcas á regresar al puerto de partida, viniendo la última la de Schertzen. Este hombre, estaria probablemente en el mismo estado en que se hallaba en Cádiz al partir, cuando en la oscuridad de la noche debiendo guiarse por un faro provisional que se habia levantado en la costa, fué á estrellarse con ímpetu en los peñascos cercanos á tierra. La nave se hizo mil pedazos y desapareció en un cuarto de hora con pérdida de veintidos vidas, sin haberse salvado mas que el mencionado capitán y su piloto, quienes salieron á la orilla asidos del arbol mayor de la urca naufraga. Schmidel perdió sus papayos; pero la pérdida del Emperador fué mayor pues se hundieron en el mar «seis cestas de oro y plata que debian entregársele.» «Gracias dí á Dios omnipotente, dice Schmidel, que por su clemencia no permitió que yo me embarcáse en aquella nave.»

Dos dias despues de esta desgracia, el convoi de las urcas emprendió de nuevo su derrotero hacia Amberes, combatido por tan desatada tempestad que si hubiera durado la jornada pocos dias mas habrian perecido las 24 naves, antes de arribar á la isla inglesa de Wight. En esta se detuvieron cuatro dias reparando las averias y llegaron por último á Amberes, «salvos y libres,» el dia 25 de Enero del año 1554.

II.

Tal es en compendio la relacion de los viajes de Schmidel desde el año 1534 hasta el de 1554; desde que sale de los puertos de España en las naves de Mendoza hasta que regresa al de Amberes, y se considera salvo y sano en las regiones de su nacimiento. En estos veinte años recorrió una vasta estension de tierras completamente desconocidas de los europeos, y el derrotero de sus viajes podria trazarse sin mayor dificultad sobre un mapa del antiguo Vireynato del Rio de la Plata. Navegó por las aguas de este rio, por las del Paraná, todo el Paraguay hasta la Asuncion; atravesó la estencion que media entre las márgenes de este último rio y las cordilleras del Alto Perú. Partiendo una vez desde Buenos Aires y otra desde la capital del Paraguay, realizó dos viajes, por agua y por tierra á los establecimientos marítimos fundados por los portugueses en esta parte de América. Ayolas, Cabeza de Vaca, Irala, no han recorrido ni visto tanta estension del pais en que ejercieron su autoridad, como este soldado raso que acompañó á todos ellos en sus expediciones.

Schmidel que sabia usar de la escritura y fué capaz de redactar sus viajes, debia ser muy superior en aptitudes á sus compañeros los soldados españoles, los cuales eran, en aquellos tiempos al menos, tan ignorantes, que Pizarro como es notorio, no sabia firmar. Por esta razon y por la lealtad de su carácter, le vemos siempre destinado por sus superiores á todas las empresas, sin separarse un momento de Irala, á

quien salvó en circunstancias difíciles, con peligro de su propia vida, como el mismo general lo reconoció.

Hay como una especie de resignacion fria al cumplimiento del deber en los actos de Schmidel, sin que se note en su narracion el mas leve rasgo de ostentacion, de vanidad, ni de alarde de valentia: su persona desaparece para dar lugar casi esclusivamente, á los acontecimientos generales, á la descripcion de los encuentros de armas, á los accidentes del pais, de los usos y costumbres de las naciones indígenas cuyas particularidades y existencia revelaba la conquista por primera vez á los europeos. Este rasgo del carácter personal de nuestro historiador, no es comun entre los pocos soldados españoles que manejaron la pluma al mismo tiempo que el arcabuz en América. Bernal Diaz del Castillo, por ejemplo, á quien el enojo contra Gomara y el amor propio le dictaron su «verdadera historia de los sucesos de la conquista de Nueva España,» llenó sus páginas con particularidades relativas á su persona, sus pendencias, ponderando en repetidas ocasiones el sin número de combates y batallas á que habia asistido. Muchos y notables servicios, dice en el último capítulo de su obra, he hecho á Dios, á la cristiandad y á su magestad, y me hallé en tantas batallas y encuentros de guerra como cuentan las historias del Emperador Enrique IV. El capitan de Hernan Cortés no era como se vé muy modesto y forma en todo contraste con Schmidel. Aquel, anciano ya, y dado á la tranquila tarea de cronista, aun no se desprendia de los hábitos contraidos en el campamento, pues dormia con las armas á la cabecera de su cama, dispuesto todavia á derramar mas sangre mejicana, y soñando con asaltos y astucias de guerra. Nuestro histo-

riador, cierra su obra con un epílogo lleno de verdadero espíritu cristiano y de elevación de sentimientos, dando gracias á Dios omnipotente, «tan fervientes como su alma podía concebirlas,» por haberle permitido volver salvo á los lugares de donde habia vivido ausente por veinte años, después de haber probado muchas miserias, cuidados, trabajos y angustias. Estas son las palabras literales del testo en castellano.

Otros ejemplos de igual naturaleza podriamos recordar para establecer la superioridad moral del soldado bábaro sobre los españoles de su misma clase que han transmitido sus sentimientos en las crónicas relativas á la conquista. Azara, que reconoce muchas de las buenas cualidades de Schmidel como historiador, le dirige un cargo que en nuestro concepto abona á favor de las prendas morales del mismo Schmidel: «peca, dice don Felix, en habersele pasado alguna vez anotar las *diferencias entre los que mandaban* y algun hecho ocurrido en su ausencia.» Esto probaria, cuando mas, la circunspeccion del soldado á quien poca atencion le merecian los motines escandalosos y las parcialidades enconadas en que á cada momento incurrian los conquistadores, para quienes la fuerza era la ley y el derecho, y la escrupulosa exactitud de su relato en el cual nada introducía que no le constara como testigo. Sin embargo, toda vez que la discordia civil toma

1. "La indignacion le hizo autor" dice el señor Vedia al reimprimir la obra de Castillo en la coleccion de Rivadeneira.

Schmidel antecede cronológicamente, como historiador, á B. D. del Castillo. Este comenzó á escribir el año 1568, y no se imprimió su "conquista" hasta el año 1632, en Madrid. La edicion príncipe de Schmidel corresponde al año 1567, un año anterior como se ve, á aquel en que B. Diaz toma la pluma para narrar los hechos de los compañeros de Hernan Cortés.

grandes dimensiones y el carácter de un verdadero suceso histórico, tiene buen cuidado de consignarlo con su acostumbrado laconismo é imparcialidad, como sucede con respecto á la deposicion de Cabeza de Vaca y al alzamiento de Diego de Abreu contra Irala. Mas acertado habria sido tacharle de crédulo, cuando sin haber llegado al pais de las Amazonas, hácia donde con tanta buena fé se disponian á caminar él y sus compañeros, se detiene demasiado en describir aquellas heroínas fabulosas, cediendo en este error á la fuerza de las preocupaciones de su tiempo y al peso de la opinion corriente entre sus camaradas, para cuya imaginacion todo era posible en este mundo de novedades y de maravillas.

Schmidel produce en quien le lee una persuacion que no es fácil formarse con la lectura de otros testigos de la conquista; la persuacion de que los indígenas, de esta parte de América, recibieron á los recién llegados, casi siempre, en términos pacíficos y con demostraciones hospitalarias; y que la conducta violenta é injusta de estos fué la verdadera causa de que las armas de los dueños legítimos del suelo se volvieran contra sus huéspedes, convertidos en agresores ingratos. Y buen cuidado han tenido los historiadores posteriores, favorables á los españoles, en ofuscar y silenciar los testimonios de este hecho puesto tan de bulto por el nuestro. Cuando nuestros *querandis faltaron por un solo día* con el insostenible tributo que Mendoza les impuso de abastecer con comestibles á su numerosa expedicion, ya comenzó á sangre y fuego la conquista del Rio de la Plata; y esta circunstancia tan importante habria quedado en el olvido si no se hallara consignada en las pocas palabras con que claramente la establece Schmidel. Como se ve constan-

temente en su relacion, él tiene intencional cuidado en consignar cuáles naciones y cuáles nó, recibieron de paz á los descubridores ya militasen bajo la bandera de Ayolas ó de Irala, y resulta que en mucho mayor número fueron las ocasiones que encontraron amigos en los indígenas, que aquellas en que mostraron resistencia contra los soldados españoles.¹

Como Schmidel fué testigo ocular de los sucesos que comienzan con la llegada de don Pedro Mendoza y con la primera y desastrosa fundacion de Buenos Aires, es tambien el primero en la lista de nuestros pocos historiadores primitivos. Pero no tanto por esta razon cuanto por su veracidad y exactitud, se ha considerado siempre su relato como la mejor fuente para conocer á ciencia cierta lo que pasó en aquella época tan apartada como interesante para nosotros. Todos cuanto le han examinado, teniendo oportunidad de confrontarle con otros documentos contemporaneos, convienen unánimemente en atribuirle la palma como amigo de la verdad y como testigo imparcial. Azara que conocia de vista los lugares, las costumbres de las tribus de las regiones del Plata, que habia medido geodésicamente las distancias y compulsado los archivos de España y de la Asuncion, dice, como hemos visto, que la obra de Schmidel, es la mas puntual en las situaciones y distancias de los lugares y naciones y la mas *ingenua, imparcial* y ajustada á la verdad. El cargo justificado, que nadie puede disimular y que dejamos notado

1. El mismo Azara, no ha podido menos que decir forzado por la verdad histórica, que "todo indio silvestre tiene la costumbre de recibir y *tratar con igualdad* á todo hombre que se les presenta voluntariamente *no siendo en accion de guerra*" Historia del Paraguay y del Rio de la Plata—edicion de Madrid 1847.

en algunas notas de este escrito, es el que se le ha hecho desde Hulsius hasta Angelis, de corromper y estropear los nombres de las personas, rios y lugares, á punto que solo pueden reconocerlos los versados en la geografia y en la historia de los paises visitados por nuestro historiador. Pero este defecto que proviene de la ignorancia de los idiomas castellano y guaraní, desaparece para quien sigue las huellas del soldado aleman valiéndose de una buena carta geográfica y ayudándose de documentos fáciles de consultar. Los traductores de Schmidel poco hicieron por su parte para corregir este defecto; pero hoy ha desaparecido casi del todo, gracias en gran parte al compendio histórico que corre al final de la edicion de Madrid de la «Descripcion é historia del Paraguay y del Rio de la Plata,» del discreto y laborioso don Felix de Azara.¹

Despues del testimonio favorable que acabamos de mencionar todo otro estaria de mas; pero queremos añadir á este el del editor bonaerense, por ser resumen y compendio del juicio comun de la crítica histórica con respecto al mérito general de Schmidel: «sea que fuese dotado, dice don Pedro de Angelis, de una imaginacion mas templada ó de un juicio mas maduro; sea que desconfiando de lo que otros decian, se ciñese á referir lo que él mismo observaba, cierto es que se le debe considerar como el escritor mas circunspecto de su época»²

1. Qué extraño es que un extranjero adultere los nombres propios de idiomas tan distantes de la índole del suyo, cuando el editor español de las obras de Azara incurre á cada paso en idéntico defecto? Para él lo mismo es Chaco que *Charco*, y Jarayes que *Tarayes*, etc. etc.

2. Noticias biográficas de Ulderico Schmidel. Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata—tomo 3º Buenos Aires 1836.

Causa extrañeza la especie de desden, algo mas que tácito, que manifiesta nuestro doctor don Gregorio Funes, por el único testigo ocular entre los historiadores que él menciona como fuentes y guías en el prefacio de su «Ensayo.» El nombre de Schmidel no aparece allí sino indirectamente al referirse en general á los «historiadores que juntó Barcia,» quienes «refieren muy en globo algunas cosas de estas provincias,» segun las testuales palabras del ilustrado escritor argentino. Este mismo, con un criterio que no podemos aceptar, dispensa mayor crédito á Herrera, á Barco y á Rui Diaz, que á Schmidel, «cuyos errores son capitales,» segun él. El móvil de la opinion de Funes se esplica facilmente por el alto aprecio que hacia del historiador Lozano, miembro de la compañía de Jesus, cuya obra hasta ahora inédita cita á cada momento en los primeros tomos de su «Ensayo». Lozano, á juzgar por el prólogo del mismo Dean, es un decidido apologista de las virtudes de Alvar Nuñez y del primer obispo del Paraguay, apartándose de lo que dice en contrario el lacónico Schmidel al tocar de pasada los acontecimientos en que intervinieron aquellos dos personajes tan íntimamente ligados con los disturbios y rencillas sangrientas de los primeros dias de la colonia. Sin embargo, el historiador argentino, no ha podido menos que seguir paso á paso la relación de Schmidel al narrar los hechos de don Pedro Mendoza y los antecedentes y aventuras de su afamada expedicion, sin perjuicio de dejarle á un lado y de decidirse por el P. Lozano, al describir la primera y desastrosa batalla

1. El señor doctor don Andres Lamas, prepara en este momento una esmerada edicion de la historia del padre Lozano, sobre la cual tanto ha contribuido el Dean Funes á despertar la curiosidad de los afectos á esta clase de documentos.

dada por los españoles contra la tribu querandí en las cercanías de Buenos Aires, en la cual fué actor el mismo Schmidel.¹

En los años en que termina la vida activa de Schmidel y toma la pluma para contarnos lo que vió, se habia despertado en casi todas las naciones de Europa una viva curiosidad por conocer las maravillas del nuevo mundo. Los hombres mas pacientemente indagadores, los talentos mas eminentes, compilaban y estudiaban la geografía, las costumbres, la historia natural de las regiones americanas, no solo en el seno de las capitales de la Europa central sino hasta en los lugares humildes de la Alemania. El año que justamente promedia el siglo XVI [1550] se señala en la bibliografía, segun la observacion de un erudito,² por la aparicion de tres obras de la mayor importancia; la «Doctrina cristiana en lengua Mixteca» por Benito Fernandez; el primer volumen de navegaciones y viajes de Ramasio, y una traduccion alemana de las cartas de Hernan Cortes. De estas tres obras ninguna es impresa en España: la primera lo fué en Méjico, la segunda en Venecia y la última en Ausburgo. Dada esta disposicion de los espíritus, la relacion de Schmidel, contraida á una de las regiones de América menos conocida, debió llamar preferentemente la atencion de los curiosos, y tenemos motivos para sospechar que circularon varias cópias manuscritas de ella, antes de aparecer impresa. Pero sea ó no fundada esta suposicion, lo que hoy está fuera de duda para nosotros, fundándonos en el testimonio de bibliógrafos acreditados y en el que nos da la posesion de las piezas mismas,

1. Véase la nota segunda del capítulo III del Ensayo Histórico.

2. Ferdinand Denis: Une fête bresilienne. 1850.

es que, la primera edicion de los viajes de Schmidel, corresponde al año MDLXVII.

Esta edicion, era desconocida para Camus¹ asi como la creia irreperible don Pedro de Angelis en el mes de Septiembre del año 1836. Sin embargo, tenemos en este momento dos ejemplares de ella á la vista, pertenecientes á las bibliotecas de los señores don Bartolomé Mitre y don Andres Lamas.

La obra de Schmidel no apareció por la primera vez suelta ó por separado, sino incluida en una coleccion de viajes publicada en lengua alemana en la ciudad de Francfort del Meine, (Frauckfurt am Mayn) en casa de Martin Lechler con este título: veritable description de toutes les nombreuses et pénibles navigations qui ont été entreprises dans beaucoup de pays inconnus... par Ulrich Schmidt de Straubingue (segun la traduccion de M. Compans) 1 v. fol. de 110 y de 59 fol. sin contar las 8 páginas sin numeracion que corresponden al prólogo ó introduccion. La carátula, abajo, tiene dos pequeños dibujos, representando cada uno un hombre de mar en diferentes actitudes de su oficio, y en la última página suelta, y tambien sin numeracion, el nombre del impresor y su muestra ó marca grabada en madera y el año de la impresion en gruesos caracteres romanos. Al comenzar la foliatura segunda comienza la relacion de Schmidel y termina en el fol. 26, verso, con el título cuya substancia es la siguiente: *verdadera y curiosa descripcion de algunas tierras é insulas principales de Indias, no mencionadas en las crónicas, y principalmente de los viajes que Ulderico Schmidel, de Straubinga, hizo arrostrando grandes peligros y redactó él mismo con claridad y diligencia:*

1. Memoires sur la collect. des voyages de Debry et Thevenot año XI, 1802—Paris.

Wahrhaftige und liebliche beschreibung etlicher fürnemen indianischen landtschafften und insulen, die vornemlich in keiner chronicken gedacht, und erstlich in der schiffart Ulrici Schmidts von Straubingen, mit grosser gefahr erkundigt, und von ihm selber auffo fleissigst beschrieben und dargethan.

Como se advierte facilmente, este título no pudo ser el que el autor puso á su manuscrito, sino el que cuadra mejor con una coleccion de varias obras de naturaleza análoga. Mas ajustado al pensamiento é intenciones del autor nos parece el título que Hulsius dió á su traduccion al latin de que hablaremos en seguida, título que pudo ser una version ajustada al manuscrito orijinal que poseia el mismo Hulsius.

El grabador y librero aleman, Teodoro de Bry, con auxilio y cooperacion de sus hermanos, emprendió la vasta publicacion conocida con el nombre de «grandes y pequeños viajes», cuyo primer tomo apareció en 1590. Esta coleccion se daba á luz en las lenguas latina y alemana, y en ambas publicó tambien de Bry la obra de Schmidel, encargando la version latina de ella al Vice-Rector del Colegio de Frankfort, Gotardo Arthus. Esta traduccion latina corre impresa en la 7ª parte de dicha coleccion de viages con el siguiente título impreso en medio de un frontispicio grabado: *Americæ pars VII. . . . ab Ulderico Fabro¹ Straubingensi. . . . Francofurti, 1599.*²

1. Fabro es el apellido latinizado del autor. "Schmidel, es mera corrupcion; Schmidts es el verdadero apelativo" nos dice el señor doctor Burmeister en una nota confidencial, que debemos á su erudicion, sobre algunas particularidades relativas á Schmidel, de cuyo viaje prepara este sabio una edicion alemana ilustrada y castigada.

2. Camus obra citada, p 83.

Levinio Hulsio, hijo de la ciudad de Gaud, versadísimo en lenguas, y en ciencias matemáticas, que ejercia en Nuremberg el oficio de librero,¹ publicó tambien (*ad imitationes operis hodaeporici fratrum de Bry*) una coleccion alemana de viageros Belgas, y en la cuarta parte de ella, que segun Ternaux Compans se reimprimió varias veces, incluyó á su vez la narracion de Schmidel en aleman.

Hulsius conocia la importancia especial que tenian los viages de Schmidel, por su exactitud y por su novedad, y no satisfecho con los textos, vulgarizados hasta entonces, buscó y logró conseguir un manuscrito que él consideró como original y de propia mano del autor, adornado, á mas, con varias láminas y entre estas el retrato del mismo Schmidel en atavío de guerrero. Hulsius despues de haber comparado su manuscrito con los textos impresos, con todo el esmero que merecia aquella relacion cuya lectura le habia causado tanta admiracion como placer (*voluptate et admiratione*) dió á luz una traduccion latina á sus espensas en *Noribergæ*, año 1599, bajo un título que puede abreviarse así en nuestra lengua: «*Historia verdadera de un viaje curioso hecho por Ulderico Schmidel, de Estraubingue, en la América ó Nuevo mundo, por el Brasil y Rio de la Plata desde el año 1534 hasta el de 1554. En donde se verá cuánto sufrió en estos*

1. La coleccion de Hulsios está en aleman y contiene especialmente los viages Belgas. 26 volúmenes. Véase lo que con respecto á esta coleccion se lee bajo el número 239 de la *Bibliothèque americaine* de M. T. Compans. Bajo este mismo número está el título de la edicion alemana de Schmidel por Hulsius, cuya traduccion al francés la dá así M. T. Compans: *Veritable histoire de la merveilleuse navigation que Ulrich Schmidt de Straubingue a fait de 1534 en 1554 en Amérique ou Nouveau Monde, du coté du Bresil et de la Rivière de la Pláta.*

19 años, y la descripción de los países y de los pueblos extraordinarios que visitó. Obra escrita por él mismo, y publicada de nuevo con enmienda de nombres, de ciudades y ríos por Levinio Hulsius-Nuremberg 1599. ¹

Este título indica ya algunas de las ventajas que lleva esta edición á las anteriores; y efectivamente, Hulsius, valiéndose de los cortos elementos de que podía disponer, rectificó unos cuantos nombres de personas y de puntos geográficos, lamentablemente adulterados en las ediciones anteriores á la suya. Dividió la obra en capítulos, introduciendo así un método mejor en la distribución de las materias y proporcionando mayor comodidad para consultarla. Agregó también, para agrado de los aficionados, una carta geográfica de los países del Plata, por cuanto la cosmografía es á la vez luz y ojo de la historia (*lumen atque oculum historiarum esse*), y por último embelleció su edición con el retrato de Schmidel, y con algunos grabados representando escenas referentes á los capítulos del texto latino.

Estas láminas son sueltas, en número de veinte, y con respecto á su mérito en general somos del mismo parecer de M. Ternaux Compans, quien no las reprodujo en su traducción francesa del texto latino de Hulsius, por considerarlas mas

1. El título in extenso es como sigue: "Vera historia, admirandæ cujusdam navigationis, quam Huldericus Schmidel, Straubingensis, ab anno 1534 usque ad annum 1554, in Americam vel novum mundum, juxta Brasiliam et Rio della Plata, confecit. Quid per hosce annos 19 sustinuerit, quam varias et quam mirandas regiones ac homines viderit. Ab ipso Schmidelio Germanice, descripta: Nunc vero, emendatis et correctis Urbium, Regionum et Fluminum nominibus. Adjecta etiam tabula geographica; figuris et aliis notationibus quibusdam, in hac forma reducta. Noribergæ, miensis Levinii. Hulsii 1599."

como parto de la imaginacion del artista que como copias de dibujos hechos en el teatro mismo de los asuntos y en los lugares que representan. Sin embargo, no por eso dejan de ser curiosas para nosotros como las primeras (talvez únicas) ilustraciones artísticas de los desastres experimentados á las márgenes del Rio de la Plata por sus primeros conquistadores; y en este concepto ha reproducido alguna de esas mismas láminas el señor Parish en la 2ª edicion de su obra. Pero de ninguná manera estamos conformes con el erudito francés citado, en cuanto á los retratos de Schmidel, que se notan en las primeras páginas de Hulsius. Ambos, y especialmente el retrato en cuerpo entero, nos parecen preciosos y merecerian vulgarizarse por el grabado ó la fotografia, en atencion á ser las únicas imágenes que existen de la persona de nuestro primer historiador. Schmidel está representado en pié, vestido de una armadura sencilla, al parecer de metal, con una lanza en reposo en la mano derecha, la izquierda en la cintura, una espada y un puñal, ambos al cinto, y apoyado el pié izquierdo sobre un tigre rendido. A los lados inferiores de la lámina, se ve una especie de sierpe enroscada, y un escudo de armas con cabezas de toro erguidas y coronadas. Este retrato, dice M. Camus (obra citada) *peut étre d'après nature*, y de la misma opinion es el autor de las breves noticias sobre Schmidel que trae la Biografia univ. de Michaud: «Le portrait de Schmidel placé á la tête du livre peut avoir été fait d'après nature.» La otra lámina es una viñeta colocada en seguida del título, y en la misma pá-

1. Second edition—London—Cap. 2.º pag. 22. La lámina reproducida por este autor, en el lugar citado de su bien conocida obra sobre la Rep. Arg., representa el incendio de los bergantines de la expedicion de Mendoza por los querandies delante de Buenos Aires.

gina de este, representando al mismo personaje, de camino, cabalgando con el traje que queda descripto y la lanza al hombro, sobre un «carnero de la tierra,» acompañado de dos indios guerreros que le conducen el arcabuz y el bagaje. Esta lámina está perfectamente de acuerdo con la narracion del mismo Schmidel.

Comparando la edicion latina de Hulsius, con la prin-
cipe alemana, se advierte que aquella introduce un prefacio
y un epílogo del autor que merecen conocerse, porque
comprueban la moderacion y la gravedad de sentimientos
que hemos atribuido al autor—He aquí el prefacio, que falta
en las ediciones que conocemos de la traduccion española:
« En el año de la Encarnacion de nuestro Señor y redentor
Jesu-Cristo, yo Ulderico Schmidel, de Estraubing, me em-
barqué en Anveres, y recorrí la España, las Indias, y di-
versas islas, no sin correr peligros. Voy á referir de la
manera mas suscita que me sea posible lo que nos acon-
teció á mis compañeros y á mí en este viage que duró
desde 1534 hasta 1554, año en que, gracias á la proteccion
de Dios omnipotente regresé á mi patria.» El epílogo se
encuentra en la traduccion castellana; pero en la edicion de
Barcia hay un lunar que ha corregido el editor de Buenos
Aires. Nosotros hemos ajustado ambas al texto latino, co-
mo sigue:

« Así despues de veinte años, por singular providencia
de Dios omnipotente, llegué al lugar de donde habia salido:
pero los peligros, las hambres, miserias, tedios y disgustos
que esperimenté andando por las provincias de los indios,
podrá comprenderlo quien lea esta narracion histórica. Do-
y sin embargo á Dios eterno y omnipotente cuantas gracias

puedo concebir en el ánimo porque me volvió salvo á los lugares de donde salí veinte años antes. Sea la gloria al mismo y la honra por los siglos de los siglos. Amen.»

No nos interesa mayormente indagar cuál fué el aprecio que se hizo de la obra de Schmidel en los países meridionales de Europa. No hemos hallado indicacion alguna que nos induzca á creer que haya sido traducida al italiano y al portugués; así como no hallamos rastro de traduccion francesa anterior á la que con el esmero que distingue á las ediciones de Ternaux Compans, insertó este apreciable amigo de las antigüedades de América, en sus «viages, relaciones y memorias originales para servir á la historia del descubrimiento de América.» M. Ternaux Compans ha seguido el texto latino de Hulsius, aconsejado sin duda de su compatriota Camus, que opina que solo en este texto es inteligible y puede leerse la narracion de Schmidel. En el prefacio de esta traduccion modernísima (1837) no se hace referencia á alguna otra anterior en la misma lengua francesa, aunque dá idea de las traducciones latinas, de las colecciones en que aparecieron por primera vez y de los defectos que contienen.

M. Ternaux ha seguido puntualmente á Hulsius en todo lo que es narrativo, y tambien en la distribucion en capítulos que en este son LV, mientras que en la traduccion de Gottardo Artus son XXXIII. M. Ternaux á su vez, corrigió como pudo y le pareció mejor (son sus espresiones,) los errores de nomenclatura que dejó en pié el hábil editor de Nuremberg; pero tanto él, como todos los demás editores de Schmidel, han dejado gran parte de esta tarea para personas mas versadas que ellos en las lenguas, la geografia

y la historia de las regiones del Rio de la Plata. M. Ternaux aprecia lacónicamente á nuestro historiador de una manera justa, tanto bajo el aspecto histórico como con respecto á su condicion de hombre de guerra, sirviéndose, nada mas, que de los datos que suministra la narracion misma. Schmidel, dice, no fué probablemente mas que soldado rasó, al menos en ningun parage de su libro se advierte que haya ejercido mando. Aunque tenia poca instruccion no carecia de buen sentido y su narracion atestigua un grave respeto por la verdad, (*porte un grand caractère de vérité.*) Se engañaria quien buscase en ella consideraciones de orden superior; porque debe considerarse como las memorias de un veterano que de regreso á sus hogares refiere con sencillez y sin exageracion lo que le ha acontecido. A este juicio podemos añadir otro mas antiguo y de persona no menos ídnea é imparcial que M. Ternaux, el del erudito y sério M. Camus en su Disertacion ya citada por varias veces.—«Schmidel fué del número de aquellos aventureros que en los tiempos inmediatos al descubrimiento de América, pasaban á ella con frecuencia seducidos por el aliciente de la fortuna. Lo que á este respecto pudo juntar, fué en su mayor parte sumergido en los naufragios; pero quedóle en la memoria el recuerdo de muchas aventuras, que forman el asunto principal de su relacion: relacion corta, aunque su autor recorrió una vasta estension de país, y de estilo sumamente conciso.

« El lector puede pasar de prisa sobre las frecuentes narraciones de peligros, hambres, discusiones entre capitanes y soldados, y tambien sobre las referencias, mas frecuentes aun de los actos feroces cometidos por los españo-

les. Pero lo que es digno de llamar la atención en el escrito de Schmidel, es la noticia que allí se encuentra de un gran número de pueblos que sucesivamente visitó: pone esmero en espresar las distancias respectivas entre esos pueblos; dice lo que observó acerca del aspecto físico, usos, costumbres, táctica y armas de guerra; y con motivo de dar á conocer los recursos con que cuentan aquellos pueblos para alimentarse, habla de los animales y productos vejetales que halló en aquellas regiones.

« Existe un motivo mas para estudiar la relacion de Schmidel, y es que *fué uno de los primeros* que haya escrito sobre la América Meridional, y por esta razon le colocó Barcia entre los historiadores primitivos de Indias.»

La primera version á lengua castellana de Schmidel, de que tengamos noticia y pleno conocimiento, es la que encontramos en el tomo 3º y último de la «colección de historiadores primitivos de las Indias occidentales, que juntó y tradujo en parte» etc. etc. el Ilmo. señor don Andrés Gonzalez de Barcia, impresa en Madrid el año 1749. En el «índice de las obras contenidas en estos tres tomos,» se menciona la de Schmidel del modo siguiente—«Historia y descubrimiento del Rio de la Plata y Paraguay, por *Hulderico Schmidel*, traducida del latin,» y segun toda probabilidad siguiendo esclusivamente el texto de Hulsius. Barcia, acompaña esta traduccion de algunas notas marginales que en parte son traducidas de la edicion de aquel, y en parte rectificaciones históricas de poca importancia valiéndose generalmente de lo que dice Herrera en sus décadas. Por lo demás, si es cierto que en algo mejora la ortografia de los nombres propios, es solo con respecto á los personajes

históricos de apellido español, dejando subsistentes casi todas las denominaciones de pueblos y lugares tan adulterados en el original alemán como en el texto latino. Agregó también Barcia á su traducción « una tabla de lo que se contiene en la anteciente historia, » en la cual, por orden alfabético se hallan los nombres propios y principales materias mencionadas en el texto; trabajo laborioso y útil, en el cual, bajo la palabra—*Autor*—se encuentran registrados todos los capítulos en que Schmidel deja rastro de sus hechos individuales y de su persona.

Nadie mejor que un español, tan dado como Barcia á la historia de las colonias de su nacion, pudo darnos un testo irreprochable del mas antiguo de los historiadores del Rio de la Plata. Pero esta esperanza la burla completamente aquel de que nos ocupamos, publicado en la mencionada coleccion, la cual apareció despues de la muerte de Barcia, y que con justicia califica el americano Ticknor de «coleccion muy mal ordenada». ¹ No fundamos mayor esperanza tampoco en la moderna reproduccion que de la compilacion de Barcia emprendió el meritorio tipógrafo Rivadeneyra en su conocida Biblioteca de autores españoles, y de cuya reproduccion solo conocemos los dos primeros volúmenes, en los cuales aun no aparece la relacion de Schmidel. El prólogo del señor Vedia está escrito con elegancia, con dotes literarias; pero no anuncia la paciente y esclusiva contraccion á la materia llamado á ilustrar, para que pueda esperarse que llegado el caso descienda á la labor minuciosa que exige todavia el testo castellano de nuestro primitivo historiador, á fin de que este

1. Historia de la literatura española.

alcance la exactitud escrupulosa que los conocedores de la conquista del Plata tienen derecho á exigir.

Esta exigencia no fué tampoco satisfecha por el editor argentino, en su «Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata,» apesar de anunciarse «ilustrados con notas y disertaciones.» El señor don Pedro de Angelis, autor ó editor de esta importante coleccion, carecia de oportunidad y antecedentes para darnos una edicion satisfactoria de la obra de Schmidel. Emprendia su trabajo en época en que habia desaparecido aquella generacion á que pertenecieron los Lavarden, los Leiva, los Araujo, apasionados é inteligentes amigos de la historia antigua patria, y solo pudo disfrutar del caudal de documentos y noticias que como continuador de las aficiones de aquellos, le proporcionaba liberalmente el respetable, desinteresado y laborioso doctor don Saturnino Segurola. Los hombres formados en medio del torbellino de los intereses nuevos, miraban con indiferencia los asuntos retrospectivos, y sus estudios de aplicacion inmediata no les daban trégua para volver la atencion hácia los orijenes de una patria que ellos habian contribuido á redimir con la espada y con el talento. Sobrábales erudicion histórica, para lanzarla como venganza contra el réjimen colonial, á la manera de Moreno defendiendo á los hacendados, de Vieytes y Belgrano en la redaccion de las Revistas en que tan valientemente abogaron por las libertades económicas de la colonia; pero, lo repetimos, no se hallaban en situacion de emplear sus ócios en el estudio de las fuentes orijinarias, que por otra parte, parecian agotadas por la pluma del Dean Funes en su «Ensayo» publicado con gran aceptacion en 1817.

Don Pedro de Angelis, al emprender la edicion de Schmidel en 1836, no conocia, segun toda probabilidad, mas que la de Barcia, y cuando se refiere á los testos latinos en sus «noticias biográficas sobre Schmidel,» se nota que no lo hace con presencia de ellos, ni siquiera del de Hulsius. Cuando habla de las láminas de la edicion de 1599 dice que estas representan «*frutas y animales del Paraguay,*» lo que es evidentemente inexacto para quien examine una á una las veinte láminas de Hulsius, en ninguna de las cuales se vé espresamente representada ninguna de las curiosas producciones vegetales de la naturaleza del suelo paraguay. Si hubiera dicho *animales*, nos habria dejado en la duda acerca de si conocia ó no las figuras de Hulsius, pues en la numerada con la cifra 5 se ve un *armadillo*, una *simi vulpa*, un *haúte*; este representado con cara humana, y el primero con bastante propiedad para no dudar que es el *tatú* de la lengua guaraní, llamado tambien *armadillo*, en la nuestra. La lámina 9 corresponde al testo del capítulo de este mismo número, y representa la poblacion de Buenos Aires y la de Mendoza, cuyos habitantes devoraban de hambre todo género de animales inmundos. Vése en la misma lámina una horca con tres ajusticiados, los cuales segun Schmidel, habian muerto y comido un caballo y fueron penados tan cruelmente por aquel acto, sirviendo sus cuerpos á su vez, y durante la noche, de pasto á la irresistible necesidad de sus compañeros. La número 11 representa el asalto de los querandies y el incendio de los bergantines. La única lámina que pudiera justificar el aserto del señor Angelis es la relativa al capítulo 20, en la cual una Eva de la nacion caria, ofrece á un guerrero de la misma, con ademan sumamente garboso, un objeto redondo

que tanto puede ser una raíz alimenticia como el fruto de un árbol. Los monstruos humanos representados en la lámina 15, mas que á la relacion de Schmidel, cuadraria á la descripción del la Guyana del famoso Walther Raleigh, de la qual dió una edición en láminas, y en idioma latino, el mismo Hulsins en 1599, con el título de *Brevis Admiranda descriptio regni Guianae*, etc. Ahí habla Raleigh de una especie tan abundada de hombres, que parece que la coheza y la cara la tienen en el pecho. Así está representado un guerrero indigena en dicha lámina 15, sin que Schmidel en su texto dé motivo para semejante ilustración. Estas pequeñeces suelen ser en materia de descripción tan buenos testigos, como aquellas hojas, que vírgenes de la cuchilla del encuadernador, dan testimonio inequívoco de la integridad de los márgenes de un libro, raro en la bibliografía.

Pero el mismo Angelis confiesa lo que sospechamos en virtud de los antecedentes que acabamos de esponer. «A pesar (dice testualmente) de las notas y del índice con que acompañó su publicación (habla de Barcelona y de su edición española de Schmidel) no logró ilustrarla, y solo podrá conseguirlo el que consulte el texto, lo que hubiéramos hecho si lo hubiera podido.»

Sim embargo de estas observaciones debíamos decir que en año 1853, don Pedro de Angelis, cataloga entre los libros que poseía y quería enagenar, los siguientes: Schmidel—Viaje, al Rio de la Plata, 1597, (sic) en fol. (en alemán) id. viaje al Rio de la Plata. Francfort sobre el Meno, 1619 con láminas id. 4.º (en alemán) id. Vera historia admirandae cujusdam navigationis, ab anno 1534 usque ad annum 1554, in Americam. Nuremberg 1599 en 4.º Pudo haber adquirido estos libros, y especialmente al de Nuremberg, en los 17 años que mediaron entre su edición de Schmidel (1686) y su catálogo formado con miras de lucro en 1853. La "Dissertation" de Camus no se registra en este catálogo.

hubiésemos encontrado. Pero, de todas las obras que tratan de la conquista del Rio de la Plata, la de Schmidel es la mas rara, y casi puede tenerse por irreperible.¹ De manera que ya considerase como *testo* el señor de Angelis el original alemán de Francfor, año 1567, ó el latino de Hulsius de Nuremberg 1590, no pudo *consultarle*, porque de lo contrario él lo habria hecho con el objeto de *ilustrar* la edicion que presentó sin mas trabajo que reproducir la de Barcia, cambiando el título lacónico que este le dá por otro que no lo es menos. Barcia, dice, Historia y descubrimiento del Rio de la Plata y Paraguay, y Angelis le corrige la plana, rebajando el carácter histórico de la obra al nivel de un *me-ro viage*. Esta es una razon mas para creer que no conocia el *testo*, ni siquiera citado por alguien, por que de lo contrario alguna fuerza podia haberle hecho el *vera historia admirandae*, del sábio y erúdito *Levino Hulsio*.

«Para sacar algun provecho de nuestra reimpresion, continua el señor de Angelis, hemos enmendado algunas palabras; cuya equivocacion era evidente.» Y en efecto las que enmienda, todas, sin escepcion de una sola, se encuentran en Barcia, pues este llama *sechurvas* á los charruas, *carendies* á los querandis, *cardes* á los cardos, *Luchsán* á Lujan etc. sin salir de los capítulos VII y X. Podemos pues dejar asentado sin temor de que se nos desmienta, que el *testo* de la edicion de la «*imprensa del Estado*» es el mismo que corre en la Coleccion de Madrid, la cual segun «*discurria*» con razon

1. No menos rara era en Madrid por los años de 1623, en que Pinelo daba con su *Eptome* el primer modelo de un catálogo razonado de obras sobre América. Poseia un ejemplar el «Condestable de Castilla» en su numerosa libreria que era de las mejores de España—(Epitome de la bib. oriental y occ. pág. 72.)

don Pedro Vicente Cañete, en el «Telégrafo Mercantil» del año 1802, que era tan rara en Buenos Aires como algunos presamente. Observaremos al terminar el examen de las fuentes de la edición bonaerense, que su editor, era un tanto atrasado en noticias generales sobre los autores y actores de la historia americana; y así vemos, por ejemplo, que considera como dos personas distintas á don Gabriel de Cárdenas y á Barcia, siendo así que no forman mas que una sola, é indivisible persona. Bien averiguado, y sabido es hoy que bajo el nombre de Gabriel Daza de Cárdenas, solía esconderse, el Ilmo. señor don Andrés Gonzalez de Barcia, del Consejo y Cámara de S. M. y uno de los miembros fundadores de la Academia de la Lengua española. Esta noticia se encuentra ya hasta en los catálogos europeos de los libros americanos que se ofrecen en venta en los mercados de París, de Londres, de Leipzig etc.

Uno de los objetos que nos proponemos en estas páginas consagradas á un escritor que tan de cerca nos toca, es conseguir que no existe de su obra un texto en español completo y correcto. El original germánico ha pasado por entre las pulcritudes de una versión latina, perdiendo en este tamiz clásico la sencilla ingenuidad que le imprimió el autor. Y el mismo traductor Hulsius, como lo hemos visto, nos autoriza á creer que el texto latinizado por él no es el

1.º T. 1.º núm. 2.º del domingo 9 de marzo de 1862. con el obituario

2.º La casa de Maisonneuve, (1869) anunciando la obra: «*Essay, oronológico.... de la Florida*», agrega la siguiente nota: «L'auteur s'est caché sous le nom de Gabriel de Cárdenas.» Y con este mismo nombre y apellido agregando el de Daza, escribió el prólogo á la 2.ª impresión de *La Florida del Inca*—En la oficina real—C1513CCXXIII. (1723) fol.

mismo de la edición, que se consideraba como la *principe*. En este caso, para obtener la obra verdadera de Schmidel, la que espresara todo su pensamiento, sería indispensable emprender un formal cotejo entre el texto alemán impreso y la versión que ajustó Hulsius á un códice con apuntes de autógrafa, y que indudablemente no es el mismo que sirvió al editor de Frankfort. El resultado de este cotejo habilitaría á quien se emprendiera con suficiente preparación y tipo, para vulgarizar en nuestra lengua las genuinas y precisas descripciones y la narración general de los hechos, como verdaderamente los escribió nuestro tigre de historiador. Esta tarea indicaría que este trabajo debe llevarse á cabo con un espíritu de la mayor y mas completa imparcialidad, sin detenerse ante los escrúpulos de mal entendida delicadeza, que tantas veces desvirtúa el pensamiento desluido y la espresion trivial, pero eficacísima, de aquellos testigos incultos de las cosas de América en los tiempos contemporáneos de su descubrimiento, de quienes tanto caso hacia el descontentadizo Miguel Montalme.

No solo habria que evitar este escollo sino otro mas importante todavía. En un narrador tan lacónico como Schmidel, una palabra suprimida, la fuerza de un adjetivo desvirtuado por la traduccion, pueden adular profundamente la impresion moral que en el alma fuerte pero sana de nuestro soldado bávaro, causaban los actos de sangre y de dureza en que el mismo participaba como subalterno obediente á sus capitanes. A este respecto mucho tenemos que desconfiar de la versión castellana, cuyas reticencias frecuentes y calculadas, dejan atras todavia á las que por otras razones se

advierten en la circunstancia, versión latina del año 1590. La lectura atenta de algunos historiadores modernos de la Conquista del Rio de la Plata y del Paraguay que no han podido menos que seguir las huellas de Schmidel, o someter puesto en el caso de amparar el texto de este autor el polígrafo que acabamos de señalar. En unos, la pasión de la nacionalidad, en otros el respeto agradecido hacia los señores que dotaron del precioso bien de la civilización cristiana á estas regiones vírgenes del mundo, han influido poderosamente para que muchas acusaciones contra los conquistadores que encierran las páginas de Schmidel, hayan quedado en la sombra desfigurando así el pensamiento del mismo testigo que se invoca.

Entre las diversas prendas que recomiendan á Schmidel, las personas mas competentes le reconocen su extrema exactitud en la apreciación de las distancias, en la localización de las naciones indígenas y en general, en cuanto se refiere á la geografía y la etnografía de las comarcas que visitó. Era, talvez el único de los soldados rasos de la conquista que mas en contacto se ponía con los encargados de dirigir, facultativamente, las rutas por lugares inexplorados, de Ayolas de Cabeza de Vaca, de Irala, pues varias veces se refiere á los cálculos de los entendidos en materia de astros.

Las vastísimas extensiones de tierra ignota y generalmente llana, en que por primera vez ponian la planta aquellos audaces aventureros, eran verdaderos mares nuevos como lo fueron el Atlántico y el Pacífico que bañan las costas americanas para sus primeros navegantes y como á mediados del siglo XVI la ciencia geodésica estaba por decirlo así en su cuna, es de presumir, que los ingenie-

[illegible]

Es pues de presumir, que los *vaycunos* de comarcas, que se recorrian por primera vez, fuesen algunos de aquellos mismos que habian dirigido la ruta naval de la expedicion de Mendoza, de donde se infiere tambien que los procedimientos facultativos, empleados para orientarse en travesias tan estensas como desconocidas, fueron los mismos de que se valia la nautica para trazar la derrota de las embarcaciones en el oceano. En algo debian modificarse forzosamente esos procedimientos, no en razon de los instrumentos empleados, sino de sus aplicaciones, y seria curioso saber, cual era el horizonte artificial de que se valian para sus observaciones de altura, en tierra, y cual el grado de aproximacion a que llegaban luego de las determinaciones de las longitudes y latitudes. Mas que curioso, inapreciable para la ciencia y la historia, seria la aparicion de alguna carta, derrota, diario de viaje, o cosa parecida, de mano

de aquellos exploradores, que no sería imposible desenterrar de algún archivo de Indias, si se empeñase en ello algún paciente investigador de esas preciosas antigüedades.

NI Aguirre, ni Alvear, ni el mismo Azara, que tanta facilidad tuvieron después de su regreso a Europa para esclarecer estos antecedentes, que tan íntimamente se ligaron con la historia en general, y en especial con la de la ciencia que profesaban, no dan muestra en sus escritos de haberse preocupado de este problema tan interesante. ¿Cuál era el estado de la geografía de las regiones del Paraguay y del Plata antes de los trabajos de los primeros y segundos demarcadores?— Sin embargo, es muy digno de la seria curiosidad de un hombre de ciencia la solución de esta clase de problemas.

Nada es hoy tan apreciable como uno de esos raros monumentos, que con signos imperfectos, y rasgos tímidos, aparecen a luz por los esfuerzos de los eruditos, revelando el estado de la ciencia geográfica en los días del descubrimiento de América. De los mapas puede decirse, hasta cierto punto, como de los libros: semejantes a las aguas, más puras son sus noticias cuanto más se acercan a la fuente de que derivan.

Orosme no equivocarse, sabiendo de pasado que la geodesia y la astronomía, en su estudio, en España, en sus aplicaciones directas a la geodesia, sino a la navegación. Ulloa, Juan, los astrónomos de las Partidas demarcadoras, Ciscar mismo, nombrado por el gobierno de Madrid para asociarse a los trabajos emprendidos por los franceses para establecer el sistema métrico decimal, tomando por unidad una fracción del meridiano terrestre, todos salieron de las escuelas náuticas de la Península y fueron miembros de la marina Real.

2. Para formar una colección de libros selectos, debe tenerse en cuenta

El texto de Schmidel, requiere, por consiguiente, como complemento indispensable, una carta geográfica y etnográfica de los países del Paraguay y del Virreynato del Rio de la Plata, en la cual se consignáran los conocimientos que en esos desgrados de la ciencia estableció el testigo ocular de que nos ocupamos. Esa carta pudiera ser, al mismo tiempo comparativa para consignar también así cuáles han sido las modificaciones que la nomenclatura topográfica y la localización de las tribus han experimentado en la estension del suelo americano en cuya exploración y descubrimiento tuvo parte Schmidel.

Tiene este la excelencia de dibujar con buril; no pinta sino que graba, y bástale un rasgo, un contorno para delinear una figura. Nos parece estar viendo el ser que describe, sea un animal, un hombre, una batalla, y sus descripciones del aspecto general del país, de los trages, usos de paz y de guerra de las tribus que visitó, se presentan claras y se fijan en la imaginación del lector en fuerza de la economía misma del dibujo. Esta excelencia del viajero alemán se comprueba comparando las suyas con las descripciones que de los mismos objetos nos dejó el secretario de nuestro segundo Adelantado en sus interesantes «comentarios.»

En estos, es sin duda risueña y variada la reseña de plumas de papagayos, de arcos, de flechas, de *catabales*, trompetas y cornetas, de que nos hace gozar este escritor al pintar a los aliados guaranis del nuevo gobernador del Paraguay. Pero, aunque, sin duda sería «cosa de ver todo esto,» y

los primeros que se hayan escrito sobre la materia, por cuanto con la doctrina del hombre sucede como con el agua, que es mas gruta, mas clara y limpia en el manantial de su origen. (G. Naudé, *Advis pour dresser une Bibliothèque*)

á pesar de lo nuevo y curioso del espectáculo, no nos causa tan indeleble impresion como las narraciones sin colorido, pero vigorosamente acentuadas de Schmidel. Esto es decir, que el texto de este puede adornarse con las *ilustraciones* que hoy son tan de moda, no recurriendo meramente á la imaginacion inventiva de un artista, sino á la verídica fotografía que de nuestros indígenas nos ha dejado la severidad del historiador.

Fundándonos en estas consideraciones, que pudiéramos ampliar mucho mas, concluimos haciendo votos, porque alguna vez y por los esfuerzos suficientemente ilustrados de algun erudito argentino, celoso de la fama literaria de su pais, se nos dote de una edicion española de la obra de Schmidel, corregida y mejorada con todo el esmero á que es acreedor un documento primitivo y fundamental de los orígenes de la conquista del Rio de la Plata.

JUAN MARIA GUTIERREZ.

EN EL SALON LITERARIO—INFORMA

Franchises en este compartimento sup. pág. 12

alguna vez y por los estudiantes anteriormente ilustrados

países se nos dote de una edición española de la obra de

SEÑORES:

En la anterior lectura, haciendo el estado de un momento

cultura intelectual de la que me (pre)ocupamos cada vez

delante un inventario circunstanciado, hemos de decir:

o tenemos en la literatura ni clasificación alguna de los tipos de M.

...tenemos en literatura en filosofía; que nuestro saber poli-

co nada estable ha producido en punto a organizacion

1. Esta *lectura* encierra el pensamiento económico de Echeverría, en la fecha de la instalación del "salón literario," presentado intencionalmente en aquel lugar, despojado de fórmulas técnicas y de todo aparato científico.

Ese pensamiento es la expresion del sentido comun en presencia de la imperfeccion de la industria nacional, ~~resuelta~~ a entregar materias primas sin elaboracion alguna, al extranjero, quien, transformándolas con la suya, las devuelve al consumo de los primeros productores.

Echeverría aspiraba á que esa situación ruinosa y humillante para su país desapareciese; á que las industrias propias de este, tomasen incremento por medio de una legislación acertada; á que mejorase la condicion del productor agrícola; á que su trabajo alcanzara mayor precio y se aumentase en cantidad.

Esta economía política, hoy mismo, no nos parece atrasada. La atrasada y vieja es aquella que grava la producción para poner en holgura inmediata a los gobiernos dilapidadores, por medio de impuestos fiscales. G.

social, que nuestra legislación está informe, que de ciencias positivas apenas sabemos el nombre; que la educación del pueblo no se ha empezado; que existen muchas ideas en nuestra sociedad, pero no en sistema de doctrinas políticas, filosóficas, artísticas; que en suma nuestra cultura intelectual permanece en estado embrionario, y que con nada ó muy poco contamos para iniciar la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina.

Ahora bien, ¿cómo damos principio á ella? De qué materiales nos valdremos? He aquí la cuestión que me propongo ventilar antes de hablaros de la crítica en general. Se ha escrito ya: los elementos que constituyen la civilización humana son: el elemento industrial, el científico, el religioso, el político, el artístico, el filosófico. No basta: nuestro propósito estudiarlos desde su origen en la sociedad primitiva, siguiendo su desarrollo en el tiempo, en la vida de la humanidad. Los tomaremos tales como los presentan la civilización del siglo y las actuales conclusiones de la filosofía. Basta decir que en las grandes civilizaciones, en la civilización asiática y en la europea, estos elementos existen, no en un completo desenvolvimiento por que la vida de la humanidad es infinita, sino en un grado inmenso y multiforme de desarrollo, y que algunos de ellos ya en este ó aquel clima europeo, han progresado mas que en otro segun las circunstancias, modo de ser social y espíritu de cada nación.

En las sociedades inferiores como la nuestra, es claro que estos elementos deberán manifestar su acción ó desarrollarse gradualmente; porqued un pueblo que empieza á vivir es como un hombre cuyas facultades se van sucesivamente manifes-

tando y ejercitándolo hasta que llega á completa madurez; y porque segun las necesidades físicas y morales que una sociedad experimenta en su vida, van los hombres aplicando la energía y actividad de sus inteligencias y sus brazos á encontrar los medios de satisfacerlas.

Así, pues, el desarrollo de estos elementos es normal en cada sociedad y sigue una ley necesaria en relación con el espacio y el tiempo. Nosotros no podemos abrigar la quijotesca pretensión de poder en el día todo el material de todas industrias, filosóficas, políticas, artísticas de la Europa civilizada; por que nuestra sociedad comienza á vivir, pero marchamos á su conquista. Cada cosa tiene su tiempo, y cada ser animado, cada hombre, cada pueblo, destinados por la Providencia á progresar, ó lo que de lo mismo á ejercer la actividad de su vida, debe ir acerto en los límites inascanables del tiempo.

Por consiguiente el estado embrionario de nuestra civilización es y debe ser normal; y esta confesión no debe humillarnos ni desalentarnos. No está cerrado por eso para nosotros el camino del mas alto y perfectible progreso. Pertenecemos á una raza privilegiada, á la raza caucásica, mejor dotada que ninguna de las conocidas de un cráneo estenso y de facultades intelectuales y perceptivas. Dejamos atrás pocos recuerdos y ruinas, pero tenemos delante, como el joven adolescente, un mundo de esperanzas y una fuente inagotable de vida, y marchamos á la vista de Dios en busca de un porvenir incógnito. ¿Quién podrá detener nuestra marcha? ¿Quién podrá impedir que el taller de una nueva civilización y el grandioso templo augustos donde la Providencia levanta sus recónditas miras sobre las doctrinas de la humanidad.

Verdad es que desde la revolución aquí pochenunos adelantado, pero no será al fin reparar el tiempo perdido si dejamos la pereza heterolada de nuestros aqueles y trabajamos con teson en secundar en nuestra patria los elementos de la civilización mas conforme con su estado y necesidades actuales.

Para que nuestros trabajos sean no de deroemento (foculitas) es preciso circunscribirlos á la vida actual de la patria y á las necesidades vitales por el orden de parate el país. No abstrahamos como en Europa los elementos de la civilización. Allí en una multitud de talentos cada uno una gran abstracción habiéndose ya sobre sólidos cimientos, otros se centran en sólidos se profundizan en grandeza y hebreo suran el nuestro no tiene obstruccion en el está por empezar, los materiales son escasos y los operarios en corto número. Emplearíamos nosotros nuestros sudores en fabricar un edificio al roo, empezando por la techumbre, violando la ley del tiempo, y usurpando sus derechos á las generaciones venideras. Aunque quisiéramos no podríamos hacerlo por que somos muy débiles.

Dejenmos de utopías y de teorías quiméricas para el porvenir. Harto haremos con satisfacer á las exigencias actuales de nuestro país. Consagrandó a este objeto nuestras fuerzas, preparemos al porvenir, y á nuestros hijos la tierra donde sembrarán y recogerán copiosos y delicados frutos. Los padres plantan el árbol y el hijo para los hijos de sus hijos. Cada hombre, cada generacion tiene una mision que resulta del estado actual de la sociedad que le genera y de cuya vida y de sus deseos y esperanzas participa. Nacemos para un deber, pues debe ser para nosotros, generacion

moda y robusta y observar que descansa que en esperanzas, que necesidades manifiesta en esta sociedad actualmente y que genera de luces imperiosamente la demanda en que formando el que en modo de que de desarrollo cada uno de los elementos de la civilización que he enumerado y todo lo que no es posible.

Comenzaré por aquellos que á mi juicio mas importantes y hablaré primero del elemento industrial, porque en la industria es fuente de la riqueza y poder de las naciones. La industria es el trabajo y la actividad humana que implica en dos sentidos: modificar y transformar la materia. En primer lugar, los técnicos que la estudian y la hacen propia y útil á su fin, están haciendo cosas de entera creación, inventando y organizando. La industria está siempre en relación con las necesidades de un pueblo por que es hija de la necesidad y al mismo tiempo las necesidades de un pueblo le dan el carácter de las cosas que produce. Es necesario para que sea una industria salvaje se confunde con la de los brutos. La industria de nuestra sociedad es muy distinta, porque ha pasado de un estado de barbarie á un estado de civilización. No podemos pues las necesidades para que la industria prospere, se necesitan también otros resortes, otros elementos para agrandarla y vivificarla. Estos medios son los brazos, los capitales y el espíritu de asociación.

El hombre puede bastarse á sí mismo en su aislamiento para ganarse suficiente para su vida y satisfacer sus limitados deseos, pero en las grandes operaciones de la industria, el hombre necesita el auxilio del capital y del trabajo. Nos encontramos de un lado y de otro, y de aquí resulta que si no tenemos que mendigar al extranjero para obtener estos recursos.

para satisfacer nuestras necesidades, dándole en cambio los escasos productos de nuestra industria.

Si carecemos de esos indispensables elementos para promover con éxito esos géneros de industria, apliquemos a fomentar aquellos que existen ya y han tomado grande incremento; tales son, la industria agrícola y el pastoreo.

La industria, además, está en relación con las localidades. Un pueblo que habita las montañas no ejerce los mismos géneros de industria que uno que habita los valles.

Esta nación está destinada por la naturaleza a dar un poderoso ensanche a la industria mercantil ligada con la fabril; aquella a la manual. Ginebra se enriquece con sus relojes, Inglaterra con sus manufacturas, el Brasil con su azúcar y algodón; nosotros nos enriquecemos con nuestras pieles y granos; y aglomaremos capital para llevar con el tiempo nuestra actividad a otras clases de industrias. Pero nosotros no hemos aprendido todavía a sacar todo el partido que podemos de nuestros vastos y fértiles llanos. Verdad es que los campos y haciendas han tomado después de la revolución un valor infinitamente mayor que el que antes tenían, merced a la libertad de comercio; pero este valor no es debido a ninguna transformación en la calidad de animales ni en los productos de nuestra industria, sino a la concurrencia del extranjero en demanda de esos frutos, y a la apreciación y estimación que de ellos hace. Debemos esa riqueza a la naturaleza que a nuestra industria y al trabajo. Sin embargo, no puede negarse que el espíritu de mejora y progreso se va introduciendo en nuestras facias rurales, que se abandonan viejas rutinas y que sin duda ellas ofrecen mas lucro, empleándose en explotarlas mayor número de capitales y de homi-

bras. activos ó inteligentes, que oborden, la actividad y la economía se va introduciendo en nuestros campos y que ellos prometen ser la fuente inagotable de nuestra futura grandeza. Pero también esforzémonos para que los productos de los animales que se crían en nuestros campos, brutos aun y sin beneficio alguno, los elabore y transforme la industria indígena para darles el valor que el extranjero les dá en su país, y del cual los recibimos manufacturados por doble ó mayor precio de aquel á que los hemos vendido.

Hé aquí el modo de ensanchar la esfera de nuestra industria empleando las materias que tenemos á la mano. Quién duda que las pieles de vacuno y caballar podrían salir curtidas y preparadas de nuestro mercado? Que las crines y lanas podrían beneficiarse y adquirir mas precio que el que tienen? Lo que gana el curtidor, el limpiador y el escardador europeo, nosotros podríamos ganarlo. No nos hallamos en estado de fabricar con nuestras labas pafios, ni con nuestras pieles y crines cosas útiles, por que nos faltan elementos, pero la industria puede imprimirlas mas valor, aumentando su precio antes de ponerles en manos del extranjero.

El objeto, como veis, es mostrar que para que nuestra industria progrese de un modo normal y seguro es preciso que echando mano de las materias primas que ofrece nuestra tierra las transforme y beneficie cuanto sea posible, les imprima un valor, y así las espanda al extranjero, y nadie negará que esto es muy realizable en todos y con todos los productos vacunos y lanares.

Doloroso es ver que nuestra industria rural, ahora como antes de la revolución, está sujeta á los movimientos de la atmósfera. Si no llueve, su vida se agota, nada produce; los

animales se mueren y las sementeras se esterilizan. La principal fuente de nuestra riqueza se convierte en manantial de miseria y calamidad. Dejaremos siempre el remedio, como el mal, á la naturaleza y al acaso? No podrian arbitrarse medios, si no para evitar, para minorar al menos esos males y hacer menos precaria la suerte de nuestros industriales? Si los individuos no lo pueden, á los gobiernos toca como instituidos para el bien y prosperidad comun, emplear los caudales que emplean en vanas é improductivas empresas, en fomentar, proteger y estimular la industria. Yo sé bien que el interes individual es casi siempre el mejor consejero de la industria; pero tambien conozco que un pueblo como el nuestro donde se vive con poco por que se desea poco, el interes individual suele dormirse y necesita el estímulo de la autoridad. Ademas está acostumbrado por la indolencia de nuestros padres á esperar lo todo de la Providencia.

La industria que no se vale activamente á si misma para producir, no es industria, es el apetito del salvaje que solo se mueve para recoger el fruto ó perseguir la caza. Por lo demas, lo que la industria requiere para prosperar no son restricciones y trabas sino fomento y libertad. Cada hombre puede ejercer la que le parezca y del modo que le convenga, con tal que no dañe el derecho de otro, que tambien lo tiene para gozar de la misma libertad. Otorgar privilegios, poner restricciones es destruir la igualdad y la libertad, sofocar las facultades del hombre violar un derecho sagrado, suyo, y atentar á la mas sagrada de las propiedades, su sudor, su trabajo personal:

Qué pediremos, pues, nosotros para la industria? Liber-

ta, garantías, protección y fomento por parte de los gobiernos. Solo a estas condiciones nuestra industria puede progresar.

Un interesante sería indagar las transformaciones que ha sufrido el valor de la propiedad rural y el ganado desde fines del siglo pasado hasta hoy; calcular el número de haciendas que existía entonces en nuestros campos, el que la guerra civil y el que la seca ha destruido sin fruto, el consumo productivamente en este período y el que hoy existe. Así podríamos averiguar si en punto a riqueza debemos algo a la revolución o si en este como en otros muchos hemos sido bien retrogradado. Averiguar también la población de entonces y de ahora, el valor de las principales mercancías peninsulares que se consumían entonces y el que han tomado nuevamente las extranjeras desde la revolución. Calcular la riqueza, lo que se insumía en esa época en objetos peninsulares de primera necesidad y la que se insume hoy en las mismas, para ver hasta qué punto han aparecido nuevas necesidades en nuestra sociedad y se han estendido en ellas las comodidades. Si contamos hoy con mas riqueza real que en aquellas fechas cuando circulaba mucho oro y plata y estaba á granal en las casas. Si el sistema prohibitivo colonial era mas productivo de riqueza que el comercio libre, etc.

Estos datos y otros muchos podrían engendrar con el tiempo una ciencia económica verdaderamente argentina, y estudiada nuestra industria, la ilustraría con sus consejos y le enseñaría la ley de la reproducción.

Por mas que digan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leyes universales en el desarrollo de la riqueza y la industria, no son mas que sis-

temas ó teorías fundadas sobre hechos, es verdad, pero tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad cuasi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido mil transformaciones y revoluciones, donde el hombre ha ejercido la actividad de su fuerza, donde la industria ha hecho prodigios, donde sobreaman las capitales y los hombres, y donde existen en pleno desarrollo todos los elementos de la civilización. Verdad es que ellos han descubierto porción de verdades económicas que son de todos los tiempos y climas; pero si se esepúan estas verdades, de poco pueden servirnos sus teorías para establecer algo adecuado á nuestro estado y condición social. Además, cada economista tiene su sistema, y entre sistemas contradictorios fácil es escoger en abstracto, pero no cuando se trata de aplicarles á un país nuevo en donde nada hay estable, todo es imprevisto y dependiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos; en donde es necesario obrar contra la corriente de las cosas por ajustarse á un principio cuya verdad no es absoluta. Hemos visto sin embargo, en nuestras asambleas, como en política, disputar en economía, cuando se trataba de fundar un impuesto, de arbitrar medios para el erario, de establecer Bancos etc. á nombre de tal ó cual economista; echar mano de la economía europea para deducir la economía argentina sin tener en consideración nuestra localidad, nuestra industria, nuestros medios de producción, ninguno de los elementos, en fin, que constituyen nuestra vida social. Así las providencias de nuestros legisladores á este respecto unas veces han sido ineficaces ó ilusorias como en la contribución directa, otras han producido mas mal que bien como el Banco

y el papel moneda, y ninguno ha tenido en mira poner á cubierto al estado de insolvencia, y de que no pueda hacerse nada por falta de recursos pecuniarios en caso de bloqueo ó guerra con alguna potencia estrangera, estableciendo un impuesto sobre bases sólidas, permanentes, y no sobre el recurso precario de las importaciones y exportaciones estrangeras.

Ademas este impuesto indirecto no solo es precario sino monstruosamente injusto por que recae principalmente sobre el mayor número de consumidores, sobre los pobres. Pero cuándo nuestros gobiernos, nuestros legisladores se han acordado del pueblo, de los pobres? Cuándo han echado una mirada compasiva á su miseria, á sus necesidades, á su ignorancia, á su industria! Nada, absolutamente nada han hecho por él, y antes al contrario, parece haberse propuesto tratarlo como á un enjambre de ilotas ó siervos.

Los habitantes de nuestra campaña han sido robados, saqueados, se les ha hecho matar por millares en la guerra civil. Su sangre corrió en la de la independencia, la han defendido y la defenderán, y todavia se les recarga con impuestos, se les pone trabas á su industria, no se les deja disfrutar tranquilamente de su trabajo ni de su propiedad. . . .

Se ha proclamado la igualdad y ha reinado la desigualdad mas espantosa: se ha gritado libertad y ella solo ha existido para un cierto número; se han dictado leyes, y estas solo han protegido al poderoso. Para el pobre no hay leyes, ni justicia, ni derechos individuales, sino violencia, sable, persecuciones, injustas. Él ha estado siempre fuera de la ley.
.....

Sabido es que la labranza ó industria agrícola entre nosotros está reducida á la siembra del trigo y maiz, y que la mayor parte de los que ejercen esta industria son unos pobres que

no cuentan con mas capital que el arado y sus bueyes, un campo, las mas veces arrendado y su trabajo personal. El primer renglon de subsistencia de la Provincia, depende del buen éxito del trabajo de los pobres labradores, pendiente, como dicen, de la bondad del año. Si hay seca ó mucha lluvia en ciertas épocas, la cosecha se pierde; si viene plaga de langosta la cosecha se pierde; y si en la sementera ha brotado mucha maleza, la cosecha es mala. Ella depende, en fin, de mil accidentes que pueden sobrevenir y que la industria impotente no estorba con inteligencia.

Malograda la cosecha, los infelices pierden su trabajo, se empeñan sobre el fruto de su trabajo venidero para poder subsistir mientras llega el buen tiempo; y lejos de hacer ahorros para acumular riquezas, nunca salen de la miseria. Si la cosecha es buena, ó ha sido bueno el año, para poder recojer su trigo, piden prestado; otros enagenan el derecho de recojerlo á medias, otros lo venden en la sementera, por que ninguno tiene recursos para hacer frente á los gastos de levantarla. Contados son los que llevan su trigo al mercado (por los crecidos gastos de transporte) y logran así un precio acomodado por su trabajo.

Aquí vemos dos hechos:—por una parte los labradores sin garantia alguna de buen éxito y adelanto en su industria, y por otra parte la subsistencia de esta provincia pendiente del precario trabajo de esos labradores y de los accidentes naturales que pueden malograrlo. Y es posible que no se haya tomado providencias por nuestros gobiernos para fomentar este ramo de industria? Es posible que tierras tan fértiles como las nuestras consagradas al pastoreo y siembra de trigo y maiz apenas produzcan lo suficiente para el con-

sumo de la Provincia cuando podian abastecer medio mundo? Es posible que cuando la cosecha es mala media poblacion no coma pan, y la otra media, caro y malo?

No podrian, tantos caudales consumidos en vanas empresas, ser empleados en establecer emigraciones regulares en las tierras de chacras? No podria estimularse y protegerse á los labradores industriosos que no tienen campo de propiedad suya, dándoles suertes de chacras que se han malvendido? No podia premiarse á los mas diligentes, suministrándoles recursos para cosechar, en un fondo público que se destinase á estos objetos para que no malgastasen y empeñasen su trabajo, é hiciesen ahorros?

Pero lejos de hallar proteccion en los gobiernos, los labradores, la industria rural no encuentra sino y desaliento. El estado de guerra en que nos hallamos desde la revolucion, y el réjimen militar que reina en la campaña.



1. Hasta aquí llegan los fragmentos de esta *lectura*, los únicos que hemos podido descifrar entre los M. SS. confusos y desordenados, que tenemos á la vista.

NOTICIAS SOBRE UN LIBRO

CURIOSO Y RARÍSIMO, IMPRESO EN AMÉRICA AL COMENZAR
EL SIGLO XVII.

*Après le plaisir de posséder des livres,
il n'y en a guère plus doux que celui d'en
parler, et de communiquer au public ces
innocentes richesses de la pensée qu'on ac-
quiert dans la culture des lettres.*

*Charles Nodier—(Mélanges tirés
d'une petite bibliothèque.)*

Defensa de damas de don Diego D'Avalos y Figuerola, en octava rima, dividida en seis cantos, donde se aléga cō memorables historias. Y donde florecen algunas sentencias, refutando las que algunos Philosophos decretaron contra las mugeres, y provando ser falsas; con casos verdaderos, en diversos tiempos succedidos. Con licencia de su Exelencia, impreso en Lima por Antonio Ricardo. M.DCIII. 80 f. im. 4º: ocho páginas sin numeracion que contienen, al principio del libro y en seguida del título—un soneto del lic. Pedro de Oña al autor, tres mas de diferentes poetas tambien en elogio del autor y del libro, una cancion y unas estancias al mismo objeto. Al fin dos páginas sin numeracion con dos epigramas á Cilena, en español, y en latin en loor del autor.

Este poema en octavas y seis cantos, corre agregado á un libro del mismo autor cuyo título completo es el siguiente:

Primera parte de la Miscelanea Austral de Don Diego D'Avalos y Figueroa, en varios coloquios. Interlocutores, Delio y Cilena. Con la defensa de Damas. Dirigida al Excellentísimo señor Don Luys de Velasco, caballero de la Orden de Santiago, Visorey y Capitan general de los Reynos del Piru, Chile y Tierra firme. Con licencia de su Excelencia. Impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año MDCII. (*Al fin*) impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año MDCIII.

La licencia del Virey para imprimir la Miscelanea es de fecha 20 de Abril de 1602, y en ella se alude al parecer dado por F. Diego de Ojeda, lector de teología del orden de Predicadores, quien dice: Por comision y mandato de su Excelencia el Sr. Virey don Luys de Velasco, examiné este libro intitulado primera parte de la Miscelanea austral de don Diego D'Avalos y Figueroa y páreceme que se puede imprimir porque el verso es justo y grave, la prosa fácil y claras las materias que contiene diversas y gustosas.»—La dedicatoria es al mismo Virey don Luis de Velasco, segun la cual el autor consagró á su obra los ratos de ocio que le proporcionaba su *profesion de las armas y caballos* en servicio del Rey, sin mas aspiraciones de ganancia que la que espera del agrado del lector para cuyo entretenimiento junta, «aquí mucha parte de las curiosidades que en larga leccion de antiguos y autorizados libros ha-

1. El famoso autor de la *Cristiada*.

lló, admitiendo pocas de los que en autores en romance se hallan y se saben »—La obra se divide en 44 coloquios, en prosa y verso, entre Delio y Cilena, y se infiere que esta última era una persona no linjada, sino la esposa del autor, la cual, segun el Prólogo al lector, era dama de mucha agudeza, de altas dotes y de no pocos bienes de fortuna. Esta señora llamábase doña Francisca Brizuela y Arellano, de buena y conocida prosapia española.

La mayor parte de esta obra está consagrada á filosofar sobre la pasion del amor en todas sus relaciones. Desde el coloquio 28 al 36 trata de la historia natural del Perú, de sus habitantes, su idioma, religion etc. En el coloquio 26 introduce una minuciosa relacion de los últimos momentos de Felipe II. (pág. 109.)

El autor era hijo de Ecija, en Andalucia, y fué el último de sus hermanos; ¹ de noble linage, especialmente por parte de madre. «Una reñida contienda de que resultaron irreparables daños», por razon de amorios, le obligó á espatriarse y á venir á América, habiendo llegado á Panamá el año 1574. ² De allí pasó al Perú siendo Virey don Francisco de Toledo. ³ Estos viages los cuenta detenidamente en la Miscelanea fol. 194 v. Quien desee mayores noticias acerca de este personage, puede consultar las páginas 198, 199, 133, 161, 187 de su misma obra. La página 125 contiene algunas voces tomadas del idioma

1. Contaba 17 años de edad cuando la última rebelion del Rayno de Granada.

2. *Desde la cuna
Alimentó mi vida el niño ciego.*

(Coloquio 1º.)

3 Don Francisco de Toledo gobernó el Perú entre los años 1569-1581.

quichua, y en la 151, se ocupa de los *quipus* ó escritura de los peruanos.

«La Defensa de Damas,» puede considerarse como una serie de disertaciones eruditas en verso, acerca de las virtudes del bello sexo, contradiciendo con ejemplos históricos, mas que con racionios, las *oposiciones y objeciones*, que el hombre, abieso por naturaleza, hizo en todas las edades de la historia contra la mejor mitad del género humano. A modo de letrado, que, cargo por cargo trata de desvanecer cuantos se le dirijen á su cliente, el autor de la «Defensa» consagra cada uno de sus seis cantos y todas las 480 octavas que le componen, á lavar á las mugeres de la tacha de instables, de insidiosas, altivas y profanas; de parleras y livianas; de cobardes y envidiosas; de vengativas y avaras etc. etc.

*A defender las damas me levanto
Con fuerte escudo, y bélicos pertrechos,*

dice el autor en el 2º cuarteto de su primera octava, y por cierto que bien necesitaba de buenas armas ofensivas y defensivas, para habérselas con Platon y con Séneca y con Pitágoras, que son los primeros detractores contra quienes arremete. Y para no ahorrar esfuerzos ni esquivar el peligro, como buen caballero y hombre de lanza en ristre, ofrece no ocultar uno solo de los defectos con que se moteja á la muger. El primero de los citados filósofos, dudó si la colocaria ó no entre los animales á quienes negó la naturaleza el don de discurrir. *El cordovés* las culpó de livianas.

*Instables, sin vigor, y sin firmeza,
Sediciosas, altivas, y profanas
Y sin secreto por naturaleza.*

Pitágoras y otros filósofos *mas vulgares*, las llamaron vengativas y desapiadadas.

De estos efectos (*sic*) pues sois increpadas,
Y de otros muchos, con que el vulgo os culpa
Y en todos ellos veros disculpadas
Señoras pienso, porque estais sin culpa.

Para probar la perfeccion de su defendida criatura,
nos lleva el autor al *fértil campo Damanesco*, donde fué
fabricado Adan, y en donde la divina mano abriendo el
seno del primer hombre sacóle una costilla de la cual formó
la bella compañera del padre de todos los hombres;

«Muger perfecta en perfeccion entera»

Y cuando el alto padre soberano
Hacer propuso tan divino hecho,
(A cuya fuerza, lo imposible es llano,
Por su propio poder y por derecho)
Bien claro está, que enderezó la mano
Al humano favor, y á su provecho;
Y pues hizo muger, obra es perfecta.
Si ninguna que es suya, fué imperfecta.
Porque para muger nada le falta
De lo que para serlo, es conveniente.....
.....
Que es sola en quien la noble especie humana
Recibe forma, y de quien nace y mana.

Solo la envidia, que D'Avalos compara con el lebrele
que roe un hueso descarnado y se hiere la boca sin pro-
vecho, ha podido empeñarse en ver manchada á la muger.

Y si no nos equivocamos, este cargo va directamente, nada menos, que al autor de la Eneida, lo cual parece increíble en la pluma de un escritor que tanta predileccion manifiesta por los antiguos. El no acepta la concepcion virgiliana de Dido, y apelando al testimonio de la *verdadera historia*, nos pinta á la «gran fundadora de la gran Cartago», no como víctima desechada de la indiferencia de Eneas, sino de su constancia, «por no ofender al muerto su marido,» viéndose pretendida y amenazada por el feroz Yarbás.

Historia es cierta que la Reyna Dido
 Gran fundadora de la Gran Cartago
 Por no ofender al muerto su marido
 Jamás temió de Yarbás el estrago;
 Pues por muger habiéndola escogido,
 No le venció con armas ni halago;
 Antes huyendo de placeres vanos,
 Toma la muerte con sus propias manos.

Así, con «historias casi ya olvidadas», va justificando el autor, en este primer canto la constancia de la muger. Rasinalda, condesa ilustre y poderosa de Oriente, en donde era «muy conocida», sostuvo, no dice con quien, una larga y desgraciada guerra, al término de la cual se encontró prisionera con toda su familia en la ciudad de que era soberana, entrada á saco por el enemigo victorioso. Era Rasinalda madre de cuatro hermosísimas y recatadas doncellas, todas en la flor de la primera edad, y hallábase en el colmo de la desesperacion al considerar los insultos á que esponia la desgracia de las armas á aquellos pedazos de su corazon y de su honra. Derramaba lágrimas y se despe-

dazaba el cabello; lo cual visto por las hijas convinieron en tranquilizar á la madre proponiéndola la egecucion de un proyecto terrible que habian concebido entre las cuatro, comprendiendo ellas tambien la situacion en que podrian encontrarse así que el palacio fuese asaltado por la soldadesca. La mayor de las hermanas, se hizo intérprete de las otras tres, y dirigiéndose á la Condesa la dijo: Dulce madre; tesoro mio, porque os entregais á la desesperacion, cuando con ella ni con el llanto lograreis defender nuestra inocencia? Lo único que puede favorecer á nuestra honra es el firme propósito que hemos hecho de sostenerla á toda costa, y para que el miedo, el dolor del tormento ó la seducccion no nos haga quebrantar nuestro propósito, hemos acordado desfigurar nuestros cuerpos, lacerándonos las carnes y abriendo en ellas «llagas viles y asquerosas» Y diciendo así, y prestándole asentimiento las demas hermanas, retiran de las llamas un vaso colmado de aceite hirviendo, lo derraman con júbilo sobre los tiernos miembros, y toman subitamente el aspecto de unas verdaderas leprosas:

Y así quedaron nunca maculadas

Las bellas carnes, aunque atormentadas.

Con otra historia no menos peregrina y remota, esfuerza sus pruebas el autor de la «Defensa» para probar la constancia de la muger en sus resoluciones. Alfonso rey de España, de Leon y de Asturias, por razon de estado ó por debilidad, trató de violentar el ánimo de su hermana doña Teresa para que se entregare por esposa al rey moro de Toledo. Tan porfiado era el hermano en insistir, como Teresa en oponerse á su voluntad, con tan discretas razones, como las

siguientes: Si mi vida te es una carga pesada, si soy para tí motivo de disgusto y quieres apartarme de tu lado, no lo hagais de manera que se condene mi alma, y revoca una sentencia que es para mí mas cruel que la de muerte. Solo á Cristo quiero por Esposo, á quien me he consagrado desde la niñez y á quien le tengo ofrecido el cuerpo con el alma. No seais causa de que cometa el pecado mayor en que puede caer una doncella,

Trocando esposo que es señor del cielo
Por un vil moro de tan bajo suelo.

Estos razonamientos santamente inspirados no ablandan de manera alguna al príncipe que los replica con palabras descompuestas insistiendo en su resolucion. Apresta en consecuencia carruages regios y lujosas literas, escoltadas por numerosos guardas de á caballo, y obliga á la princesa á que se traslade á la corte de Toledo en donde la espera con ansia el enamorado musulman. Teresa convierte con sus lágrimas «en mar el suelo,» y entre angustias, tormentos y desmayos llega á presencia del esposo cuyos brazos aborrece, y le manifiesta sin rebozo su firme resolucion: Desiste de vuestro empeño, le dice: mira que estoy consagrada á Jesu-Cristo, y me hallo bajo la custodia de un angel. Eres muy valiente, por cierto; pero aun cuando lo fueras mil veces mas, nada podriais contra una alma que el cielo conforta y gobierna.

Que soy esposa de quien soy esclava.
Y no ha de ser tu voluntad cumplida,
Entre tanto que en mí la vida viva.

Abdalá, que así se llamaba el de Toledo, no se dió por

vencido á estas razones; pero intervino el auxilio del cielo, y con la muerte repentina del prometido de este mundo, quedó libre y señora de su voluntad la esposa mística consagrada á Dios desde la niñez,

Y así fué monja, do acabó la vida
En el servicio de quien fué ofrecida.

No deja de tener fragancia y unción la siguiente octava recordando á las mugeres que logran por su firmeza en la virtud los honores de los altares y un lugar escogido en la gloria eterna:

No es necesario levantar el vuelo
Para en constancia ser acreditadas
A las que gozan del empíreo cielo,
Que son por santas ya canonizadas;
De quienes consta que en el bajo suelo
Por su firmeza fueron señaladas;
Unas gozando lauro de martirio,
Y otras pureza como el blanco lirio.¹

En el canto 3º acomete el autor la tarea de desvanecer la preocupación mas común de cuantas pesan sobre las hijas de Eva. Pero ya lo dice él mismo al abrir su campaña:

Cuanto la empresa es mas dificultosa
En mas se estima el pecho que la emprende.

Es, según el autor, mostrar mal sentido y formar falsa opinión de las cosas, tachar de livianas á las mugeres y de codiciosas de «aquello que Venus codicia.» Esto es echar

1. Cant. 1º oct. 93.

sobre ellas una mancha que es propia del sexo masculino;

Es un delito nunca imaginado;

y si no, diga el mas diestro servidor de las damas, cuántas encontró que pretendieron seducirle con ruegos? Cuántas perturbaron su tranquilidad? Cuántas, de casto, le convirtieron en vicioso? No por esto digo, agrega el poeta, que siendo provocadas se nieguen á las leyes de la naturaleza, ni que siempre la pureza triunfe de los apetitos que enciende en ellos el amor. Afirmo si, que siendo combatidas, en toda ocasion, incitadas,

Con cautela, con maña ó con destreza,

con razones amorosas, en fin, no es milagro que se embriaguen con la ponzoña y caigan rendidas por la seduccion:

Materia es esta, donde se pudiera
Fulminar un proceso, y larga historia,
En donde el torpe vulgo conociera,
Alguna parte de tan gran victoria:
Pero como mi pluma solo espera
Agradar á los sábios, que en memoria
Tienen que sois de castidad la fuente,
Usaré brevedad en lo presente.

El cuarto canto, uno de los mas estensos de la Defensa, está todo él consagrado á probar la aptitud de la muger para las acciones heróicas en la guerra. Desde las heroínas de la Biblia, hasta la doncella de Orleans, («*Poncela* luz de los franceses») recorre D'Avalos la historia profana y sagrada para alinear en octavas una falange de veteranas inmortales coronadas con laureles dignos de Alejandro y de César. Ju-

dit, la romana Camila, «Semiramis la madre del Rey Nino,» Martesia, «caudillo de las Amazonas,» y otras mas, son las brillantes figuras que el poeta pasa en revista, mostrándolas á veces á la luz de una historia medianamente crédula é infiel; pero siempre con la caballérezca intencion de dar relieve al asunto predilecto de su musa. Apesar de su entusiasmo, sabe sin embargo contenerse y nunca se excede de un número determinado de estrofas: la longitud de sus cantos oscila, como la de un péndulo bien regulado, entre 70 y 80 octavas, como término medio. Entre una y otra suele haber siglos de distancia en la sucesion de los hechos y personajes, de manera que forma contraste la inmensa materia primera de que dispone, con lo reducido, parcimonioso y mesurado del producto, despues que aquella sale elaborada del taller del artista.

Las reglas estéticas de D'Avalos no podian ser las mismas que las de su paisano don Joaquin de Mora que ha dicho en una de sus leyendas:

Mi regla antigua es aflojar la rienda
Cuando monto el Pegaso: . . .

y lo decia, justamente, en los mismos parages, aunque á distancia de 230 años, en que escribió el autor de la Miscelánea. D'Avalos era vecino de la ciudad de la Paz, ciudad hoy de jurisdiccion boliviana, y allí firma su libro, al terminarle, el 6 de Setiembre de 1601. Vivía por lo tanto rodeado de una naturaleza espléndida, y en frente del «inefable espectáculo» que ofrece el Nevado de Illimani, uno de los montes mas elevados del globo, y que por la «elegancia de su perfil, por la variedad de sus tintes, por sus profundas sinuosidades, y por su entera separacion de la gran cadena

de los Andes, puede considerarse como uno de los mas grandiosos y bellos puntos de vista que pueden ofrecerse á los ojos del hombre.» Este espectáculo no le conmovia para nada, y nadie podria sospechar, leyendo la «Miscelánea» y la «Defensa,» que semejantes maravillas circundasen al autor al escribirlas. Comparando esta indiferencia del poeta de Ecija con la embriaguez que produce en el alma del gaditano, el perfume de aquellos valles, la blandura del aura, la aromática ambrosia de los torrentes que despeña el gigante, puede medirse el progreso que ha hecho el sentimiento de la naturaleza dentro de los dominios del arte, sin que por esa comparacion se pueda negar absolutamente á D'Avalos todas las cualidades que distinguen al poeta. En el mismo año en que las dos producciones de aquel se estampaban en Lima, aparecian en Europa dos, tambien en verso, y relativas á América, que en nada las aventajan: el *Colombo* de Villafanchi, en Florencia, la *Argentina* de Barco Centenera, en Lisboa. Dos años mas tarde, aparecia por primera vez en Méjico, la *Grandeza Mejicana* del autor del Bernardo, la cual es una sencilla epístola en la cual mas parte toma la descripcion de usos y costumbres de una ciudad capital, que la del rico suelo de Nueva España.

Basta con lo dicho para dar una idea del asunto, de la textura de la composicion y del estilo de la «Defensa». Todos los seis cantos de ella guardan igual nivel, de manera que producen en el espíritu la misma impresion monotona que en los sentidos una série de líneas paralelas. D'Avalos ha debido componerla en edad ya madura, cuando los frutos del amor legítimo de su Cilena, habian perdido el exitante agri dulce de las pomas vedadas tan apetecidas en la juventud,

y tan inspiradoras de rasgos apasionados y entusiastas. En este anticipado rival de Legouvé, se descubre el amigo que hace justicia al «mérito de las mugeres» vencido por la reflexión en la tarde de un largo día de estío consagrado á amarlas. Es una especie de devoto del bello sexo, á cuyos castos altares se acoje, cuando ya como algunos devotos de otros ídolos, no puede sacrificar en las aras lascivas de Venus. El mismo D'Avalos, que ha dejado escrita su biografía en las páginas de su «Miscelánea,» nos autoriza para juzgarle así, á falta de los testimonios indirectos que nos suministra la cuidadosa lectura que hemos hecho de su Defensa. Bien que, aun cuando fuese temerario nuestro juicio, en nada dañaría á su fama, que duerme custodiada por sí misma dentro de unas páginas á que no llegarán mas que las manos sin malicia de los bibliófilos.

Para estos es sumamente apetitoso el libro de que damos cuenta; en primer lugar por su exesiva rareza, y en segundo por varias circunstancias de que vamos á ocuparnos inmediatamente.

Tan poco comun es la «Miscelánea Austral,» que son contados los catálogos en que se registra, y mas raros son todavia los biógrafos que se hayan ocupado de su autor. El laborioso y bien informado Nicolás Antonio apenas le menciona, y Mr. Ternaux Compans, quien sin duda tuvo aquel libro en su mano y algo coligió en él con respecto á la persona del autor, manifiestamente se nota que no tuvo bastante flema ni interés para leerse los trescientos veinte y cuatro folios de aquel producto castellano de la tipografía limense. Los infatigables señores Zarco del Valle y Sancho Rayon que publicaron en 1863 el meritorio «Ensayo de una biblioteca

española de libros raros y curiosos,» son los únicos que por primera vez, y por estenso, hayan copiado en su tomo 1º bajo el número 299, el título de la tal «Miscelanea,» dando muestras, no de haberla leído, sino de que la han hojeado, copiando dagnerreotípicamente su carátula con todos los adinificalos del oficio en que se lucen como maestros.

Esto de leer por entero, alguno de esos pergaminos que páganse caros y que para nada sirven ¹ si no es para conservarlos con esmero como muestras fósiles de las capas geológicas de la tipografía ó de la literatura, no es para todos. Requiere semejante sacrificio, la posesion del fuego sagrado, del amor á la patria, si es permitida esta aparente exageracion, y solo, un americano puede, por ejemplo, agoviarse durante meses enteros delante de los 90,000 endecasílabos de que se componen las tres partes de las «Elegias y Elogios» de Juan de Castellanos ó de las 2960 descoloridas y bozales octavas de Barco Centenera. Pero, solo á precio de tan árdua tarea se sabe y se conoce aquello de que nos disponemos á hablar, ya ejerzamos la crítica literaria, ya recorramos los campos de la conquista primitiva guiados por los actores y testigos en ella. El nombre de Castellanos nos traé á la memoria una prueba de los resultados inesperados que puede proporcionar la lectura paciente de los libros á que nos referimos. El beneficiado de Tunja fué antes de consagrarse a la iglesia, soldado de la conquista cuyos hechos relató y versificó en la vejez y salieron á luz, en parte, con el título que queda indicado, el año 1589. Este libro no es

1. Don Manuel José Quintana hablando del poema de Barnona de Soto, las *Lágrimas de Angelica*, dice: "olvidado ahora y no leído ni aun por los que le poseen, aun cuando le *aprecien como libro de difícil adquisicion*."

comun; pero, al reproducirse en la «Biblioteca de Autores españoles» de Rivadeneira, debió el erúdito que firma el *prólogo*, buscarle y leerle, esponiéndose á cometer el error de asentar que aquella primera edicion de 1589 «vió la luz pública sin lugar de impresion,» siendo así que hasta en los *catálogos* mas vulgares de libros americanos, se sabe que se publicó en *Madrid* por la viuda de Alonzo Gomez, con el retrato del autor. ¹

No con tan reprehensible ligereza ha procedido mas tarde el escritor americano, cuya reciente pérdida deploramos, autor de la «Historia de la literatura en Nueva Granada.» Este, movido por ese interes pátrio de que antes hablábamos, y por amor á la verdad y á la justicia, que tan necesarias son en literatura como en cualquier acto de la conducta humana, estudió minuciosamente las partes todas de las Elegias y Elogios del poeta historiador de su patria, y en ellas halló resueltas por Castellanos mismo las dudas que hasta entonces se tenían acerca de la cuna de este y de la época de su nacimiento. Pinelo dió talvez motivo en su *bibliotheca occidentalis* á que se considerase á Castellanos natural del Nuevo Reino, y Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova* no contradijo este error en que tambien incurre el editor moderno de Madrid. Mientras tanto, el mencionado autor de la Literatura en Nueva Granada, ha podido señalar la patria de Castellanos, la época en que vino á América y aquella en que comenzó á escribir sus Elegias. Todo esto está dicho por el poeta mismo en la octava 46, canto 2º, elegia 6ª, parte 1ª, por sobre la cual habian pasado los ojos, distraidos sin duda,

1. Por ejemplo, en la Biblioteca Americana de M. T. Compans. publicada 20 años antes que el tomo de Castellanos en la Coleccion Rivadeneira.

dos de los hombres mas eruditos del mundo europeo, (Pinelo y Antonio) y el señor Aribau editor contemporáneo de las obras completas del poeta guerrero y sacerdote.

Cosa parecida ha sucedido con el mismo Pinelo citado un momento antes. Miembro de una familia que al parecer tenia vínculos estrechos con América, y habiendo él mismo vivido, y talvez hecho en ella sus estudios en Lima, como B. Balbuena los hizo en la Universidad de Méjico, sin haber nacido en esta ciudad, pasaba por americano, y aun se lo disputaban, sin alegar títulos irrecusables, las ciudades de Córdoba del Tucuman y la de los Reyes, capital del Perú. Esta cuestion, por trivial que parezca, nos interesaba vivamente, lo confesamos sin rubor, y como el salir de una duda es una satisfaccion del espíritu, agradecemos al señor Fernandez Guerra la revelacion que acaba de hacernos acerca de la verdadera patria del infatigable escritor cuyo nombre se recomienda cada dia mas á la posteridad por el cúmulo de noticias que sobre América y Europa dejó en sus numerosos trabajos, la mayor parte inéditos aun. Al ilustrar de una manera amena y magistral la vida del americano Juan de Alarcon, honra de la literatura dramática de la lengua española, ha escrito lo siguiente, ahora menos de tres años, con presencia de los manuscritos del mismo Pinelo, el mencionado señor Fernandez Guerra: «el licenciado *Antonio Rodríguez de Leon Pinelo*, relator en el Consejo Real de las Indias, honor de la bibliografía indiana, anticuario, historiador, biógrafo, docto jurisperito, piadoso escritor y poeta, y analista benemérito de la villa de Madrid, *nació*, no (como hasta aquí se ha dicho) en el Perú, sino en la castellana ciudad del Pisuerga.»¹

1. Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza por don Luis Fernandez

Este libro viejo de que vamos hablando se toca por un punto casi imperceptible con otro pobre olvidado, escrito tambien por un peninsular á quien el deseo del lucro trajo á América, y para endulzar los sinsabores de su viaje desde el Perú hasta Méjico en el año 1596, se entregó á traducir las Heroidas de Ovidio; por que á pesar de ser aficionado á los pesos fuertes lo era tambien á la poesia. De regreso á Europa dió á luz su traduccion con este título que abreviamos:—«Primera parte del Parnaso antártico.»¹ Esta obra de Diego Mexia, contiene despues de una especie de epístola en prosa, muy interesante, dirigida por *el autor á sus amigos*, un *discurso* en tercetos, «en loor de la poesia, dirigido al autor y compuesto por una señora principal del reino del Perú muy versada en las lenguas toscana y portuguesa» y cuyo nombre desgraciadamente se oculta por «justos respetos;» sin duda por que se creia desdoroso entonces para una muger bien nacida, el poseer un espíritu cultivado dentro de los dominios del habla española. En este discurso sobre el cual llama la atencion el señor Ticknor (prueba de que no es despreciable) se hace reseña de muchos poetas de la América del Sur, insertando noticias sobre ellos que seria vano buscar en ninguna otra parte. Entre esos poetas brilla el autor de la «Defensa,» y la dama peruana le paga y retribuye los elogios que él hizo de todas en general, con los dos siguientes tercetos:

Guerra y Orbe. Obra premiada en público certámen de la Real Academia Española y publicada á sus espensas, páj. 449, 455. No estará de mas recordar que la *ciudad del Pisuerga* y Valladolid no son mas que una misma, residencia de la corte de España antes que pasase definitivamente á Madrid.

1. El título por completo es este: Primera parte del Parnaso antártico de obras amatorias con las 21 epístolas de Ovidio y el *in ibiss* en tercetos por Diego Mexia—Sevilla, 1603.

Mas aunque tú la vana gloria huyas
 (Que por la dar muger será mas vana)
 Callar no quiero, ó Avalos las tuyas:
 Y cuando calle yo, sabe la indiana
 América muy bien, como es don Diego
 Honor de la poesia castellana.

Otro poeta americano, de los mencionados en los tercetos de la señora consabida, tiene tambien que ver con la «Defensa de Damas,» porque al frente de ella y haciendo parte y punta de las siete composiciones laudatorias, que, como de antigua costumbre, acompañan y apadrinan la obra, se nota y sobresale un soneto del aludido. Es este el licenciado Pedro de Oña, cuyo nombre nos cupo la honra de resucitar, reimprimiendo su poema «Arauco Domado, en la imprenta «Europea» de Valparaiso en marzo de 1849. Oña, nacido en las ensangrentadas fronteras de Chile, hijo de un veterano, se educó en Lima, y allí publicó sus primeras obras, entre ellas, el poema que le inspiró el terremoto de 1609 de que fue testigo y que afligió á aquella capital tantas veces conmovida por los sacudimientos subterráneos. Diez años antes habia dado á luz, en las prensas del primer tipógrafo del Perú, la primera parte de su Arauco, y es en razon de esta larga residencia en aquella parte de América, que la señora peruana le colocó entre los poetas paisanos suyos ó avecindados en el Perú.

Dijimos al comenzar que la «Miscelanea austral» obtuvo licencia superior para darse á la prensa en virtud del parecer favorable que de su mérito dió al Virey el R. P. F. Diego de Oxeda de la órden de predicadores, juicio que por lacónico que sea, estando á su substancia, valdria mucho á favor de la *gravedad* del verso y la *facilidad* de la prosa de

D'Avalos, si no supiésemos, que en las costumbres literarias de los españoles de aquellos días, semejantes aprobaciones no eran otra cosa mas que rasgos de pedantismo gerundiano, ó de una benevolencia meramente cortés. La verdadera crítica era entonces completamente desconocida aun entre los mas claros ingenios. Los nombres de Ercilla, de Quevedo, se encuentran firmando aprobaciones laudatorias de obras pésimas. Lope de Vega escribió largas silvas con el título de «Laurel de Apolo» para distribuir cumplimientos alambicados y elogios desmedidos á cuanto contemporáneo suyo asumia el oficio de escribir en verso, tuviera ó no talento, y Cervantes pone por las estrellas, en el escrutinio de la librería del caballero manchego, algunas obras poéticas que desdén con razon la posteridad del inmortal autor del Quijote. La crítica no reconocia término medio entre el sangriento y apasionado epigrama ó el panegírico mas exagerado.

Fray Diego de Oxeda, uno de los grandes poetas épicos de su siglo, era Sevillano, y residió largos años en Lima desempeñando el empleo de regente de los estudios de los padres Predicadores de aquella capital. Su *Cristiada* se publicó por primera vez en Sevilla el año 1611, y la suma rareza de esta edicion en Europa se atribuye á que casi todos los ejemplares de ella debieron traerse á América donde el autor residia. Oxeda, como Ercilla, como Balbuena deben su épica inspiracion á las influencias del cielo americano, como es notorio y como hasta aqui pocos que sepamos se han apercibido de esta circunstancia.

Réstanos ahora, para terminar este artículo, que á pesar de la liviandad de su asunto puede parecer pesado á muchos por culpa nuestra, ocuparnos de la parte tipográfica del libro

de D'Avalos. Como dijimos ya, las dos obras que le componen, la «Miscelanea» y la «Defensa», se imprimieron en Lima en los años de 1602 y 1603 por *Antonio Ricardo*. Este impresor solia agregar á su apellido el título de *primer impresor de los reinos del Perú*, y parece que con razon. Ejerció primero su oficio en Méjico; de allí pasó á Lima, y á pesar de lo que dice el reciente, laborioso y bien informado autor de la «*Bibliotheca Americana Vetustissima*»¹ podemos asegurar, con presencia de los documentos en mano, que Ricardo dió libros á luz entre los años de 1584 y 1602. Ricardo que era, como se vé italiano de origen, y discípulo probablemente de los famosos tipógrafos, el aleman Juan Cromberger, ó el Bresciano Juan Pablos, ó Giovanni Paoli, debió tener por verdadero apellido *Ricciardi* como lo observa Mr. Henry Harrisse en la obra de N. York que acabamos de citar.²

Por el lado de la belleza, pocos elogios merecen los tipos de Ricardo, en su edicion de las obras de D'Avalos. El tipo es cansado, poco nítido aunque claro, el papel amarillento, delgado y comun, aunque consistente y á propósito para resistir al tiempo si no á la polilla. El ejemplar que poseemos de la «Defensa», á escepcion de algunas picaduras de aquel insecto, se conserva limpio como el dia que salió de casa del impresor, y tiene escrito en la carátula con letra de mano jesuítica, la siguiente inscripcion «*Bibliotheca S. Pauli soc. Jesu Limæ.*»

JUAN MARIA GUTIERREZ.



1. B. V. Am á description of works relating to America published between the years 1492 and 1551—New York, 1866 páj. 372.

2. Véase nuestra Memoria sobre los orígenes del arte de imprimir en América, publicada en el tom. 7º de la Revista de Buenos Aires año 1865.

EL AÑO XX

CUADRO GENERAL Y SINTÉTICO DE LA REVOLUCION ARGENTINA.

Continuacion.

Cuando se presta una mirada atenta á las alteraciones, políticas que forman la historia social de las Provincias Argentinas, en las dos primeras decadas de la Revolucion, se encuentran dificultades insuperables para hacerse una idea precisa de lo que queria decir la *Unidad* ó la *Federacion* en boca de los partidos que se combatian; y no es fácil

1. Véase la página 607 del tomo IV.

discernir la doctrina orgánica en que cada uno de esos partidos concretaba sus intereses. Al querer analizar los sucesos y los móviles que los provocaban, parece que no hubiera habido otra cosa que los instintos, disolventes unas veces, absorbentes otras, del espíritu local; de manera que unos mismos hombres eran federales ó unitarios alternativamente, segun cambiaban las facies de la cuestion del CAPITALISMO. Siempre que las necesidades de cada momento, ó que el triunfo militar de cada bando concretaba el poder en manos de los elementos dominantes de la ciudad de Buenos Aires, la organizacion aparente de ese predominio, puramente local y comunero, se convertia en un gobierno concentrado y de pura supremacia de hecho, que se vestia con las doctrinas de la centralizacion unitaria, invocando, como un derecho, ó como una necesidad del momento impuesta por el aprémio de las circunstancias, la sumision de todas las otras provincias á las voluntades del partido dominante en la capital. Pero, como los malos efectos de este régimen irregular y pasajero, traian al instante las protestas y la insurreccion de los partidos locales, y de los caudillos que les daban direccion, produciase un movimiento de reaccion que venia á disolver ese vínculo ficticio, y tambien injusto, por que en él no estaban representadas las ambiciones, ni las esperanzas, ni los derechos de los demas pueblos á la participacion orgánica de que debe dar garantia todo gobierno libre. Y entonces, despues de una época moralmente insubsistente y mas ó menos vaga, brotaba de todas partes la guerra civil, postrando al pais entero en una situacion enfermiza é intolerable. Los gobiernos mismos que salian de estos movimientos tumultuarios y desordenados de las pasiones del dia, nacia con las necesidades fatales del egoismo

político. Su primer anhelo era organizar su propio poder, con medios tanto mas exajerados, para consolidarse, cuanto mayor era el descompajinamiento de los ánimos y la complicacion de los peligros que les rodeaban; de manera que estrechándose en círculos puramente personales, por lo mismo que carecian de una base de orden general, provocaban en derredor suyo la animosidad de las facciones que quedaban suplantadas; y nada de estable era posible obtener, ni como hecho ni como doctrina, que pudiese servir de ley comun para encarrilar una descomposicion social, como aquella, que evidentemente marchaba á una catástrofe general y definitiva.

Cuando la dominacion ficticia de los partidos de la capital, resistida de esta manera por el patriotismo renitente de las provincias, y minada tambien por las facciones de los descontentos internos, se derrumbaba sobre sus propios resortes, las apariencias del poder personal y predominante emigraban, diremos así, para colocarse bajo la égida y el presigtio del caudillo provincial que mas adelantado habia andado en el empuje que habia producido ese desquicio; y entonces, el partido mismo que habia invocado como una ley de moral y de justicia política, la necesidad de salvar al pais y de llevar adelante la guerra de la independéncia, bajo un orden de poderes concentrados en sus manos, se apoderaba de las doctrinas defensivas del réjimen federal; y tomando por bandera la independéncia orgánica, ó la entidad autonómica de la Provincia de Buenos Aires, repelia como un atentado la pretension de someterla á influencias formadas y confabuladas fuera de su recinto. Convertiase en federal, como medio de resistencia al centro igualmente ficticio que las circunstancias arrastraban hácia otra parte. Dominador de

la Nacionalidad, ó Rebelde á la Nacionalidad: era la situacion forzosa de todos los gobiernos y de todos los partidos que creaba el impulso revolucionario.

Lejos, por otra parte, de que las Provincias pudiesen constituir entre sí un conjunto homogéneo de intereses y de propósitos, que fuese apto para recibir y mantener una forma de gobierno federal, bajo leyes efectivas, y con atribuciones propias en la esfera comun, cada una aspiraba á tener un poder propio desembarazado de toda obediencia reciproca; y aquellas en donde un caudillo dominante, como Güemes ó como Artigas, habia traído al poder personal y despótico el contingente de todas las fuerzas populares, no entendian otra cosa, ni aspiraban á otro resultado que á reatar en su persona, y en su poder, los elementos bélicos y gubernativos, que les proporcionaban las victorias y la guerra civil; de modo, que reclamando en apariencias las libertades federales para combatir el predominio de la capital, de lo que trataban en realidad era de imponer el despotismo de sus caudillos, para CONCENTRAR el poder militar en una forma esencialmente UNITARIA y depresiva de las otras individualidades que constituian la Nacion. Pero aún dada esta misma tendencia, y á causa de ella misma, las diversas provincias carecian de todo principio de cohesión relativa. El caudillo y los intereses anárquicos de cada momento eran divergentes en cada una de ellas; y el mal gobierno á que cada una estaba librada por esta razon, levantaba naturalmente en su interior el enojo de otras facciones, que, para emanciparse del mal presente, buscaban el apoyo de los partidos de la capital, haciéndose *centralistas-capitalistas*, ó *segregatistas*, al viento vario de esos mismos intereses even-

tuales que solo representaban los antojos del desorden en cada una de las emergencias de estas tristes complicaciones.

La verdad era pues: que bajo semejantes influjos no podia haber Unitarios ni Federales, sino simplemente bandos de Capitalistas y de Segregatistas. Asi es, que las victorias movedizas de la guerra civil y de la anarquia interna, hacian alternativamente que los capitalistas de ayer fuesen segregatistas de hoy, y vice-versa, de acuerdo solo con el propósito mudable que se proponia la desesperacion, la ambicion ó las pasiones de cada dia; por que en el fondo no se trataba de otra cosa que del predominio alternativo de las facciones personales puestas bajo el influjo disolvente del espíritu local y de la anarquia de cada parte del Estado.

Nadie ignoraba sin embargo entonces, como ahora se cree, cuales eran las condiciones verdaderas y legítimas del Régimen Unitario ó del Régimen Federal. El mal consistia solamente en la combinacion fatal de los propósitos de partido, en la constitucion desgraciada de los elementos sociales, en los intereses personales, que hacian inepto el temperamento y el suelo del pais, para que pudiese construirse en él algo que en uno ó en otro sentido pudiese tener consistencia.

Era sabido que un régimen unitario requeria la concentracion de todas las fuerzas políticas en una capital, que fuese, no solo agena al patriotismo local de su propia individualidad, sino que fuese *la propiedad esclusiva* de todas las otras partes del pais; para que allí, ellas pudiesen gobernar de una manera efectiva y directa, por la representacion de los intereses generales, sin que nada interno ó propio fuese obstáculo al ejercicio de la nacionalidad en su mas lata

espresion, como sucede en Santiago de Chile, en Rio Janeiro ó en Paris. Pero Buenos Aires, con el sentimiento local tan vivo que la distingue, con ese patriotismo interno y propio que le daba una individualidad divergente, y que la hacia celosísima en alto grado de la posesion de sí misma, era por un lado inadecuada para enagenarse en provecho de la nacionalidad argentina, al mismo tiempo que por otro lado era mas inadecuada todavia para dejarse absorber por otro centro, anulándose como parte viva, para ser un mero accidente de la concurrencia y del poder general de la Nacion.

Los que sin conocer bien nuestra historia presuponen que las fuerzas divergentes y desorganizadoras partian exclusivamente de los localismos provinciales, en contraposicion ó en lucha con el espíritu nacional de la capital, están en un grave error; por que no hacen entrar en la ecuacion política el sentimiento absorbente de esa capital, concentrado en su propia burguesia y en sus partidos internos, que, sin dejarse absorber así propio, repelia, como las otras partes provinciales, la absorcion de cada una en ese todo ideal y científico que se llama el gobierno de una nacion. El poder general se concentraba pues en las pequeñas oligarquias que salían del triunfo militar de los partidos; y cuando cada una de las agregaciones que lo constituian se desgranaba y caía, cada provincia, y la capital la primera, echaba pronto la mano al pedazo que le interesaba, y lo defendia contra las demas como una herencia propia. Resultaban por consiguiente: ó bien poderes y autoridades de pura confabulacion, organizados sobre un personalismo neto y caracterizado, que, por medio de las armas y del poder oficial oprimian, la vida provincial y el movimiento interno con que pululaban y renacian las facclo-

nes: obliuio, autoridades y poderes disidentes, que, encastillándose en su recinto, se emancipaban de todo vínculo electoral, para oprimir y gobernar a su vez sin embarazos en su respectivo pueblo. La vida provincial, cuyo derecho legítimo a su propia autonomía es incuestionable, era pues oprimida, hollada, destrozada siempre que cobraba fuerzas y vigor el régimen central; y como esta misma violencia de la acción regular tenía su razón de ser, por las tropelías y por el espantoso desorden que los caudillos y los partidos internos hacían prevalecer en cada provincia, cuando estos triunfaban, apoyados por el sentimiento y por el patriotismo instintivo de las masas que defendían su suelo y su derecho, una capa de barbarie parecía pronta a cubrir el país entero, envolviéndolo en las tinieblas de un abismo insondable, y sin esperanzas para la desgraciada generación que tenía que vivir en medio de estas luchas desesperadas.

El «CENSOR», órgano del Cabildo, que se inclinaba durante el período de Alvarez-Thomas a sustraer a Buenos Aires de las influencias provincialistas del Congreso de Tucumán, insinuaba con fecha 13 de Enero de 1816 que debía aceptarse la pretensión de los pueblos a emanciparse de la tiranía de una capital. Con esta doctrina, defendida al parecer en nombre de los intereses de las provincias, lo que se buscaba realmente era, que desligándose Buenos Aires de las cargas y de las responsabilidades que le imponía la gerencia común, y que la complicaban con las perturbaciones y los partidos de cada una de ellas, pudiese concentrarse en sí misma y aprovechar sola de todas las ventajas de su situación y de sus recursos. El punto de partida que este periódico daba al derecho federal merece tenerse presente para

apreciar el fondo mismo de la cuestion práctica, tal cual entonces se ventilaba:—«No se diga nunca que queremos « arrojar el yugo abominable que caracteriza al dominio « español, y que queremos al mismo tiempo *imponer* ese « mismo yugo á *nuestros hermanos*: eso seria querer un « sistema contradictorio y querer una injusticia.» En el fondo el razonamiento era justo y verdadero. Si en una nacion libre ha de haber una Metrópoli, cuyas oligarquias y partidos internos han de tener el poder de imponer su yugo y su anarquia á todas las otras partes vivas de un vasto territorio, tanto vale, para estas partes, que esa metrópoli ó tirano-ciudad, esté colocada dentro ó fuera del mismo territorio. El centralismo despótico de Roma ó de Atenas no era menos opresivo y tirante para los pueblos de la Italia, que para los pueblos de la España, de las Galias, de la África ó de la Asia. La Gaceta, órgano del gobierno y del partido político que procuraba centralizar de nuevo los trozos del poder, que habia dejado en tierra la caída de Alvear, esquivaba la cuestion, yá sea por que no comprendiera su verdadera naturaleza, yá por que, comprendiéndola, quisiera evitar con un sofisma las dificultades insuperables de su resolucion; y contestaba asi:—«Con que ó no es justo, según el CENSOR, que las Américas se declaren independientes de España, ó ES INJUSTO PRETENDER QUE LAS PROVINCIAS DEPENDAN DE UNA CAPITAL, ó es yugo el que nos imponia el despotismo peninsular, ó es yugo *la dependencia que los demas pueblos tengan de Buenos Aires*. Si esto es asi ¿que es lo que se reserva para las resoluciones del Congreso Soberano? Confieso que me asombra ver alegada como poderosa esta razon. Sin embargo: *es la razon favorita de los afectos á la Federacion.*

Lo importante de la cuestion no era su faz teórica sino su faz práctica. ¿Habia ó no habia un movimiento de oligarquias puramente porteñas, que cuando triunfaban soltaban sus redes centralizadoras y deprimentes sobre la vida provincial; y que cuando eran veniblas, se encasillaban en las murallas de un patriotismo local y orgulloso que era divergente y repulsivo de los otros patriotismos, locales? Si lo habia, no era posible pues separar la supremacia de la capital de la supremacia provincial; y el principio federal nacionalista, lo mismo que el principio unitario cosmopolita y puro, no podian encontrar solucion en la supremacia del todo sobre la parte, ni en la segregacion de las partes contra el centro. Asi es que resultaba una cuestion que era tanto mas grave cuanto era mas difícil ó imposible de ser resuelta en un sentido impersonal diremos asi—Que es lo que se puede hacer? agregaba la Gaceta. «Se pretende que Buenos Aires haga una distribucion de su Puerto sobre el Oceano entre todos los pueblos? ¿Con esta sola ventaja hará que redunde en su beneficio, la prosperidad, el engrandecimiento, y la dicha de las demas Provincias interiores? Por mas variaciones que sucedan en lo político, nadie le quitará jamás su *posicion local*.» Descendia entonces la Gaceta á la cuestion de si los empleos y las explotaciones del Poder se daban unicamente á los Porteños en la Capital y en las Provincias; y rodeando la dificultad ó el problema, mas bien que abordándola en su verdad, decia:—«De cuatro Directores Supremos uno solo ha sido de Buenos Aires en el gobierno de don Gervasio Posadas, los tres secre-

1. Posadas hijo de Buenos Aires: Alvear nacido en Corrientes; Rondeau á quien equivocadamente se daba por nacido en Montevideo; y Alvarez Thomas nacido en el Perú.

«tarios de Estado eran Provinciales: los gobernadores de «Cuyo, Córdoba y Tucumán, provinciales: en una palabra, «alguna de buena fé, si en Buenos Aires, cuando se confiere «algún empleo, se pregunta si es nacido en él, ó en las Pro- «vincias, la persona destinada á servirlo.»

Pero, se comprende bien que esta no era la cuestión que mantenía este profundo y desatinado desorden, y que traía inquietos y desastrados los ánimos. La cuestión verdadera era esta: ¿Eran ó no, las oligarquías locales de la capital, las que apoderándose de toda la influencia central, en cada ensayo de organización, explotaban para sí propias y para su partido, de una manera exclusiva, el uso y la posesión del poder? Desde que así fuese, que hubiese ó no provincianos individualmente mezclados en esos movimientos, ellos eran partículas extrañas al movimiento propio y local de cada provincia, y nada más que agentes de un principio ageno de absorción, que esas mismas provincias repelían inspirándose en su propia pasión, diremos así. Mas arriba pues de los individuos, estaban las entidades complejas é individualmente conformadas que formaban cada aglomeración animada de territorios; y ante estas individuales complejas y uniformes que se llamaban provincias á sí mismas, y que obraban ó sentían con una conciencia individual de conjunto, era ridículo argumentar con la posición individual y restricta de los individuos que estaban segregados del sentimiento, de la pasión, y de la causa de cada provincia.

Entrando ahora la Gaceta un poco mas adentro de la cuestión, y aludiendo á la dominación de la Asamblea y de Aycar, decía:—«Se dirá que bajo la dependencia de esta «capital han sufrido los pueblos vejaciones!... Pero,

«¿quien es el que con mas razon de ellas que la Capital
 «¿miama? ¿Quien ha vengado a los pueblos sino la Capital?
 «¿A cuantos hijos suya ha arrastrado ella misma, en adve-
 «su injusta administracion? ¿Ademas de estos no entra-
 «mos en comparaciones tales, pero cuantos pueblos no
 «se acaban ahora como preferencia de aquellos buenos
 «tiempos con que recordan por la boca de Buenos Aires?
 «No digo yo que el despotismo de algunos gobernantes no
 «haya sido causa de nuestras desgracias, ni que ellos no
 «hayan merecido ser exarados como en tiempos de revo-
 «lucion, en medio de tantos obstáculos, y en la necesidad
 «de hacer tantos sacrificios, no son siempre los gobiernos
 «la causa de nuestros males: de muchos podemos recono-
 «cernos autores los mismos gobernados.»

Aunque por incidente, y quizás sin comprenderlo bien, no hay duda que el escritor ponía el dedo exactamente sobre la llaga misma. En un país donde subsisten todavía las entidades locales se hallan todavía sentados en su trono, tan arraigado, era imposible que las exceciones, que la anarquía y que las oligarquías de municipal capital, tuviesen tan aceptado influjo sobre la suerte de las provincias, y que provocasen tales quejas de despolitismo, como las que el escritor oficial rendiese, sino que la organización política pecase fundamentalmente por exceso de centralismo y de usurpacion; y sin que este exceso fuese de manera que una fuerza de absorcion, que manteniendo en forma y sin sustancia propia la vida interna y relativa de cada parte principal, provocase tambien movimientos reaccionarios en cada una de ellas, como un efecto natural de las leyes del equilibrio que espontáneamente buscan todos los elementos.

políticos y naturales estando trabajan por campinarse en este mismo siglo, prevalecia, á su vez, en el ejército, interno de cada provincia; y allí, del mismo modo que en la esfera nacional, la acción gubernativa se concentraba en círculos mas ínfimos aún, encabezados por pillastres de aldeas, o por acaudalados de los montes, en quienes caía, por efecto del mismo desorden, el poder de hacer de los pueblos lo que querian, apoyados sin embargo en la definitiva por el sentimiento orgánico de tipo del patriotismo local, que todavía los absuelve de seguir en acuerdo con una pasión reaccionaria.

Era evidente que en semejantes circunstancias, todos los sistemas de organización política, una vez ensayados resultaban contradictorios y violentos. La Unidad era imposible bajo otro concepto que el del poder militar y el de la opresión concentrada en un sistema puramente personal. La Federación era también imposible sin que se hiciera un sistema deliberado de abandono del país y del poder a la anarquía general y multiforme, cuyos gérmenes brotaban en todas partes para abandonar las riendas de una sociedad que habia nacido y vivido en los banderos y factneros, como Amigos, que el mismo desorden y la anarquía levantaban a las costuras del poder, en todas las amenazas de la barbarie. La unidad por medio del ejército militar provocabá en la Capital un movimiento de insurrección, que, por un instante, buscaba en los caudillos provinciales, para atacar el mismo poder. Pero, una vez caído este y destruida la opresión basada en la unidad armada, el atroz y bárbaro despojo del desorden y de las tiranías locales, hacia recordar a los pueblos que habían sido mas felices cuando reconocían a don Juan Manuel Rosas por jefe, como ahora con verdad la

Gaceta; y entonces, los partidos locales buscaban á su vez afinidades en los partidos de la capital, para invocar las reacciones capitalistas, y para hacer oír en los tribunales plebeyos de las provincias. A donde no alcanzaban las fuerzas de la capital, extenuada por estas reacciones incessantes en el interior, y por los esfuerzos de la guerra de la independencia, el territorio se fracturaba y comenzaba á girar en el mismo círculo vicioso. Desprendida cada parte de su centro natural, y con un movimiento convulsivo, que, sin ser la vida propia e independiente de las naciones, asumía todos los vicios de una nacionalidad raquítica y sin independencia real, oscilaba, complicando y enfermando el sistema general. A cada crisis se evidenciaba mejor esta triste alternativa de las reacciones; y lo singular es, que aquelto que entonces aparecía como el más tremendo de los males y de los peligros, era precisamente la única ancla echada en terreno sólido, que demoraba la catástrofe irremediable á que todas estas causas llevaban al país.

El temor de volver á caer en manos de la España, y la necesidad suprema de vencerla en los campos de batalla, que influyó sobre todo el país (con excepción de Artigas) era el único elemento de cohesión que conservaba las fuerzas vitales de la República, para reconcentrarse en los momentos de angustia, y para organizar á la ligera, aparatos de gobierno general, que, por efímeros y por mal contruidos que fueran, daban su resultado; por que eran el producto de un movimiento sano y bien intencionado de todas las conciencias, de todos los intereses, y de todos los dolores; y la gran fortuna del país, en medio de tantas desgracias, era que toda la clase militar obedecía en el instante á este freno del peligro supremo;

de modo que cuando este se disolvió con todos sus lígubres colores, ella entraba sumisa á cumplir sus deberes en el campo de batalla, y se abstenía de complicar mas las cosas para que el desorden no fuese definitivo. Esta fisonomía peculiar de nuestra historia militar no ha sido aun bien apreciada; entretanto á ella debemos que la anarquía entre nosotros no haya tomado jamás los rasgos feroce y degradados de los motines y revoluciones de cuartel, que son el síntoma mas característico de la decadencia de moral de los pueblos. Nuestros campamentos y nuestros ejércitos no han sido jamás guardias pretorianas que levantarán ó decapitarán César, sino meros agentes del orden ó del desorden, siempre al servicio y bajo la obediencia de los elementos y de las entidades populares; lo que prueba en el fondo grandes y verdaderos instintos de pueblos libres y democráticos. Una ó otra vez que en Buenos Aires ó en las Provincias, tropas veteranas insurreccionadas han querido usurpar el papel y la importancia de entidades políticas y gubernativas, su poder ha sido efímero, y ha caído al momento desgraciado, y perdido en el seno de los movimientos populares, como cuando el *Número Primero de los Andes* se sublevó en San Juan, y como en otros ejemplos que á su tiempo analizaremos.

Permítaseme, para dar claridad á las ideas, usar de una forma material que espresa mi pensamiento tal como lo concibo. La situación moral de las Provincias Argentinas de 1815 á 1820 tenía las apariencias de un edificio cuadrado, irregular y confuso, que, desnivelado por todos lados, se sostenía solamente por tres de ellos con puntales que detenían momentáneamente su ruina. Al oriente todo se había derrumbado, al empuje de la barbárie encabezada por Artigas: quedaban

solo el Oeste apuntalado por el general San Martín y por el peligro de Chile; el Norte apuntalado por el benemérito patriotismo de Guemes, y por los peligros de las Provincias de Arriba ocupadas por los realistas; y el centro apoyado en la energia concentrada de los recursos y de las fuerzas de Buenos Aires. Pero dentro de estos apoyos, que parecian de base firme y resistente, todo periclitaba, todo se movia; las masas y los hombres rompian en diversos sentidos, se chocaban, se odiaban, se alaban, se buscaban, se repelían; y un temblor general de los espíritus y de las cosas hacia imposible discernir nada con verdad, espresar nada con justicia, ni encontrar solucion ó fórmula alguna que respondiese al buen sentido siquiera.

Y aquí están los testos para probarlo: Cuando el general Alvarado, vencedor de Montevideo, tenía bajo su mano ochocientos veteranos de primera clase, á cuyo empuje no era capaz de resistir el poder español cuya base de acción estaba en Lima. Había además en los campamentos de Salta y de Jujuy de tres á cuatro mil soldados de buena clase, sin contar con las milicias que podian ser moralizados con breves dias. En la idra pues de abrir una gran campaña sobre el Perú, el general salió á tomar el mando de las tropas de Salta para reorganizarlas, mientras que las tropas de la capital se agrupaban hasta buscarse en las montañas, desde donde debían empujar sus operaciones. Infatigado en la posición que ocupaba, y seguro del triunfo que debía cifrar su gloria hacíendole el héroe de la América del Sud el Jónon general, se despedía de sus amigos y admiradores con estas palabras: «hasta que nos veamos pronto en Lima»; «los invito á ustedes para que vayan á verme en Lima»; «Pronto les invitaré á ustedes á un banquete en Lima»; —y otras de este mismo tenor.

¡Pues quién creería que estas palabras en vez de ser tomadas como una promesa de la victoria para la causa de nuestra independencia, lo fueran por el contrario como un índice de traición y de alevosía contra esa causa de la Patria! Nada habría sido que la fabula y la calumnia hubiese cobrado vimiento solo entre la plebe; pero lo admirable es que por el contrario, eran los espíritus mas ilustrados y menos prevenidos o parciales del pais, los que aceptaban semejante absurdo, los que lo hacian resaltar en conferencias particulares que no tenían propósito ninguno político, ni eran dirigidas para otra cosa que para comunicarse entre amigos. Fray Cayetano Rodríguez le escribía esto al doctor Molina, Obispo posteriormente de Tucumán: «Guando Alvear emprendió viage al ejército, se despidió de aquí diciendo hasta Lima, y llevando correspondencia para aquella ciudad. Esto alarmó mucho (!) á todos: y dió á entender que habia inteligencia con PEZUELO (!) El ejército olió sin duda la cosa; y desde aquí fueron tales bien sus advertencias. Y sobre todo captabando á este hombre lleno de inteligencia y de virtudes, profundamente patriota y desinteresado, entro á suponer que el general Roldes era el que habia descubierto y destruido este infame plan de Alvear: cuando no habia hecho otra cosa que privarnos de una fácil victoria y dar paleta franca á un tremendo desalquilioz sin otro motivo verdadero que el evitar una modificación de su amor propio al favor de la anarquía que comenzaba á prevalecer insurreccionando el ejército para serlo entregando al general que el gobierno legítimo del pais habia nombrado. Me enténdase que no soy yo quien formula estas ideas: es el mismo Fray Cayetano.

« Desde la repulsa de Alvear en el Perú empezó á flaquear
 « el cimientó del edificio. La representación de aquel
 « ejército hecha á Rondeau descubrió misterios que igno-
 « rabamos y empezamos á ATAR CABOS. En otra
 carta anterior del 26 de Octubre de 1814 decía también—
 « Rondeau no ha llevado á bien la Comisión dada á Al-
 « vear, para esos destinos, con desaire de su representación;
 « y me dicen que ha escrito al gobierno renunciando en
 « tal caso su comando! De aquí se le responde que en
 « caso de caminar Alvear para el Ejército no irá de gene-
 « ral militar, sino como representante del gobierno Superior.
 « No crea que esta salida deslumbró á Rondeau, que aún
 « mantiene, apesar de su moderación, los resentimientos
 « de la toma de Montevideo, cuya gloria de derrotaron. Así,
 « HA ESCRITO IMPROPIAMENTE Á SU MUJER (que como tal
 « no podía ser compadecida) que él no ha de moderar
 « peras para que otros se las coman, que con una basta,
 « y no mas. Me añaden que también le dice que dos cien-
 « tas léguas antes HA DE ARROJARLO PARA ATRÁS, en caso
 « que haya á tomarse el mando del ejército. » Y así su-
 « cedió en efecto. Pero la pera que maduraba, el general
 Rondeau, y que no quería que la comiese el general Alvear,
 la comió el general Español Pezuela, en los campos de
 SAPI-SAPI.
 « Sumidos en semejante falta de criterio, y en estrados
 entre errores de todo género, los hombres perdidos á veces
 toda esperanza, y cada emergencia milva fés sugencias ideas
 extrañas, inconcebibles, que parecerían hoy antojos y elu-
 cubraciones de dementes. El mismo Fr. y Cayetano le
 escribía al mismo doctor Molina, y le decía: « Corre,

Digitized by Google

« Esto sobroga muy bien á los talentos sublimes, á los
« grandes ingenios, y reniego de estos cuando falta toda
« aquello. »

Pero cambia en un momento el carácter de los sucesos; la destitución de la ciudad de Buenos Aires del puesto de Capital, no produce, como se esperaba, la unión de los pueblos, ni como la descomposición orgánica de la nacionalidad. Buenos Aires ha sido generosa en vano, y entonces, dilacerada por el dolor de una patria paritica del virtuoso, se frota los ojos.

« No se puede abrir el libro de nuestra Revolución
« sin llorar á gritos en cada página. ¡Que pueblos tan
« estúpidos, tan tontos, tan exóticos en sus pensamientos!
« ¡Y a veces las ideas liberales que ha desplegado Buenos Aires,
« en consecuencia del sacudimiento último de los tiranos.

« ¡Pues á pesar de esto se dudaba, se atacaba vergonzosamente
« su buena fé, y se le hace sistema de rechazar sus ideas por
« el método de consolidación de las fuerzas para afjar
« nuestra destino. El inconstante Artigas, que intentaba de
« seragamen del proclama Impres que va junto con el ma-
« nifesto de este Cabildo, y á los dos días mejores esperanzas
« de union, ha vuelto á sus antiguas mañas. Ha hecho un
« Congreso en la Banda Oriental, y la gran Córdoba y
« la súa Santa-Fé (sic) se han dignado mandar á él sus dipu-
« tados para trazar el modo de separarse enteramente de esta
« capital. Se creerá esto? La consecuencia ha sido que
« Artigas intine á Buenos Aires que le manda doscientos
« mil pesos, tres mil fusiles, cuanto se sacó de Montevideo.
« en su repedición. Vé aquí ya armada la cosa otra vez, y
« descubierto el plan hostil de este hombre terep. »

« He aquí el cambio de las ideas sorprendido en su más íntimo secreto. Ya he averiguado por qué no se imprimió tu oda. Te encargaron que laudases en ella á Artigas; y como este hombre penetrando en tu alma, en tus antiguas verdades, se ha consitado de nuevo el caso de Buenos Aires, me he alegrado interiormente en que se haya impreso. Hubiera sido de costada, como la real de que para Alvear antes de su caída, aunque tú y yo, habíamos sido aplicados para hacerla, lo que abateslib, 290

« Me alegro que hayas borrado de los cascos de Lúgana la idea del Federalismo estemporáneo que nos conduciría a nuestra ruina. ¡Que buenos puchos para quitarlos ellos en caso necesario! Además de que el gobierno federal es débil, por su propia constitución, lo es más en nosotros por nuestras ningunas virtudes.

« Estamos, pues, con el consentimiento de veros, falta de razón de algunos pueblos (provincias) que no quieren unirse en los racionales partidos que adoptamos, Córdoba y Santa Fe se han unido como sabrás. Quiere unirse la República á parte como el Paraguay y Barramontes. En países que personas dignas de, obispos, arzobispos, y obispos, y gente, y...

« He tomado todos estos fragmentos de las cartas confidenciales que en aquella época dirigía al amigo de su infancia, este franc, que era á la vez uno de los personajes más honorables y uno de los patriotas más sinceros, más reflexivos y más inocentes, para que se vea con cuántas dudas, acerca de los medios, si no en cuanto a los propósitos fundamentales, entraban Buenos Aires y las demás Provincias en el Congreso de Tucumán. Fr. Cayetano estaba próximo

á ir á ese Congreso como diputado de la Capital, para ser allí uno de los miembros mas influyentes. Todos los que debian componer ese Congreso, partian de sus diversas provincias con las mismas dudas y con las mismas contradicciones, con las mismas dificultades acerca del éxito y de la manera de alcanzarlo con satisfaccion de sus respectivos provincialismos. Pero obedecian tambien á una necesidad suprema que era superior á todos los otros móviles personales, por que, en el fondo, ella era el grito unánime del pais, si se exceptúa la parte en donde estaba entronizada la barbarie de Artigas. El Congreso no se componia de hombres desconocidos ó vulgares en su mayor parte, como lo avanza el general Mitre. Por el contrario, se habian reunido en él las mejores y las mas acreditadas cabezas que el espíritu de las facciones habian dejado disponibles en aquel año; y todas ellas tenian antecedentes notorios, no solo en sus respectivas provincias, sino en toda la nacion donde sus luces y sus méritos les daban una influencia decisiva. No habia uno que no hubiese sido colega, rival y contemporáneo de estudios de todos los demás que habian figurado desde 1810 en el primer plano. Todos habian salido juntos y con iguales prestigios, de las Universidades de Charcas, de Córdoba, de Santiago de Chile y del Colegio de San Carlos; y dado su número total, pocas Cámaras Legislativas, entra nosotros, han reunido mayor número de hombres competentes, de buenos escritores y de oradores de nota. Allí estaba Passo, Gorriti, Fr. Cayetano, Sacnz, Castro Barros, Medrano, Pérez Bulnes, Puyredon, Godoy Cruz, Serrano, Gallo, Garzon, Thames, Malavía, Anchorena, Darregueira; y es de admirar que un

1. Darregueira, segun consta en la correspondencia del doctor don Ma-

Congreso compuesto de 34 miembros, que contaba catorce hombres de esta importancia y crédito, y que habían salido al mismo tiempo de las mismas escuelas en que se habían educado Moreno, Funes, Rivadavia, Gomez, Agüero haya merecido que se diga, que—« con muy raras escepciones, sus nombres eran *totalmente* desconocidos á la nacion: que por *ca ó* ninguna parte habían tomado en el movimiento general de la revolucion, y que mal preparados para la vida pública, no tenían ideas fijas sobre administracion ni gobierno; desconociendo las necesidades de su época, y las nociones mas vulgares del derecho público. Muy inferiores bajo todos aspectos á los Miembros de la Asamblea del año XIII compuesta de los patriotas del año X, carencia de su temple político, de su firmeza de propósitos, de su claridad de vistas y del conocimiento perfecto de las exigencias de la Revolución. »

No es exacto. La Asamblea se componía de veinte miembros. Solo cinco de ellos podían considerarse como hombres notoriamente distinguidos por sus trabajos y sus talentos; y entre ellos, solo tres, Alvear, Gomez, Montea-gudo, podían tomarse como primeras y fuertes cabezas políticas, cuya influencia pudiera ser general en la Nación: cosa que no podría aceptarse tampoco sin beneficio de inventario. Pero, si bien le faltaba al Congreso de Tucumán la brillante iniciativa de Alvear, tenía, y bien de cerca por cierto, la iniciativa de San Martín, mas práctica, *mejor* preparada. Antonio Castro, era uno de los hombres mas distinguidos, mas seguros y mas acreditados que tenía el país. Desgraciadamente murió demasiado joven; pero su influencia en el Congreso y en la opinion pública, era decisiva, y aun el testimonio irrefragable del doctor Castro, de cuya correspondencia aprovecharemos en esta narracion.

1. Hist. de Belgrano: vol. 2, pág. 386.

rada para la vida pública con ideas *mas fijas* de administración y de gobierno: con *mejor conocimiento* de las *necesidades* de su época y de las nociones del derecho público: con un *temple político* más consistente; con mayor *fijeza de propósitos*, mayor *claridad* de vistas, y *conocimiento mas perfecto* de las exigencias de la Revolución. Tenia á Puyrredon, que habia sido desde antes que todos los demás *el que habia tomado mayor parte* en el movimiento general de la revolución, y que si no era un guerrero de los relámpagos del general Alvear, poseia, como hombre político y de gobierno, complementos superiores á los de cualquiera otro. Tenia, casi en su seno, al general Belgrano, cuyas virtudes solas bastaban para inspirar sensatez en las resoluciones. Si faltaban, en fin, Monteagudo y Agrelo, cuyo *temple político* daria mucho que decir, si no se toma por tal la vehemencia iracunda de las ideas radicales y de las palabras, en cambio, no habia casi un solo miembro del Congreso que no se hubiese distinguido ya, y que no haya muerto víctima de las calamidades de su tiempo con una CONSISTENCIA ADMIRABLE É INCONMOVIBLE DE TEMPLE Y DE PROPÓSITOS: ninguno se ha desmentido por sus actos; y parece que la honorabilidad y la firmeza de las convicciones hubiese sido el sello y el compromiso de todos aquellos hombres, que además de muy distinguidos, eran todos, como Washington y como Hamilton: HOMBRES DE BIEN.

Es verdad que el elemento provincial dominaba en el Congreso de Tucumán, mientras que en la Asamblea domi-

1. Y debo advertir algo que me es personal, y que probará la sinceridad de mis ideas en este juicio; y es que mi padre habia sido uno de los miembros distinguidos de la Asamblea, y que no lo fué del Congreso de Tucumán.

naba el elemento porteño. Pero dominaba por el talento y por el temple del carácter. Gorriti era un hombre muy superior á Passo como hombre de palabra, como pensador y como erudito; y eso que Passo era el número primero de la diputación porteña; Serrano no era menos; Thames, Gallo y los demás, si no eran de la misma fuerza, eran caracteres de bronce, almas convencidas, que naturalmente ejercían un influjo poderoso. Su grave y elevadísima sensatez se probó al contacto terrible de los sucesos, como lo vamos á ver. Es cierto que ninguno de ellos habia tenido influencia directa en los sacudimientos de la Comuna, y que no habian sido parte del Cabildo abierto de los días de Mayo, porque no eran vecinos de Buenos Aires. Pero la vecindad de Buenos Aires no es hoy, ni fue nunca, el único testigo de la notoriedad de los hombres políticos para el historiador de NUESTRA REVOLUCION. Porque al lado de los ejércitos de Ocampo y de Balcarce en 1810 y 1811, al lado de Belgrano y de San Martin, todos esos hombres habian ganado sus títulos legítimos á la notoriedad histórica, ante el patriotismo argentino, tomando una parte inmediata e importantísima en el movimiento político y militante de la Revolucion. Habian hecho conocer sus nombres en virtud de los decisivos servicios que le hicieron con sus talentos, con sus sacrificios, y hasta con las pingües riquezas de sus grandes familias, que eran casi todas de la mas alta aristocracia del Virreinato.

Los espíritus ilustrados no ignoraban, como se cree, las condiciones orgánicas de un buen gobierno. Pero, para un régimen verdaderamente unitario, faltaba una Capital SIN PROVINCIALISMO Y SIN INDIVIDUALIDAD PROPIA; y para un régimen verdaderamente federal, faltaban provincias uniformes con

bases municipales bastante diseminadas y fragmentarias, para que dueñas de sus localismos respectivos, tuviesen una vida de conjunto orgánica, coherente, y política? Teóricamente todos lo sabían: prácticamente todos lo querían. Pero nadie sabía como transformar y adaptar a eso la materia informe que les ofrecía el movimiento revolucionario. Y si se duda, véase si hoy mismo, podríamos tratar de tan árdua materia con mayor verdad científica, con mayor seso y con mayor elevación, que la que se vé en la siguiente transcripción que hacemos de la Gaceta de 27 de Abril de 1816; y permítasenos hacerlo *in extenso*, por que no todos tienen hoy la rarísima Colección de la Gaceta; y por que pocas veces tendrán ocasión de leer una teoría mas sensata, mas congruente y mas sólida sobre lo que debieran ser nuestros pueblos, desde el municipio de barrio, que hacen un día apenas que hemos empezado á comprender, hasta la organización de las altas esferas del Poder provincial y del Poder Federal.

El espíritu de provincialismo, ó de localidad, que fue uno de los principios mas activos de la insurrección contra el sistema colonial en las provincias del Rio de la Plata, parece que ahora divide á sus habitantes en la cuestión del federalismo. Las consecuencias de estos debates son ya demasiado ruidosas para que deje de reconocerse la influencia que tendrán en el resultado final de la gran causa, que parece debía ocupar únicamente los ánimos en las presentes circunstancias de ese país. Yo creo á lo menos muy difícil que pueda sostenerse largo tiempo contra sus enemigos, si no se restablece una cordial y sincera union entre las partes todas del Estado, de

modo, que cedan uniformemente al impulso del gobierno. Para esto, basta recordar dos embarrases que opone al presente sistema á la organizacion de la familia argentina, sin lo qual es delirio pretender que se consiga cosa alguna de buena forma de gobierno. El primer es, que la autoridad municipal, ha venido á ser en esas provincias, uno de los ramos mas principales del poder, y como su naturaleza y sus límites permanezcan en ellos en muchas dudas, dire lo que pienso sobre ello, y después exponer el federalismo que me parece adaptable, y conveniente al país. Suponga V. una nacion de un millon de individuos repartidos en varias municipalidades. En cada una de ellas, es regular que cada individuo tenga intereses personales, que tocárán al solo; y otros que se refieren á lo que no estarán sometidos á la jurisdiccion municipal: otros habrán que interesen á todos los convecinos; y estos serán, sin duda, de la competencia comunal. Del mismo modo, los ayuntamientos. Tendrán intereses que solo respetarán á su interior, y tendrán otros extensivos á toda una provincia. Aquellos serán únicamente del resorte del ayuntamiento; estos del de toda la provincia: y así progresivamente hasta llegar á los intereses generales, que son comunes á cada uno del millon de individuos que constituyen la nacion.—Me parece evidente, que solo sobre los negocios de este último género tiene jurisdiccion legitima la nacion entera, ó sus representantes; y que si se entrometiesen en los intereses que son puramente de provincia, ó en los que sean puramente municipales, ó en los individuales, excederian su competencia; lo mismo que excedería la suya la provincia que se ingiriese en los negocios mu-

municipales; y la municipalidad, cuando se mezclase en los que son puramente individuales de cualquiera de los vecinos de su distrito. Estas autoridades pues, deben contentarse en sus respectivas esferas. Si esto pareciera cierto, podríamos establecer una verdad, que para mí, es fundamental. El poder municipal, que hasta ahora fué considerado como un ramo dependiente del poder ejecutivo, es por el contrario de tal naturaleza, que no puede depender de él, ni debe ponerle tampoco trabas alguna. Porque si ponemos en unas mismas manos los intereses generales del Estado, y los de sus fracciones, ó si constituimos depositarios de los derechos municipales á los agentes de los primeros, resultarán inconvenientes de todo género, sin que se evite mal alguno. La ejecución de las leyes será á cada paso entorpecida, pues, siendo ejecutores y depositarios al mismo tiempo de los intereses de los administrados, querrian consultar los derechos que están encargados de defender á expensas de las leyes que tambien estan encargados de hacer ejecutar. Con igual frecuencia se verán perjudicados los intereses de los vecinos; porque los administradores no querrán disgustar á la Autoridad Suprema. Siendo lo mas ordinario, que ambos males tengan lugar simultáneamente. Las leyes generales pues serian mal ejecutadas, y los intereses parciales mal atendidos.

Es, igualmente cierto, que si á los miembros de las municipalidades los hacemos agentes subordinados del Poder Ejecutivo, será preciso darle á este la facultad de removerlos; y entonces el Poder Municipal será un vano fantasma. Si se determina que los nombre el pueblo, este

nombramiento solo servirá para prestarles la apariencia de un poder popular que los pondrá en lucha con la autoridad suprema, imponiéndole obligaciones imposibles de cumplir; y el pueblo no habrá nombrado sus administradores sino para ser desagradado frecuentemente por el ejercicio de una fuerza extraña que, só pretextando el interés general, se mezclará en sus intereses particulares, que deberían ser lo mas independientes de ella.

« Supuestas estas cosas, no tendría embarazo en decir, que es preciso introducir mucho federalismo en la administración interior de ese país, pero un federalismo muy distinto del que hemos conocido.

Pero, al mismo tiempo, creo no solo justo, sino necesario que los reglamentos interiores de las fracciones del Estado, ó de las municipalidades sean completamente independientes, desde que no tengan influencia alguna sobre la sociedad general. Y que así como, entre los individuos, aquella porción de sus facultades que en nada amenaza al interés social, debe quedar enteramente libre, así en la existencia política de las municipalidades, ó de cualesquiera otra fracción integrante del Estado, debe gozarse de la misma libertad, cuanto no perjudique á la comunidad nacional. Tal es el federalismo que quisiera yo ver establecido, y sin el cual juzgo imposible un patriotismo pacífico y durable.

Tán lejos estoy de despreciar, ni de temer el espíritu de provincialismo, que he llegado á persuadirme de que no hay, en el estado presente, un patriotismo mas verdadero, que el que nace del espíritu de provincia, ó de localidad. Porque el comercio, las luces, y las artes han llevado á

tal punto la civilización, y las conveniencias de la sociedad, que en todas partes se encuentran los placeres de la vida social: lo que no hallamos son las hábitos de nuestra infancia, y los recuerdos amorosos de los primeros, y mas felices tiempos de nuestra vida. Es preciso pues, apegar los hombres a los lugares, que les producen memorias y hábitos; y para conseguirlo es menester proporcionarles en sus domicilios, en el seno de sus municipalidades, en sus provincias, tanta importancia política, cuanta sea posible, sin debilitar el vínculo general. La naturaleza favorecerá los gobiernos en esta dirección, si ellos no la resistiesen.

« El patriotismo de localidad renace como de sus cenizas, desde que la mano del gobierno aligera su acción. Los magistrados de las mas pequeñas municipalidades se empeñan, en hermosearlas, en conservar sus antiguos monumentos, ó privilegios, y las distinciones de sus pueblos.

No hay nada tan miserable, que no tenga su erudito que gusta de contar sus anales locales, y que les escucha con respeto. Los habitantes encuentran en placer en todo aquello que les presenta una apariencia, aunque sea engañosa de haberse constituido en cuerpo de nación, y reunidos por razas particulares. »

« Los hombres podrían tener las cabezas llenas de máximas muy hermosas, si se quiere; pero el corazón es tan inflexible a los sentimientos mas profundos, y mas sencillos, porque serán mas naturales. Si no se atajase el impulso de esta inclinacion inocente y beneficiosa, llegaría a formarse luego una especie de honor comunal; por decirlo así, honor de provincia, de ciudad, el cual sería un placer

y una virtud. En fin, por el apego á las costumbres locales, el provincialismo tiene relacion con todos los sentimientos desinteresados, nobles, y piadosos; y es bien miserable la política que quiere hacer de ellos un principio de rebellion. ¿Y que resulta de aqui? Que se destruye la vida parcial de las fracciones del Estado, y que se forma en su centro otro pequeño Estado. En la capital, se aglomeran todos los intereses; y á ella van á revolverse con agitación las ambiciones de todo género. El resto queda inmóvil. Los individuos perdidos en una soledad contra naturaleza, extrangeros al lugar de su nacimiento, sin contacto con lo pasado, no viviendo sino en un presente muy rápido, arrojados como los átomos, en una planicie inmensa, se desapegan de una patria que no aperciben en parte alguna, y cuyo conjunto se les hace indiferente, porque su cariño no puede reposar sobre ninguna de las partes que los conocen.

Los vínculos particulares fortifican el general, en vez de debilitarlo. En la escala de las afecciones, y de las ideas del hombre, ocupa su familia el primer lugar, luego su pueblo, despues su provincia, y por último el Estado. Quitad los eslabones intermedios, y en vez de acortar la cadena la habreis roto. El soldado lleva en su corazon el honor de su compañía, de su batallon, de su regimiento, y así concurre á la gloria del ejército. Multiplicad sin miedo los lazos que unen á los hombres. Personificad la patria en todas vuestras instituciones locales, y que se el retrato en ellas como en otros tantos espejos fieles.

¿Cuántas lecciones de sabiduria y de proceder no pu-

dieran sacar de este escrito hoy mismo los hombres que nos gobiernan, ni siquiera en nombre del derecho federal! Las mas bellas páginas de Tocqueville, escritas quince o veinte años despues de estas, no son mas bellas que este admirable trozo de literatura política, perdido, diremos así, en la Gaceta de 1816, cuyo autor, probablemente extranjero, nos es completamente desconocido.

No es exácto tampoco que el Congreso de Tucumán deba toda su celebridad á la sola circunstancia de haber firmado la Declaratoria de la independencia. El mérito y la importancia de ese Parlamento consiste en haber organizado el primero y el único gobierno general que haya tenido consistencia interna y verdadera estructura gubernativa; el único que, haciendo un esfuerzo extraordinario de concentracion sobre si mismo, paralizó con brazo robusto la anarquía y la descomposicion del cuerpo social, mientras concentraba las fuerzas militares del país para sellar definitivamente con las armas esa misma independencia que *habia firmado*, y salvado lo que es mucho mas.

Nada importan los medios imperfectos con que fué electo; ni la postracion del país en esos mismos momentos. Antes bien, eso agranda los servicios y los méritos que contrajo. Los hombres prácticos saben que cualquiera que sea el modo electoral con que un Congreso ó un Parlamento sea creado, lo importante es que sea un cuerpo libre, porque un cuerpo colegiado que es libre, y que no obedece al espíritu de faccion, como obedecia la Asamblea de 1815, es siempre fecundo y productivo de grandes cosas; y por que es imposible reunir treinta

1. Recomendamos su lectura y estudio, pues apenas hemos intercalado un corto fragmento.

ó cuarenta hombres en una escuela libre, para que piensen y obren en nombre de los grandes intereses del país, sin que esos intereses encuentren ocos competentes, y sin que el debate libre produzca las mas luminosas soluciones en las cuestiones del bien público. La primera y mas grave Asamblea del mundo moderno, que es el Parlamento Inglés, ha sido, hasta ahora muy poco, el producto del mas restricto sistema de eleccion; y jamás ha desmerecido del país y de la humanidad: antes, al contrario, bastó que fuera libre, para que fuese y sea todavia el portento cavilado de todas las otras Naciones civilizadas.

El Congreso de Tucumán fue electo en razon de un diputado por cada quince mil almas: número nominal por que no existia censo verdadero. Divididas las Provincias en secciones de cinco mil almas y en ciudades, se resolvió que cada seccion en su villa central respectiva, y cada ciudad en su misma, debía formar por votación directa una *junta electoral* en cada provincia; para que esta junta eligiese por mayoria el diputado ó diputados que debían representarla en el Congreso. Esto nada tiene que ver con el sistema unitario como se ha dicho; y es tambien inexacto que este Congreso hubiese resultado FEDERAL POR SU COMPOSICION. No era en verdad, ni podia ser CAPITALISTA; esto es metropolitano en el sentido de Buenos Aires; pero era profundamente unitario y centralista en el sentido provinciano: es decir, en el propósito de centralizar el poder político y militar fuera de Buenos Aires. Y, en bien se reunió cuando manifestó su voluntad y su tendencia á someter á su influjo el todo del país, y especialmente la ciudad de Buenos Aires: siendo esto precisamente lo que provocó en Buenos Aires las veleida-

des de 1816 federales para resistir la tentativa unitaria, con que el Congreso quería imponérsele. Harlo trabajó les costó á los Diputados de Buenos Aires, y sobre todo á Anchorena el salvar la autonomía esquivada de la desamurada capital del régimen pasado. Tan lejos pues de que el Congreso de Tucumán fuera revolucionario por su origen como se ha dicho, y revolucionario en sus ideas, obedeció y representó mejor que nadie el impulso eminentemente orgánico, concentrista y unitario de la Revolución de Mayo: la salvó, precisamente porque había sido el fruto de ese espíritu, reanimado y apercebido por los estravíos anteriores, dando lo que valía y podía el centralismo revolucionario. En 1817, con un espíritu práctico innegable, dictó el famoso Reglamento Provisional de ese año, que es una de las Constituciones más acabadas y más acertadas, en su sentido y en sus objetos, que ha tenido el país; sin hacer mérito de otra porción de actos de detalle eminentemente adecuados para el momento en que fueron expedidos. Por escaseo de unitarismo y por superabundancia de instintos orgánicos, la mayoría inclinada al orden, era monárquica y por lo mismo proclamó la monarquía ni acometió nada que aligera contra la República: limitándose á resucitar la cuestión y la manera con que el estallido del mundo civilizado, y las potencias europeas, podrían cooperar, así el caso. Logaba de adoptar aquella forma.

Y todo eso fue hecho con tal mesura, con tal moderación y con tanta energía al mismo tiempo, con un patriotismo tan puro, que no se puede decir que hubiera error en preocuparse, así tan seriamente de las grandes soluciones que podían darse á los terribles problemas de aquellos momentos, y en aquellas complicaciones vergonzosas y deprimientes, que pesa-

Digitized by Google

imposible, radicando profundamente la República Democrática, por la fuerza de las cosas, como la única solución definitiva. Ni el Congreso de Tucumán, ni el gobierno, que él creó, cedieron jamás á las exigencias descentralizadoras de las provincias. Cuando ambos se sintieron débiles para usar de la fuerza contra ellas, tuvieron la virtud y la sensatez de emplear la persuacion y las comisiones *ad hoc*, para reunir todas las parcialidades dispersas en un solo cuerpo; y así, que su conato, y que su obra interna, duró mas, y produjo mayores frutos, que la de todos los otros congresos argentinos anteriores al de 1853, incluso el de 1826, muy brillante, pero muy efímero. El Congreso de Tucumán merece todos los respetos y la mas digna consagracion de la gloria en las páginas de la Historia Argentina, por que sirvió cumplidamente para lo que habia sido creado, consumando su cometido, que era LA SALVACION DE LA INDEPENDENCIA; y algo mas, por consecuencia, que *marcarla firmarla*, como se ha dicho con injusticia, como el punto de partida de la vida. La cuna de este famoso Congreso fué, en efecto, pobre, humilde, y casi silenciosa; pero sus hechos y sus victorias fueron espléndidas. Sólo Buenos Aires, Tucumán y Cuyo tomaron la iniciativa de la convocacion. Para aumentar el número de este *quorum* tan reducido se concertó que los emigrados de las Provincias del Alto Perú, asilados en Tucumán desde que las habian ocupado los Realistas, tuvieran voto electivo por cuatro diputados; Salta, sometida á los intereses y á la direccion de Güemes, y oprimida por la necesidad de resistir al ejército español que la habia invadido; desconfió al principio de las miras absorbentes y de los propósitos ocultos del Congreso y de la Diputacion de Buenos Aires

y de Olivo. Pero tranquilizada por el convenio que se hizo prometiéndole retirar á Ronda del mando del ejército y sustituirlo con Belgrano á quinientos leguas amaba y respetaba, accedió á mandar sus Diputados á Córdoba también concurrió después de alguna demora, y Santa Fé protegido y dominado por Viamont con fuerzas porteñas, como antes hemos visto hizo lo mismo. Y por último al mes de Noviembre los Diputados, nombrados en esta forma, del Noviembre á Diciembre de 1815, comenzaron á reunirse en Tucumán en Enero de 1816. Todos ellos, y mas que los otros los Diputados de Buenos Aires, llevaban al Congreso una enorme dosis de desconfianzas y de antagonismo provincial. Bajo por la caída de Alvar el Centralismo militar y político que habia prevalecido desde 1812 en la Comuna Capital, las Provincias querían concentrar el poder y la acción política fuera del alcance de la Comuna absorbente; es decir: —eran eminentemente unitarias en su sentido; y como sus Diputados eran órganos fieles de este conato hacia un nuevo unitarismo, estaban muy lejos de ser federales en el sentido de desagregar, pues aspiraban á reducir la antigua capital á ser una parte igual del todo, igualmente sometida, y no predominante como habia estado hasta entonces, al gobierno general cuyas redes y atribuciones querían concentrar en un punto que les fuera propio, y ageno por lo mismo á los influjos exteriores. Pero Buenos Aires, que se sentía destituida de su rango geográfico miraba con antipatía profunda semejantes intenciones; se creía amenazada de ser sometida y explotada por poderes antipáticos y foráneos; y todo su orgullo comunal estaba pronto á sublevarse, á pesar de las con-

temporizaciones con que el gobierno accedía a la instalación del Congreso. Enanques precisamente sus diputados, los que por lo mismo que habían sido CARLISTAS antes, entraban ahora al Congreso en un espíritu provincialista de desdoblamiento y de desdoblado apoyo a sus garantías. Casi todos ellos eran unitarios en Buenos Aires y para Buenos Aires; y por el contrario fueran de Buenos Aires y para los de Provincia o por que de ellos era como ya hemos dicho el jefe del sistema, sino de la CAPITAL, como una idea de la manera de pensar del Ateneo, como una idea de la manera de pensar de los argentinos notables por sus talentos y por sus ideas.

La invención de la MONARQUÍA INCASICA que hoy pro-
voca la risa y el más mínimoprecio de los romos, no era
cien veces tan fantástica ni tan absurda como ahora se piensa,
y respondía a este plan de subversión contra la capital de las
orindas del Plata, para imponerle la ciudad imperial de las
Corameras y de las riquezas minerales del Cuzco. En 1816
hacia apenas 24 años que las masas indígenas del Perú se
habían sublevado, como un solo hombre, para festejar la
caída de los INCAS en la persona regia de Tupak Amará;
y tal había sido esa sublección, por la influencia de miles
de miles de hombres, y por el entusiasmo general de aquellas
pobladas y provincias, que era el parte importante de nuestro
territorio, para poder de la España haber sido el estado
de desu ruina; y así haber sido la cooperación que le
dió el tesoro de los huesos de sangre europea, y el espíritu de las
fuerzas militares americanas, Tupak Amará no habría sido
metido. Todos los hombres de la Revolución habían sido
testigos y contemporáneos del estallido, conflagración de las
masas peruanas contra la España; y era natural que ahora,
cuando los CREOLLOS emprendían también la misma cruzada,

supusieran que el cadáver indómito podía ser reinserto por el y sentirse por su propia mano, y de oímento sólido para la nueva construcción. El Cuzco tenía todavía todo el prestigio de su esplendor antiguo. Su riqueza era la riqueza del país por entonces, porque el bazarbio no nos había sido traído todavía; las fuentes con que podíamos suplir las necesidades de la población del país, y el problema por resolver. La y la materia inagotable para soldados con que hacer el ejército del gobierno y las leyes que al bazarbio dictaría. Todos los argentinos notables por sus talentos y por la educación eran hechura del adelanto y de la enseñanza de aquellas escuelas; sin que uno hubiese que no mirase en las ciudades del alto Perú la cuna y la patria de su inteligencia y el crecimiento de su crédito personal. Digase pues, si bajo la presión de estas circunstancias, era ó no razonable el propósito de crear, sobre hechos notorios entonces, la restauración de la dinastía de los Incas, que tanto poder había tenido unos pocos años antes!

Los militares monarquistas del Congreso de Tucumán obedecían en el fondo á una idea hostil á Buenos Aires. Pero, ué idea? una idea federal, ni desorganizadora. Preocupados todavía con los prestigios de la Monarquía española, que había gobernado con unidad y cohesión tan vastos territorios, suponían que esa fuerza del centralismo era una virtud de la forma monárquica; y precisamente para no destrozar el país en fragmentos, y para conservar la idea su centralismo, con un núcleo, bajo la forma del gobierno, y el parlamento, y como la forma inglesa, ó era que adoptaban la monarquía como

1. Véase el discurso de Belgrano en el Congreso, del día 6 de Julio de 1816. pág. 403 Vol. II de la Hist. de Belgrano por el general Mitre.

unitarios, al mismo tiempo que los diputados de Buenos Aires la rechazaron en defensa de su propia capitalia.

Los únicos hombres que en sus adentros se reían de todas estas generalizaciones necesariamente vagas y problemáticas eran el general San Martín y el doctor Tagle. Espíritus esencialmente prácticos: y *hombre de guerra*, ante todo, el primero, se decía: — «para ir á constituir una Monarquía constitucional « en el Cuzco, se necesita re-apoderarse de Chile, y atacar á « Lima por el Pacífico. Dénme ejército y medios, que yo « haré esto, para que VV. hagan lo otro despues de mis « victorias.» Y todos entre tanto aceptaban esta *fórmula previa*.... decididos á cooperar á ella, que era lo que al General y al país les importaba ante todo.

Otra de las grandes tendencias con que se inició el Congreso de Tucumán, fué la de devolver á las provincias el régimen administrativo y propio de que estaban provistas durante el virreynato: régimen que de ninguna manera debe confundirse con la constitucionalidad federal, por que se reducia á escalonar el servicio gubernativo, con actividad propia en cada parte, pero eslabonado con un centro supremo, por medio de resortes limitados y ascendentes, en orden gerárquico, hasta la cúspide del poder, como en la monarquía española. Ningun hombre pensador y de sanas intenciones, podia escaparse entonces á los recuerdos de orden y de honorabilidad administrativa que habia dejado este sistema; por que los excesos del desorden y de las usurpaciones del régimen revolucionario hacian que todos tuviesen el deseo de hermanar las ventajas de la independencia, y de la soberanía nacional, con las condiciones del orden administrativo que habian perdido. El Congreso se instaló definitivamente el

22 de Marzo de 1816: sus primeros pasos, aunque no fueron de una naturaleza legislativa ni constitucional, fueron acertadísimos y felices, menos uno. Tranzó la peligrosa disidencia de Güemes y de Rondeau, separando á este que era inútil y que estaba desacreditado, para dejar sobre Güemes el árduo encargo de contener á los Realistas, que desempeñó con gloria y con éxito cumplido. Creó recursos para remontar, pertrechar, y reorganizar el ejército de Belgrano, que Rondeau dejaba aniquilado, desmoralizado y vencido. Sometió por las armas, la sublevacion de la Rioja, y castigó con dureza al cabezilla Caparróz. Envío una comision de paz y de persuasion á Artigas, que escolló como era natural. Pero teniendo centralizadas, bajo su direccion y obediencia, todas las provincias del lado derecho del Paraná, desde Buenos Aires hasta Salta, tenia lo que constituia entonces la parte eficiente de la nacionalidad argentina; y procedió á formular, con una precision perfecta, la esfera de accion en que debía moverse, mandando hacer un REGLAMENTO PROVISORIO que sirviese de pacto constitutivo, con principios intachables y nuevos hasta entonces, de buen gobierno, que fue promulgado en efecto al año siguiente; y que es uno de nuestros mejores antecedentes gubernativos, donde se hallan principios liberales y adelantadísimos de una verdad absoluta. Procuró desde luego organizar poderes limitados y ponderados, precisando sus propias atribuciones. Resolvió declarar la Independencia; y aunque con esto no hizo otra cosa que sancionar un hecho consumado, no debe olvidarse que la obra importante estaba en iniciar la reorganizacion de la marina de guerra y de corso, para estropear á la España, con un plan de recursos fundado en reglamentos nuevos de

Aduana, y en buenos principios para repartir y coleccionar los impuestos. Trajo á estudio la grande y utilísima cuestion de los caminos y del comercio interior: la persecucion de las bandas de ladrones que infestaban el pais, y la ereccion de una justicia, demasiado rápida y expeditiva para que siempre fuese justa. Llamó la atencion del pais á las cuestiones de provincia á provincia, y á las de límites. Previo la importancia de la cuestion sobre las tierras públicas. Y de todos estos puntos formuló una série de cuestiones que libró á la opinion pública, para inspirarse en ella antes de entrar á tratarlas y resolverlas; mientras tanto dedicaba sus conatos primeros al fomento del ejército que formaba á prisa el general San Martin. ¹

En medio de todos estos trabajos, cayó sobre el Congreso una grave y vidriosísima cuestion de circunstancias. Santa Fé habia sacudido el yugo de las fuerzas del general Viamont. y los Diputados de Tucuman temblaron por la suerte de Buenos Aires, pues pensaron que las fronteras de esta capital quedaban abiertas á las hordas de Artigas. Para estorbar esta catástrofe definitiva, el Congreso envió al doctor don José Miguel del Corro á que tratase de atraer y de pacificar á Artigas. Este pasó en efecto al Hervidero, acompañado del doctor Diaz-Velez, y celebraron un tratado; por el cual, el territorio de Santa Fé quedaba erigido en Provincia independiente de Buenos Aires, aliada ofensiva y defensivamente con Artigas. El director Balcarce no se atrevió á ratificar este tratado, por que el enojo de la ciudad de Bue-

1. El general Mitre, que persigue con una estraña acrimonia al Congreso de Tucuman por que prevalecia en él un elemento *provinciano*, dice, sin embargo que perdía el tiempo—*sin que una sola idea, un solo hecho, brotasé de todas aquellas cabezas reunidas.* Hist. de Belgrano vol. 2, pág. 394.

nos Aires era manifiesto contra esta desmembracion de lo que tenia por *territorio suyo*; y defirió la resolucion al Congreso de Tucuman.

La mayoria de este Congreso, predispuesta siempre á desmenguar el cuerpo y el poder de Buenos Aires, con la idea de debilitarlo, para reducirlo sumiso á su soñado centralismo del Cuzco, y á la presion de la autoridad concentrada que queria ejercer desde Tucuman, estaba manifiestamente inclinada á ratificar el tratado impuesto por Artigas. Fué entonces que el Diputado Anchorena promovió una cuestion de orden y de Reglamento sobre la *diversa categoria* de las materias que habia de tratar el Congreso, y sobre la diversa proporcion de votos que debian hacer sancion en cada, una de esas materias, de acuerdo con su gravedad. Empeñoso, exigente y terco, como lo era por su carácter, no podia haber caido en manos mas firmes la defensa de los derechos peculiares de la Capital, para que el Congreso no semetiese con las cuestiones de su orden provincial; y en el sentido *federal* defendió él la integridad provincial de Buenos Aires contra los *federales* segregatistas de Artigas, eventualmente apoyados, por razones de circunstancias y de antagonismo *capitalista*, por los unitarios y centralistas del Congreso. En el fondo, la *cuestion parlamentaria* no era federal ni unitaria: se trataba solo de debilitar ó de conservar la fuerza prepotente de Buenos Aires. El resultado fué que sin que triunfase la fórmula exagerada de Anchorena, que exigia *nueve décimos de votos* en cuestiones de constitucionalismo que afectaran á las provincias, se accedió á que la proporcion fuese *un voto sobre las dos terceras partes*; con lo cual era bastante, pues los diputados de Cuyo acababan

siempre por refundirse con los de Buenos Aires. Apesar del voto, Santa Fé habia conquistado definitivamente por las armas, y por el desórden, su derecho de provincia segregada.

El triunfo de las montoneras de esta provincia, el peligro en que quedaba Buenos Aires, el desquicio general en que estaban las cosas por el lado del Plata complicado con las amenazas insidiosas de la Corte del Brasil, hicieron que de repente, á mediados de Abril, se levantara un rumor general en el interior, que partia del Congreso, presentando la candidatura del Coronel Moldes y descubriendo ciertas aspiraciones vagas, pero ciertas, á fundar pronto una Monarquia.

No faltaban en Buenos Aires cómplices poderosos de estas ideas, ni espíritus timoratos que estaban ya hastiados de la anarquia, y aterrados de sus consecuências inevitables; pero al mismo tiempo, las masas, los Cívicos y los corifeos populares, la gente aquella que no piensa pero que presiente, era toda demócrata: arrancarles la república era arrancarles el alma: poco usaban ni comprendian el nombre de república; para ellos, la república se llamaba *patria*, y no comprendian que pudiera haber *Pátria* con Reyes y Monarcas; por que como la Patria era enemiga de los Reyes de España, era claro que era enemiga de todos los otros Reyes.

Los pueblos tienen una lógica especial: un poco enmarañada si se quiere, pero clara y concluyente para ellos. Los amigos de San Martin y los políticos de la Comuna pusieron en la mas viva alarma á este general acerca de estos síntomas, que, si llegaban á hacer irrupcion, como era indispensable, consumarian el desquicio de la situacion; y este entonces

por médio de los Diputados de Cuyo y de Buenos Aires, hizo sentir en el Congreso la necesidad de nombrar pronto un Director que reconcentrara el poder ejecutivo, y la necesidad de que este director fuese un hombre de prestigio en Buenos Aires, que contase con amigos y con médios de reanudar voluntades, para reorganizar el partido interno y el poder político de la Comuna. La sensatez y la gravedad del Congreso comprendió al momento que eso era indispensable. San Martín sabía que no había mas hombre en esas condiciones que Puyrredon; y Puyrredon fué electo el 3 de Mayo de 1816.

La eleccion de Puyrredon moralizó á los hombres de orden que habia en Buenos Aires, y les abrió un campo de esperanzas, que comenzó á servir como núcleo de resistencia pasiva contra los que querian exajerar el movimiento y llevar adelante la propaganda de segregacion contra los Monarquistas del Congreso. Los unos decian: Puyrredon es un *hombre nuestro*: un amigo y un hijo de Buenos Aires: un hombre de juicio, un patriota viejo: un político diestro y moderado. Esperemos: veamos lo que nos ofrece y lo que nos dá. Los otros decian: es un cortesano: un hipócrita: un cínico: es un monarquista como los demas, y un instrumento de los traidores del Congreso. Mitre y Domínguez, acusan injustamente al coronel Dorrego de haber sido el agitador de estas pasiones encontradas ó connatos subversivos. Ese cargo es inexacto y gratuito como se va á ver: ha sido tomado de malas fuentes ó construido en el espíritu de partido que hoy todavia se ensaña sobre este hombre distinguidísimo, que era esencialmente bueno á pesar de las indiscreciones de su conducta.

La malhadada chanza con Tartaz produjo un efecto profundo sobre el ánimo de Dorrego: lo entristeció mostrándole lo impróprio de los exesos bulliciosos á que lo impelia la vivacidad de su carácter. Mientras veía amenazada á Buenos Aires por Moldes, multiplicaba su actividad para reunir los elementos de resistencia; y estaba tambien enteramente decidido á cooperar á esa resistencia con el Regimiento *Número ocho* de infanteria que mandaba. Pero, apenas pasó este peligro por la eleccion de Puyrredon, se puso del lado de los que adoptaron opiniones especulantes y sensatas, á pesar de que personalmente tenia antipatías contra el nuevo Director. En el mismo caso se puso el Director interino general Balcarce á quien el señor Dominguez¹ y el general Mitre² hacen el mismocargo con toda injusticia. Tengo un testimonio, entre otros, que es concluyente á este respecto. El doctor don Manuel Antonio de Castro, de cuyo elevado critério y de cuya solemne verdad nadie puede dudar en nuestro pais, completamente desligado de Dorrego *entonces y despues*: enemigo siempre del partido federal y de sus gefes, le escribia así, desde Buenos Aires, al doctor Darregueira que estaba en el Congreso y que era amigo íntimo suyo, con fecha 18 de Mayo de 1816, en carta que original tengo á la vista³—
« Compañero amado: Antes de ayer llegó á esta la noticia de la eleccion que ha hecho el Congreso en la persona de Puyrredon para la Suprema Direccion del

1. Comp. de Hist. Arg. cap. 8º.

2. Hist. de Belg. vol. 2 pág. 406.

3. Coleccion de cartas autógrafas del doctor Castro al doctor Darregueira: que posee el doctor don Emilio Cabral casado actualmente en Buenos Aires con una nieta del segundo personaje.

« Estado. Yo personalmente la he celebrado mucho etc.
« etc. Yo encuentro en él calidades muy oportunas para
« el mando: pero he visto con mucho dolor un general
« descontento (*sic*) y un peligro manifiesto para el respeto
« debido al Congreso (*sic*). Esto lo atribuyen á la causa
« de considerarlo de Partido, y rivalizado con gefes de
« importáncia. Yo por mi parte, siguiendo mi propósito
« de sostener á toda costa la autoridad del Congreso,
« como único centro de nuestro poder, y punto de con-
« ciliacion de nuestras funestas divisiones, he aconsejado
« activamente que se defiera á su eleccion, manifestando
« cuan peligrosos resultados acarrearía un ejemplo de de-
« sobediencia. Sé que el Cabildo, en quien yo no influyo,
« pensaba reclamar de la eleccion. Temo que lo haga
« segun lo estimulan, y tambien La Observadora. Los
« gefes militares Dorrego y Pinto se manejan con pru-
« dencia, y observo que no quieren ingerirse en nada,
« para que no se diga que obraron ó causaron la discór-
« dia. El Director Provincial don Antonio Balcarce ha-
« bia sido hombre de mucho juicio. Se ha conducido en
« el mes de su gobierno con pulso, con política, y con en-
« tereza en médio de los partidos. Ha sabido contentar
« á los del Cabildo, y Junta de Observacion y á los del
« gobierno de Alvarez. Luego que supo el nombramiento
« del señor Puyrredon, le prestó ciego obediencia,
« publicó el bando de estilo, y empezó á obrar como un
« delegado suyo. Le doy á usted estas fieles y puntuales
« noticias para que le sirvan de gobierno en circunstán-
« cias tan delicadas. Necesito hablarle claramente por
« nuestra amistad, y por lo que valga para el bien de la

« pátria. Temo que el Congreso encuentre la opinion en
« resisténcia del Director nombrado. No quisiera ver
« que la Representacion de los Pueblos perdiera un grado
« de su respeto, y de la ilusion (*sic.*) Si acaso el Ca-
« bildo y la Junta de Observacion han representado, y si pe-
« sando los Diputados las reclamaciones con la conve-
« niéncia del nombramiento, hallaren por bien reformarlo,
« ó él renunciare, le advierto á usted que Balcarce ó San
« Martin contentarán lo general del pueblo, y difficilmente
« otro militar. »

Asi era Dorrego: chancista, imprudente, bullicioso, in-
cómodo y atrevido; pero bueno, flexible, y habilísimo en
todos los actos capitales de su vida. Jamás, por hecho ó
tropelia suya, puso en peligro la causa del pais, ni atentó
por la fuerza de las armas contra ninguna autoridad esta-
blecida. Luchó despues, es verdad, contra el gobierno pre-
sidencial de don Bernardino Rivadavia, y contribuyó á desalo-
jarlo del poder; pero sus esfuerzos fueron parlamentários sim-
plemente, por lo que hace á su persona; y no debe olvi-
darse tampoco que ese mismo gobierno tenia por origen
viciosísimo una intriga de partido, que habia convertido en
ordinário y gubernativo á un Congreso que era y que debia
ser únicamente constituyente.

Pero volvamos al Congreso de Tucuman. Le era duro se-
parar de su lado al Poder Ejecutivo que habia creado; y permi-
tirle que se emancipase poniéndose en Buenos Aires fuera de
sus alcances y bajo otras influéncias. Preveia que con esto
solo, la revolucion venia á ser completa; y que lejos de que el
Congreso pudiese gobernar desde Tucuman al Poder Eje-
cutivo residente en Buenos Aires, era evidente que toda

la iniciativa y la energía del gobierno iban á concentrarse de nuevo al lado del Director, y en la famosa Comuna de la Capital que se habia tratado de destituir. Era claro pues, que el Congreso tendria que marcharse para este mismo centro, y dejarse absorver en el mismo Capitalismo que habia querido destruir.

El Congreso lo comprendia muy bien, y alcanzaba la inminencia de su peligro. Pero, renitente al principio para someterse, quiso hacer acto de energia; y trató de resistir á la fuerza de las cosas, persistiendo en su propósito originario. Antes de rendirse á la fatalidad que lo arrastraba á morir en Buenos Aires, abrazado con ese mismo capitalismo provincial, que habia querido anular, hizo un esfuerzo, y le previno al general Balcarce, Director interino que residia en Buenos Aires, que se limitase á cumplir las órdenes y decretos que le impartiese el Ejecutivo de Tucuman. Con esto, saltó el provincialismo de Buenos Aires, y las cosas tomaron el carácter maligno que hemos visto en la carta del doctor Castro. Los rumores de las aspiraciones monárquicas del Congreso tomaron consistencia. Puyrredon mismo era una figura demasiado aristocrática y cumplida, para que no tuviese enemigos y para que no inspirase celos: se le tenia por monarquista y por ambicioso; y al favor del movimiento apasionado de las facciones, estos rasgos tomaron tintas gruesas; y adquirieron el valor de amargas acusaciones, que levantaban una rabia y un alboroto general é inquietante en la agitadísima Comuna de la capital, y en su campaña.

Si Dorrego hubiera apoyado en lo mínimo el impulso de los espíritus con la fuerza veterana que tenia en sus ma-

nos, y con la bravura que le era peculiar, el estallido de la rebelion hubiera sido incontenible. Pero patriota y hábil, como siempre, sacrificó sus opiniones y sus antipatias en favor del orden y de la necesidad de conciliar las contradicciones para contener la anarquia.

• Sin embargo, la provincia entera comenzó á agitarse por todas partes como si fuese movida por resortes internos. La supremacia de un poder Ejecutivo residente en Tucuman, bajo la presion de un Congreso monarquista, cuya idea era *llevar la guerra* al Perú para establecer la Capital Argentina en Chuquisaca ó en el Cuzco, mientras Buenos Aires debia ser gobernado por UN MERO DÉLEGADO de aquel Centralismo, indignaba al Pueblo. Á Puyrredon se le tenia como *ape-
culado* por sus pasadas conexiones con aquellas provincias, y en el fondo era verdad que su eleccion habia nacido de una candidatura repentina y de *transigencia*, por que en aquel sentido solo era que inspiraba confianza á los Diputados del interior. No llenaba pues, por esto mismo, los deseos de las pasiones locales: se habria querido un hombre mas porteño, para que fuese mejor garantia del localismo de la capital y del mantenimiento *de la pátria*; es decir: de la *forma republicana*.

Con este motivo levantáronse pues manifiestos en la ciudad y en la campaña, suscriptos por numerosas firmas, y dirigidos al gobernador Intendente don Manuel Luis de Oliden; para que, como gefe de la Provincia, se hiciese el órgano de sus deseos y defensor de sus derechos. Despues de hacer una reseña de los desórdenes y rivalidades á que habian dado origen los ensayos de centralismo, que desde 1810 se habian hecho en Buenos Aires, para crear

gobiernos generales, decian: que la causa era el haber sido Buenos Aires la silla del Gobierno supremo de las Provincias, pues la habian acusado por eso del despotismo que con la reunion de todas las autoridades superiores habia pretendido ejercer en los pueblos.resultando la disolucion social, y la impotencia del gobierno sentado en Buenos Aires para regir todo el Estado. En consecuencia de estos, y de otros antecedentes que los peticionarios detallaban con precision y verdad, declaraban—«Que el pueblo de Buenos Aires quiere y desea pública y notoriamente reducirse á una provincia como las demas; que rehusa ser Capital, y quiere como todas han querido y quieren, reducirse á ser UNA SOLA PROVINCIA para gobernarse como tal con su ADMINISTRACION INTERIOR: que reconoce y obedece al Supremo Poder Ejecutivo nombrado por él Soberano Congreso, en *cualquiera parte* en que fije su residencia, siempre que el *reconozca esta deliberacion*, y el Reglamento de gobierno que ha de formarse PARA EL RÉJIMEN DE LA PROVINCIA. . . .que esta es la espresa voluntad de la campaña y pueblos de Buenos Aires manifestada por los peticionarios, al intendente como gefe de la Provincia para que la eleve al Exmo. Director (es decir: al Director Balcarce, que era el de Buenos Aires) á fin de que el pueblo sea convocado como tambien las Corporaciones y los gefes militares para que oigan su voluntad.» Presentado este manifiesto el dia 14 de Junio, el Intendente puso un decreto al pié ordenando que todos los Alcaldes de Bárrio concurriesen á su casa el mismo dia á las 5 de la tarde, á fin de inquirir la opinion y la voluntad del Pueblo. Reunidos, en efecto se levantó una acta á las 6 de la tarde de-

clarando todos los Alcaldes que las opiniones del Manifiesto eran el pensamiento fiel y general de todo el vecindario de la capital. Llegaron tambien iguales manifestaciones de la Villa y de la Guardia del Lujan, y de Areco. De manera que la Ciudad, los Cívicos y los pueblos de la campaña estaban completamente alborotados con estas novedades; y todo se movia con aquella vivacidad febril y efímera qué hace tan hermosa, y tan lamentable al mismo tiempo, la historia de las ciudades griegas. Pasaba el pais por uno de esos periodos de confusion general que preceden á las grandes soluciones:

... *furit æstus arenas;*

y ofrecian por consiguiente el colorido y los rasgos acentuados, que las pasiones populares tomán en estos terremotos morales con que las sociedades viejas se desploman, para dejar libre el terreno al influjo de las ideas reformadoras.

Trabóse entonces una acalorada discusion sobre la forma en que debia ser oido el Pueblo que hacia estas manifestaciones; á saber: si en cabildo abierto, como se habia hecho en los conflictos anteriores desde la época de las invasiones inglesas; ó bien, organizando con urgencia oficinas receptoras de votos, para que el Pueblo eligiese Representantes, que, como apoderados suyos, examinasen, discutiesen y resolviesen sobre el grave negocio de la ereccion de la provincia con separacion fundamental entre su régimen interno, y el régimen nacional. Los que pedian Cabildo abierto buscaban como hacer presion por medio de los Cívicos del 2.º tercio ¹ y del tumulto popular. Los que pedian representan-

1. Compuesto de la infanteria de los arrabales.

tes buscaban dilaciones, y una manera de obrar donde los influjos personales de la gente *decente* pudieran predominar y procurar una solucion inesperada y feliz. Por lo demas, la cuestion no era de fondo, sino de mera intriga; por que no podia negarse que en uno ó en otro caso, era claro que el triunfo habia de ser siempre de la misma mayoria, ya fuese que obrara *directamente*, ya en forma *electoral*; pues en este último caso, era evidente que habia de nombrar *apoderados* que pensasen como ella para resolver lo que ella habria resuelto tambien en el primero.

El general Balcarce, tan moderado cuanto incapaz de iniciativa política, para decidirse, cuando era necesaria una inteligencia rápida y penetrante, vacilaba al influjo diverso de los gefes de faccion que á cada momento entraban á informarle de los peligros, de las traiciones, de los complots, de las intrigas que se estaban urdiendo, y de los males espantosos que parecian prontos á desatarse sobre el pais. Hombre de bien, pero sin enérgico critério, dudaba fatalmente sobre cual seria el modo de acertar. Su Ministro el doctor Tagle opinaba resueltamente por que se abrieran cabildos en la ciudad y en la campaña para que el Pueblo se espresase directamente, en uso de su derecho soberano.

Hombre político ante todo, calculador frio de todas las consecuencias, y armado con un propósito fijo al que ajustaba con paciencia todos los medios oportunos, como el general que va concentrando con sigilo todas sus operaciones de detalle, para sorprender y oprimir á su enemigo en el punto vital de la contienda, Tagle queria vencer las resistencias del Congreso contra el Capitalismo de Buenos Ai-

res; y se decia: que si este era la autoridad construida y consagrada por los pueblos, era necesario hacerles sentir en ella que ERAN NADA, sin Buenos Aires, para luchar contra la España y para organizar un gobierno fuerte y efectivo. El queria tambien, que una vez que se convenciesen de esto, como era indispensable, surgiera una transaccion; para que el Congreso con los Pueblos mismos del Norte y de Cuyo, tan interesados en la unificacion de sus elementos bélicos con los de Buenos Aires, se rindiesen á esta necesidad, y viniesen á servir ellos mismos militar y políticamente contra el desquicio y la disolucion en que Artigas estaba empeñado contra Buenos Aires. Como Tagle tenia una cabeza fuerte, que no se mareaba en las tormentas, y una serenidad de ánimo igual á la sagacidad atrevidísima de sus ideas, envuelto todo con el continente imposable de las almas insondables, fomentaba cuanto podia la inquietud popular. Dueño de la confianza, del espíritu inerte y pasivo del *Director Porteño*, esperaba que así se haria dueño tambien del Congreso y del Director de Tucuman, cuando llegase para Buenos Aires el momento de formular sus condiciones: para volver á traer á su seno el Ejecutivo y el Congreso que habian querido emanciparse, como era ya indispensable que sucediese. Pero la Junta de Observacion, y el Cabildo, profundamente enemistados con el Director Balcarce opinaban contra Tagle; y sostenian que no debia ni podia resolverse negocio de tanta gravedad constitucional, por una votacion directa de un pueblo en tumulto; sino que era necesario que eso se tratase por Representantes aptos y entendidos, para pesar la resolucion y los motivos en que debia fundarse.

Perplejo el General Balcarce con esta divergencia superior á sus alcances, quizá, antes de resolver, oir al Alcalde de primer voto don Francisco Antonio de Escalada, hombre orgulloso y ensimismado, suegro del general San Martín, sobre quien presumia de influjo, pero sin mucha razon. Llamado este señor al domicilio particular del general Balcarce en la noche del 17 de junio, con su primo don Antonio J. de Escalada y el doctor don Ramon Ed. de Anchoris, que eran miembros de la Junta de Observacion, ó alta Vigilancia gubernativa creada despues de la caida de Alvear, entraron en materia, y tuvieron un violentísimo altercado con el doctor Tagle, sobre si habia de haber cabildo abierto ó representacion. Por una y otra parte, lo que se queria era dominar el instrumento con que debia resolverse el conflicto. El Director trató de apaciguar los ánimos; y al parecer, condescendió con las opiniones de la Junta y del Cabildo, hablando de publicar al otro dia un Bando para la eleccion de Apoderados, despues de meditarlo agregó. Pero, despues que los Miembros de la Junta y del Cabildo se retiraron, el Ministro Tagle volvió á insistir; hasta que logró que el Director se decidiese definitivamente por sus opiniones. Se redactó alli mismo en esa noche del 17^a un Bando que fué proclamado y fijado en las paredes de la ciudad el dia 18, convocando al Pueblo Soberano, y á las otras Corporaciones del Estado, al Cabildo abierto que habia de tener lugar el dia 19 en el Templo de San Ignacio. Se mandaba en ese Bando que se cerraran al efecto las tiendas y talleres, y que se suspendiesen todos los trabajos á fin de que

1. Estas fechas se hallan alteradas y confusas en la *Hist. de Belgrano*.

todo el pueblo asistiese y se pronunciase por que el gobierno queria: *sin la libre manifestacion de los ciudadanos sin estorbos ni trabas para el uso de su sagrado derecho.* Se me parece proceder indigno á la Junta y al Cabildo. Este cuerpo preguntó por un oficio á la Junta si pensaba asistir á la asamblea; y esta le respondió, que habiéndose convenido otra cosa con el Director, en la noche del 17, no se daba por convocada. A las 5 de la tarde la Junta protestó contra el Ejecutivo por el atentado que habia cometido, diciendo de nulidad de todo lo que se obrase, por que era de ningun valor lo que se hiciera en nombre de la Provincia *faltando los poderes y representantes de la campaña.* Que semejante conducta, de la Junta (creia) que haria traicion á sus sagrados deberes si enmudeciera ante los riesgos que ofrecia la medida tan desacertada del Director. Abierta el Cabildo popular en la Iglesia de San Ignacio el dia 19, se trató ante todo de si habia de *hacerse venir al Director y á las demás Corporaciones;* y se acordó por resolucion del Pueblo Soberano que *vinieran:* procediéndose allí mismo á nombrar una Comision que fuese á buscarlos. Resultaron electos don Diego Barros, y el Provisor gobernador del Obispado doctor Achega, quienes partieron inmediatamente á comunicar la voluntad del Pueblo Soberano al Director, á la Junta y al Cabildo. A poco rato vino el Director: dos miembros del Cabildo, Barreda y Romero; dos miembros de la Junta, Arana (don Felipe) y don Miguel Irigoyen. Se produjo, como era natural, una discusion tan alborotada y tan confusa, que era una verdadera batahola.

L. Padra de don Diego Barros Arana, el distinguido historiador de la Revolucion de Chile.

Los diversos oradores asaltaban la escalerilla del púlpito para arengar al pueblo, y se estropeaban allí como en un miserable pugilato y en médio de la algazara que reinaba en el centro de la Iglesia, y de las voces y de los gritos que partian de otros puntos. Comprendiendo que era imposible que de aquello resultase una resolucion cualquiera, don Juan Pedro de Aguirre, hombre enérgico y de una voz estentórea, que gozaba de bastante respetabilidad por su fortuna y por sus conexiones, logró llamar la atencion, y que la gran mayoria impusiese silencio para oirle: hizo ver entonces que aquello era vergonzoso, y que no habia mas remedio que ordenarle al Director, al Cabildo y á la Junta de Observacion, que se pusiesen de acuerdo para formar urgentemente un Reglamento de votacion, á fin de que el Pueblo Soberano, ejerciendo sus *sagrados derechos* bajo esas reglas, digese y resolviere: si queria *erigirse en Provincia, renunciando á ser capital*, para tener un gobierno propio; ó si queria continuar en la forma en que se hallaba, con un DIRECTOR DELEGADO por las autoridades que residian en Tucuman.

Se levantaron numerosas protestas contra esta proposición, siguiéndose mas bulla aún. Hasta que el mismo orador, logrando otra vez que se le oyera, dijo: que habia espresado mal sus ideas, que lo que convenia era, que las tres autoridades del Estado hicieran de concierto el mismo reglamento de votacion que antes habia dicho; para que el Pueblo de la ciudad y de la campaña, digese si queria *ser oido en Cabildo abierto* ó por *Representantes*, debiéndose hacer ese Reglamento al dia siguiente 20 de Junio, para que fuese proclamado por Bando. Esto fué al fin lo que se resolvió; y se mandó labrar acta

notariada que firmaron el Intendente, gobernador, don Manuel Luis de Oliden, y su secretario don Bernardo Velez.

Celebrose en efecto el acuerdo, y se publicó el Reglamento el día 20 de Junio. Su prólogo muestra lo azaroso de las circunstancias. Pide madurez y serenidad para un asunto de tanta gravedad; por que es preciso *alejar el torrente de males que amagan la vida de la Patria y conseguir la armonia de las tres Autoridades.* Procede en seguida á reglamentar así la votacion—1.º Una comision compuesta del coronel Gazcon (por el Ejecutivo) de don Felipe Arana (por la Junta) y de don Estevan Romero (por el Cabildo) para recoger los votos de la ciudad en la Sala Capitular.—2.º Formar dos Registros foliados y rubricados, para que en uno se escriba así: *voto por que se orga al Pueblo Soberano en cabildoabierto*; y en el otro, así: *voto etc. etc. por Representantes*—3.º Que al efecto, desde el día 22 á las 9 de la mañana ocurran los Alcaldes de Barrio con sus tenientes y con todos los ciudadanos de su cuartel, trayendo el *padron* (sic.) para que voten nominalmente.—4.º Que en la campaña se haga lo mismo, presidiendo el Juez del Partido, el Cura, un teniente alcalde y dos vecinos; y que estos registros, sellados y lacrados, se reputan, para que abiertos por las tres Autoridades del Estado, ellas mismas hagan el escrutinio.

En el Estatuto, formado despues de la caída del general Alvear, para que sirviese de pacto provisório constitutivo, se habia establecido que el Estado costeara un periódico con el nombre de «GAZETA» para que esplicase al Pueblo los asuntos de gobierno; y que el Cabildo, órgano del Pueblo, costeara otro periódico con el nombre de «CENSOR», para criticar al gobierno y debatir los asuntos con la

«GACETA» á fin de que las nociones y resoluciones del pueblo pudieran formarse con previo exámen de las materias debatidas. En este conflicto, de si habia de resolverse por *Cabildo Abierto* ó por *Representacion*, la «GACETA» espresando la opinion del gobierno, defendia lo primero; y el «CENSOR» que debia criticar al gobierno, se decidió naturalmente por lo segundo. Poco mérito se nota en los escritos de uno y otro papel, que no pasan de mediocres, y que ademäs son bien vagos en la teoria y en los propósitos; pero pueden servir para mostrar las pasiones y el alboroto en que se agitaban las calles próximas á la Plaza, los portales del Cabildo y los cafés, donde la muchedumbre bullia y voceaba desde las primeras horas del dia hasta la noche, al mismo tiempo que las gentes pacíficas se encerraban á penas descendia el sol, quedando la ciudad en una lóbreguez y en un desamparo verdaderamente caótico.

El 22 de Junio, recogido el voto popular en la ciudad, resultó: que la gran cuestion orgánica de que se trataba, debia resolverse por una JUNTA ELECTIVA de apoderados que debian ser nombrados por el Pueblo. Con este resultado, el Director se consideró vencido; al mismo tiempo que la oligarquía de los Fiscaladas y Anchoris, que dominaba en el Cabildo y en la Junta de Observacion segun el doctor Castro, sintiéndose vencedora, comenzó á manifestar intenciones claras, y á preparar medidas amenazantes contra el general Balcarce, para anular al mismo tiempo la influencia del doctor Tagle, cuyos designios se habian caracterizado demasiado en esta lucha.

Oigámos al doctor Castro en otra de sus cartas confidenciales dirigidas al doctor Darregueira, que, aunque es algo an-

terior á estos sucesos, los ilustra por lo mismo con una luz mas imparcial — «El Cabildo, que parecia deber ser una autoridad ó «representacion média, que con su intervencion conciliase «estas desavenencias, no es á propósito en la actualidad, «antes parece todo inclinado á una sola parte *por los enlaces «de familia*, que son siempre tan perjudiciales en los «Cuerpos que deben mantener el equilibrio: pues un «Anchoris en la Junta debia ser seguido de un Anchoris, en «el Cabildo, un Escalada debia ser seguido de un Escalada «en el Cabildo.

La «GACETA» tambien, en un grave artículo del 6 de julio, muestra evidentemente que el gobierno se creia perdido; y pide ansiosamente una *reconciliacion general*, cuyo ejemplo *deben dar las PRIMERAS AUTORIDADES de la Provincia*, á fin de que *todos las imiten* — «El gobierno, (agrega) la Honorable Junta de Observacion, y Exmo. Cabildo deben unirse de buena fé para tratar con toda preferencia de una *reconciliacion general*. El proyecto no es tan estravagante como lo creen algunos. En las disenciones domésticas, la falta de comunicacion entre personas de diferentes opiniones es causa de que se crean irreconciliables con sus principios. . . . Representantes—Cabildos Abiertos—Unidad—Federacion—¡PRETEXTOS!!! . . . El mal está en el corazon de nosotros mismos.»—Y para que se vea la insubsistencia lamentable de las ideas y de las opiniones, en comprobacion de lo que antes he dicho sobre el carácter puramente personal y faccioso de los partidos, léase este otro trozo del mismo periódico oficial en el que se confiesa esto con toda sinceridad — «Cuan-

1. Véase *Introducción* de pag. 150.

«do antes de ahora he escrito sobre federación; yo la he
«creído contraria a los intereses de los mismos pueblos
«que la han proclamado, entonces he dado mis razones
«buenas ó malas, y ahora me limito á repetir las que apa-
«recen en la pluma del Censor:—a saber—*Que siendo espe-
cialmente Buenos Aires el único parage de que ha pro-
cedido hasta ahora la DEFENSA ORDENADA del territorio
del Estado, sería probable que con aquella novedad, esa
sombra de orden con que contábamos desapareciese.* Pues
«mas imposible era entonces organizar leyes generales
«entre todos los pueblos, para establecer el federalismo,
«que el que las diese el Congreso Soberano después de
«adoptarlo Buenos Aires sin su previo consentimiento.
«PERO AHORA, que han variado notablemente las circuns-
«tancias en que se hallaban no hace mucho tiempo los
«pueblos, y que el mismo Censor ha cooperado con sus
«escritos á familiarizar la idea de la Federación, juzgo yo
«que han hecho bien los autores de las presentaciones en
«procurar con este medio un orden fijo, que ocupe el lu-
«gar de esa sombra de orden con que no podemos sal-
«varnos.»

Llega, entretanto, el día 7 por la noche, la noticia
ipudable de que los Portugueses habian puesto en mar-
cha, sobre el Rio de la Plata, una grande expedicion ma-
ritima y terrestre. Nadie sabia si esto era el resultado de un
acuerdo con la España, ó un acto que tenia por objeto
apoderarse de Montevideo adelantándose á las fuerzas
españolas. El Director Balcarce publicó el 8 una pro-
clama angustiosa, llamando á la reconciliacion en vista de
tan amargos momentos. Pero no tuvo acogida. El Ca-

bildo y la Junta estaban resueltos á derrocarlo en vista del mismo peligro. Así es que el primero de estos cuerpos lanzó otra proclama incendiaria con fecha 10 de Julio, dirigida á los Argentinos, para hacerse oír de ellos, dice, en medio del conflicto á que le reduce la gravedad de los tiempos y sus complicadas circunstancias.» Habla en seguida—«del furor de la maldicia empeñado, con indomable tenacidad, en la disolución del Estado: pues todos los resortes de la iniquidad se han puesto en juego para seducir el candor é inocencia de la virtud.» Agrega, que la odiosidad y el despecho han llegado á su colmo, y que hubieran consumado «su depravacion» si no hubiese sido la fuerza invulnerable de la opinion—«Vosotros sois los que «habeis eludido los embates de la maldicia y de la perfidia. . . . Habeis visto promover un provincialismo extremo por áncor. . . . y los que se comprometieron en idea tan «agena á las circunstancias, conocen que fueron sorprendidos por un raptó de irreflexion. . . . Convenida la maldicia de que su intento se frustraba, ha tratado de introducir LA DESUNCION EN EL CENTRO DE UNIDAD que forman los cuerpos cívicos, para reentronizarse con este horrendo «medio y bajo pretextos capciosos. . . . y se os ha convido el noble rubor con que veiais introducirse la maldad á roer vuestro mismo seno. . . . Estos sucesos en que «forcejea la intriga, si son temibles en todo tiempo, lo son mucho mas cuando se aproxima una fuerza estrangera: «cuyas miras ignoramos, pero que son hostiles pues que

1. Véase en la pág. 112 lo que decia este mismo Cabildo unos dias antes por boca del "Censor."

2. Expedicion Portuguesa sobre la B. O.

« emprende sus marchas con direccion á vuestra misma
 « posicion. . . . En momentos tan exigentes, la Patria reclama
 « nuestra union estrecha para estar preparados contra toda
 « agresion esterna, y para eludir cualquiera maquinacion
 « que tenga por fin la disolucion del Estado. . . . Si la per-
 « fidia trabajare para desunirnos, nuestra union la confun-
 « dirá muy pronto; y la Pátria respirará llena de herois-
 « mo y de gratitud á sus inmortales hijos los ciudadanos
 « de Buenos Aires.»

La agitacion habia llegado á su colmo. Una parte de los Cívicos, compuesta del 2º tercio, donde predominaban los hombres de los subúrbios, estaba inclinada á los alcaldes de Barrio y al Director. Los otros dos tercios, compuesto el 1º de los jóvenes del comercio, ó de los hombres del centro; y el 2º de los de color, que casi siempre seguian á los del 1º, estaban decididos por el Cabildo y por la Junta; y autorizados por estas dos entidades se acuartelaron en las primeras horas de la noche, y guarnecieron la plaza á eso de las diez. El Director, que era hombre de juicio y de mansedumbre, no quiso acudir á su defensa por las armas; contemporizó; y conociendo que la fuerza veterana, mandada por Dorrego y Pinto, resistia las consecuencias de una lucha armada, quiso esperar y ver si era posible encontrar una solucion pacífica al otro dia.

Pero, en esa misma noche, la Junta y el Cabildo redactaron un bando deponiendo el general Balcarce por *la rapina* y por *la inercia* que habia mostrado para prevenir los peligros de la patria, en momentos, dice, en que *la indiferencia* era un crimen. Al otro dia 11 de Julio, fué proclamado este Bando por el Escribano de gobierno en

En el intertanto el estado de la sociedad en
que se hallaba la ciudad, que por nueva Comisión para el
otro Bando con fecha 12 del mismo, en el cual, mandan-
do a la necesidad urgente que tenía la patria de ser asis-
tida por sus hijos en los peligros que la cercan, ha-
yendo sido concedido un empréstito, y como por el presente se
encuentra firmado y general a los desertores del ejér-
cito, para que se ofendiesen sin género alguno de temor a
la campaña de sus hermanos en el término de 8 días
en la ciudad y sus arrabales, y de quince en la campaña,
pueda haberse con sus meritos y recomendados servicios
a sus faltas anteriores; creyendo el Gobierno que con esta
ordenanza se le impidirá que se abra a las causas de su ven-
ta, y como se aproveche de esta favorable ocasión que les
se presenta para aglomerarse y conspirar y obedecer para ca-
rnel de aflicciones, sus arrabales nestando caídos de
bandoleros y desertores, conqes no haberse por el momento
de las noticias que se han comunicado a los señores de la
valde por que se y el Comisón de Armamento para el
armas (no de necesidad) por el un bando del 17, para
que el pueblo, se acopdran a se don su *el sustento de la*
roismo, se *el pericia* a la defensa sagrada de la Patria. Pero
el 24 se supo de que la campaña estaba agitada; que ori-

los Pueblos se formaban grupos de advechosos y el 25 publicaba la Comisión otra proclama, con este motivo que terminaba así: «Ciudadanos: ilustrad á la inocencia de la amistad á nuestros compatriotas de la Campaña, para que no entre desapercibidos en los horrores de los que se cometen en estos montes sin que sean víctimas de ellos».

Después al ocho de Julio habían llegado al Congreso de Tucumán los ecos del estado de disolución y de anarquía en que estaba Buenos Aires: apercibiéndolo del inmenso riesgo que se corría de que este centro vitalísimo de la Revolución se segregase, sacudiendo los influjos del orden nacional.

Era imposible vacilar por mas tiempo: y se resolvió 1.º que el Director marchase al instante para Buenos Aires y se apoderase del poder, 2.º que se sacudiese la sensibilidad de los pueblos y se retemplase su energía declarando inmediatamente la Independencia.

Coincidiendo en estos momentos la circunstancia de que el Director (Puyrredon) de acuerdo ya con el general San Martín en la necesidad de armar y de equipar pronto el ejército de los Andes, se habia comprometido á bajar hasta Córdoba, donde aquel general debia esperarlo, para conferenciar sobre tan graves objetos militares y políticos. De modo que Puyrredon despues de firmar el acta de la Independencia el 9 de Julio y de ocupar el mañana del día 10 en lo mas urgente de los negocios, se puso en marcha por la noche, llegó el 15 á Córdoba, conferenció hasta el 16 con San Martín, salió para Buenos Aires el domingo 28 en la posta de la *Figuerita* (hoy *Rainas Megia*) y habiéndose sabido en la ciudad su llegada, salió el Cabildo,

la Junta, un numerosísimo concurso de apilè, y el mismo general Balcarce, con muchos otros oficiales, á recibirle é introducirle en la ciudad como en un verdadero triunfo.

Una alegría y una confianza general brotaba de todas partes, como si fuese una reacción natural de los disgustos que habían precedido. Algo de profético y de glorioso vagaba en el cielo de la Comuna: había reconquistado su poder y su prepotencia: volvía á reinar, volvía á tomar en sus manos la causa de la Independencia, y estaba segura de triunfar así sobre la España!

« Llegó por fin Payrredón: lo decía el doctor Castro á
 « su amigo de Tucumán, el doctor Darregueira, con fecha
 « 3 de Agosto: y llegó como un Ángel mandado por el cielo
 « para librar á este pueblo de la mas horrorosa anarquía. Ja-
 « más había llegado el furor de las pasiones á términos tan ex-
 « tremos. No son de referirse los sucesos acaecidos. Basta
 « decir, que no había autoridad con autoridad, hombre con
 « hombre, ni amigo con amigo: que la calúpnia había sentado
 « entre nosotros su trono: que los unos eran traidores respecto
 « de los otros: que se sugirió á los cuerpos cívicos la mas per-
 « judicial enemistad con los veteranos: que la Junta Observa-
 « dora y el Cabildo sostenían la mas funesta oligarquía con de-
 « signios ulteriores, á escepcion de Anchorena² y Perez, hom-
 « bres de bien y de juicio: que el tal Censor ó Demónio
 « jugaba perfectamente las intrigas, como que cada pelotera
 « le vale doscientos fuertes, de sueldo por la venta de su
 « pluma³ hasta haber llegado á mil y doscientos, y la invio-

¹ Véase la pág. 150.

² Don Juan José Cristóbal de Anchorena.

³ Era el Red, un habaero doctor Valdez.

« labilidad, á manera de Diputado Nacional, ó del Magis-
 « trado Censório de Roma; cuando Sarratea escribe de
 « Londres al gobierno que contengan la pluma antipolítica
 « y pedante de este hombre. Yo me he llevado un chásco
 « muy grande con su amistad; pues habiendo querido con-
 « vencerlo de la necesidad de escribir en favor de la opinion
 « del Congreso, empezó, y él no quiso continuar hablando
 « pestes de la eleccion de Payrredeo, y despues de haber
 « jugado la autoridad del Congreso para sus maniobras. Per-
 « fin—la preséncia del Director LOMA CALMAO TONO. Los
 « gefes militares lo sostendrán, como se lo han prometido.»

« Hé ahí la faz brillante y satisfactoria del nuevo go-
 « bierno! Véase ahora la faz oscura, que, aunque lejana todavía
 « en el horizonte, lanzaba ya algunos de los relámpagos si-
 « nistros de la borrasca definitiva que rugia en el Porvenir.»

« La misma carta continúa diciendo— «Se dice que el
 « Congreso piensa seriamente en Monarquía Constitucional
 « con la mira de fijar la Dinastía en la familia de los Incas.
 « ¡Compañero estimadísimo! Si esto es verdad, yo respetaré
 « á cada uno de esos honorables Diputados, como á un Dios
 « de la Patria; yo los llamare salvadores del País, y yo los
 « tendré siempre por autores de nuestra felicidad; y Vd.
 « sabe mi opinion en este gran negocio. Muchas veces
 « hablamos con la cordialidad y confianza mas ingenua
 « sobre esto, y concordabamos en que este gobierno seria
 « el unico capaz de terminar la Revolución. Yo no he
 « dejado desde entonces de propagar mi opinion: soy en-
 « tusiasta por ella. Monarquía, compañero: monarquía
 « nuestra, bajo de una Constitucion liberal; y cesarán de un
 « golpe, las divergencias de las opiniones, la incertidumbre

« de nuestra suerte, y los males de la anarquía. Aun así
 « los argumentos que el mas vulgar político deducirá de
 « las circunstancias de nuestra América, de su localidad,
 « de sus intereses, de sus hábitos, etc. etc. en favor de una
 « Monarquía temporal, la experiencia nos ha sorprendido el
 « mas ineluctable, despues de haber probado todas las for-
 « mas republicanas infructuosamente. Todos los Patriotas
 « de juicio están decididos por esta opinion. He pido al
 « Dean Funes, al doctor Valle, al Provisor, al doctor Ghiron,
 « Arin, al coronel Pinto, á todos nuestros compañeros,¹
 « ella es la mas conforme al sistema general de la Europa,
 « á las ideas del gabinete de San James, que mira hoy como
 « una de sus mayores glórias, haber introducido en todas
 « las naciones (á escepcion de España) su forma de gobierno;
 « ella hará tomar á la masa general de los Indios el interés
 « que no han tomado hasta aquí por la revolucion. Yo
 « voy á sostener un periódico con la imprenta que ha traido
 « el clérigo Pasos de Londres:² quiero empezar por los go-
 « biernos, y quiero que Vd. me diga cuanto sea decible,
 « y convenga discurrirse segun las intenciones del Con-
 « greso. Le pido á V. perdon, y á mi compañero Passo³
 « por el concepto de tímidos en que los tení. ¡Cáspita!
 « Ahora los tengo por héroes, cuando los he visto atacarse
 « los calzones, y decir:—SOMOS INDEPENDIENTES!

Este fué el Congreso de Tucuman. Sometido por la fuerza de las cosas, se tuvo que desprender primero del Poder Ejecutivo para rendirlo á la atraccion de la ciudad de Buenos Aires; y poco despues, tuvo él mismo que

1. Los miembros del Tribunal de Justicia Superior.

2. Pasos Silva (a) Kanki

3. El doctor don Juan José Passo.

Por consiguiente el Congreso con sus ideas de monarquismo y de centralización administrativa, abrió una lucha desesperada contra el espíritu popular, que se levantaba decidido y arrogante con teorías y principios propios que tenían otra realidad más práctica y más importante que aquel otro recuerdo de organizaciones viejas que eran imposibles en el suelo americano. Tres hombres le espantaban en ese errado camino, dos de los cuales tenían un valor verdadero, Dorrego y don Manuel Moreno, el otro, que era el doctor Agüero, tenía también su importancia como opositor, por su carácter impetuoso y locuaz, aunque era de poca consistencia y al poco tiempo también en la lucha.

« Ahora los tengo por héroes, cuando los he visto atacar
« por el concepto de tímidos en que los tenía. ¡Castiga
« a tu hijo. Le pido a V. perdonar a mi compañero Párra-
« y convenga discutirse según las intenciones del Con-
« sejo. Y quiero que V. me diga cuanto sea decisivo
« el último Paso de Londres: ¿quiero comprar por los so-
« vos a los que me han tomado hasta aquí por la revolución? »

En Buenos Aires: y poco después tuvo el mismo poder Ejecutivo para rendirlo a la atención de la ciudad. Por la guerra de las cosas se tuvo que desordenar primero de Este fue el Congreso de Tucumán. Sometiéndose por la

1. Los miembros del Tribunal de Justicia son:

REVISTA DEL RIO DE LA PLATA.

N.º 22.

EL SUEÑO DE EULALIA CONTADO Á FLORA

Y NOTICIAS SOBRE SU AUTOR.

En el número 20, pág. 647 de esta Revista se ha hecho alusion á una de las muchas páginas que aun permanecen inéditas de las obras poéticas del P. F. Cayetano Rodriguez: *El sueño de Eulalia contado á Flora*, escrito en los primeros años de la revolucion. Viven aun algunas personas que han oido recitar esta composieion al «loco astuto y bufon» á que el artículo de la Revista se refiere; pero pocos la habran leído, y es, puede decirse, completamente desconocida á nuestros jóvenes que aman la literatura patria.

Aunque el nombre del autor suena con frecuencia en nuestra historia, sin embargo se ignoran generalmente sus servicios al pais, y hemos creido que al dar á luz el precioso poemita cuyo título dejamos indicado, seria oportuno trazar un pequeño bosquejo biográfico de su autor, trabajo que cuadra naturalmente con el plan y objeto de nuestra Revista.

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ, religioso de la órden

de San Francisco, en la cual obtuvo todos los puestos de dignidad, en el gobierno y en la enseñanza de la misma, nació en el *Rincon de San Pedro*, á las orillas del Paraná, y tomó el hábito de novicio el día 12 de Enero de 1777, pocos meses despues de haber cumplido diesiseis años de edad. Sin duda le llevó al cláustro la influencia de su primera educacion, que pudo muy bien haber recibido en el convento de la recoleccion franciscana que existia por aquel tiempo en el mencionado y pintoresco lugar de nuestra provincia. ¹

En aquella época, el jóven Rodriguez, poseia segun su elocuente panegirista ² una alma buena, *un corazon del cielo*, y un ardiente amor á las letras, por cuyas cualidades se hizo acreedor al altar antes de tiempo, recibiendo á la edad de veintidos años las últimas órdenes de sacerdote de manos del señor San Alberto, obispo de Córdoba.

El P. Rodriguez fué asíduo en el desempeño de los oficios de su profesion. Orar, asistir al confesonario, visitar los enfermos, fueron sus principales ocupaciones. Dirigió durante veinte años la conciencia de las monjas de Santa Catalina y Santa Clara, de quienes fué tambien predicador, y por cinco de aquellos años, «cargó sobre sus

1. Véase sobre este convento el número 5 del Registro Estadístico del año 1822.

2. Oracion fúnebre del M. R. P. Fr. Cayetano José Rodriguez de la órden de San Francisco, Lector jubilado, Ex-Provincial. Examinador sinodal de los obispados de Buenos Aires, Córdoba, Paraguay y Concepcion de Chile; y diputado del Soberano Congreso en Tucuman. Pronunciada en la Iglesia de menores observantes de Córdoba en el presente año por el M. R. P. Fr. *Pantaleon Garcia*, del mismo órden.—Buenos Aires imprenta de Alvarez 1823, 20 pág. in 4.~

hombres todo el peso de la Santa casa de Ejercicios,» que supone la tarea de pláticas espirituales diarias, la asidua contraccion al confesonario, y la atencion molesta á las consultas personales sobre intereses de la conciencia ó del mundo. Por aquellos dias los hombres del pais tenian menos confianza, que hoy en los consejos de su própia conciencia y se gobernaban por los del confesor, y de aquí provenia la importancia del sacerdote en aquella época. El era á la vez *médico* del alma y *abogado* en los negocios temporales, y sin poséer nada, disponia de la fortuna de todo el mundo.

El P. Rodriguez Dictó en la Universidad de Córdoba y en el convento grande de Buenos Aires, filosofia, teologia y escritura, introduciendo en esta enseñanza métodos mas adelantados y principios mas exactos que aquellos en que se habia educado. «Es verdad, dice el digno orador de sus honras fúnebres, que tuvo la desgracia de que le formase las entrañas un maestro que juraba en Aristóteles: pero no es su mayor gloria haber debido á su génio distinguir la moneda falsa de la verdadera?» Segun este mismo testimonio, el P. Rodriguez, detestó el ergotismo, la teologia sistemática y las cuestiones inútiles. En la enseñanza de la física hizo por primera vez comprender á sus discípulos, que era esta una ciencia de hechos y de mera esperimentacion.

El P. Rodriguez se declaró decididamente en favor de la revolucion, sin que obstara para ello su hábito que en nada le apartaba de la mejor sociedad del pais y de sus hombres mas notables, con quienes mantuvo relaciones íntimas, circunstancia que justifica con palabras notables el orador de su exéquias: «no hay ministerio, dice este, sea el de la espada ó del caliz, en que el hombre, sin cometer un crimen

de *lesa patria*, pueda faltar al solemne empeño que contrajo de vivir y morir por su nacion, y este tributo de fidelidad le es aun mas santo que el de respeto y amor que la naturaleza clama en favor de los autores de su existencia. '»

El movimiento político de 1810, era una realizacion de antiguas aspiraciones suyas, aunque no fuese mas que considerado como precursor de mejores doctrinas para los despejados talentos de los hijos de América. Sus discípulos le oyeron mas de una vez, en la secreta fidelidad del claustro, lamentarse del apocamiento á que tenia reducido el pensamiento y la accion de los patriotas el régimen de la política colonial. Preparado muy de ante mano para las nuevas luchas pudo escribir desde los primeros dias de Mayo un manifiesto sobre las vejaciones que habia recibido la América de sus dominadores.

Su patriotismo fué de exelente ley. Preparar á sus compatriotas para los nuevos destinos á que iba á llamarles la revolucion, era uno de los primeros cuidados de su celo inteligente. Esos destinos los previó con la sagacidad de su génio desde un tiempo en que debian pasar por una insensatez, si no por un delito, semejantes visiones de lo futuro. Cuántas veces esclamaba bajo las bóvedas de su aula: «que haya uno nacido en un suelo en que el génio oprimido pierde su vigor! . . . Los americanos son culpables; nos agobiamos bajo el yugo cuando tiempo ha se nos viene á las manos el sacudirlo. Pero es necesario trabajar, ilustrarnos: no se qué presagios advierto de libertad y es necesario formar hombres.»

Magníficas palabras conservadas por un testigo; tanto

1. Oracion fúnebre citada pág. 13.

mas notables, cuanto que resonaban dentro de las paredes de un convento de franciscanos. Lleno de esta idea de preparar hombres para la libertad, abrió las puertas de la biblioteca franciscana á cuantos talentos jóvenes aparecian con algun lucimiento. Uno de estos fué el doctor don Mariano Moreno, y la proteccion del generoso fraile le siguió hasta Chuquisaca á donde pasó á completar su educacion literaria aquél que despues llegó á ser el primero de los hombres de la revolucion.

Parece que desde muy jóven fué F. Cayetano apasionado á la poseia. En febrero del año 1790, estando en Córdoba, y por obedecer á su superior, escribió un poema en octavas que tiene por asunto los padecimientos de la señora doña Maria Oxeda, la cual habiendo perdido á su marido en el alzamiento de Tupac-Amarú, tomó el hábito de monja en uno de los claustros de aquella ciudad. Pero cuando su talento poético dió todos los frutos de que era capaz, fué inmediatamente despues de la revolucion: «la patria es una nueva musa,» decia á uno de sus íntimos amigos; y efectivamente, las primeras canciones que se cantaron por los niños de las escuelas en torno de la pirámide de la plaza de la Victoria fueron obra suya. Cantó despues los triunfos de Belgrano y de San Martin, y de cuando en cuando las gracias amables de su carácter le dictaban versos agudos con que se regalaba el buen gusto de sus amigos íntimos.

El P. Rodríguez fué electo diputado por Buenos Aires al Congreso que se instaló en Tucuman el 24 de Marzo de 1846, y dirigió la publicacion del *Redactor* de las sesiones de aquel cuerpo con este epígrafe significativo: *steriles transmissimus annos.*

Hasta aquí las tareas de este virtuoso patriota no le habian obligado á descender á la palestra de las luchas ardientes. La revolucion habia marchado hasta entonces en harmonia con su espíritu, en cuanto á los principios fundamentales de ella y á su propósito final. Pero en el año 1822 presentó una nueva fisonomia. La reforma social y administrativa que era la aplicacion de las conquistas de esa misma revolucion, emprendida por los poderes públicos, suscitó dos campos en la opinion pública, y el padre Rodriguez militó activamente en uno de ellos con motivo de la reforma de las comunidades religiosas. Los periódicos «Ambigü», el «Espíritu», el «Centinela», se consagraron á defender las medidas oficiales, y el «Oficial de dia» redactado por el Padre Rodriguez, defendia calorosamente, pero con formas comedidas, lo que él creia ser derechos de la iglesia y propiedad de las comunidades mendicantes.

En esta tarea falleció á la edad de 62 años el dia 12 de Enero de 1823. Algunos han pretendido que las amarguras de la polémica aceleraron el término de esta preciosa existencia; pero el testimonio intachable de su panegirista desmiente tal suposicion y esplica con bellas formas de estilo cómo aquella organizacion tan trabajada por las tareas de su ministerio debia doblarse antes de la extrema vejez bajo el peso de los deberes. «El hombre, es hombre, dice sencilla y noblemente el autor de la oracion fúnebre, y el continuo trabajo le causó una enfermedad, que lo evaporó á fuerza de comunicarse, como el suave perfume que en los dias del estio exhala su benéfica fragancia.»

La prensa antagonista á las ideas sostenidas por el

ilustre fraile, hizo plena justicia á sus talentos y á su carácter, y encontramos las siguientes apreciaciones en el número 9 del Argos, pocos dias despues del fallecimiento de F. Cayetano: «Jamás la patria podrá olvidar la memoria de este religioso en quien se reunian los mejores talentos á una vida llena de probidad. Su alma amena se vió inclinada desde temprano á los encantos de la elocuencia y la poesía. Las muestras que su genio nos ha dejado en estos géneros, nos convence que cultivado bajo otro cielo mas favorecido de la fortuna de lo que no hace mucho lo es el nuestro, acaso hubiere merecido ponerse al lado de los que en esta carrera han figurado con celebridad. . . . El supo derramar en sus versos esas gracias sublimes que sin agitacion se amparan del alma y la penetran de la mas dulce sensibilidad. Entregado por su estado al estudio de las ciencias serias, aunque su mejor cultivo ha caminado entre nosotros con lentitud, él se formó una educacion que exedió en mucho á la medida comun.»

Basten estas líneas, que alguna vez tomarán la forma de una verdadera biografia, para introduccion de los amenos versos que ofrecimos al comenzarlas. Ellos son unos de esos perfiles domésticos, por decirlo así, que sirven para completar la fisonomia de una familia social, y merecen conservarse como recuerdo de un nombre simpático, como prueba de devocion constante á una causa servida con todos los medios intelectuales de una persona distinguida.

J. M. G.

—Amiga, ya no puedo, ni es posible
Calmar mis inquietudes,
Y será muy factible,
Que si á mi corazon pronto no acudes,
El desfallezca, al fin, sobrecojido
De un pavoroso sueño que he tenido.
—Amiga, díme, qué te ha sucedido?
—Sabe, Flora del alma,
Que cierta noche de un alegre dia,
Cuando en la dulce calma
De un suave sueño plácida yacia,
De repente me ví, mas con qué susto!
Ante el solio real de Jove Augusto.

Atónita quedé, pasmada, yerta,
Y perdido el aliento,
Por instantes pensé mi muerte cierta;
Y hasta ahora, amiga, siento,
Un no sé qué que el alma me devora.
Ay! no quiero acordarme, amada Flora!

No me es dado el pintarte
El rostro airado de aquel Dios severo,
Ni sabré ponderarte
Sus miradas de horror, su ceño fiero;
Solo puede decirte que sus ojos
Eran un Etna que vibraba enojos.

Lo miré, me miraba de hito en hito,
Y cuando pensé menos,
Dió un penetrante y magestuoso grito,
Que resonó en los senos

Profundos del abismo y salió luego
Un otro que él brotando vivo fuego.

Era el tal un testigo
De mis obras, palabras, pensamientos,
Y el mas crudo enemigo
De nuestros consabidos pensamientos.
Te acuerdas, Flora? Oh! mal haya sea!
Cuánto me amarga tan funesta idea!

He aquí, dijo Pluton, ¡ó padre Augusto
De los Dioses! la sabia
(Y se precia de tal) que tiene el gusto
De desplegar su labia,
En público atentando y en secreto
Contra tu liberal justo decreto.

Tú desde el alto cielo,
Tus ojos inclinaste compasivo
Al vespuciano suelo.
Sensible á su clamor doliente y vivo,
Dijiste en tono grave é imponente:
Libres, hijos del sol, eternamente!

Lo dijiste, y el Dios que en paz domina
La estension de las mares,
A tu voz elocuente determina,
A pesar de pesares,
Formar del golfo con su gran tridente
Muro de division de gente á gente.

El astro luminoso
Que con sus luces baña aqueste suelo,
Ve derramado el gozo
Sobre su hermosa faz. Un nuevo cielo

Cubre sus habitantes, y á porfía
Himnos te cantan, Jove, noche y día.

Solo en el sexo bello... quién creyera!
Hay sirtes peligrosos
En que encalla la suerte lisongera,
Hay génios escabrosos,
Hay corazones que resisten vanos
El bien que has dispensado á los humanos.

Hay astutas Pandoras
Que pérfidas derraman el veneno,
Y á la patria traidoras
Infestan con su aliento el propio seno.
Castiga ¡oh Jove! vibra un rayo activo
Que las hiera de muerte en lo mas vivo.

Asi dijo Pluton. No sé, mi Flora,
Si Júpiter airado
El rayo disparó, ni puedo ahora
Contar lo que ha pasado,
Apenas sé, ni sé, si es cosa cierta,
Que caí desmayada y casi muerta.

En este parasismo
Quedó despierto el interior sentido.
Ay! mi amiga! en qué abismo
De confusión y horrores sumergido
Sentí mi corazón! Qué especies, Flora,
Ocurrieron al alma en aquella hora!

Cuantas (con qué placer!) conversaciones
Tuvimos, Flora mia,
En que con mil y mil y mas razones
(De nuestra fantasia)

Burlamos el sistema
Dándole el nombre de *locura y tema*;

Cuantas burlas y apodos,
Poseidas del furor mas insolente,
Hicimos por mil modos,
Mas de una vez á la patricia gente;
Llamándolos criollos, carniceros,
Indecentes, canallas, cuchilleros;

Cuantos, te acordarás, cuantos deseos
De ver entre *dos palos*,
A aquellos consabidos fariseos,
A aquellos hombres malos. . . .
Tú me entiendes. ¡Oh, qué amarga historia!
Todo, amiga, me vino á la memoria.

Asi estaba esperando
Entre crueles síntomas de muerte,
Mi último fallo, cuando
Atentó decidir Plutón mi suerte:
Sepultémosla, dijo, en el Leteo
Donde perezcan ella y su deseo.

No, no, repuso Jove en tono grave,
Cómo ha de sepultarse
En olvido un delito que no cabe.
Ni aun puede imaginarse?
Aquel que de su patria es enemigo
Debe sobrevivir á su castigo.

Pudiera con un rayo
Reducirla á ceniza en un momento;
Pero válgale Mayo,
Válgale ser muger, y que es mi intento

De tal modo aplicarle penitencia
Que sea víctima cruel de su conciencia.

Será pues, mi decreto irrevocable
Para eterno escarmiento,
Antes que castigarla á fuego ó sable,
Entregarla al momento
A los muchachos; ellos darán cuenta
De su bulto, de modo que lo sienta.

Muchachos, dijo, ¡ay Flora!
Humillante invención, palabra impura!
Muchachos! . . . Hasta ahora
No se ha impuesto á muger pena mas dura.
Pensé que el orbe todo se venia
Sobre mí y que el alma me oprimia.

Aunque exanime al golpe de la pena,
Volví á Jove los ojos:
(¡Ojalá hubiera sido en hora buena!)
Queriendo á sus enojos
Poner calma, ó amiga! Qué esperanza!
En el fallo de Jove no hay mudanza.

A los muchachos! repitió imperioso,
Se entregue luego, luego:
Ellos pondrán al claro, sin rebozo,
El desenfreno ciego
Con que insultó á su patria. Cruel, ingrata,
A burlas muera quien á burlas mata.

Mi Flora, no quisiera
Lo que siguió á esta escena referirte.
¡Cielos, quién me dijera!
Mas, cómo he de callar? No he de decirte

La historia de mi mal? Oye mi cuento,
Te servirá siquiera de escarmiento.

Habló imperioso Jove, y al instante
Una chusma atrevida
De muchachos se puso por delante:
Quedé despavorida,
Pues despues de una lluvia que da el cielo
No tantas sabandijas brota el suelo.

Aqui de mis trabajos!
Aqui mis ánsias y sudores frios!
Ay de mí! son tan bajos
(Para mí dije) los principios míos?
Tan poco por mi sangre se me debe
Que me hacen el trompillo de esta plebe?
Así fué, Flora. Quienes mas bribones?
Me prenden, me rodear,
Me dan mil indiscretos empujones,
Me urgan, me manosean. . . .
O vergüenza, ó pudor, ó mi decoro!
La tragedia fué en sueño y aun la lloro.

En seguida una danza
Arman al rededor. . . . Danza maldita!
Cuanto su voz alcanza
Mueven el aire con inmensa grita,
Y repiten ¡ó Dios! á boca llena:
Muera la picarona Sarracena.

En un papel de estraza despreciable,
Para hacer mi pudor mas espectable,
Mi agravio mas sensible,
Escribieron un rótulo indecente

Que luego lo fijaron en mi frente.

Decia alerta, alerta,
Bomba! Aquí va la gran criollaza
En europea injerta,
Que reniega impaciente de su raza
Y que quiere antes ser sucia gallega
Que criolla con honor, casa y talega.
Luego pusieron en mi diestra mano,
Una caña nudosa
Con un cuerno en la punta liso y llano.
Divisa vergonzosa!
Sufrió el insulto, vi la picardia.
Sabes que no soy tonta, amiga mia.

No fué esto solamente:
Mi humillacion subió mas alto punto,
Que no fué otro, no, segun barrunto
Que aquel, . . . aquel . . . amiga, no lo nombro,
Te ha de causar su atrevimiento asombro.

Se llegó á mi este vil, pillo, indecente,
Cuando mas angustiada,
Y á la vista (ó pudor) de tanta jente,
Como si hiciera nada
Me alzó por la tracera la camisa,
Me hizo tres muecas y soltó la risa.

Contempla mi figura,
Amada Fora mia! con un lema
De espresion la mas dura
Que adversa me publica al gran sistema,
Una caña y un cuerno por divisa,
Y por detras alzada la camisa!

No es buena perspectiva? Asi en volandas
Entre inmensa algazara,
Me llevan por las calles como en andas:
Santa con duple cara,
Una llena de angustia, llanto y pena.
Otra de infame desvergüenza llena.

En cada esquina. . . ¡cruelles!
Hacen alto, y allí mas y mas jentes;
Y á la decencia infieles,
Mil cantares y apodos insolentes
Me echan en rostro como está de moda,
Gallega, loca, sarracena, goda.
Al fin llegué con todos. . . ¡Qué cansada!
A la erguida columna
De todos los patriotas celebrada;
Allí otra vez, á una, gritan, muera,
Muera la sarracena,
O eche un «viva la patria», aunque no quiera.

Esto es tras de cornuda
Apaleada. . . .Qué tal, amiga Flora?
Malo, Eulalia, si muda,
Y peor hablando. O maldita hora,
En que ocupé millares de momentos
En callar y en hablar mis sentimientos.

Qué tortura! qué angustia y compromiso,
Verse el pecho obligado
A brotar espresiones que no quiso
Ni aun haber escuchado,
Me resisti por tanto en tono fiero
Y voz en cuello respondí: «no quiero!»

No bien así entónada
Reproché la propuesta majadera,
Cuando una gran palmada
Me asentaron de lleno en la trasera,
Y fué tan récio el golpe que al llevarlo
Grité: ¡que viva! sin querer gritarlo.

Feliz palmada, amiga, santo grito!
A ruido tan ingente
Debió mi escena ver mi finiquito.
Desperté de repente,
Me ví sola, sin luz, y en el empeño,
De juzgar realidad lo que era sueño.

Ay de mí! solté el llanto
Opreso el corazon, yerto el sentido.
O cuánto, cuesta, cuánto,
Un empeño tenaz mal dirigido,
Estoi tal que rebusco á toda prisa,
Y no encuentro el faldon de la camisa.

Quiero apartar de mí, pero no puedo,
Esta funesta idea,
Sobrecogida estoi de susto y miedo.
Muy bien, que sueño sea;
Pero Eulalia, tu amiga hasta las aras,
No se mete en camisa de once varas.
Dejémonos de cuentos:
Hay jóvenes resueltos al castigo,
Hay Plutones á cientos,
Cada cual el que mas nuestro enemigo,
Cañas á miles, cuernos en sub-hasta
Y hai muchachos hasta decir basta.

Y pues sueño tan raro y tan extremo,
Puede ser un anuncio,
Que nos sirva á las dos de desengaño.
No te place? renuncio
Mi modo de pensar, quédate sola:
Como yo pase bien, corra la bola.

(1812)



INSTITUTO BONAERENSE

D E

Numismática y Antigüedades

MEMORIA

*del Vice-Presidente en el primer aniversario de su
Instalacion.*

EL ALMIRANTE VERNON EN LAS AGUAS DE NUEVA-GRANADA.

1739—1741.

*(Criterio histórico de las catorce medallas batidas por
los Ingleses para conmemorar la toma de Puerto-bello, y las
supuestas de Cartajena y Cuba.)*

Al constante arqueólogo y excelente bibliógrafo del Rio
de la Plata, doctor don Andrés Lamas.

TESTIMONIO DE SIMPATIA.

I.

"Colentes veritatem, ex reliquis reterum lucem querimus."

La vida y costumbres de los pueblos antiguos nos serian desconocidas, si pudientes arqueólogos no hubiesen con restos informes que encontraban, reconstruido sus dioses, sus templos, sus palacios, sus teatros y hasta sus utensilios domésticos."

..."Ellos han vindicado á Homero respecto á la fidelidad de su poema, y mostrado á las generaciones presentes el Simonte y el Escamandro; el sitio donde estuvo el alcázar de Priamo, y en pequeños montículos de tierra, el lugar que ocuparon las tumbas de Aquiles y Patroclo."

"Las encantadoras narraciones de Tácito y Tito Livio, no pasarían de ser á nuestros ojos brillantes ficciones, si no nos convencieran de su realidad, esos pedazos de cobre corroido, que el numismata descifra con una labor y un placer inesplicables."

"Neron y Mesalina, Trajano y Tito, con sus maldades y con sus virtudes, se asemejan á creaciones fantásticas de la imaginacion ardiente de un poeta, y por tal las tendríamos, si las medallas contemporáneas no nos probáran su existencia y no nos hicieran conocer su imagen.".....

(Dr. Prado — *Discurso inaugural*)

SEÑORES DEL INSTITUTO:

Con razon esclama Juvenal, que una coleccion numismática debe mirarse cual preciosa galeria de retratos

en miniatura ó segun piensa el entendido Millin, como un tesoro de conocimientos.

En efecto, nadie ha puesto en duda la utilidad de la ciencia de las medallas, hija predilecta de la arqueología y cuyo estudio es tan necesario al historiador, como al geógrafo y al poeta.

Hé ahí la causa eficiente que impulsó á los antiguos á cultivar la numismatografía, popularizando por ese medio, los grandes hechos, las remotas leyendas mitológicas, ó los rasgos propios de hombres eminentes—á punto que llegó á ser tan familiar al romano la historia de la *ciudad eterna*, como al griego sus *anales*, que vieron reproducirse á la par de los monumentos en que cifrában su orgullo y su gloria.

A la verdad, que es este, uno de los ramos de la arqueología, que nos ha legado mayor fôco de luz sobre las religiones y estado político de pueblos que el tiempo sepultó ya en los abismos del olvido—debiendo exclusivamente á él, Herculano y Pompeya, haber rasgado el sudario de lápido que las cubría desde los primeros años del cristianismo!

A ello se agrega, que cualquier medalla ó moneda que examinemos, es coetánea al suceso que memora, y á diferencia de los textos de bardos ó prosistas, no es fácil adulterar en la cópia, ni por citas parciales ó truncas, sirviendo á la vez de seguros jalones, que vienen á completar, puede decirse, las narrativas á menudo inexactas de cronistas apasionados ó bien suplir á su silencio, levantando la cortina misteriosa de los siglos.

En América, estaba destinada la numismática, á rendir importantes servicios á la historia, y no obstante, si

echamos una mirada retrospectiva—notaremos con pena, que no lo entendieron así nuestros antepasados.

Funcionando Reales Casas de moneda y acuñacion, en México, Santa-Fé de Bogotá, Popayan, Lima, Potosí y Santiago de Chile, establecidas algunas de ellas desde las primeras épocas de la conquista, y todas cuando no superiores, por lo ménos iguales en actividad y elementos á la planteada por los portugueses en Rio de Janeiro—amen de tener á su servicio buriladores en hueco, tan distinguidos como Casanova, Madero, Gordillo, Sebastian Perez, Tomás Suria, Nazabal, Villarroel, Arrabal, Moncayo; el indio Juan de Dios Rivera, y mas que todos, el no olvidado, el insigne Gerónimo Antonio Gil, émulo de Sepúlveda, y como este, discípulo predilecto de don Tomas Francisco Prieto, príncipe de los grabadores en el venturoso reinado del mas sábio y del mas honesto de los Borbones—ningun Virei proveyó siquiera á la conservacion de los troqueles de las hermosas medallas batidas de tarde en tarde para conmemorar la aclamacion ó jura de los Monarcas—acaecimientos que como es de presumirse, dejaban honda huella en la vida pacífica de la colonia.

Empero, podrá estrañarse tan culpable abandono, cuando la imprenta, esa red de luz que cobija al mundo, en este Vireinato por ejemplo, se concretó á sudar estampando *novenas* y *pastorales*--para dejarnos inéditas obras de largo aliento, como las de Ruí Diaz de Guzman, Martinez y Vela, Lozano, Guevara, Azara, etc., ó bien filantrópicas como la del húngaro Sijismundo Asperger?...

Y á la par de estas, cuántas otras columnas miliarias, levantadas por el saber y la observacion, se habrán perdido

para siempre en la noche tenebrosa del fanatismo y de la ignorancia en que permanecemos por tres centurias!

Tales son las ideas que nos han embargado, al meditar que acontecimientos tan dignos de recuerdo como poco conocidos y peor explicados por la tradicion escrita—pudieron ser rectificadps por medio de las colecciones metálicas, formadas con alta prez de la ciencia, y las que en el sentir de un juicioso agustino, «son el almacén universal, donde cada facultad, encuentra armas con que defenderse.»

Entónces, hubiéramos podido decir al extranjero con sobrada satisfaccion: *toda la historia de la América Colonial se halla encerrada en los escaparates de nuestras casas de moneda*—parodiando á la Francia, que custodia en su establecimiento suntuoso de Paris, desde los sellos eclesiásticos, sin escluir los de los altos Barones de su pasado remoto, hasta las monedas mas insignificantes del dia.

Pero entre nosotros, empezando por la primer majistratura, nadie ha guardado ni querido conservar lo que á todos importaba conocer y salvar, y por doloroso que sea decirlo, las mas delicadas obras de arte fueron pasadas con el disfraz de chafalonía por el crisol del artífice nesciente!...

Esto es lójico, desde que para la jéneralidad poco valen esas antigüallas y hasta las ruinas imponentes de Yucatan, Chañar, y Tia-huanacu; el ídolo de Copan, el palacio de Palenque, el templo de Mitla en Guatemala ó el del Sol en la ciudad cortesana del Cuzco, son monumentos sin elocuencia y destituidos de enseñanza!.....

.....

II.

Amantes de la verdad, buscamos la luz entre las reliquias del pasado; tal es el gallardo lema que tremola nuestra asociación, merced al cual y auxiliados por la antorcha fulgurante de la ciencia especulativa, nos proponemos indagar la certidumbre histórica de un incidente que no fué consumado en el mundo, y que sin embargo, ha llegado á nosotros y pasará á las edades futuras perpetuado por medallas que hemos examinado detenidamente, y forman parte de la selecta coleccion americana de nuestro erudito colega el señor doctor don Andrés Lamas.

Efectivamente, apenas podrá concebirse que la historia se falseó á *sabiendas*, al representarse sucesos que no ocurrieron, lo que pone de relieve, que las raras piezas á que nos referimos, debieron acuñarse con anterioridad *al resultado* de la agresion llevada con tanto arrojo como mal éxito contra las armas de S. M. C.

La jactancia desmedida de Xérjes y el orgullo petulante del sombrío Felipe II, cuya *Armada Invencible*, incendiada por los brulotes de Effingham, y consumida por el fuego del cielo, sirvió de tea colosal en las bodas de Albion con el Océano—palidecen ante esos monumentos numismáticos, consagrando para siempre el grupo desdorado y apócrifo además, de un marino español de hinojos en presencia de áltivo caudillo británico al que entrega humilde su abatida espada!

De cierto que no atinamos á dar otra version al prohibimiento de un recurso vedado por las leyes de la hidalguia, que la malquerencia y rivalidad hácia la nacion Ibérica—sistema llevado entónces al terreno de la práctica, con mén-

gua de un pueblo sério como el inglés, que no precisaba acudir á la impostura para granjearse el concepto de belicoso y valiente que jamás le disputaron ni sus adversarios mas implacables.

Al condensar pues tales asertos, como despojados de evidencia histórica, acometemos una tarea asaz fatigosa é impropia, con el móvil de esclarecer un tópico todavía embrionario ó problemático de los anales del Nuevo Mundo—cabalmente en vindicación de estos, en desagravio de la verdad vulnerada, y rindiendo tributo á los elevados principios de la equidad y de la justicia—por lo que echaremos una ojeada sobre el origen de esa gratuita ofensa al honor castellano, desmentida con constancia por sus historiadores, como poco rectificada por los de la Gran Bretaña.

III.

La costosa destruccion de los numerosos secuaces de Lolonois y de Morgan, lejos de poner coto al tráfico de contrabando que se hacia en las dilatadas costas del Nuevo Hemisferio, continuaba casi tan activo al promediar el siglo XVIII, como en tiempo de aquellos barrenderos marítimos de triste celebridad, causando como era consiguiente mas quebrantos á la España que á país otro alguno.

Tamaña emergencia, conspiró á que el gobierno de la metrópoli, rejido á la sazón por un nieto de Luis XIV, considerase como parte esencial de su soberanía en América, el *derecho de visita* ejercido con ciertas restricciones por sus guarda-costas sobre los buques ingleses, quienes á su turno, invocaban la libertad de los mares para compartir con aquellos las ventajas y utilidad que les brindaba el comercio con

las Indias Occidentales, no de diverso modo que las habían dividido durante los últimos reinados de la monarquía austriaca.

Con este motivo se agriaron las relaciones diplomáticas entre ambos gabinetes, llegando el de Saint-James, hasta exigir con urgencia la abdicación por parte del de San Ildefonso, á ese *derecho de registro*, humillante para los demás y que solo podría tolerarse en los puertos de su dominio.

Tal era el fundamento de la declaración de guerra denunciada por los Ingleses en 23 de octubre de 1739.

Escusamos agregar, que ella se acogió por uno y otro beligerante con decidido entusiasmo, á causa de hallarse comprometida la honra y los mas vitales intereses de ambos.

Fué en esa ocasion que Jorge II que ocupaba el trono del Reino-Unido, concibió el árduo plan de arrojar á los Españoles de este continente, y con tal objeto no tardó en poblar el Océano con sus cruceros.

Además, una formidable escuadra bajo la insignia del almirante Eduardo Vernon, con escogidas tropas de desembarco á su bordo, debía señorearse del golfo de Méjico, en tanto que otra á las órdenes del ya conocido Comodoro Lord Jorge Anson, despues baron de Soberton, había de penetrar simultáneamente en la mar del Sur, poner á saco las playas abiertas y estensas del Perú, y por el Istmo de Panamá abrirse comunicacion con el primero. (*Anson—Viaje de circunnavegacion*, 1740-44).

Vernon, como miembro del Parlamento británico, era entonces uno de los mas tenaces opositores de la política pacífica de Sir Roberto Walpole, la que secundada por el cardenal de Fleury, favorito de Luis XV, dió tema para

que varios escritores la comparasen á la época feliz que medió entre el combate naval de Accio y la muerte del Emperador Augusto.

Sin embargo, ella no impidió que el gabinete que la profesaba, sublevase en su marcha, opositores de la talla de Lyttleton, Pitt, Poulteney, Bolingbroke y otros hombres de gran talento político y dotados de ilimitadas facultades oratorias.

Emporé, la oposición de Vernon, Shippen y sus correligionarios, era más franca, y antes que al individuo combatían al ministro.

El almirante, orador fogoso, cediendo de continuo á la violencia conjunta de su carácter, dejábase arrastrar por la pasión hasta herir en el calor del debate, sin preveer su verdadero alcance.

Así, la expedición á Portobelo, surgió de ciertas frases ligeras é impremeditadas con que reprochó en plena sesión, la indolencia ó lenidad del ministerio, respecto de los guarda costas españoles en las aguas americanas, y no contento con enrostar esa inercia, se comprometió á tomar dicha plaza, si se le confiaba una fuerza no mayor de seis navios de linea—oferta que fué aceptada sobre tablas—aprovechando la oportunidad que se presentaba de improviso, para deshacerse de un adversario tan molesto—alejándolo de la cámara de los Comunes, no sin abrigarse el secreto deseo de que escollara aquel en sus propósitos jactanciosos.

En consecuencia, promovido al rango de Vice-Almirante y nombrado comandante en jefe, dió la vela con destino á las Antillas, llegando á la isla de Jamaica en el último tercío de 1739.

Terminados sus aprestos, el 20 de noviembre inmediato, estaba á la vista de Portobelo la pequeña escuadra de Vernon, quien tenia por segundo al comodoro Brown.

Ella constaba de seis navios y una fragata, montando un total de cuatrocientas bocas de fuego.

Dicha poblacion, situada en el Istmo de Darien, era entonces famosa por sus ferias anuales—época en que los galeones peninsulares, trocaban allí su cargamento de géneros europeos, por los codiciados tesoros de Cartajena, Panamá y Lima—(*Coronel Alcedo—Dic. de las Indias etc.*)

No obstante estar defendida por los castillos de *Todo Fierro*, de la *Gloria*, y el fuerte *San Gerónimo*—atacados vigorosamente por el enemigo, opusieron una débil resistencia, y capitulando el 22 de noviembre, dejaron en poder de aquel que sufrió muy pocas bajas—un botin considerable, incluidas ocho embarcaciones de guerra aunque de porte reducido.

Luego de divulgada en Madrid la inesperada nueva de la rendicion de Portobelo, fué tal la indignacion pública, que resolvió Felipe V, someter á un consejo de guerra á su gobernador, don Juan de la Vega Retes. Espulsó de la Península á todos los súbditos ingleses, espidiendo ademas un decreto por el que se imponia la pena capital al español europeo ó americano, que mantuviera relaciones mercan-

1. Navios—	<i>Burford</i>	70	cañones	Vice-almirante Vernon	cap. T. Watson
"	<i>Hampton Court</i>	70	"	Comodoro Brown	" Dent
"	<i>Worcester</i>	60	Cap. Perry	Mayne	
"	<i>Stafford</i>	40	"	T. Trevor	
"	<i>Princess Louisa</i>	60	"	T. Waterhouse	
"	<i>Norwich</i>	50	"	Robert Herbert	
Fragata <i>Sheerness</i>					

tiles con aquellos—y por último, mandó salir á la mar, la division del gefe de escuadra don José Pizarro, descendiente del conquistador del Perú y la que debia tener un fin tan desastrado—(*P. Mariana—II. de E.*)

Pero esa noticia, que tanto cesasperó al monarca y al pueblo ibérico—fué recibida en Inglaterra con las mas vivas muestras de regocijo.

Y como nó? si era la de una conquista importante, llevada á cabo con facilidad y rapidéz sin ejemplo!

Ambas cámaras del Parlamento, enviaron un voto de gracias al triunfador y la ciudad de Londres premió su hazaña con un valioso obsequio—(*Naval chronicle*, vol IX.)

El nombre de Vernon ensalzado por su humanidad con los vencidos, no menos que por la bravura de que habia hecho gala en el combate, exitó entre sus compatriotas, sin esceptuar los amigos de Walpole, á los que suponía aquel émulos de su gloria, un grado de entusiasmo hasta entonces no conocido ni superado.

El retrato del héroe, fué distribuido por todo el Reino Unido, y se batieron las siguientes medallas en honor suyo—

Primera.

Anverso — THE-BRITISH-GLORY-REVIV-D-BY-ADMIRAL VERNON—(*La gloria inglesa renovada por el almirante Vernon*).

Este á la izquierda, de medio cuerpo, empuña la espada con la zocata, en tanto que mantiene estendida la mano restante.

Reverso—HE-TOOK-PORTO-BELLO-WITH-SIX-SHIPS-ONLY—1739—(*Tomó Portobelo con solo seis buques en 1739*).

Vista del citado puerto y sus fortificaciones en el acto de ser forzado por las seis naves británicas.

Exergo—BY COURAGE-AND CONDUCT. (*Al valor y buena conducta*).

(*Bronce*).

Segunda.

Anverso—*Idéntica leyenda á la anterior.*

Vernon á la derecha, de pié firme y espada en mano, sostiene con la izquierda un anteojo de línea. A su lado, boca de fuego apuntada en la misma dirección. En lejanía, nave de alto porte, singlando con proa á la izquierda. Adornos en forma de sotuer.

Reverso—Id. idem,—con la única diferencia de que en esta, navega la escuadra con proa á la derecha.

Exergo—Entre arabescos—Nov. 22. 1739.

(*Cobre*).

Tercera.

Anverso—Igual también á la precedente en su inscripción pero sin puntos intermedios.

El almirante á la izquierda, descubierto, de pié, empuña acromático por uno de sus extremos—cañon á sus plantas y el brazo izquierdo en jarras. Por la espalda y en lontananza, buque de alto bordo, con proa á la derecha y poco paño.

Reverso—Semejante al de la que precede, con el solo aditamento de tres embarcaciones de un árbol en el interior del puerto.

Exergo—Idem, menos los adornos.

(*Cobre*).

Cuarta.

Anverso—OF-ADMIRAL-VERNON-AND-COMMODORE-BROWN-

Exergo—BY THE COURAGE AND CONDUCT (Por el valor y buena conducta del almirante Vernon y del comodoro Brown).

Bustos acolados—El primero, descubierto, y á la derecha — empuña catalejo de línea con la mano del mismo lado. El segundo, en igual actitud, señalando con la diestra á su jefe, mira al espectador y da frente á aquel.

Reverso—PORTO BELLO WAS TAKEN WITH SIX SHIPS ONLY. NOV. 22. 1739. (Fué tomado Portobelo con solo seis buques, el 22 de noviembre de 1739).

En el campo y en primer término, dichas embarcaciones maniobrando á la vista del puerto, y en vuelta encontrada. Luego los tres castillos, (*Fierro, Gloria y San Jerónimo*), y entre estos y la plaza que se ve á distancia, seis buques españoles, fondeados en media luna. Tanto las fortalezas agredidas como las naves agresoras, mantienen desplegados sus colores respectivos.

Exergo—I. W. FECIT (Iniciales del artista):

(Bronce).

Quinta.

Anverso—IN MEMORY OF ADMIRAL VERNON.. (A la memoria del almirante Vernon).

Este á la izquierda, de silueta, medio cuerpo y descubierto, da frente al observador, manteniendo con la zocata y por uno de sus estremos, anteojo de línea—mientras que con cierta gracia, extiende la diestra.

Reverso—WHO TOOK PORTO BELLO WITH SIX SHIPS ONLY.

Exergo—NOV. 22 1739. (Quien tomó Portobelo con seis buques solamente, el 22 de noviembre de 1739).

En primer plan, la escuadra enemiga forzando la entra-

da á todo trapo. En segundo, los castillos, la plaza y un buque español de guerra en el centro de la bahía.

(Bronce.)

Estas cinco medallas, cuyo trabajo de arte es mediocre, son poco mas ó ménos, del módulo de un duro columnario y su peso relativo, á escepcion de la última, que es de reducido diámetro.

Sesta.

Los célebres escritores Craik y Macfarlane, en la pág. 439—tom. IV de su *Historia Pintoresca de Inglaterra* (Londres 1844)—registran el facsimile grabado en madera de otra medalla relativa, tomado de la original que se conserva en el *Museo Británico*—leyéndose en su—

Anverso—THE HON^{ble}. EDW^d. VERNON ES^{sq}. VICE ADMIRAL OF THE BLUE. (*El honorable Eduardo Vernon, vice-almirante del pabellon azul.*)

Busto de frente del gran marino con la cabellera rizada.

Reverso—Combate naval—presidido por una fama que se cierne con el laurel, simbolo de la gloria.

IV.

Mas, como no entrase en las miras del gabinete británico la conservacion de Portobelo, cuyo clima mortífero le valió que los españoles la denominasen «*Tumba del Nuevo Mundo*»—luego de embarcar los principales troféos de la victoria—se alejó Vernon de aquellos parajes insalubres, no sin volar y destruir antes, las fortificaciones con todo el armamento y pertrechos que no pudo llevar consigo.

Cual es de presumir, su fácil reduccion, determinó al gobierno inglés á aprestar un refuerzo tan considerable, que habilitara al caudillo vencedor, para abrir nuevas operaciones, aunque en otra escala, sobre los establecimientos españoles de mas nombradía en este Hemisferio.

Sir Charloner Ogle, munido de las instrucciones competentes, zarpó de las Islas Británicas, al frente de una flota compuesta de 25 buques de línea, con su número proporcionado de fragatas, y un gran convoi de transportes con diez mil hombres de desembarco, al mando de Lord Cartkart, militar adornado de calidades eminentes y de consumada pericia en su profesion.

Estacionaba en Jamaica el vencedor de Portobelo, cuando el 9. de Enero de 1741, se le incorporó ese armamento, el mas formidable que hasta entonces, hubiese surcado los mares equinociales.

Diez y nueve dias despues, largando aparejo, aquellos 31 buques de alto bordo, y otras 105 velas mas, hicieron rumbo hácia el corazon de la América Española.¹

Las contingencias inherentes al clima y á los vientos que reinan de ordinario en los trópicos, y mas que esto la presencia en tales latitudes de la division francesa del Conde Antin, que podia cruzar los planes de una potencia rival de su nacionalidad, retardaron los movimientos de Vernon, hasta que obtuvo la certidumbre de que la

1. El Dr. T. Smollett que en clase de cirujano (*assistant-surgeon*) formaba parte de esta expedicion (v. *Roderick Random*) consigna en su *Historia de Inglaterra*—que ella se reforzó en Jamaica con un Rejimiento compuesto de cuatro batallones reclutados en la América del Norte—mas un cuerpo de negros alistados en dicha isla—formando el gran total de *doue mil* hombres de pelea y *quinze* mil marinos.

fiebre y las mayores penurias compelieron á ese infortunado marino á regresar á Europa. (*Guérin—Hist. Mar. de France.*)

Era el 12 de febrero de 1741, día en que cortando el paralelo de Puerto-Luis—(isla de Guadalupe)—llamó el almirante á junta de guerra.

A bordo de la capitana, resolvióse con audiencia de los jenerales Wentworth y Guise, que la expedicion se dirigiera, no ya hacia la Isla de Cuba como se pensó, si nó via recta sobre Cartajena con el ánimo hecho de atacarla por mar y por tierra.

Tal fué la opinion del comandante en jefe.

Esta ciudad, fundada al oriente del gran golfo de Darien, posée un tenedero tan cómodo y hermoso, que puede competir con los del Janeiro, Mahon y Messina, cuya reputacion es universal.

Por eso se hallaba defendida su entrada por el respetable castillo de San Luis de Boca-chica, y por los de San José, San Felipe de Barajas y Santiago, aunque de menor cuantía.

En las procsimidades de la plaza, cruzaban sus fuegos, las fortalezas llamadas *Castillo-Grande*, *Manzanillo* y *San Lázaro*.

Esconveniente recordar que este punto estratéjico, en el que se insumió la fabulosa suma de casi cincuenta y ocho millones de duros, fué uno de los baluartes más considerables de la corona de Castilla en sus dilatadísimos dominios del Nuevo Continente.

En efecto, ella apenas contaba media docena de *apostaderos* ó plazas de armas, en lo que basó siempre su único como harto deficiente sistema de defensa.

Tales eran las de San Juan de Ulúa, en el seno Mexicano—la Habana en la Isla de Cuba—el San Lorenzo en Chagre—Portobelo y la Nueva Cartagena sobre el mar Caribe ó de las Antillas—Montevideo en el Atlántico meridional y el Callao en el Pacífico austral.

Las obras de este jénero, levantadas en Buenos Aires, Valdivia, Talcahuano, Valparaíso, Arica, Paita y Guayaquil, eran tan insignificantes que no escedían de simples baterías, incapaces de ofrecer seria resistencia. (*Juan y Ulloa*—*Noticias Secretas de América*).

A todo esto, la flota de operaciones se encontraba reunida desde el 15 de marzo en *Punta-Canoa*, y era tan imponente su aspecto, que mirada de lejos parecía un bosque colosal deshojado por el invierno.

Ahora, y en tanto se preparan los invasores á desenvolver su plan de ataque, véamos lo que sucedía en la ciudad amagada.

En obsequio de la verdad, diremos, que desde muchos meses antes, se tenían ya en aquella los datos mas positivos acerca de los aprestos bélicos que hacia el enemigo en vasta escala, á fin de medir sus armas con éxito decisivo y seguro.

En esta persuacion, la Corte de Madrid escogió un jefe bien condecorado que defendiera las costas del nuevo Reino de Granada, nombrando para segundo Virrey y sucesor del Conde de la Cueva, al mariscal de campo don Sebastian de Eslaba.

Hijo de la provincia de Álava, era este un militar de costumbres austeras, constante en el despacho de los negocios públicos, — activo, dotado de un valor impertérrito, del que dió pruebas evidentes en la lucha sangrienta de Suces-

sion, en la campaña de Sicilia, en el segundo sitio de Gibraltar, y en la conquista de Nápoles, donde fuera ascendido á teniente general—siendo asimismo, familiarizado con la historia griega y romana, cuyos grandes hombres procuraba imitar.

Bien pronto iba á sentir la necesidad de desplegar tan elevadas calidades !

Tenia por segundo, al Gefe de escuadra don Blas de Lezo—quien se habia distinguido igualmente desde temprano.

Vascongado como el primero, aunque tres años menor, se educó en un colejo de Francia con destino al servicio de la marina ; y su comportamiento en el combate de Velez-Málaga (1704) donde perdió una pierna, cuando solo contaba diez y siete de edad, fué intrépido y perjeñado.

Repuesta ella por otra de palo; con un ojo de menos desde el sitio de Tolon y el mutilamiento de un brazo en el segundo de Barcelona, continuó su carrera desempeñando comisiones de importancia y gran peligro.

Estos antecedentes, aunados con su brillante conducta en la ensenada de Mostagan, le habian granjeado ya el favor del soberano, mucho antes de presentarse con mando en las costas de Tierra Firme (11 de marzo 1737).

Tales eran los émulos que aguardaban á Vernon en el campo donde jermanan y crecen los laureles de la gloria !

Entre tanto, los ingleses iniciaron la lucha abriendo un terrible cañoneo contra las fortificaciones mas avanzadas.

Sus buques haciendo fuego, eran verdaderos volcanes.

El preludio feliz de Porto Belo y el posterior del Chagre,

hiciéronles concebir halagüeñas esperanzas de que Cartagena seria igualmente espugnable.

Ignoraban tal vez, que Eslaba se apercibió á una vigorosa defensa, construyendo baterías á barbeta para cubrir y reforzar las obras exteriores de la plaza, aumentando en lo posible su guarnicion, avituallándose en abundancia, é inspirando á todos el mismo entusiasmo que le animaba en servicio del Rei y en sosten de la Monarquia amenazada, en una guerra, que como hemos dicho en otra parte, se habia vuelto nacional.

El bizarro Leso, reuniendo bajo su gallardeton seis navios españoles y uno francés, que tenia órdenes de su Gobierno para obedecer las suyas en caso de ataque *única-mente*, — constituia el cimiento de aquella empresa bien árdua — tratándose de una guarnicion que no llegaba á dos mil quinientos hombres.

Empero, el honor Castellano se encontraba comprometido en lucha leal con sus implacables adversarios, y era indispensable triunfar ó sucumbir. Disyuntiva imponente, cuando se cuenta con jefes esforzados, como pudieron apreciarla nuestros padres en el primer decenio de este siglo...

V.

Dejamos al enemigo batiendo en brecha las fortificaciones de la bahia.

- El 20 de marzo, es decir, cinco dias despues de haber practicado los reconocimientos previos, se hallaban reducidos á escombros los fuertes de San Felipe y Santiago.

Desmantelados esos temibles centinelas que obstaculizaban la aproximacion á la plaza—converjjieron los esfuerzos del agresor, hácia los castillos de San Luis y San José,

cuyos fuegos lograron apagar despues de quince dias de cañoneo, apoderándose incontinente de la Capitana española *Galicia* de 80 cañones.

Los defensores de aquella no desmayaban con estos contratiempos, y dando fuego y barreno á los cinco navios restantes, (*San Carlos*, 70 cañones—*Africa*, id—*San Felipe* 60, *Conquistador y Fuerte*) los sumerjieron junto con otros seis buques mercantes de la escuadra de galeones, con el plan de oponer nuevas barreras, que fueron superadas por Vernon, una vez destruido el *Castillo Grande*, y entregado á las llamas por su dotacion el último buque que era el navio francés *Dragon*.

Desde el instante en que el almirante británico logró penetrar en el interior del puerto con una fraccion de su escuadra, parecía inminente la caida de Cartajena.

Al menos, todas las probabilidades estaban á su favor—habiendo forzado un canal estrecho y de difícil acceso, defendido además por un gran castillo, tres fuertes, una percha de doble cadena, cuatro buques de línea y dos baterias rasantes—dificultades todas que no fueron suficientes á conmovier el entusiasmo impetuoso de su arremetida.

Fué en tales circunstancias que Vernon con censurable precipitacion, clasificó de éxito decisivo, lo que no era sino una ventaja parcial, al extremo de espedir su correo á Inglaterra, con pliegos urgentes para el Secretario de Estado, duque de Newcastle—anticipando la noticia de que á su recibo, el pabellon británico ya ondearía victorioso en las cúpulas de la soberbia Cartajena—y todavia añadió en un despacho datado á alta noche del primero de

abril de 1741... «El admirable triunfo de hoy, ha sido tan « sorprendente, que no puedo menos de esclamar con el « Salmista—*es la obra del Señor, y parece maravilloso á « nuestra vista.*»

Las fiestas públicas y aclamaciones que tuvieron lugar en todo el Reino Unido, fueron quizá superiores á la realización misma del hecho plausible que se anunciaba.

¡Cuán grande es el poder de la esperanza, impulsada por el amor propio nacional!

El pueblo inglés, favorablemente dispuesto con el recuerdo de Puertobelo, declaró á Vernon el mas esclarecido de sus Capitanes; y hacia su apoteosis, precisamente cuando en el teatro de la guerra—volviendo nebulosa la estrella de disco abri-llantado que presidió hasta entónces su destino—tenia resuelto el Soberano Dispensador del triunfo, que su preciado lauro no ceñiría mas la sien del altivo agresor, condenado por la fatalidad á contemplarlo marchito en la corbata de sus banderas!

Decretos inescrutables de la suerte.....

.....
.....!

Es en tal fecha indudablemente, que se abrieron las medallas que con tanta justicia han sublevado las pasiones jenerosas de los hijos de España.

Hélas aquí:

Séptima.

Anverso — THE-SPANISH-PRIDE-PULLD-DOWN-BY-ADM-VERNON. (La soberbia española, abatida por el almirante Vernon.)

Este á la derecha, de calzon corto, descubierto y

espada en mano, recibe la del de igual clase Lezo, que se la entrega puesto de rodillas y con el sombrero tricorne en la zocata.

Arriba ^{DON}_{BLASS}—*Abajo*—Adornos caprichosos.

Reverso — WHO - TOOK - PORTO - BELLO - WITH - SIX - SHIPS - ONLY. (*Quien tomó á Portobelo, con solo seis navios.*)

En primer término, cuatro *Reales* antiguas, navegando á la izquierda en línea de combate, y dos á vanguardia.

Todas ostentan gallardetes y ocho cañones por banda, de los cuales, cinco en la batería baja—En lontananza se columbra la población formando hemicírculo; flanqueada á la izquierda por una fortaleza de doble tronera que asoma catorce bocas de fuego—A la derecha, por una igual montando once; cinco de las cuales, arriba—y en el centro, otra con siete—siendo de advertir, que todas ellas, mantienen banderas desplegadas.

Exergo—NOV. 22. 1739—Arabescos.

De esta pieza singular, que es la única de plata que conocemos—módulo y peso, el de un duro—estampa la cópia un contemporáneo, el famoso padre agustino, doctor Enrique Flores, en la pág. 384 de su *Clave Historial*—para perpetuar, agrega—«cual fué la soberbia abatida»—Dato repetido por March y Labores, en la *Historia de la Marina Real Española*; Ferrer de Couto, en la del *Combate Naval de Trafalgar*; Fernandez Navarrete, en la Biblioteca, Marítima y otros publicistas, ménos los regnícolas ingleses, que han tenido la prudencia de guardar *perpétuo silencio*....

Octava.

Anverso — ADMIRAL - VERNON - THE - PRIVATEER - OF - HIS -

COUNTRY. (*El almirante Vernon, Corsario de su país.*)

Este á la izquierda, con la mano derecha estendida en actitud de parlamentar, y con la restante, empuña catalejo—castillo y buque de cada lado.

Reverso—TOOK-CARTHAGENA.

(*Tomó á Cartajena.*)

La entrada del puerto, limítanla dos lenguas de costa que se encuentran—La de la izquierda, es mas considerable, y en su prolongacion abriga cerca de veinte embarcaciones menores que se distinguen bajo del lente, mientras que por la parte que llamaremos de afuera, se columbra un castillo figura de estrella con su bandera al viento y la inscripcion, IAGO (*Santiago*)—Mas hácia la entrada y tambien á la orilla del agua, otro con esta: PHIL. (*San Felipe*)—En la boca misma del puerto, un tercero, cuyo nombre se advierte borrado, y suponemos fuese el de *San Luis*—llave principal de él y distante mas de dos leguas y media de la plaza. En el centro de la magnífica bahía formada por las puntas de tierra antedichas, se vé un buque de un mástil con sus velas bajas arriadas y grímpola ondeante en señal de combate—Esta nave parece española—La costa de la derecha, no es accidentada.—Abriga diez embarcaciones menores, defendidas por un islote en el que se percibe un castillo con el nombre de S. Jos (*San José*), el cual cruza fuegos con el de la entrada—En primer término, dos navios singlando á la izquierda y tres otras bombarderas de un palo á vanguardia, de las que una trata ya de trozar la percha de cadenas de la embocadura—Bote tripulado, entre la capitana inglesa y el fuerte de *Santiago*.

Cerca de la *Fimbria*—1741.

(cobre)

Debemos hacer notar, que para nosotros esta pieza, es la de mas importancia, por ser la *única* de la coleccion que estudiamos, en que mejor se representa el puerto y ciudad de Cartajena — Además, el uniforme del almirante, es completamente distinto al que viste en la anterior.

Novena.

Anverso—*ADMIRAL-VERNON. AND-S^r. CHALONER-OGLE.
—(*El almirante Vernon y Sir Chaloner Ogle.*)

El primero de pié á la derecha; gran uniforme, calzon corto de *punto*, espada al cinto—cala sombrero apuntado, y con el brazo izquierdo estendido en actitud de conferenciar con el segundo, que tambien de gala, permanece descubierto y en idéntica postura.

En la gráfila—adorno emblemático.

Reverso — TRUE BRITISH HEROES TOOK CARTHAGENA
(*Leales héroes británicos, tomaron á Cartajena.*)

Dos navés de alto bordo y doce cañones por banda, navegando á la derecha, con sus pabellones arbolados y en aire de forzar la percha que se distingue entre los dos castillos que cierran la entrada del puerto á retaguardia del principal, que no es otro que el de San Luis de Boca-Chica—Este, como aquellos, y la poblacion que con las costas y arboledas adyacentes, ocupa el segundo plan y forma horizonte—todos ostentan izados sus respectivos colores de guerra—En el centro de la bahia, é inmediato á la percha, se vé un bote tripulado por tres individuos—supeditándolo el mote alusivo á Lezo ^{DON} BLASS

Exergo—APRIL 1741.

(*Bronce.*)

Décima.

Anverso—THE-PRIDE-OF-SPAIN + HUMBLED-BY-A^D VERNON
(AND S^R CHA^L OGLE (en el *exergo.*)

*El orgullo español, humillado por el almirante Vernon
y sir Chaloner Ogle.*)

El primero, cubierto, de pié á la derecha—viste uniforme, y en actitud de poner su diestra que tiene estendida, sobre la cabeza de Lezo; quien á la izquierda, de gran *parada*, con el sombrero de tres picos en la zocata, hincando en tierra la rodilla del mismo lado, preséntale su espada—Detrás de este, el contra-almirante Ogle, á la izquierda, de pié y descubierto tambien, con el brazo del propio lado en jarras—sostiene con la diestra un anteojo de larga vista que ha tomado por el centro—En medio del campo, DON BLASS

Reverso—THEY TOOK CARTHAGENA APRIL 1741.

Quienes tomaron á Cartajena en abril de 1741.)

Semejante á la anterior en los tipos de su *campo*, con variantes de poca importancia.

(*Bronce.*)

Undécima.

Anverso—I. CAME I. SAW. I. CONQUERED.

(*Vine, vi y venci*)

Vernon de medio cuerpo, á la izquierda, empuña acromático con la zocata, y en actitud de señalar con la diestra.

Exergo—Entre dos graciosas líneas, formando orla
CARTHAGENA.

Reverso—NONE-MORE-READY-NONE-MORE-BRAVE-APRIL-1741. (Nadie mas listo, nadie mas valiente—Abril 1741.)

En primer término, dos naves singlando á la derecha—Un bote tripulado, próximo á la entrada del puerto—otro del lado opuesto de las cadenas tésadas que le sirven de barrera, con este lema—^{DON}BLASS — quien casi siempre montaba una canoa para atender y acudir á todas partes.) El pueblo, costa y arboles, en lejanía—Los tres castillos, como aquel y los navios enemigos, tremolando sus respectivas banderas de combate—Al extremo izquierdo y en primer plan, bote tripulado.

(Cobre.)

El diámetro y pesantez de estas medallas, así como la obra de cuño, no difiere en mucho de las de Portobelo.

Duodécima.

A mediados del mes de abril de 1852, se espuso en Madrid y vendió luego en subasta pública, la copiosa coleccion numismática (*como 10,000 piezas*) del fenecido doctor don José Garcia de la Torre, estadista y distinguido anticuario español—que la habia reunido en mas de cincuenta años de paciente consagracion en beneficio de la historia de su pais.

En la *Descripcion*, que con tal motivo dió á luz Mr. Joseph Gaillard—indica con los números 7219—20 y 21—trece medallas de bronce (*mód. 16 y 17*), todas distintas, relativas á la toma de Portobelo y á la defensa de Cartajena—pero no dá los pormenores deseables (pág. 502.)

El recordado padre Florez, solo reproduce un ejemplar, entre los de *diferentes cuños* que afirma, *tenia en su estudio al promediar el siglo último.*

Hemos consultado atentamente los catálogos de Peterson y Lorichs, que á pesar de no ser parcos en la insercion de *medallas americanas*, ninguna traen acerca de nuestro tema.

No obstante, en el tomo 43, pág. 224 de la *Biographie Universelle* de Michaud—hallamos la noticia siguiente de otra de estas *prematuras medallas obsidionales*, que como opina el sensato autor de *Le Siècle* de Louis XIV—engañarian á la potestad, si la historia, mas fiel y mas ecsacta, no previniese tamañas aberraciones.

Anverso—TO-THE-AVenger. OF. HIS. COUNTRY.

(*Al Vengador de su país.*)

Busto del almirante Vernon.

Reverso—HE-TOOK-CARTHAGENA.

(*Tomó Cartajena.*)

Vista del puerto y sus alrededores.

Décimatercia.

Además, consérvase en el *Museo Naval de Madrid*—«Salon de los Almirantes muertos en campaña»—y al pié del retrato del ínclito Lezo—señalada con el núm. 439—otra medalla de estas—en cuyo *Anverso* se lee:

THE-BRITISH-HEROES-TOOK-CARTHAGENA — April 1741.

(*Los Héroes Britanos tomaron á Cartajena—abril 1741.*)—

Vista de la plaza atacada.

Reverso—Semejante á la cara principal de la número siete.

Como en la que precede, no se especifica el módulo ni metal.

El brigadier y elegante escritor marino, don Jorge Perez Lasso de la Vaga, en la página 523 del tomo IX de la

Crónica Naval de España—revista de que fué uno de sus directores—publicó un concienzudo artículo, con motivo de tenerse á la *pública espectacion*, dicha pieza, depresiva de la honra nacional, en un establecimiento destinado precisamente al recuerdo de sus glorias.

VI.

Tales son las celebradas medallas batidas por los Ingleses, con el objeto de perpetuar su soñado triunfo!—en el deseq quizá de imitar á Pointis y Ducasse en cuyo honor se abriera una conmemorativa en 1697—de la que se hace mencion especial en la Vida de Luis el Grande de Mr. de la Hode.

Mas el resultado definitivo, desairando aquel presuntuoso pronóstico, convirtiólo bien pronto en el mas espantoso desastre....

Tan variable é inconstante es la suerte de las armas, que falta no pocas veces contra los cálculos mas probables y seguros!

Desafortunadamente para Vernon, fué víctima de la lijereza, anticipando su parecer en momentos decisivos y bien críticos.

Porque si dueños los suyos del cerro de la Popa, establecieron baterias de morteros que coadyuvadas por los buques y bombardas, hacian un fuego horroroso y continuo sobre la ciudad y el castillo de San Lázaro, único en que ondeaba aun el pabellon violado de España; no decaía el coraje de los asediados, constantemente animados por su gobernador Navarrete y por el ingeniero de Noux—hasta

1. La bandera usada hoy por los españoles, fué erigida por decreto de Carlos III, fecha 28 de mayo de 1785. La antigua era *morada*.

que acudió en su socorro la desinteligencia que estallara de improviso entre los gefes británicos (*Restrepo* — *Revol.* de Colombia).

La muerte deplorada de Cartkart, habia puesto el mando de las tropas de tierra en manos del general Wentworth, oficial encumbrado por el favor y de cuya irresolucion é indolencia, nada bueno debia aguardarse.

Estimulado por los reproches del almirante, que le enrostraba con desabrimiento su falta de virilidad para afrontar la situacion, resolvió llevar un ataque desesperado al San Lázaro: sin consultar á aquel y desoyendo las prudentes observaciones de los jenerales Blakeney y Wolfe.

Pero la noche en que tuvo lugar el asalto, fué terrible para los que le iniciaron, y al borde de los fosos quedó tendida la flor del ejército inglés!

El vijilante Pedrol, como los rejimientos de *Aragon* y *España*, se cubrieron de gloria y al clarear la brillante alborada de los trópicos, fué reconocido entre las víctimas el bravo coronel Grant, á la cabeza de sus *Granaderos*, despedazados por la metralla, como las escalas y fajinas de que pretendieran valerse—dejando cautiva una lujosa bandera con las armas y cifra de Jorge I de la casa de Brunswick— [*Catálogo de la Real Armeria de Madrid*—páj. 186.]

Este descalabro con otros de menor importancia que le siguieron, unidos al adelanto de la estacion mortífera de las lluvias y de las epidemias, en climas como aquel, húmedo y ardiente, contribuyeron á vigorizar la resistencia y á que se pronunciara el fatídico *delenda Carthago*.

Asi fué, que en los últimos dias de abril, se verificó el reembarco con la mayor precipitacion, y en el destartalo

que es de suponer—y abandonando inmensos materiales de guerra, apenas tuvieron tiempo los cuitados invasores de poner fuego á las partes sobreaguadas de las naves sumergidas—distinguiéndose en el cumplimiento de su deber el Comodoro Lestock, los Capitanes Boscawen, Coats, Lord A. Fitzroy, Hore, Knowles, Laws, Watson, etc., como tambien los regimientos *Harrison*, *Wentworth* y otros de marina.

Estos, segun consigna en su *Diario* el general Lezo, dispararon durante el sitio, 6068 bombas y mas de 18,000 cañonazos.

Sus bajas, calculadas en los partes de Eslaba, no meraban de 9000 hombres—la mayoría muertos—contándose en ese número al comandante del navio *Principe Federico*, Lord Aubrey Beauclerk. A lo que se agrega todavia, la pérdida de cerca de veinte buques, en el sentir del bien informado autor de la *Historia General de la Marina Francesa*.

Los españoles solo tuvieron 200 muertos, inutilizados y heridos, incluyendo entre estos últimos á Eslaba y Lezo.

El eminente Dr. Smollett, continuador de Hume, testigo presencial é irrecusable, y otros historiadores de la propia nacionalidad ó extranjeros, ¹ haciendo el fúnebre inventario de esta campaña, aseveran, que á bordo y en todas partes no se veia mas que desolacion y muerte, mezclándose con la plegaria por los finados, el jemido y maldicio-

1. *Campbell's*—*Naval History and Lives of the British Admirals*—*Marlés*—*Suite de l'Histoire d'Angleterre* par le Dr. Lingard—*Walpole's Memoirs*—*Rousset et Postlethwayte*—*Coxe*—*Desormeaux*—*Goldsmith*—*Tindal*—*Lord Mahon*—*Blackie*—*Capt. Burney*—*Beatson*—*Charnock*—*Entick*—*Macfarlane*—*Capt. C. S. Cochrane's Journal*—*Neptune Heroes or the Sea Kings of England*, etc. etc —

nes de los moribundos y aun de los vivos, contra los promotores y caudillos de aquella malhadada empresa—estando de acuerdo únicamente en que era preciso evacuar sin demora ese teatro sombrío de tanta miseria y deshonra. . . .!!

VII.

Si Cartajena hubiera sido tomada á fuerza de armas, el dominio de este continente habria terminado entonces para España—por qué el comodoro Anson, que invernara en Santa Catalina (Brasil)—á principios de ese año (1741), penetró en el Pacífico por el estrecho de *le Maire*—Mientras que el almirante Pizarro que seguia su estela, al pretender doblar el cabo de Hornos, para ponerse á salvo del equinoccio, sufrió una horrenda tempestad del N. O. que le obligó á volver de arribada á este Rio de la Plata con solo tres navios de los cinco que componian su escuadra—Anson aunque igualmente maltratado por el escorbuto y los malos tiempos—despues de haber puesto en consternacion á los habitantes de la Isla de Juan Fernandez y costas de Chile—logró apoderarse de Paíta, cuya poblacion entregó al pillaje y á las llamas—dirigiendo su rumbo hácia Panamá, donde algunos prisioneros que hizo, le informaron del descalabro de Vernon en Cartagena—contentándose con dar caza al galeon *N. S. de Covadonga*—que viajaba en la línea de Filipinas á Acapulco con fuertes caudales—única pérdida importante sufrida por España—(*Coodrich*—The sea and her famous sailors.)

VIII.

Discordes en todo lo demás—esclama el verídico don Jacobo de la Pezuela en su *Historia de la Isla de*

Cuba—ardian Vernon y Ventworth en un mismo deseo, de borrar con algun hecho glorioso ó alguna conquista útil—la ignominia de su reciente contraste en Cartajena.

A ello, eran además impulsados, agrega Lafuente, por la indignacion que estallara en Londres contra el Ministerio, cuando se divulgó la nueva de aquel.

Entre tanto, la flota de operaciones en la *mar española* recaló el 19 de mayo en Jamaica—desde donde el almirante, en cumplimiento de instrucciones recibidas allí, espidió para Inglaterra al comodoro Lestock con once navios de línea—y mientras el resto de la fuerza se reparaba en Puerto Real, convocó un consejo de guerra, que celebrado el 26 del propio mes, en el palacio de gobierno—resolvió lavar la reciente mancha de las armas británicas con la captura de la Isla de Cuba.

Si bien la division del teniente jeneral don Rodrigo de Torres, despues de haber permanecido largo tiempo en la rada de Sacrificios.—es decir, bajo los fuegos de San Juan de Ulua, se encontraba al ancla en la Habana, escoltando los galeones de Veracruz—disponia el enemigo de una mui superior y de consiguiente nada tuvo que rezelar de aquel, quien léjos de intentar hostilizarlo, solo esperaba viento y oportunidad para conducir á Cadiz esos caudales.

Además, creyeron los jefes ingleses, que bastarian los restos de su espedicion para apoderarse de Santiago, de todo lo oriental de Cuba y aun de la carrera de España con las Indias, ocupando en la costa del sur la gran

bahía de Guantánamo, y en la del norte, en el mismo meridiano, la de Nipe, precioso apostadero para la salida del canal.

En consecuencia, habiéndose recibido de Europa, un repuesto de pertrechos navales, y tres mil reclutas, sin contar los mil negros rejimentados en la Jamaica—pudo dar la vela el almirante en los primeros días de julio, con 8 naves de línea, una de 50 cañones, doce fragatas, brulotes y pequeños buques de guerra, con un convoi de 40 trasportes y urcas depósitos—anclando el 18 de dicho mes, en la bahía predicha—donde desembarcó las tropas el mismo día y sin oposicion alguna,

Luego de sustituir el antiguo nombre de aquel puerto con el de Cumberland, en honor del duque hermano de Jorje 2º, espidió un correo á Inglaterra, anunciando que bien pronto toda la Isla de Cuba, quedaría sometida á las armas de S. M. B.

Es de suponer, que para conmemorar debidamente un hecho semejante—se abriera la medalla siguiente:

Décimacuarta.

Anverso—ED: VERNON ESQ: VICE ADMIRAL OF THE BLUE
(*Eduardo Vernon, vice-almirante del pabellon Azul*)¹

Este, andando á la izquierda descubierto, luce cabe-

1. *Corneta* distintiva de las tres grandes secciones en que de siglos atrás y con arreglo á los colores de su bandera, se divide la flota británica para facilitar el servicio—El *azúl (blue)* es el de ménos rango; síguete el *rojo (red)* y llegó el *blanco (white squadron)* que es el mas alto. Vernon fué promovido á esa jerarquia, en galardón de sus proezas.

llera rizada—de calzon corto, espada en mano, y con la izquierda en jarras. A su pié, un cañón á cureña en aire de hacer fuego—Al frente, tres torres, en cuyo zócalo se lee—HAVANNAH—Detrás de Vernon, buque de dos árboles sobre olas, navegando á la derecha—banderas inglesas al viento.

Reverso—HE-TOOK-PORTO-BELLO-WITH-SIX-SHIPS-ONLY.

Exergo—NOV-22 1739 — (Tomó Portobelo con solo seis buques.)

La escuadra singla con proa á la derecha—Tres naves en primer plan, dos en segundo y una en último—El pueblo en lontananza y mas cerca sus fortalezas—todas, como tambien las embarcaciones, con flámulas y colores izados.

Peso y diámetro—igual á las anteriores.

(billon ó potia.)

IX.

Empero, el hado siniestro que cortejara á Vernon desde Cartajena, se encargó una vez mas, de burlar sus combinaciones de estratèjia—empujándolo á que abdicara el plan de asegurarse en aquella magnífica bahía, por medio de una colonia fortificada.

En efecto, la escasez de aguas potables, el ardor insufrible de la estacion, los insectos, calenturas, y sobre todo, la intemperancia, hicieron estragos inauditos en las filas invasoras.

A esto se unía, la hostilidad constante de los naturales al mando del coronel Cagigal de la Vega, auxiliado eficazmente por el gobernador de la Isla, mariscal Güemes Horcasitas—(*Pezuela*—Dicc. Geog., Est., Hist. de Cuba).

Fué en vano, que el irresuelto Wentworth con una division, fuerte de mas de 2000 hombres, se moviera amenazando á la ciudad de Santiago, distante de allí diez y seis leguas de monte virjen, mui cerrado y áspero.

Marchando por entre malezas, veredas y gargantas horribles, bajo un sol de fuego, y tiroteado á toda hora por audaces guerrilleros—aquel malaventurado jeneral hubo de retrogradar á los tres dias, con sus columnas estenuadas por el calor y la fatiga.

Así acosados los agresores, por las balas y por el rigor del clima—ya no se pensó, sinó en la evacuacion de un suelo fatal—como lo verificaron previo consejo de guerra—acalorando el embarco de su destrozado personal y tren de campaña—en la noche del 27 al 28 de noviembre de 1741—con rumbo á Jamaica y pérdida de dos mil plazas.

« La multitud de sepulcros y de cadáveres hallados
« en su campo, los fardos y los pertrechos arrojados allí
« por todas partes »—prorumpie el historiador *Pezuela*—
« acabaron de explicar la situacion en que lo abandonaban »....

Repilogando—añadiremos—que Eslaba y Lezo, fueron premiados con los marquesados de la *Real Defensa* y de

Ovico—creados *ad hoc*—y ascendido Horcasitas á teniente general—en tanto que Wentworth desapareció bajo las oleadas de la indignacion pública—y el arrogante conquistador de Portobelo, borrado para siempre del escalafon de los almirantes, por orden espresa del soberano y en el aislamiento que produce el infortunio—espiró en un rincón apartado de su país—el mismo, que soñara con la aniquilacion del poderío español en América, cuando se vió árbitro de la formidable expedicion, que víctima de un destino cruel, debia sucumbir entre lagos de sangre y fiebres malignas de la zona tórrida—sembrando la decepcion y el luto en la sacrificada Inglaterra! . . .

X.

Tal es á grandes rasgos, estimables Consocios, el origen de las medallas de que me he servido para hacer esta pálida reseña, consagrada á solemnizar el primer aniversario de nuestro Instituto, y acerca de las cuales (ménos cuatro) guardan silencio los autores.

Honrado inmerecidamente con un puesto de distincion, he creido era deber mio, secundar los esfuerzos del ilustrado caballero que nos preside, convencido como él, de que las asociaciones literarias son el gran motor de los progresos del siglo, y dan nombre á las conquistas mas preciosas de la civilizacion contemporánea.

Si bien la numismática es indispensable á todo el que desée estudiar con provecho la historia, como las leyes y costumbres de un pueblo—no dudo por eso, que en nues-

tra útil propaganda de rebusca, que no conoce otro móvil que la satisfaccion de nobles y aquilatados sentimientos, hemos de tropezar con la rémora del indiferentismo y aun de la sátira—armas esgrimidas á menudo por el espíritu apocado del egoista, y por la insuficiencia disimulada bajo el oropel de las posiciones encumbradas, debidas muchas veces al favor ó al servilismo degradante.

Empero, no desmayemos—en la persuacion de que somos las lecciones del porvenir que nos tributará justicia cumplida, pues trabajamos en pró del bello pais que nos deparara la naturaleza y el pacto, el qué desgajado en 810 del inmenso imperio que integraba—poco se cuidó del fomento de esta clase de instituciones que tienden á la investigacion de su historia antigua y de su naturaleza física—roturando así, el programa funesto del aislamiento trazado con cálculo por nuestros dominadores.

Persistamos, y lograremos llamar la atencion de las sociedades científicas del Viejo Mundo—hácia este rico depósito de los restos mas sorprendentes, no de naciones, sino de organismos estintos—«esas medallas de la creacion» segun el inglés Gideon Mantel—y que han despertado ya un interés profundo, preocupando á los sábios que se dedican con ahinco al análisis y conocimiento geognóstico de la superficie de nuestro planeta—para que de ellos, así salvados de la injuria de los siglos, pueda decirse lo que el orientalista Saulnier del Zodiaco Circular de Denderah—« Han sido puestos bajo la éjida reparadora de la « civilizacion moderna, con mengua de las causas destructoras señaladas por el Supremo arquitecto».....

Ahora, incumbe á vuestra benevolencia, decidir acerca

de un esbozo, que á juicio del autor, no reviste otro mérito, que la voluntad con que ha sido redondeado en los estrechos momentos que cludió á la profesion que ejerce.

ANJEL J. CARRANZA.

Buenos Aires, 16 de junio de 1873.



NOCHE DE LUNA.

Cuando el destello de esa luz tranquila
Baña las sombras de la noche en calma,
Perdida en los espacios mi pupila,
Hermana de la mía, busca otra alma.

Me remonto soñando á otro hemisferio
A buscar otros seres que he perdido,
Y yo sé donde están, y es un misterio
El lazo que en el mundo nos ha unido.

Qué que hermosa estás, oh luna transparente!
Qué dulce es esa luz que te atavia!
Esos rayos que lanzas á mi frente
Hieren con un recuerdo el alma mía.

No hay mas que un solo amor, eterno, santo,
Puro como esa luz, como ese cielo.....
Madre! en mis horas de pesar y llanto
Siempre fué tu recuerdo mi consuelo.

Cuando veo esa luna cómo jira
Y su suave fulgor en mí destella,
Yo creo que es mi madre que me mira,
Y en delirio de amor hablo con ella

LUIS RODRIGUEZ VELAZCO—(chileno).

EL AÑO XX

CUADRO GENERAL Y SINTÉTICO DE LA REVOLUCION ARGENTINA.

Continuacion

§ VIII

RESTAURACION DEL PREDOMÍNIO DE BUENOS AIRES—CENTRALIZACION OLIGÁRQUICA DEL PODER POLÍTICO DE LA COMUNA—PARTIDOS Y PERSECUCIONES—COMPLICACION PORTUGUESA—VICTORIA DE LAS ARMAS ARGENTINAS EN CHILE—GUERRA CIVIL—GEFES DE LA DEMAGOGIA Y DEL DESÓRDEN POPULAR.

Al aceptar el puesto de Supremo Director de las Provincias Unidas del Rio del Plata, Puyrredon no ignoraba que los instantes eran supremos. Que desgajados y dispersos todos los elementos sociales, no habia camino ni rumbo establecido para el poder público que iba á desempe-

1. Véase la página 106 del presente tomo.

ñar. Pero resuelto á imponerle al país el esfuerzo sobrehumano, que era preciso hacer con sangre y con riquezas, para salvar la independencia, contener la invasion portuguesa, y sofocar la guerra civil cuyas llamas brotaban espontáneamente de todas partes, habia entrado en Buenos Aires con aquella auréola imponente y terrible con que los Dictadores romanos subian al Capitólio en los dias tremendos del duelo de la pátria. Todo pendia de él. Mal comprimidas todavía las ardientes pasiones del desórden, y bajo la influencia aterradora de los peligros, la ciudad palpitaba aún como si un volcan estuviese pronto á reventar debajo de sus piés. Un conjunto incoherente de pueblos y de provincias enemigas aprontaba sus armas contra el poder nuevo; y los accesos de la fiebre producian esos delirios que se apoderan de la razon humana cuando se altera el equilibrio normal de las grandes funciones del organismo. Pero, como en medio de tantas tinieblas, y de dudas tan amargas, todos habian puesto los ojos en el Director como en un hombre necesario, Puyrredon habia creido que sudeber era aceptar el puesto de honor que le señalaba la causa sagrada de la patria, librando todo lo demás á su estrella y á las inspiraciones sensatas y enérgicas de su caracter. Hombre de ánimo sereno y de un valor cívico ya reconocido en grandes conflictos anteriores, habia venido sin vacilar á la Capital, con la seguridad de que presentándose en ella investido con la autoridad legítima, sabria imponer á todos el respeto que se le debía; y que si llegaba el caso, sabria tambien ser inexorable con los hombres ó los círculos que osasen ponerle trabas, en la opinion ó en los hechos, al propósito que traia de concentrar en

sus manos un poder bastante vigoroso para doblegar todas las resistencias que se opusiesen al logro de las miras del Congreso, de San Martín, y de Belgrano.

Por desgracia, esta poderosa resolución venía comprometida fatalmente á servir dos miras esencialmente contrarias al movimiento de la revolución, á la índole de nuestras masas, y á las leyes geográficas de la nación cuyos intereses se trataba de salvar. Esas dos miras eran la MONARQUÍA y el CENTRALISMO UNITARIO de la administración política.¹ Taciturno y reservado, Puyrredon nunca había llamado la atención del país formulando ni sosteniendo doctrinas públicas á este respecto. Pero era tan notoria su íntima conexión con Belgrano, y tan notorios sus compromisos con el Congreso, que no era posible disimular la uniformidad de los propósitos; y el discurso del primero con la carta del doctor Castro que hemos insertado antes, bastan para probar la resolución en que todos ellos estaban de fijar en la monarquía *los destinos de la patria*, como decía también Fray Cayetano Rodríguez, miembro muy influyente de aquel Congreso.²

Había además antecedentes públicos que revelaban á todas luces la complicidad de Puyrredon en esta mira estraviadísima. Después de nombrado Director había marchado á Salta con Belgrano: había conferenciado con Güemes: había obtenido de este que se reconciliase con la autoridad nacional á condición de que el general Rondeau sería retirado del mando del ejército y sustituido con el

1. Véase las pag. 143 y 171 del número 21 de esta Revista (vol. VI) *La Exposición á los pueblos argentinos* del doctor Gallo: 1820: *La causa criminal contra los Congressales* 1820.

2. Véase pag. 139 del número 21 de esta Revista.

general Belgrano. Güemes y Belgrano eran partidários de la ereccion de una monarquía como lo vamos á ver por sus propias proclamas. Despues de estas conferencias tan dignificativas, Puyrredon habia venido á Córdoba donde habia tenido su célebre entrevista con San Martin. En ella, ambos habian convenido que asi que el Director llegase á Buenos Aires, trataria de reorganizar la *Logia Lautaro* con hombres seguros y bien comprometidos á servir al poder nuevo, concentrándose en esa lógia el gobierno secreto del país, para hacer la policía política, y resolver sobre las conveniencias que hubiera en estrañar, anular y deportar á los enemigos del régimen imperante, que pudieran ser un peligro ó un obstáculo al centralismo administrativo y oligárquico, sin el cual, creian ellos, que el país no podia ser salvado.

Alli tambien Puyrredon y el General convínieron en que don Pedro y don Ambrosio Lezica, ayudados de don Gregorio Gomez y otros, debian servir de agentes para reorganizar el primer personal de la lógia, á fin de que esta, en el momento, recogiese y consignase en sus registros las noticias y los datos que se pudieran recoger sobre las opiniones de cada individuo influyente, y sobre los temores que inspirase ó los servicios que pudieran esperarse de él. El general Soler fué notado por ellos como hombre sospechoso, y el coronel Dorrego como un discolo ardiente al que era preciso sacar inmediatamente de Buenos Aires: á cuyo fin se convino, que el uno seria separado del cuerpo de Argentinos que mandaba para ser nombrado Mayor General del ejército de los Andes; y que el otro recibiria orden de marchar á Mendoza en el Número 8 de Cazadores de infanteria que estaba bajo sus órdenes.

El General San Martín sabía que la arrogancia del primer jefe no era de grave peligro, desde que lo tuviera á su lado, porque, en el fondo, el general Soler no era hombre de aptitudes políticas. Aunque difícil de caracter por la soberbia quisquillosa que lo hacia susceptible é irritable, en el fondo era avenido, é inclinado á dejarse dominar por cualquier hombre superior que supiese manejar sus arranques y sus debilidades. Pero Dorrego no era lo mismo: hombre hábil y suspicaz, tenia tambien ideas propias con una independencia de caracter que jamás se doblaba sino á los antojos de su propia genialidad; y la misma alegría de su temperamento, servida por la agudeza de la palabra, era uno de los resortes mas característicos de su independencia personal.

El general San Martín y Puyrredon preveian bien que Dorrego podria mirar quizá como un castigo, y como un peligro para él, que se le mandase á servir bajo las órdenes del primero. Pero, como se trataba de invadir á Chile, donde Dorrego habia figurado con mucho honor en los dias de 1810 sirviendo admirablemente la revolucion de aquel país y dejando valiosas relaciones en la sociedad, esperaba tambien que las promesas de una campaña gloriosa, donde debiera ofrecérsele naturalmente un ancho campo á su valor personal y á su patriotismo, podrian alucinarlo y hacerle caer voluntariamente en la red que le tendian para deshacerse de él. El objeto principal era apoderarse de su persona : someterlo á las consecuencias de la disciplina, y á una voluntad vigilante como la del General San Martín que se proponia estrujarlo y anularlo en la primera ocasion justificada á que el coronel Dorrego diera lugar.

Ligado á este funesto compromiso de encerrar en una lógia secreta todos los resortes del Gobierno, y de hacer converger artificialmente todas las fuerzas vivas del país al plan político de crear una monarquía, que no era sino un sueño de cabezas enfermas y desesperadas por el desórden revolucionario, Puyrredon tomaba el gobierno resuelto á sofrenar á los díscolos que pudieran ser un obstáculo á la sumision del pueblo, ya fuera que ejerciesen algun mando militar, ya que echasen mano de la prensa, ó que tratasen de anarquizar la opinion popular hablando por las calles, en los cafés, ó en las reuniones privadas: quedando á la Lógia el encargo de hacer la policía secreta y el espionaje, para atender á *la seguridad del gobierno*. Como sucede siempre en toda revolucion popular complicada con guerras civiles, la clase de traje militar se habia acrecentado rápida y desordenadamente. Habia infinidad de coroneles, que sin verdaderas campañas y sin otros méritos que el patriotismo y algunos actos parciales de valor personal, vagaban al rededor del gobierno, y preferian vivir del desórden á la dura tarea de ir á los campamentos de Salta y de Mendoza á vivir bajo una ríjida disciplina, para marchar al encuentro de los realistas. Todos estos militares de ocasion, que, como he dicho, eran muchos, y algunos de ellos influentes y audaces en casos de conmociones populares, sabian que el general San Martín era intransigente á este respecto, y que bajo sus órdenes no habia descanso en los ejercicios tácticos, ni otro mérito que el del servicio de línea al lado de los soldados que habian de dirijir contra el enemigo.

Toda esta clase de hombres no solo era un peligro para

la tranquilidad pública, sino un inconveniente grave para regularizar la administracion; y mas que todo era un inmenso gravámen para el erario, que estaba, se puede decir, exhausto. Casi todos ellos, de su propia cuenta, se habian hecho hacer medallas, ó las habian comprado á otros, y las llevaban al pecho sin derecho ninguno á condecorarse con ellas.¹

Preocupado con la idea de reunir todos los recursos militares en Mendoza y en Salta, el Director venia resuelto á introducir orden en este ramo, obligando á los gefes principales y mas bulliciosos á que marchasen inmediatamente á servir bajo las órdenes del general San Martin y del general Belgrano; y á castigarlos, destituyéndoles de sus grados ó deportándolos, si no era obedecido.

Todo esto era muy bueno: era indispensable; pero era tambien muy peligroso; y nadie habia, que apesar de la reserva con que esto era meditado y acordado, no hubiese percibido los síntomas desde los primeros pasos del Director. Desde luego, todos aquellos numerosos intereses personales que se consideraron amenazados, comenzaron á combinarse instintivamente, creando una atmósfera política, pesada y sofocante que creaba necesariamente los gérmenes de una revolucion armada como la que habia desquiciado el gobierno de Alvear; ó que debia forzar al gobierno á usar del poder discrecional, empleando un riguroso sistema de represiones, prisiones, destierros y otros castigos, llevados á la última severidad en nombre de la razon de Estado.

Aunque al trazar este cuadro hemos tenido que adelantarnos como dos meses á los sucesos, sin embargo,

1. Véase la *Gaceta* del 7 de setiembre de 1816.

necesitábamos dar sus principales rasgos para que se tengan en cuenta las complicaciones especiales que iban á obrar al producirlos. En los acontecimientos políticos no hay nada repentino ó increado: todo nace de fuentes precisas y categóricas, cuya operacion, aunque lenta en el principio, comienza desde el primer dia hasta el momento en que se muestra invadiendo todo el organismo social.

Los primeros actos oficiales del gobierno de Puyrredon en 1816 fueron insignificantes con respecto á las graves preocupaciones del tiempo; pero fueron evidentemente dirigidos á introducir un cierto orden y regularidad en el despacho administrativo, en la percepcion de los impuestos directos y de Aduana, en la eficacia de la policia de seguridad, y en la tramitacion oficial de los negocios públicos que corrian á cargo del gobierno. Su primera medida tuvo por objeto mejorar la condicion de los inválidos, y disponer que las rentas inmediatas se retirasen de las asignaciones con que servian á los militares desparramados en la capital, para que fuesen invertidas en pago y recompensa de aquellos que estaban en los campamentos de Mendoza y de Salta, *cuyas familias inspiraban el mas alto y primordial interés del gobierno*. Como los militares desparramados en la capital se abandonaban de una manera pública y vergonzosamente al juego, en una infinidad de garitos que llenaban las calles, el Director lanzó un decreto vigorosísimo contra ellos, llevando adelante su idea de hacerse el instrumento del orden y de la reforma de este tristísimo estado social.

Para dar fuerza moral á los propósitos con que el Director habia marchado á la capital, y para corroborar su accion, el Congreso promulgaba el 1.º de Agosto (1816) este significativo papel con el nombre de Bando ó de decreto—«Fin á la revolucion, principio al orden: reconocimiento, obediencia y respeto á la autoridad soberana de las provincias y de los pueblos, representada en el Congreso, y á sus DETERMINACIONES. Los que promoviesen la insurreccion, ó atentaren contra esta autoridad y las demas constituidas: los que promovieren la discórdia ó la auxiliaren, serán reputados enemigos del Estado, perturbadores del orden y de la tranquilidad pública, y castigados con todo el rigor de las penas hasta con la de muerte y expatriacion. No hay CLASE ni persona *residente en el territorio del Estado* exenta de la observancia y comprehension de este decreto, ninguna causa podrá exculpar su infraccion. Queda libre y expedito el derecho de peticion, no clamorosa ni tumultuaria, á las autoridades y al Congreso por medio de sus representantes. Comuníquese al Supremo Director del Estado para su publicacion en toda la estension de su mando.» Bien se comprende á quienes iba dirigida esta amonestacion armada con estas facultades omnímodas y penales para el caso que no fuese prontamente acatada.

Un rumor vago, indefinido, corria entretanto de boca en boca, sobre la reorganizacion misteriosa de una gran Lojia, y sobre el plan de crear una Monarquia. Los descontentos, y los que se consideraban amenazados en sus intereses y ambiciones, por el nuevo gobierno,

clamaban, aunque con cierta reserva y con prudencia, contra los propósitos que se atribuían al Director: y al mismo tiempo que procuraban concitar en su contra los ánimos, protestaban que no era creíble que él u otros premeditasen crímenes tan nefandos contra la patria. Sin embargo, como era preciso poner en acción los medios de gobierno convenidos en la entrevista de Córdoba con el general San Martín, era imposible que apesar de la perfecta reserva con que se organizaba la Lógia, y el gobierno de acuerdo con ella, no traspirase algo que fuese fijando las ideas de los amigos y de los enemigos. Pero Puyrredon era aquel mismo hombre de los días de la *Revolucion de Alzaga*, que no habia declinado ante la necesidad de ahorcar en la plaza central de la ciudad, durante quince días consecutivos, á muchos de los españoles europeos mas acaudalados que habia en el pais; y todos sabian ahora que habia venido con el propósito de castigar á los inquietos. Despues de haber entrado tan de improviso en la capital, el desorden que antes reinaba en ella se habia acallado; y sometidas así todas las tentaciones que habia habido de no recibirle, su poder personal, como sucede siempre despues del éxito de un paso resuelto y atrevido, se habia afirmado en su propia confianza, en la del público, y en el temor que su carácter sério é inflexible inspiraba á sus enemigos. Dando poca importancia á la parte ostensible de sus secretarías, y queriendo contraerse á la organizacion del CONSEJO SECRETO DE GOBIERNO que debia desempeñar la Lógia, encargó á don Pedro y á don Ambrósio Lezica que le suministraran los datos

necesários para reorganizarla, continuando en el despacho administrativo de Hacienda y en el del Interior á don Manuel Obligado que lo habia tenido en el período anterior.

Era imposible que el delicado encargo de constituir la Lójiá hubiera podido caer en manos mas expertas y mas adecuadas que don Ambrósio y don Pedro Lezica. Ambos eran igualmente sagaces, activos, expertos, y dados á especular artificiosamente con la política revolucionária. Don Pedro era mucho mas insinuante y mas ameno de trato que don Ambrósio; era mucho mas urbano, mas elegante y mas fácil para entrar en conversaciones de un interés general y puramente sociable. Audaz y simpático, tenia muchas y exelentes relaciones, sin que tuviera asperezas de carácter que provocasen en su contra enemistades invencibles. Era esencialmente cortesano, no solo por sus maneras, sino por ciertas aptitudes serviciales que le hacian gratas las esferas del poder.

El 20 de setiembre á las 4 de la tarde, pasada ya la siesta que se dormia en aquel tiempo despues de comer, don Pedro y don Ambrósio Lezica pasaban de paseo hácia *el allo* por la calle del CORREO (hoy Perú) y deteniéndose en la ventana del doctor don Vicente Lopez, le llamaron con un pretesto oportuno; y despues de un momento de conversacion sobre las cosas del tiempo, que tanto les interesaban á todos, le instaron á que les acompañase á dar una vuelta. Habiéndolo hecho en efecto, regresaban por la calle de las Barrancas, que hoy se llama *General Balcarce*: dieron vuelta por la que es hoy

Venezuela, y al pasar por una casa grande frente al paredon de Santo Domingo, lugar entonces solitario y lóbrego, don Pedro Lezica detuvo á sus compañeros, y les dijo—«En esta casa acostumbramos reunirnos algunos amigos « para saber noticias, y para conversar sobre *la Causa y « el Sistema*» —El doctor Lopez, aunque sin malicia de lo que aquello pudiera importar, quizo escusarse por su absoluta ignorancia de las personas que pudieran encontrarse allí, por la hora etc. etc; pero el señor Lezica le aseguró que tendria un gran gusto en ver muchos amigos que lo querian, y que deseaban que asistiese á *aquella tertulia*; ademas de que convenia que hablase con ellos, pues hacia tiempo que deseaban verlo en su compañía. Como el doctor Lopez tenia un caracter fácil y condescendiente, accedió, por compromiso mas que por gusto. Lezica se adelantó entonces y tocó tres golpes, señaladamente espaciados, en la puerta del Salon, que estaba frente á la calle. Abierta la puerta habia una mampara que impedía ver el interior; pero así que Lezica introdujo del otro lado á Lopez, el Director Puyrredon le salió al encuentro, y abrazándole con semblante risueño y amigable, le dijo que sentia un inmenso placer con verlo allí, pues tenia un interés particular en hablar con él y en que se reuniese á los amigos que allí ocurrían, por que esta reunion era indispensable para la salvacion de la Patria y para el acierto de su gobierno. Al mismo tiempo ocurrían el coronel Terrada, don Tomas Guido, don Felipe Senillosa, don Matias Patron, don Estevan y don Tomas Luca y muchos otros señores, que, con sus declaraciones é ins-

1. Palabras que en aquel tiempo significaban la guerra de la independencia y los intereses de la política revolucionaria.

tancias hicieron una verdadera presion sobre el ánimo del Neófito.

En efecto: se hallaba en médio del *Cuartel número 1º* de la LÓGIA LAUTARO. Puyrredon le habló entónces á Lopez de los recuerdos que el general San Martin hacia de él, y de los encargos que le había dado para que lo llamase á tomar parte en el gobierno, como Secretário del interior: le hizo una exposicion general del estado del pais, y de la situacion casi desesperada en que estaban los negocios de la guerra, si no se lograba constituir un gobierno fuerte, *bien armado* de poderes, para completar la organizacion del Ejército de los Andes, y para reorganizar el del Norte: á fin de que obrasen de concierto invadiendo el uno á Chile, y defendiendo el otro las fronteras para estar pronto á seguir al ejército realista, asi que tuviese que retirarse de Salta descalabrado como era de esperar. «Sin esto, le dijo, estamos perdidos: yo «vengo de verlo todo por mis ojos, y le aseguro á usted «que antes de un año, los godos nos han ahorcado, ó «estamos en los presidios de Ceuta de por vida. Vean «ustedes lo que hacen. Es preciso que me ayuden, *sin «mirar para atrás*, así como sin mirar para atrás me «he dejado yo poner en este potro de donde saldré azotado por *mis paisanos*, ó engrillado por nuestros enemigos: estoy resuelto! me ha costado; pero estoy resuelto, «y quiero que todos los hombres de bien corran mi «suerte, por que no se trata de nosotros sino del pais.... «Mire usted: aquí tengo esta carta de San Martin que les

1. El doctor Lopez fué nombrado segundo albacea del General San Martin en el testamento que hizo este general en Paris.

« voy á leer á ustedes; y en efecto sacó una carta del 6 de setiembre, en la que el general San Martin decia: « que todos los peligros y dificultades de la guerra, aun- « que graves, podian ser superadas; pero que la causa « que arrastraba al pais á su ruina, de una manera irre- « mediable, era el desórden que promovian los discolos: « que visto esto, y las raices fatales que tenia este mal, él « era irremediable de otro modo que por médios heroicos y « estraordinários: que en tiempos en que todo era pre- « ciso hacerlo por la salvacion, era una locura querer dar « libertades á nâdie para que pensasen y proyectasen lo « que por mejor se les antojase; que era preciso quitar « esta libertad, porque de ahî yonia que los pueblos se dis- « traian, que las opiniones se ofuscaban, que cada uno « tomaba por su lado cuando era preciso que todos obe- « deciesen en una direccion; y que por último, la guer- « ra no se hacia con libertades sino con *disciplina ciega*, « *con armas y con soldados sumisos*: El pais, agregaba « debe ser mirado como un campamento de instruccion; « y nâdie debe hablar ni pensar mientras no háyamos « salvado á la patria y su independéncia, *por que lu te- « nemos en las garras del lobo*. No por esto sostengo que « el gobierno proceda por sí solo y por su antojo. Es « preciso que lo haga por un consejo de hombres bue- « nos y seguros, interesados por el Sistema; pero este « Consejo debe ser *Cecreto* y vigilante, de manera que se « traiga á él todo lo que el pais diga y necesite, para que nin- « guna de sus necesidades deje de ser atendida, *para que « el gobernante no ignore cosa alguna*, y para que haya « *acierto, oportunidad y rapidez* en el castigo de los que

« premediten estorbar la marcha salvadora del gobierno.
« Ábrales usted los ojos á todos esos patriotas ilusos,
« que se figuran que nos podremos salvar sin este com-
« promiso: seria un milagro que hasta ahora no han lo-
« grado ningunos pueblos en revolucion como los nues-
« tros. . . . Dígale usted á Lopez que yo me empeño en
« que acepte la Secretaria. Es un paisano que hace ho-
« nor á su tierra, por su juicio y por su respeto á los go-
« biernos; y como él es hombre bueno y justo, usted
« ganará en la opinion y en la confianza trayéndolo á su
« lado.» Agregaba el General San Martin que le habia
escrito á don Tomas Guido sobre otros importantes encar-
gos que le habia hecho. ¹

Aunque el doctor Lopez tenia un interés capital en el triunfo de la Causa de la Independencia, su caracter era demasiado apacible y escrupuloso, para que fuese hombre adecuado á las necesidades políticas del tiempo, ó á las responsabilidades en que aquel Gobierno debia envolverse. Pero, por mas que hizo, no pudo vencer la resolution del Director; y sin darse bien cuenta de lo que hacia, se dejó afiliar á la Lógica con los terribles juramentos que el ritual exigia, haciendo un sacrificio que inquietaba su ánimo á cada instante obligándole á protestar contra su propia condescendencia. Su opinion era que no habia en Buenos Aires sino un solo hombre capaz de desempeñar, al lado de Puyrredon, el difícil encargo de llevar persis-

1. Al consignar el tenor de la entrevista de mi padre con el señor Puyrredon, y el tenor de la carta del General San Martin, debo declarar que no puedo hacer otra referencia comprobatoria, que las conversaciones é informes que mi mismo padre me ha dado cuando me instruia sobre estos tiempos.

tentemente á los hechos las miras de tan dudoso carácter, y de tan graves consecuencias, que el Director estaba resuelto á realizar; y que ese hombre era el doctor Tagle. Lopez instó ardorosamente á Puyrredon que preparase este cambio, resignándose á servirlo mientras esto pudiese tener lugar, y procurando hacerle comprender que necesitaba á su lado de un hombre esencialmente *politico*, capaz de obrar con entereza en los casos extremos que preveía. Pero Puyrredon habia venido á Buenos Aires disgustado con la conducta que el doctor Tagle habia tenido al lado de Balcarce: el general San Martin no estaba tampoco satisfecho; y ambos creían que no era conveniente descubrir en el gobierno, desde sus primeros pasos, el tinte maligno é insidioso que la figura del doctor Tagle llevaba á toda política en que fueran sensibles sus influjos.

En estos momentos, cae derrepente en Buenos Aires, con un ruido general y con un escándalo profundo, nada menos que la proclamacion de la Monarquía Constitucional y el Restablecimiento de la Casa de los Incas, hecha á los Pueblos por el General Belgrano, general en Jefe del Ejército Auxiliar del Perú, y por don Martin Güemes Gobernador de Salta y caudillo omnipotente, diremos así, de las Provincias del Norte: en cuyas manos estaba concentrado todo el entusiasmo militar de las masas, que, bajo su mando, guerreaban con heroicidad y con éxito contra el Ejército Realista que procuraba invadirnos. El hecho no tenia duda: venia consignado en dos proclamas solemnes y pretenciosas, firmadas por ambos gefes. A este acto público, habia precedido en el Congreso de Tucuman, una discucion sobre la misma materia, cuyos rumores vagos y casi burlescos habian sido mirados con me-

nosprécio en Buenos Aires; por que los mas creian que eran delirios absurdos de cabezas enfermas, que soñaban en grandezas y gerarquias, y que no obtendrian jamás el apoyo de la fuerza. Pero la cosa variaba repentinamente de aspecto: Belgrano, aunque algo desacreditado en la opinion popular, y mal mirado tambien por los gefes del partido democrático á cuya cabeza figuraban Dorrego como hombre de mando militar, y don Manuel Moreno como hombre político, era siempre para la parte propietaria, sensata y pelucona de toda la República, una gran figura, cuyas virtudes y sublime probidad hacian que fuese tambien una gran fuerza moral, que pesaba mucho del lado á que se inclinaba. Ayudado por Güemes, era natural suponer que al proclamar la Monarquia habian resuelto apoyarla con las bayonetas del Ejército, y con la adhesion de las masas populares del Norte. Era natural tambien suponer que el General San Martin estuviera comprometido en la misma negociacion; por que todos conocian la cordial estimacion y la comunidad de miras que ligaban al General San Martin con el General Belgrano y con el Congreso; y aunque aquel general nunca, hasta entonces, se hubiera pronunciado por semejante revolucion Monárquica, sino que, por el contrario, habia hablado siempre (con cierta moderacion, es verdad) de sus principios republicanos: todos conocian tambien las destrezas y artificios de su caracter; y no era de suponer que fuese ageno á un acto tan avanzado y tan capital para el Estado, como la solemne proclamacion de la Monarquia hecha por Belgrano y Güemes á la cabeza de las tropas. Natural era pues que el General San Martin estuviese en conocimiento prévio de

este paso; y que habiéndolo autorizado, estuviese tambien comprometido y resuelto á apoyarlo con el Ejército de su mando, y con las tres provincias en que imperaba absolutamente. Todos estos antecedentes complicaban tambien al Director Supremo del Estado, cuyas conexiones personales y estrechas con los otros actores de esta escena, eran de una notoriedad pública. De modo que resultaba una grande conjuracion, tramada en las Provincias por los mas elevados personajes, para apoderarse del Poder absoluto, para eliminar la república, crearse una monarquia con pingües posiciones oficiales, y humillar en definitiva los instintos mas pronunciados del Pueblo en favor de la democracia,

Lo que vino á poner el colmo á las alarmas y á las agitaciones amenazantes de los espíritus, fué la complicacion que produjo la invasion portuguesa. El Coronel Dorrego se habia munido, segun él decia, de algunas cópias de ciertas cartas, que don Bernardino Rivadavia habia escrito desde Europa. Ellas revelaban el plan maquiavélico que Belgrano, Rivadavia y el gobierno Inglés, habian concertado con los Portugueses. Consistia este plan, en apoderarse de la Colonia del Sacramento y de Montevideo, para apoyar oportunamente la proclamacion de la Monarquia en el Rio de la Plata, á cuyo sostenimiento debia contribuir tambien la Inglaterra con sus fuerzas marítimas. En pago de este servicio, el Portugal agregaria á su corona los territorios y los puertos fluviales de la Banda Oriental, quedando así limítrofe con la Monarquia nueva que debia erigirse en esta otra orilla, para sostenerla y defenderla, contra los demagogos, de todo peligro inte-

rior. A esto se agregaba, que el Príncipe que debía ser coronado, sería algun vástago real de la Familia española; cuyo secreto, decian, no habia podido sorprenderseles todavia.

Segun nuestros informes, el Coronel Dorrego no poseia ni conocia los originales de tales cartas; pero tenia indudablemente cópias de ellas, que le habia remitido don Manuel Sarratea, desde Lóndres, para dañar á don Bernardino Rivadavia y al general Belgrano, con quienes habia roto y peleado de una manera escandalosa; y ya fuesen genuinas ó aprócrifas, Dorrego, que las creia verdaderas, se alarmaba con un ardor tanto mas sincero cuanto bien intencionado, pues nacia de sus principios democráticos y de sus inclinaciones eminentemente populares.

La calúmnia tenia una base cierta por desgracia:—«Me
« escribe el Señor Belgrano (decia Rivadavia en una carta)
« que se le asegura que muy en breve declarará el Con-
« greso que nuestro gobierno es Monárquico moderado
« ó constitucionál. Esta parece ser la opinion general,
« y no menos la de la Representacion soberana que es
« que se dé á la dinastia de los Incas. Lo primero, consi-
« derándolo bajo todos sus aspectos, *lo juzgo lo mas acer-*
« *tado, y necesario al mejor éxito de la gran causa de ese*
« *pais.* Mas, lo segundo (lo confieso ingénuamente) cuanto
« mas medito sobre ello, menos lo comprendo;» y dando
cuenta en seguida de la opinion de un diplomático europeo, muy bien situado para juzgar de las cosas, la trascribia así en la misma carta—«Muchos sospechan, que España y
« Portugal están EN BUENA ARMONIA, y que solo finjen con-
« testaciones para ganar tiempo y arreglar los asuntos, de
« modo que la España sea indemnizada en Europa de lo

« que perdiese en la América del Sur. Esto parece algo
 « alambicado; pero con todo, yo no estrañaria que el
 « gabinete de San James no esté sin cuidados sobre este
 « pensamiento. . . . Por tanto, congeturo que el Ministerio
 « Británico siente mayor deseo que otro cualquiera de Eu-
 « ropa de que *todo vuelva al orden antiguo*. El gabinete
 « inglés añade á estos, otros (intereses) mas importantes,
 « como es conservar un influjo mas sólido en el continente
 « haciéndo depender á la España, en gran parte, de la
 « conservacion de unas colonias *debidas á su solo querer*
 « etc. etc. Por esto (continuaba ahora Rivadávia) y por lo que
 « emana de ello, hubiera sido muy importante, y lo es
 « todavia, que el Congreso de Tucuman no hubiera perdido
 « tiempo en declarar ese ESTADO-MONARQUIA CONSTITUCIO-
 « NADA, *reservando la proclamacion del Soberano ó Rey, al*
 « *resultado de las negociaciones, que, en virtud de esta formal*
 « y solemne declaracion, acordaran, PARA LAS PRINCIPALES
 « CÓRTES Y FAMILIAS, legítimamente Reinantes, de Europa;
 « y en *primer lugar a la de España*. Este paso creo que
 « es el mejor, bajo todos aspectos, que ese pais puede dar;
 « y yo, ó cualquiera otro sujeto que fuese encargado y
 « suficientemente provisto DE LA GRAN EJECUCION, podria,
 « en mi juicio, sacar mucho partido, y acaso fijar para
 « siempre la independéncia y prosperidad de ese pais. Es
 « preciso convencerse de que UNA SOLA PERSONA debe ser
 « encargada ' de todas las negociaciones; lo primero, por
 « que una sola basta; y lo segundo, porque por ese mé-
 « dio *se disminuyen los peligros de una negociacion tan im-*

1. Aludo al encargo conjunto que se le habia dado con Belgrano y Sar-
 ratea y que tan tristes consecuencias habia tenido.

*portante como delicada, y se consulta en todos sentidos el mejor éxito.*¹

Continúa despues el señor Rivadavia *lamentando* profundamente la precipitada conducta de querer proclamar la casa de los Incas; y critica merecidamente tan extraño proceder, con el cual se le privaba al pais de ofrecer la Corona á una Casa reinante europea; y obtener asi el apoyo y el favor de las grandes Potencias.

La verdad es que en setiembre de 1816 el Coronel Dorrego no podia tener conocimiento de esta carta, que fué escrita algo despues. Pero tambien es verdad que desde la llegada de Belgrano, eran públicas estas mismas ideas y las opiniones de Rivadavia, y que se conocia tambien el tenor de otras cartas análogas en las que habia dado cuenta al gobierno de aquella malhadada negociacion con el Conde de Cabarrus cuyo fin habia sido coronar al Infante don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII: en que Rivadavia y Belgrano entraron á consecuencia de la mision y de las instrucciones con que el Director Posadas les habia enviado á Rio Janeiro y Europa, competentemente autorizado para ello por la Asamblea Constituyente. El cargo de haber querido fundar la Monarquia cuando fundaban la República, recae sobre la Asamblea Constituyente de 1813, y sobre *los hombres de los primeros años de la Revolución*, con tanta ó mas justicia que sobre el Congreso de Tucuman. Solos pudieran ser absueltos de él, los que se llamaron despues Partido Federal.

Los primeros pasos que se dieron en este sentido fueron aconsejados por Lord Strangford Ministro inglés

1. El original de esta carta se halla en poder del general Mitro.

cerca de la corte de Rio Janeiro. Y el caso fué este: Reinstalado Fernando VII, vino á Buenos Aires don Saturnino Rodriguez Peña con unos *apuntes* y *consejos* que el dicho Ministro inglés *proponia* á la Consideracion del gobierno de Buenos Aires. En ellos se decia, que puesto que la revolucion no habia roto los vínculos de obediencia que ligaban á la Colónia con su Metrópoli, sino que por el contrario, ella habia protestado siempre respeto y suision á su Rey legítimo, declarando que solo habia asumido el gobierno local, por la acesfalia en que se hallaba el trono. era llegado el caso de que Buenos Aires enviase Diputados á España *para negociar y recabar una reconciliacion, bajo las nuevas condiciones y bases* que eran de tomarse en consideracion, *dada la mudanza de los tiempos y de las cosas*. Como estas frases no aclaraban suficientemente el pensamiento del Diplomático inglés, y como el señor Rodriguez Peña no parecia tampoco autorizado para consignar objetos y cláusulas determinadas, que salvarán los cambios con que debia quedar garantida la vida política propia de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, se resolvió enviar á don Manuel Sarratea con el encargo de conferenciar con Lord Strangford en Rio Janeiro, para ver *en qué términos* se podia arribar á un avenimiento definitivo *que fijase politicamente el destino y la situacion del pais*.¹

1. Antes del asesinato de nuestro amigo el doctor don Floréncio Varela, consultamos los papeles de su archivo, para lo que no solo teniamos amplia licencia, sino la facultad tambien de llevar á nuestra casa y de extraer las piezas que necesitasemos. Estos extractos tomados con alguna brevedad é imperfeccion, y ayudados con la memoria que nos dejó la lectura, son los que nos sirven para consignar estos sucesos, de que, por otra parte, hemos oido hablar mucho á los contemporáneos y actores.

Que fuese cierto ó nó, Sarratea, despues que estuvo en Rio Janeiro, le hizo comprender al gobierno, que, segun le opinion de Lord Strangford, era indispensable que él marchase á Inglaterra á preparar la negociacion con el gobierno Británico; y que el gobierno argentino debia nombrar en seguida Diputados bastante autorizados á tratar con el gobierno español bajo los auspicios de la Inglaterra. En este concepto, se le ordenó á Sarratea que se dirigiese á Lóndres con aquel fin; y no considerándolo el gobierno hombre bastante sério y con bastantes responsabilidades, para depositar en él solo, el éxito y las consecuencias de tan delicado negocio, nombró á los señores Belgrano y Rivadavia, para que, juntos con el primero, tomasen la direccion. Así que estos llegaron á Rio Janeiro tuvieron ocasion de lamentar las ligerezas de Sarratea. El ministro inglés no habia dado ninguna opinion sobre el éxito, ni sobre la buena disposicion de su gobierno para aceptar el protectorado del Rio de la Plata. Dijo, por el contrario, que lo creia imposible, porque la Inglaterra no autorizaria ni defenderia jamás la rebelion de las colonias, contra un aliado suyo como lo era el gobierno español. Agregó tambien que dudaba mucho de que el gabinete portuguez quisiese aceptar ninguna apertura, ó buena disposicion, á considerar como base de la negociacion los derechos de la Princesa doña Carlota, ni las esperanzas que pudieran fundarse en coronarla á ella ó alguno de sus hijos los Príncipes de la Casa de Braganza. Y en efecto, habiendo obtenido del Ministro de Relaciones exteriores de Portugal una entrevista puramente confidencial, este les rechazó á los enviados ar-

gentinos todas las indicaciones que le hicieron para entablar un negociado sobre este particular. Pero llamándoles la atención al mismo tiempo sobre el lamentable estado social en que se hallaba la Banda Oriental, sobre el desorden y las bárbaries que allí se cometían, y sobre la impotencia militar de Buenos Aires para imponer reglas y principios de buen gobierno, que garantisen allí los intereses portugueses, les declaró que aquello no podía seguir así, y que el gobierno del Rey estaba resuelto á tomar medidas, para hacerse justicia con sus propias armas, apoderándose de aquel territorio, á fin de darle un orden fijo y regular que restableciese en él la ley de las naciones; lo que (agregaba) haria con entera prescindencia de los derechos argentinos, que él creia totalmente nulos, por falta de poder para hacerlos valer en el país mismo, y por falta de origen legítimo, desde que este provenia solo del régimen español, y nó de la Revolución. Profundamente alarmados con este desengaño, y convencidos de que la causa argentina no tenia mas salvacion que el protectorado ó la mediacion inglesa, para crear una monarquía, coronando un príncipe europeo, salieron de Rio Janeiro y se dirigieron á Londres. Sarratea estaba ya enredado en intrigas previas, sin haber obtenido acto alguno oficial que le permitiera dar por entablada la negociacion. Su conviccion coincidía con la que los Diputados habian sacado de Rio Janeiro, en cuanto á que nada habia que esperar del gabinete inglés: y en cuanto á que no quedaba mas recurso que tratar directamente la negociacion con el gobierno español.

Hallábase entonces en Londres un intrigante que habia seguido la suerte de Godoy, y que se daba por íntimamente ligado con Carlos IV y con los cortesanos que le habian

acompañado en su destierro. Era este el Conde de Cabarrus, hijo del noble financista y distinguido literato que tanto habia figurado bajo el gobierno de Florida-Blanca. Pero el nuevo Conde era hombre de muy distinta estofa que la de su padre. Acribillado de trampas y de necesidades, estaba acostumbrado á salir de sus conflictos con los médios traviesos que le sugería su génio audaz y desvergonzado. Era en suma un tunante de las calles de Londres y de Paris, que, avezado en los difíciles pasamanos de su mala situacion personal, poseia, por lo mismo, todos los recursos necesarios para desempeñar á fondo el papel azaroso y complicado del caballero de industria: cosa que requiere, en verdad, señalados talentos en su género. El carácter de Sarratea era apropiado para el aliado que habia encontrado. Pero este no era hombre para avenirse, por mucho tiempo al menos, con la grave seriedad de Rivadavia, ni con la candorosa y arreglada honorabilidad de Belgrano.

Este era el personaje con quien Sarratea habia entablado lo que él llamaba la negociacion, y que no era otra cosa que una intriga miserable, indigna de hombres serios, y tambien de hombres honrrados. Esa negociacion ó intriga tenia por base la coronacion en Buenos Aires de don Francisco de Paula Infante de España. En aquellos momentos acababa de desembarcar Napoleon en Francia, y los agentes argentinos daban por sentado, con Cabarrus, que la abdicacion de Carlos IV quedaba anulada por este suceso, y que al viejo Rey revertia de derecho la corona que llevaba ilegitimamente su hijo Fernando VII. Sobre esta base, Cabarrus salió de Londres para Roma, donde estaban Carlos IV y Godoy, á recabar un tratado de

reconocimiento de la Independencia del Río de la Plata sobre la base de la coronación del Infante don Francisco; el agente fué naturalmente autorizado en forma *para hacer los gastos que requiriese este grande objeto*. Pero vencido Napoleón inmediatamente después, "quedó sin base el negocio; y Cabarrus volvió reclamando de los Comisionados argentinos la suma de dos mil libras esterlinas por cuenta de gastos y dádivas, que decía haber hecho en preparar el éxito del negocio que le habían encomendado. Belgrano y Rivadavia se irritaron contra semejante *supercheria*, y quisieron resistir; pero Cabarrus insistió, con tanta mayor impavidez cuanto que estaba apoyado en esta cobranza por Sárratea. Los dos primeros, indignados con el proceder del otro, acabaron por romper con él toda relación personal; y Sárratea entonces, cometiendo un acto sumamente vituperable, informó á Cabarrus de las sospechas que Belgrano tenía sobre la falsedad y la *supercheria* de toda su cuenta. Esto dió naturalmente lugar á que Cabarrus, pretendiéndose ofendido en su honor, provocase al general Belgrano á un duelo, que, aunque aceptado por este, no pudo tener lugar por la oposición de Rivadavia y de un amigo del mismo Cabarrus, el señor Olaguer, que declaró terminantemente que Belgrano no debía ni podía prestarse á semejante farsa. Por fin, los Comisionados tuvieron que someterse á pagarle al conde de Cabarrus la suma de ocho mil pesos, para evitar un pleito escandaloso ante los Tribunales ingleses, que hubiera puesto al colmo al descrédito del país que representaban.

Esta fué, en resumen, la tristísima negociación de la candidatura monárquica de don Francisco de Paula, cuyos

detalles expone íntegramente, y con estricta verdad, el general Mitre en la Vida de Belgrano. La importancia histórica de este incidente fué nula para los Argentinos, como se vé; y no es mas que un episodio ridículo de nuestra Revolución, que puede interesar cuando, mas la curiosidad de algunos lectores.

Los negociadores quedaron sumamente desazonados con este descalabro. Rivadavia, que tenía un carácter entero y vigoroso, no tuvo embarazo en avanzar las graves sospechas que este incidente le dejó contra la probidad de Sarratea; á quien creía complicado con Cabarrus en la indigna explotación de dinero que habían sufrido. «Me dicen, (le escribia á Puyrredon) que don Manuel Sarratea ha escrito á esa que el general Belgrano y yó le hemos impedido el que consiguiese el reconocimiento de nuestra independencia. Esta es una tan triste como evidente prueba de las ventajas de la moralidad sobre las mas felices disposiciones de la naturaleza: si él hubiera aprovechado mejor, ó al menos no hubiera corrompido tanto las que tan graciosamente ha recibido, cuando su conducta le ha puesto en la vergonzosa necesidad de recurrir á la impostura, lo hiciera con menos torpeza. . . . Yo no sé si dicho Caballero se habrá arrojado á escribir tan torpe calúrnia. Si ha tocado en tal extremo, es de mi deber exigirle las pruebas, y rendir yo las muy abundantes que puedo presentar: LAS QUE LE HARÁN TANTA JUSTICIA COMO DESHONOR. Te protesto que sobre este asunto no puedo caer jamás sino forzada y con la mayor repugnancia; pues aunque don Manuel Sarratea ha hecho demasiado para no merecer

« cosa alguna de mí; yo me debo á mí y á mis principios: consideraciones que él desconoce, y de que abusa criminalmente.»

Y en efecto, Sarratea habia escrito todo eso y mucho mas contra Rivadavia y Belgrano. Pero, para atenuar la gravedad de las revelaciones verdaderas que envolvian sus calumnias, y el efecto desastroso que produgeron en Buenos Aires, es preciso que continuemos un poco mas adelante en la exposicion de este negociado de la Monarquia europea.

En aquel tiempo, la palabra República evocaba el fantasma y los descalabros de la República Francesa, con todo el cortejo de desórdenes, de guerras, de atrocidades y de barbarie que ella habia producido en todo el continente europeo; donde, en efecto, no solo habia sido una amenaza para todos los intereses constituidos y sagrados de la sociedad civil, sino que habia verdaderamente subvertido todas las bases de regularidad y de progreso sin las cuales es imposible que los pueblos obtengan un estado normal, civilizado y civilizable á la vez. Los Estados Unidos estaban todavia en una oscuridad modesta, y su precioso organismo era casi desconocido; de modo que no era fácil que pudiesen ser apreciadas sus ventajas, ni era posible hacer creer á las monarquias europeas que las leyes especiales y *anormales*, sobre que aquella República reposaba, pudieran ser reproducidas con éxito en los Virreinos españoles. Estas ideas preconcebidas por los políticos europeos, se hallaban corroboradas por los escándalos revolucionarios y anárquicos del Rio de la Plata; á lo que se unia: que mientras los Estados Unidos

vivian solos y de *si mismos*, sin necesitar de nadie y sin pedir siquiera que nadie pusiera en ellos los ojos, los Comisionados Argentinos iban pidiendo la conmiseracion de las potencias europeas, convencidos fatalmente de que sin esa proteccion no podian salvarse de la España, de la *Santa Alianza*, del Portugal, y del vasto desorden social en que habian dejado al pais envuelto en una irremediable anarquia.

Ellos pues no pudieron sacudir las precauciones angustiosas que oprimian su ánimo, ni el influjo de las ideas y de la malquerencia europea respecto del régimen republicano; y creian que su primero y mas sagrado deber, era el de llevar adelante, á toda costa, la negociacion de un gobierno monárquico, apoyado en una Casa reinante, que, cuando menos, les propiciase la buena voluntad de la Inglaterra y la acquiescencia de la España. El descalabro ridículo de la negociacion Cabarrús desanimó al General Belgrano, pero no desanimó la enérgica persistencia de Rivadavia. Entiendo que al ver el menosprecio que hizo de ellos el gobierno inglés, cerrándoles todo acceso, el general Belgrano le sugirió á Rivadavia la idea estravagante de poner sus miras en el restablecimiento de los Incas: idea que Rivadavia rechazó *in limine* como absurda y como inadecuada, por que la familia de los Incas no constituia casa alguna aceptada por las doctrinas de la legitimidad europea: no tenia conexiones ni respetos gerarquicos; y sobre todo, por que era erigir una casa enemiga de la España, é inadecuada, por consiguiente, para que esta potencia accediese, sin lo cual quedaba tambien alejada la posibilidad de que la Ingla-

terra tomase interés alguno contra sus aliados: la España y el Portugal, que era lo que se buscaba.

Rivadavia concibió entonces el paso atrevido y estremo de ir á España á ponerse él mismo en comunicacion directa con el gabinete de Fernando VII. Pero Belgrano, que nada esperaba, y que estaba desalentadísimo con esto, prefirió regresar á Buenos Aires. Don Francisco Belaustegui, agente en Buenos Aires de la Compañía de Filipinas, habia recibido algunos servicios y proteccion de parte de Rivadavia, en tiempos aciagos para los Gobos, entre los que contaba Belaustegui, como era natural, por su alta posicion en el Comercio español; y este señor le habia dado á Rivadavia algunas cartas de introducción y recomendaciones para los agentes de la misma Compañía en Lóndres. Estos tenian bastante valimiento con el gobierno español; y por su intermedio, Rivadavia consiguió que el Ministro Ceballos mandase darle un pasaporte de indemnidad, para poder pasar á Madrid *en comision especial, quedando sugeto á salir inmediatamente de España así que se le ordenase hacerlo, bajo penas severas, si no lo cumplia.* Todos estos pasos excitaban la inquieta y movediza adnimaersion de Sarra-tea, que, previendo, ó mejor dicho, que conociendo á fondo los objetos que ellos tenian, multiplicaba sus cartas á Buenos Aires azuzando la alarma de los partidos, y publicaba en los diários europeos avisos y noticias que daban por falsas y revocadas las autorizaciones con que Rivadavia pretendia obrar. Llegado á Madrid, Rivadavia obtuvo de Ceballos una entrevista en su gabinete privado, es decir—en su casa particular; y expuso el objeto de su viaje, el estado del Rio de la Plata, y las conveniencias

de que el Rey, interesándose por unos pueblos que permanecían y que querían permanecer fieles, les diese una mirada para sacarlos del estado presente. Expuso también el estado de las facciones interiores, y no le ocultó al Ministro que él se consideraba agente de un partido de orden, que no quería romper con las tradicionales verdaderas del país: y que, por lo mismo, pedía (apoyado y autorizado por el gobierno, que estaba en las mismas miras) que su Magestad se dignase salvarlos de los otros partidos demagógicos, que, afectados por las malas doctrinas del desorden que habían prevalecido en el mundo, procuraban romper todos los vínculos sociales. Agregó que era casi indispensable que S. M. salvase cuando menos la independencia civil del virreinato, si era que no se podía dar una forma mas apropiada á la organizacion pública que el país deseaba, sobre la base de una Monarquía ó Vice-Monarquía presidida por un Príncipe ó Regente Español garantida por la Inglaterra.

El Ministro Español, que era hombre tosco é ignorante, pero astuto y maligno como su Rey, rechazó enérgicamente toda idea que pudiera presentar á la España como vencida por su Colonia; y declaró que el principio de todo arreglo seria la sumision prévia á las tropas y gefes que mandara el Rey. Rivadavia le objetó con entereza, que él habia venido buscando la paz con dignidad para la corona, y con justicia para la colonia; y que los términos en que S. E. ponía la cuestion eran los de la guerra inextinguible y la dilapidacion de la fortuna en una empresa cuyos resultados serian necesariamente el exterminio de los buenos vasallos que la España tenia en

el Rio de la Plata, y la devastacion de aquella rica colonia, con pérdidas y perjuicios enormes para el tesoro y para el vigor comercial de la España misma. Ceballos insistió, pero menos duramente; y aplazó el negocio para una segunda entrevista cuyo día él señalaria, tomando apunte de la posada en que paraba Rivadavia.

A los tres días, este recibió unos renglones de un criado de Ceballos llamándolo inmediatamente a su gabinete particular. Eran las diez de la mañana. Rivadavia obedeció inmediatamente y fué introducido. Pero el Ministro, así que lo vió dentro de su gabinete, se levantó airadísimo, y encarándose con él profirió palabras insultantes y soberbias amenazándole con castigos como cómplice de los libateros y salteadores que se atrevían a insultar a la España: dejándose llevar sobre este tema a un torrente de impropiedades. Rivadavia, con una serenidad admirable, se dió vuelta y se puso a mirar unos hermosos cuadros que habia en las paredes, como si estuviese ilustrado, y como si todo aquello no le tocara. El Ministro entonces le tocó en el brazo y le dijo:—«Con usted hablo, señor!—Perdone S. E. yo creia que S. E. hablaba con alguno de sus lacayos, y no con un ciudadano que ha venido bajo la fé de un *pase de indemnidad*.» Ceballos le mandó salir inmediatamente; y media hora despues se le ordenaba que en una hora mas dejase a Madrid, sin detenerse en ningun punto de España mas tiempo que el de las posadas de un viaje.

Lo que habia excitado la furia de Ceballos era que la goleta argentina Congreso, armada en Corso, habia aparecido al frente de Cadiz haciendo presas con una audacia sin

ejemplo delante de la marina española. El hecho habia causado grande escándalo y grande irritacion en todo el comércio de aquel puerto.

Así acabó el primer acto de esta triste comedia, en que, como se vé, los actores creian realmente estar ocupados de un trabajo sério, mien-tras se cubrian de ridículo, desconociendo las condiciones orgánicas del país para quien trabajaban; cuyos pueblos vigorosos, democráticos y confiados en la naturaleza invencible de su causa, ignoraban que los que los gobernaban y dirigian estuviesen contrahidos á semejantes intrigas para torcer sus destinos.

Los avisos y las cartas de Sarratea llegaron despues que Belgrano estaba trabajando en Tucuman en el mismo sentido de la monarquia por crear. Informado este de la falta de éxito de Rivadavia, y creyendo que lo que nos propiciaria á la Inglaterra era una Monarquia cualquiera (aunque fuera de *ojotas y de patas puercas*: decia Dorrego) se habia afirmado en la Monarquia Incásia, por los motivos que antes hemos dicho; y tanto mas, cuanto que todo el fuerte partido de los *Peruleros* ó *Arribeños*, que era muy doctoral y aristocrático, le habia hecho coro desde el principio con grandes aplausos, y con mas grandes esperanzas de posiciones elevadas y de fortuna política. La idea fué completamente criticada y condenada por Rivadavia así que la supo; y apenas tuvo paciencia para considerarla como una extravagancia digna de lástima en tan puro personaje como el que la patrocinaba. Belgrano habia conseguido sin embargo hacer que el Congreso de Tucuman se propusiera seriamente discutir y votar la forma monárquica; y el pretexto que se tomó, fué ciertamente curioso, y tan trivial como la cesa mis-

ma que se quiso sacar de él. Declarada la Independencia, era preciso, dijeron, ocuparse de jurar una BANDERA y de dar un ESCUDO DE ARMAS, ó blazon, que pudiese servir de distintivo simbólico, á la nueva soberanía que habia asumido la Nación. La duda de si este Escudo debia contener alegorias monárquicas, ó republicanas, de acuerdo con los modelos de la heráldica europea, ó de acuerdo con las tradiciones griegas, fué lo que trajo el debate de los congresales sobre la forma de gobierno. Pero tan poco penetrados estaban ellos mismos de la seriedad de su papel, que á pesar de haber sido votada la forma monárquica dos veces, en julio y en agosto, por una mayoría, quedó aquello como cosa no hecha, y tan oculta, que recién vino á saberse en Buenos Aires en diciembre, por los proclamas inesperadas de Belgrano, y de Güemes. Pero, lanzadas estas illos proclamas á la cabeza de los ejércitos y de masas que tenían las armas en las manos bajo la obediencia de los mismos jefes que se atrevían á declararse abiertamente MONÁRQUISTAS, era natural que tanta audacia se mirase como la consumacion del plan; y que se supusiese que San Martín y Puyrredon estuvieran afiliados á la misma tentativa, contando además con el apoyo valiosísimo de las fuerzas marítimas y terrestres del Portugal. Las cartas y los anuncios de Sarateca venían pues á corroborar la verdad de este atentado; y hacían cosa incuestionable, que una Faccion perversa y oligárquica habia estado tramando, en el sigilo, esta traicion contra el Pueblo, y contra la Pátria. Todo esto coincidía pues para producir una confusion profunda en las pasiones de los partidos, desde los primeros meses en que Puyrredon entraba al mando.

Con estos antecedentes, es fácil juzgar ahora cuantos visos de verdad tenían los rumores que agitaban al pueblo y á los demócratas, contra el Congreso y contra dos hombres mas distinguidos de la Revolución de Mayo, confabulados para entronizar una Monarquía contra la opinión del Pueblo Soberano; imponiéndosela por la fuerza de las bayonetas y por los ejércitos portugueses que ya marchaban internándose en el territorio Oriental del Uruguay. Una gran parte de este plan aparecía ya, como consumado y triunfante, á los ojos de la imaginación agustada y sorprendida de los Cívicos, de las clases populares y de sus jefes, es decir de los republicanos y demagogos del tiempo, entre los cuales destacaban Dorrego y don Manuel Moreno. Puyrredon (decían ellos) se había apoderado ya de Buenos Aires por cuenta del Congreso y de los Monarquistas; la grande y poderosa ciudad estaba ya avasallada y oprimida por la facción; y las redes del poder oficial, de las sociedades secretas y de la tiranía, estaban ya cerradas sobre todos los patriotas. El despotismo se había entronizado; muy pronto debían empezar los castigos y las represiones, los encarcelamientos y los destierros, contra los que osasen resistir á este criminal atentado contra la Pátria y contra los derechos sagrados del Pueblo Soberano.

Era natural que á los ojos de la oposición democrática, prevenida por estos antecedentes, apareciera clara la connivencia del Director, del Congreso y de los Generales, con la invasion portuguesa, para imponerle al pueblo esa forma monárquica que se abhorrecía instintivamente de una punta á otra del territorio. Pero, como el Direc-

tor, el Congreso y los generales estaban inocentes de semejante crimen, las miras del Portugal les causaban también á ellos una alarma tanto mas viva, cuanto que tenían poderosas razones para sospechar, que el Portugal nos invitaba de acuerdo con la España y con la Inglaterra: que lo que se proponía era ayudar á la España para reconquistar á Buenos Aires, á trueque de quedarse, en pago de este servicio, con los puertos y con las costas de la Banda Oriental. Todos ellos sabían el interés con que la Inglaterra trabajaba en este resultado, con el fin de asegurarse en provecho propio, del imperio comercial de las Borsas del Rio de la Plata y del consumo consiguiente de los mercados interiores; al mismo tiempo, que manteniendo así en concordia á la España y al Portugal, por medio de este acuerdo y repartición equitativa del Virreynato de Buenos Aires conservaba íntegro en sus manos el protectorado que en Europa ejercía sobre los dos gobiernos: lo que era también de sumo interés para ella en aquellos tiempos.

Así pues, á la vez que el gobierno y todos sus agentes estaban desmoralizados en la opinion popular, por las sospechas de monarquismo que los hacían aparecer como traidores á la causa nacional y á la idea republicana, estaban oprimidos también por las necesidades supremas de la guerra de la independencia y por el ataque del Portugal: cuyas fuerzas marchaban á tender sus líneas amenazantes en las puertas mismas del Rio y de la ciudad de Buenos Aires, al mismo tiempo que un ejército realista ocupaba la provincia de Salta, y que otro ejército realista, vencedor en Chile, amenazaba descolgarse por las

1. Véase núm. 19 de la Revista tom. V pág. 443.

cordilleras sobre las provincias de Cuyo, para darse la mano con las expediciones marítimas del Portugal y de la España. En la imposibilidad de encontrar medios de publicidad y de convencimiento para el pueblo, dentro de aquel desorden de pasiones enojadas y pavorosas, de aquel caos alimentado por el pánico político que es el mas peligroso de todos los pánicos, San Martín y Puyrredon se habian resuelto á concentrar todo el poder político en los resortes secretos de la Lógica, en el manejo inexorable de las represiones, y en la empresa atrevida de dar solución á tan tremendas dificultades, irradiando á Chile para adquirir un punto de apoyo, bien parapetado, contra los poderes europeos; y para que en el caso de tener que perder á Buenos Aires, les fuese posible procurarse recursos y centros desde donde mantener y alimentar la insurrección de las masas argentinas contra los invasores. Pero, como las pasiones y los propósitos estaban en la mas espantosa anarquía, y como las proclamas de Belgrano y de Güemes habian venido á dar un testimonio de la traición premeditada por la FACCION con tanta alevosía, el Gobierno no podía hacerse comprender de nadie; no podía obtener la confianza tranquila del pais; y por el contrario, todos los demócratas, con el pueblo común, manifestaban la irritación profunda en que se hallaban los ánimos contra él.

Don Manuel Moreno, hermano menor del famoso fundador de la política democrática y revolucionaria del año X, era tambien un hombre de señaladas aptitudes. Con conocimientos sólidos y estensos en todos los ramos del saber, tanto en las ciencias sociales como en las ciencias

físicas, tenía un carácter de hierro en cuanto á principios y consistencia de opiniones; aunque personalmente era asustadizo y nervioso, lo que es muy distinto de ser tímido ó cobarde. Sin el valor aquel que lleva á los hombres á arrostrar un peligro frente á frente, don Manuel Moreno tenía la intrepidez del hombre político y de partido, que no tergiversa en los anédotos y en los fines de que está convencido, y que no pacta jamás con el poder, al mismo tiempo que tiembla de los daños que pueda recibir su persona. Mientras vivía su hermano, don Manuel, que le debía toda su educación, le había mirado como á padre; y después de muerto, aquel, conservaba con un respeto idólatrico la memoria de su cariño y de sus ideas. Las simpatías y las antipatías de don Mariano eran las simpatías y las antipatías de don Manuel. Don Mariano no había podido sufrir jamás á don Bernardino Rivadavia; lo consideraba como un fátuo trivial y fastidioso, sin ningun conocimiento serio en ramo alguno del saber. El estilo grotesco, ramplon y presuntuoso de don Bernardino, era para don Mariano el motivo de las burlas mas menospreciativas; y lo que menos decía de él, era que don Bernardino era un *ignorante imaginativo* que no servía para nada. Siempre que había tenido la ocasión, don Mariano había arrojado el ridículo á manos llenas sobre Rivadavia; y este, que tenía toda la prudencia de los hombres dignos, había procurado siempre mantenerse á cierta distancia del otro, reconociendo, como era natural, la superioridad del estilo literario, que era tan poderoso medio de accion en las manos ardientes del primero. Mientras Moreno vivió imperando en la Junta Revolucionaria, Rivadavia, aunque de-

cidido por la causa de los patriotas, se mantuvo pres-
cienziente y como espontaneamente separado de toda in-
tervencion en la política, conociendo que *el Hombre del día*
era peligroso para él, y que no lo dejaría tampoco lugar
en qué figurar. La idea que el primer Moreno tenía de
Rivadavia puede deducirse de esta anécdota:—En las per-
turbaciones que se siguieron á la destitucion del Virrey
Sobremonte, se anarquizó tambien el personal de los Ca-
bidos, y hubo un momento en que Rivadavia se curyó
electo Alferez Real; pero reconsiderado el nombramiento,
fué revocado; y con motivo de este chasco, don Mariano
Moreno escribia así su retrato físico y moral:—«A la verdad:
«¿cuando se inició este repentino comerciante en la ca-
«rrera del comercio? ¿cuales han sido sus principios,
«cual su giro, cuáles sus conocimientos, cuales los fon-
«dos ó actos mercantiles por donde se haya hecho co-
«nocer en esta ciudad? . . . El es un joven que no con-
«oce las calidades de los efectos, que no distingue la bre-
«taña de Francia de la de Hamburgo, que ignora los
«precios, que es incapaz de comparar los valores, y carece
«de los conocimientos facultativos que exigen práctica y
«principios, que él no ha tenido? ¿Acaso la calidad de
«comerciante será el vi precio del que tenga bastante
«impavidez para aparentarla sin haberla merecido? Sirva-
«se v. s. fijar la vista sobre la conducta pública de este
«joven: ya sostiene un establo abierto, sin ser Letrado:
«ya usurpa el arte de los sabios, sin haber frecuentado
«las aulas: unas veces aparece de *Regidor*, que ha de
«durar pocos momentos: otras se presenta como un co-
«merciante acaudalado, de vastas negociaciones, que ni

« entiende, ni tiene fondos para sostener; y todos estos
« papeles son tristes efectos de la tenacidad con que afec-
« ta ser grande en todas las carreras, cuando en ningu-
« na de ellas ha dado hasta ahora el primer paso.» «Es
« de advertir, que lo de Regidor que ha de durar pocos
« momentos: hace alusion á haber sido nombrado en 1808,
« Alférez Real por Liniers, usurpando á los Capitulares
« esa regalia; pero el Virrey se vió obligado á revocar
« el nombramiento dos horas despues, quedando burlado
« Rivadavia, que, vestido de rigurosa etiqueta, con espa-
« ñol al cinto y muy empolvado, habia ya principiado á
« recibir los parabienes.»

Por injusta y acre que pudiera ser esta caricatura del personaje, no es posible desentenderse de la exelencia clásica del estilo en que se halla envuelta. Es la mas pura manera de Ciceron trasladada al mas puro castellano.

Moreno habia sido enemigo de Liniers, y como Puyrredon habia sido favorito y amigo especial de este Virrey, Moreno miraba mal tambien á Puyrredon; quien, por otra parte, habia estado siempre en el círculo en que estaba Rivadavia por una amistad antigua que les unia desde la niñez.

La muerte de don Mariano Moreno dejó, por decirlo así, á su hermano don Manuel sin su protector natural, y librado por tanto á su propia fortuna. Apesar de sus talentos, era demasiado jóven, y poco audaz para que procurase arrebatar uno de los primeros puestos de la li-

1. Colee de Areng. y escrit. del don Mariano Moreno. Londres 1836 pag. CIII del prefacio

nea. Así es que hubo de contentarse con una posición secundaria, preparándose por el declive propio de su espíritu, de sus antecedentes, y de sus preocupaciones personales, á figurar en las líneas de la oposición. Don Manuel Moreno era un hombre de estudios fuertes, pacientes y graves. Toda su figura denotaba los rasgos principales de un carácter concentrado, meditativo, visiblemente cabiloso é hipocondríaco. Demócrata á todo trance desde que su hermano lo había inspirado con la traducción del CONTRATO SOCIAL, tenía principios que coincidían con su genio anti-cortesano; y que lo alejaban por instinto de los hombres apoderados de la Oligarquía revolucionaria que soñaban con la monarquía: á la vez que todo en él concurría también para hacerlo antipático al poder, coincidía para presentarlo como un demagogo recalcitrante, taciturno y conspirador. Tenía un rostro macilento y bilioso: cara descarnada y seca; carrillos hundidos: juanetes de las mejillas prominentes y huesudos: las sienas empozadas: la frente convessa y pensadora: las cejas escasas: el pelo lacio. Si mal no recuerdo, era lampiño, como todos los hombres de temperamento altamente bilioso. Las quijadas pronunciadas: la barba poco saliente, pero bien acentuada y regular: la boca gruesa, pero con preciosa dentadura: los ojos eran grandes y negros, pero hundidos debajo del extremo frontal del cráneo; mas bien apagados que luminosos, de un mirar lento y reposado que caía siempre en diagonal hacia el suelo, como si marcasen la dirección de sus pasos sin que le moviera ninguna tentación de curiosidad sobre lo que pudiera haber fuera de la línea recta. Tenía la espalda bastante curva y aquel andar medurado y tranquilo con que los

hombres orgullosos demuestran el respeto con que ellos mismos llevan su propia persona. Todo su aire era el aire de un pensador dueño de sus ideas, y trabajado por una activísima elaboración de la mente allá en las profundidades solitarias de su alma. Cierta tinte de misántropo cubría por consiguiente toda su persona; y se le habría podido tomar por un hermitaño haziado del mundo y entregado á la meditacion, si no fuese el estremado aseo y la cuidadosa forma de su traje, que parecia siempre flamante y libre de que le hubiese tocado la mas leve partícula de polvo. El planchado de la camisa era siempre esquisito, y la corbata de una blancura tan reciente y tan inmaculada que parecia que no la hubieran tocado manos humanas. Este accidente de coqueteria seria y noble, y el fraq azul con botones dorados, ablandaban particularmente las impresiones que dejaban los demas rasgos de la persona; y bastaban para revelar que don Manuel Moreno se habia impregnado, en la atmósfera inglesa, de los hábitos de un verdadero *gentleman*.

Don Manuel Moreno no era hombre de intrigas ni travieso como Tagle. Era hombre de principios: hombre convencido: terco y duro, pero recto é incapaz de los dobleces y de la maquiavélica persistencia del otro. Cuando se informó de las tendencias que empezaban á predominar en el Congreso de Tucuman, y del plan de buscar un remedio á la anarquia en un gobierno fuerte y concentrado, bien armado para suprimir la confusion y el desborde de las pasiones populares, y para preparar así la creccion de una bella monarquia CONSTITUCIONADA y nuestra, como decia el doctor Castro, sintió sublevarse en

su corazon todos los recuerdos que lo unian á su malogrado hermano. El habia vivido cuatro años en Inglaterra: pensador, y pensador profundo como era, habia visto bien claramente que la derivacion natural de las ideas y de las instituciones inglesas, para los paises americanos, estaba como un modelo indispensable en la República de los Estados Unidos, y nó en la monarquia Británica. La Inglaterra no se habia *republicanizado* como lo ha hecho cincuenta años despues. Su base era todavia la constitucion aristocrática de la tierra: no podíamos pues tomarla por modelo de construccion sin incurrir en un desatino lastimoso. El creia que era preciso que fuésemos ingleses: que partiésemos de los mismos principios, pero tomándolos *americanizados*, como lo estaban ya en los Estados Unidos, que, segun él, debian ser irremediabilmente nuestro modelo. Como era hombre capaz de estudiar con solidez y con método, y como estaba informado de los estúdios analíticos de la química y de sus ensayos prácticos, él aplicaba los mismos procederes y soluciones á los problemas sociales; y convencido de las *escentricidades* (que entonces eran incomprensibles) del mecanismo gubernativo inglés, que hacia tan complicados sus resortes, comprendió, despues de estudiarlo á fondo y sin el lirismo de Belgrano y de Rivadavia, que el gérmen inglés habia brotado en la América del Norte con aquella simplicidad de elementos democráticos que lo ponía en perfecta analogia con las condiciones esenciales de nuestra revolucion; y que hasta la forma federal con que se habia modelado en América la base administrativa de la descentralizacion local inglesa, sobre que estaba montado todo

el mecanismo ingles, venia á ser admirablemente la misma que nos imponian, á una, la naturaleza de nuestro territorio y las exigencias de los hechos creados por la revolucion.

Sea por analogia de posicion, por influjo de los intereses personales, por coincidencia de talentos y de prevision, ó por que Moreno hubiese encontrado un discípulo bien preparado por todo esto, en el coronel Dorrego, la verdad es: que Dorrego pensaba como Moreno desde entónces; y que tomados ambos en la atmósfera pura de los principios y de las doctrinas, don Manuel Moreno y el Coronel Dorrego eran desde 1816 los representantes genuinos y consumados de las ideas inglesas *americanizadas* por el FEDERALISTA NORTE-AMERICANO. Ambos eran escritores; y aunque Dorrego no tenia el estilo trabajado y literario de Moreno, tenia la animacion de la frase, la locuacidad y la facilidad del trato personal, con que él reproducia valientemente sus opiniones por todas partes, cuidándose poco de los peligros que pudieran atraerle; así es que en este sentido Dorrego completamentaba acabadamente el influjo de las ideas de Moreno.

Aprovechándose Moreno y Dorrego de la incitacion que el Congreso de Tucuman habia dirigido, en un manifiesto á los ciudadanos, para que tratasen por la prensa los problemas políticos de la *forma de gobierno* y todos los demas sobre la administracion del país *con que quisieran ilustrar la opinion del Congreso*, fundaron, un més justo despues de la entrada de Puyrrédon, un periódico con el título de CRÓNICA ARGENTINA: en el que se propusieron com-

batir á todo trance las ideas que comenzaban á predominar.¹

Pasos Silva (a) Kanki desterrado como *alvearista* en 1815, habia regresado en 1816 trayendo una imprenta de Lóndres. Pasos Kanki era un clérigo *arribeño* (hoy boliviano) que se pretendia de oriñeh incano y que se habia hecho libre pensador. En Inglaterra habia *protestado contra sus votos*, segun él decia: se habia reformado y volvía casado á Buenos Aires, transformado así en ciudadano comun, á esplotar su imprenta. Hemos visto ántes que el doctor don Manuel Antónío Castro contaba con esta imprenta para fundar un periódico monarquista y propagador de las ideas del Congreso.² Pero Pasos Kanki, que tenia mas afinidades con Moreno, á quien se decia que debía el dinero con que se habia comprado la imprenta, fundó la *CRÓNICA*, figurando él como redactor, como dueño y como responsable; sin embargo, todos sabían que Dorrego asumía la responsabilidad verdadera de los artículos y que estos eran inspirados, cuando no escritos, por don Manuel Moreno. Este, por su parte, procuraba ocultar por todos los medios á su alcance la injerencia que realmente tenia en la empresa y en los propósitos políticos del papel.³ En el primer

1. Las personas que niegan la participaci3n de Dorrego en este periódico pueden consultar sus paginas y los trozos que pondremos mas adelante.

2. Véase páginas 172 del número anterior,

3. Para corroborar la idea de que el papel era esclusivamente de Pasos Kanki se llamó número 13 al número primero: pretendiendo que la *Crónica* era una continuaci3n del *Censor* de 1812 firmado V. P. (Vicente Pasos) que habia cesado en el número 12 el 24 de Marzo de 1812. Así ponían número 13 en la *Crónica* al que en verdad no era sino el número primero que aparecia en 30 de Agosto de 1816.

número el redactor sinceraba así su resolución y las libertades que iba á tomarse: «El redactor del Soberano Congreso ha invitado á los ciudadanos á que desplegando sus ideas, envíen luz sobre las importantes materias que ocupan su atención» y tomando punto de arranque en esto, protestaba el escritor que no era por presunción que se aprovechaba de esta invitación, sino por deferencia y sumisión á las indicaciones del Congreso, y para cumplir con el deber que tenía como ciudadano de usar la imprenta, cuya libertad estaba garantida por la ley, para emitir sus ideas en servicio de la patria. De una parte á otra del papel se percibe la mano de don Manuel Moreno, apesar del disimulo y de las cautelas que emplea, en el estilo lleno, nutrido de ideas, y fraseado con aquella corrección laboriosa y esmerada que le era peculiar. Pero en ese primer número, salió al fin con apariencias de serio un articulillo con el título de MUNDO DE MODA que se atribuyó á Dorrego. Con el pretexto de dar noticia de un baile que los comerciantes ingleses habían dedicado el 27 de agosto al capitán Bowles, jefe de dos buques de guerra que estaban anclados en la rada, decía: «Entre los caballeros que bailaron el Minué distinguieron los inteligentes la destreza en el arte de danzar de los Brigadieres don Francisco Antonio Escalada y de don Miguel de Azcuénaga;» y como en efecto, esta era una burla un tanto picante de estos dos personajes aparatosos y figurantes en el momento presente, el primero de los cuales era jefe del cabildo, y cabeza de círculo, como suegro de San Martín, la cosa causó escándalo por la falta de respeto y reverencia con que se les ha-

bia tratado, y una chanza trivial que partiendo de otro habria pasado desapercibida, tomaba caracter cáustico y desvergonzado con solo serle atribuida á Dorrego.

Vinieron en esto los manifiestos de Belgrano y de Güemes proclamando la monarquía y coincidiendo con la noticia de las discusiones del Congreso, con las cartas de Rivadavia, con las revelaciones insidiosas de Sarratea en el mismo sentido: y la CRÓNICA, creyéndose apoyada, para todo evento, en el batallon número 8 que mandaba Dorrego y en otros militares que le rodeaban, como los coroneles Pagola y Valdenegro, sin contar con un gran número de ciudadanos bulliciosos é influyentes que les hacian coro, rompió el fuego con firmeza, en un estilo tranquilo aunque varonil, que pareció violento y fuerte entonces bajo la atmósfera de respeto (de miedo seria mejor dicho) que mantenía la persona de Puyrredon; hoy nos parecería apenas un tanto independiente y templado. «Cuando vimos, (decía en su número quinto (número 17) del 21 de Setiembre) las dos « proclamas insertas en el número 55 del CENSOR, la una « del coronel don Martin Güemes á los pueblos del interior « y la otra del general don Manuel Belgrano al ejército, « anunciándole el restablecimiento del trono de los Incas, « creimos de pronto que se hacia uso de una metáfora po- « lítica para designar el império de nuestra Nacion; pero « muy luego tuvimos que notar que se hablaba de veras, y « tambien que se habia esperado á la víspera precisamen- « te de un acto el mas lisonjero á la espectación de los « patriotas, cual era la jura y proclamacion solemne de la « Independencia de estas provincias, para clavarles un pú- « ñal en el corazon acibarándoles todo el placer que debía

« producirles tan interesante jornada, y hacerles perder aún
« las mas remotas esperanzas de felicidad, en el momento
« en que trasportadas de gozo puro é inocente, se disponian
« á celebrar el término de todas las discórdias. Hacia ya
« tiempo que se percibian los rumores y que se pretendia
« variar la opinion de los pueblos, ó dividirla mas y mas,
« haciendo abandonar el proyecto de fundar una República
« como se deseaba; y aún se añadia que el mismo gene-
« ral Belgrano conductor de esta espécie, á su regreso
« de Londres *habia* escrito sobre el asunto una carta
« para que se publicase en cierto periódico.» Decia la
Crónica que ella habia esperado la publicacion, para conocer
cual eran las razones y la justicia de un cámbio tan fatal, y
para combatir las; pero que solo se habia echado mano
« de alusiones poco claras, atribuyendo á la democrácia una
« anarquia tan inherente á su constitucion, *como lo es la*
« *insolência en la aristocrácia y la tiranía en los Mo-*
« *narcas.* Aquel error estaba sin embargo desmentido
« por sí mismo con el floreciente gobierno del Norte de
« América que tenemos *muy á la vista en nuestro próprio*
« *continente;* y apesar del estraordinário empeño que se
« ha manifestado, por algunos, de apartar de él los ojos
« del Pueblo, *para hacerle buscar* reglas é instituciones
« para su felicidad en domicilio estraño, será sobrema-
« nera difícil conseguirlo, como lo prueba la misma timidez
« de estos ensayos. Allí vemos una democrácia sin de-
« sorden, y no es tan fácil presentar aristocrácias sin
« insolência, ni monarquias sin tiranía y sin usurpacion,
« aunque sean constitucionales, si es que hay, ó puede
« haber alguna mas que la Inglaterra.»

Motejando en seguida las teorías del CENSOR, se aprovechaba la Crónica de esto para arrojarle al Director, con suma habilidad, un dardo que debía herirle vivamente por el mismo disimulo con que estaba lanzado. El Censor había dicho—«La libertad de Norte-América no es mas que un traslado de la libertad inglesa; porque una monarquía constitucional no tiene mas diferencia con una República que el *ser uno solo su primer magistrado, y mas inclinado el organismo al centro de unidad.*—«De suerte que por « esta opinion, deducia la «Crónica» solapadamente, nuestro « actual gobierno puede reputarse monárquico. . . . No es « bello por cierto el raciocinio»—«En fin, continuaba, se « ha arrojado esta funesta manzana de nuevas discórdias « por la mano de dos gefes al frente de sus tropas. . . . « ¿Qué se nos habrá querido decir con esto? ¿Se ha creido « por ventura que intimidados nos callaremos porque ha « hablado el general Belgrano? Pues qué! ¿La fuerza que se « ha puesto á su mando es *para sancionar gobiernos ó « para sostener lo que los ciudadanos sancionen?*» El cargo no podia ser mas justo ni mas duro contra la conducta atentatoria, é injustificable en verdad, del general Belgrano.

Ridiculizando con gracia la dinastía de los Incas y el derecho que querian atribuirle al nuevo trono, decia que los Reyes no se hacian, sino que eran obra *de las tradiciones*, por lo cual se decian ellos *Dei gratiá*: Que el general Belgrano intentaba producir *mayor milagro* que Dios mismo; pues Dios mismo, cuando andaba por la tierra, solo resucitó á Lázaro, despues de tres dias de muerto, á *monumento fetidum*, lo que mostraba que despues de tres siglos, el

esqueleto de las Incas debia estar insoportable para los que lo evocaban. Hacia notar en seguida la incompatibilidad genial de las razas indígenas del Perú con los Criollos de origen europeo, y el peligro que habia, dado caso de que aquellos surgiesen, que les aconteciera á los patriotas lo que á los franceses con los negros de Santo Domingo—«El general Belgrano no tiene derecho alguno por « consiguiente para prevenir en puntos tan delicados la « libre decision de los ciudadanos, *ni para adelantar su « opinion al frente* de las bayonetas: él debe ceñirse á « repulsar al enemigo comun, que es para lo que está « empleado, Y NOS CONTENTARIAMOS con que cumpla en esta « parte su deber sin ingerirse directa ni indirectamente en « las funciones del Congreso; por que eso es sumirnos cada « diamas en mayores males. Habia sido pues una ligereza muy criminal querer erigir una dinastia que no « existe sino en los poemas de Marmontel y en las historias de Garcilazo, suscitando este gérmen horroroso « de nuevas divisiones y guerras intestinas, y violentando « la libertad del Congreso constituido en médio del Ejército mismo que manda el señor Belgrano».... Estas « son cuestiones muy sérias y graves que no pueden ni « deben decidirse por los generales, sino por la razon y « por el voto libre de los ciudadanos; y es incompatible « con este voto libre que un gefe militar se adelante como á preparar los ánimos de sus soldados y de la parte ignorante y tímida de los pueblos con una decision « arbitraria, y anunciando su voluntad particular á los « representantes nacionales»—Fustigando con una cruel verdad, aunque con decencia y decoro, al general Belgra-

no, por su ineptitud militar que tan mal compensaba con su atrevimiento político, agregaba—«Mejor seria que el « referido gefe se dejase de escribir y que ganase batallas, que es para lo que está constituido.» La colaboracion de Dorrego en esta discusion no admite duda despues de lo que él mismo publicó en 1820, siendo gobernador interino de Buenos Aires, en respuesta á los diatribas que le habia dirigido, en uno de sus papeles, el Padre Castañeda¹ Al esplicar los motivos con que Puyredon y los CABALLEROS DE LA MESA REDONDA (La Logia) le habian perseguido en 1816, decia—«Si el unirse los « oprimidos para sacudir el yugo de unas autoridades « que habian hecho LIGA JESUÍTICA para obstruir el curso de las leyes, considerándolas, nó como un depósito « que debian administrar y mejorar, sino como propiedad « de que podian disponer *ad libitum*: si el haber derribado « las barreras de la libertad civil, que son las leyes que « protejen *la libertad de censurar la conducta de los servidores del público, y la seguridad individual del ciudadano*: si el haber reducido toda la Sociedad á la situacion humillante de existir, no bajo la proteccion de « las *leyes conocidas* sino por la gracia del Supremo Director: haber espatriado patricios y arrojándolos en plazas extranjeras sin mas formalidad judicial que la que « se usan para exportar mulas; y sembrar todo el mundo « civilizado de estos monumentos de nuestro opróbio é ig-

1. Respuesta á algunas preguntas etc. etc. que se han publicado en los papeles mordaces y sediciosos que corren con el título de Despertador Teo Filantrópico, y Desengañador Gauchi-Político. Por un protervo Barbado. Imprenta de Focion 1820.

« nomínia' CUANDO UNA PARTE DEL TERRITÓRIO SE MUTILA-
« BA, y el resto se ponía en pregon. Si todo esto con lo
« infinito mas que podría agregarse no justifica la resis-
« tencia á un gobierno establecido, en el concepto de un
« Fraile que quisiera estar todavía en posesion de las *pa-*
« *rrillas* y *azador* que la civilizacion le ha arrancado de
« las manos, para tostar y asar hombres en este siglo
« como en los que han precedido; por eso no será me-
« nos cierto que la razon y el Derecho Natural autoriza á
« todo hombre á repeler la fuerza con la fuerza:»—Y
desarrollando en seguida la doctrina inglesa y norte-ame-
ricana de la RESISTENCIA continuaba diciendo: —«Por que
« si bien hay sublevaciones contra la autoridad legítima,
« que son altamente criminales, en cuanto sacrifican la
« seguridad y el bien estar de la Sociedad, á la ambicion
« de los que las promueven, hay tambien REVOLUCIONES
« NECESARIAS Y JUSTAS, y sin las cuales jamás habrian sa-
« lido unos pueblos del estado de servidumbre, ni ele-
« vándose otros al grado de prosperidad y de esplendor
« que hoy disfrutaban.... La libertad de escribir, única
« seguridad de todos los demas derechos civiles, sin la
« cual todos los estatutos, reglamentos y constituciones no
« son mas que una mofa, y que debe ser patrimonio in-
« nagenable del Patriócio: esta libertad, en el estado de
« infancia á que la habia hecho retroceder la adminis-
« tracion Congresi-Directorial, no tiene garantia mas po-
« derosa que la que resulta de los principios individua-
« les del Depositario de la autoridad pública sobre la na-
« turaleza y valor intrínseco de este derecho. Los prin-

1. For desgracia el cargo era cierto como se verá mas adelante.

« cípios que profesaba ANTES la persona que actualmente « tiene las riendas de la administracion interina, SON BIEN « CONOCIDOS; y cuanto se han FORTIFICADO DESPUES de su « expatriacion filantrópica á las REGIONES FEDERALES de « los Estados Unidos de América, es cosa demasiado pública.» Es evidente pues la conformidad de *ideas* y de *compromisos* que en 1816 unian á Dorrego y á don Manuel Moreno.

El artículo de la «CRÓNICA ARGENTINA» que hemos transcrito hizo una profunda impresion en el pueblo; y por lo mismo irritó exajeradamente á los hombres del gobierno. Se le tomó por un acto insolente y deliberado que denotaba la resolucion definitiva de trabar la lucha contra el gobierno, y de preparar un movimiento revolucionario inquietando el ánimo de los Cívicos y de los demas ciudadanos. Puyrredon y todos sus amigos, que amaban y respetaban sinceramente á Belgrano, sintieron un verdadero dolor al verlo así comprometido ante la opinion pública, y fustigado por una mano tan firme como la del escritor que habia sabido aprovecharse de los errores del general para poner de su lado la justificacion y el buen derecho de sus reproches.

Los hombres del gobierno veían tambien que esta ventaja obtenida por sus enemigos, les comprometia y les amenazaba. Pero el momento no les pareció oportuno para reprimirla. Temieron que ya estuviese fraguada [una conspiracion y que se corroborasen las sospechas de su traicion por los mismos actos violentos de la autoridad.

El coronel Dorrego sabia que procuraban deshacerse de él dándole órden inmediata de marchar á Mendoza á

formar parte del Ejército de los Andes. La cosa estaba muy lejos de lisonjearle, porque sabia bien que el general San Martín estaba prevenido contra él, y que así que lo tuviese en sus manos lo estrujaría sin piedad. Pero por fortuna para él, se vino á hacer indudable que una división portuguesa marchaba por el centro de la Banda Oriental hacia la Colonia; y como el número 8 era la mejor tropa que había en la ciudad de Buenos Aires, y como Dorrego era el oficial mas hábil y mas bravo de los que allí estaban, fué preciso evitar que se corroborasen las alarmas que los enemigos propalaban contra Puyrredon suponiéndolo en connivencia con los Portugueses, como habria sucedido si se hubiese desprendido precisamente en esos momentos del número 8 y de Dorrego, que eran la única fuerza disponible para formar la base de la defensa.

‘Aunque preciosas en sí, las ideas democráticas y federales de los Estados Unidos que Moreno y Dorrego defendían, entraban desgraciadamente en acción malísimamente complicadas con los elementos federales argentinos, que representados por Artigas y por los demás caudillos provinciales, estaban muy lejos de ser nacionalistas: esto es, de ser unionistas entre provincias dotadas de gobierno propio local bajo un régimen orgánico y comun. Todos ellos eran por el contrario agentes bárbaros de disolución y de desorden interno. Y tambien, gran parte de aquellas gentes de caracter ambiguo y poco acreditado que pululan en los países convulsionados, vagando en las calles y en los cafés con ideas políticas exaltadas, con arrojo y sin intereses bastantes sólidos que los ligen al orden social, se ligaban, como era lógico, á unos propósitos que si bien te-

nian, sin cuestion, una exelente perspectiva, amenazaban en aquel momento las bases fundamentales del organismo sobre que reposaban, mal ó bien, las esperanzas de todos; y la defensa sobre todo de los intereses prestablecidos y de la seguridad de la vida presente, que era naturalmente el primero de todós esos intereses para la parte dominante, arraigada y decente, diremos así, de aquel tiempo. Era incuestionable, por lo tanto, que en médio de aquel caos los instintos y las doctrinas federales importaban evidentemente tanto como la subversion completa de los asientos morales y políticos de la sociedad: los nuevos federales eran pues *revolucionários y desorganizadores* de la sociedad vieja de la Colonia, que era la que defendia el país; al paso que el gobierno directorial, y la oligarquía en que se apoyaba, se componia naturalmente de elementos *conservadores* que se encontraban en un momento supremo para salvarse á si mismos y para salvar al país que dominaban. Este era el secreto y el sentido íntimo de la situacion.

Se esplica así la dolorosa mezcla de justícia y de error, de bien y de mal, con que cada una de las dos **FACCIONES** venia á la lucha, fatalmente viciada y tomando las cosas en su sentido esclusivo. Eran las dos sociedades enemigas del momento: la una que procedia de la Colónia insurreccionada por su propio espíritu y crecimiento contra la metrópoli, y contra la raza que la habia formado; la otra, que preparaba el vuelco del porvenir, despuntando en el presente con ideas subversivas, con elementos estraños al órden establecido, con elementos que á mas de estraños eran agresivos y amenazantes, mal defi-

nidos, mal comprendidos, y que por lo mismo tenían que producirse y combinarse dolorosamente en la gestación caótica que media entre *el ser y el no-ser*. Era la fantasma del Año XX, que adelantaba sus pasos, como el personaje fantástico de Hoffmann, al son acompasado y hueco del RELOJ DE ARENA: marcando las horas de la muerte en las noches neblinosas de la Selva Negra.

(Continuará.)

VICENTE FIDEL LOPEZ.

**ESTUDIO SOBRE LA « ARGENTINA
Y CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA », Y SOBRE SU AUTOR
DON MARTIN DEL BARCO CENTENERA.**

Observa aquel que ostenta allí preclaro
Con Plectro de marfil, dorada Lira,
A quien parece que en concepto claro
Canora Musa, heroica voz inspira:
Este el *Barco* será; que cuanto raro
En la Argentea region al Mundo admira
Cantará, y descubriendo sus grandezas,
Los cantos vencerán á las proezas.

Dr. D. Pedro de Peralla—Lima Fundada
—Canto VII. oct. 128.

Las principales fuentes históricas son todavía los historiadores primitivos, testigos y actores muchas veces de los sucesos que narran, ó instruidos de ellos por la tradicion reinante..... El lector encuentra en ellos ese colorido especial de la época, esa animacion casi inimitable y ese interés que forman el principal atractivo de la historia.

(*Barros-Arana*—Int. al Comp. de Hist.
de Am., pág. II.)

.....les rimeurs de chroniques, les plus plats des hommes, et qu'on ne lit que parcequ'il faut prendre l'histoire par tout, même chez les imbeciles.

H. Taine—Hist. de la lit. ang. T. 1er.
pag. 227—2.º edit. Hachette—1866.

I.

Delante de la obra de que vamos á ocuparnos nos encontramos perplejos para clasificarla, pues toca por el *ver-*

so en que está escrita con la *poesía*, con la *historia* por la materia, y con la *prosa* mas humilde por la desnudez del estilo y el desaliño de la locucion. Mirarla esclusivamente bajo cualquiera de estos aspectos, seria colocarse en un falso punto de vista, y cometer el mayor desacierto quereria medir con la regla del poema épico por el hecho material de hallarse escrita en octavas reales y dividida en cantos. Para nosotros solo nos interesa por el titulo, mas armonioso que toda poesia para oidos de argentinos, por los hechos que narra, por los personajes que en ellos toman parte, ya europeos, ya indigenas, y ultimamente por que es un trasunto vivisimo aun de aquello mismo con que el autor no pretendió despertar la atencion de la posteridad.

Pero no solo los bien nacidos son *hijos-de-algo*. Estas composiciones bastardas de la familia de la « Argentina » tienen su origen en las entrañas mismas, en la indole del pueblo español, rebelde en toda época, en literatura, á las disciplinas del gusto griego y del latino. Jamás la España, apesar de la exelencia de los ingenios poéticos que la honran, ha producido poemas épicos que se acerquen á la Jerusalem del Tasso, ni siquiera á las *Luisiadas* de Luis de Camoens; así como tampoco pudo hermanar en su glorioso *teatro dramático*, el vuelo del genio con las unidades de las escuelas clásicas.

Si la produccion de Barco Centenera exigiera como las de la naturaleza, una clasificacion indispensable en el museo de las letras, la colocariamos con entera confianza en la categoria de los *poemas descriptivos*: Y si hubieramos de establecer su filiacion histórica en los *fastos* de

las letras españolas, pronto la halláramos en el movimiento especial que á la vanagloria de aquella nacion impuso la descomunal ambicion del Emperador Carlos V. Las vastas y ruidosas conquistas de este Atila moderno, tentaron el patriotismo de los poetas peninsulares, y se dieron á escribir *Caroleas* y *Carlos Famosos* malgastando alguno de ellos hasta trece años de su vida, y abruñando la paciencia del lector con mas de cuarenta mil versos, lamentablemente prosaicos.

El «Carlos famoso» de don Luis de Zapata, á que acabamos de aludir, es mas que una obra de arte, una crónica ajustadísima á la mas leal cronologia, de la vida del emperador durante cuarenta años, siguiéndole el autor día á día, paso á paso, hasta que le vé agonizar en medio de remordimientos y de frailes en el oscuro monasterio que este acontecimiento ha convertido en una mansion célebre. En el reinado de su hijo, no eran de esperarse frutos mejores de ningún género, y durante él continuó en España la mania del poema narrativo histórico, con solo cambiar de héroes y de asuntos; pero siempre descosidos y sin unidad como malas imitaciones que eran de la manera del Ariosto, quedando á gran distancia del maestro inimitable.

El nuevo mundo que tantas dádivas valiosas dispensó á sus conquistadores, reveló al caballeresco don Alfonso de Ercilla, un mundo tambien nuevo de poesia, dándole ocasion de admirar las virtudes primitivas, el valor, la constancia, la elocuencia homérica de los hijos indomables de las selvas de Chile. La «Araucana» es la espresion de esas virtudes, en lenguaje armonioso, con una dic-

cion sin rival; y por esta causa y no por la regularidad de su plan, se consideró desde que vió la luz, como una exepcion y como un modelo entre el fárrago de los poemas de su propia especie que producía la musa castellana contemporánea. El mismo autor dice mas de una vez en el prólogo y texto de su obra, que su intento en ella ha sido hacer una historia de lo que vió y no componer un poema épico.

La celebridad que logró adquirir Ercilla con su «Araucana», despertó naturalmente en otros versificadores el deseo de conseguirla á su vez por el mismo rumbo; y como por otra parte eran entonces las hazañas de la conquista el blanco de la atencion del mundo, se tentaron algunos testigos oculares y partícipes en ellas, á probar fortuna, y sin medir bien sus fuerzas, se aventuraron á cantarnos en versos endecasílabos, innumerables como las arenas del mar, lo que debieron habernos transmitido en prosa humilde para mayor pró de su fama y mejor esclarecimiento de la verdad histórica. Entre estos mal aconsejados, el mas antiguo es el beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos. Pedro de Oña, Gaspar de Villagra, y Barco Centenera, vienen en pos de él;—el licenciado con su «Arauco Domado», el capitán con los treinta y cuatro cantos de la «Nueva Méjico», y nuestro arcedian con su «Conquista del Rio de la Plata». Pero esto no agotan por sí solos la lista de los poetas de poco vuelo á quienes inocentemente atrajo el resplandor de la Araucana. El primero de todos, cronológicamente considerados, es un hidalgo de Madrid, don Gabriel Lasso de la Vega, quien dió á luz por dos veces en el espacio de seis años

su «Cortés Valeroso» y «la Mejicana»; y á este siguió un biznieto de condes, aunque nacido en Méjico, llamado don Antonio Saavedra, que publicó, también en Madrid, el año 1599 una especie de vida y hechos de Hernán Cortés, en verso, con el título del «Peregrino indiano: poema de diesiseis mil versos, escritos, según testimonio del autor en los setenta días que duró su travesía del oceano que separa la Nueva España de la antigua. »

Tal es la larga familia á que pertenece Centenera, entre los miembros de la cual, considerados como individuos, si no falta ni la nobleza de la sangre, ni la que dá el valor y el desempeño de altos empleos, fáltales casi del todo como hombres de letras, la valentía de la inspiración, el linaje tradicional de una buena escuela, la distinción del estilo, y en fin la nobleza de la dicción que es la cualidad que señala, sobre todas, al escritor de buena descendencia. Esta familia no merece llevar en su blason los cuarteles del hidalguísimo Ercilla, sino cruzados por barras transversales que indican bastardía según las reglas de la heráldica. Y empleamos intencionalmente esta forma metafórica al expresarnos, porque estamos íntimamente convenidos de que las prendas relevantes que mostró el autor de la Araucana como poeta y como versificador, son de aquellas que no se heredan, emanaciones especiales de su alma escogida, de la pureza de sus sentimientos, de la grandeza caballerosa de su carácter que nos recuerda la del sublime autor del Quijote, mas

1. Estos poemas americanos correspondientes al siglo XVI y los comienzos del XVII, guardan la siguiente cronología: — Araucana, 1578; Cortés valeroso, 1588; Elegías de Varones etc. 1588; Arauco Domado, 1596; Peregrino indiano, 1599; Argentina 1602; Nueva Méjico de Villagra, 1610.

gigante como hombre que como creador de este inimitable trasunto de las flaquezas y virtudes del corazon humano.

Ercilla se educó en el seno de la sociedad mas distinguida de su tiempo, en el palacio del sucesor de Carlos V, acompañándole en sus viages por mar y por tierra;— en 1547, cuando fué aquel príncipe á tomar posesion del ducado de Brabante, y cuando nueve años mas tarde pasó á Inglaterra á casarse con la heredera de este reino. Visitó todas las provincias de España, la Italia, la Inglaterra, la Francia, la Alemania, el Austria hasta los confines de Ungria, adquiriendo en estos viages, como dice el único biógrafo que de él conocemos, grande caudal de noticias y de prudencia, viendo como otro Ulises, tanta diversidad de naciones y de humanas costumbres.

Hallábase Felipe II en Lóndres; gozando de su luna de miel (si esta espresion idilica pudiera cuadrar á semejante personage) cuando llególe la noticia de un gran levantamiento de naturales en Arauco; y como tuviese consigo y entre sus cortesanos á Gerónimo de Alderete, nombróle capitan y Adelantado de aquella parte de sus dominios, con encargo de establecer en ellos la paz. La imaginacion de Ercilla, que entonces contaba 21 años de edad, quedó cautiva al escuchar cuanto se decia de aquella parte de América entre los cortesanos de la comitiva del Rey, y haciendo un paréntesis á sus inclinaciones de humanista y de estudioso de que ya habia dado muestras, así como de viveza de ingenio y de seriedad de carácter, ciñóse por primera vez una espada y se embarcó con Alderete para Lima en las aguas del Támesis. Llegó

á la Capital del Perú en circunstancias en que, habiendo fallecido el Adelantado, el Virey marqués de Cañete, preparaba una expedición á Chile al mando de su hijo don Garcia Hurtado de Mendoza, y con esta expedición partió don Alonso de Ercilla para el teatro de sus hazañas como valiente, y de sus glorias, mayores aun que las conseguidas con la espada, como inspirado cantor de las virtudes de los hijos de la naturaleza.

Allí se halló en siete batallas campales, en las cuales no quedó atrás en denuedo de ninguno de los demás capitanes españoles, «haciendo por la espada; aun mas de lo que dijo por la pluma» segun el irrecusable testimonio de Pedro de Oña, ¹ quien como parcialísimo de don Garcia no podia serlo mucho de Ercilla, puesto que escribia su «Arauco» para vengar á aquel general del silencio noblemente vengativo guardado á su respecto en la «Araucana». Cuando don Garcia intentó estender la conquista hácia el Sud, llevó consigo á Ercilla, y antes de emprender el regreso, llevado de su anhelo por señalarse en proezas no comunes, acompañado por unos cuantos soldados, y adelantándose mas allá del lugar á donde se detuvo su gefe, descendió de su caballo y escribió sobre la corteza de uno de esos pinos gigantes de las selvas del extremo de Chile, la fecha de febrero de 1558, comentada con estas inmortales palabras: «Aquí llegó don Alfonso de Ercilla, donde ningun otro hombre ha llegado hasta ahora»: acción que nos recuerda aquella que de Balboa refiere la tradicion, quien deseando ser el primero en acercarse á las costas recién descubiertas del mar Pacifico, detuvo la marcha

1. Ar. Dom. Cant. VI oct. 15.

de sus compañeros, y adelantándose solo entróse en las ondas saladas, hasta la cintura, con el estandarte castellano enarbolado en la diestra.

Pero el rasgo mas característico de la firmeza é hidalguía del ánimo de Ercilla, se manifiesta en un lance que hubo de costarle la vida y le enemistó con su general. Celebrábase en el campamento de don Garcia, la noticia de la Coronacion de Felipe 2º, por abdicacion de su padre, y entre las diversiones propias de soldados emulábanse entre si los de la expedicion, sobre quien daba en mejor parte á un *estafermo* ó figura representando un hombre; especie de *blanco* colocado para probar la mayor destreza ó el mejor ojo en el manejo del arcabuz. Esta inocente rivalidad, era, en casos análogos, motivo de serias pendencias entre aquellos hombres familiarizados con las batallas y con la sangre. Don Alfonso, picado en la honra por su camarada don Juan de Pineda, se fué con el á las manos, ó mas bien á las espadas, y dividieron en dos la opinion del campamento, de que resultó una especie de motin, conflicto intestino que don Garcia reprimió con demasiada severidad condenando á muerte á Ercilla. Este se vindica en pocas y moderadas palabras en el canto XXXVI de su poema, diciendo que hubo poca reflexion en el juez dando exageradas proporciones á un delito que solo habia consistido por parte del reo en poner mano á la espada,

Nunca sin gran razon desenvainada,

Tal era el soldado: el hombre de sentimientos delicados se pinta en todo su poema, en términos, que, segun un compatriota suyo moderno, (que mucho se le

parecia en las altas prendas del carácter y del ingenio) exitarán siempre la simpatía de todo corazón bien inclinado y generoso, porque el joven poeta *es el solo* que en su conducta y en sus versos aparece *como hombre* entre aquellos tigres feroces, oyendo la voz de la clemencia y de la compasión, y siguiendo las máximas de la justicia.

Y si fuera necesario autorizar aun mas este juicio acerca de la perfección moral de la persona del autor de «la Araucana», recordariamos la ternera varonil al mismo tiempo que pudorosa, con que supo expresar su pasión cuando se sintió rendido al mérito y á la belleza de la mujer que fué su esposa, y brilla en su poema como una estrella inmortal. La pintura que hace de su Maria de Bazan es llena de suavidad, de comedimiento y de castísimo perfume:

Era de tierna edad, pero mostraba

En su sosiego discrecion madura,

Y á mirarme parece la inclinaba

Su estrella, su destino y mi ventura:

Yo, que saber su nombre deseaba,

Rendido y entregado á su hermosura,

Vi á sus piés una letra que decia:

Del tronco de Bazan doña Maria.

1. Quintana, introducción á su «Musa épica». Allí se estima en todo lo que vale el mérito moral del autor de la Araucana, y recomendamos su lectura á los jóvenes que se sientan inclinados á la crítica literaria y busquen buenos maestros como guía para desempeñar tan difícil oficio. Hablamos de crítica aplicada á las letras antiguas españolas, y nada más.

Nos vemos forzados á prestar un flaco servicio al Arcediano Centenera, de quien tenemos que ocuparnos detenidamente, habituando el paladar del lector á la dulzura de estos versos que tanto distan de los de aquel por el concepto y la armonia. Pero como hemos apuntado antes que en nuestro concepto, la superioridad literaria de la Araucana comparada con los poemas que forman su descendencia, proviene mas que de las dotes intelectuales de Ercilla de las de su carácter, mas que de las del literato de las del hombre, hemos trazado el rápido bosquejo de su vida que antecede; y no será culpa nuestra, si al trazar el de la vida de Barco Centenera, rastreando sus perfiles por entre las octavas de la «Argentina», resultase una figura pálida y de mala catadura al lado de la muy airosa de don Alfonso de Ercilla y Zúñiga.

En el curso de este estudio hemos de hacer notar como, segun el testimonio de Centenera mismo, *el indio Chiriguano*, en cuya denominacion parece querer comprender este autor toda la raza guaraní, señora de las regiones que se dilatan desde el corazon del Brasil hasta las faldas orientales de los Andes bolivianos, no era de peor condicion, ni en bravura, ni en civilizacion relativa ni en el don de la palabra, al araucano, y por consiguiente no depende tampoco la inmensa distancia que media entre su poema y el de Ercilla, de la desigualdad ó desproporcion entre unos y otros héroes. Tan humilde y oscuro es á primera vista el asunto de la Argentina como el de la Araucana; pero ambos tienen á su favor, el interés y la novedad del espectáculo que ofrecen los objetos desconocidos de una naturaleza virgen é intacta, y las costum-

bres, los usos, los sentimientos y el lenguaje del hombre primitivo, colocado por Dios en los primeros escalones de una civilizacion llamada á tener un desarrollo especial. Qué campo para el poeta, y para la poesia sobre todo! Ercilla supo sacar provecho, en gran parte, de estas ventajas que le ofrecia el teatro presente á su imaginacion, y sobre todo de las que le brindaban los motivos morales que animaban á los indigenas al defender su patria, sus familias, las creencias de su nacion y la independencia; sentimientos, dice el noble Quintana, con los cuales simpatiza siempre el corazon humano en todas las edades de la vida y en todos los parages del mundo.

Hemos de ver mas adelante cuanto se esterilizan estos medios de buen éxito bajo la pluma de nuestro Centenera, y como pasa este, sin advertirlo, al lado de los Lautaros, de los Galvarinos, de las Tegualdas y las Fresias, figuras terribles y patéticas ó risueñas que embellecen la creacion de Ercilla. Barco Centenera léjos de dar vida á personajes de esta especie, les hunde y elimina con toda la fuerza de una escomunion, con los despreciativos dictados, de malvados, de perros, de arteros, como lo hace por ejemplo, con Yamandú, cacique y sacerdote de los guaranis de las orillas del Paraná. Pero Ercilla no era teólogo y arcediano como el cantor de la Argentina: aunque amamantado en la corte del regio arquitecto del lúgubre Escorial, no tenia por oficio perseguir al demonio ni disputarle la posesion de las almas. Para esto solo habia venido Centenera á América, y el ser humano, la imagen de Dios por exelencia que en ella se le presentaba bajo aspectos desconocidos para él, se pintaban en

su conciencia al través de un prisma esencialmente engañoso. Todos los arranques espontáneos de una sensibilidad sin ataduras de convención, manifestados por los indígenas de una manera elocuente por la palabra pintoresca de sus bellos idiomas; los rasgos de sagacidad y de ingenio; los transportes de la pasión; la ira noble, y el resentimiento bien fundado, contra sus dominadores, no eran para el arcadiano otra cosa que instigaciones del enemigo malo, apoderado de aquellas almas idolátras. Este, por otra parte, es el espíritu en general de los catequistas españoles del nuevo mundo, como puede verse en cualquiera de los historiadores misioneros y en sus imitadores, desde Montoya hasta Xarque; si nos limitamos en esta prueba al Paraguay y Rio de la Plata. Así fueron de óptimos los frutos que cosecharon.

La Arancana, tipo del poema de que vamos a ocuparnos, no es épico por su estructura; ni quiso darle su autor los caracteres esenciales de tal. Bien sabía él que semejante máquina, estando á los preceptos y á los ejemplares de la antigüedad, requiere un héroe, una acción, un encaminamiento progresivo hácia el fin ó desenlace de la fábula urdida, y que hasta los caracteres subalternos y los episodios, á pesar de su diversidad, deben enlazarse estrecha y armoniosamente con el asunto y con el protagonista. Pero como ya lo hemos dicho, y lo repetiremos con las palabras del crítico eminente cuyas opiniones aceptamos, la Arancana no es una epopeya sino

1. El doctor don Francisco Xarque fué cura rector del Perú en la imperial villa de Potosí, y canónigo después de una catedral de España, en donde escribió y dió á luz libros tan absurdos como curiosos.

una narracion verídica de los acontecimientos de que el autor fué testigo, algun tanto amenizada con los halagos de la versificación y del estilo, y con algunos episodios:

De manera que la falta de lealtad á la forma severamente clásica de la epopeya, no es un cargo sério que pueda dirigirse á un imitador de segundo ó tercer orden como Centenera. Si da comienzo á su obra describiendo la grandeza del Rio de la Plata, del Paraguy, sus islas, y las aves y peces que hay en ellas, un principio semejante tiene la de Ercilla, cuyo canto primero está consagrado á la «descripcion de la provincia de Chile». Si Centenera hostiga á su lerdo Pegaso hasta obligarle á saltar de las orillas del Plata á las del Rimac para maldecir de mas cerca al marina capitán de la *Reina de Perú* da¹, en esto no hace mas que seguir el ejemplo de la Araucana, cuyos episodios son tanto ó mas ajenos á su asunto que los de la Argentina. A gala tenían los discípulos el incurrir en estas exentricidades del maestro, y así vemos que Oña, dando á su vez de mano á sus araucanos y poniendo á rumbo opuesto su trompa épica, *pregona* la gloria, *al mundo nueva*,

De don Beltran de Castro y de la Cueva,

vencedor, en las aguas del Pacífico, de otro pirata inglés á quien él llama *Richerte Aquines*, por antipatía ufónica contra las W dobles y la k del apellido *Hewkins*, que es el verdadero de aquel afamado marino.²

1. La gran reina Isabel de Inglaterra. Tomás Cawendish, á quien él llama Candish—canto XXVI. oct. 1.^o

2. Arauco Dom. Canto XXIII.

El cargo justo y sério á que debe responder nuestro don Martín del Barco Centenera, es el haberse entrometido á historiar en verso lo que apenas hubiera escrito bien en prosa casera y corriente, porque aún en esta se halla á mucha distancia de don Antonio Solís y de cualquiera de los buenos prosistas castellanos aún de su época. Y es lástima que nos haya impuesto la pesada tarea de descifrar lo que quiso decir tratándose de los interesantes sucesos del Río de la Plata que él únicamente ha legado á la posteridad como testigo ocular.

En vano hemos buscado juicios ajenos favorables á la Argentina, como obra de arte. El único con que hemos tropezado es el que encierra una de las octavas de la «Lima Fundada» del peruano don Pedro de Peralta. Pero este poeta sin poseer las dotes de Lope, fué tan pródigo como el autor del «Laurel de Apolo» en sus elogios inconsiderados y ponderativos á todas las mediocridades del Parnaso, y no puede considerársele como crítico sino como apologista benévolo y apasionado para con todos los escritores que mas ó menos directamente se relacionan con el Virreynato del Perú, por el asunto ó por el origen. Y aunque hasta ahora nadie se haya ocupado de estudiar directamente el poema de que se trata por que no es fácil que se resigne á semejante empresa, persona que no sea muy interesada en los pormenores de nuestra historia y tenga á mas una paciencia á prueba de malos versos y de octavas dislocadas y desapacibles, podemos sin embargo apoyar con algunos nombres autorizados, el juicio poco favorable que rodea, no como una aureola, sino como niebla opaca, la figura poética de nuestro arcediano.

Parece que don Juan Bautista Muñoz, al hablar en su historia del Nuevo Mundo de los historiadores-poetas, hubiera cortado un sayo, valiéndose de la tijera de un gran filósofo, á nuestro buen Centenera: «Es cierto, dice con gravedad, el señor Muñoz, lo de Platon, que el poeta cuando se sienta en la tripode de la musa, no está en su seso, y dice cuanto se le ocurre sin distinguir entre lo verdadero y lo falso. Y aún mas cierto que los versos no se han hecho para la historia.»¹

Mas espresa que esta alusion indirecta en la critica con nombre propio que otros le han dirigido. M. Ternaux Compans, que parece haber hojeado con curiosidad de bibliófilo y de americanista, nada mas, los cantos de la Argentina, la declara sin apelacion, «no un poema sino una crónica rimada»,² sin dejar de observar que la edicion original, *est très rare*. El señor don Eujenio de Ochoa al publicar en Paris el «Tesoro de los poemas épicos españoles» acepta la opinion anterior traduciendo las mismas palabras del erudito francés.

Es de notarse que aquí termine, y á esto quede reducido, lo único que encontramos originalmente escrito en lengua española por un peninsular³ acerca de libro tan curioso como el de Barco Centenera y nos es necesario trasladarnos hasta Boston para escuchar sobre el particular la opinion de un hombre capaz de formarla con

1. Hist. del Nuevo Mundo, prólogo pág. XI.

2. Bibliotheque Americaine etc. nº 255 pag. 51.

3. Como de las Indias solo se apetece plata y oro, están sus escritores tan olvidados como sus historias poco vistas—decia Juan Rodríguez de Leon, en su discurso apologetico al conocido *Epitome* de su hermano don Antonio el año 1629.

conocimiento de causa. M. Jorge Ticknor, diligente historiador de la literatura española, despues de dar algunas noticias biográficas sobre el autor y sobre el asunto y distribucion de materias del poema de Centenera, añade que es «largo é insulso» (*a long, dull poem*) no, cansado y fastidioso con extremo, como han traducido los señores Gayangos y Vedia, y que en sus veintiocho cantos, campea la credulidad formando una mezcla informe de historia y de geografia: sin embargo, añade el señor Ticknor, esta obra goza de consideracion como recuerdo de las singulares aventuras que el autor mismo presencié u oyó relatar.¹

El compilador de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata, hizo cuanto le fué posible para levantar el crédito poético de la Argentina que reimprimió en el tomo segundo de dicha coleccion; pero la mayor parte de las citas que hace en pretendido abono del estro de Centenera, logran ponerle mas bien en mal punto de vista, siendo así que no carecen sus octavas de una que otra perla que pudiera sacarse á lucir con agrado de los mas delicados en materia de buenos versos, aunque ninguno de ellos sea digno de competir con los modelos mas acabados de la poesia castellana, como lo pretende el mencionado compilador.

En cuanto al valor histórico de la Argentina, no estamos distantes de la opinion manifestada por este. Si Barco Centenera no hubiera relatado las empresas, ya

• 1. Edicion Americana T. 2.º pág 472. Traducción española, tomo III pag. 148-149.

de éxito feliz ó funesto que cometieron los soldados españoles en estos países del Plata y en las cuales fué generalmente actor y testigo, durante largos años; careceríamos de los únicos testimonios que poseemos de un período importante de nuestra historia antigua.

Centenera es el exclusivo cronista del Adelantado Juan Ortiz de Zárate y el biógrafo más minucioso de una parte de la vida del famoso fundador de Buenos Aires, don Juan de Garay, y al lado suyo se encontraba cuando se echaban los primeros cimientos de esta gran ciudad.

La administración de aquel mismo y la de su sucesor, Mendieta, no puede estudiarse ni conocerse en otra fuente original y verídica que en los versos de la «Argentina».¹ Su mismo autor, como si tuviera presentimiento de que la posteridad no había de tenerle presente sino como cronista, tiene particular cuidado en recomendar su veracidad, diciendo que aunque su musa canta en verso escribe la verdad de lo que ha visto por sus propios ojos, ú oído referir á los testigos.² Y consiguió de tal grado granjearse la confianza de los escritores posteriores en la exactitud de su testimonio, que estos han aceptado hasta sus errores, especialmente en la observación de los objetos de la naturaleza, materia aghena á su profesión y resbaladiza para un hombre de imaginación en medio de las novedades de un mundo inexplorado.

1. Véase la nota 3.^a del canto 2.^o de la *Argentina*.

2. Este poema es la mejor historia de aquel país que pudo escribir su autor, dice el señor Ticknor: Tomo 3.^o pág. 149 de la traducción de su obra sobre la literatura española.

3. Canto 25, octava 12.

El señor Azara, en el juicio ó *escrutinio* severísimo que hace de las fuentes históricas de nuestra conquista pone muy abajo á la «Argentina» aconsejando que se consulte lo menos que se pueda la obra del clérigo extremeño, tan escasa de conocimientos locales y tan sobrada de tormentas, batallas y circunstancias increíbles. Pero si en descargo de Centenera como historiador no nos permitiríamos rectificar el juicio del señor Azara en los términos que lo hace el señor Funes en la página IV del prólogo de su «Ensayo», llamaremos, sí, la atención sobre la razón principal, en nuestro concepto, de los desdenes del geómetra hacia el poeta. Aquel acusa á este de empeño en desacreditar á los gefes y cabezas de la conquista, y en este concepto se considera herida la susceptibilidad del patriotismo exagerado del Aragonés, en presencia de la sencilla y desnuda verdad del Extremeño, en cuyo espejo se miran retratados, cuales fueron, los fanáticos esterminadores de nobles y generosas razas.

El señor Azara procede en la historia como en la geografía; las fechas son para él, y en esto le hallamos razón sobrada, como las posiciones principales de un mapa, y dentro de esas fechas ajusta sin consideración á otra circunstancia el curso de los acontecimientos humanos, tan modificables, tan inesperados, tan contradictorios á veces, como resultado que son de la inconstante voluntad del hombre y de la explosión súbita de sus pasiones. Para el señor Azara la historia americana debe ser un simple derrotero; una expedición, un diario de viaje; la biografía, hechos materiales sin rasgo alguno del carácter moral del individuo. Para él, por último, la his-

toria de la conquista debe reducirse á una especie de superficie plana en donde solo se miren estampadas las huellas lineales de su marcha, las distancias recorridas, el rumbo del compás, el número de soldados, sin que se altere este orden, tan plácido para la mente del matemático, con el ay! de los que agonizan á centenares, con las quejas de los europeos estenuados por el hambre, que se arrastran como sombras perseguidoras, tras de los que rebosan en dones espontáneos de la naturaleza, suficientes para llenar las necesidades del hijo parco de los bosques. Todo esto está pintado con colorido y dibujo, vivo si no correcto, en el poema de Centenera, tan repulsivo para el observador sin rival de nuestra naturaleza física.

II.

Don Martín del Barco Centenera, vino al Río de la Plata en la expedición del Adelantado Juan Ortiz de Zárate y por consiguiente la relación del viaje escrita por él mismo en el canto VIII de su poema, es una página de su biografía que bien merece recorrerse por entero. Esta expedición se componía de tres navíos, una cebra y un patache, y probablemente estaba abastecida del número de familias y de animales que consta del convenio celebrado con el Virrey del Perú, confirmado por el Monarca español en 10 de julio de 1569. Según aquel convenio, el Adelantado debía introducir en el Río de la Plata, doscientos hombres labradores y de otros oficios mecánicos, trescientos de armas, vestidos y municionados á sus expensas, y á mas cuatro mil cabezas de ganado

vacuno, otras tantas de lanar, quinientas yeguas y caballos é igual número de cabras, en el término de tres años. En cuanto á los animales, á escepcion tal vez de los caballos, se proponia Zárate transportarlos al Rio de la Plata desde los campos de pastoreo que poseia en Charcas y en Tarija.

Esta expedicion que partió del Puerto de San Lucar el dia 17 de octubre de 1572, despues de muchos contrastes, arribó á la isla de Santa Catalina con pérdida de trescientas personas de ambos sexos, circunstancia referida por el señor Azara, quien á pesar de este testimonio acusa á Centenera de querer desacreditar á los gefes de la expedicion con sus vivas descripciones del hambre y penurias que experimentaron las gentes de Zárate durante su navegacion sobre las costas del Brasil. La narracion del autor de la Argentina, tiene sin embargo todos los caracteres de la verdad y ha hecho bien en seguirla el Dean Funes. Centenera pinta los buques de Zárate como «mal aderezados,» á cuyo bordo iban mezclados y confundidos los solteros y los casados, las casadas y las doncellas, á manera de condenados á muerte.¹ Una de las embarcaciones era un patache que conducia como quince ó veinte pasajeros, segun la espresion del mismo Centenera, quien parece quisiera significar que eran gentes de condicion especial. Bien pudiera referirse á los primeros religiosos franciscanos de quienes Zárate fué tambien el primer importador en el Rio de la Plata, en cuyo número, que le hace ascender hasta veintiuno, se contaba el afamado misionero frai Luis Bolaños, que estudió antes que nadie la lengua guaraní aplicándole las reglas de la gramática, y á quien se atribuye la formacion del mas antiguo de los diccionarios de aquel idioma.

1. Canto 8º.

A poco andar, la «armada entregada á las ondas de Neptuno,» es acometida de tan recio vendabal que solo se salva por la misericordia divina,

Y viendo andar el mar por las estrellas
De temor lloran hombres y doncellas.

Esta tempestad les asaltó en el golfo de Yeguas, y despues de haber descubierto la costa «malhadada» del Africa, llegaron á los veinticinco dias de navegacion y en la madrugada de uno de ellos, á la isla de Gomera en donde se olvidadaron todos los pasados peligros y las promesas que el temor de Dios les había arrancado durante el peligro:

Que pasado el peligro, olvida luego
El marchante el voto, prece y ruego. ¹

A los tres dias de reposo en aquella isla, salieron de la Gomera para las de Cabo Verde en via recta y llenos de contento, «gozo que se volvió muy presto en llanto,» porque á causa del mal viento y el error de los pilotos, anduvieron los navios sin concierto, hasta que lograron tomar el bueno y muy alegre puerto de Santiago. Y aquí, el autor, cumpliendo segun él con su obligacion,² describe el «temple» de aquel puerto, cuyos habitantes, lucidos y galanes, apesar de lo enfermizo del lugar y lo peligroso,

por el inglés corsario belicoso,

viven, como buenos lusitanos, contentos y alegres.

Centenera parece que fué bien tratado en Santiago y visitado por los principales vecinos, entre los cuales hace es-

1. Canto 8º oct. 8.

2. Se infiere de la lectura de este poema que el autor tenia compromiso con Zárate de escribir los hechos de que éste se prometia ser el héroe.

pecial mencion de un caballero de buen trato y compostura; alegre, placentero, conversador y decorado por mayor abundamiento, con una *encomienda*. Este «desventurado,» estaba casado con una negra rica, cosa que á Centenera, que no era portuguez, le causa gran admiracion y le arranca la siguiente epifonema:

¡Mirad pues el dinero á cuánto obliga!
Que sufre este en sus ojos una viga.

La expedicion continuó su viage con viento próspero; pero muy pronto sobrevinieron las pesadas calmas de las cercanías de la línea y su calor sofocante, de manera que todos perdieron el contento y se habrian considerado felices en regresar á España, mucho mas cuando pasaron en esta situacion quince dias largos durante los cuales,

algunos en la línea se murieron.

Doblada la línea, y estando á 10 dias del mes de marzo, (1573) estacion en que con cierto tinte melancólico, recuerda el autor que comienzan á tomar nuevo trage los campos de su España, se separan involuntariamente las naves de la expedicion, las cuales con rumbo al Brasil, y temerosas de los peligros de sus costas, estravian el rumbo, y el *patache* llega antes que los demas al puerto de San Vicente. Aquí encontraron al famoso por sus desmanes, Rui Díaz Melgarejo, encargado de llevar al Brasil desde la Asuncion al gobernador Felipe de Cáceres, el de los pleitos, disentimientos y rencillas con frai Pedro de la Torre primer obispo del Paraguay, quien tambien acompañaba, con intencion sin duda de procesarle en la corte, al prisionero de Ruiz Diaz. Y aquí tambien tuvo ocasion Centenera de conocer y de tratar al céle-

bre misionero José Anquieta, en cuyos brazos murió el mencionado obispo La Torre, y acerca del cual le dió algunas noticias propias de la crédula piedad de aquel apóstol brasileiro.

Parte de la gente del patache, aconsejados por Melgarejo continuaron el viaje en su compañía, y parte se quedó en San Vicente, reflexionando que el haberse extraviado del resto de la flota les proporcionaba la seguridad de que allí disfrutaban. Entre tanto las demás naves del Adelantado, descubrieron tierra en la mañana del 21 del mismo Marzo, sin lograr puerto en ella hasta el día 3 de Abril en que entraron en uno muy desabrigado llamado de don Rodrigo. Tomada desde allí la derrota del Rio de la Plata, fueron asaltadas las naves por una borrasca en la que el mar, al mandato del sañoso Neptuno, levantaba olas tan altas como los picos de Teide ó de Potosí, poniendo en conflictos á la Capitana, y á la Viscaina que habian logrado guarecerse en una especie de bahia. Hallábanse todavia en tierras del Brasil y en dominios de la raza guaraní, como pudieron serciorarse los que se aventuraron á dejar las naves y á ponerse en relacion con los naturales, quienes acogieron muy bien á los españoles y los sirvieron en cuanto les fué posible. Ellos mismos con la mayor confianza se entraron en las embarcaciones menores para conducir á los navios sus productos, que trocaron por objetos de la industria europea. Usaban, dice Centenera, flechas y muy crecidas, tenian las carnes ennegrecidas por el aire y el sol, y sin embargo mostraban deseos de cubrirlas como los españoles;

que estima esta nacion mucho cubrirse
y nuestro modo y forma de vestirse.

1. Nota 6^a del canto VII.

Un indio anciano, les aconsejó que se dirigieran al puerto de Santa Catalina, ofreciéndoseles él mismo á servirles de práctico. Aceptaron el consejo y la oferta y reuniéndose todas las embarcaciones de la expedicion, costearon la tierra hasta sondear en el puerto de *Iyumiri*, nombre que significa «boca angosta y chica.» Aquel surgidero era capaz para mil naves y abundaba en pescado: los aires eran apacibles, la tierra amena y alegre;

empero del armada Zaratina
aquí fué la caida y grande ruina.

Espresamente seguimos á la letra el testo de Centenera, porque estos pormenores tan significativos han pasado como si no constaran de la crónica escrita por un testigo ocular, para la mayor parte de los historiadores del Rio de la Plata. Azara especialmente, que tanto ha aprovechado de la exactitud prolija de la «Argentina,» poseido de su mania de ocultar los desastres de las empresas de la conquista, ocasionados por la imprevision y la incompetencia de sus gefes, pasa como por sobre áscuas, sobre «los trances dolorosos, el hambre, la tristeza, la muerte, los suspiros y lamentos,» que al terminar el VIII de sus cantos reserva para el nono el historiador en verso del Rio de la Plata.¹

Este canto IX, es una rara galanteria de su autor, pues no nos parece muy propia la materia para ofrecerla como lo hace, á las «damas bellas» en cuya hechura se complace la naturaleza. Pero sea cual fuere la razon de esta estraña dedicatoria, la de los males padecidos por la gente de Zárate en la isla de Santa Catalina «de tantos españoles sepultura,» la atribuye su historiador á la codicia y al egoismo que cegaban

1. Véase el párrafo 133 de la hist. del Paraguay etc. edicion de Madrid.

al Adelantado. Pocos dias despues de haber celebrado con gozo y alegria la fiesta del Corpus, y dado por esta circunstancia la denominacion de *Corpus Christi*, al puerto donde se hallaban los espedicionarios, abandonólos el Adelantado dejando en su lugar al capitan Pablo Santiago, y llevándose consigo ochenta hombres selectos al puerto de Ibiacá, lugar poblado y bien abastecido por la liberalidad de los indigenas. Quedaron en la isla entregados al mayor desconsuelo y sugeridos á una mezquina racion de seis onzas de harina por cabeza, como trescientos soldados y cincuenta mugeres entre doncellas y casadas,

sujetas á miseria y tristes hados.

Al Adelantado «muy poco se le dá» que perezcan de necesidad aquellos mismos á quienes tenia obligacion de cuidar y favorecer y cierra los oidos á las advertencias que se le hacen sobre la escasez de las raciones; porque él que «está seguro en talanquera»,¹

muy poco se le dá que el otro muera.»

Asi fué, que desmoralizados los soldados con semejante conducta, comenzaron á desertar sin que fuera bastante á contenerles la severidad de la última pena, que se aplicó á mas de uno. Cinco gallegos y un castellano fueron los primeros que se internaron en el corazon de la isla, y á estos siguieron tres grumetes de corta edad y un

portugués mulato brasileiro,

el cual fué capturado y condenado á muerte de horca, escapándose de esta pena, no por que alegase haber recibido los primeros grados de sacerdote, sino por haber muerto de pa-

1. *Talanquera*—sitio que asegura de algun riesgo.

vor cuando vió que no le valia para nada su ingeniosa excepción.

Al mencionar estas sentencias aplicadas á delitos que atribuye exclusivamente al hambre, se levanta Centenera con todos los ocho versos de una estrofa, contra la inhumanidad del juez que las dicta y hace cumplir, haciendo recaer el peso de la responsabilidad sobre el gefe causante de semejantes injusticias. ¹ El cuadro que dibuja (en este canto dedicado á las damas) del estado á que habia reducido el hambre á los de la isla, rivaliza en horror con el de la torre de Ugolino:

A muchos el *pellejo como manto*
les cubre mal los huesos descarnados;

solo el mirarlos causa horror, y de diez, de á veinte, van sucumbiendo dia á dia, sin que valga ni la hermosura, ni la gentileza, ni el valor, pues la hambre «perro y rabiosa,» no respeta á nadie y confunde en un mismo hado al rústico con el hombre sapiente. ²

Así se van ya todos acabando,
Que es lástima de ver ruina tamaña.

Los amantes suspiran, los niños desfallecidos sollozan en el seno de las madres, y estas maldicen su suerte al verlos padecer tanta desventura. Ojalá no te hubiera parido, esclama una de ellas estrechando á su hijo entre los brazos ó hubierais ídote al cielo en tierna edad: mas te valiera haber quedado mendigando de puerta en puerta el pan en tu aldea, aun que hubiese estado condenada á oír tus gritos al abandonarte:

1. Octava décima quinta del canto IX.

2. Octavas 18 y 19 del mismo canto IX.

Maldito seas honor, y honra mundana,
Pues bastaste á sacarme de mi asiento,
No me fuera mejor pasado llano,
Que no buscar mejora con descuento!
Viniérame la muerte muy temprana,
Y nunca yo me viera en tal tormento:
Mas quiso mi desdicha conservarme,
Para con crudo golpe lastimarme.

Pocas veces, miramos los males de la conquista bajo el aspecto que nos los presenta este fragmento de una crónica; prueba de lo poco que vale la historia para nuestra enseñanza, cuando, como sucede generalmente, se ocupa de preferencia de los hechos heroicos y de los actos brillantes. Estos hallazgos en que se sorprende lo que la historia calla, hacen interesante y grata la lectura, algo indigesta, de los escritos de la especie del que tenemos por delante. Ponerlos al alcance de todos es una buena obra, á nuestro entender, y por esta razon examinamos y resucitamos con paciencia, las impresiones que causaron en un testigo ocular estos detalles íntimos, mas interesantes y patéticos que las invenciones de una novela, y que los pretendidos historiadores desdeñan, ó porque no saben sacar partido de ellos, ó porque confunden la verdadera dignidad de la historia con las formas frias y entumidas que no permiten ni movimiento en los pormenores ni colorido en el conjunto, dejando tan yerto como ellas el corazon del lector.

Es verdad que á veces la inocente ingenuidad de los cronistas del género de Centenera, ponen á prueba la crítica mas benévola hácia ellos, no dejando discernir si se equivocan por ignorancia, exajeran por producir efecto, ó faltan á

la verdad á sabiendas. De estas dudas no pueden salirse sino conociendo el estado intelectual y moral de la época en que escriben. Por lo general ellos no mienten, y aun en aquellas ponderaciones y abultamientos de las cosas en que con frecuencia incurren, se descubre en el fondo algo de real, que es como el gérmen de la formacion absurda que fecundan con la credulidad ó la imaginacion. Observan mal y erradamente los fenómenos físicos, porque en la ciencia de interpretar á la naturaleza no se hallaba mas adelantado que ellos el mismo Aristóteles, que era la enciclopedia y el maestro de todas las escuelas. La ignorancia de las causas, y la docilidad para creer hasta en lo absurdo, á que los predisponian las creencias religiosas, y esa atmósfera mística en que vivian, poblada de santos, de apariciones, de espíritus malignos; interviniendo á cada instante en los hechos del mundo real, en todos los actos de la vida, y variando caprichosa y misteriosamente las leyes inmutables de la creacion, son el motivo de la mayor parte de esas fábulas, ridículas á veces, á veces repugnantes de que se hallan plagadas las narraciones que pertenecen á la vez á la historia y á la fantasía. Y no solo en este género de escritos se observa lo que acabamos de decir: la biografía de hombres meritorios, de propagandistas de una doctrina que tanto predica la caridad como la verdad, está escrita de manera, que si no fuera el respeto sincero que ciertos nombres mezclados al movimiento de nuestra historia nos impone, podíamos tacharles de impostores, con pruebas en la mano. Pero esa impostura bien examinada, no es mas que piedad y credulidad á la antigua, y esas biografías á que aludimos, no son otra cosa mas que procesos de canonizacion para lo futuro, puesto

que la mayor recompensa que pudiera dársele á un hombre en aquellos tiempos era colocarle en efígie sobre los altares.

Hemos abandonado por un momento á las víctimas del hambre para salvar á Centenera de las sospechas que pueden recaer sobre su veracidad al leer la relacion de un suceso que tuvo lugar entre dos enamorados en la misma isla de Santa Catalina y durante la escasez de los alimentos. Es de advertir que nuestro poeta no se muestra indiferente ni frio siempre que el amor entra para algo en su materia, y que los episodios eróticos de su poema son por lo comun los mejor versificados, los mas armoniosos y naturales, como lo veremos mas adelante. El caso extraño y que solo el referirlo daba pena al autor, es el siguiente:

Pasaban por bien casados un hombre y una muger, quienes abandonando á sus legitimos consortes é hijos en España, en Hornachelos, quebrantaron sus deberes, arrastrados por una pasion tan ardiente como reprehensible y trataron de morir para el mundo que dejaban, trasportándose al nuevo en los navios de Zárate. Esta pareja aun que se amaba mucho, y tal vez por esta misma razon, sentia hambre como los demás necesitados y salieron juntos á *palmitos*, es decir, segun entendemos, á cojer cogollos tiernos de las palmeras que abundan en aquel país. Intérnanse en las selvas, y allí les sorprende la noche que pasan bajo el techo de los árboles, el amante devorado por una fiebre aguda y su compañera velándole y aflijida al contemplarse en aquella situacion y en semejantes soledades.

No quiero referir lo que trataron
los tristes dos amantes y su llanto,
las voces y suspiros que formaron
porque era necesario entero canto.

dice Centenera, y continúa diciendo que así que Febo completó la rondonez de su carrera y mostró su rostro colorado vistiendo de librea á las montañas, esto es, al salir el sol al día siguiente, trató el amante sin ventura á pesar de su enfermedad y del cansancio, de salir de aquellos bosques y de buscar el camino que habian perdido. El miedo no le deja libertad para discurrir y en vano se esfuerza y examina por todas partes el terreno para dar con la senda salvadora. Lejos de esto, se hallan de repente á la orilla del mar en donde crece para ambos la incertidumbre; y la dama amonesta al galán á que vaya de nuevo á buscar camino y regrese allí así que le haya encontrado.

Quedó por esta causa allí la dama
de dolor y congoja y pena llena,
do la siguiente noche tuvo cama
triste, sola, llorosa, en el arena.

Y mientras esta desgraciada se desespera en lecho tan húmedo y poco mullido, su estraviado amante asorda los bosques publicando á gritos su desventura é invocando la muerte.

Mientras tanto un nuevo peligro para la dama, como lo verá el lector, viene á agravar su situación. Un pez de espantable compostura sale del mar arrastrándose por la playa y diríjese con miradas ardientes y arrojando al parecer jemidos, hácia la desvalida que habia pasado

tan mala noche; obligándola á huir temblando y gritando de miedo hácia una montaña inmediata. Por fortuna, cuadra la casualidad que en el momento mismo de semejante, apuro se presenta el amante que acaba de hallar el camino buscado, y echándose en brazos de la perseguida, la liberta de las malas intenciones de aquel mónstruo marino y juntos se dirijen ya bien orientados al campamento de sus demas compañeros. Llegaron allí, al fin, hambrientos, macilentos, desfallecidos y casi muertos, y cuando creyeron tocar el término de sus malos ratos les esperaba el peor de todos para personas que tanto se amaban. La justicia se puso de por medio entre ambos, por que informada del mal origen é ilejitimidad del vínculo que les unia, los separó y castigó sin que diga Centenera qué especie de pena se les impuso, habiendo sido él, en persona, el encargado de aplicarla. Este oficio, el de juez ó ejecutor de la sentencia, le cupo al autor «por suerte» y observa que todo castigo estaba de mas puesto que los delincuentes no podian sufrir pena mayor que la de verse separado el uno del otro. ¹

Falta mucho todavia, para que el cuadro de la desolacion de la Isla de Santa Catalina que nos ha bosquejado Centenera, quede completo. Sus tintes sombríos guardan todos los tonos, desde el ridículo hasta el horrible. El hambre era tal, que los hombres se arrojaban á todo género de delitos para satisfacerla y sobre todo al de la insubordinacion y la huida, de manera que

era dolor, tristezas y tormentos
el ver poblar las horcas de hambrientos.

Todo animal, todo reptil, por inmundo que fuera, los sapos ponzoñosos é hinchados, los escuerzos nocivos, sabiales á aquellos desgraciados á esquisitos manjares, á punto que el mismo Centenera, que sin duda era persona de calidad entre los de la expedicion, se vió reducido á comér con repugnancia al principio, unas lagartijas pequeñas que despues le parecieron muy bien y tan sabrosas como carne de cabrito. ¹ El que podia encontrar una culebra para su cocina era envidiado hasta de su padre y hermanos. Algunos se habian hecho diestros en cazar ratones y una «especie de lirones,» que se guisaban como conejos, pues aunque carecian de aceite y vino *añejo* para condimentarlos, ²

la gran hambre prestaba salmorejo.

El compañero fiel del hombre, era astutamente robado á sus dueños para saciar los «vientres hambrientos.» Al perro que encontraban suelto, le mataban inmediatamente, y sin esperar á que se cociera bien ó se asara, lo devoraban para evitar que el dueño llegara á conocer al delincuente. Cuánto no seria el precio y la estimacion de los buenos comestibles, en vista de esto? Centenera nos da la medida, contando detenidamente lo que aconteció á un mozo tambor de lá armada, el cual sabiendo que en la posada de dos mujeres, doña Catalina y Florentina, habia un resto de raciones, se dirigió á ella á toda prisa y cautelosamente, despues de pasada la media noche. Entrando en «la chozuela,» fué sentido y aprendido por las que vivian en ella, sin que el pobre pudiera escabullirse ni conseguir misericordia de aquellas

1. Cant. IX. oct. 43.

2. Suprimimos algunos detalles, verdaderamente repugnantes como el que continúa la octava 45.

cruelles abastecedoras que le cortaron las orejas y la clavaron al techo por gala ó para escarmiento de otros ladrones. Conociendo luego que habian procedido mal, «haciendo justicia sin justicia,» y que corrian riesgo de ser castigadas, devolvieron la oreja á su dueño acompañada de diez raciones para taparle la boca. Este hizo un uso singular del miembro recobrado, pues le servia como de órden jirada contra las depositarias de las raciones, ya en beneficio de él propio ó ya de algun otro á quien transferia temporalmente la oreja. Las delinquentes arrepentidas, se ablandaban en presencia del cuerpo de su fechoria, y daban algo que comer á condicion de que cuanto antes les quitaran aquel espectáculo de delante.

Las damas que cometieron esta alevosia, «eran de bajo ser,» como lo prueba su malicia, porque las bien nacidas no se atreven á cometer semejantes exesos por mas que sea tesoro propio del bello sexo en general, la ingratitud, la maldad, las lágrimas, la mentira y la venganza, segun las palabras espresas de nuestro cronista. Y si no, agrega, pregúntesele á Aristóteles qué piensa de las mugeres, y leerán en su escritura que son inclinadas en demasia á llorar, á murmurar y á la pereza, aunque les reconozca la virtud de ser parcas y sustentarse con poco alimento: opinion de cuya exactitud tuvo el mismo Centenera ocasion de cerciorarse, pues habiendo padecido no menos escasez que los hombres, no pereció de hambre una sola siquiera de las mugeres que se encontraban en la isla.

El Adelantado, cuya conducta indiferente para con aquellos desgraciados, no puede explicarse sino «por su poca disposicion para tomar á tiempo providencias acertadas,» defecto de

que le acusa tambien el historiador Guevara, resolvió al fin ponerse en movimiento, y abastecer de los viveres necesarios á su gente para continuar viaje hácia las aguas del Plata. El y su «sargento mayor,» cuyo nombre calla Centenera, no encontraron otro arbitrio para proporcionarse bastimentos y abrigo, que el muy cómodo de arrebatarse á los generosos indígenas cuanto poseian, recorriendo al efecto «sin pereza» los mas apartados aduare, «dejándoles barridos de alto á bajo» y completamente vacios. A este indio le toman el hamaca, al otro las pieles ó mantas con que se cubria: no dejan ni una estaca en la pared (palabras testuales) todo lo destrozan, y no contentos con estos exesos, bastantes para enagenarles la buena voluntad de los dueños del suelo que pisaban, agravan la ocasion del descontento ofendiendo á cuanto varon «tenia mujer moza,» segun el testimonio franco de Centenera. Obsérvese de pasada, cómo ha sido hasta aquí referida la historia de la conquista, por los escritores parciales ó que presumen de medidos. Azara, por ejemplo, que conocia todos estos pormenores, puesto que se vale con entera confianza de los datos de la «Argentina,» consagra solo dos renglones á la permanencia de Zárate en territorio del Brasil, «donde proveyó dice, los viveres que pudo de los guaraníes de la isla.» El modo como los proveyó los deja en silencio, juzgando sin duda que la reprobacion que como crítico de escritores primitivos fulmina contra Centenera, habia de condenar á perpétuo olvido las páginas ingenuas de uno de nuestros mas exactos cronistas.

Es sabido, y creemos haberlo dicho ya, que el interés histórico de la «Argentina» se encuentra especialmente en el periodo que comienza en 1573 con la expedicion de

Zárate, se extiende á toda la administracion de don Juan de Garay y termina con la del inmediato sucesor del Adelantado. Las páginas de esta crónica, referentes al descubrimiento del Rio de la Plata, á su conquista anterior á la venida del autor, y que por consiguiente relata bajo la fé de agenos testimonios; su manera de explicar cómo se poblaron estas regiones y el origen semi bíblico, semi fantástico que atribuye á la raza Tupí; la descripcion de los fenómenos naturales de estos paises, etc. etc. son páginas muy curiosas, y entretenidas tambien; pero sobre estas materias pueden consultarse otras fuentes con mayor fruto que el que proporciona el poema de Centenera. Es por esta consideracion que hemos comenzado á hojearle por aquellos de sus cantos que contienen el derrotero de la expedicion desde San Lucar, sacando de entre sus octavas ciertos pormenores que hasta aqui han estado encerrados como piedras valiosas (en nuestro concepto al menos) bajo envolturas rudas y ásperas para el tacto delicado de los historiadores meticulosos.

Por consiguiente dejaremos para mas adelante el exámen de aquellas partes de la obra de Centenera que menos inmediatamente se relacionan con el verdadero interés de la historia de que el fué testigo y actor, y acompañaremos á Zárate en su travesia desde el Brasil hasta las márgenes de nuestro rio, siguiéndole en sus operaciones militares como conquistador, y sacando de sus actos y conducta las reflexiones á que dan lugar los pormenores anecdóticos que constituyen el mérito desconocido de su cronista.

La gente del adelantado se hallaba dividida entre la isla

y la tierra firme, y no sin dificultad hubo de reunirse en un solo cuerpo para continuar la navegacion. Gracias á la pericia y buena voluntad de los indios, en cuyas canoas se trasportaban á las naves los soldados españoles, solo pereció un corto número de estos en los anegadizos y lagunas de aquellos parages. Unos por tierra y otros en las embarcaciones de los naturales, llegaron despues de cuatro dias penosos al lugar del embarque general, en donde el Adelantado redobló su rigor con los que habian intentado sublevarse y huir, como dejamos dicho. De entre estos el peor parado fué un tal Sotomayor. Condenado á muerte y estando ya el verdugo para «quitarle la escalera», es decir próximo á quedar colgado en el aire el delincuente para escarmiento de sus cómplices y demás espectadores, pidió una tregua, alegando que tenia por costumbre rezar todos los dias una oracion y que en aquel no habia podido cumplir con este acto devoto. Cuando pronunciaba estas palabras llenas de encarecimiento: «dejádmela decir,» aludiendo á su oracion religiosa, cortóle la palabra, el «sayon», retirándole la escala de la horca, quedando Sotomayor colgado de los palos. Este espectáculo fué el postrero que en aquellos lugares vírgenes hasta entonces de la justicia de los hombres civilizados, dieron los soldados de Zárate, con admiracion y estrañeza sin duda, de los *bárbaros* que lo presenciaban.

Los pilotos, no eran muy entendidos en el derrotero de las costas en que se encontraban, y anduvo la armada por muchos dias, yendo y viniendo, entregada mas que á la ciencia náutica á los caprichos del acaso y de los vien-

tos que agitaban el mar poniendo nuevamente en peligro la vida de los expedicionarios, quienes creyeron por momentos tener por sepultura el mar,—aprension que no solo á las mugeres viejas y jóvenes las hacia llorar y poner el grito en el cielo, sino á los varones de ánimo mas firme. Por fin, al caer de una tarde, descubrieron la tierra. por todos deseada; pero sin saber dónde se hallaban ni cuales podian ser aquellas costas que les ocultaba la oscuridad. Vino la mañana del dia siguiente y continuó el viage «medio á tientos», hasta que despues de tres dias tomó puerto la armada en San Gabriel, dentro del Rio de la Plata. A esta armada no le fueron propicias las divinidades del mar durante su navegacion, y no es culpa de Centenera si se vé obligado á cada instante á pintarla amenazada por las olas, cosas que de tan mal humor le reprocha Azara. En el puerto mismo hubo de peligrar mas de una vez, y muy especialmente al fondear en el de San Gabriel, pues experimentó en él un huracan tan fuerte (probablemente un pampero fresco) que puso á dos dedos de su pérdida total á toda la expedicion «zaratina». El caso debió ser apurado, pues por mucho que el ripio y el consonante hagan cargar la mano al poeta y empapar demasiado en colores su pincel, si es cierto que allí fueron echadas á pique y derrumbadas en la costa las embarcaciones, no deben parecer exagerados estos cuatro versos relativos á semejante situacion:

Pilotos y maestros, marineros,
Grumetes, pages, frailes y soldados,
mugeres y muchachos, pasajeros,
andaban dando voces muy turbados.

El mismo autor al recordar este trance cuando lo escribía, asegura que se turbaba y temblaba, porque vió tales cosas que le parecieron presagio del juicio final.¹

Estas contrariedades frecuentes experimentadas por la armada, no las atribuye tanto Centenera á la incapacidad de los pilotos, que él mismo nos revela, ni á lo mal aparejado del patache, de la cebra y de la viscaína, sino á la intervencion del demonio, interesado en que no creciera la fé entre los paganos, los cuales iban ya entregando con fervor las cabezas á las aguas redentoras del bautismo, y renunciando á sus maldecidos ritos, como le era bien notorio á aquel enemigo incansable de la salvacion de las almas. Esta razon es clara para mí, dice el poeta en versos verdaderamente endemoniados. La inicua intencion de Satanás es causa de que «nuestra Armada nunca esté segura» pues viendo que poco va á durarle su reinado,

movido de rencor y crudo duelo,
con las ondas del mar enturbia el cielo.

Si no supiéramos que muchas veces nos es provechoso el mal que experimentamos y que nuestras desgracias son fruto de nuestros propios delitos, observa cuerdamente el poeta, no podríamos soportar el azote que nos descarga Satanás con cruda mano. Gracias debemos dar á Dios que le pone freno y le sujeta á raya, que si no, todo el linage humano estuviera ya en el infierno. Y así dice San Pablo, agrega, que siempre anda en lucha el demonio con nuestra especie, ansioso por tragarse al hombre; incitándole y tentándole con sus artes y mañas, y cuando le salen fallidas,

1. Canto X, oct. 15.

Conténtase con hacerle mil burletas.

Y como Centenera, á mas de cronista, era tambien misionero, da el saludable consejo á los que aspiran á gozar del paraíso, de no tener trato de ninguna especie con Satanás, y cuenta con este motivo algunas aventuras desgraciadas de que fueron víctimas varios pecadores. Uno de ellos, llamó una vez al demonio en su ayuda para que le descalzara, y este le llevó la pierna junto con la bota, dejándole cojo para toda la vida. Pero el caso mas ejemplar es el del gran marino Carreño, que hizo viage desde las Indias hasta España en solo tres dias, porque su nave la tripulaba una legion de demonios; espíritus tan traviesos que egecutaban la maniobra al reves de las voces nauticas del piloto. Cuando este ordenaba á aquella estraña tripulacion «largar escota», aferraban las velas del trinquete y la de mesana, y cuando mandaba izar, amainaban; lo que visto por el capitan y comprendiendo la malicia, ordenó en adelante todo lo contrario de lo que en realidad queria que se ejecutase: así se salvó la nave y atravesó el Atlántico en el tiempo que queda dicho, que es justamente la décima parte, cuando mas, del que hoy emplea el mejor piróscafo movido por la fuerza de centenares de caballos de vapor.

Al Armada volviendo:—habia quedado
la capitana en seco, y sin antena,
sin árbol, que ya dije fué cortado
un dia de bonanza con mar llena:
por el consejo, y órden y mandado
de Juan Ortiz, zaborda en el arena;
y así quedando hecha fortaleza,
la gente sale á tierra sin pereza.

Es de advertir que la armada traia una nave almiranta, que debia ser montada por el segundo gefe, si los reglamentos maritimos de entonces fueran iguales á los modernos; y una capitana, ó navio principal y cabeza de la expedicion. Mientras la primera, despues de estar á flote, aunque mal parada, por algunos dias, volvió á tumbarse en fondo bajo entrándole el agua por todas partes, la segunda corria una suerte parecida, de manera que quedaron,

.Capitana y Almiranta
entrabas al través.

Hallóse, pues, Zárate, gracias á sus exelentes pilotos y marineros, aunque probablemente contra su voluntad, en circunstancias parecidas á las de Hernan Cortés cuando quemó sus naves. Pero era tal el ansia de aquellas jentes por pisar en terreno firme, que todas saltaron á tierra llenas de alegría, apresurándose cada uno á levantar sus chozuelas.

Los habitantes del pais, eran de nacion charrua, raza crecida, animosa,

en guerras y batallas belicosa,
osada y atrevida en gran manera:

calidades que no desmintieron desde aquellos dias hasta los no muy remotos en que fueron completamente esterminados dentro de los mismos bosques y breñas en que sus valientes abuelos repelieron á sus conquistadores. Gobernábales á la sazón un cacique anciano llamado Zapicano, de quien era primer teniente su sobrino, Abayubá, mancebo muy lozano y que debia participar en alto grado de las virtudes físicas y de ánimo que distinguian á los de su raza.

Eran estos charruas, segun las testuales espresiones del Cronista, ágiles, sueltos de miembros, capaces de alcanzar en la carrera á los venados, y de abalanzarse á los mas fuertes avestruces, los cuales cuando les quedaban á trasmano los tomaban valiéndose de unas *bolas* que usaban;

y tienen en la mano tal destreza
que aciertan con la bola en la cabeza.

Tan diestros son en el disparar aquellas armas arrojadizas, añade; que á cien pasos de distancia («cosa monstruosas») aciertan en el blanco hácia donde dirijen el tiro.

Esta arma primitiva y esclusivamente americana del sur, «tan temible como las de fuego y que quizá se adoptaria en Europa si la conociesen,» segun las testuales espresiones de Azara, dice este mismo, que no la usaron jamás los charruas, sino los *pampas*, y que Barco Centenera, se equivoca en esto. Pero aquel exelente escritor, atado siempre á su fórmula etnográfica de que las tribus indigenas no abandonan ni cambian sus usos y costumbres, niega á los charruas el empleo de las bolas porque no las vió en manos de ellos en la época modernísima en que tuvo ocasion de estudiarlos. Contradicese, sin embargo, al armarles con lanzas de cuatro varas con *moharras de fierro* que compran en tiempo de paz á los *portugueses*; mostrando así, con hechos, la modificacion que especialmente, en materia de armas, introdujo entre los aborígenas el contacto con los europeos. No hay razon por tanto para desmentir á Centenera, en este negocio de las bolas, de la manera terminante con que se hace. El poeta cronista era testigo ocular: entre él y Azara mediaban mas de dos siglos de distancia en tiempo, y es bueno, á mas, no echar

en olvido, que en el asalto de Buenos Aires de Mendoza, los querandies fueron aliados de los charruas y que en esta famosa embestida de la *barbarie contra la civilizacion*, silbaron sobre las cabezas de los que se defendian en nuestra primera cuna, las terribles armas arrojadizas que con tanta certeza manejaban segun Centenera los guerreros del bien apuesto y denodado Abayubá. No menos desautorizada es otra desmentida del mismo Azara, asegurando que los charruas no han sido ni son tan veloces á pié como lo quiere Centenera. Pero el ilustre viajero cuando los conoció eran ya segun él mismo, los primeros ginetes del Plata, y cuando por consiguiente, en el periodo de mas de dos siglos, habian perdido el hábito hasta de caminar por sus piernas.

Detengámonos algunos renglones mas en estos pobres *Charruas*, que bien lo merecen por lo prócer de su estatura, por la robustez de su naturaleza física, por la constancia indomable de su bravura, y por el interes que inspira una nacion entera esterminada á sangre y fuego, por obra de los conquistadores y de sus sucesores. Cupo á la nacion Charrua igual suerte que á aquella otra de las Antillas, que tuvo la desgracia de ser la primera del nuevo mundo que vió habitantes del antiguo, presenció las primeras ceremonias del culto de los cristianos, y desapareció de sobre la haz del paraíso en donde Dios la habia colocado inocente y libre, acribillada por las balas cobardes de los cañones y de los arcabuces, por el ventajoso tajo de las armas de acero, por el peso de trabajos á que no estaban habituados y por la pesadumbre que se apodera de! alma independiente bajo las cadenas del esclavo. La raza á que aludimos quedó ester-

minada á punto que no han quedado mas testimonios de su existencia que la palabra *Caribe* y los vestigios de su rico y pintoresco idioma—el uno para probar hasta donde son injustos los vencedores, y el otro para demostrar lo selecto de aquellas inteligencias que habian podido crear signos tan bellos y bien amoldados de comunicacion entre sí.¹

Los Charruas pueden llamarse tambien los Araucanos del Plata: menos numerosos que estos, sucumbieron; mientras que aquellos aun resisten y obtendrán al fin justicia tomando la parte que les cabe en el banquete de la civilizacion. Y esta pariedad resulta en la «Argentina» sin que lo advirtiera el mismo autor, porque si hay en sus poemas estrofas que en algo se aproximan á las bellísimas de Ercilla, son aquellas en que describe á los valientes con quienes Zárate tuvo sus primeros encuentros:

La gente que aquí habita en esta parte
Charruahas ² se dicen de gran brio,
 A quien ha repartido el fiero Marte
 Su fuerza, su valor y poderio.

1. Es bien sabido que en casi todas las lenguas europeas, la palabra *Caribe*, suena como antropófago, bárbaro superlativamente, feroz, indómito etc. etc. aplicada á un hombre ó una accion cometida por hombres. Sin embargo el verdadero nombre de la nacion Caribe, era *Callinago*, segun el Diccionario del dominicano francés Domingo Breton, publicado en 1666. (Véase la *Revista del Plata*—tom. 3º nota 1ª de la pág. 202.)

2. Asi escribe siempre el autor este nombre propio, mostrándonos como lo pronunciaban los que le llevaban, en la época de la conquista. La medida del endecasílabo manifiesta claramente que la *ua*, es un diptongo que se disuelve con un acento en la primera vocal, debiendo leerse: *cha-rrú-a-has*. Y si esto fuese asi, como nos parece evidente, adónde iria la liviana etimologia que dá don Pedro de Angelis á la voz *Charrua* con el auxilio de los calepinos guaraníes?

Es gente muy crecida y animosa,
Empero sin labranza y sementera;
En guerras y batallas belicosa,
Osada y atrevida en gran manera.

Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan
Corriendo por los campos los venados;
Tras fuertes avestruces se abalanzan,
Hasta de ellos se ver apoderados;
Con unas bolas que usan los alcanzan,
Si ven que están á lejos apartados;
Y tienen en la mano tal destreza,
Que aciertan con la bola en la cabeza. '

.....

Y ya que vamos, llevados por la mano del poeta, á hacer conocimiento con estos primitivos hijos del Plata, tales cuales fueron en la época de la conquista, veamos como eran todavia al comenzar el siglo presente, segun los escritores modernos mejor informados. Los charruas moraban á la orilla septentrional de nuestro gran estuario, entre Maldonado y el Uruguay, estendiéndose su jurisdiccion hasta treinta leguas al interior. Fueron ellos los que salieron al encuentro al primer descubridor del Rio de la Plata (1516) dándole muerte y comenzando con este hecho una guerra que no tuvo tregua hasta que fueron totalmente exterminados el año 1831 por soldados orientales, del ejército de don Fructuoso Rivera. Ni los españoles ni los portugueses pudieron al principio arraigar sus poblaciones en el territorio descripto. Sus valientes señores, destruyeron los primeros ensayos de

1. Canto X. oct. 28 y siguientes.

fortaleza en la Colonia del Sacramento, en las bocas de los rios San Juan, y San Salvador. Los portugueses solo amparándose de la isla de San Gabriel, y defendidos por su orilla escarpada y profunda, pudieron en 1679 tomar pié en los dominios del Charrua, y solo cuarenta años despues, y al abrigo de los formales bastiones de Montevideo, lograron los españoles repelerlos hácia el Norte, para dar espacio á la nueva poblacion ganadera y agricultura que alli acudia de Buenos Aires y de las islas Canarias.

Esta conquista costó mucho alcanzarla, é impuso á los charruas la necesidad de aliarse con sus vecinos los minuanes con quienes hasta entonces no habian mantenido muy buenas relaciones. Acosados por los españoles, en un largo periodo de años, algunos al fin se dieron por vencidos y se incorporaron á las reducciones de Misiones y de Cayastá; pero otros refugiados en las latitudes de 34°, entre los ásperos y desiertos confines de España y Portugal en esta parte de América, continuaron luchando con los soldados de una y otra de estas naciones hasta la época que queda mencionada.

«Quizás han derramado los charruas, dice Azara, hasta hoy (1800) mas sangre española que los ejércitos del inca y de Motezuma, y sin embargo no llegan en el dia á cuatrocientos varones de armas. Para sujetarlos se han despachado muchas veces mas de mil soldados veteranos, ya unidos, ya en diferentes cuerpos; y aunque se les ha dado algunos golpes, ellos existen y nos hacen continua guerra.» Esta capacidad de sobreponerse al número, provenia de la superioridad de su naturaleza fisica sobre la de sus enemigos. Tenian una estatura media de una pulgada mayor que la de los españoles; eran todos como vaciados en un mismo mol-

de: á mas de próceres, bien proporcionados, naturalmente erguidos y bien plantados; ni obesos ni demasiado flacos, sin que se notara entre ellos uno solo contrahecho ó defectuoso.

Llevaban tambien ventaja á los europeos, en su destreza en el manejo del caballo, noble animal de cuya domesticidad se enorgullese la civilizacion y que bajo la brida de los americanos, convierte en realidad la fábula de los centauros. Cabalgaban como los griegos sin estribos y sin arreos, y cuidaban con inteligencia y amor, haciéndole descansar á tiempo, al inseparable compañero de su vida guerrera y nomade. En sus expediciones no necesitaban bagajes, ni equipo de ningun género: podian pasar sin comer y beber muchos dias, porque eran naturalmente parcos, y no necesitaban puentes ni embarcaciones para atravesar rios y arroyos y estensos esteros. Cuando uno de estos obstáculos les salia al paso, abrazaban el cuello de sus caballos, y ambas generosas criaturas convertidas en una sola tocaban á nado la ribera opuesta por ancho que fuese el caudal de agua y por rápida que fuese la corriente.

Usaban los charruas el cabello largo, que era «tupido, largo, lacio, grueso y negro.» Tenian facciones «varoniles y regulares;» ojos pequeños renegridos y relucientes; «la vista y el oido doblemente perspicaces que los de los españoles;» los dientes blancos y bien puestos;» la mano y pié algo pequeños y mas bien formados que en los españoles.» Tal era el hombre charrua segun el testimonio del observador Azara, pintando casi con sus propias palabras. Despues del Apolo de la estatuaria griega, ¿en dónde hallariamos un varon materialmente mas perfecto que este salvaje del Plata? Pudo

haber sido formada semejante criatura para esterminarse y perecer? Estos son problemas que afligen al plantearse y que la complicidad en el crimen se opondrá siempre á darles la solucion única que deben tener en la historia.

La civilizacion europea tiene que llevar las manos á la cara para ocultar su verguenza. Los pocos de aquellos infelices que sobrevivieron á la derrota de 1834, perecieron de nostalgia y de enfermedad en los hospitales de Paris. Un hijo de Francia, compró los prisioneros charruas en Montevideo y los llevó á la gran capital de las novedades, y allí los exhibia por dinero, desnudos en la inclemente latitud de 48 grados norte, haciéndoles comer carne asada de animales inmundos para divertir por dinero á los concurrentes á las ferias parisienses.

Centenera al llegar á la octava 33 del décimo de sus cantos, advierte que se ha entretenido demasiado con los Charruas (y nosotros mucho mas) y teme que se le reprenda el olvido en que ha dejado á la gente cristiana cuyo campo quedó estendido por el desabrigado arenal de la costa, en donde con tanta complacencia habian descendido despues de sendas borrascas y contratiempos. Para reparar esta falta, de que él mismo se reconocè culpable, encontró estrecho el espacio que le restaba en su canto X y reservó para el siguiente la narracion de nuevos llantos y amarguras:

Paréceme que ya me he detenido
Con esta gente tanto, que olvidado
Dirán que tengo el campo, que tendido
Pinté en el arenal desabrigado.
Con su memoria estoy tan afligido,

Que temo de me ver en tal estado:
Esperenme á otro canto de amargura,
Y ayuden á llorar tal desventura.

(Continuará.)

JUAN MARIA GUTIERREZ.



REVISTA DEL RIO DE LA PLATA.

N.º 23.

BIBLIOTECA DE ESCRITORES EN VERSO

Nacidos en la América del habla española, antiguos y modernos.

Primera serie.

Continuacion. 1

SANTUR URRUTIA, FRANCISCO—peruano—«Versos del peruano Francisco Santur Urrutia»—Quito, 1847—1 v.

SANZ, MIGUEL JOSÉ—(licenciado)—venezolano—Nació de padres honrados en Valencia por los años 1754, y fué uno de los americanos que primero vislumbraron la posibilidad de ver libre á su país, en medio del oscurantismo colonial. Dotado de una alma fuerte y de claro ingenio, abrió su entendimiento á las verdades que sobre el gobierno y los pueblos, sobre el hombre y las sociedades defendieron é ilustraron Beccaria, Burlamaqui, Puffendorf. No menos aficionado á la difícil cuanto necesaria ciencia de la economía política, á las buenas letras y á las artes liberales, meditó desde jóven las teorías de Smith; y en sus raros y cortos ocios descansaba de los estudios graves en el regazo de las musas. Sanz, pues, era jurisconsulto, literato, filólogo, econo-

1. Véase la página 469 del tomo V.

mista y poeta. Varias defensas forenses le ganaron fama como abogado y orador, y cuando comenzó la revolución de la independencia, el literato laborioso, promovedor de las artes de la paz, se cambió en hombre de acción, empleando la pluma y la espada para dar libertad á su patria—(Véase el resumen de la Historia de Venezuela por Rafael M. Baralt—cap. XXI.)

SEGUIN, J. M.—limeño—Se conocen algunas composiciones de este señor y entre ellas su soneto al General Le Mar; pero se resistió siempre á reunir las y publicarlas con su nombre. Era muy joven el año 1852 y residía entonces en Lima, donde creemos que nació.

SEMPER, AGUDELO—Citado por Caicedo entre los poetas Sud-Americanos de nota.

SIGUENZA Y GÓNGORA, CARLOS—mejicano—Escribió: *Triumpho parthénico*, que en gloria de María celebró la Academia mejicana—Méjico 1663—4º pequeño 118 páj. (*livre fort rare et non cité: il contient quelques poesies, núm. 2837 del catálogo de Andrade.*)

Primavera indiana, poema sacro de Nuestra Señora de Guadalupe—Méjico 1688—Contiene 77 octavas.

De él es el siguiente soneto:

Á SOR INÉS DE LA CRUZ.

Dulce canoro cisne mejicano,
Cuya voz si el Estigio lago oyera,
Segunda vez á Eurídice te diera
Y segunda el Delfín te fuera humano.

A quien si el Teseo muro, si el Tebano
El ser en dulces cláusulas debiera,

Ni á aquel el griego incendio consumiera,
Ni á éste postrára alejandrina mano.

No al sacro númen con mi voz ofendo
Ni al que pulsa divino plectro de oro
Agreste vena concordar pretendo;

Pues por no profanar tanto decoro
Mi entendimiento admira lo que entiendo,
Y mi fé reverencia lo que adoro.

Fué miembro de la Compañía de Jesus; pero se separó de ella, y por esta razon, á pesar de su mucho mérito literario, no le han dado cabida los hermanos Backer en la Biblioteca de escritores de aquella relijion.

En el Manual de biografía mejicana, por Arroniz, se hallan noticias detalladas sobre este eminente americano.
SILVA, ZAPATA—neogranadino. Está en la lista de los poetas que deben componer el Parnaso Granadino.

SOBRINO, JUAN—Escribió en octavas sobre algunos sucesos de la ciudad de Potosí—según se infiere de un pasaje de los «Anales de Potosí,» libro raro y curioso que se conserva inédito y que merecería caer en manos de un editor entendido.

SORIA, FRANCISCO DE—mejicano—Poeta dramático del siglo XVIII. Escribió «El Guillermo,» «La Genoveva,» «La mágica mejicana.» Hay una noticia sobre estas comedias en el «Album mejicano»—T. 1.º pág. 141 año 1849.

TAGLE, FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE—mejicano—Nació en Valladolid (hoy Morelia) el 24 de Enero de 1782, y estudió humanidades y jurisprudencia en la capital, en

el afamado colegio de San Juan de Letran. Desde que estudiaba gramática comenzó á manifestar su capacidad poética; pero no se dió á conocer al público como escritor en verso hasta el año 1802 con motivo de la estatua erijida al Rey Carlos IV, en celebridad de cuyo acontecimiento, muy ruidoso en Méjico, se abrió un certamen á que concurrió el señor Tagle con una oda —«La lealtad americana,» que obtuvo el premio. Fué profesor de filosofía, desempeñó cargos municipales, y políticos y fué nombrado diputado á las Cortes el año 1814, así como á todas las legislaturas de su país que median entre el año 1821 y el año 46. Hizo mucho por las ciencias y la educacion en su país y especialmente para favorecer las bellas letras costeando con sus fondos por espacio de 5 años la Academia nacional de San Carlos. Fué socio nato de la Compañia Lancasteriana, miembro del instituto de ciencias y artes, presidente de la Academia de legislacion y Economia política, etc. etc.

La invasion Norte-Americana á Méjico le entristeció y le acortó la vida. Falleció el 7 de Diciembre de 1847. Estas noticias están tomadas de una muy detenida que se halla en el «Album Mejicano»—1849, Tom. 1.º pág. 110.

Las obras poéticas del señor Sanchez de Tagle se han publicado en Méjico el año 1852 en 3 vol.—(núm. 4085 del cat. de Andrade.)

TERRAZAS—mejicano del siglo XVI. \ Escribió varias poesias celebradas por Cervantes, á estar al testimonio de don Tadeo Ortiz en su obra ya varias veces citada—«Mé-

jico considerado como nacion independiente y libre.»

TOLON, MIGUEL—habanero—Ha publicado en Matanzas con el título de «Preludios» una coleccion rimas, el año 1844. Tambien hay poesias de él en el «Semanario pintoresco español.»

TONO, ANTONIO JOSÉ—Está en la lista de los poetas que debian tener lugar en el Parnaso Granadino.

TORRE, ESCOBAR FRANCISCO DE LA—granadino—El autor de la historia de la literatura en Nueva Granada, no conoció á este paisano suyo cuando dió noticia de los primeros ensayos poéticos en aquel pais al terminar el siglo XVI, sin embargo conocemos un soneto que se halla al frente de la obra del capitan don Bernardo Vargas Machuca, en su obra titulada «Milicia indiana,» escrito por don Francisco de la Torre Escobar, que se dice él mismo «natural de Santa-fé del Nuevo reino de Granada.» Este soneto debió ser escrito el año 1599, y no es gran cosa.

TORO FERMIN—Venezolano—Estando el señor Toro en Madrid en calidad de Ministro plenipotenciario de su pais, confió sus primeras composiciones poéticas á don Manuel Cañete, literato joven entonces que ha llegado á ser miembro de la Academia española. Este señor las dió á la estampa ocultando el verdadero nombre del autor bajo el seudónimo de *Emiro Kastos*, de que ha usado frecuentemente el señor Toro en sus trabajos literarios. En la obra titulada «Ensayos políticos y literarios de don Salvador Costanzo» se han publicado tambien algunas poesias del señor Toro. Ha escrito picantes artículos de costumbres en los periódicos de Ve-

nezuela, bajo el indicado seudónimo. Ha sido Ministro de Estado en Venezuela en donde se le cuenta en el número de los ciudadanos mas inteligentes.

THOMPSON, JUAN DOCTOR DON—de Buenos Aires—Ha escrito muchos versos, siempre en idioma frances—Se han impreso en Europa dos de estas composiciones, una en un Album al natalicio de la 1ª infanta de la Reina Isabel 2ª y otra en la Corona Lírica de los Azara. En la obrita publicada en Montevideo en obsequio á la memoria de Rufino Varela (1841) á la pág. XXIV, hay entre otras composiciones poéticas una del señor Thompson traducida á continuacion por don Florencio Varela.

TURLA, LEOPOLDO—habanero—Ha publicado una coleccion de sus poesias. (Semanario pintoresco español.)

URDANETA, AMENODORO—Venezolano—Armonias poéticas y religiosas—8º pág. 87—*Caracas* 1865. (Trübner—Biblioth. amer.)

URIBE, SANTAMARIA ELIAS—neogranadino—Comprendido entre los poetas que han de formar el Parnaso Granadino.

URQUINAONA, FRANCISCO—Neogranadino—Nació en Santa-fé en 1785. Era un afamado improvisador, y esta facilidad para producir esterilizó su talento no quedando de él escritas sino poquísimas composiciones. Fué un entusiasta partidario de Bolivar, y falleció en 1835.

Se conserva de él un soneto que debe ser estimado por los argentinos pues está compuesto en honra de uno de los hijos del Rio de la Plata que mas nos han honrado en el exterior, DON JOSÉ ANTONIO MIRALLA, de quien hemos publicado una detenida noticia en la «Revista de Buenos Aires.» Miralla, dice el señor Vergara

y Vergara, fué amigo predilecto de Madrid en la Habana y pasó á Bogotá en 1827 «en donde fué querido hasta el entusiasmo de muchos de nuestros literatos.» Hé aquí el soneto: ¹

Con su traza feroz el tiempo airado
Las columnas de mármol desquiciaba
En que los grandes nombres encontraba
De Iglesias, de Melendez y de Hurtado.

«Nada hay mientras existas despiadado,»
La amistad con sollozos esclamaba;
Y fina de la losa se abrazaba
Do el nombre de un amigo está grabado.

Perdona, oh Tiempo! muévante mis males!
No borres ese nombre, proseguia
Deja ese honor siquiera á los mortales.»

Y por primera vez su diestra impia
Apartó el tiempo de destrozos tales,
E indeleble, MIRALLA, se leía.

URRUTIA, DOCTOR DON MARIANO FRANCISCO—neogranadino—
De Popayan—Sus poesias han sido consideradas dignas
de reproduccion en el Parnaso Granadino.

VALDEZ, JOSÉ MARIA—neogranadino—Natural de Popayan—
Sus facultades poéticas eran asombrosas como improvisador y epigramático, y por esta circunstancia y la de su carácter festivo era el alma de las tertulias y paseos. La siguiente quintilla es una de sus improvisaciones epi-

¹ Se publicó por primera vez en Bogotá, en *la Guirnalda*, Colecc. de poesias. Imp. de Ortiz y Comp. 1855.

gramáticas contra un pariente suyo cercano, cuyo defecto aparece en la misma quintilla:

San Martin con ser francés
Partió la capa con Dios;
Y tú Martin de Valdez,
Si Cristo tuviera dos
Quisieras quitarle tres.

Se cree que murió antes de 1800 y sus obras, estemporáneas, las mas, se perdieron. Cuentan sus contemporáneos que á pesar de su génio inclinado á la zumba, cuando llegaba á escribir en estilo serio era melancólico y tierno.

El afamado don José Maria Grueso, en la introduccion á sus *noches de Geussor*, se dirige á Valdez, de quien fué muy amigo, en los siguientes términos: «¿En dónde, en donde existes ahora, oh tú, génio inmortal que fuiste en un tiempo el honor y las delicias de mi patria? Criatura divina y talento desgraciado, *Valdez*, en dónde existe? Ay! la muerte no ha respetado al que era digno de la adoracion de todo el universo! Los númenes de la poesia y de la elocuencia lloran hasta hoy su pérdida y exhalan los jemidos en las orillas del sonoro Cauca....» (Vergara y Vergara—Hist. de la lit. en N. Granada.)

VALDEZ, GABRIEL DE LA CONCEPCION (a) PLÁCIDO—cubano—Este poeta mas conocido con el seudónimo de Plácido, era un oscuro jóven de color nacido en Matanzas, en la isla de Cuba. Sus poesias aparecieron por primera vez en 1828. Se imprimieron en Barcelõna una vez y tres en los Estados Unidos, siendo la última edicion en 2 volúmenes, de fecha reciente, en Nueva York. Han sido traduci-

das al frances, en prosa y verso por D. Fontaine y publicadas en Paris en 1 v. 8º grueso, el año 1863 con un prefacio de Louis Jourdan. Se han traducido tambien algunas al inglés y publicado en un libro bajo el título «The slave poet,» por el doctor Maddem. En Boston apareció un pequeño volúmen conteniendo algunas composiciones dedicadas á Plácido por el poeta Cuaquero Whitier. Hemos encontrado anunciada una edicion de las obras completas de Plácido, Paris 1857, 1 v. 8 de 418 páj.

Gozaba ya de mucha celebridad cuando fué fusilado el dia 28 de junio de 1844, por las autoridades españolas de la Habana por delito de conspiracion.

Son muchos los escritores que han aplicado su talento á estudiar y juzgar las producciones de este injénio extraordinario: El señor Salas y Quiroga en «su viaje á Cuba;» don Avelino de Orihuela; don Vicente Barrantes en el periódico «la América; los señores Amunategui (muy detenidamente) en el apreciable libro «Juicio critico de algunos poetas Hispano-Americano» —1861— Garcia del Rio en el Museo de ambas Américas, de cuyo artículo está tomado el epígrafe colocado al frente de la corta noticia que dimos sobre Plácido, en la páj. 777 de la «América Poética.»

VALDEZ MACHUCA, IGNACIO—habanero.

Conocemos una composicion firmada con este nombre, titulada «Cantata: los baños de Marianao», escrita el año 1829. Marianao es un pueblo inmediato á la Habana.

VARGAS TEJADA, LUIS—neogranadino—El señor Baralt en su resumen de la historia de Venezuela narrando lo que él llama la conspiracion de 25 de setiembre ó de Ocaña (1828) coloca entre los hombres de aventajadas partes morales y conocida ciencia que tomaron parte en ella «al distinguido poeta granadino Vargas Tejada.» Cinco dias despues, añade el mismo historiador, algunos de los conspiradores pagaron con la vida su empresa temeraria y al promediar octubre catorce de ellos habian sido fusilados. . . . Aciaga y dura fué la muerte del malogrado Vargas Tejada, único de los conspiradores que escapó de la persecucion. Intrincóse en los bosques, y temiendo siempre ser descubierto, vagó desatentado muchos dias buscando de propósito para guarecerse la tierra mas agria é inaccesible. Poco acostumbrado á tan rigoroso jénero de vida, sucumbió por fin á trabajos del cuerpo y del espíritu en impensado y crudo accidente.

Vargas Tejada habia nacido en la villa de Leiva, provincia de Tunja, y su mucha instruccion y variados conocimientos no los debia á estudios regulares que no pudo hacer por escasez de medios sino al despejo de sus facultades intelectuales y á su aplicacion. Era versado en las ciencias, en las artes y en la literatura, y dió pruebas de manejar tan bien la prosa como el verso. Redactó varios periódicos y publicó dos obras dramáticas, una que tiene gran celebridad titulada «las convulsiones» y otra cuyo asunto está tomado de la historia de la conquista, titulada «Adoraminta.» Entre sus poesías sueltas se citan como las mejores dos monólogos — «Caton» y «Pausanias.»

Vargas Tejada dejó de existir antes de cumplir treinta años de edad.

El señor Ortiz ha publicado juntas con las de Caro las obras de Vargas Tejada. En el «Museo de Ambas Américas,» tomo 3º páj. 6, se encuentra un artículo sobre este notable neogranadino.

VALDEZ, DOCTOR JOSÉ MANUEL—peruano—Nació en Lima á mediados del siglo XVIII, de padres de color, como él mismo lo confiesa en la introduccion á una vida que escribió del beato Martin de Porres. Estudió bajo la proteccion de un fraile Agustino en el convento de San Ildefonso, y tomó por carrera la de *cirujano latino*, que era la que mejor cuadraba con su origen segun las preocupaciones de aquella época en toda la costa del Pacífico. El año 1807 se graduó de Licenciado y doctor en Medicina en la Universidad de San Márcos, en cuyo acto leyó una de las tres disertaciones que se imprimieron en un vol. en 8º pequeño y esmerado en Madrid, en casa de Sancha el año 1815.

La práctica de la medicina no le impidió á Valdez el entregarse á la poesia para la cual tuvo felices disposiciones. El jénero que mas cultivó fué el místico y religioso. Fruto de esta inclinacion son las obras siguientes: «Poesias sagradas»—1819—Lima. «Poesias espirituales, escritas á beneficio y para el uso de las personas sencillas y piadosas»—Lima 1833—La fé de Cristo triunfante en Lima.» Lima 1822. «Salterio peruano ó paráfrasis de los ciento cincuenta Salmos de David—1 v. 4º—Lima 1833. De esta hay una 2ª edicion en 2 vol. pequeños, del año 1836.

En la época de la independencia escribió algunas poesías patrias en honor del General San Martín y del ejército libertador. En su carrera obtuvo los empleos más distinguidos, pues fué catedrático de prima de medicina, Protomédico general del Perú, director del colegio de medicina y cirugía de Lima, y socio de la Real Academia de medicina de Madrid—Falleció en Lima poco después del año 1852.

VALDES-MENDOZA, Señorita doña Mercedes.—habanera—Ha publicado poesías con el título «Cantos perdidos.»

En la colección de poesías de varios autores contemporáneos de América, publicada por la «Revista», en Lima año 1851, hay dos composiciones de esta poetisa, en las páginas 163 y 167.

VALDEZ, RODRIGO DE—peruano (limeño)—Poema heroico hispano latino panegírico de la fundación y grandeza de la muy noble y leal ciudad de Lima. Obra póstuma del M. R. P. M. Rodrigo de Valdez de la compañía de Jesús. . . . Madrid—1687—1 v. 4º. en 522 cuartetas compuestas exclusivamente de voces que son al mismo tiempo latinas y españolas.

Falleció á la edad de 73 años en el de 1782.

VALENZUELA, TEODORO—Incluido en la lista de los autores que debían de entrar en el Parnaso Granadino.

VALVERDE, FRAI FERNANDO—peruano—El Santuario de Nuestra Señora de Copacalano en el Perú, compuesto por el R. P. M. F. Fernando Valverde de la Orden de N. P. S. Agustín. Lima, Luis de Lira 1641-4º. Dividido en 18 silvas. Nuestra Señora de Copacalano es una imagen muy célebre en el Perú cerca del Lago de

Titicaca» (Catálogo del «Tesoro» de Ochoa) M. Ternaux Compans poseía un ejemplar de este libro rarísimo.

El P. Juan Teodoro Vazquez, autor de una crónica de San Agustín del Perú, que se conserva m. s. en la biblioteca de Lima, ha escrito una estensa biografía del P. Valverde que hace parte de dicha Crónica, en capítulos separados: de esta crónica extractamos lo siguiente:—El P. Valverde escribió elegantes oraciones y poesías latinas que se conservan en el Colegio de San Ildefonso, de puño y letra del autor, cuyo mérito caligráfico celebra el cronista parangonándole con el de Morante. Educado por los Jesuitas, sin embargo, no quisieron estos admitirle en su orden porque los Superiores le sorprendieron una vez anotando y corrigiendo, á su manera, las reglas dadas á los novicios de la compañía.

Las obras del P. Valverde se citan menudamente en la crónica del P. Torres, impresa en Lima en 1657, y entré otras las siguientes:

«Relacion castellana de los honores fúnebres que la ciudad de Lima celebró á la muerte del Rey Nuestro Señor don Fernando III, prosa y verso latino, fruto de su juventud.

«Relacion de las fiestas en la proclamacion de Fernando IV.»

Véase «Lima fundada» canto 7º oct. CXLIII.

La Crónica m. s. del P. Vazquez, continuador del P. Torres; tiene por título: «Crónica de la Provincia del Perú del Orden de N. P. S. Agustín, que con-

« tiene lo acaecido en ella desde el año 1657 hasta el
« de 1724 por Fray Juan Teodoro Vazquez de Castro».

VARELA, DOCTOR DON FLORENCIO — argentino — Nació en Buenos Aires el 23 de febrero de 1807, y se educó en el Colegio de «ciencias morales» de esta ciudad, de donde pasó muy joven á servir en el Ministerio de Relaciones Exteriores, asistiendo al mismo tiempo á los cursos de jurisprudencia hasta que se graduó en esta facultad. Los sucesos del año 828 y 29 le arrojaron con sus hermanos á Montevideo en donde adquirió gran crédito como abogado, como hombre de letras y como publicista. Fundó el afamado periódico «Comercio del Plata», en cuyas columnas, con formas cultas é ideas sensatas, atacó valientemente la dictadura de Rosas y la política de Oribe.

Esta conducta le trajo el fin trágico y lamentable que hará, á par de sus servicios á la causa de la libertad, la celebridad permanente de su nombre. En la noche del 20 de Marzo de 1848, fué asesinado por la espalda, por un esbirro de Oribe en el momento en que llamaba á la puerta de su casa en Montevideo.

En su primera juventud fué muy dado á la poesia y publicó muy buenos versos en los periódicos y en un pequeño libro que tituló el «Dia de Mayo,» una de sus mejores composiciones en un canto á Grecia, escrito en la época de la sublevacion última de este pueblo contra el poder Musulman.

Con motivo de su muerte se han escrito varias biografías y noticias sobre su persona y trabajos políticos

y literarios, entre las cuales se distinguen las que llevan la firma de los señores Dominguez y Mármol.

Los billetes de banco de Buenos Aires, moneda corriente de esta ciudad, llevan el retrato de don Florencio, como tributo de respeto á su ilustre memoria.

VARELA, JUAN CRUZ—de Buenos Aires—Nació en Buenos Aires el 24 de Noviembre de 1794. Hizo sus estudios Universitarios en la ciudad de Córdoba hasta graduarse en cánones, durante los años 1810 y 1816: Regresó á su ciudad natal en donde le dieron inmediatamente un empleo, sin solicitarlo, en las oficinas del Departamento de Gobierno.

Varela perteneció activamente al movimiento político de su país. Desde 1816 hasta 1829, estuvo constantemente en la brecha como periodista defendiendo las ideas de civilización y de progreso que profesaba con fanatismo. Muchos disgustos, persecuciones y peligros tuvo que arrostrar á consecuencia de sus opiniones y especialmente cuando el partido á que pertenecía fué vencido y el contrario subió al gobierno despues de la Presidencia de Rivadavia. El mal éxito de la revolucion de Diciembre de 1828, le obligó á emigrar al Estado Oriental donde falleció el 13 de Enero de 1839. En Montevideo redactó varios periódicos y se granjeó el cariño y el respeto de la mejor sociedad de aquel país, sin que por esto se escapara del destierro á que Oribe condenó á todos los enemigos del tirano Rosas.

Pero la celebridad de don Juan Cruz está vinculada por siempre á los recuerdos mas caros de la gloria

argentina. Ha cantado todas nuestras victorias, especialmente la de Ituzaingo, nuestros adelantos sociales, y estigmatizado la dictadura con versos inmortales. Es nuestro primer literato, de los tiempos medios de la revolucion: ha publicado dos tragedias, Dido y Argia, en 1823 y 24; traducido muchas odas de Horacio; parte de la Eneida, y dejado una coleccion de poesias escojidas que por desgracia no han visto la luz pública hasta la fecha.

En la Revista del Plata (desde su núm. 1º) aparece un estudio detenido sobre la persona y las obras de este notable y meritorio argentino.

VEGA, VENTURA DE LA —de Buenos Aires—Nació en Buenos Aires en 14 de Julio de 1807 y se embarcó para España en Julio 1818.

Discípulo de Hermosilla y de Lista en el colegio de San Mateo de Madrid. Empezó á darse á conocer como poeta dramático desde 1830, enriqueciendo el repertorio del teatro español con producciones siempre aplaudidas, entre las que se distinguen «Cesar,» tragedia, y la comedia «El hombre de mundo.»

Antes de morir publicó una coleccion de sus obras en verso con el título: «Obras poéticas de don Ventura de la Vega, de la Real Academia española»—Paris 1866—1 v. in 4º voluminoso, con su retrato y con gran esmero tipográfico.

VELA —mejicano—Poeta mejicano antiguo, de quien hacen mencion el P. Granados en las tardes mejicanas y Ortiz. Escribió comedias.

VELAZCO ARELLANO, JOSÉ LUIS—mejicano—Triunfos de Fe-

lipe V, poema heróico—Méjico 1713—Ortiz pág. 221 ó 219.

En el catálogo de Andrade bajó el número 2852, se registra la siguiente obra de este poeta, que debió ser espantosamente gongorino: «Amnestria heróico, moral desengaño, que en hipoteosis elocuente é idolopeya difunto discurría en selva libre y reudido consagra á San Felipe de Jesus, patron de esta imperial corte de Méjico.» Mex.—1711 in 4º 4 pág. prel. 14 de testo.

La devocion dió pábulo, mas que ningun otro sentimiento, al desborde del gusto depravado en literatura que devoró como un insecto vil la flor de los ingénios americanos en los siglos XVII y XVIII. Entre mil ejemplares tomamos el primero que nos viene á la mano para confirmar en la prosa, lo que acabamos de decir con respecto á los libros en verso. Cuál seria el estilo y la enfadosa insulceza de toda la obra cuyo título es como va á verse? «La estrella en el Norte de Méjico, aparecida al rayar el día de la luz evangélica en este nuevo mundo en la cumbre del cerro de Tepeyacac orilla del mar tescucano, á un natural recién convertido; pintada tres dias despues milagrosamente en su tilma, ó capa de lienzo delante del obispo y de su familia en su casa obispal: para luz de la fé á los indios; para rumbo cierto á los españoles en la virtud: para perenidad de las tempestuosas innundaciones de la laguna. En la historia de la milagrosa imagen de N. S. de Guadalupe de Méjico, que se apareció en la manta de Juan Diego. Compúsola el P. Franciscó de Florencia de la Compañía de Jesus» —Méjico 1688. 1 v. 4.º menor.

Velazco Arellano publicó un poema heróico con el título Triunfo de Felipe V.—Méjico 1713—(Ortiz Mej. cons. como Nac.^o indep. y lib.)

VELAZQUEZ, DOCTOR DON JOSÉ—Colegial del colegio de San Cristobal de la ciudad de la Plata—Escribió en verso castellano la historia de Potosí (Noticia tomada del compendio de los Anales de Potosí—inédito.)

VERA Y PINTADO, DOCTOR DON BERNARDO—argentino de Santa-Fé. Los señores Amunátegui han publicado una biografía de este patriota autor de varias poesias patrias al comenzar la revolucion en Chile en la cual tomó una parte muy principal.

Tocornal, Barros Arana, etc., en sus trabajos históricos hablan de Vera y debe consultárseles para estimar los servicios que prestó á la causa americana.

En el T. VI, pág. 149 de la «Biblioteca» de Magariños Cervantes hay una corta noticia biográfica sobre Vera y muestra de algunos versos de éste que era muy amigo de las musas.

Nació en Santa-fé el año 1780—falleció en Chile el 27 de Agosto de 1827.

VILLASEÑOR—mejicano—

VILLEGAS Y QUEVEDO SAAVEDRA, DOCTOR DON DIEGO—Pecruano del siglo XVIII—Académico supernumerario de la Academia Española. Véase el t. IV del Diccionario de la Academia 1^a edicion, y «monumentos literarios del Perú» colectados por don Guillermo del Río—Lima 1812—imprensa de los huérfanos—pág. 14. En el libro publicado en Lima con el título «Exéquias del serenísimo Duque de Parma» hay poesias de Villegas Quevedo de fojas 118 v. á 120.

VINAGERAS ANTONIO—cubano—Obras de don Antonio Vinageras dedicadas al Instituto de Francia—Paris, Baudry 1858.

El retrato del autor representa muy poca edad, casi la de un niño. En el t. 1.º se anuncia la próxima aparicion del segundo, cuyo índice de materias se publica en el mismo 1.º volumen. Como obra aparte se anuncian «Las occidentales» (1 v. 4.º) con el «objeto de despertar el gusto por la poética historia de la América para la formacion de un poema épico sobre el descubrimiento del nuevo mundo.»

VITERI, ANTONIO—ecuatoriano—Canónigo de Quito «orador y poeta de gran fama» segun el historiador Velazco.

YEPES, JOSÉ RAMON—venezolano—El señor Torres Caicedo ha reunido en la segunda série de sus Ensayos» t. 3.º, algunas poesias de Yepes, todas ellas bellas; pero las que deja por publicar y menciona no son de menos mérito. Yepes es marino—se educó en la Academia de Náutica de Venezuela, en donde aprendiendo las ciencias de su oficio, no dejó de maño á los maestros en la poesia á que ha tenido mucha aficion. Escribe en prosa con tanta gracia como en verso, como puede juzgarse de la pintura que hace de la goleta que montaba por los años de 1844, llamada «la intrépida»: «se pegaba al viento, ha dicho Yepes, como una golondrina roza la onda inmoble donde se miran los cicales nativos: con viento á la cuadra parecia que se queria beber por la proa todas las espumas, arrojándolas de luego en luego por las puertas de una y otra banda, meciéndose y tambaleándose de cólera. La «intrépida» tenia en dote una refunfuñadora culebrina, dos granadas etc. etc.

Yepes ha sido periodista y actor en la política de su país, abandonando su carrera que á veces le obligaba á servir causas y opiniones que no podian ser las suyas. Asi debia suceder á un hombre de carácter independiente en donde, como en Venezuela, sobre la anarquia civil se entronizó el gobierno despótico y personal.

Yepes nació en Maracaibo el 9 de Diciembre de 1823.

ZEÁ, FRANCISCO ANTONIO—neogranadino—Nació en Medellín (Estado de Antioquia) el 21 de Octubre de 1770. Se educó en el seminario de Popayan y en el colegio de San Bartolomé de Bogotá. Fué profesor de lengua latina, conocia la francesa y escribió contra el escolastismo y peripatismo, convidando á la juventud, á que él pertenecia, al estudio de la naturaleza, en el cual se distinguió como discípulo privado del famoso botánico Mutis, que tanta influencia tuvo en la buena direccion científica de los espíritus entre los neogranadinos. Fué nombrado «agregado para la parte científica» de la expedicion botánica dirigida por Mutis. Ocupábase todo entero en el desempeño de estas funciones, cuando en el año 1794, fué preso y remitido á España como conspirador en compañía de Nariño y otros compatriotas, suyos. Sometido á juicio fué absuelto despues de haber permanecido en una fortaleza de Cadiz, y segun se dice, tuvo parte en su libertad el partido francés influyente en la Corte de Cárlos IV. El gobierno español que deseaba conservar le lejos de Nueva Granada le envió á Francia encargado de una mision científica con 1200 pesos fuertes anuales. Vuelto á España fué nombrado Director del Gabinete botánico, y en 17 de Abril

de 1805, catedrático de botánica. En la apertura de su curso pronunció un discurso que el gobierno imprimió á sus espensas. Fué miembro de varias corporaciones científicas y literarias y redactó el «Seminario de Agricultura» y el «Mercurio de España.» Escribió sobre las quinas de los bosques de Nueva Granada y una famosa descripción del salto de Tequendama. En los sucesos de Aranjuez le arrancaron á sus trabajos científicos y se afilió en el partido de los afrancesados. Sin embargo habiéndose hallado en Madrid el día 2 de Mayo de 1808, causó tal indignación la injusta matanza que ha hecho histórica aquella fecha, que escribió unos versos vehementes y llenos de odio contra los soldados del Duque de Berg.

En estos versos se trasluce el alma del procer de la libertad de su patria; y como son pocos conocidos creemos hacer un servicio á los amigos de la literatura poética americana transcribiéndolos en seguida:

Odio á todo francés! No haya ninguno
Que no se lance contra Francia en guerra;
La cuchilla empuñad! No quede uno!
Truene el cañon por la anchurosa tierra!
¡Gloria á todo español, á todo bravo
Que sostenga un fusil con brazo fuerte!
Su noble sien coronarán al cabo
Lauros que en sangre empapará la muerte!
Sangre, sí; sangre de extranjeros ruines
Hartará vuestra sed, canes rabiosos!
No espereis á que os llamen los clarines;
Sangre vais á beber, bebedla ansiosos!

Romped contra esa turba de traidores
Con asombro y vergüenza del tirano!
Querian dominar como señores?
¡Jamás, mientras aliente un castellano!
Seamos siempre lo que siempre fuimos!
Que nadie vuelva atras pié ni cabeza!
Sus! No empañéis cuanto brillante hicimos
Con mancha de deshonor ó de torpeza!
No hay fusiles? No hay lanzas? No hay cañones?
Qué importa, vive Dios! Sobra el aliento!
Todo el poder de cien Napoleones
No basta á sofocar nuestro ardimiento!
Guerra al conquistador envilecido,
Y á tu odiosa altivez, Francia villana!
Ves tu soberbio ejército aguerrido?
El lobo ahulla en pos. . . ay de él mañana!
De la fortuna te encumbró el capricho,
Mas tiembla de ella, oh Francia! En los reveses. . .!
Españoles, que haceis? «Allons» han dicho?
Pues bien, «allons» á degollar franceses!

Bajo la dominacion francesa, y apesar de los sentimientos que manifiestan estas notables cuartetas, sirvió la Prefectura de Málaga, y á la caída de los intrusos se embarcó para Inglaterra en 1814 y regresó á Venezuela á incorporarse á Bolívar que organizaba la expedición libertadora que comenzó sus campañas desde Marzo de 1816; campañas que dieron libertad á cinco repúblicas. Zea sirvió la intendencia general del ejército libertador. En 1818 fué presidente del célebre Congreso de Angostura y Vice-presidente de la República de

Colombia. En 1820, nombrado por Bolívar ministro plenipotenciario en Europa, murió en los baños de Bath el día 22 de Noviembre de 1822. El estilo de Zea como orador era lírico y bello, según el señor Vergara, de cuya obra sobre la literatura neogranadina hemos tomado las presentes noticias sobre la persona de aquel eminente americano.

Conclusion de la primera série.



ESTUDIO SOBRE LA «ARGENTINA»

Y SOBRE SU AUTOR DON MARTIN DEL BARCO CENTENERA.

Continuacion

III

Estaba, como hemos referido, acampada la gente de la expedicion en la tierra firme, tratando cada cual de construirse un abrigo pasagero, labrando sus chozas á la lijera con los materiales que las ramas del bosque y la paja de las lagunas proporcionaba. La narracion del poeta deja presumir que mientras los menos activos proveian al reparo contra la intempérie se internaban tierra adentro los soldados bien dispuestos y sanos, explorando el país y dando caza á los naturales, como de costumbre, para proveerse de víveres á espensas del trabajo ó industria agena. La primera presa que hicieron, valiéndose probablemente de la astucia y de la máscara de la amistad, fué en la persona de Abayubá, mancebo galano, diligente y al parecer discreto, que por estas cualidades y por su mucho valor era muy amado de su viejo tio, el cacique Zapicano á quien ya conocemos. Trajéronlo varios capitanes á presencia de Juan Or-

1. Véase la página 287 del número anterior.

tiz y sabiendo este que entre los indios era respetado (lógica singular!) le prendió, obligándole por la fuerza á permanecer en el campamento español. Pronto, como era natural corrió la noticia entre los interesados, y Zapicano con una corta escolta de veinte indios, trayendo por intérprete á un guaraní criado entre los charrúas, se presentó ante el gefe cristiano solicitando la libertad de su teniente y deudo.

El anciano cacique al entrar en el campamento cristiano no mostraba en lo mas mínimo miedo ni temor; pero sí una profunda tristeza. A pesar de ser bárbaro, sabia tanto como cualquier patan de Castilla, que dádivas quebrantan peñas, y cuidó de apoyar su solicitud con un copioso presente de animales de caza, mostrándose en esta negociacion tan hábil, simpático y persuasivo, que á pesar de la oposicion de los gefes subalternos de Zárate, y muy especialmente de un tal Vergara, que aducia razones de mucho peso para persuadir á su gefe de que era urgente el conservar al prisionero como rehen y garante de la conducta de los Charrúas,

el Juan Ortiz que á pocos escuchaba,

y que todo lo media con la vara de su exclusiva voluntad, pidió á Zapicano que le diera por rescate de su sobrino una canoa y un marinero español que se habia asilado entre los indios viéndose maltratado por sus superiores. El ajuste se celebró en toda forma en medio de un consejo de guerra, y la canoa, los víveres abundantes y excelentes, y el desertor, fueron el precio de la libertad de Abayubá que se retiró inmediatamente á sus aduares acompañado de Zapicano, disimulando ambos la mala impresion

que les causaba la presencia de aquellos huéspedes tan raros y voluntariosos.

El tío y el sobrino van ufanos
jurando de vengarse por sus manos.

Las represalias provocadas por esta primera violencia no tardaron mucho en consternar la desventurada colonia. A pocos días, saliendo «á yerbas por falta de comida» un considerable número de españoles, fueron asaltados por los indios inopinadamente y con violencia, matándoles cuarenta, aprisionando á otros tantos y causando tales estragos en aquellos infelices, á quienes el hambre convertia en herbolarios, que....

.....el que escapa con la vida
Es porque al enemigo se rendia.
A pura pata dos se escabulleron,
Y el caso de esta forma refirieron.

El Arcediano refiere esta acometida de los indios, con ciertos pormenores interesantes; pero tan prosaicos que nos parece cuerdo despojarlos del consonante y de la medida, al reproducirlos nosotros. Es bueno saber ante todo que el señor Adelantado Zárate «vencido de sus malas pretensiones» guardaba una conducta singular, sin duda aconsejado por el miedo que le imponian los mismos suyos. Hallándose al frente de una expedicion compuesta en su mayor parte de soldados, cuidaba muy poco de las armas y de la pólvora, instrumentos sin los cuales poco se cosecha en la guerra. Los cañones de la expedicion estaban enmohecidos, la pólvora empapada en agua y los arcabuces deshaciéndose por el moho y el orin. Asi mismo, estas armas en tan mal estado no estaban en manos de quienes debian emplear-

las, sino cuando lo tenía á bien el gefe; de manera que aquel grupo de desgraciados que salieron á yerbás, como lo ha dicho ya el cronista, no llevaban consigo mas que costales vacíos, y mucho frio, porque se hallaban totalmente desnudos. En esta lamentable situacion se hallaron cuando se les presentó el enemigo dando alaridos y formado en dos hileras, entre las cuales fueron estrechados por disposicion de Abayubá que se distinguia entre sus indios por la bravura y el deseo de la venganza: su tio le acompañaba,

Y entrambos tal estragos van haciendo
que las yerbas del campo van tiñendo.

Todos fueron muertos ó presos como queda dicho á escepcion de los dos huidos que trajeron al real la noticia de tan horrible descalabro. A toda prisa despachó Ortiz diez ó doce soldados al mando de Pablo Santiago; pero á pesar de ser valientes, astutos y aguerridos se hallan tan acobardados en esta ocasion que se estacionan defendidos de las asperezas de un cerro inmediato al campamento, lo cual visto por Zárate, deseoso de escarmentar la osadía de los Charruas, destaca cincuenta soldados mas á las órdenes del sargento mayor Martin Pinedo, para que incorporándose á los del prudente Santiago, caigan sobre los indios y venguen la sangre cristiana con que acaban de enrojecer el campo. El mayor se pone al habla con los del cerro y les intima, en una proclama de dos endecasílabos, que le sigan sin alegar escusa; la cual proclama oída por Pablo Santiago le infunde «la rapidez del fuego» para obedecer, aunque no mucho ardor bélico, pues á poco andar suplica al sargento mayor que hagan alto, por que se descubrieran indios. Por lo mismo, le replica este:

puesto que el enemigo avanza debamos salirle al encuentro.

Santiago insiste en retirarse, apoyándose sin duda, en la disposicion que manifiestan sus acobardados compañeros y en la desmoralizacion causada por la desavenencia entre los jefes. Entonces, en este conflicto y con arrojo de verdadero valiente, Pinedo, llamándoles cobardes, levantando la espada y embrazando la rodela, avanza en direccion al enemigo, creyendo que el pundonor irritado le dará compañeros que le sigan. Solo cinco responden á su ejemplo, que los demas

. . . . huyen tan lijeros
cual suelen ir tras uno mil carneros.

Con aquel puñado de valientes queda Pinedo en el campo esperando al enemigo cuyo aspecto era capaz de intimidar al mas atrevido á ser cierta la descripción que de él hace nuestro poeta en una octava de las mejores de su epopeya:

El Zapicano ejército venia
con trompas y vocinas resonando,
al sol la polvareda oscurecia,
la tierra del tropel está temblando:
de sangre el suelo todo se cubria,
y el zapicano ejército gritando,
cantaba la victoria lastimosa
contra la gente triste y dolorosa.

Al ver roto el campo de los españoles los indios se desbandaron en persecucion de los que huían apoderándose de las armas que estos dejaban y empleándolas á su modo; pero

causando la muerte del fugitivo sobre quien las descargaban. Abayubá era el primero entre los mas encarnizados, y tan ágil,

Que nadie por los piés le escabullia.

Cheliplo y Melihon, charruas, hermanos valientísimos, se distinguieron á la par de su jóven caudillo en esta matanza, mereciendo que sus nombres pasasen á la posteridad en la pluma de todo un Arcediano licenciado y poeta. Pero Taboba, los eclipsa,

Aqueste es en la guerra un fiero Marte,
y así hizo este día crudo estrago.

A Carrillo le partió el cuerpo medio á medio, usando con destreza no aprendida el filo de las armas que toma por primera vez en sus manos arrebatándolas al enemigo. A Pedro Gago le derriba el brazo derecho, y al cordobés Buen Rostro y á un tal Arellano los vence y los deja muertos á sus piés.

No obstante estas proezas, «aquel pagano» estaba tambien mal herido y cubierto de sangre. Un soldado español le acierta á dar un balazo en la parte superior del cuerpo, y sucumbe á su vez, no sin haber clavado antes de espirar la espada en el corazon de uno de los gefes españoles. «El Capitan,» pereció tambien en aquella jornada, á manos de sus mismos subordinados, de las de un oscuro y mal soldado, llamado Benito, el cual resentido con su superior por injurias recibidas de él, habia jurado vengarse dándole muerte en la primera funcion de guerra en que le hallara á tiro: el arma de que el soldado se valió fué una flecha de los charruas con la cual le atravesó el pecho á su capitan.

En este encuentro, cuyo plan estratégico por una y otra parte, es imposible comprender en la inconexa relacion de Barco, comenzó á distinguirse y á derramar su sangre un Domingo Larez, valeroso, de gran ánimo y bien nacido. A mas de estas prendas, poseia la prudencia, y se distinguia por sus buenas costumbres y recato y por su «gran juicio». Era natural de Huete, y habiendo llamado la atencion de los indígenas por su constancia y entereza en lance tan desesperado para los españoles, acudieron sobre él á porfia

y á puja, á cual mas puede, le hirieron,
y quebrándole un brazo le prendieron.

Los españoles deshechos y en retirada pudieron guarecerse de su «estanza» fortificada pasageramente, y como se acercara la noche no se atrevieron los vencedores á perseguirles mas allá de un tiro de culebrina, fuera de cuyo alcance se detuvieron y comenzaron la retirada cantando su completo triunfo. Al volver por el campo de batalla, iban dando muerte á los heridos,

Y al que hallan en pié ya levantado
del sueño de la muerte que ha dormido,
del peligro librarse confiado,
por ver como ya ha muerto en su sentido,
en un punto le tienen amarrado
quitándole en un punto su vestido.

En fin, los vencedores se emboscan en sus guaridas, llevándose los prisioneros y un abundante botin que consistia principalmente en armas y otros objetos bélicos, como espadas, alfanges, alabardas, morriones, rodela, «salmatinas» muy doradas,

sombreros, capas, sayas y jubones.

Los indígenas, hacian poquísimos caso de los arcabuces, no cuando estaban en manos de quienes sabian convertirlos en trueno, sino cuando pasaban á las suyas: rompian las cajas de madera y se llevaban solamente los cañones de hierro como si comprendieran la superioridad de este metal y la importancia que tiene en el destino del hombre.

Recojidos los españoles en su reducto, rendidos, sin fuerzas, casi desmayados, se dejan caer en la «frígida arena,» al mando inmediato del capitan Pueyo, que habia perdido á un hermano en la refriega de aquel dia y tenia por esta razon el «corazon triste y amargo,» y aunque distaba poco de allí el precioso cadáver, no podia tributarle los últimos servicios piadosos porque le llamaba de preferencia la obligacion de atender á los que habian sobrevivido, en cuyas bocas pone Centenera las quejas y recriminaciones mas espresivas. Los unos dicen que los daños que sufren provienen de lo «mal pensada» que ha sido la direccion de la expedicion; los otros los atribuyen á la «hambre acobardada»; ni falta quienes resignados, reconozcan «que la suerte de esta vida

está á aquestas caidas sometida.»

Centenera, tiene con frecuencia reminiscencias del estilo bíblico, y es el menos pagano y mitólogo, de entre los poetas españoles de su época que pudieran comparársele. Siempre que la ocasion se lo permite, encierra el espíritu de algun salmo dentro de una ó mas octavas, y levanta sus plegarias á Dios, sin duda porque los padecimientos y miserias de los españoles en las soledades á donde les traia la codicia, le recordaban los que sufria

el pueblo escogido por excelencia en la peregrinacion del desierto. En estas ocasiones levanta los ojos y las manos al cielo, y como verdadero sacerdote ora en endecasílabos con menos inspiracion que el lirico hebreo, sin duda, por los cristianos, que padecen hambre, desnudez y lloran la muerte de sus amigos y deudos:

Volved con piedad, señor, la mano,
doleos de los tristes afligidos,
doleos de los niños, inocentes,
que gritan con sus ojos hechos fuentes.

Doleos de las tristes afligidas
que quedan sin abrigo y compañía;
tambien de las doncellas doloridas
que pierden á sus padres y alegria:
de las madres, señor, enternecidas,
que pierden á quien sombra les hacia:
de todos os doled, Dios poderoso
y socorred al pueblo doloroso.

Las órdenes mas severas prohiben á los españoles apartarse del real en donde el miedo y la oscuridad les abulta el peligro. La prudencia estaba mas de parte del capitán Pueyo que del Adelantado, quien, á seguirse sus inspiraciones, hubiera comprometido la suerte de todos los expedicionarios, pues queria, «sin concierto», buscar de nuevo á los vencedores, quienes hubieran alcanzado indudablemente un nuevo y fácil triunfo, visto el estado de postracion en que se encontraban el ánimo y las fuerzas físicas de los soldados españoles. Temian los del real ser atacados por los indígenas antes del amanecer, y conveni-

do al fin el Adelantado, de la inferioridad de sus fuerzas y de la proximidad de un nuevo peligro, comenzó «á embarcar su ropa con presteza» en la misma noche. Efectivamente, con la primera luz se presentó el enemigo, y comenzó á arrojar piedras sobre el real, lo que visto por los cristianos abandonaron la costa firme y se metieron en la Capitana,

que cerca de la tierra en seco estaba.

Tal era la situacion de los conquistadores al mando de Ortiz de Zárate, cuando lució para ellos un rayo de esperanza, que no fué en realidad sino una luz engañosa y una traicion propia de la diplomacia de la guerra, que suele ser la misma entre bárbaros que entre gentes civilizadas. Dejemos que el mismo Centenera nos refiera el caso, ya que en esta vez ha acertado á escribir con desembarazo, claridad y hasta con buena locucion:

Cuando el sol aun á penas descubria,
un indio por la playa caminando
bajaba, y el semblante que traia
parece de español: de cuando en cuando
paraba; con la prisa que traía
á *do estamos* se viene ya acercando:
de su trage y manera bien parece
que alguna cosa nueva nos ofrece.

Llegando donde estaba el despoblado,
sin tener á las chozas advertencia,
contra el navío el paso enderezado,
desde la playa hizo reverencia:
con un sombrero señas ha formado,
con gran placer y grande continencia.

Saliendo pues por él, viene contento,
y dice de su caso el fundamento.
Yamandú dice el perro que se llama
que arriba ya tratamos su manera,
y que Juan de Garay lo quiere y ama,
por donde le encargó: aqueste dijera
que de nuestra venida tiene fama,
y que con la respuesta allá lo espera,
para venir con balsas y comida,
sabiendo que el armada ya es venida.
Por señal el vestido representa
un sayo de algodón con un sombrero,
y á muchos españoles nombra y menta,
por do su embuste pinta verdadero. . . .

La credulidad es tanto mas irreflexiva y liviana, como observa nuestro poeta, cuanto mayor es el apuro de que se promete salir el ánimo afligido por la duda y la necesidad, y como era tan crítica la situación de los descalabrados españoles, dieron crédito y acogida á las perfidas insinuaciones de este nuevo Sinon, *ignari scelerum tantorum artisque Charruac*, Juan Ortiz de Zárate, con la mejor buena fé de este mundo, aprovecha del oficioso mensajero, y escribe detenidamente á don Juan de Garay, pintándole con vivos colores la situación apurada en que se encuentra y pidiéndole víveres con urgencia y que venga él mismo en su socorro «volando como fuego.»

Apenas Yamandú se ha apartado de la ribera, cuando preséntanse de nuevo los indios lanzando piedras como de

1. En la edición bonaerense dice—*aquesta ligera*: nos permitimos alterar estas palabras como se vé, atendiendo al sentido.

costumbre, sobre los asilados en la Capitana, que tiemblan de miedo. «Las mechas no pegan á la pólvora» y de nada les valen las armas de fuego. Indefensos y desesperados, los españoles apuran su vergüenza siendo testigos de la burla que les hacen los indígenas, quienes manifiestan su complacencia con gestos y bailes, revolcándose sobre la yerba y dando grandes voces. Y no contentos con esto pretenden mostrarse superiores individualmente, como hombres, y provocan á combate singular á los mejores y mas arrojados de la nave. Un indio, á quien Centenera pinta de mala catadura, y á nosotros se nos representa sublime, se adelanta, entra en el agua hasta la cintura y poniéndose al habla con los expedicionarios les dice:

que salga aquel cristiano del navio,
que quisiere aceptar el desafío.

Este valiente era como la vanguardia y el lialdo de Zapican cuyos súbditos esperaban escondidos el resultado de la elocuente provocacion del charrua. Pero en lo mejor de su discurso, una bala traidora, disparada desde la embarcacion, le cortó la palabra,—bala que pasó silbando por los oídos del mismo Centenera que habla como testigo inmediato del lance:

Estando aqueste indio razonando
con superbas palabras y blasones,
en breve de mi lado retumbando,
un tiro le ha acortado sus razones.

Entonces salen de entre la maleza dos de los escadrones de Zapican, que como hemos dicho estaban en asecho, y formando gran alboroto y voceria, no pudiendo llegar hasta

la nave en que estan encastillados los españoles, comienzan á desbaratar las chozas y albergues que habian quedado del campamento de tierra firme, y continúan presentándose diameramente en actitud amenazante, hasta que Ortiz de Zárate toma la resolucion de trasladarse con su gente á la isla de San Gabriel para mayor seguridad.

El indio mensajero, Yamandú, que nos ha traído á la memoria al insidioso griego, es un personaje que representa notable papel en varios de los cantos de «la Argentina» sin que su autor haya tenido la inspiracion de componer con sus actos un carácter digno de la epopeya, como lo habria realizado Ercilla. Yamandú, se titulaba Emperador y dominaba las islas estensas del Paraná. Era eloquente, pues por esta palabra debe traducirse la de «hablador» que emplea Centenera como en desprecio de este «malvado, tan perro como artero». Era á mas, «hechicero», es decir que tenia prevision y prudencia para precaverse de las eventualidades de lo futuro, y superaba en el conocimiento natural de las cosas á la generalidad de sus nacionales. La estatura de este charrua era gigantesca y en proporcion eran tambien extraordinarias sus hazañas; constante en sus creencias y tradiciones de raza á tal punto, que habiendo caído prisionero una vez, trató el mismo Centenera de doctrinarlo en los misterios de la religion católica, sin poder ablandar en lo mas mínimo aquel carácter indomable. «Trabajé en vano,» dice candidamente el Arcediano catequista,

porque era muy malvado este pagano.

Astuto y sagaz, era objeto de la admiracion de todas las naciones que poblaban el territorio bañado y dividido por los caudalosos brazos del Paraná. Sus súbditos le reconocian

... por fulgur, por espejo y por lucero, y tan seguro y pagado estaba de su poder que se comparaba con el sol, diciendo, que si este planeta derrama su luz del naciente al ocaso, él alcanzaba con el influjo de su poder á todas las gentes de sus dominios, como el mismo Centenera se lo oyó decir. Tal era Yamandú, á quien hemos pintado con el pince! del mismo autor, reuniendo los rasgos dispersos de esta fisonomía tan original como bella en su género.

Este caudillo, tan mal comprendido por Centenera, estaba en comunidad de miras con Terú, cacique de otra parcialidad de naturales vecindados á las márgenes del Paraná, y tenían entre ambos concertado un golpe de mano sobre la reciente población de Santa-fé, fundada como se sabe por Garay. Zápicano, por su parte, estaba también en el secreto de estas combinaciones, y resolvieron de concierto guardar las cartas de Zárate para el caso en que abortasen sus proyectos y se vieran obligados á finjar sometimiento y amistad á los españoles, quienes como se ve, tenían como entre dos fuegos á los indígenas paranaenses. En efecto, la embestida á Santa-fé tuvo lugar con mal éxito por parte de éstos, y entónces presentó en persona Yamandú á Garay las consabidas cartas de Zárate. Aquel jefe, no se dió por entendido de las sospechas que debía abrigar acerca de la lealtad del emisario, antes tratóle muy bien, le agasajó y confióle la respuesta para el Adelantado, en cuyo auxilio salió inmediatamente en balsas, trayendo consigo treinta mozos valerosos y veinticuatro caballos.

En resumidas cuentas, la gente de Garay era apenas un piquete de caballería, pero debió ser escójida y bien apuesta, puesto que Centenera nos trasmite sus nombres y se com-

place en pintar los jóvenes jinetes persiguiendo á toda brida á los guaraníes que se burlan de ellos huyendo hacia las espesuras de los hermosos boscajes de las islas. Aquellos indios componian las parcialidades de los caciques Añanguazu, Marocapá y Tabobá. A unas de estas pertenecía el tierno é infortunado Yanduballo, immortalizado en la crónica por el amor que profesaba á una mujer heroica. Tan ocupados de sí mismo estaban estos jóvenes amantes, que no se habian apercibido de los jinetes españoles de la expedicion de Garay, y se encontraban en medio de una selva, inocentes y felices, como los habitantes del paraíso antes de su desobediencia:

la bella Liropeya reposaba
y el bravo Yanduballo la guardaba.

Entre aquellos jinetes se señalaba Caravallo, joven intrépido y diestrísimo en conducir su alazán por entre la espesura de la maleza y las desigualdades del terreno. A favor de esta habilidad y conducido por su arrojo, fué entre sus compañeros quien llevó mas lejos la persecucion á los fugitivos, y estando engolfado en ella y en el corazon sombrío de un bosque, descubrió sentado al abrigo de un árbol gigantesco al amante de Liropeya. Verte y atacarlo con la lanza fué todo uno. Pero el indio, al verse levantado como ceptolla, da un salto y esquivá el bote, volviendo con tanto arrojo contra el español que este dejó perdida su arma, tanta era la pujanza con que se la disputaba el acometido. A las voces y al rumor de la lucha, despertó Liropeya, y poniéndose entre el soldado y su amante, dirigió á este un razonamiento trayéndole á la paz y procurando recordarle que tenia obligacion de conservar la vida para consagrársela á ella sola al

menos así pueden traducirse en prosa los cinco versos vacíos que Centenera pone en boca de la enamorada y prudente hija del Paraná.

Diciendo Liropeya estas razones,

el bravo Yanduballo muy modesto

soltó la lanza, y hace las acciones,

y á Caraballo ruega baje presto.

El mozo conoció las ocasiones,

y muévele también el bello gesto

de Liropeya, y baja del caballo

y siéntase á la par de Yanduballo!

El indio le contó que un año había

qué andaba á Liropeya tan rendido,

que libertad ni seso no tenía,

y que le ha la doncella prometido,

que si cinco caciques le vencia

que al punto será luego su marido.

El soldado de Caray habría renegado de su nación y de su raza ántes que de poseer aquella mujer de quien se sentía profundamente prendado. Pero, considerando cuán firme ora el amor que se profesaban aquellos jóvenes indígenas, nacidos uno para el otro, tomó la heroica resolución de dejarlos en paz y les pidió licencia para retirarse. Este generoso propósito no duró mucho en el ánimo del español. Dió vuelta á su caballo, con paso lento llevando en la memoria y revolviendo en ella la hermosura de aquella mujer, que se le había aparecido misteriosamente cuando menos lo imaginaba; y fué tal el efecto de aquella cavilacion en que toma-

ban parte los consejos de los sentidos, que no habria andado la distancia de «dos cirros de lieiron» cuando;

con furia revolió de amores ciego,
con intencion de matar al indio de una lanzada y de llevarse cautiva á su querida. En efecto, Yanduballo cayó frío en tierra, embestido áhopinada y traídoramente por el soldado español, y la triste Liripeya cayó también desmayada. Volved en vos, la dice ántes Caravatto en celo de deseos, volved en vos, amor mio; ¡cuánta tan soberanamente bella, no podia estar destinada para un bárbaro, sino para mí á quien en este momento favorece la fortuna! La moza con ardid y fugimientos regó al cristiano que no se apartase de ella mientras no sepultasen al muerto, prometiéndole seguirle así que concluyera aquella piadosa ceremonia. El mancebo, procurando agrader á la india de cuya posesion estaba ya seguro, se desnuda de sus armas y se pone á cavar un hoyo; pero aun no estaba á la mitad de su faena de sepultarero; cuando Liripeya precipitándose sobre la espada que estaba en tierra, se atravesó con ella el pecho, sin que pudiera evitarlo el mancebo español, — tan desesperado y súbito fué el arranque de aquella constante mujer, la cual espiró pronunciando estas sentidas palabras: ¡no ceses de enjendrar un eterno remordimiento en el culpable de su desgracia: cava también para mí otra sepultura; prepara el lecho donde duerma eternamente esta desventurada al lado de su querido Yanduballo, el cual cuando todo el mundo olvide su nombre, yo me acordaré de él.

Lo que el triste mancebo sentiria
contemple cada cual de amor herido.

El nombre de un flego que consiste en lanzar unos discos de fierro sin mas auxilio que el de la fuerza del brazo.

estaba muy suspenso qué haría, y cien veces matarse allí ha querido.

Mil veces se maldijo el desdichado, por ver que fué la causa de la muerte de Liropoya; andando tan penado que mal siempre decía de su suerte: «Ay triste! por saber que fué culpado de un caso tan extraño, triste y fuerte, tendré hasta morir pavor y espanto, y siempre vivirá en amargo llanto.»

Este episodio repetido y bordado por los historiadores posteriores á Centenera, de quien lo han tomado, nos parece mejor en su pluma que en la del mismo Dean Funes¹ que intentó convertir en una tela de maestro el bosquejo tomado del natural por el autor contemporáneo. El poeta fué testigo del remordimiento de Caravallo; y vió y tuvo en sus manos el retrato de la desgraciada heroína de la escena:

Al vino retratada su figura
de pluma y de yo muy apropiada.

Este conocimiento inmediato de los actores y de la escena, y su participación personal en el hecho de los contemporáneos, dan á su relato cierto tinte de veracidad, candorosa y de sentimiento natural que no han podido igualar los copistas. Aun cuando bajo la fé del mismo matador de Yanduballo, use de algunas afectaciones petrarquescas para ponderar la belleza de la heroína; la cual aún después de muerta brillaba como una clara estrella, así mismo, no pue-

1. Ensayo, libro 2.º cap. 4.º

de nadie resistirse á la impresion de lástima y de simpatía que á favor de la familia desgraciada, despiertan estos dos bellos versos de su cronista:

Aquesta Liropeya en hermosa

en toda aquesta tierra era estreñada.

En este caso la crítica debe confesarse injusta para con Centenera: le hemos declarado prosaico, lánguido, versificador desmañado, porque así lo es en general durante su larguísimo é inconexo poema, y sin embargo, al presente episodio, ¿qué le falta para ser obra cumplida de poeta? Verdad es que la escena no es una creacion de fantasía; pero los rasgos mas bellos de poemas acreditadissimos provienen generalmente de la historia ya consagrada en un libro ya transmitida por la tradicion, y no por eso se desvirtúa el mérito de los autores que supieron animarlos, eternizándolos en el corazon y en la memoria de la posteridad. Y Centenera no es mero cronista en esta ocasion, cede en los pormenores á instintos que son de un artista, y tal vez se aparta de lo que es historicamente cierto cuando en vez de pintar á Yanduballo mezclado en la pelea y perseguido por el ginete español hasta la morada de Liropeya, le presenta tan absorto en su amor que no se apercebe del ruido de las armas, ni de los peligros de su tribu y se acalla en él los impulsos de la bravura por consagrarse exclusivamente á la adoracion de su querida, cuyo silencio vela. Aquel odillo de amor, de perfumes del bosque, de verdadera y primitiva inocencia, se trueca en drama mediante el juego natural de las pasiones humanas: la violencia, la traicion, el egoismo de un deseo brutalmente sensual, el abuso de la superioridad de las armas, derraman la sangre de dos seres unidos por el

amor mas legitimo; y los remordimientos se levantan de entre las victimas para atormentar perpetuamente al culpable. Sentir asi, imprimir estas imágenes morales en la sensibilidad del lector, nos parece que es ser poeta, en el mejor sentido de esta palabra.

En prueba del acierto instintivo de Centenera, recordemos el bellissimo romance de Adolfo Berro sobre el mismo asunto de que tratamos: ¿quien no conoce esta composicion tan bien artizada, tan armoniosamente distribuida, versificada con tanta elegancia como corrección? Todos la hallan bella; pero fria e inferior por el sentimiento patético á cuantas escribió aquel malogrado ingenio. Nos enardece con el ruido de las armas y de la lucha a brazo partido entre el cristiano y el indigena, y *ex abrupto* nos hace testigos de un drama que comienza con actos de violencia y termina con sangre. La desgracia de los dos amantes es hasta cierto punto excusable puesto que Liropeya, queda por la actitud belica de Yanduballo en la condicion de un despojo del enemigo.

Esta aventura puso en gran peligro la vida, y cuando menos la libertad de Carballo pues á pesar de que la tragedia en que habia sido actor, no pasó segun toda probabilidad, del término de un dia solar que requiere la regla clásica como una de las unidades del drama, estaban los de Garay tan apremiados y deseosos de continuar viaje hacia el Carcaraí, que ya partian las balsas cuando se incorporó á los que le contaban por perdido.

El hambre era el enemigo mas terrible para los españoles, de manera que los principales de sus cuadillos, Zárate, Ruy Diaz, Juan de Garay, estaban casi esclusivamente ocu-

pados en buscar provisiones para alimentar á los soldados y las familias de la expedición. La empresa no era fácil porque los únicos que como señores y prácticos del terreno podían estar con abundancia y cultivar la tierra, eran los indígenas y con éstos se hallaban en malos términos los expedicionarios.

Sin embargo, los Tambús, en momentos de tregua, acudían con sus productos á trocarlos por objetos de la industria europea, y en estos tratos se portaban con tanta habilidad que hubieran podido poner la cartilla en la mano, según la espresion de Centenera, á los mas pintados regatones de Sevilla. Buscando, pues, medios de subsistencia y sitio seguro apartado de tierra firme, llegaron los españoles á dar fondo en la isla de Martín Garcia, despues de haber pasado una especie de revista militar en Santi Spiritus ó torre de Gaboto, haciéndose los ginetes al son de trompas y atambores y de los disparos de la «flaca artilleria.» En una de estas navegaciones por los rios de «Ayolasa» y de otros nombres que no son los de la geografia actual, y el día domingo de Ramos del año 1574 (según toda probabilidad), las gentes de Garay debieron presenciar un suceso, maravilloso, del cual fué testigo de vista el mismo Centenera que lo refiere:

que de nistajes el cuento que contamos advirtiendole que si damos por espectadores de la aparición que va á verse, á la gente del fundador de Buenos Aires, es porque el mismo testigo nos ha hecho saber que dependiendo de su voluntad el seguir al jefe que mejor le cuadrase, se habia separado de Zárate y puestose á las órdenes inmediatas de Garay, porque aquel era siempre perseguido por el hambre y este al contrario favorecido por la victoria y la

abundancia. Este cálculo si no es muy generoso en un poeta es muy natural en un canónigo.

Navegaban las balsas por un angosto riachuelo á la sombra de los árboles de ambas orillas, cuando se vió venir una canoa gobernada por dos «ninfas» elegantemente vestidas, conduciendo á un salvaje corpulentísimo.

Así que la canoa estuvo á vista de las balsas, dió vuelta repentinamente y ayudada de la corriente del arroyo entró á todo remo al Paraná, en donde abrigándose de un remanso esperó por largo rato á los expedicionarios. Cuando estuvieron estos al alcance visual de la trinidad misteriosa de la canoa, se estiro y enderezó el salvaje dando lugar á que Centenera lo fijara en la imaginacion y nos lo pudiera pintar, ataviado de la mas estraña manera. Embrazaba un escudo grandísimo y defendia y adornaba la cabeza con un yelmo formado de cuero de anta. Defendiale el pecho á manera de coraza la concha de una tortuga enorme,

y el baston que este bárbaro tenia servir de antena en nave bien podia.

El poeta ha olvidado decir si estaban ó no desnudas las carnes de este nuevo Adamastor, el cual en caso afirmativo remedaría salvás las dimensiones, á los Alcaldes de los pueblos jesuíticos del Paraguay que andaban descalzos y con baston de borlas.

El gigante cuyos pulmones guardarian proporcion con la antena que traia en la mano, preguntó con arrogancia, quién era el gefe de aquella armada, y prometió, que fuera quien fuese habia de quitarle la vida y atormentarlo amargamente: añadiendo que no por huir como cobarde sino en busca de una sepultura bastante ancha para los intrusos ha-

bia dado la espalda y entrado al espacioso Paraná. Estaba ya para acometer a la armada, aquel «can rabioso» cuando le dispararon dos balas los españoles (dos pelotas), y las ninfas bogadoras viraron la canoa a toda prisa al son de cantos tan suaves y armoniosos que enternecieron y admiraron a los espectadores.

La historia no ha repugnado el hecho de la aparición del bárbaro de figura gigantea cuyas bravatas fantásticas no eran para poner miedo a los españoles de aquellos tiempos, pero no se da por entendida ni de las ninfas, ni de sus armonías, ni de la catadura del gigante, en lo que procede con cordura, por cierto. Pero Centenera tiene dos aspectos bajo los cuales se presenta alternativamente a la crítica—el de historiador y el de poeta, y es justo mostrar cuál era la disposición de su ánimo al navegar por aquellos parajes en donde tuvo la visión de las ninfas cantoras. Veremos más adelante cómo pinta la hermosura de las islas del Paraná y cuán placidas eran las ilusiones que causaban en su fantasía aquella naturaleza silenciosa y privilegiada. Por ahora agregaremos al cuadro anterior una pincelada de la misma mano y de una inspiración casi idéntica. En una noche bella y serena, en un paraje digno de las musas y en cuyos bosques se oía las voces armoniosas de Filomena, nuestro poeta completamente desvelado y contemplando el cielo, oyó, y lo refiere en versos muy buenos, el canto dulcísimo de una Sirena. Las canciones que cantaba esta hija de las aguas eran humanas al parecer y capaces de ablandar el corazón mas empedernido.

Esto se comprende: en la situación en que se encontraba el autor, cavilando sobre una playa desconocida a la luz

de las constelaciones del nuevo mundo, es de perdonársele que soñara despierto mientras dormían sus compañeros. Y como sus imaginaciones no podían ser, por razones que constan de su propio poema, las de un ingenio creador, era llevado forzosamente, por los recuerdos de su educación escolar á los paraísos mitológicos en los cuales representan papel tan principal las ninfas, y también las sirenas, mas viejas y andariegas que Ulises. Las tierras argentinas del Paraná eran algo mas que un valle de Tempe á los ojos de Centenera, eran una «vega» digna de los pies de Minerva, en donde,

la bella y casta Diosa se pasea

y con sus compañeras se recrea.

Los expedicionarios no se hallaban á sus anchas en la isla de Martín García, y codiciaban como era natural la posesión de la tierra firme que á poca distancia se les presentaba tan verde, amena y ostensa. Así fué, que apenas se encontraron reunidos los caudillos, que intervinieron en estas correrías peligrosas, dieron la propia mala, embarcaciones y balsas improvisadas hacia el lugar de confluencia, de uno de los tributarios del Uruguay con este caudaloso río. La rareza contra su impetuosa corriente, era, de suyo, árdua y espuesta; pero mucho mas quando las aguas del canal se levantaban impelidas por un viento viento del Sur. Las balsas no pudieron contrastar las olas, que no consiente

la fuerza del canal rempo ni pala;

y fueron tales los apuros de aquella situación, que la carga y las siete balsas amenazaban hundirse de un momento á otro.

Los caballos nadaban por su cuenta; y los indios amigos que hacían parte de la expedición se salvan como pueden, dejando consternados á los que como Centenera no sabían nadar:

El que es buen nadador, aunque con miedo,
 al agua desnudándose se arroja;
 quien no sabe nadar estáse quedo
 y en la balsa metido bien se moja;
 mas yo ya de nadar hablar no puedo.

En una palabra, el conflicto es tan grande para todos y especialmente para nuestro cronista, que considera «ya llegado el día de su fin, en aquel «juicio postrero» anticipado. Pero la constancia y las mudanzas atmosféricas resituyen la calma á los espíritus y á la naturaleza, y la gente sale á tierra do se aloja, tendida por la fria y dura arena.

El alojamiento no era muy confortable, pero estaban siquiera en salvo y aptos para nuevas luchas con enemigos mas temibles aun que los vientos y las corrientes de los grandes rios.

En el canto XIV, describe Centenera una nueva batalla, y como á su pesar, pues, aunque confiesa «estar enseñado» á tratar de tristezas y de lamentos y ha gozado en su vida pocos placeres, en cosas de milicia anda «á tienta» por que de armas es de lo menos que ha probado. Todo esto lo dice al comenzar dicho canto en una especie de exordio moral que Centenera como todos los autores de poemas, cuelgan de muestra á la cabeza de cada nuevo canto, sirviéndoles de punto de apoyo para remontar el vuelo y entrar con buen aire en materia. Apesar de su confesada incompetencia en materias estratégicas, queremos seguirle en la narracion de esta batalla, no tanto por el papel que en ella desempeña don Juan de Garay, cuanto por que en las funciones de guerra es en

donde mejor se dibujan los caracteres, las costumbres y los rasgos característicos de aquellos tiempos, en el drama de la conquista.

La marcha de la expedición río Uruguay arriba, fué acompañada por el ejército en observación de los charrúas al mando de Zapican. Supieron los españoles por el alarma que dieron tres soldados del bergantín, é inmediatamente cargaron los demás sus arcabuces á toda prisa y con el mayor empeño, porque estaban codiciosos de dar fin con aquellos charrúas tan astutos como porfiados. El «Capitan» y once compañeros ensillan sus caballos, por que este solo era el número de las monturas que habían quedado servibles después de las mojaduras de la travesía: á estos doce ginetes se agregaron veintidos arcabuceros, y descendiendo á tierra se emboscaron, ocultando cuidadosamente los caballos para que al verlos el enemigo no retrocediese espantado y escapase así de los arcabuceros en asecho. El capitán estaba á la cabeza de los infantes. Los «alegres bárbaros»

con orden y aparato de guerreros, con trompas y bocinas y atambores, aturdiendo la comarca y dispuestos en siete escuadras avanzaban con arrogancia, y el «capitan» tratando cebarles para que se pusieran á tiro de las armas de fuego se retiró á una altura. El «bárbaro que de seso no está falto» comprendió la intención del jefe español, y mandando hacer alto á sus legiones, pronunció á voces que parecían gritos el siguiente reto, que transcribimos en la misma forma que le dá nuestro cronista:

Estamos de esperaros ya cansados,
que ha días que tenemos entendido

que sois hombres valientes y esforzados,
 ahora será el caso conocido.
 Salid los mas valientes y alentados
 rimiendo uno con otro este partido;
 salid que tardar tanto es cobardia
 veremos vuestro esfuerzo y valentia.
 Con solo matar veinte de vosotros
 pues sois de tanta fama y nombradia,
 la vida por cien dada de nosotros,
 tenemos todos juntos este dia:
 ¿podeis ser mas valientes que los otros,
 ¿ocho y valdr poco la que fenecia?
 salid á los vengar, acobardados
 ¡cobardillos, mujeriles y apocados!

Estas y otras muchas cosas mas, oyo con sus propios
 oidos el cronista, que un poco ya entendia de la lengua de
 los charruas, y apenas cesó el apostrole arrogante y poco
 comedido de Zapicano, continuó la grito y los ademanes
 provocativos de los suyos, echándose al suelo fñjiéndose
 vencidos, llamando con las mantas que traian ceñidas al
 cuerpo y manifestando a voces que querian

ponerse nuevos nombres peleando,
 porque tenian la costumbre de tomar el de los enemigos
 muertos á sus manos. Mas viendo que los españoles iban
 sobre ellos, se retiraron hacia un cerro. Entonces los on-
 ce ginetes atravesando un pantano á son de clarines e in-
 vocando repetidas veces el nombre y el auxilio del apóstol
 Santiago, se entraron en las filas de los indijenas matando
 á cuantos les venia á tiro de las lanzas hasta el número de
 setecientos. Esta carniceria no amedrentó á los charruas.

Como cien flecheros de ánimo gallardo, desprendiéronse de la reserva de Zapicano, cargaron precipitadamente á los españoles, quienes volviendo sus caballos deshacen á los flecheros, satisfaciendo así «los mozos» sus deseos,

que tantos por el suelo van rodando
cuantos caballo y lanzas van tocando.

Allí, veíase un indio atravesado por la garganta, mas allá, otro con el cráneo barrenado mostrando los sesos. Entre estas víctimas veíase á Taboba, traspasado el pecho y agonizando despues de una lucha á brazo partido con Leiva, quien mas de una vez vió perdida su lanza á esfuerzos del cacique: tal vez hubiera vencido este valiente al castellano si no se hubiera presentado tan oportunamente en su auxilio, Menialbo, dando tan rócía cuchillada á Taboba que le obligó á soltar la lanza del cristiano. El indio quiere huir al verse con la mano destrozada; pero no le dan lugar; por que Leiva libre ya con el concurso de sus camarada, cambia de armas y desenvainando la toledana deja al cacique tendido en la llanura. Abayubá que esto vé, embiste furioso contra Leiva y recibe un bote de la lanza de este, que le atraviesa «por el ombligo»: el indio se abalanza por la lanza adelante y hace presa con los dientes de las riendas de su contrario, con tal fuerza que las corta como con cuchillo y cae muerto en seguida.

El viejo Zapican al ver tendido á su sobrino en tierra bien quisiera vengarle en su matador; pero vuelve otra vez á meterse de por medio el Menialbo que de un tajo parte por medio al cacique, por encima de la cadera, dividiéndole el cuerpo en dos pedazos: fué cuchillada

de brazo poderoso y fuerte espada.

Un soldado, Vizcaino, de apellido, se trenza con el indio Añagualpo que le sale al encuentro, armado con una pica tan corpulenta que parece un grande pino. La del español no era tan morruda pero llevaba la ventaja del acero y del empuje del caballo sobre la del indijena y atravesó sola por el pecho saliéndole por la espalda. Vizcaino no se aparta dos pasos de allí cuando se encuentra con Yandínoca,

que es indio muy gallardo y de valía, y á quien cabe igual suerte que á Añagualpo, con la diferencia que á este le entra la pica del castellano no por el pecho sino por la boca.

Todos los soldados de Garay se portaron cual héroes en aquella jornada, matando «como conejos» á los guerreros charruas que peleaban sin cota de malla, sin broqueles, con armas de madera labradas con instrumentos de piedra y sin el auxilio poderoso de la bala, de las espadas bien templadas y el caballo. Centenera enumera prolijamente las proezas de cada uno de aquellos soldados llamándolos por sus nombres. A mas de los ya mencionados, hay que tomar en cuenta al gallardo Arévalo que lleva el fierro de la lanza empapado en sangre de

la gente que jamás fué conquistada.

Al fuerte Aguilera que descarga tales mandobles que parece hundir á los indios bajo tierra al buen Mateo Gil, soldado viejo, valiente y esforzado como hijo que es de Trujillo, nacido en el lugar de Jarahicejo que hizo grandes estragos y tiñó con prodigalidad en sangre infiel las «yerbas del campo»: al cordobés Hernán Ruiz que pelea «sin pereza» y se asocia en sus hazañas á su camarada Camelo: á Juan de

Osuna, que armado únicamente de su espada, vence al denodado Magallón, que le tenía á mal traer, prendido á la cadera del caballo y de las riendas que no soltó sino con la vida.

Juan Sánchez tenía ya cubierto el campo de zapicanos muertos con su espada, cuando un indio con una enbastada en un palo, le tira un bote de costado respondiéndole: Sánchez de estocada acertádosela en medio de la frente y dando con el indio en tierra como herido del rayo. Rasquien se halla capaz por el sol de dar remate al ejército todo de Zapicanos. Pero el fuerte y animoso Caravallo, aquel de los remordimientos por la tragedia de la hermosa Miropeya, no se queda atrás en obsequios valerosos, y

de encuentro, de revés, da jaqué y mate al indio sin dejarle un hueso sano con la fuerza que pone en su caballo.

Centenera deja para postre de su reseña panegírica al capitán de todos esos valientes, á Juan de Garay, hombre según él, capaz de clavar su lanza en la rueda de la fortuna y de fijarla para siempre, si semejante rueda fuera visible para sus ojos. Garay, solo su alma, atacó á una escuadra de indios que permanecía como de reserva en observación en una altura áspera; los cargó y les arrolló. En la carga fué herido con gran contento de los indios que á cada momento creían verle caer del caballo; pero como estas esperanzas no se realizasen y la persecución continuaba, echaron á

1. Con mis ojos vi aqueste día á este indio que abrazándose con el caballo cortó con los dientes la una rienda del caballo y así murió con la rienda en la boca á puñaladas que le dio Juan de Osuna.

Nota de Centenera.

huir dispersos siguiéndoles Garay al galopé hasta que se le cayó el caballo muerto de cansancio y desangrándose por las heridas. Los soldados acudieron precipitados á valer á su jefe en semejante situacion, y disponiéndole otra cabalgadura le llevaron hácia el real tocando los clarines retirada para que se recojiere la tropa y cesase el estrago de tan sangrienta jornada que costó como mil víctimas á los infelices charruas. El épico bofetinero calla, como conviene al oficio, la pérdida padecida por los cristianos.

Los soldados españoles entraron á descansar al real, satisfechos y gozosos

de ver quedar el campo muy poblado

de la soberbia sangre belicosa

del indio en estas partes señalado;

gente famosa por su valor y temida en toda la comarca. El cacique que los mandaba era respetado por los suyos y por extraños, aborrecia el nombre cristiano y dominaba la llanura y las sierras disponiendo de la voluntad de las tribus que en ellas tenían sus moradas, con lo que estaba el «perro» tan engreído que no temia al mundo entero.

Mientras los vencedores celebraban la victoria y descansaban todo el día que la siguió, los indios abandonaban el campo y huían temerosos hácia el interior de la tierra. Libres por ahora del tenaz enemigo continuaron su marcha los expedicionarios en busca de Rui Díaz que había tomado puerto seguro en San Salvador, lugar destinado por los españoles para fijarse de asiento. Entre tanto, andaba todavía en sus peregrinaciones el Adelantado. Pero no obstante, respetando su categoria y llevado Garay de cierto instinto cortesano que le inclinaba á lisonjear á sus superio-

res, antes que de construir la suya cuidó de construir casa para Juan Ortiz de Zárate, siendo así que cada cual cuidaba de labrar su nido en aquellas alturas como mejor lo entendía.

Al fin la colonia, como enjambre de abejas desbandado por la lluvia y por los vientos, trata de concentrarse y constituirse bajo la bandera de Zárate, quien al tomar las riendas del mando comenzó por dictar algunas disposiciones para proveer á la defensa y subsistencia de los pobladores de San Salvador. Antes de todo, preocupado con las prerogativas y ambiciones de conquistador, trató de dar nombre (impuesto por él) al territorio con cuyo gobierno soñaba y ordenó que de allí en adelante se llamase «Nueva Vizcaya» al país conocido hasta entonces con la denominación de Río de la Plata; rasgo de vanidad porvínceana que le moteja el estrecho Centenera, apesar de que él también incurre con frecuencia en debilidades de la misma especie. Proveyó, dice, el Juan Ortiz,

que de hoy adelante se dijese

y nombrase *Vizcaya* el Argentino:

¡mirad la ambición del vizcaíno!

Mandó primero á Garay y á Rui Díaz en busca de la guarida de Cayú, cacique de las islas, en cuya expedición que desempeñaron, dieron con la nación Chaná, de la cual aprisionaron dos mocetones. De allí siguieron el viaje siempre unidos, ambos gefes, y á las márgenes del río Igeipopé hallaron á los guaraníes, en gran número, y sin mas ni mas les dieron una sorpresa ó malon cristiano á la primera luz de una hermosa mañana. Los indios, que se creían seguros al considerar cuán pocos eran los españoles que se les

acercaban, no se prepararon á la defensa de una manera formal, y tuvieron que huir dejando como botín para el enemigo, siempre hambriento, como doscientas fanegas de maíz que valían para los españoles tanto como granos de oro. Cargados con esta riqueza después de haber reducido á cenizas las chozas de los pobres guaraníes, descendió Rui Díaz hacia San Salvador trayendo consigo cuatro prisioneros, y entre ellos á un hijo de Cayú. El capitán Garay con sus soldados tomó el camino de la Asunción con mucha prisa, en busca también de víveres porque los hallados hasta entonces no eran suficientes para las necesidades de aquellos hombres mejor dispuestos para manejar la espada que el arado.

Catenora es moralista de cuando en cuando y frecuentemente murmurador; así, para demostrar cuán poco vale el condado humano cuando la providencia está en contra, refiere cómo, en las altas horas de una noche fué devorada por el fuego la casa del Adelantado á pesar del empeño que se puso en salvarla. A falta de habitación en tierra se recojió Zárate á bordo de la cebra en donde tenía guardada la hacienda, mientras su gente, diseminada por el campo quedaba mal abrigada bajo techos de paja y espuesta á los ataques de los indios. Poco mas ó menos por entonces, presentándose al Adelantado

aquel Cayú que dijo que huyendo salió con los demás y que dejara captivo el hijo.

Acompañante algunas personas de su tribu y con lágrimas y ruegos le pidió la libertad del objeto que mas amaba, ofreciendo por su rescate una buena cantidad de pescado

una graciosa moza, muy hermosa y exajeraba á su modo, tratando de probar que era muy digna de ser la esposa de todo un Adelantado. Lo que este resolvió con respecto á la súplica del cacique y á la novia lo refirió Centenera en dos versos: rápidos como los flechás, que las tiran por la fleidonia que contienen.

El Juan Ortiz la moza recibía
y al indio sin su hijo en paz envía.

Qué extraño es que con semejante conducta se irritaran los bárbaros y cometieran exesos de crueldad con los españoles? Fué por entonces, que tuvo lugar una especie de martirio ejecutado en un santo varon llamado Echeverría, que habiendo caído prisionero de los indigenas, cayó en el reparto á la tribu de los Chanzas. Centenera le conoció y trató y dice que era "ordenado de grados", y lo elogio no solo por su virtud sino por sus estudios, luces y talentos.

Ordenado de grados supé que era,
versado en natural filosofía,
discreto, sabio y muy caritativo,
de mucha habilidad y seso vivo?

Llevaronle los indios á un lugar pantanoso, y allí amarrado á un palo, le convirtieron en blanco de multitud de flechas que daban en sus carnes como lluvia de granizo, poniéndole como un puerco espín, todo herizado de puas. Este justo, digno de memoria y de que se le llame glorioso por haber conquistado el cielo y la palma de los mártires, segun la opinion y testuales palabras de Centenera, murió recomendando el alma á Dios, confesando en alto sus culpas, y cuanto mas crecia su fervor cantando en sus ultimos instan-

tes el *Miserere mei*, mas se embravecian los bárbaros y le atormentaban. Así pagan en este mundo los justos por los pecadores. Mas de cerca tocó á nuestro cronista el doler de estas atrocidades cometidas por los indios con los cristianos. Habia tenido la desgracia de caer en poder de aquellos un muchacho llamado Juan Gago, que él estimaba mucho, porque le habia servido en Logroñan, su patria, en tiempos en que aun no habia abandonado el reposo de la casa paterna. Solo Dios sabe, dice Centeaeta, lo que hizo para sacarlo del cautiverio: pasó trabajos y hambres, andando entre los indios por muchos dias sin conseguir nada, y al fin le sacaron los ojos y le descoyuntaron y mutilaron de pies y manos. Esta serie de martirios referidos por nuestro cronista se corona con un milagro obrado por uno de los hijos del seráfico padre San Francisco, el cual estando de rodillas en oracion, fué muerto por la flecha que le disparó un indio. Caer el sacerdote herido y descender del cielo una nube luminosa, fué todo uno, y envuelta en resplandores se vió subir al mismo tiempo una doncella hermosísima en demasia, con admiracion y susto de los indigenas, arrepiñándose de la accion que habian cometido.

El autor nos lleva de sorpresa en sorpresa como se ve, rompiendo con variados episodios el hilo mal devanado de su cronica, y ahora en el canto décimo sexto, pasa de las márgenes del Uruguay al corazón del Perú, para referir el levantamiento de don Diego de Mendoza, y los aprestos militares que para someterle hizo el Virrey don Francisco de Toledo. Este canto que es uno de los más extensos del poema, no basta para contener el nudo y desenlace de esta tragedia colonial, y se consagra otro mas, (el siguiente décimo séptimo) á refe-

rir la justicia y muerte que mereció en Potosí el dicho rebelde don Diego, y el gran señor Topamaró con el Cuzco. Difícil es encontrar nada más enredado, confuso y desordenado que estas páginas de Centenera en las cuales se embrosea en multitud de pequeños accidentes que ni siquiera son dignos de la crónica y bien pudieron quedar, sin perjuicio de la verdad histórica, entre las tradiciones vulgares que el tiempo deshace como se desvanecen los vapores y el humo. En las consecuencias de estos disturbios del Perú apenas se traslúce en las octavas de la Argentina, y por que en ellas se confunden los accidentes con la causa fundamental y se atribuye a don Diego de Mendoza, personaje subalterno y casi oscuro en la historia peruana, la importancia que solo debe darse al desgraciado Tupac-Amarú, último vástago de la estirpe de Atahualpa, verdadero protagonista del drama sangriento en que figura como verdugo el Virrey don Francisco de Toledo. El mal ejemplo dado con la encarnizada guerra civil que sostuvieron Pizarro y Almagro, mantuvo aquel país en perpetua agitación hasta muchos años después de la misión de la Gasca, y de cuando en cuando aparecían descontentos de entre los mismos españoles que atraían algunos grupos de indígenas a los intereses de su bandera. No era difícil hacerse de aliados entre aquellos que tenían tan justos motivos de resentimiento contra los conquistadores, y el Virrey no sabiendo darse cuenta del verdadero motivo de aquellas perturbaciones, creyó sofocarlas para siempre haciendo desaparecer hasta la sombra de la autoridad de los Incas, persiguiendo á muerte á todos los de su estirpe. Con este propósito, sacó de las montañas de Vilcabamba, en donde vivía resignado y pacífico, á Tupac-Amarú, hijo de Manco Inca, y hermano de

Sayri-Tupac-Inca, para llevarle al Cuzco, en cuya plaza principal y bajo las formas de un proceso mentiroso, é iníquo, le cortó la cabeza. Este acto no solo agrió el ánimo de los indígenas, sino que los mismos españoles lo tomaron á mal, y según se refiere fué causa de la desgracia del injusto mandón. Habiendo regresado á España por los años 1581, y contando con un premio seguro por sus servicios á la corona, solo recibió la reprobación de Felipe 2º, diciéndole «que se retirase á su casa, que no le había mandado al Perú para que matase reyes sino para que los sirviera» palabras que según un historiador peninsular fueron bastantes á cortar en breves días el curso de la vida del Virey, entregado á la melancolía y la tristeza.

Y no obstante lo que dejamos dicho sobre los cantos XVI y XVII de la Argentina, ellos tienen su interés considerados como cuadros de las costumbres indígenas y como reflejo de aquella era singular, que forma como la *edad media* de la colonia peruana, y es el crepúsculo de un orden mas regular de cosas bajo la completa influencia de las costumbres y leyes españolas. La maquiavélica y cruel conducta del Virey aparece también en los versos de Centenera en toda su fealdad, por que la presenta rodeada de minuciosos incidentes que la dan un relieve verdaderamente negro y satánico, y podría servir de asunto para una preciosa novela ó para una composición dramática de sumo interés poético y filosófico.

Los cantos episódicos de Centenera se componen á su vez de otros episodios, ó mas bien de escapes inesperados de su imaginación; que no dejan de tener su atractivo y en-

1. Resumen histórico del origen y sucesión de los Incas etc. etc. por don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, pág. CXII.

retener agradablemente al lector. Como su poema no está dominado por la severidad de un plan bien concebido, y es más bien una obra sin asunto, tomada esta palabra en su verdadero significado, el autor sigue el camino de sus recuerdos, completamente a sus anchas, satisfaciendo sus caprichos, moralizando donde se le antoja, describiendo un objeto, un lugar, un personaje, donde menos se espera; y lo que es más común, sacando del depósito de su memoria alguna conseja ó alguna observación mal hecha por él mismo sobre algún prodigio de la naturaleza. Un ejemplo notable de este procedimiento vago y movedido hallamos en uno de estos cantos sobre lo que él llama sublevación del Perú, con motivo de referir el caso de un condenado á muerte, que hallándose ya en el patíbulo,

en su túnica y toga muy revuelto,
pensando que es visión y que soñaba,
apareciere un agente de la justicia trayéndole el perdón,
mostrando desde lejos como prueba de este el «bordon de su Exelencia» que era señal muy conocida en semejantes lancec.—La situación de este reo, suspendido por largas horas entre este mundo y la eternidad, sugiere á Centenera una especie de disertación en la cual derrama toda su filosofía y desata toda su conciencia ante la consideración del trance supremo de la vida humana. La muerte, observa, triunfa de los Reyes como de todos los demás hombres y nos combate de día y de noche: en esta vida transitoria donde tan poco subsiste el tiempo más florido, debimos tenerla constantemente por espejo, por regla y por consejera. El mismo se ofrece como modelo de obediencia á este precepto indirecto y dice, que sin ser hipócrita ni fingir santidad, de-

clara que cuando tuvo la muerte delante de los ojos á cada instante en los días de hambre y de grandes peligros, trató siempre de conservar limpia y bien ajustada la conciencia como en ninguna otra época de su vida. La tristeza que causa la idea de la muerte proviene de que el hombre no tiene certeza de su paradero, ni conoce bien cuán triste y funesta es la vida, porque si no, mas bien que motivo de pesadumbre deprimiera, le de regocijo el salir de este mundo vil. Estas palabras, casi testuales de Centenera, son las mismas de Hamlet en su famoso monólogo y solo se diferencian en la forma; prueba de que el modo como una idea se expresa, no es indiferente á su fondo.

La muerte de sí tiene tal tristeza
por no saber el hombre el paradero;
que si de este se tiene la certeza,
alegre es aquel trance y placentero;
dejar un mundo tal y tal vileza
había de dar gozo muy entero,
y en lugar de tristeza gran consuelo,
pues vemos que salimos de este suelo.

Si se tuviere el buen conocimiento
de aquesta triste vida tan funesta,
con la muerte contento se tendria
tomándola por gozo y alegría.

En seguida, recorre los diferentes ejemplos que atestiguan el placer con que el hombre justo, los que esperan en Dios, como los mártires, se entregan á la muerte ó la reciben con resignación; y descendiendo del hombre hasta

los animales, después de decirnos cómo el cisne «suele cantar cuando la muerte le es vecina», refiere una «estraneza digna de contarse de caminos», que él mismo vió habiendo sido espresamente á Tomahavi á «cerciorarse» de ella con sus propios ojos. Allí en una vasta estension de terreno, había un pantano movedizo á donde llegaban contentos y como saltando de alegría, una multitud de perros, que se arrojaban bailando como recio torbellinos en aquellas aguas estancadas que eran calientes y se «coocían vivos», sin interrumpir la danza, pues parecía que aquel modo de morir les daba contento.

Yo vide aquesto propio que aquí cuento
que por juzgar el caso yo por fuerte,
á verlo fui, y los perros que allí fueron
bailando vi, en la fuente perecieron.

Dejamos al Adelantado en San Salvador haciendo esfuerzos por cimentar su gobierno y levantar allí una población estable. Dos dificultades se le presentaban para realizar sus miras,—la resistencia por parte de los naturales, y la carencia casi absoluta de medios de existencia,—y esta era la más apremiante y más difícil de superar. Los «Zaratinos» volvieron á la misma situación afligente que tuvieron en las costas brasileras, y el hambre les ponía á cada momento á las puertas de la muerte, y los diezmaba. Seis onzas diarias de harina

hedionda, sin virtud y mal pesada,
era el único alimento con que podían contar, y aun esta ración de hambre podía faltar del todo de un momento á

otro. La desmoralizacion y envilecimiento de ánimo, producida por semejante situacion, se infiere desde luego sin necesidad de que el cronista la señale y comente cómo lo hace en la introduccion de su décimo-octavo canto. Si el ser pobre no envilece, dice, lo cierto es que el menesteroso carece de amigos, y de protectores, y este abandono le hace caer en actos de bajeza que le degradan. La miseria y la necesidad habian apocado el valor físico y moral de aquella jente, y hecho desaparecer en ella, la bizzarria, la cultura, y hasta la belleza y donaire de las mugeres hermosas.

Estaban convertidos en mendigos, y como los de las ciudades españolas, asediaban la morada de Zárate pidiéndole que comer, como estos asedian la puerta de los conventos al olor de la sopa del refectorio. El Adelantado habia perdido completamente su aplomo y su dignidad, y en vez de dar ejemplo de enterzeza y de abnegacion como lo habria hecho un hombre superior en situacion análoga, se desesperaba y se conducia brutalmente cuando llegaba el momento de distribuir sus malos y escasísimos víveres, de manera que la racion, era «dos veces cara» para aquellos desventurados. Lejos de darles consuelo ó inspirarles alguna esperanza en el cambio próximo de fortuna, insultaba «en la cara» á cada uno, con las espresiones mas denigrantes que pueden emplearse por un harto descorazonado perseguido por las importunidades de un hambriento.

Malditos, endiablados comilones,
tragones, apocados, gente avara;

era lo menos que les decia. «Os traje yo de España nada mas que para sustentaros? añadía. Qué os debo? casi estoy

resuelto á abandonaros.» Pero con denuestos no se conjura el «hambre vil», y como esta no respeta las condiciones y á todos los «igual a por rasero»,

al Papa, al Rey, al bajo zapatero,
andaban los soldados y los sacerdotes tan transformados y lánguidos y macilentos que mas parecian sombras que seres vivos.

Los mas avisados de la colonia reconocian que la penuria en que se encontraban podria ser menor si estuviera á su cabeza un gefe de otras prendas; y el tesorero Hernando de Moltalvo solia repetir, que si Dios se llevase al «vocinglero» de Zárate al otro mundo, acabarian aquellos males y se restituiria el contento y la alegria á aquel miserable pueblo. Centenera tomara probablemente su buena parte en estas reflexiones criticas tan fundadas de nuestro primer tesorero; pero como su carácter de canónigo y de cronista, le imponian resignacion ó cuando ménos disimulo, se limitaba á pasear su desabrimiento y tristeza por los bosques, entregado talvez á componer algunas octavas de su futuro poema. En una de estas correrias poéticas, se encontró con el P. franciscano frai Alonso La-Torre, sacerdote dotado de virtud y de letras, á quien conocia de antemano. Apenas podia mover los piés el buen Padre y solo tenia la «figura de cosa viva.»—Qué andais haciendo por aquí? le preguntó Centenera.—Entiendo, le contestó frai Alonso, que voy á morir me muy pronto y he entrado á este bosque á cortar algunas ramas para hacer una cama donde echarme y cerrar los ojos para siempre.—Al decir estas palabras los levantó al cielo y cayó en tierra desfallecido.—Centenera entristecido con aquel espectáculo y derramando lágrimas, cortó

ramas y hojas de los árboles de «aquel prado verde, umbroso», y ayudó al santo varón á disponer el único abrigo y lecho mortuorio á que podia aspirarse en *la Nueva Vizcaya* del Adelantado Ortiz de Zárate.

Gracias á la actividad del incansable y celoso don Juan de Garay cambió la afligida situacion de los pobladores de San Salvador, pues inmediatamente llegado á la Asuncion, despachó gente de repuesto y comestibles que recibieron con el mayor regocijo los infelices que perecian de necesidad. Pero estos auxilios si remediaban transitoriamente la situacion desesperada de San Salvador no hacian imposible que se repitiera, y el descontento seguía tomando creces, á punto que la persona mas inmediata á Zárate, la mas favorecida, pues era nada menos que su «vicario» Trejo, iba mas allá que Montalvo en sus murmuraciones y hubo de amotinar á los soldados contra su gefe, culpándole de mal cristiano, de ladrón y de desacertado, agregando que debia formársele proceso y remitirsele con buenos grillos á la justicia del rey. Este conato de rebelion que sofocó Zárate prendiendo y procesando á Trejo, aceleró la salida de aquel para la Asuncion que era la verdadera cabeza de su gobierno y lugar abastecido de todo lo necesario para la vida. No dice Centenera quienes, ni cuántos acompañaban al Adelantado; pero se infiere que él iba en la expedición y Trejo engriñado tambien. Al entrar Zárate en los brazos subalternos del Paraná, entonces muy poblados no solo de «onzas, tigres y osos fieros» sino de diversas tribus, comenzó Centenera á no tenerlas todas consigo, porque no vela que saliesen los indios á ofrecerles sus productos como otras veces y se imaginaba que bien podia tenderlos alguna celada el falso y astuto Yamandú.

Los cuidados de Centenera provenían del estado en que veía á la gente, casi incapaz de disparar un tiro porque iba mal alimentada, con malas armas, y los bogadores se quedaban cansados y dormidos sobre los remos. Pero al llegar á Santafé se desvanecieron estas aprensiones pues comenzaron á aparecer las canoas bulliciosas de los Calchinos, de los Chiloazas y Mepenes, quienes aparentan satisfacción al ver á los cristianos aunque otra cosa les queda adentro:

celebrando con gozo la venida
á quien quitar quisieran alma y vida.

La ciudad de Santafé estaba edificada, dice nuestro cronista, sobre la barranca del río, rodeada de tapias no muy altas pero capaces de detener la fuerza del gentío. Componíase su guarnición de jóvenes á quienes respetan los indios porque los mancebos nacidos allí son diestros y bravos en la guerra. Estas palabras darian lugar á creer que en la ciudad fundada por Garay en Julio de 1573, habia podido brotar una generacion viril en el espacio de un año, pues la subida de Zárate de que viene hablando Centenera no puede colocarse sino en el año siguiente de 1574.

Por estas alturas comienzan ya los vientres á salir de mal año, porque los ríos Paraná y Paraguay estan llenos de dorados, de patís, de corvinas, de palometas y mandies que caen abundantemente en los anzuelos, y las márgenes abundan tambien en venados y ciervos que derriban fácilmente las balas de los arcabuces. Como segun el refran castellano, tripas llevan corazon, no es extraño que con semejantes cordiales llegasen llenos de contento y alegría á la ciudad de la Asunción en donde fué bien recibido el adelantado de la gente paraguense. Su primera providencia, llegado allí,

fué despachar víveres y subsistencia para los que quedaban en San Salvador, cuya miseria había crecido, si era posible, con los repetidos ataques de los indígenas que incendiaron la nave vizcaína así que Zárate se separó de las costas del Uruguay.

Posesionado este del mando, comenzó á ejercerlo con actividad pero desacertadamente, inventando quimeras nunca oídas, llevado del deseo de recuperar sus riquezas con cuya pérdida no se conformaba. A estar á lo que dice Centenera, el Adelantado era porfiado como un verdadero vizcaíno y no oía consejos de nadie. Un día, sin duda con intención de darle alguno bueno, se allegó á él nuestro cronista, y comenzó á encontrarle tan de mal humor y peor jesto que solo se atrevió á preguntarle qué hacía. Juro á Dios, le dijo por única respuesta, que aún cuando me encontrase en la situación mas apurada, antes me perderia que dar oídos á pareceres ajenos aunque fuese de la persona mas experimentada y sesuda. Entonces, no pudo menos Centenera que observarle cómo, hasta los reyes, se asesoraban de sus letrados, que á los pueblos les gobernaban los hombres versados en los negocios y que de aquellos era el acierto que se guiaban por buenos consejeros. Estas razones tan sabias como bien intencionadas obtuvieron de Zárate una réplica singular:

—Antes, dijo, consentiré en que todo se pierda que en tomar consejo de un loco. Si esta palabra última, se refería al mismo Centenera que la consigna tal como ella suena, tendremos que alabar con justicia la magnanimidad y mansedumbre del Arcediano que no se manifiesta ofendido por semejante insulto. Por el contrario, como si esta ofen-

sa diera mayor vigor á su razon, entrá inmediatamente en consideraciones generales acerca de las espinas de que está rodeado el que manda y de lo difícil que es acertar en el gobierno de los hombres especialmente en esta parte de América. Los Tucumanos son ingobernables segun él y los paraguayos son ciegos á favor de aquel en quien pusieron una vez su confianza:

... los tucumaneses
nunca gobernador hallaron bueno;
los nuestros paraguenses cosa mala
jamás confesaría que hizo Irala.

Haciendo Centenera una detenida exposicion de las virtudes que debe poseer un gobernante, tomando ejemplos de la escritura y especialmente de la conducta de Moisés, manifiesta indirectamente que el Adelantado Zárate carecia de paciencia, de verdadero amor á sus subordinados, de sagacidad y de acierto en la elección de sus ministros y sobre todo de caridad, y que aun que á veces parecia justiciero y dispuesto á castigar los malvados, no sabia ocultar la codicia que le cegaba mas que ninguna otra pasión. Los «distates» que cometió, le enagenaron la buena voluntad de las gentes y llegó á ser tan mal querido que todos le deseaban su fin y se alegraron cuando supieron que habia caído mortalmente enfermo pocos meses despues de su arribo. Centenera estuvo presente á sus últimos momentos y dice que testó cuando «estaba casi agena el alma de su cuerpo» y que murió con mucho ánimo exclamando: «si podremos con la muerte! En- tonces él le observó que no era cuerdo desafiarse al mas fuerte y espiró en seguida, habiendo acelerado sus dias bebiendo en el caldo el jugo de una yerba que un viejo llamado Pe-

denera le aconsejó tomara como remedio eficaz: así añade el cronista, el que en su vida no quiso oír buenos consejos los tomó malos en los últimos instantes de ella.

No es común el ver un testamento estendido en ocho versos de once sílabas y no queremos privar de esta novedad al lector, tanto mas cuanto que creemos que nuestros historiadores en prosa no han conocido sino por la octava de Centenera las disposiciones testamentarias del tercer Adelantado del Rio de la Plata. Esa octava es clara, no deja lugar á duda alguna y dice así:

Dejó en su testamento declarado
que sea su legítimo heredero
la lija que en los Charcas ha dejado,
y aquel que fuese esposo y compañero
suceda en el gobierno y el estado
segun como lo tuvo él de primero:
y mande y rija en tanto que ella viene,
su sobrino Mendieta que aqui tiene.

Don Diego de Mendieta, sobrino de Zárate, encargado provisoriamente del gobierno del Rio de la Plata, era un jóven de veinte años no cumplidos de edad, disoluto en obras y palabras, cuyo primer paso fué emanciparse de la especie de tutela que por voluntad de su tío debia ejercer sobre él, un tal Martin Duré de quien no encontramos ninguna otra noticia en la «Argentina». Mendieta con su pésima conducta y sus desmanes hizo olvidar los defectos de su tío, como este lo habia predicho poco antes de morir segun el testimonio de Centenera que le oyó estas palabras: «Soy malo; pero estoy cierto que no faltará quien me haga bueno el dia menos pensado.»

Entregúse el nuevo gobernante á satisfacer sus pasiones: rodeose de malas compañías, olvidó todos sus deberes y comenzó por encelarse de las personas de buen concepto y fama, y sea por esta razon ó por alguna otra peor, prendió en los primeros dias de su gobierno á cuatro caballeros á quienes despues de colmarlos de vituperios, los engrilló y maltrató. Un tal Vicencio reprobó esta injustia y sin mas ni mas, despues de darle tormento, le hizo colgar en la horca. Uno de los flacos del jóven Mendieta era el amor, y requetebra á todas las buenas mozas y las tenía á su gusto y «mandato» especialmente á una que era notablemente hermosa y á quien festejaba en público con corridas de toros, de cañas y de sortija, dando ocasion á murmuraciones y enredos que perturbaban la tranquilidad del vecindario. El descontento de este se manifestaba de cuando en cuando de diferentes maneras irritando al mandon y poniéndole en el disparadero.

Una noche encontró un page de Mendieta un papel cerrado, especie de auúnimo en que se le amenazaba con el castigo de Dios si no se moderaba. Esto le bastó para abrir un ruidoso proceso encabezado por el escrito y para perseguir á muchos inocentes y darles tormentos, quedando al fin burlado porque no logró desquibir al autor de la amenaza que tanta impresion le habia hecho. Con esta conducta tenía descontentos á todos, y refiere Centenera que una vieja brasilera, le dijo á él una vez muy indignada: Ay! señor mío; así como la España se perdió en otros tiempos por los amores reprehensibles de don Rodrigo; así se ha de perder ahora esta tierra desgraciada y debemos procurar el arrojar de ella á este mal hombre.

Mendieta no respetaba á nadie, sea cual fuera su calidad y el sexo. En la Asumpcion no se hallaban bien sino algunos mozos libertinos y traviesos, cuyos excesos consentia el gobernador, mientras oprimia á las personas de juicio y muy especialmente á los «viejos españoles honrados» para quienes no habia otro remedio que resignarse á morir suspirando de pena. Centenera pinta aquella situacion de la colonia paraguaya con los colores mas sombríos y si son verdaderos no cabe la menor duda de que el doctor Francia, se inspiró en su dictadura de los antecedentes dejados por Mendieta. El temor se habia esparcido por toda la poblacion, los padres no osaban conversar con sus hijos, la mujer se recelaba de su marido, las madres se guardaban de sus hijas, de manera que aquello parecia un verdadero castigo del cielo de quien el gobernador era el instrumento. Los españoles antiguos de cabello y barbas canas, cercanos ya á la muerte, perdian el juicio y no sabian darse cuenta de lo que presenciaban. Los sacerdotes, (clérigos y frailes) se apresuraron á mandar avisos á España imponiendo al rey de la situacion en que habia caído aquella parte de sus nuevos dominios y para burlar la policia secreta del gobernador, despachaban las cartas en los zapatos de los viajeros y ni aun así iban bien seguras.

Mendieta para sacudir el fastidio que mortifica á los tiranos ya sean grandes ó pigmeos ó para ostentar su poder, dispuso viaje para Santafé, acompañado de mucha gente. Esta visita á la ciudad de Garay, debia ser funesta. Apenas llegó á ella, se estrelló contra la entereza y crédito bien establecido del presuntuoso cuanto honrado capitan Francisco Sierra que á mas de estas cualidades poseia la de ser «muy soldado» usando de las palabras del cronista. El

respeto que inspiraba Sierra en Santafé rayaba en temor. No dice Centenera cual fuese la causa de la desavenencia y de las palabras agrias que se cruzaron entre Mendieta y Sierra; el caso es que este le desobedeció y no queriendo presentarse á su llamado temiendo que le tendiera una red para prenderle, se asiló en la iglesia de donde fue sacado violentamente por los soldados del gobernador. El pueblo se alborota entónces, acuden muchos mancebos, se levantan voces á favor del prisionero y contra Mendieta de quien se apodera la muchedumbre. Sierra al verse suelto y protegido por el favor popular, echa mano á la espada y poniéndose á la cabeza de sus parciales emprende la persecucion del recién llegado gobernador que se encierra en su habitacion con un corto número de amigos. El pueblo cerca la casa, dando voces y amenazando incendiarla, y llega á apurar tanto el conflicto que Mendieta abdica el mando en presencia de la multitud con palabras humildes y de hombre arrepentido. Con este desistimiento del gobernador se tranquilizaron los santafecinos é hicieron venir un escribano para que diera fé de lo que pasaba y de cómo el gobernador habia dimitido su cargo, en la confianza de que cuando el rey tuviese conocimiento de estos hechos habia de reputar como un servicio á su dignidad y á sus intereses la caída de semejante tirano. El pueblo exigió tambien que saliesen de la morada del ex-gobernador dos de sus amigos y paniaguados, el bullicioso Galiano de Meira y el vizcaíno Ochoa, muy querido y prodilecto de aquel

No se cual de ellos era mas villosó, dice Centenera. Parece que estos caballeros resistian el salir á la calle y entónces su amigo y protector les hizo presente cómo llegan

casos que es indispensable aventurar la vida, que aquel era uno de ellos y que debían salir: si alguna vez llegó á verme seguro, añadió, os juro vengarme de la fuerza y de la opresión actual, y vosotros sereis vengados tambien. Salieron al fin «que el salir era forzado» en vista de las amenazas ruidosas y airadas del pueblo dispuesto á incendiar la habitación, y los alcaldes se apoderaron inmediatamente de ambos, dejando libre á Mendieta bajo la custodia de una guardia encargada de seguirlo á todas partes hasta cuando salia al campo á tomar algun consuelo. En estas ocasiones se quejaba Mendieta á sus solas de la adversidad de su suerte en términos que honrarian á un estoico y capaces de ablandar las piedras, segun el testimonio de Centenera quien aprovecha esta oportunidad para desatar su vena y esplayarse en consideraciones sobre la inestabilidad de las cosas humanas, lo fugaz del tiempo próspero y la inconstancia de la fortuna.

Asi anduvo Mendieta triste y aflijido y aún temeroso por su vida, los dias que duró su proceso, al fin del cual le echáron en «prisión segura y fuerte» con el objeto de despacharle en calidad de reo como efectivamente lo despacharon á bordo de una carabela muy hermosa convoyada por un barquichuelo bajo la custodia del alcalde Espinosa. En veinte dias cumplidos llegaron estas embarcaciones á San Gabriel, en el Brasil, y dejando allí al preso regresaron á Santafé. Mendieta entonces, recobra sus antiguos brios y emprende viaje hácia el rio de la Plata con la esperanza de recobrar su gobierno; pero al cruzar por tierra el territorio de Santafé, cayó de nuevo en poder de Espinosa y en la misma carabela de antes vuelven á remitirlo á España á don-

de no llegó nunca, porque habiendo armado camorra con algunos de los marineros de la embarcacion y dado muerte horrible á uno de estos, le dejaron abandonado en las costas del Brasil,

do presto feneció triste y lloroso.

Tal es, en compendio la crónica del famoso por sus desórdenes y locuras, don Diego de Mendieta, en cuyas manos entregó la suerte del Paraguay el Adelantado Zárate al despedirse de este mundo.

Veamos ahora lo que nos refiere Centenera de otro personaje que nos es simpático y fué el diplomático de la negociacion á que dió lugar el testamento de Zárate con motivo de la cláusula relativa al casamiento de su hija.

(Continuara.)

JEAN MARIA GUTIERREZ.

Viajes Incógnitos

DON FELIX DE AZARAT

Continuacion

198—*San Lorenzo, pueblo de indios*—Es colonia de Santa María, la mayor de quien se separó en 1691. Su colocacion como la de todos, distante cuatro leguas de Piratini. La iglesia es de 93 varas sin el presbiterio, y 43 de anchura; pero la bóveda no estaba entablada. Los corredores están sostenidos por columnas jónicas de buena piedra asperon y de la misma manera son los pilares de los corredores del pueblo. Cuando lo dejaron los jesuitas tenia 1412 habitantes: hoy conserva 1275 con mucha pobreza en la comunidad y los edificios amenazan ruina. La situacion geográfica, es en 28°-27'-24" de latitud observada y 2°-52'-30" de longitud.

199—Las aguas continuas nos detuvieron hasta el cinco por la tarde y marchamos sobre una lomadita descubriendo otra mayor que empezando al este del pueblo sigue al norte y vuelve luego al noroeste. En la falda

1. Véase la página 155 del tomo V.

ó pié se descubre un valle mas espacioso distante como tres leguas por el cual dijeron que corria el rio Pirayú. Asi seguimos cinco millas por colinas suaves y como las de Montevideo, con bosques en las cañadas: toda tierra roja con polvos de salvadera y en los regachitos mucho espartillo y pajonal. Aqui como á 100 varas del camino desde el pié de unos cocos ó palmas demarcamos la salida y arribo deduciendo por la razon de las distancias el rumbo directo N-79-O. (Hasta aqui todo yerte al norte y perdimos de vista la lomada y valle mencionados por la mayer abundancia de bosque inmediata que se interponia. Dos leguas mas adelante volvimos á ver la lomada y nos dijeron que tras ella corria el rio Ibicuy. Finalmente á las seis y media leguas de San Lorenzo, de camino como el referido, entramos en San Luis.

200—*San Luis, pueblo de indios*—Ignoro su fundador; pero he hallado que tuvo su origen ó existencia sobre el rio Igay el año de 1632. El de 1638 huyó de los Mamelucos y se incorporó al de Concepcion de quien se separó en 1687 para establecerse en el de Caazapamiri en el mismo lugar que antes tuvo Candelaria no lejos de aqui. De allí se mudó á otro lugar cercano que ignoro y despues pasó á este sitio. Sus habitantes descienden en parte, de los que componian el pueblo de San Pedro y San Pablo de Caazapa-guazu. Parte vienen de los que fueron del pueblo de Jesus Maria fundado en la otra banda del Igay en el lugar llamado Ibiti-carai y parte viene de los pueblos de la Visitacion de la virgen de Caapi. Estos tres pueblos fueron destruidos por los mamelucos ó portugueses y sus restos ó reliquias fueron las que se

agregaron al pueblo de San Luis. Su figura y emplazamiento son como los demás. Tiene mucho despejo, particularmente al sur, se ven campañas sin término con algunas manchas de bosque. La iglesia solo tiene enteramente concluido el crucero; pero se conoce que el que la dirigía entendía mas de arquitectura que los que hicieron las demás. Su altar principal, tambien es mejor y sus ardonos, ornamentos y alhajas escede á todas ó iguala á la que mas. Los pilares de los corredores son de asperon de una pieza. Un exelente terrado y corredor cubierto y espacioso domina la huerta y las campañas. Ultimamente el colegio y todo, en este pueblo es mejor por todos titulos que en todos los pueblos jesuíticos; pero en el día está pobre. Cuando lo entregaron los padres tenia 3510 habitantes; hoy tiene 3500 siendo digno de notarse que en los pueblos donde han decaído mas los bienes, ó mas pobres, ha subsistido mejor ó igualmente la gente que en los ricos, lo que viene que en los pueblos donde mas se ha conservado la comunidad ha habido mas sujecion, trabajo y miseria en los particulares y por consiguiente mas estabilidad y mas decencia. Pero mas adelante hablaré sobre este punto contentándome con decir ahora que este pueblo se halla en 28°25'26" de latitud observada y 29°38'46" de longitud.

201.—El día 6 por la tarde salimos y á poco mas de legua hallámos el río Pirayú que pasamos á pie sobre un puente hecho con dos vigas tendidas de un árbol á otro. Tendria allí como veinte varas de altura, es rapidísimo y temible por tener muchas piedras resbalosas. Los caballos se pasaron uno á uno y enlazados para que no les arrastrara la corriente. Un cuarto de legua mas arriba se notó que hace horque-

ta, cuyo brazo mayor viene del E. S. E. pegado á una lomada, y el menor del N. E. El piso hasta aquí, es como el últimamente descrito aunque no tan rojo y se veía mas veces la peña de arena que asoma. Pasado este rio que acaba en el Piratini á las siete millas escasas hallamos la capilleja de san Jerónimo y un cuarto de legua ántes un arroyuelo chico. Esta distancia aunque se parece á la anterior es mas negruzca con poco espartillo que es la produccion comun de las colinas rojas. Pasada la capilla como un cuarto de legua, desde una lomita pegada al camino se demarcaron San Luis y San Nicolás y dedujimos el rumbo por la razon de las distancias N. 50-O. A las dos leguas de dicha capilleja cortamos un arroyo mediano, una legua mas allá otro pequeño; un cuarto de legua mas adelante otro mas chico que se une al anterior allí cerca y todos van al tercer cuadrante. Últimamente entramos en San Nicolás comptando la distancia total de once leguas. Poco antes de arribar me mostraron un parage distante cuatro ó seis millas por el N. O. diciéndome que allí corría el Piratini dando una grandísima vuelta y añadieron que pasaba distante de San Luis seis leguas. El paso y camino ha sido como el últimamente referido.

202.—Cuándo iba á marchar el día 7, me dijo el Administrador que acababa de recibir un expreso del Uruguay que le informaba estar dicho rio tan crecido que jamás lo habian visto tal porque inundaba los bosques y campos inmediatos sin que nadie lo pudiera pasar. Aunque hice poco caso de la noticia dada por un ponderador, por no parecer temerario sin motivo suspendí la salida con disgusto; pero el día siguiente tomamos el camino de madrugada y completamos

siete leguas hasta el paso del Uruguay sin que en ellas nos dejara de llover un momento. A las dos leguas primeras pasamos un arroyuelo, media mas allá, otro; y á otra media mas otro. Además, cortamos otros regachos que parecia que corrían solo por la lluvia fuerte que caía. Todos se dirijian al tercer cuadrante. El piso como el anteriormente referido con mucho pajonal, ningún espartillo, algun bosque en las cañadas y bastante peña en los arroyos.

203.—Sin detenernos en un rancho que habia cerca del rio, nos embarcamos en dos balzas con su toldo que quitamos para que el viento no lo volase. Sin separarnos de la orilla ganamos rio arriba lo que se pudo asiéndonos de las ramas porque los remos no podian vencer la violencia de la corriente. Dos horas gastamos y todas nuestras fuerzas en adelantar muy poco y nos amarramos al bosque para descansar. La lluvia, viento, truenos y relámpagos no cesaban; sin embargo, nos largamos y apesar de muchos y escojidos remeros que con frecuencia se remudaban nos sotaventamos en términos de no poder tomar la orilla opuesta en el mismo parage de la salida. Pero habiendo llegado al abrigo de dos ó tres islas anegadas que hay en el rio sobre el paso aprovechamos sus remansos para granjear terreno aguas arriba, lo que escasamente bastó para atracar la salida. Poco encima de este paso hay un arrecife de peñas que atraviesa el rio. Las orillas aquí son bajas y llenas de espesísimos bosques. Tan mojados estábamos que era imposible estarlo mas, por cuyo motivo quisimos parar en el rancho que habia en la orilla y disparando los caballos cuanto permitió el piso lleno de agua, la fuerte y continua lluvia y fuertísimo viento llegamos á Concepcion á las seis de la tarde dis-

tante del rio cuatro leguas. Luego que llegamos, la muger del Administrador, que estaba ausente y mi amigo don Miguel Gramajo que me esperaba allí, nos dieron ropa interior llegaba la nuestra y nos facilitaron cuantos alivios fueron dables con mucho cariño, y el principal fué darnos bien que comer, pues habia buena necesidad de ello.

204.—*Concepcion, pueblo de indios*.—Lo fundó el padre Roque Gonzalez, jesuita, en sus tierras propias el dia 8 de diciembre de 1620. Como los bárbaros payaguás, señores del rio Paraguay y de grande parte del Paraná no tuvieron por donde entrar en el rio Uruguay los guaicurus ó habitantes del Chaco están muy distantes y los portugueses no podian llegar á estos lugares sino por el norte ó por el sud dando grandisimos y penosos rodeos, porque por el E. de este pueblo y los del Paraná, es todo un bosque impenetrable; nunca tuvo precision de mudarse este pueblo ni fué atacado de los referidos malos enemigos. Al contrario, él ha sido centro de reunion y amparo de las reliquias de otros muchos atacados ó destruidos en el Guaira y sierra del Tape que hoy llaman muchos Monte Grande. A sus tierras se refugiaron los pueblos de San Miguel, Santa Maria la Mayor y los varios restos que componian el de Mártires. El de San Luis que lo estuvo incorporado se apartó en 1687 y de Santo Angel que es colonia suya desde el año de 1707 que salió de él. Hoy conserva 2104 almas, su figura puede verse en el planito adjunto que levantó y regaló don Gonzalo de Doblas, como tambien el de Candelaria. La iglesia es de cinco naves de arquitectura inferior. En su sacristia se conservan los huesos ó reliquias de los padres jesuitas Juan Castillo, Roque Gonzales y Alonso Rodriguez, muertos por

los indios en 1628, y los del padre Diego Alfaro de la misma religion, muerto del mismo modo en 1639 y todos son reputados por santos mártires. En un rincón del almacén hallamos un astrolabio y una aguja muy ordinarios y fabricados por el padre Diego Suarez á quien se debe la construcción de tres ó cuatro relojes de sol que tenia cada pueblo y que en el día están casi todos rotos ó dislocados. Por lo tocante á la geografía se halla este pueblo en $27^{\circ} 58' 44''$ de latitud observada y $2^{\circ} 3' 47''$ de longitud y sobre una colina roja como todas.

203—Aquí me informaron que por el camino que vá á Santa Maria la Mayor á las dos y media leguas se pasaba un arroyo de mucha corriente, y media legua antes de Santa Maria se cortaba otro de las mismas circunstancias, ambos muy malos en las crecientes.

206—El día once por la mañana salimos dando las mas espresivas gracias á la linda administradora, doña Margarita Gonzalez. A una legua pasamos un pequeño arroyo; á otra mas otro llamado Iguañen. A las cuatro y media de la salida cortamos el rio Arecutai en balsa por estar muy crecido. Tiene poca corriente, con bastante profundidad y anchura, con las orillas bajas y llenas de bosque; nace no lejos de la capilla de San Juan donde observamos yendo de Mártires. Dos millas despues atravesamos el arroyo Yachima-guazú, media legua mas allá de Yachima-mirí. Todos se unen al Arecutai para entrar confundidos en el rio Uruguay. Luego despues entramos en Apóstoles. El suelo ha sido de suaves colinas rojas con escasos árboles; pero á veces asomaba la peña arenisca y la de tolondrones y siempre se notó bastante arenilla negra.

La distancia se reputó en seis leguas. Desde la salida vimos siempre á la derecha distante como tres leguas una loma mediana y tenía de espesura que se dirije como al noroeste á incorporarse con la que viene de Santa Ana y termina con ella en lo mas austral de su estension.

207—Me mostraron pegados al camino unos árboles llamados Aguarai bai de cuyas hojas se hace el bálsamo de este nombre y dicen ser muy bueno para heridas y para todo lo que los demás bálsamos. Por sus buenas cualidades suelen llamarlo curalotodo. Se beneficia haciendo hervir en agua las hojas sazoadas jugosas y machacadas hasta que larguen la resina que tienen y mientras tanto se espuma bien. Luego se cuele por un lienzo dos ó tres veces y se vuelve á hervir hasta que toma el punto de bálsamo. Dichos árboles son de mediana talla, no copudos y las hojas como las del sauce y de su color, pero mas anchas. Después me han asegurado que me engañaron en el árbol, pero no en lo demás porque las hojas para el bálsamo se toman de unas plantas pequeñas. Cada dos años envia cada pueblo á la botica real dos libras de otro bálsamo que allí podrán hablar de sus cualidades. Lo descubrió é hizo la primera vez el padre jesuita Sexismundo Asperger cura de Apóstoles donde murió después de la espulsion que no le comprendió por tener cien años. Fué húngaro, y se dió especialmente á la medicina y botánica en cuyas facultades pasó en estos países por sapientísimo y sus recetas y aforismos y sentencias que dejó escritos, segun dicen, que no las he podido ver, tienen mas crédito que las de Hipócrates y Dioscorides: pero como aqui nada se entiende de esto podia ser que la fama no tuviese mayor fundamento.

208—*Apóstoles, pueblo de indios*—El padre jesuita P. Alfaro lo fundó con el nombre de la Natividad en el río Ararua en un sitio de la sierra del Tape que hoy se conoce en la estancia grande de pueblo de San Luis. Esto fué el año de 1682. A fines del de 1687 y principios del que le siguió hubo del destrozo de los portugueses estableciéndose aquí con el nombre de Santos Apóstoles, San Pedro y San Pablo. Tiene 1824 habitantes con 27°-54'-43" de latitud observada y 1°-51'-41" de longitud. Desde él se demarcó San Carlos al norte 34-40-O., y se rectificó el rumbo á Concepcion, Sud 69°30 E. En todo se asemeja á los demás, menos en ser bastante escaso de leña y tener una fuente de piedra de silleria con sus caños y un hermoso lavadero que es la única obra de esta especie que he visto desde el río de la Plata al Paraguay inclusive. Desde el pueblo conduce á la fuente un bello paseo de árboles llamados Ybaros que dan en racimos unos como cerezas cuyos buespaderos y lustrosos sirven para rosarios gordos de hermitaños y para juguete de los muchachos. Entre ellos y la piel que es fibrosa y ramificada cuando está seca, hay una substancia que estrujada en el agua se convierte en espuma y sirve de jabon para lavar la ropa. Las lavanderas toman al paso algunas de dichas semillas de que se cubre el suelo y en ellas llevan lo que han menester. En el Paraguay, donde no falta este árbol ignoran su utilidad ó quizá no será tanta como suponen.

209—El día doce marchamos sobre magníficas colinas, vertientes al Sur. A media legua cortamos el arroyo Taquari-miri y á otra media el Taquariguazú con otro llamado Chimliná y los tres dan en el río Uruguay como ocho leguas

bajo del paso de Concepcion. Todo ha sido tierra roja con polvos de salvadera, poco bosque y este en las cañaditas. Al S. y S. O. se descubren llanuras sin limite y con pocos árboles mucho espartillo y pajonal, asomando alguna vez la peña arenisca. Todo ha seguido lo mismo hasta San Carlos distante seis y media leguas, y teniendo noticia que desde una lomita que quedaba á la derecha del camino que llamaré P se descubrían varios pueblos, se pasó á ella y se demarcaron el de Apóstoles al sud 1° 40-E. El de San Carlos N. 64-30-O. El de San José al N. 4-30-E. y el punto llamado Insan en el número 468 al N. 42-30-E.

210—*San Carlos, pueblo de indios*—Lo fundó el padre jesuita Pedro Molas en el parage llamado Caapi, el año 1631. Allí fué destruido por los portugueses y de sus restos y de otros destruidos por los mismos agresores se fundó otro pueblo en este sitio en el año de 1639 con 27° 44' 36" de latitud observada y 4° 43' 48" de longitud. El pueblo de Trinidad es colonia suya. Tiene hoy 1280 almas y en todo se parece á los demás. En su huerta hay un Curii ó pino americano nacido de semilla como otros que hay en varios pueblos. De la tea que contiene la union del tronco con las ramas hacen los indios infinidad de rosarios de los que indefectiblemente lleva cada individuo uno al cuello. No seria fuera de propósito formar un cálculo del costo que pueden tener dichos pines en arrimarlos al rio y conducirlos á Montevideo porque son buenos para vergas y palos y otras mil cosas de la marina; pero yo no tengo antecedentes para hablar y me limito á insinuar la especie y añadir que me aseguran que dichos árboles abundan por di-

chos parages y en el Uruguay donde tambien hay otras bellas maderas para curväs, etc.

211—El día 13 nos pusimos en derrota. A una legua cortamos el arroyo Ituhü que corre al norte y desagua en el Paraná. A otra legua cortamos el Tubiroma que va al sud y es una de las cabeceras del rio Aguapey que desagua en el Uruguay hacia el pueblo de la Cruz. Ambos arroyos nacen a una legua de donde los cortamos. Otra cabecera de dicho Aguapey es la fuente de San Carlos que está como al noroeste del pueblo y su agua pasa por la mejor de Misiones. A las cuatro y tres cuartas leguas de la salida, paramos en la capilleja y estancia, (porque cada estancia jesuitica tiene su capilleja) llamada Santo Tomas perteneciente al pueblo de Corpus. El piso como el último inclina al sud oeste descubriendo la vista en el tercer cuadrante llanuras sin término con pocosísimos árboles, menos en la costa del Paraná. Mientras masucábamos supo que en la inmediacion de San Carlos había mineral de cobre que jamás se había beneficiado. Desde aquí se demarcó San Carlos al S. 32° 30' E. de donde y por la estimación de la distancia se calculó de latitud 27° 36' 42" y la longitud 4° 40' 6".

212—Salimos antes de medio día por países idénticos a los de esta mañana y a las cuatro leguas hallamos un arroyo que va al noroeste, y tres leguas mas allá unos ranchos y estancia en que nos detuvimos. Luego bajamos a la orilla del Paraná por una cuesta de árboles y piedras. La orilla es de greda con poca arena y en ella hallamos pronto un bote con diez remos con que cortamos el Paraná en 67 minutos porque es muy ancho sin mayor corriente. Tomamos tierra en la orilla baja y gredosa y habiendo montado pasamos a Itapúa distante mas de una milla.

213.—El 14 salimos temprano y á un cuarto de legua pasamos un arroyo que viene del Este, y haciendo cuatro leguas de aquí segun dicen, rodea buena parte del pueblo y entra en el Paraná abajo de él. Pero quando el Paraná está muy crecido rebosa por el arroyo haciéndolo invadable y siempre es muy cenagoso. A ocho millas de él cortamos otro siendo esta distancia muy cenagosa, baja y llena de bosques. Pasado el último arroyo anduvimos tres leguas por un espesísimo bosque siguiendo una angosta senda de tierra roja con muchas ramas y troncos atravesallos que la hacen intransitable de noche y de todos modos el camino de hoy es de lo peor. Advertimos en la oscuridad bastantes hoyos en el suelo y en los troncos hechos y escavados para sacar la miel que fabrican varias castas de abejas y apenas salimos de la fragosidad quando hallamos la capilla de San Miguel rodeada de bellos pasteos ó filas de naranjas dulces y duraznos. Está colocada sobre la cumbre de una ladera que domina al noroeste tierras bajas llanas y casi enteramente cubiertas de bosque. Aquí demarcamos á juicio prudente del vaqueano ó práctico el pueblo de la Trinidad al N. 16 E. y empezamos á bajar una cuesta pedregosa dejando á la izquierda una cañada profunda. A poco mas de una milla pasamos un arroyo que á mi parecer se dirige una milla al norte para torcer al este. Pegado á él cortamos un riacho que se une al anterior y desde él empezamos á pisar arena suelta sobre tierra roja. Las inmediaciones del camino son bosques y todo lomas como las que hay desde Santa Ana á Loreto. Ultimamente á las dos leguas largas de la capilla entramos en Trinidad cortando una milla antes un arroyuelo que se junta á los anteriores y todos al Paraná.

214—*Trinidad, pueblo de indios*—Es colonia de San Carlos que lo separó en 1708 colocándola en la lomada que media entre San José y Mártires. Pero como no les gustase la tierra se trasladó la gente en 1712 á este sitio con 27° 7' 35" de latitud observada y 1° 36' de longitud. Difiere de todos en que tiene los corredores de las casas en forma de pórticos de piedra asperon. La iglesia que segun cuentan fué la mejor de Misiones, hace años que se arruinó enteramente porque siendo de sillería y barro con bóveda de rosca de ladrillo y mezcla no pudieron los muros sostener mucho tiempo el empuje por que algunas goteras se insinuaron en el barro. Estuvo muy pintada, llena de estatuas y tenia un panteon subterráneo para los curas. Hoy hace de iglesia una cuadra ó galpon bien inferior. Es pueblo porbrísimo aunque tiene 1100 almas. Estos dias han ocurrido cosas poco oídas entre el cura y el administrador de cuyas resultas han desterrado al primero.

215—La tarde del mismo dia 14 marchamos ya, y á un cuarto de legua cortamos el rio Capü-bari-miri que viene al parecer del Este y donde lo pasamos dá una grande vuelta inclinando al O. N. O. mas arriba. A las dos y un tercio leguas de la salida pasamos un arroyo que vierte en el rio Capü-bari-guazú dos millas del paso y los tres se juntan para entrar en el Paraná. A las ocho millas entramos en Jesús. Todo el camino ha sido por lomas, no de las bajas del país, pero rojas con mucha espesura en las cercanías del camino principalmente en los altos y faldas.

216—*Jesús, pueblo de indios*—Aunque el padre jesuita Jerónimo Dellin empezó á bautizar estos indios en los montes el año de 1683 no fundó el pueblo con formalidad hasta

el de 1685 sobre el río Munday cerca del río Paraná. De allí pasaron á establecerse tierra adentro ó al occidente sobre el río Ibarotí ayudando los indios de Itapúa á esta fundacion teniendo cerca el mismo río. Despues pasó el pueblo al río Mondizobí despues al Capiibari un poco mas hácia el camino de Trinidad, últimamente á este lugar en 27°-2'-36" de latitud y 1° 53' 54" de longitud. Hoy está el pueblo dividido en viejo y nuevo. La mencionada situacion es del primero que se compone de 16 cuadras, los dos arruinados y 42 ranchos. El nuevo que dista quinientas varas por el N. 82-54-0, solo tiene once cuadras y el colegio é iglesia principiados. La espulsion lo halló en este estado. Desde el pueblo viejo se demarcó Trinidad al S. 20-54 E. y desde el nuevo se demarcó lo mismo al S. 27 50 E. Pero no habiendo podido hallar punto alguno en el camino que pudiese servir para unir este pueblo y el de Trinidad á los demas con exactitud, envié al piloto don Pablo Zizur á reconocer una loma desde la cual decian se veian varios pueblos. En efecto fué, y desde un punto que llamaré K demarcó los pueblos de Corpus al N. 68 6 E. San Ignacio Mirí al S. 72 54 E. Trinidad al N. 6 6. E y Loreto con poca diferencia al S. 55 E.

217—Salimos el 16 con una neblina que no permitia ver sino poco mas de lo que pisábamos, que eran lomas rojas con mucho bosque inmediato. Dos leguas anduvimos así hácia el N. 82. 0 hasta *punzar* un bosque que duró dos leguas y media y es muy pantanoso y embarazado. Salimos á un descampadito angosto ó cañada donde á la media legua cortamos un pequeño arroyo. A otra media, otro, que sin duda nacen allí cerca y creo que se unen al R. Tacuarí.

Aquí dá el río una grande vuelta; y como á las seis y media leguas de Jesus, encontramos el río Tacuarí-mirí, y tres cuartos de legua mas allá el Tacuarí-Guazú, que se incorporan poco mas abajo y van al Paraná, segun dije en el número 150. No es fácil decir el trabajo y riesgo con que pasamos estos rios; pero á las once leguas de Jesus llegamos á la estancia y capilla de San José, perteneciente á dicho pueblo. Cada estancia de las fundadas por los jesuitas tiene una capilla donde los estancieros y guardas de los ganados rezaban el rosario y otras devociones, y los domingos cantaban los kiries, credo, prefacio y todo lo que se canta cuando se dice misa. Reputamos el rumbo directo como al N. N-O pero como todo el camino ha sido bañado, y cenagales con muchas vueltas tengo poquísima confianza de dicho rumbo y distancia, y quizá pasará poco de ocho leguas en linea recta. Los bosques casi fueron continuos.

(Continuará)

POESÍA SUD-AMERICANA.

A VISTA DEL NIAGARA.

Por la señora doña Gortudis Gomez de Avellaneda (cubana.)

¡Oh sér omnipotente,
De cuya diestra soberana un juego
Es la que admiro excelsa maravilla,
Permite que á la voz de ese torrente
—Que por primera vez á escuchar llego—
Mi acento asocie bendicion sencilla;
Mientras con llanto religioso riego
Del hondo abismo la escarpada orilla!

Y tú ¡sublime Niágara! perdona
 Si con himno triunfal no te saluda
 Mi tosca lira que el laurel corona
 ¡Por qué la suerte cruda
 Quiso cumpliera tarde
 Mi vivo afán de verme á tu presencia?
 Por qué mi corazón—do ya no arde
 Del entusiasmo juvenil la flama—
 Herido, á mas, de perdurable ausencia
 De cuanto amó en el mundo,
 Se conmueve ante tí, mas no se inflama
 Del astro antiguo en el ardor fecundo?

¡Ay! ¡cuántas veces venturosa al lado
 Del noble compañero de mi vida
 —Que polvo es hoy en el sepulcro helado—
 Las horas olvidaba, embebecida
 En el grato proyecto y la esperanza
 De visitarte juntos! Con qué anhelo
 —Mirando aquel instante en lontananza—
 Del tiempo ansiaba apresurar el vuelo . . .
 Mientras harto veloz él me traía
 De doliente viudez lúgubre día!

En vano, pues, en vano
 De un vate triste admiración merece
 Esta naturaleza prodigiosa,

1. La autora visitó los Estados-Únidos, seis meses después de haber perdido á su segundo esposo en la Habana.

Que de la eterna mano
 Siempre acobada de salir parece,
 Virgen agreste, gigantesca, hermosa
 En vano á la ríjera solitaria
 Que contempla el curso inmenso ríol
 Le haces alarde de grandeza variá,
 Y hora te adueñas mudo en el estrecho
 Profundísimo locho,
 Donde tu esmalte de color sombrío
 Ni aun á mover se atreve
 Fugaz el aura con su aliento leve,
 Ora te ensanchas limpio, murmuras
 Rizando las corrientes cristalinas,
 Qué festona la luz con aureolas,
 Ora las linfas puras
 Revuelves bullidor, te arremolinás,
 Y semejante al mar encrespas olas,
 Que se persiguen sacudiendo espumas,
 Hasta que al fin terribles te desatas,
 Y al trueno de asordantes cataratas
 Llenas los aires de perennes brumas.
 ¿Por qué no calma mi amargura extrema
 Tan grandioso espectáculo? . . . El sol mismo,
 Ciñéndole del iris la diadema,
 Reviste de magníficos cambiantes
 El inmenso raudal, que huye al abismo
 Derrumbándose en ondas de diamantes.

Y luego, si las sombras de la noche
 A esclarecer con mágicos destellos
 Sale la luna en argentado coche,
 ¡Qué visos tan fantásticos y bellos
 En los cristales líquidos undulan,
 Bosquejando primores
 De tan tenues colores
 Que lucen, crecen, cambian y se anulan
 Sin que la mente a definirlos llegue! . . .
 ¡Qué augusta magestad! . . . Cuánta belleza
 En cielo y noche, campos y raudales,
 Que hacen que el alma, a su pesar, se entregue
 —Con vaguedad de mística tristeza—
 A ensueños de venturas ideales! . . .

¡Oh! si la esquivada musa,
 Que al desaliento su favor rehusa,
 Por un instante me otorgara ahora
 Del gran vate de Cuba el plectro ardiente! . .
 Si cual él, a su voz inspiradora
 Sentir pudiera! Niágara! mi mente
 De júbilo agitada
 Por aquel don divino, que ensañada
 Me robó del dolor la mano impía,
 ¡Cómo también mi poderoso canto
 —Rival del suyo— ufana elevaría! . . .

1. Palabras de Heredia en su canto al Niágara. Nota de la autora.

Mas ¡ay! con triste llanto
 —Que no con digna emulacion de gloria—
 Le toca responder al pecho herido
 De tu cantor ilustre á la memoria,
 Pues también, sí, también enmudecido
 Fué por la muerte el varonil acento
 Que en estas mismas márgenes, un día
 —Dominando un pesar como el que siento—
 Supo dichoso eternizar su nombre
 En castos de la egregia poesia. . . .
 ¡Tal es la estraña condicion del hombre,
 Que—bajo ley continua de mudanza—
 Pasa, cual humo que disipa el viento;
 Pero á extender alcanza
 Con un eco inmortal su pensamiento!

Del voraz tiempo en rápidos turbiones,
 Cual tus fugaces ondas, desaparecen
 —En sucesion sin fin— generaciones. . . .
 Solo se libran, solo permanecen
 Sobre el abismo donde todo se hunde,
 Las nobles obras en que el génio humano
 —Forma feliz prestando á las ideas—
 Graba su sello y poderoso infunde
 De la belleza el soplo soberano.
 Así, ¡Niágara! así que eterno seas
 —Como en la tierra te hizo el sumo Artista—
 Hará en su canto el trovador cubano. . . .

Mientras yo humilde—al apartar la vista
De tu hermosura—admiro otro portento,
Del humano poder gran monumento.¹

Salvé oh aéreo, indestructible puente,
Obra del hombre que emular procuras
La obra de Dios, junto á la cual te ostentas!

¡Salve, signo valiente
Del progreso industrial, cuyas alturas
—A las que suben las naciones lentas—
Domina como rey el jóven pueblo
Que ayer naciente en sus robustos brazos
Tomó la libertad, y que hoy pujante
De la marcha comun salta los plazos,
Y asombra al mundo que lo ve gigante!

Feliz aquel que debe á la fortuna
Tener en la region privilegiada,
Que tan tarde conozco, alegre cuna!
¡Feliz quien de la vida en la alborada
—Cuando el cansancio al corazon no oprime,
Y se le siente palpitar ufano
Al contemplar lo bello y lo sublime,—
Tu ambiente aspira, ¡oh pueblo americano!
Que si tienes—cantando tu grandeza—
Prodigios como el Niágara en el suelo,

1. El célebre puente tubular sobre el San Lorenzo.

Para ostentarte en superior alteza
Cimentarte supiste instituciones
Que el genio liberal como modelo
Presenta con orgullo á las Naciones!

(Cubana.)

EL AÑO XX

CUADRO GENERAL Y SINTÉTICO DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA.

Continuación.

Tomadas pues las cosas en su punto histórico, no puede ocultarse á nadie que el único medio práctico de salvar la independencia, haciendo con éxito la guerra desesperada en que el país se hallaba comprometido, era el que San Martín y Puyrredon se proponían emplear. Dotados con un instinto político poderoso, ambos se habían formado una idea exacta de las condiciones, de las necesidades, y de los medios que les imponía una situación tan triste como complicada; y habían comprendido con claridad, que no era posible prolongar la lucha ni obtener la victoria, sino reorganizando la Oligarquía Comunal de la gente decente; es decir, de aquella clase establecida, que venia hecha y amalgamada por las relaciones civiles y municipales de la vida colonial, para que las mismas fuerzas vitales del Régimen viejo, que eran las únicas que se prestaban á ser militarmente concentradas y dirigidas, atacasen y destruyesen ese mismo poder de la España que las había engendrado. El único reproche, si es que alguno merece, que podría hacerse hoy á este propósito, es la exageración de la obediencia muda con que aquellos dos hombres superiores estaban dispuestos á llevarlo á cabo: costase lo que costase, y aunque tuviesen que echar mano, para cumplirlo, de persecuciones y de castigos do-

Véase la página 234 del presente tomo.

lorosos, que, por su propio exeso, no fueron del todo justos ni bien justificados.

Ni el Director Puyrredon ni el general San Martín habían autorizado las extravagancias monárquicas del general Belgrano. Por el contrario, no hay prueba ninguna de que alguno de ellos, directa ó indirectamente, hubiese dado su favor ó prestado el menor apoyo á las veleidades efímeras que se habían hecho como de moda, en aquel tiempo, contra la organizacion republicana. Pero una vez cometido tan desgraciado error, ellos no podían desairar ni reprender publicamente á un hombre como el general Belgrano, que, además de querido y venerado en las provincias del Norte, era el hombre necesario para contemporizar con el coronel Güemes sobre cuyos hombros reposaba toda entera la defensa suprema del territorio argentino. Así es, que aunque Puyrredon reprochaba aquel paso tan indiscreto, creía que el gobierno debía resignarse al amargo compromiso en que le habían puesto sus autores, antes que desdorar el prestigio personal de dos hombres cuya cooperacion le era indispensable, poniéndolos bajo la luz desfavorable, en que necesariamente los habría colocado, con cualquiera acto oficial que les hubiese afeado su proceder y sus ideas en materia tan espinosa. Era sabido, por otra parte, que el Soberano Congreso coincidía, también con ellos en las mismas opiniones; de modo que el Poder Ejecutivo no tenía ningún medio decente de disentir ó de protestar, sin atribuirle una superioridad peligrosísima al partido de oposicion, abandonando el campo de los suyos para levantar la bandera de sus propios adversarios. Puyrredon prefirió por esto sostener

al general Belgrano y hacer frente á los ataques de la oposicion popular; pero se dirigió privadamente al primero dándole quejas muy serias sobre un proceder tan extraño y tan poco oportuno como el suyo; al mismo tiempo que el general San Martin le hacia tambien los mismos reproches, y le daba informes ó consejos sobre la reserva y la discrecion con que los hombres como él debian obrar en tan graves circunstancias.

Entre tanto, la conducta pública de Dorrego, con este motivo, infundia serios resentimientos en los hombres del gobierno. El ardoroso y multiplicado empeño de sus ataques hizo que el Director acabase de convencerse que la permanencia de aquel gefe en la capital era incompatible con el respeto que exigia la autoridad, y aún con la tranquilidad pública. Reconociendo sin embargo el valor especialísimo que tenian sus servicios militares en momentos como aquellos, en que era indispensable que las tropas pudiesen ser dirigidas por los gefes más bravos y más cumplidos que tenia el pais, el Director no se atrevió á empezar por destituirlo; y prefirió llamarlo á su despacho en la tarde del 19 del mes de Setiembre (1816). El Director recibió al coronel Dorrego con aquellas maneras llenas de elevacion y de reposo con que sabia hermanar admirablemente la mas esquisita urbanidad con un decoro régio; y le dijo, que el objeto de la entrevista era *conferenciar* con él sobre la importancia de la campaña de Chile que el general San Martin debia emprender en los meses próximos de Diciembre ó Enero. Dorrego, con aquella vivacidad de relámpago que tanto daño le hizo en su juventud, comprendió al momento la direccion del

tiro; y como estaba bien informado por el Teniente Coronel E., edecan de Puyrredon de que el Gobierno habia resuelto mandarlo á Mendoza ó desterrarlo, no pudo ocultar el resentimiento que lo animaba, que era tanto mas profundo cuanto que el creia merecer la gratitud de Puyrredon por su conducta en los meses de Mayo y Junio anteriores. Convencido tambien de que lo que se queria era alejarlo de Buenos Aires para castigarlo, y nó para pedirle servicios militares, en lo que tal vez tenia plena razon; y bajo la impresion de que estas eran maniobras para imponernos la monarquia con un príncipe portuguez hijo de doña Carlota la Infanta de España mujer de don Juan VI:—Señor Director, contestó, siento que V. E. me haya hecho comparecer con semejante objeto; yo creia que se trataba ya de imponerme el castigo á que estoy condenado por mi patriotismo; y me agradaria mas la franqueza que los dobleces para llegar al fin que V. E. desea. —Estrano muchísimo, Coronel, le dijo Puyrredon, con aquel disimulo de corte en que era tan experto, que Vd. hable de castigos contra su patriotismo, cuando el jefe del Estado le llama á Vd. precisamente para pedirle que coopere á la mas grande empresa de guerra que hasta ahora se haya tentado para cambiar en un dia la situacion lamentable en que nos hallamos.—Es, señor Director, que yo veo los enemigos de Buenos Aires mucho mas próximos que los realistas que ocupan á Chile. Puyrredon comprendió; pero se sonrió con un rostro apacible, y respondió.—Es lástima que un hombre de tantos talentos como Vd. tenga la vista tan corta, Coro-

1. Véase el núm. 21 de esta Revista, pág. 170.

nel. En todo caso, los pueblos soberanos han depositado su confianza en mi juicio; le han impuesto á Vd. el deber de obedecer á la autoridad; y cuando nosotros creemos que es en Chile donde nuestras armas deben ir á resolver esos mismos peligros que Vd. ve tan cerca, es el deber de un oficial tan bravo y experimentado como el Coronel Dörrego, marchar á los campos de batalla donde sus compañeros necesitan de su cooperación y su experiencia—V. E. puede disponer del cuerpo que yo mando; pero no puede disponer de mi persona. El gobierno puede destituirme, y yo quedaré libre para servir la causa donde soy mas necesario, y donde probaré á mi patria que no son los riesgos ni los sacrificios lo que yo esquivo—Coronel, no le entiendo á Vd. . . . Pero tranquilice Vd. un poco su ánimo, y dispongase á que seámos amigos. . . . Nos vamos á entender. . . . Vd. le tiene antipatia y miedo al general San Martin—Yo no tengo miedo señor Director á nada, ni á nadie; pero lo tengo odio al despotismo, y mucho mas cuando es jesuítico é inquisitorial. En ese caso lo combatí; pero nadie logrará que me someta á él.—Coronel, dijo Puyredon tomando un tono grave y firme, la campaña de Chile es indispensable: el gobierno está resuelto á emprenderla dentro de dos meses. Vaya Vd. allá: aunque no sea mas que mientras nuestras tropas ensayan los primeros encuentros con los opresores y tientan los primeros pasos de la fortuna. El gobierno está resuelto á hacerse obedecer: y Vd. comprende bien cuales serian las consecuencias si tenemos que estrellarnos en esta contienda—Señor Director, puesto que V. E., por lo que veo,

quiere dar fin á esta conferencia, como yo tambien lo deseo, me permitirá V. E. que le diga como veo yo las cosas, como entiendo mis deberes, y como obraré. Los Portugueses, aliados con los Españoles y preparándose el camino para la restauracion de la monarquia, de acuerdo segun dicen ellos con los traidores de aquí adentro, vienen con diez mil hombres de tropas veteranas á situarse á nuestras barbas: Ellos piensan que dando un paso mas dominarán y humillarán nuestra capital, donde se dice que los espera con los brazos abiertos una lójia jesuitica de traidores. Yo no comprendo como V. E. obligado á vigilar estas iniquidades, por esa misma confianza que han hecho los pueblos de su persona, piensa en desgarnecer la capital tan apriesa y en tales momentos, para comprometer nuestras mejores tropas en una expedicion quijotesca y aventurada. . . .—Coronel! Escúdie Vd. sus palabras!—Reflejan mis opiniones, señor Director, y me ha dicho V. E. que he sido llamado á conferenciarlas. La expedicion me parece pues aventurada cuando menos; y por bien que salga, su resultado será que no vuelva para la defensa de nuestro pais, un solo soldado de los que V. E. mande á Chile. ¿Ó serán esterminados; ó servirán para entronizar allá con las bayonetas el despotismo insoportable del señor general San Martín. Noto que V. E. se impacienta al oirme. . . .—No, Coronel: deseo oírle á Vd. hasta el fin—En ese caso, diré á V. E. que el gobierno no debe extrañar la profunda inquietud y la desesperacion en que nos encontramos los patriotas al ver estas cosas. No es posible que dejemos sacrificar la pátria á nuestra vista; y que

cruzcemos los brazos para que nos amarren. La alternativa en que estamos es cruel. Yo declaro, señor, que nunca he de hacer armas contra el gobierno con los soldados que el gobierno ha puesto bajo mis órdenes. Pero declaro también que si V. E. insiste en que marche á Mendoza, puede nombrar desde luego otro jefe para el batallón núm. 8, porque yo no iré con él. Sé, señor Director, que ese jefe ya está hablado. Seguro yo de que en otra parte puedo servir para mi país mejor que á las órdenes del general San Martín, iré á tomar servicio con Vera y Heróles, que me llaman con instancias, y que están muy bien dispuestos á reconciliarse con Buenos Aires para defender los umbrales de la patria—Le he oído á Vd. con suma atención, señor Coronel, y lamento que un oficial tan importante esté sugeto á estos delirios. Le he llamado, porque el gobierno y el general San Martín deseamos que Vd. coopere: . . . —Gracias! gracias! dijo Dorrego con tono de mofa: yo no aceptaré, señor, tanto honor, y todo está dicho—Vd. se olvida, Coronel, de que habla con el Jefe del Estado, y que tiene también el deber de recordar de que habla con un hombre que ha sido su jefe al frente de los enemigos: Dorrego tuvo la malhadada ocurrencia de hacer un gesto de menosprecio y de asombro, y dijo—No recuerdo en cual campo de batalla habrá sido eso, señor Director. Mis charreteras no son sino las de un Coronel, pero no las he ganado convoyando cargas, sino grado á grado en acciones de guerra en que no recuerdo haber tenido jamás el honor de ver á V. E. . . . El Supremo Director pre-

1. Gobernadores de Santa-fé y de Entrerrios.

firió sonreírse; pero de un modo en que era evidente que su sonrisa vagaba entre las nubes negras del odio, y del poder ofendido que premedita la represión y el castigo. Tomando en seguida un aspecto mas frío y mas severo, dijo:—El coronel Dorrego puede retirarse.

El Director Puyredon, tenia por costumbre, procurarse testigos para esta especie de entrevistas, que oían ocultos en una alcoba que habia detrás de su sillón; y la conversacion que habia tenido lugar con Dorrego habia sido oida por un edecan con otro caballero amigo del Director, que debian aseverarla cuando llegase el caso. Así que salió Dorrego, el Director se puso á levantar una exposicion fiel de lo que habia pasado, procurando reproducir el diálogo ayudado por los dos testigos que lo habian oido; y al otro dia á las 8 de la mañana, reunido con sus tres Secretarios el Coronel don Juan Floréncio Terrada, el doctor Obligado y el doctor Lopez, les dió cuenta de lo que habia pasado, poniendo en consejo la resolucion indeclinable en que estaba de salvar la tranquilidad pública obrando rigurosamente contra Dorrego, á quien el Director miraba como el mas peligroso y el mas incorregible de los enemigos de la actualidad. El doctor Obligado y el doctor Lopez querian contemporar por algunos dias, para ver si se podia encontrar amigos comunes que tragesen á la razon al Coronel Dorrego. Pero el Director, apoyado por el Coronel Terrada, declaró que no daria paso alguno en este sentido; y que solo se reservaba escoger el momento, mas ó menos inmediato, para prender y deportar á Dorrego.

1. Con los documentos que trascibiré más adelante esperto que quedará bien justificado este diálogo cuyo tenor aproximado tengo yo de uno de los mismos secretarios del gobierno

Al mismo tiempo corría desde principios del mes en la ciudad la noticia de que el gobierno había dado orden á los tres batallones veteranos, que la guarnecían, de ponerse en marcha inmediata para Mendoza. Se decía que Dorrego iba á ser destituido, por que se resistía á dejar abandonada la capital delante de los ataques y amenazas de la invasión portuguesa. Y estos rumores produjeron tantas alarmas que vino á levantarse una singular complicacion de que vamos á hablar.

Por una de esas anomalías fáciles de comprender en aquellos tiempos, la JUNTA DE OBSERVACION creada en los momentos que se siguieron á la caída del general Atréar, continuaba existiendo, como poder político, al lado del Director Supremo; apesar de la instalacion del Congreso de Tucumán. Esta junta gozaba de facultades legislativas y administrativas que no tenían función alguna regular y legítima despues que había sido festablecida la composicion orgánica y completa de los poderes públicos. Parece pues que su existencia debiera haber cesado con esto; pero como el Congreso se hallaba en Tucumán, los hombres de la época se imaginaban que Buenos Aires, (capital de hecho y de derecho, contra la voluntad bien manifiesta de todos) no podia quedar privada de tener un poder propio que la representase para vigilar por sus derechos, y para contrallar los actos del Poder Ejecutivo en caso necesario, mientras estuviese ausente y distante el Soberano Congreso. La cosa era singular y estraña en efecto; pero así se entendia, y así se hizo. Buenos Aires pues venia á tener en esa JUNTA DE OBSERVACION un Congreso propio, ó gran Consejo de alto gobierno y de administracion local, colo-

cado frente á frente del Congreso legal que residía en Tucumán y del Director Supremo del Estado. Bastaba la personalidad individualizada en esta JUNTA y su propia incoherencia dentro del organismo regular y nuevamente restaurado, para que ella viniere á impregnarse, por la fuerza de sus mismas preocupaciones, y por el carácter puramente provincial de sus atribuciones y encargos, con un espíritu peculiar que era ajeno también al génio y á las tendencias de las autoridades nacionales. Tocada la junta por los rumores de que se trataba de desgarnecer á la capital, é influido también el Cabildo, como ella, por las voces de los alarmistas que invocaban los deberes en que ambos cuerpos estaban de mirar por la protección y defensa del Pueblo de Buenos Aires, se creyeron autorizados para dirigirse energicamente al Director, reclamando de él medidas urgentes y eficaces en aquel sentido; porque no era justo, decían, que Buenos Aires se desprendiese de sus soldados antes de haber atendido á crear otras fuerzas en número bastante que asegurasen su defensa.

Para comprender á fondo la situación de los espíritus transcribiremos los puntos cardinales de la nota, por que una simple relación no podría suplir la claridad con que la nota misma consigna los propósitos y el fundamento de sus raciocinios. Ella empezaba así: «—Siendo Buenos Aires como el baluarte de la libertad, expuesta mas que otra á las miras ambiciosas de un poder extranjero; y la que por su situación local debe ser el blanco de sus embates, debe por lo mismo ponerse en un estado imponente de respetabilidad capaz de resistirlos. Por desgracia ha llegado la época en que los continuados esfuerzos que

« ha hecho la capital para reparar los contrastes de nuestras
 « armas han casi agotado sus recursos: miles de hombres
 « arrancados de su seno y de su campaña han compuesto,
 « las filas de sus ejércitos: se ha desprendido generosamente
 « (¡sí!) de millares de brazos robustos útiles al incremento
 « del país y necesarios á la agricultura y cultivo de su
 « fértil territorio en los esclavos que ha redimido y de mas
 « jóvenes de que ha hecho soldados. « Las fatigosas cam-
 « pañas de la Banda Oriental, Perú, y Mendoza han sido,
 « y lo son, sostenidas por las legiones que con repetición,
 « han salido de Buenos Aires, que empeñado en llevar á
 « cabo la gloriosa lucha de la libertad, que proclamó la
 « primera, no ha reparado en sacrificios y todo lo ha pro-
 « digado. YA NO TIENE QUE DAR NI DE QUE VALERSE SI
 « NO AGOTA SUS RECURSOS. «X SERÁ PRUDENTE EXPONERLOS
 « FUERA DE SU SEÑO, dejándose á sí misma INDEFENSA, al
 « riesgo de ser la presa de sus enemigos, y de abrir con
 « su abandono una espaciosa puerta á la SUBYUGACION.
 « de las demas provincias. Estamos persuadidos que nó,
 « y que las provincias hermanas mirarian con EXECRACION
 « un descuido tan CRIMINAL: principalmente en circuns-
 « tancias las mas CRÍTICAS y NOTÓRIAS de verse la capital
 « de Buenos Aires AMAGADA POR LA APROXIMACION DE UNA
 « FORMIDABLE FUERZA EXTRANJERA. Es pues preciso pensar
 « en su propia seguridad, de la que depende la seguridad
 « de las demas provincias; por que (ojalá fuese VANA
 « PRESUNCION) es incontestable que la suerte que corra
 « Buenos Aires debe ser, tarde ó temprano el destino de
 « todas las demas.» Con estas consideraciones, que, co-
 « mo se vé, contienen en el fondo los mismos reproches que
 la oposicion hacia á los planes del gobierno, se autorizaba

la JUNTA DE OBSERVACION y el Cabildo para «INCITAR» al Supremo Director—«á fin de que, por los medios que estén á su alcance y facultades, se sirva con la exigencia y prontitud que requieren las circunstancias, de «erectar la organizacion de una fuerza de línea fuerte de «CUATRO MIL INFANTES, y en COMPETENTE NÚMERO de Caballería, bajo la base INALTERABLE DE QUE EN NINGUN «CASO Buenos Aires debe carecer de esta fuerza veterana, ni «SALIR» ella de su territorio mientras dure la «presente guerra por la libertad.» Y como la JUNTA conocia la incompatible divergencia que existia ya entre el Supremo Director y el coronel Dorrego, finalizaba el período con esta cláusula:—«quedando al arbitrio del gobierno poder hacerlo (es decir: *hacer salir*) con respecto á los «jefes y oficiales siempre que lo exija el bien del Estado.» El peligroso carácter de las opiniones dominantes, y de las alarmas en que se hallaba el pueblo, puede deducirse de lo que sigue, para hacerse una idea de las complicaciones desgraciadísimas que amargaban la situación:—«Nos tisonjamos de que esta sola idea facilitará la alta de estas nuevas tropas. La certeza de «que jamás serán expuestas á los padecimientos y horrores «de las campañas en países lejanos, será un eficiente é «incentivo para toda clase de sus habitantes, que los induzca é incline á prestarse gustosos á militar en ella; «y en el prest que disfruten encontrará un recurso seguro con que sostenerse y sostener sus respectivas familias sin el desconsuelo de verse precisados á separarse de ellas.» Estas eran las inspiraciones que dominaban los ánimos en los momentos mismos en que se iba á emprender la gloriosísima campaña de Chile.

Un miembro de la JUNTA y otro del Cabildo: don Felipe Arana por la primera, y don Francisco Ramos Mexia por el segundo, fueron comisionados para presentar esta exigencia al Supremo Director; y para observarle personalmente los graves inconvenientes que se oponian á que Buenos Aires fuera privado de los batallones que la guarnecian, y á que Dorrego fuera depuesto, por el prestigio y confianza que inspiraba su arrojo, su decision y sus aptitudes militares. El Director les dijo que aceptaba como cosa acertadísima la creacion de un nuevo cuerpo de guarnicion de seis á ocho mil hombres de las tres armas y debidamente dotado para la defensa de la provincia. Pero se resistió energicamente á tomar el compromiso de no disponer del batallon núm. 8 una parte del cual estaba ya en Mendoza á las órdenes del Mayor Garcia. En cuanto á Dorrego fué tambien inconvencible, y dijo—que era indispensable que marchara con ese cuerpo que debia ser elevado á regimiento, y que no seria destituido, porque el gobierno y el general San Martin estaban inspirados por un patriotismo demasiado puro para no comprender la importancia del Coronel Dorrego, y del general Soler en una campaña como la que debia abrirse. Pero el Director agregó—que el gobierno deseaba meditar algun tiempo mas sobre esto y que contestaria oportunamente á la JUNTA y al CABILDO.

Contestando en efecto con fecha 20 de Setiembre y con una forma rara que parece á la vez decreto y nota, decia—«Tomando en consideracion las poderosas reflexiones aducidas en la nota del Exmo Cabildo y Honorable Junta de Observacion, y coincidiendo en los

«mismos principios de conveniencia comun de todos los pueblos, que han impulsado á estas repetables Corporaciones á proponer el proyecto que se detalla, he venido desde luego en aprobarlo como una medida capaz de poner el pais á cubierto de cualquiera agresi6n estraña.» Aprovechándose habilmente el Director de la exigencia que los dos cuerpos provinciales le hacían de que se armase, que era lo que él también quería y deseaba, para tener fuerza con que imperar á su vez sobre los discolos de adentro, mandó inmediatamente que se sacasen NOVECIENTOS Y VEINTE hombres de los TERCIOS 1.º y 2.º de Cívicos, del Batall6n de Pardos y Morenos y de los seis regimientos de la Campaña. Remontó en pocos dias el personal del Batall6n de ARTILLERÍA que mandaba el Coronel Pinto: oficial de 6rden, aunque de muy poco g6nio, pero sensato y sumiso, y el Batall6n de GRANADEROS ARGENTINOS, que por el ascenso del general Soler á Mayor General del Ejército de los Andes, había sido puesto á las 6rdenes del Comandante don Celestino Vidal: oficial muy seguro también para el gobierno, por su carácter leal, y destituido de aspiraciones. Para asegurar mas su poder, el Director mandó formar una legi6n de honor (que resultó muy numerosa) con todos los oficiales retirados fuesen de línea ó de milicias: la hizo dotar de buenas armas, y la sujetó á severa disciplina y ejercicios. Al mismo tiempo expidió un decreto, mandando levantar un numeroso Batall6n de libertos con los esclavos que pertenecieran á los españoles, con uno por cada tres de los que pertenecieran á las Iglesias y americanos solteros; con uno por cada seis de los que pertenecieran

á hijos del país casados! exceptuando á los esclavos de viudas y de huérfanos. En el preámbulo del decreto que daba estas ordenes se lee este menospreciativo reproche de debilidad y de cobardía contra los ALARMISTAS—«Los
 « peligros que sólo abaten á las almas débiles, han sido
 « siempre los primeros agentes de la constancia y mag-
 « nanimidad de los pueblos de nuestra Nación; y aunque
 « la suerte de la patria en medio de los riesgos que la
 « circundan parezca VACILANTE á la vista de nuestros ENE-
 « migos, ella se apoya en las virtudes cívicas de los que
 « se han consagrado á defenderla; y no hay contraste
 « capaz de alterar el destino que nos ha concedido el
 « Dios de la justicia, mientras exista en el corazon de
 « cada ciudadano el amor á la libertad, y mientras cual-
 « quier sacrificio sea menor que nuestra resolucion á
 « sostener á todo trance los derechos santos que hemos
 « proclamado; etc.etc.»

Cuando el Director, á fines de Setiembre, se sintió mas robustecido con todo esto, rompió de frente con Dorrego, como hemos dicho antes, y le impartió orden de ponerse en marcha para Mendoza. Dorrego renunció el mando del cuerpo, alegando imposibilidad personal de cumplir la orden que se le daba; y fué nombrado el Teniente Coronel don Pedro Conde para sustituirlo. Remontado el Batallon núm. 8 con numerosos reclutas de los que se habían llevado al cuartel de Artillería, marchó á Mendoza bajo las ordenes de su nuevo gefe, que era un jóven bizarro, y apreciadísimo oficial, á quien le

1. Véase para todo esto la Gaceta Extraordinaria del 25 de Setiembre de 1816.

cupo en Maypú sufrir muy graves descalabros al primer empuje de las armas españolas.

El arrojo político con que el Director empezaba á hacer sentir su autoridad, hacia sobre el Pueblo tanto mayor efecto cuanto que todo parecia salir del gabinete con un aire grave y bien meditado. Las medidas eran enérgicas pero sin arrogancia ni altanería; y se presentaba bien en ellas el poder secreto y concentrado de la Lója que le servia de columna capital. Agregábase á esto, que cuando empezó á sentirse la robustez de la voluntad de que estaba armado el gobierno, los espíritus, y el mismo instinto público, influidos por la gravedad de los peligros, empezaron tambien á declinar de la responsabilidad que habrian asumido si se hubiesen lanzado á ensayar entonces un trastorno revolucionario. El buen sentido del país comprendió que su salvacion, en tan supremos instantes, dependia sin remedio de la sumision general con que debia recibir el impulso que le daban Puyrredon y San Martin. Todos convenian en que eran dos hombres superiores y sensatísimos, y en que lo mas acertado era no poner obstáculos á los propósitos que habian resuelto realizar. El mismo Dorrego y la «Crónica Argentina» dirigida por su amigo y colaborador don Manuel Moreno, cada dia con mayor ardor y con mayor valentia, se abstenia cuidadosamente de levantar oposicion alguna contra la expedicion á Chile. Nunca procuraron concitar los ánimos contra el gobierno ni echarlos en las vias de hecho, conteniéndose siempre dentro de los límites de una oposicion razonada; que era, es verdad, firme y recia para levantar la opinion del país contra la invasion portuguesa, y para incitarlo á entrar inmediatamente

en la guerra en proteccion del territorio oriental y de la provincia de Entreerrios, que se suponía que iba á ser invadida y comprometida, de un momento á otro, como parte sometida al poder de Artigas.

No debe negarse tampoco que en este terreno era débil y vidriosa la posicion del gobierno. Su propia sensatez y el perfecto conocimiento que tenía de la triste situacion del pais, le impedían aceptar, así con tal firmeza, esa nueva guerra, contra una nacion que tenía conexiones íntimas con las potencias europeas, y que estaba estrechamente aliada con la Inglaterra. El gobierno habria preferido contemporizar, ganar tiempo, y propiciarse en lo posible la neutralidad, temporal al menos, del gobierno portugués, mientras ensayaba la reconquista de Chile: operacion que el general San Martín aseguraba ser cosa de *muy pocos dias*, y matteria de mero arrojo para llevarla á cabo. Ganando tiempo para hacer esta prueba, el gobierno creia, que dado caso de obtener allí un éxito feliz, el Portugal tendria motivos para reformar su juicio acerca de nuestro poder militar; y que su misma alianza con la España seria menos temible, desde que la causa republicana de la América del Sud contase con un terreno de accion seguro al otro lado de los Andes; y con el patriotismo indomable de los pueblos argentinos del interior, adonde no podria afianzarse jamás el Portugal, ni la España, una vez recuperado Chile á la causa de la Revolucion. Pero estas maduras reflexiones, que eran las que dirigían las ideas del gabinete, no eran miradas como oportunas ni acertadas por el patriotismo y por los intereses de la ciudad de Buenos Aires; que, en todo caso, se veia sacrificada, así de antemano, y abandonada á

las garras de las dos monarquías que la emenazaban. Era en este difícil terreno donde revivían todas las sospechas de traición y de connivencias monárquicas con que los rumores populares persistían acusando al gobierno; y que la prensa, sobre todo la «CRÓNICA ARGENTINA» fomentaba con un ardor sumo en cada uno de sus números. Trabada la lucha, como hemos visto, por el número 17 de este periódico, sobre este tóxico viridioso, el CENSOR publicó en su número 57 un artículo, que, aunque muy vulgar por el fondo y por el estilo, tiene todavía, como tuvo entonces, una verdadera importancia por el tono iracundo y amenazante que dejaba ya comprender la resolución en que el gobierno se había puesto de descargar sus golpes sobre la oposición. Dirigiéndose á los PUEBLOS DE LA UNIÓN les decía:—«Advierto la profanación que se hace de vuestra inocencia y candor; miro el empeño con que ACASO se trabaja por envolvernos en combustion;—se quiere arrastrar nuestra virtud á desconfianzas y embarazos». Aludiendo en seguida á la conveniencia de organizar una monarquía, agregaba—«El tiempo ha llegado en que debierais consolidar vuestra libertad, haciéndoos RESPECTABLES á las naciones, é INVULNERABLES á la saña de vuestros enemigos; pero un DEPRAVADO designio, para que se interesa en ANTECEDER vuestros pasos y CONVERTIR VUESTROS ESFUERZOS LOS UNOS CONTRA LOS OTROS. y Lo que labra vuestra constancia virtuosa, parece que lo destruye ALGUNA MANO OCULTA que se alimenta del desorden. ¿En qué pueblo civilizado se ha visto jamás que para traer á discusion una materia, se dogmatice con espíritu insultante, y se vulnere el respeto que es

« debido á las PERSONAS PRIVILEGIADAS POR SU RANGO y
 « servicios públicos, ni á ningun ciudadano en particular?
 Parodiando toscamente las frases de Ciceron en la pri-
 mera Catilinaria: *Senatus hoc intelligit, Consul vidit: hic*
tamen vixit, agregaba: oh tiempos! Y el gobierno Supremo
 ve estas cosas y las « sufre con paciéncia! No: no debe
 « ser así! El Supremo Director ha trabajado felizmente por
 « la concórdia, á fin de proporcionar de sus tareas los fru-
 « ctos mas salutariferos al Estado; y NO PUEDE HABER LEIDO
 « SIN INDIGNACION TAN SANGRIENTAS INVECTIVAS, DIGNAS DE
 « LA MAS SERIA CONJURECCION». El cargo era completamente
 gratuito é injusto. El artículo de la CRÓNICA que lo pro-
 vocaba estaba escrito con seriedad, pero no contenia una
 sola injuria, una sola invectiva, y mucho ménos nada que
 fuera sangriento, ni digno de represion en un pais me-
 dianamente libre para la espresion pública de las ideas.
 Nuestros lectores han podido juzgarlo pues en el número
 anterior hemos trascrito ese artículo casi íntegro. La
 acusacion era mas irritante aún por lo mismo que venia
 de un escritor venal, que se decia habanero, pero que
 muchos tenían por español: cosa probable, pues él mismo
 aseguraba que habia sido miembro de las Cortes en
 1812. El estilo y los conceptos estaban llenos de lison-
 jas y adulaciones hechas al Poder, incitándole á usar de
 medios violentos, con muchas otras bajezas dirigidas á
 azuzar las pasiones y los móviles desgraciados que pre-
 valecen en tiempos de revuelta. Pretendia que en *abs-*
tracto era incuestionable la exceléncia de la libertad de
 imprenta; pero que el aplicarla á los pueblos era OBRA
 DE PRUDENCIA; y daba para ello la razon absurda con que,

hoy todavía, algunos hombres miopes se detienen delante de la necesidad imprescindible de dar al país en las leyes todas las consecuencias de las doctrinas inglesas que forman la base, el espíritu y la letra de nuestras instituciones; para no hacer una sociedad contradictoria consigo mismo, y para no incurrir en el mayor de todos los errores—que es pedir buenos efectos y servicios eficaces á instituciones truncas, retaceadas y desprovistas de vida propia por consiguiente. El argumento merece estudiarse—«La libertad de la prensa..... ocasiona los efectos mas benéficos al progreso de la razón, como ha sucedido en Inglaterra y en los Estados Unidos, pero si en el estado presente la introdugiésemos en Turquía, produciría á poco esfuerzo una explosión espantosa que todo lo envolvería bajo sus ruinas; y antes que reportase una utilidad se derramarían manantiales de sangre» Y los hombres que esto decían y sostenían no veían á su alrededor que estaban viviendo en una Turquía convulsionada: que la explosión espantosa ya se había producido en Mayo de 1810: que todo el régimen viejo estaba envuelto ya en sus ruinas para no volver á revivir; y que precisamente se derramaban manantiales de sangre (estilo del censor) por que se quería hacer transigir dos sociedades incompatibles, dos sociedades en guerra, dos sociedades cuya coexistencia era ya de todo punto imposible, teórica y practicamente hablando. Esta veracísima y práctica lección debería abrir hoy los ojos á los que los cierran todavía, puerilmente espantados de la conveniencia, de la necesidad providencial, ó fatal si se quiere, en que nos hallamos de convertir todas nuestras

leyes al modelo inglés, puesto que no tenemos ya un solo punto de arranque, una sola base de criterio, un solo cimiento de organización política y administrativa, que no sean ingleses, pura y netamente ingleses. Por que es indispensable que reflexionen que puesto que no pueden retrogradar, no está en el poder de los hombres hacer coexistir la vida pasada con la vida presente; y por que cuando las Revoluciones cambian los asientos de las sociedades, no hay mas que dos modos de reponerlas en marcha hácia sus nuevos destinos: nuevas leyes que den nuevas formas y procedimientos á las nuevas costumbres que exige toda revolución social: ó derramar manantiales de sangre, por que *la letra con sangre entra*, como decia el refrán de nuestros antepasados. Pero, que no se hagan ilusiones: que no esperen que lo inane, ó que los cadáveres, puedan habitar pacíficamente entre los vivos: los vivos, mas ó menos tarde, con mas ó menos angustias, enterrarán definitivamente á los muertos.—«Introducir la libertad de imprenta, (se decia en tiempo de «nuestros padres, como ahora se nos dice de las reformas municipales y administrativas que deben completar «nuestra laboriosa evolucion) en un país dócil y de nacientes ideas, es exponerla á ser LA VÍCTIMA MISERABLE «de los GENIOS IMPETUOSOS, cuya prudencia consistió en «dividir los espíritus y predicar la revolución. «A menos «que la eficacia de las leyes, por su actividad y vigilancia CONTINGA EN SUS DEBERES LA DESCARADA OSADIA. » Suponiendo en seguida que los Redactores de la CRÓNICA se inspiraban en las doctrinas del Norte-Americano Tomás Payne, el CENSOR atribuía á este escritor las infinitas desgracias

de la Revolucion Francesa; sin ver que estas desgracias venian principalmente de la incompatibilidad del régimen viejo con las exigencias del siglo nuevo, y decia—«Payne «habria escrito aquí, de otro modo, ó se hubiera equivo- «cado envolviéndonos en iguales males... Pero entre «nosotros beben su halagueña y peligrosa doctrina porcion «de ~~genios~~ ^{genios} superficiales, que sin ser capaces de digerirla, «haciendo oportunas aplicaciones, nos eructan (estilo godo) «pestilencias con orgullosa é insustancial filosofia. Así «vemos, por donde quiera, impresos y manuscritos los «principios de Payne, siendo muchas veces en sí mis- «mos mas adecuados para leerlos, que para adoptados en «la práctica.» Y volviéndose el escritor con una mirada angustiosa y tierna hacia la idolátrica imagen de la Monarquía, esclamaba—«¡Cosa terrible es, que mientras la «Europa retrocede de sus pasos *mal dados*, nosotros nos «precipitamos en la sima de la confusion!... Pueblos «Americanos! justa es inconcusamente la libertad á que «aspiramos, pero la libertad no debe dar cabida á quiméricas «imaginaciones *hijas de la alegre fantasia de cabezas in- «significantes y presuntuosas*. Bajo el orden que «nos indica, prevalecerá el imperio magestuoso de la razon «... La discusion debe apurarse con sabiduría, no con fá- «tua arrogancia: con moderacion, no con desvergüenza. Eso «de remangarse el brazo, y salir á la plaza á insultar la «decencia pública, insolentándose con los ciudadanos, y «mofándose de las cosas mas sagradas, es mas bien de sa- «lios que de literatos, mas propio de Comités que de ciu- «dadanos. ¿A qué aspiraria ningun militar, ni otro empleado, «ni ciudadano de honor, viendo á sus caudillos y magistra-

« dos tan descaradamente zaheridos con tan groseros sarcasmos? y esto consiente un pueblo culto? ... ¿quien no comprende que os en embate fustidioso á la confianza de los pueblos, el indicar que los generales tratan de hacer valer sus opiniones á la sombra de las bayonetas? ... «Pueden los pueblos de nuestro seno al que os quiera padecer con la cicuta de su aliento vocinglero.» Defendiendo despues á Delgrano y Gñemes, decía—«Toca acaso á los Equibros de la crónica enjuiciarlos con elacion á tan descomedida?» Apelando en seguida al juicio publico decía, que los hombres sensatos le daban muchos testimonios de aprobacion por el buen criterio, y madurez de sus escritos—«escandalizados de la crónica en que solo encuentran palabras y palabras, petulancia y falta de «moderacion.» Si tal era el juicio de los tiempos, la verdad es que muy diverso tiene que ser hoy el nuestro; y esto tiene que ser no á la luz cambiante de las doctrinas, sino á la luz de la verdad y de la justicia, que no cambian jamás en los siglos; porque era una falsedad intencional pretender que la crónica contuviera una sola desvergüenza, una sola injuria, un solo sarcasmo, un solo pensamiento subversivo, una sola mofa; cuando, por el contrario, todos sus números están escritos con una admirable templanza, en medio del debate; y lo que el censor llamaba arrogancia petulancia es la independencia de la idea, la firmeza de la conviccion, y la perfecta posesion en que los Redactores se imuestran de la superioridad de sus principios, sobre los que trataban de oponerles sus contendores.

No faltaba entonces quien pretendiese que el artículo

del CENSOR habia salido de las mesas mismas del gabinete; y aún se decia también que habia sido escrito por el mismo Director. No creemos que hubiese entera verdad en esto; y nos fundamos 1.º en que los secretarios del Director aseguraban que el escrito no era suyo; y 2.º en que el estilo de Puyredon era mucho mas labrada, mucho mas grave, mas conciso y mas sério que el del artículo. No puede suponerse tampoco que hubiera habido intencion del disimulo; por que el artículo en sí mismo era oficial; y el por que no hay disimulo posible que altere el tegido natural; que un hombre dá á sus razones cuando escribe con ideas propias y en causa propia. Era indudablemente de Valdés; y todo él revela la insustancial palabreria que era genial de este men- guado advenedizo, que asalariaba su pluma y su conciencia en cuestiones que para él no tenían otro interés práctico que el de la paga que recibia. Sin embargo, creemos que no se puede negar que el Director habia revisado, y aún retoca- do quizás, el artículo. Las amenazas de daer don todo el poder de la autoridad sobre los Redactores de la Crónica, no podrian concebirse sin que el depositario y árbitro de la autoridad las hubiese autorizada; y esto debió tanto mas cierto cuanto que muy poco tiempo tardaron en realizarse aquellas ame- nazas como lo vamos á ver.

La opinion pública no solo estaba dividida, según párec, sino muy agitada también con este debate. «Damos las gracias mas rendidas al público, (decia la Crónica al fin del N.º 18,) por la buena acogida que le mereció nuestro N.º anterior en que impugnamos la *Monarquía* de los In- cas; y le anunciamos que para el Lunes venidero contesta-

1. Véase la carta del Dr. Castro N.º 21 pág. 170 de esta Revista.

» remos á la *Proclama* que ha espedido contra nosotros el
 » CENSOR en su N^o 57.» La CRÓNICA estaba en manos firmes; y el Director, que esperaba que sus admonestaciones bastarian á obligar á los Redactores á que doblasen la cerviz ante la razon de Estado, estaba desgraciadamente en error; por que ellos estaban resueltos á persistir hasta que la fuerza se sustituyese á la ley. — «Entretanto (decian allí mismo) le damos tambien las gracias al CENSOR por el empeño con que procura que nos prendan, sin perjuicio de otros favores que no nos ofenden tanto como el se lo habrá imaginado. Siempre habrá una gran diferencia entre los que defienden la verdad, y los oscuros instrumentos del engaño; pues estos PREDICAN LA PERSECUCION Y EL EXTERMINIO á falta de mejores razones.»

Cumpliendo su promesa, se rie en el N^o 19 de las pretensiones del CENSOR para suponer que sus injurias puedan mortificar á la CRÓNICA. — «Si quieres ser Horacio ó ser Boyleau [le decia] empieza por tener ideas y buen sentido como ellos. . . . Nosotros creiamos que la intolerancia, el fanatismo y el error habian desaparecido de la faz del mundo ilustrado, y que en Buenos Aires principalmente, así como en las demas Provincias, se habia establecido ya el reinado de la Razon, de las luces y de la libertad: y no hemos podido dejar de sorprendernos, al ver repentinamente como se quita la máscara este oscuro apóstol de la ignorancia y de la tirania, que desprendido del CENTRO DE LAS TINIEBLAS [España] abrigamos en nuestro seno. . . . y que jactándose de la proteccion y favor de las mismas autoridades, ha osado levantar impunemente su voz sacrilega para ATACAR NUESTRAS NUEVAS Y MAS SUBLIMES INSTITUCIONES:

» para pedir castigos y destierros; para provocar una per-
 » secucion sangrienta contra los Ciudadanos que los sos-
 » tienen; y para sumir y hacer retrogradar, si puede, estos
 » deliciosos paises, á la misma humillante degradacion de
 » que habian salido á costa de tantos sacrificios.» Ponién-
 » do en transparencia, con muchísima justicia la acumulacion
 » de voces y frases de que el CENSOR tenia especial don para
 » llenar el papel» decia la CRÓNICA en el artículo del N° 49,
 » (notabilísimo por el fondo y por el estilo) — «¿ Como
 » puede dejar de ser notable que despues de haber traba-
 » jado SIETE AÑOS para destruir la tirania, la ignorancia y
 » la opresion en que viviamos: y que despues de tantos sa-
 » crificios consagrados á la libertad *exterior* ó *interior* del
 » pais, que es lo que quiere decir *libertad politica y civil*,
 » se levante entre nosotros un extranjero, como el CENSOR,
 » intentando establecer un Déspota que tiranize nuestros de-
 » rechos y nuestras libertades; pidiendo castigos contra los
 » que opinan lo contrario: indicando que se prohiban los
 » mejores libros, y aspirando tambien á que se suprima
 » la libertad de imprenta, para que nadie pueda hablar?...
 » Erijirse un particular extranjero, y acaso sospechoso (es-
 » pañol) en oráculo infalible de todos los negocios de Esta-
 » do, que trata sin discernimiento y siempre con superficiali-
 » dad: proponer que se destierre y se ahorque, que se per-
 » siga: interesar en ello los derechos de la religion, y alar-
 » mar el zelo de sus Ministros, figurando impiedades y here-
 » gias en las locuciones mas usadas: 2° acusar á los hom-

1°. Las obras del norteamericano, Thomas Paine, cuya prohibicion ha-
 bia pedido el CENSOR.

2°. El Censor habia escrito largamente sobre la herejia de comparar
 el ordáyer de Lázaro con el de los Incas, y el milagro de Belgrano con el de
 Jesus.

» brés libres de perturbadores del orden y promotores de la
 » anarquía y que todo esto se tolere, declinamos, que se rito-
 » TEA y que se PACUE por tal conducta a un desconocido
 » cuya procedencia es un problema, no puede caber en nin-
 » guna cabeza; y es lo que debe consumir nuestro descre-
 » dido. Sostiene la Crónica que en su anterior escrito no
 » ha faltado al decoro ni ha injuriado a nadie, discutiéndolo y con-
 » tradiciendo opiniones, fueren de quien fueren; por que con eso
 » usaba de su derecho; y pide que se le cite una sola palabra,
 » una sola alusión que sea subversiva o peligrosa para el Go-
 » bierno y para el país. — Y es arrastrar, dice, á desconfiar-
 » za y embrazos la virtud de los pueblos, hablar *apophthilo*
 » una forma de gobierno BIEN MEDITADA SOBRE EL MODELO
 » DEL QUE ACTUALMENTE NOS PRESIDE? Los Editores de la
 » CRÓNICA nada mas quieren: nada mas han propuesto! !
 » ¿Arrogancia infundada! ¿en qué batallas, en qué acciones,
 » en qué peligros se ha visto este hombre por la libertad de
 » estos pueblos? ¿Es acaso algun mérito sublime el haber-
 » se asegurado de mil posos de renta? . . . que, con ofrío
 » de tantas patriotas de mayores lutes, se le pagan á un indivi-
 » duo, que, segun el mismo dice, «ha sido miembro de las
 » Cortes Españolas que nos declararon insurgentes, man-
 » ron bloquear los puertos de la Union, y que votaron contra
 » nosotros la expedicion de dos mil hombres que vinieron á
 » Montevideo en 1813. El es pues uno de aquellos que no
 » pudieron cimentar la libertad en España, pero que han atrave-
 » sado las mares por venir á elaborar la nuestra.» descen-
 » diendo en seguida al estudio práctico del país. D. Manuel
 » Moreno tomaba audazmente la defensa de la federacion ar-

1. Véase en el N. 21 pág. 170 la carta del Dr. Castro.

gentina en las condiciones mismas en que la presentaba el movimiento *segregativo* de las montoneras provinciales. Se extraviaba por consiguiente del camino recto en donde únicamente estaba la salvación del País; pero, al mismo tiempo, revelaba la admirable consistencia de opiniones con que debia presentarse y figurar, otra vez al lado de Berrogo, en el Congreso de 1826; probando así, que sus ideas eran fruto de las convicciones honradas que el estudio y la meditación *habian* arraigado en su clara y profunda inteligencia. Oigámoste: —

» Jamás, (decia en el mismo artículo) han estado los Pueblos
 » mas decididos por un gobierno libre. De hecho se han
 » constituido algunos en sistema federal; muchos de ellos
 » se han proclamado soberanos ó independientes dentro de
 » sus territorios; sin despues de reunido el Congreso actual,
 » muchos, ó los mas de los que han mandado á él sus Dipn-
 » tados, han aspirado, ó se mantenian, árbítrios de su admi-
 » nistracion interior. Santa Fé sostiene una guerra formal
 » por conseguirlo: nuestro gobierno ha mandado retirar las
 » fuerzas que se habian dirigido á aquel punto: lo deja in-
 » dependiente, y entra con sus gefes en firmes tratados
 » para ello. Todos en este conflicto esperaban del Augusto
 » Congreso Nacional una Constitucion análoga á sus de-
 » seos, á su manifiesta voluntad, que reconozca sus dere-
 » chos, deslinde sus territorios, alianza el orden, resta-
 » blezca la confianza mútua, y sea el término de todas las
 » discórdias y resentimientos anteriores.»

« Semejantes esperanzas y exigencias en 1816, imperando Artigas en las provincias litorales, y envuelto ya el País en las amargas complicaciones que debían llevarlo al caos gestador de 1820, eran una verdadera quimera. Esa anhelada Cons-

titucion, cuyo ensayo debia quedar prorrogado por los decretos de la Providencia, debia pasar todavia en 1853 por las duras pruebas de la sangre y del martirio de los pueblos, antes de ser aceptada y de convertirse en esa ley benéfica de orden y de paz que los defensores del Régimen Nuevo pedian contra la Oligarquia del Régimen Viejo, preocupada, con justicia, de nada mas que de salvar la causa de la Independencia nacional por el único medio capaz de conseguirlo: la concentracion administrativa y militar de todo el poder público. Temiendo que contar con Artigas y con los montoneros federales, no habia otro camino, mientras la España no fuese vencida y arrojada de la America del Sur.

Pero alucinada la CRÓNICA con la evidente lucidez de sus principios y de sus ideas, eliminaba las distancias y los tiempos, para mirar como posible su realizacion en el presente; y volviéndose subversiva, lanzaba terribles acusaciones contra el Director y contra los que le servian. Atudiendo á Dorrego y á Moreno, habia dicho el CENSOR que *una mano oculta trataba de sembrar nuevas discórdias*.—«Sí: contestaba la CRÓNICA: » una mano oculta trata de sembrar nuevas discórdias; de » introducir un nuevo jémen de divisiones y de guerras intestinas: de alejar todo punto de reunion, y de hacer perder (volvamos á repetirlo) hasta la mas remota esperanza de felicidad. Se ofrece un nuevo plan de Monarquia Constitucional de los Incas: se ven esfuerzos decididos á variar la opinion de los incautos: se procura distraer la de los pueblos CON PLENO CONOCIMIENTO DE QUE NO LO QUIEREN; » y el estrangero editor del CENSOR PRESTA SU PLUMA á estos proyectos! ¿que quiere decir esto? ¿quienes son aqui los » criminales? ¿Los que piden que se haga lo que los pueblos

» quieren, ó los que se proponen contrariar su voluntad?
 » Además, los republicanos, los sectarios del *Régimen cons-*
 » *titucional* fundamos nuestro dictamen en la razón, en la
 » justicia y en la conveniencia. no piden hortas,
 » destierros ni persecuciones; pero los MONARQUISTAS PE-
 » ruanos por el órgano del Censor, enemigos de toda luz,
 » quieren llevársela á fuerza de amenazas y de poder ¡Oh
 » tiempos! y el gobierno ve estas cosas y las sufre con pa-
 » ciencia! Invocando ahora la luminosa sombra
 de su malogrado hermano, exclamaba D. Manuel Moreno, con
 un dolor retrospectivo y con una sensibilidad tan noble como
 verdadera, así: «¡Oh tiempos! ¡oh tiempos! Desaparecísteis de
 » nosotros como una sombra fugitiva! y sin poder físico para
 » sojuzgarlos, nuestros enemigos lo conseguirán, si, lo
 » conseguirán por la intriga, por el ardid y por nuestro pró-
 » pio aturdimiento. ¡Ah! ¿Quién se habría atrevido en otra
 » época á proponer castigos de ciudadanos conocidos por
 » diversidad de opiniones en materia de controversia? Pero
 » se acabó el patriotismo, desapareció el espíritu público. Los
 » hombres principiaron á abochornarse hasta de nombrar la
 » patria; y todo es hoy lícito y permitido. ¡Oh tiempos! sí:
 » oh tiempos! Debe abolirse la libertad de imprenta,
 » por que no se ha hecho para unos países semejantes á la
 » Turquía, acostumbrados al palo y á la bayoneta, como no-
 » sotros; y por que no corresponde este don precioso de la
 » libertad de discurrir á unos Colonos Neófitos ignorantes,
 » acostumbrados á la *Real Orden* y á las *Novelas* (leyes del
 » Bajo Imperio). Pero esa preparacion que el Censor
 » requiere NO HA DE BAJAR DEL CIELO. . . . no ha de ser obra
 » de un tránsito repentino. . . . Es obra larga. . . . ne-

» cesita del lento esfuerzo de los hombres ilustrados que
» aman la humanidad, y de la cooperacion de todos para
» salir de la depravacion. Y si al menor paso que alguno dá,
» han de oponérsele veinte bajo el pretexto de que la Nación
» no está capaz de usar de este bien, y pidiendo contra él
» destierros y horcas, jamás se principiará ni se logrará la
» felicidad. Mejor sería decir con menos palabras y con mas
» claridad : no quiero que seais libres : nacisteis para esclavos,
» ignorantes y degradados; y estad como pupilos por lo
» que yo dogmatico. . . . os toca obedecer y creerme.»

No se puede, como se vé, atacar con mayor garbo, ni con mas empuje de razon y de convencimiento, la doctrina del PUPILAGE y de la PROTECCION ADMINISTRATIVA, que hoy todavia, despues de 53 años, es el enemigo de nosotros los liberales argentinos. Y no hay duda, que tomadas las ideas en su valor moral, aquella que Moreno y Dorrego defendian, asi, con tanto brillo, era esa misma causa que es nuestra hoy todavia: la causa del presente; el faro de nuestra ruta en la noche de las revoluciones pasadas, de los conflictos que hemos atravesado, y de los que puedan esperarnos al través de la *vía crucis* en que tenemos que purgar el pecado original de la sangre española. Nuestros lectores tienen que perdonarnos la insistencia y la estension con que estamos exponiendo este precioso debate entre la crónica y los papeles oficiales. El decidió del caracter político de la administracion del general Puyrredon; y tiene una importancia capital, por que forma el nudo de todos los acontecimientos sucesivos; y por que fué con él, que se preparó el embate sangriento de las ideas y de los intereses, que, como

dos grandes masas lanzadas por la fatalidad, vinieron de los polos opuestos á estreñarse y cubrir de fragmentos el país cuyos quicios hicieron crujir. Los que mediten en la grandeza, en el vívido colorido, en el valor de actualidad con que toda nuestra historia se enaltece y se agiganta á la luz de estos eléctricos reflejos, pueden bien comprender CUANTO LA ENPEQUEÑECEN, y cuanto la degradan también, los que, miopes para alcanzar y para sentir estas bellezas varoniles que dan vida y fisonomía propia á un gran pueblo, en los días laboriosos de su trasfiguración, creen poder desentrañar su historia y sus partidos, con las pálidas reseñas de los boletines oficiales, sin comprender los móviles, ni las pasiones, ni los fines, para encerrarse en fórmulas sin sentido, como la de poner el origen y los rasgos del partido FEDERAL en el señor Saavedra, y los del partido UNITARIO en el señor Moreno; cuando, bien estudiadas las aspiraciones democráticas y radicales del uno, en lucha con los rasápios dinásticos y centralistas del otro, sería preciso decir todo lo contrario para decir la verdad verdadera.

Pero volvamos al campo de la acción y del drama. Encarándose la Crónica con el mismo despotismo directorial, le decía: — «Si estas no son violentas interpretaciones, « Todo esto y mucho mas se sigue de esa sola máxima « de querer cerrarnos la boca y despojarnos de la libertad de imprenta. El mismo Censor CONSTITUIDO y PAGADO para defender é ilustrar los derechos de los pueblos « CONTRA LOS ABUSOS DEL PODER, lo persuade así. Pero se « le tolera: el gobierno lo oye y lo sufre: Buenos Aires « lo alimenta y lo protege. ¿Y se dirá que no tenemos

« generosidad suficiente, ni para dejarnos libre la len-
« gua?... Si ese papel tuviera alguna tintura de lo que
« son los gabinetes de la Europa cuyo favor nos im-
« porta alcanzar para la grande obra de nuestra indepen-
« dencia, sabria que cuantas veces se ha hablado en In-
« glaterra en favor de nuestros derechos, las razones que
« se han hecho valer, han sido la LIBERALIDAD, la TOLERÁN-
« CIA, la libertad de imprenta, que los hombres eminentes
« aplaudian ver establecidas en Buenos Aires; y por es-
« tos dichosos establecimientos, que de si mismos se
« captan la benevolencia de los pueblos ilustrados del
« mundo, es que hemos sido considerados como dignos
« de todo favor y ayuda para separarnos de la España.
« Si el Parlamento, detestando la tiránica conducta de
« Fernando, le ha negado el año pasado los auxilios
« pecuniarios que pedia para sojuzgarnos, que era lo único
« que le faltaba, lo hizo en odio de la iliberalidad de sus
« principios, de sus persecuciones, de los arrestos, de
« las injurias hechas á la *libertad de escribir*, y del res-
« tablecimiento de la Inquisicion. De manera que cuan-
« do vean allí que se predica aquí con audacia la su-
« presion de la imprenta libre: cuando vean que se
« persuade persecuciones y destierros: cuando vean en
« fin que se compara á las Provincias Unidas con la
« Turquía; y que el Gobierno del Pais lo ha permitido
« silencioso, formarán de Buenos Aires una opinion tan
« degradante como la que tienen formada de Fernando VII,
« y repulsarán la independencia que acabamos de decla-
« rar. Si es preciso gobernar por siempre aquellos
« pueblos como gobierna el Gran Señor á sus Estados,

« dirán en Inglaterra, MEJOR SERÁ QUE SE AVENGAN CON SU
« TIRANO ANTIGUO.»

La Crónica rechaza en seguida el reproche de que su erudicion y su bibliografía política estén reducidas á Tomas Payne. Pero sostiene que las doctrinas de este autor merecen ser las nuestras, pues que por lo mismo que son democráticas y federales, son análogas y pertinentes CON NUESTRAS PROPENSIONES Y CON NUESTRO TERRITORIO— «¿Si los principios de Payne son impracticables, como es
« que se realizaron en Norte América? Y cual es la di-
» versidad pues de nuestras propensiones y de nuestro ter-
» ritorio? Lo principal está ya hecho, que es *haber reasu-*
» *mido nosotros* el gobierno. No hay página ninguna de
» Tomas Payne en que se enseñe que los ciudadanos deban
» degollarse unos á otros en una República.» Y para que no faltase una sola de las previsiones del porvenir, la CRÓNICA formulaba desde entonces la necesidad de nuestro divorcio con las cosas y con las lecciones del espíritu frances, marcando ya en aquel tiempo el ángulo de la divergencia entre la ciencia política de los unitarios, exclusivamente francesa y teorista, exclusivamente administrativa y centralista, y entre las necesidades del espíritu federal descentralizador, modesto, democrático y puramente electivo.— «Que comparacion puede
» haber entre el reino de Francia y nuestras *nacientes pro-*
» *vincias*? ¿Podrá existir un monarca entre nosotros don-
« de todas las fortunas están colocadas al mismo nivel, y
» donde no hay esas distinciones de clases, restos del sistema
» feudal de tanta antigüedad en la Europa?» Deduce así que nuestra condicion forzosa es la República democrática, económica y pobre, sin lujo y sin las grandezas dinásticas

que son estrictamente necesarias en los gobiernos monárquicos para consolidar las altas posiciones que sirven de asiento al trono; y muestra, que si las doctrinas norte-americanas de Tomas Payne son subversivas y prohibidas en los pueblos de Europa, el CENSOR ha mostrado su menguadísimo critério en estas materias, desconociendo è ignorando que, por lo mismo, ellas son coherentes y orgánicas entre nosotros, donde las doctrinas subversivas y condenadas deben ser las contrarias; porque los ejemplos deben amoldarse á la naturaleza de las cosas á que se aplican.

En este antagonismo fatal con que se debatía el *pro* y el *contra* de las doctrinas que nos convenían, es donde la CRÓNICA encuentra la razón que explicaba todas las misérias y contrastes de aquella situación.—«Estamos ciertos de que si no fuese este empeño » en *estraviar* y *contrariar* la manifiesta voluntad de los » pueblos, ya estaria todo conseguido, y habrian terminado » nuestras disenciones intestinas, cuando nó en todo, á lo » menos en mucha parte: y otro seria yá nuestro estado. Ja- » más los ánimos se han visto mejor dispuestos para ello, *ní* » jamás un gobierno ha propendido mas deveras á conseguirlo.» El gobierno estaba muy lejos, por supuesto, de admitir la lisonja como moneda de ley; su disposicion era, por el contrario, moralizar la situación refrenando estos gérmenes de crítica tan peligrosa, y levantando el poder administrativo al grado de un poder discrecional, para obrar hélicamente contra la España con todos los elementos del país, aunque hubiese de postergar todos los problemas constitucionales y administrativos hasta el momento en que estuviese asegurada la victoria.

Pero la CRÓNICA, que habia encontrado su fuerza en el

apoyo con que una masa temible de la opinion popular le acompañaba en estos dos tópicos de la democrácia republicana y de la guerra inmediata contra los Portugueses, seguia cada vez mas ardiente y mas incisiva, cada vez mas robusta en las doctrinas, nó de Tomàs Payne decia, sino de Firsher-Ames *celebrado y honorable* «caballero, adorno de su pátria, » los Estados Unidos, á quien por sus talentos distinguidos » respetan la Europa entera, y particularmentela Inglaterra.» Ese miembro *prominente* del Congreso Americano, orador *sobresaliente, consejero y amigo inseparable* del GRAN WASHINGTON con otros muchos, como Madison Patriks, etc. etc, son los que enseñan estas doctrinas dice, que, la CRÓNICA sostiene y cita *in extenso*.—«No faltó quien despues de la in- » dependéncia de los Estados Unidos sugiriese el pensa- » miento de establecer una monarquia sobre el modelo de » la inglesa, é impugnándolo aquel sábio (Fisher-Ames) se » esplicó contra ella»—en preciosos y sesudos trozos, que la CRÓNICA transcribe. Por lo demas, la CRÓNICA no desconocia la grave fatalidad de la situacion, y la resumia con estos versos de Virgilio :

..... Ferro rumpenda per hostes
 Est via, qua globus ille virum densissimus urget:
 Hæc vos, et Pallanta ducem patria alta reposcit.
 Numina nulla premunt : mortali urgemur ab hoste
 Mortales; totiden nobis animæque manusquæ.

Pero, preocupada siempre de las doctrinas federales de la América del Norte, y esclusiva en su anhelo de que se siguiesen los ejemplos de aquella história, pedia que los grandes cuidados de organizar la guerra, de crear tesoros, y de erigir cuerpos públicos que los administrasen, revirtiesen á un Congreso Federal compuesto de los Delegados de los Pueblos : sin que este se entrometiese todavia á proyectar

constituciones y formas de gobierno : lo cual debia dejarse á otra convencion ó Junta especial, despues que se hubiesen terminado las angústias de la guerra. Un colaborador asiduo del mismo papel decia tambien:—«No soy de aquellos
» que creen que aquí se pueden adoptar en todas sus partes
» las leyes de Inglaterra ó de los Estados Unidos; pero nada
» arriesgo en decir que en las leyes de estas dos naciones
» hay muchos principios dignos de nuestra imitacion; ni de-
» gradaria tampoco á los Americanos del Sur, cuando bus-
» casen ejemplos de buena jurisprudencia y de economia
» política en aquellos códigos cuya excelencia la experiencia
» tiene probada. Confieso mi poca capacidad para inventar
» nuevos modelos que sean mejores que los que las Nacio-
» nes mas ilustradas nos ofrecen. ¿A qué hemos de
» atribuir los grandes progresos que ha hecho el Norte de
» América desde su memorable revolucion, sino á aquellas
» instituciones liberales y benéficas *que han llamado tanta*
» *emigracion de personas y familias de casi todas partes del*
» *globo?* Se proporcionó á los cultivadores tierras y
» herramientas. LAS FÁBRICAS y todas las artes y ciencias
» útiles ENCONTRARON PROTECCION Y FOMENTO. . . . Asi es
» que una Constitucion, la mas libre, vinculada á una econo-
» mía política, la mas sabia y liberal, han sido la causa de que
» los Estados Unidos se hallen en el rango de las naciones
» mas respetables. Ha duplicado su poblacion; y
» YA EN EL DIA, GRAN PARTE DE SU COMÉRCIO CONSISTE EN LA
» EXTRACCION DE ARTÍCULOS QUE ANTES SE IMPORTABAN. ¿«Y
cual es la causa, decia, de que nosotros estemos en tan ma-
la direccion? —«No nos fascinemos, y confesemos la verdad.
» Cuando destruimos el régimen español no arrancamos su

- » maleza que tenia raices envejecidas y dificiles. . . . La
- » destruccion de las preocupaciones es obra del tiempo;
- » pero al paso que la experiencia nos enseña la necesidad
- » de las reformas progresaremos en la obra de la libertad.»

Como antes lo hemos observado, don Manuel Moreno, era, en todo esto, el eco genuino y respetuoso de su malogrado hermano el doctor don Mariano Moreno; cuya política esencialmente democrática y republicana tenia que derivar, en un pais como el nuestro, en una política federal, por la fuerza misma de las cosas, por las consecuencias forzosas de la revolucion, y por la forma del territorio en que estaban establecidas nuestras provincias. Ni su persona, ni sus doctrinas, podrian ser jamás el punto genesiaco del partido unitario, como ha querido establecerse con un estudio superficial de los sucesos. Por que, en virtud de las condiciones naturales de la revolucion y de la guerra de la Independencia, el partido unitario tenia que ser concentrador y oligárquico para responder á las exigencias de la guerra contra la España que pesaban sobre él solo; y por que en virtud de la misma fuerza de su posicion, ese partido tenia que buscar su apoyo y su ideal en la concepcion fantástica de una monarquia libre, donde él, como partido organizador, constituyese la aristocracia política y social de todo el edificio. Cualquiera que conozca la naturaleza íntima y las tradiciones verdaderas de nuestra Revolucion, sabe hasta donde han sido claras é influyentes las aptitudes centralizadoras y aristocráticas del partido unitario. Así es, que cuando se pretende poner en contradiccion á don Manuel Moreno con su hermano don Mariano, en la tradicion revolucionaria, se comete un error inad-

misible, que solo puede ocurrírsele á quien ignore el sentido de las cosas, ó aspire á usar de sus escritos como de un médio para adular las preocupaciones y los intereses dominantes de un momento dado, empequeñeciendo á los unos sin realzar á los otros, puesto que á los dos les quita las aptitudes y los errores propios de su temperamento y de su tiempo.

Agitadísimas estaban, la ciudad, la campaña y las provincias, con estas preocupaciones que levantaban los propósitos absorbentes del nuevo poder, y la invasion portuguesa, con la que los rumores públicos hacian conniventes al Director y al Congreso. En la provincia de Entre-Rios el Caudillo Hereñú se hallaba mal avenido ya con los secuaces de Artigas capitaneados por Ramirez; temiendo que la invasion portuguesa pudiera tambien estenderse á su territorio, ese caudillo habia trabado relaciones con el partido de oposicion en Buenos Aires, que le hacian esperar que seria protegido con médios y fuerzas eficaces, ya fuese que se realizase un cambio de gobierno en la Capital, ya que la oposicion lograra lanzar al Director en la guerra abierta con el Portugal. Al mismo tiempo, el partido de oposicion, que en la prensa enaltecia la causa oriental en el mismo sentido, les hacia esperar á los Orientales, y aún al mismo Artigas, que si tomaba una actitud conciliadora para con la Capital, el gobierno no podria resistir al empuje de la opinion pública, que estaba completamente exacerbada por la invasion, y decidida tambien, con un grande entusiasmo, en aquel mismo sentido.

Pero las cosas estaban grave y sumamente complicadas en las provincias de Córdoba y de Santa-Fé; y para explicarlas tenemos que retroceder al *Pacto de Santo Tomé*.

Como antes dijimos, este pacto fué celebrado por el general Diaz-Velez, bajo la condicion—de separar del mando de la Division á su jefe el general Belgrano—de destituir al Director Alvarez,—y de quedar aquel territorio, que era parte integrante del de la provincia de Buenos Aires, constituido y reconocido en provincia independiente. El general Balcarce, sustituto de Alvarez, dió comision al Dean don Gregório Funes para que pasase á Santa-Fé á determinar las bases de union con que esta provincia debia cooperar á las obligaciones nacionales *en caso de que el Congreso de Tucuman* aprobase y confirmase el Pacto de Santo-Tomé. El Dean Funes arregló en efecto que Santa-Fé nombraria inmediatamente un Diputado al Congreso: la eleccion se hizo y recayó en don Juan Francisco Seguí; y arregló tambien que la nueva provincia remitiria al ejército de Mendoza doscientos hombres de infanteria y doscientos de caballeria, mediante la remision de 500 rifles, 300 tercerolas, quinientas lanzas y quinientos sables, con que Buenos Aires contribuiría á armarla. Celebrado este arreglo el 22 de Mayo, el gobernador Vera decretó grandes regocijos y una solemne misa de gracias, que cantó el mismo Dean el 25 de Mayo subsiguiente. Pero, como tambien lo dijimos, el Congreso no aprobó el Pacto de *Santo-Tomé*: el General Balcarce fué destituido por la JUNTA DE OBSERVACION y por el Cabildo; y una Comision Gubernativa, compuesta de don Francisco Antonio Escalada y de don Miguel de Irigoyen, tomó interinamente el mando de Buenos Aires, mientras venia de Tucuman el Director don Juan Martin de Puyrredon. Santa-fé pues habia quedado en el mismo estado de guerra que antes con Buenos Aires.

Entretanto, el gobernador del Paraná D. Eusebio Hereñú manifestaba deseos de volver á la Union Nacional. Pero colocado entre Santa Fé y los Departamentos artiguistas de la costa del Uruguay, temia perderse si se declaraba á des-tiempo poniéndose á la cabeza del partido porteño que esta-ba indudablemente compuesto de toda la parte acomodada y decente de la Provincia. Este caudillo ofrecia que si las fuerzas de Buenos Aires invadian á Santa Fé y se posesiona-ban de las márgenes derechas del Paraná, las fuerzas de En-trerios, que le seguian, obrarian decididamente con el mismo fin; y arreglado esto por comisários secretos, la Comision Gubernativa de la Capital fué autorizada desde Tucuman para atacar repentinamente á Santa Fé, contándose con que si se lograba dominar esta provincia, auxiliarian á Hereñú para pa-cificar el Entrerios. De modo que reducidas así las provincias litorales á la obediencia del gobierno Nacional, fuese posible organizar en las costas del Uruguay un ejército de Obser-vacion, que, á la vez que sirviese para hacer respetar la au-toridad del Director y del Congreso, constituyese tambien la base de la defensa de nuestro territorio contra la invasion portuguesa, y sirviese para reconquistar la Banda Oriental, si las cosas se ponian bastante prósperas como para tentar esta empresa.

Despues del pacto de *Santo Tomé*, la Division militar del general Diaz-Velez se habia acantonado en San Nicolas de los Arroyos. Reforzada ahora con el objeto que hemos dicho, recibió órdenes de invadir rapidamente á Santa Fé, al mismo tiempo que una escuadrilla sutil, al mando del general de Marina D. Matias de Irigoyen, ¹ remontaba el Paraná

¹ Como oficial de la marina española habia asistido al combate de *Trafalgar* á bordo del navio *Trinidad*.

desde Buenos Aires, para operar de concierto con las fuerzas de tierra y para facilitar las comunicaciones con Hereñu, cuando llegase el momento de obrar con las dos fuerzas combinadas sobre los *artiguistas* del Uruguay.

El 12 de Julio de 1816 apareció repentinamente en la boca del riacho á cuyas riberas está la ciudad de Santa Fé la escuadrilla sutil de Buenos Aires, compuesta de los bergantines *Belen* y *Aranzazú*, dos cañoneras, cuatro faluchos y algunos botes. Pero absteniéndose de emprender hostilidades directas, su jefe manifestaba mas bien disposiciones amistosas, limitándose á una actitud de mera observacion para proteger la costa de Entrerios. Era su mira probable que el Gobierno de Santa Fé concentrase sus milicias al rededor de la ciudad, para que la division de Diaz-Velez pudiese penetrar facilmente y sorprender las entradas de la provincia. Pero, alarmado Vera con las incursiones que las partidas de Diaz-Velez habian comenzado á hácer por el lado del Rosário, habia puesto en observacion sobre este punto al comandante D. Mariano Espeleta, con una gruesa division de milicias de caballeria; de modo que cuando Diaz-Velez efectuó la invasion, Espeleta pudo darle aviso de ella á Vera; y así es, que al mismo tiempo que se retiraba delante de las fuerzas de los porteños, la provincia entera se iba poniendo en armas, es decir *montaban á caballo* todas sus montoneras, y retiraban del paso y del alcance de los invasores todos los ganados, los caballos, y los recursos de todo género. Diaz-Velez tenia pues que marchar por un pais asolado y verdaderamente desierto. El ejército porteño ocupó la aldea pobrísima entonces del Rosário, sin oposicion ninguna, la encontró abandonada, porque todos sus habitantes se habian retirado

con sus haciendas y familias. A medida que Diaz-Velez marchaba hácia adelante, se reunian todas las montoneras al Norte de la ciudad de Santa Fé, contando con que la pobreza y la caréncia absoluta de todo, hasta de pastos y forrages, obligaria á los Porteños á abandonar en derrota el terreno que venian ganando. El dia 26 de Júlio se hallaba Diaz-Velez á cinco leguas de la ciudad de Santa Fé; y como llevara intencion de atravesar el rio para tomarla, se habia acordado que las dos lanchas cañoneras y cuatro faluchos entrasen ese dia en el riacho, antes de amanecer, para reconocer y asegurar el paso de Santo-Tomé. El dia amaneció con una de aquellas fuertes neblínas de nuestro clima que impiden distinguir los obgetos aún á cortisimas distáncias; así es que nádie se habia apercibido en el pueblo del movimiento y de la situacion de la Escuadrilla. Pero cuando las lavanderas que concurren diariamente en multitud al rio, bajaron á la playa de San Francisco, se apercibieron con estupor del grupo de barquichuelos que estaban amontonados en la boca del arroyo de *Fray Atanacio*, y abandonando despavoridas la ribera y las ropas que iban á lavar, conturbaron la ciudad á gritos dando el alarma por el ataque inesperado que se les preparaba. En el acto se tocó á generala; y mientras que las mugeres se asilaban en la Iglésia, llevando en sus manos alhajas, las ropas y los utensilios de mas valor, los hombres, sin distincion de edades, se reunian y se armaban en la plaza, montaban á caballo y corrian al lugar del peligro encabezados por el gobernador D. Mariano Vera y apoyados por una compañía de dragones que mandaba el capitan D. Estanislao Lopez. Este formó su compañía en el *Campito* frente al arroyo, para recibir á los porteños si de-

sembarcaban; y el gobernador, seguido por grupos populares en tumulto, atravesaron el rio en canoas, á nado, y aún á pié, llevando por los frenos á los caballos; y caminando al travez del monte y del *macíegal* de la isla, se colocaron en la barranca á cuyo pié estaba la escuadrilla.

Hallábase esta en la mas arriesgada y triste situacion. Dirijidas por hombres sin práctica ni conocimiento de los lugares, las dos lanchas cañoneras estaban varadas; y como el agua habia bajado, se habian tumbado de costado, quedando solamente á flote las dos falúas. Desde que los grupos dominaron las barrancas, levantaron una griteria espantosa y salvaje, amenizada por el continuo tiroteo de las armas de fuego, y con los tiros de cañon y de fusileria que repetian las cañoneras, aunque inutilmente, por que no tenian como ofender en la altura de las barrancas. Alentados los Santafecinos con la mala posicion de la escuadrilla, descendieron animosamente las barrancas en tumulto; de modo que perdiendo toda esperanza de salvarse, la oficialidad y las tripulaciones se arrojaron al agua, procurando ganar el lado opuesto de la isla, con el fin de atravesarla y de llegar hasta la boca del arroyo que desagua en el Paraná, donde habian quedado los buques de mayor calado; pero casi todos los fugitivos fueron tomados ó muertos. Abandonando entonces los cuatro faluchos el empeño en que estaban de desembarazar las dos cañoneras, se pusieron en fuga aguas abajo hácia la boca, mientras los Santafecinos, con una algazara infernal, enlazaban uno de los faluchos y saqueaban las dos cañoneras, matando á los rezagados y á los que se habian quedado ocultos en ellas. Ganaron en esta jornada, fuera de algun dinero, plata labrada, viveres y pertrechos, trecientos

fusiles, mil y tantas lanzas, municiones de guerra y diez y seis cañones, entre chicos y de calibre; todo lo cual sacaron á tierra echando á pique los cascos de las presas.

Díaz-Velez, seguido y tiroteado por los grupos del gobernador de Santa-Fé, que se habian ya reunido con Espeleta y con las milicias de Coronda, se adelantó hasta el paso de Aguirre, entre nubes de montoneros, manteniendo su caballeria, con sus escasas caballadas y el parque, al amparo de los batallones de infanteria. El gobernador Vera comprendió que sus médios no eran de bastante eficacia para oponerse á este órden de marcha; y ordenó que todas sus familias y gentes de la ciudad, así como todas las que venian emigrando delante de los Porteños desde el Rosario y Coronda, pasasen al norte, en las carretas y carros que les habia procurado; y que se situasen en la *chácara de Andino*, donde formaron un extraño campamento á la manera de las razas emigrantes de la Asia. En la mañana del 3 de Agosto el egército porteño vadeó el *Paso de Aguirre*. Al salir del *Monte de Noguera* tuvo que resistir y arrollar los grupos de montoneras santafecinas, que, servidos por la artilleria que antes habian tomado, hacian tambien fuegos de cañón sobre las columnas del Egército de Buenos Aires. Conociendo Díaz-Velez que los Santafecinos estaban resueltos á atacarlo, apoyó sus fuerzas sobre los montes del *Rio Salado*, y rechazó vigorosamente á los montoneros. Estos se dispersaron al caer la noche, retirándose en grande confusion y desorden á la *Chácara de Andino*, donde estaban las familias; pero habiéndose incendiado unos grandes galpones, que dominaban por su volumen y posicion todo el pai-

sage, pudo verse, apesar de la noche, que el camino habia quedado libre de montoneros; así es que el general aprovechándose de este incidente, se puso inmediatamente en marcha sobre la ciudad y se apoderó de ella en la madrugada del dia 4. Con esto pudo dar descanso á sus tropas y atrincherarlas en médio de aquel pais, que, como un mar tormentoso, estaba todo sublevado y conturbado en derredor suyo. Los Santafecinos no podian intentar nada contra la infanteria que guarnecia la ciudad; pero divididos en numerosas partidas y grupos de acaballo, tenían en continúa alarma las tropas de la plaza, y acechaban las comunicaciones de la ciudad con los buques que estaban estacionados en la boca del Riacho; de manera que aún los mismos botes y faluchos que entraban para llegar á las orillas de la ciudad corrian grande riesgo de ser tomados. El dia 9 (Agosto de 1816) al notar que un lanchon de la escuadra se deslizaba ocultándose por entre el bosque de la orilla, presumieron que tendria el propósito de acercarse á la ciudad, y pusieron una emboscada de 25 hombres bien armados, al mando de don Fructuoso Salva, en el *Arroyo Negro*. El lanchon entró en efecto al riacho creyéndose inapercibido; pero al pasar por frente de la emboscada, recibió á quema-ropa una descarga, que hiriendo á muchos de los que venian á bordo, y matando á otros, causó, como era natural, una sorpresa pavorosa en los demas. Una gran parte de la tripulacion se tiró al agua, y quedando el casco sin manejo, tuvieron que rendirse los que iban á bordo, que eran nada menos que el mismo general don Matias Irigoyen y el teniente Gobernador de Santa-fé don Juan Francisco Tarragona:

gefe allí del *partido aporteñado* ó nacionalista, y natural de la Provincia.

La situación de la división de Buenos Aires, no era nada halagüeña. En una provincia pobre y desierta, en donde todos sus habitantes se habían retirado á los campos, armados en grupos ligeros que no tenían paradero ni lugar alguno fijo que defender, era imposible tener un punto estratégico al que hacer convergir las operaciones de las tropas, ni podíase adquirir los medios de sustento y de movilidad, de que necesitaban, no teniendo á la mano fuerzas numerosas, y recursos traídos por el río, con que ocupar los puntos de la vasta frontera, para arrojar á los montoneros al centro de las pampas ó del Chaco, hasta que las misérias y el hambre rindiesen el ánimo brioso con que estaban animados en esta lucha. Díaz-Velez sin embargo quizo tentar una sorpresa sobre el campamento de familias de la Chácara de *Andino*, que era al mismo tiempo la colmena de las montoneras, y preparó una rápida salida en la noche del 30 de Agosto. Pero un vecino que había quedado en la ciudad comunicó la noticia, como urgente, momentos antes de la marcha, por medio de un nadador que la llevó por el río al campamento. El pánico fué grande. Mientras los ginetes corrían por el campo agarrando sus caballos y trayendo los bueyes para las carretas de las familias, las mugeres y los niños se lamentaban; y muchas se tiraban al río y buscaban abrigo en los montes de la otra orilla llamada el RINCON. Pero Díaz-Velez que había hecho su movimiento con doble objeto, había pasado á la isla, y decidido á abandonar la ciudad, si no lograba la sorpresa, se puso en retirada por

la costa, haciendo que lo siguieran las lanchas que le habian quedado, de las cuales perdió una, hasta que al fin regresó á San Nicolas, con los sufrimientos y pérdidas que eran consiguientes á una campaña contra semejantes enemigos y espuesta á tales peripécias. El gobernador Vera le dió el grado de Coronel á don Estanislao Lopez, que segun parece habia sido el alma de todos los movimientos; pero muy poco tardó aquel en caer del poder, á manos de este, que se hizo desde 1817 el árbitro vitalício de la provincia.

Las montoneras de Santa Fé tenian conexiones estrechas y compromisos formados de amistad y proteccion con el gobernador de Córdoba D. José Javier Diaz, y con el comandante de las milicias de campaña D. Juan Pablo Bulnes: cabecillas del partido local, que aspiraba á sacudir como Santa Fé la obediencia debida á las autoridades nacionales. Así es, que cuando Vera se vió invadido, envió inmediatamente sus emisários á Córdoba para pedir que le mandaran auxilios de tropas. Diaz que era indeciso y poco leal, anduvo vacilante para decidirse, y dejó que toda la responsabilidad de los hechos pesase sobre Bulnes. Este se puso inmediatamente en marcha para Santa Fé, declarándose en rebellion contra el Congreso y el Director; pero Diaz, aunque no podia ocultar las connivencias que todos le conocian, no tuvo embarazo en condenar por actos oficiales la conducta de Bulnes: actos que habiéndole alcanzado por la espalda, provocaron su enojo y el propósito de vengarse así que volviera victorioso, como lo esperaba. Pronto volvió en efecto; pues al llegar á las fronteras del Tiu supo la retirada de Diaz-Velez; retirada que los Santafecinos miraban, con razon, como un espléndido

triunfo. Alentado Bulnes con esta ventaja de su partido, que él consideraba concluyente, y ambicionando tambien el puesto de gobernador independiente de la provincia de Cordoba á la manera en que Artigas y Vera lo eran de la Banda Oriental y de Santa Fé, tomó pretesto de la conducta doble y poco leal con que el gobernador Diaz le habia dejado todas las responsabilidades y los peligros de su pronunciamiento federal, para volver contra este Gobernador, y en provecho de su propia ambicion, las tropas con que regresaba. Diaz procuró resistirle en los subúrvios con algunas milicias que habia reunido á la ligera; pero Bulnes que era de génio audaz y de rápidos movimientos, cayó inmediatamente sobre ellas, las dispersó y se apoderó de la Ciudad. Profunda y justamente alarmado el Congreso con esta insurreccion, conoció que si la causa de los montoneros triunfaba en Córdoba, como habia ya triunfado en las Provincias litorales, estaba perdida la organizacion nacional, y destruidos por su base todos los esfuerzos y sacrificios que se habian hecho, para dar unidad al gobierno y para reorganizar la cohesion política y militar del pais; así es, que con la mira de contener el mal en su gérmen nombró gobernador intendente de Córdoba á D. Ambrósio Funes, y le ordenó al general Belgrano que enviase para apoyarlo una division del ejército de Tucuman. El general aprestó y despachó esa division á las órdenes del Sargento Mayor D. Francisco Sayós. Dificil era haber tenido mas acierto para uno y para otro nombramiento. Don Ambrósio Funes, hermano del Dean D. Gregório Funes tan conocido por sus méritos y por sus trabajos históricos, era hombre de una firmeza y de una prudencia egemplar, que podía ponerse á prueba en los mayores

conflictos. Lo singular era que siendo suegro de Bulnes, y que no habiendo podido hacer servir su influencia personal sobre el caudillo para reducirlo á la paz y á la obediencia, tomó á lo sério el encargo de reducirlo hasta por la guerra y por la persecucion, desoyendo las emociones del sentimiento paternal, para obedecer solo á los consejos severos de su deber. Bulnes no era menos ricio en sus pasiones, ni menos resuelto en los propósitos á que estaba comprometido. Conocía el carácter indomable de su suegro, la influencia que tenia en la ciudad y en la campaña de Córdoba, la persistencia de sus ideas políticas en favor de las autoridades nacionales, y como estaba bien apercibido del peligro que corrían su causa y su persona, echó mano del terror para sostener la autoridad que habia usurpado. Impuso contribuciones, redujo á prision á los amigos del Gobernador, azotó y fusiló tambien en la campaña del norte de Córdoba á los que no se mostraban solícitos para sus miras: á términos que el Gobernador Funes, aferrado á no derogar de su nombramiento, ni tergiversar con sus deberes para con el Congreso y el Director Supremo, tuvo que ocultarse cuidadosamente de la saña de su yerno; sin que por eso desistiese de mantener continua comunicacion con el Comandante Sayós, con el Comandante de las Milicias de *Rio Seco* D. Francisco Bedoya¹ y con los comandantes de las milicias del Chaco; para que marchasen á reunirse bajo las órdenes del primero, como en efecto lo verificaron. El dia 4 de Noviembre estaban ya reunidas estas fuerzas á 20 leguas hácia el norte de la ciudad de Córdoba; y conviene decir aquí que el comandante Bedoya era el mas importante contingente para el Gefe de la expedi-

1. Véase el suplemento de la Gaceta del 7 de Diciembre 1816.

cion, por su probada bravura no menos que por su carácter elevado y clara inteligencia, como lo probó entonces, y despues en la famosa campaña contra José Miguel Carrera: Bedoya pertenecia ademas á una de las familias mas justamente distinguida y aristocrática de Córdoba. Manejado el Cabildo por Bulnes, intentó paralizar la marcha de Sayós, para darle tiempo al caudillo de caer de sorpresa sobre las fuerzas nacionales. Pero advertido á tiempo el Comandante, por el Gobernador Funes, de lo que se premeditaba, marchó en la noche por un rodeo sobre la Ciudad, al mismo tiempo que Bulnes, creyendo sorprenderlo, se lanzaba audacisimamente sobre el campamento lejano donde le suponía en ese mismo momento. Demodo que quedaron invertidas las posiciones. El dia 8 de Noviembre, la Ciudad protegida por la fuerza legal obedecia ya las órdenes acertadas y activísimas del Gobernador Funes, agente de la autoridad nacional; mientras que Bulnes quedaba alejado en la difícil necesidad de venir á estrellarse contra el ventajoso terreno en que se habian colocado las fuerzas de Sayós y de Bedoya. Dueños yá del éxito, es probable que el Gobernador influyera con los Gefes que habian venido á sostenerlo, para que se tentase un último esfuerzo de sumision pacífica con su yerno, antes de llegar al choque de las armas y de imponerse el terrible deber de castigar tales atentados.—«Pero este jóven incon- siderado (dice aquel en su parte oficial) sin consultar mas que á los fogosos sentimientos de su orgullo, despreció las proposiciones, y se avanzó á intimar al Comandante, por un oficio impávido, que se le entregase todo á discrecion con todas sus armas. Remitir este oficio y presentarse con toda su tropa en el campo de batalla, fué un acto casi

» indivisible.» Bulnes traia cuatro cañones y colocándose en el *Bajode Santa Ana*, rompió el fuego sobre la línea de Sayós: este lanzó sobre los insurrectos un batallon veterano de cazadores: «Que marchando por entre los árboles y tapias
» de las quintas, cayeron con velocidad, llenos de alegría y
» de entusiasmo, sobre la artilleria de los montoneros; y todo
» fué tan acertado y tan rápido, que en ocho minutos la tomaron, poniéndolos en completa fuga, y persiguiéndolos en
» todas direcciones.» Este pequeño hecho militar, que como se vé debiera haber tenido poquísima importancia, fué mirado por el Congreso y por el Director como uno de los acontecimientos mas faustos y meritorios que hubieran podido ocurrir: tal era el pánico que habia producido la insurreccion de Córdoba en aquellos momentos. Y en efecto, si ella se hubiese radicado, la Nacion habria quedado hecha pedazos: las Provincias del Norte y del Oeste hubieran respondido al movimiento de dislocacion, porque indudablemente estaban inoculadas del mismo mal, como se vió algun tiempo despues. Sayós fué el héroe del momento. El Supremo Director expidió un decreto encomiástico *recomendando á la memoria y á la gratitud del pais* el mérito de la *jornada*.—« El eminente servicio hecho á la patria por la
» tropa de línea y por las milicias bajo el mando del sargento mayor graduado D. Francisco Sayós que ha contribuido
» con HERÓICA INTREPIDEZ y firmeza á la destruccion de los
» perturbadores del orden. . . y debiendo el Gobierno señalar y premiar tan relevante mérito para con los pueblos
» de la Union, condecora á los oficiales y tropa con un escudo de honor en paño celeste que deberán llevar sobre el
» brazo, con esta inscripcion en letras de oro: —HONOR A
» LOS RESTAURADORES DEL ORDEN.»

El desorden producido en la provincia de Córdoba por la rebelion de Bulnes no pudo ser mas grande ni mas profundo. El parte mismo decia—«La campaña se halla desolada por la multitud de malhechores á quienes ha favorecido mucho el trastorno de la revolucion. Actualmente estamos todavia sin los abastos, porque los unos huyen de la ciudad á la campaña, otros de la campaña á la ciudad, y segun avisos frecuentes que tengo de aquella, innumerables se esconden en los montes.» El gobernador Funes publicó una amplia amnistia despues de la victoria, al mismo tiempo que las fuerzas de Sayós y de Bedoya recorrian toda la campaña restableciendo las autoridades y el órden local. Una de las partidas tomó á Bulnes y fué traído á la ciudad de Córdoba donde fué puesto en prision, aunque no rigurosa, como lo vamos á veer.

Al mismo tiempo se sublevaba en Santiago del Estero el Teniente Coronel don Francisco Borges: hombre digno, en efecto, de mejor suerte que la que le impuso el riguroso proceder del general Belgrano. Porque si bien era cierto que Borges se habia alzado contra la autoridad nacional constituida en el Congreso, tambien lo era que su conducta habia sido honorabilísima y conciliadora. Habiendo tenido en sus manos caudales del gobierno, que transitaban por el terreno donde él imperaba, habia tenido el mas respetuoso escrúpulo en tomarlos ó detenerlos: absteniéndose de tocarlos, y dejando pasar intacto tambien un convoy de carretas cargadas de armas y municiones que iban para el ejército de Tucuman; y esto, apesar de que una division venia yá de allí mismo para batirlo, al

mando de los Comandantes La Madrid y Bustos. Teníasele á Borges por un hombre de una bravura estremada; pero probablemente su propia honradez y su patriotismo fué lo que le perdió. Oprimido quizás con los escrúpulos de haberse comprometido á hacer armas contra sus compañeros de causa, y deseando no aparecer como un bandido robador de los pertrechos y de los caudales de la patria, se mantuvo indeciso; se dejó batir por una guerrilla de 25 hombres que La Madrid lanzó sobre él, y huyó á la frontera del Salado: donde traicionado por un pariente, segun se dijo, fué preso y entregado á la jurisdiccion militar del general Belgrano. Este lo mandó pasar por las armas inmediatamente; y esta vigorosa egecucion, al mismo tiempo que don Juan Pablo Bulnes era amnistiado en Córdoba y que permanecia en una prision puramente nominal, pareció por demás injusta y récia á los ojos de todos. Pero se arguia que Borges era un militar de graduacion sugeto á las reglas indeclinables de la Ordenanza, mientras que Bulnes era un simple miliciano audaz, que habia hecho armas contra la autoridad, mas nó contra sus gefes militares: y se sabe que el general Belgrano era aferado á la letra de la disciplina. ¹

Bulnes no tenia carácter para resignarse á su derrota ni á su prision. Favorecido con las consideraciones de familia de que gozaba en ella, pero sin dejar de estar irritadísimo contra su suegro, armó un nuevo complot para usurpar de nuevo el poder. Habia entonces en las provincias del Interior porcion de soldados españoles de los que habian sido tomados en Montevideo y en los encuentros

1. Memórias del general don Jose Maria Paz, tom. I. pág. 289 á 294.

del norte; que, naturalmente inclinados á los instintos disolventes de los montoneros, habian tomado servicio, poco á poco y sin intento premeditado, en las diversas ciudades, para hacer la policia y la guárdia de las cárceles. Un tal Quintana, de esta procedencia, era gefe del piquete que generalmente le hacia la guárdia á Bulnes, y tenia á sus órdenes algunos hombres del mismo género, que en pocos dias se entendieron con el preso. Habiendo esperado á que Sayós regresara á la ciudad, Bulnes salió de la prision á la cabeza de la guardia en la madrugada del 15 de Noviembre, y sorprendiendo al gobernador Funes y al comandante Sayós, usurpó de nuevo la autoridad. Pero sobrevino una de esas desinteligencias comunes en dias de desorden, como estos, entre Quintana y Bulnes; demodo que este fué casi inmediatamente depuesto, y sustituido por un partidário poco conspicuo llamado Urtubey. Al mismo tiempo, Sayós, que habia sido deportado á la campaña, habia logrado evadirse, y reuniéndose á Funes y á Bedoya venian juntos sobre la ciudad. La poblacion entonces se pronunció en contra de los revoltosos, que, atemorizados hicieron un pacto, para que se encargase del gobierno de la Provincia á don Juan Andrés de Puyrredon, hermano del Director, que, avecindado en ella, estaba casado con la distinguida jóven doña Angela Arredondo, nieta del penúltimo Virrey del Rio de la Plata. Los cabecillas y secuaces de la rebellion trataron de asilarse en Santa-Fé; pero Bulnes fué tomado—«y remitido á Buenos Aires, en donde con varios «de los soldados europeos fué juzgado, condenado y egecutado:» dice su tio político el Dean don Gregório Funes. ¹

1. *Bosquejo de la Revolucion Argentina* hecho á peticion del señor

A la luz de este siniestro incendio, del tumulto, de las pasiones, y del desorden de los intereses que engendraba, bien se puede comprender la situacion azarosa y llena de peligros en que se hallaban, el general Belgrano, el general San Martin en Mendoza, y el Director Supremo en lucha con las exigencias y con la ardorosa oposicion que le hacian los federales *doctrinarios* y adoctrinantes desde las columnas de la CRÓNICA, y por medio de los activísimos y apasionados debates que se mantenian en los cafes y en toda la ciudad. El pueblo de la capital, y la campaña, aunque indecisos en apariencia, estaban tambien conmovidos, como era natural, dada tan amarga situacion y las alarmas que inspiraba la invasion portuguesa. Era indispensable, por consiguiente, retemplar el prestigio del poder; y no habia otro medio de conseguirlo que abusar de la fuerza contra los opositores. Saliendo San Martin de Mendoza para Chile, desaparecia para los Montoneros y para los revoltosos el temor de que si ellos intentaban algo sobre Buenos Aires, ó sobre las demas provincias, acudiesen las divisiones del Ejército de los Andes á castigarlos. Se hacia necesario pues sacarlos antes del pais, é imponer el terror de las persecuciones; para que asegurado el poder interior en las manos robustas del Director Supremo, fuese posible llevar á cabo los grandes propósitos que estaban á punto de convertirse en hechos históricos. El 15 de noviembre por la tarde fué reducido á prision y deportado el coronel Dorrego. La manera con que se hizo esto fué demasiado cruel y exagerada, pues que sin consideracion á sus méritos y servi-

Rodney, Agente confidencial del gobierno de los Estados-Unidos acerca del Director Supremo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. .

cios se le embarcó en un buquecillo desconocido y de malísimas condiciones, que llevaba carne tasajo para las Antillas, á fin de que se le arrojase en la primera costa de alguna de esas islas á que el buque arribara. El decreto decia—«Siendo tan criminales y escandalosos los
 » actos de insubordinacion y ALTANERIA con que el co-
 » ronel don Manuel Dorrego ha marcado sus servicios
 » en la carrera militar, debiéndose á ellos que el Señor
 » Brigadier Belgrano lo hubiese separado y confinado en
 » 1813 del Ejército Auxiliar del Perú, y en 1814 hiciese
 » igual demostracion el general en Gefe del Ejército de Cu-
 » yo don José de San Martin ¹. sin que hayan basta-
 » do á contener su génio díscolo y tumultuário las *suaves*
 » prevenciones de sus gefes etc. etc. . . . antes bien hacien-
 » do alarde de su impunidad ha reagrado y repetido
 » iguales delitos despues de mi mando, reduciendo á
 » conflictos la quietud y armonia de los pueblos herma-
 » nos, insultando oficialmente sus mas respetables supe-
 » riores (como me lo ha representado el señor Inspector
 » general don José Gazcon, quien me ha pedido justa-
 » mente su separacion del Regimiento) ² y lo que es mas

1. Nótese lo abusivo de estos motivos, con recordar que despues Dorrego habia figurado con honor y gloria en la campaña de Montevideo, en la guerra contra Artigas y contra Santa Fé, y mandando el núm. 8 en Buenos Aires. Demanera que estos motivos *retro-activos* hacian resaltar mas la tropelia y la injusticia del castigo.

2. Este cargo se reduce á lo siguiente: en una noche de alarma, en el mes de octubre anterior, el Inspector que era un oficial anciano y de pocos méritos guerreros, llamó *á prisa* á Dorrego siendo las 12 de la noche. Este dejó su cama, se envolvió en una capa, *sin vestirse*, y se puso el *elástico* de parada. Presentóse asi al inspector, y al hacerlo el saludo, le mostró el traje en que iba; lo que con justicia fue mirado como una burla poco pròpia.

» criminal, llegando al extremo *de amenazar á la misma*
 » *autoridad suprema* de los pueblos de que se pasaria á
 » la montonera, si no le otorgaba sus pretenciones'.
 » y por último haberme protestado con la mayor osadia,
 » que consentiria primero su fusilacion, que continuar
 » sirviendo bajo las órdenes del general del Ejército de
 » Cuyo, á que estaba destinado, á mas de otros gravísi-
 » mos incidentes **QUE RESERVO**, y de que daré cuenta al
 » Soberano Congreso Nacional: he creido pues un deber
 » preciso de mi autoridad y *del orden sancionado* por el
 » augusto Cuerpo, castigar ejemplarmente tan graves como
 » públicos y justificados crímenes, **ESTRAÑANDO PARA SIEM-**
 » pre á don Manuel Dorrego, como así lo extraño de estas
 » *Provincias, cuya tranquilidad, seguridad y fidelidad* (sic)
 » forman el noble y sagrado objeto del poder, y auto-
 » ridad que me han confiado los Pueblos, y lo son igual-
 » mente los del Congreso de la Nacion en su soberano de-
 » creto de 1º de agosto del corriente año. ²

Siguióse inmediatamente otro decreto en que resaltaba un poco mas la crueldad y las desgraciadas condiciones de esta medida, abusiva en si misma, y tan poco justificada por los motivos en que se le fundaba, segun pueden verlo nuestros lectores. En este segundo decreto se atribuia el castigo á la ley imperiosa de la necesidad, pero al mismo tiempo, se decia—«la JUSTICIA y la GRATITUD del pais re-
 » claman la memoria de los recomendables **SERVICIOS**
 » que el coronel Dorrego RINDIÓ Á SU PAIS durante la
 » gloriosa revolucion en las ocasiones en que supo des-

1. Véase la páj. 434 de este número: conferencia de Dorrego con el Supremo Director.

2. Véase el núm. 22 pág. 239.

» viarse de los precipicios á que lo ha conducido la in-
» docilidad de un génio que *ni la amistad ni el deber pu-*
» *dieron doblegar*; y considerando que así la esposa co-
» mo la hija del citado coronel son dignos de la com-
» pasion y amparo de un gobierno imparcial» man-
daba el Director que disfrutasen ambas de la mitad del
sueldo del deportado; y que á este se le entregasen qui-
nientos pesos EN EL LUGAR DE SU RELEGACION, dejándose-
le los despachos de coronel, para que pudiese servir á la
causa de América en cualquiera de los Estados libres
donde se presentara.

Es pues inexacto, como se vé, lo que el señor Do-
minguez asegura de que se proveyó al Coronel Dorrego
de los fondos necesarios para su subsistencia en el es-
trangero; puesto que no debiendo serle entregados los
500 pesos sino *en el lugar de su deportacion*, y habiendo
quedado indeterminado este lugar, mejor habria sido no
amargar las circunstancias, ya demasiado crueles, del cas-
tigo, en si mismas, con este rasgo de hipocrecia que de-
bia ser totalmente inútil para el gefe desgraciado cuyos
grandes servicios y aptitudes eran tan notórios como ver-
daderos. Entretanto, el coronel Dorrego, que se habia
hecho digno en efecto de ser destituido, y aún alejado del
pais, si se quiere, por su génio incómodo y criticon, nun-
ca habia figurado á la cabeza de ninguna insurreccion
contra las autoridades establecidas, ni se le habia imputado
connato ó intriga alguna que hubiera tenido por objeto
subvertir el órden, ó atacar los poderes públicos. Basta
leer ese decreto famoso de su expatriacion, que hemos
transcrito, para ver lo fútil de los motivos, y para com-
prender que solo el temor de peligros eventuales y el re-

sentimiento de las ofensas personales, era lo que habia llevado al Gobierno á adoptar una medida, que jamás podrá ser justificada á los ojos de la historia imparcial de un pueblo libre.

El coronel Dorrego, como hemos dicho, fué arrojado á un triste buquecillo que iba al mar de las Antillas, sin recursos personales de ningun género, y sin que nada le pudiese hacer esperar la digna acogida que merecia un Argentino de su mérito, en parajes donde era ignorado hasta el nombre del pays en que este brillante guerrero de la independencia habia nacido. Cuando supo que el buque debia llevarlo á Cuba, comprendió que la idea habia sido sacrificarlo y ponerlo en manos de los Españoles; para que probablemente lo llevaran á Ceuta. A fuerza de empeños logró que el capitán arribase á la Isla casi solitaria de *Pinos*, donde fué arrojado á tierra en un bote. En el momento, con la viveza que le era genial, pudo captarse la proteccion compasiva de un pobre vecino que comprendió las aptitudes y la distinction de la persona de Dorrego; y á los dos dias consiguió que le dieran pasaje en un *cutter*, único buque que habia en aquellos parages, y que partia, segun decian, para los Estados Unidos. No bien estuvo á bordo, cuando Dorrego tuvo graves motivos para sospechar que se habia embarcado en un buque de piratas. Y así era en efecto: á poco andar, una goleta de guerra inglesa les dió caza; y tratándose de ahorcar por sortéo á los tripulantes, Dorrego tuvo que hacer esfuerzos para librarse de esta horrible situacion; lo que solo pudo lograr, implorando que lo examinaran sobre los sucesos americanos y sobre sus complicaciones con los sucesos europeos, para conseguir que diesen crédito á la narracion de sus pa-

decimientos. Impresionado el Teniente primero de la goleta inglesa, con la viva tranquilidad de ánimo que Dorrego desplegaba y con la sinceridad de sus maneras, se hizo fiador de su persona, hasta que tocando en el primer puerto de los Estados Unidos, pudiesen verificar los hechos que alegaba en su defensa, como en efecto los verificaron, por fortuna para este hombre tan distinguido como desgraciado, cuyo hado, siempre injusto y enemigo, suspendió por entonces el golpe que tenía pendiente sobre su cabeza, para descargarlo con igual crueldad en otra época, quizás mas aciaga, y mas tenebrosa para los pueblos argentinos; pues que en ella las glorias de Chacabuco y de Maypú no debían venir á compensarnos del desquicio general de la sociedad y de sus leyes.

Refiriéndose á estos momentos desgraciados de su vida, pero sin acritud ni aspiraciones de venganza, como era propio de su carácter entero y noblemente alegre, decía á su regreso en 1820:—«El enjambre de los Agentes de los CA-
» BALLEROS DE LA MESA REDONDA (la Lógiá), diseminados en-
» tonces en todos los puntos de la Ciudad tocaban por este
» mismo tono; y no habia casa, tertulia, ni tienda, en que
» no se encontrase alguno de sus ministros: . . . que el ac-
» tual Gobernador D. Manuel Dorrego (1820) fué una de las
» primeras víctimas sacrificadas al furor inquisitorial, y á las
» maquinaciones traidoras de la *benévola y filantrópica ad-*
» *ministracion Congresi-Directorial*: que es uno de los que
» han tenido el HONOR de ser objeto de sus persecuciones:
» QUE SU DELITO FUÉ PENETRAR y negarse á ser cómplice de
» las maquinaciones traidoras CON LOS Portugueses; es cosa
» sabida, así como lo es, que por este delito de lesa-maqui-
» nacion, y que por este acto de noble y leal patriotismo,

» D. Manuel Dorrego fue extraído en un barco, como uno
» de otros tantos lios de carne tasajo, con destino al Argel
» de las Antillas, la Isla de negros de Santo Domingo, en
» cuyas costas debia ser arrojado, segun disposicion de la
» *Administracion benévola y filantrópica.*» Pero ahora, decia, que su deber era respetar escrupulosamente *toda persona* aún la del *súcio* é insignificante Frayle Castañeda que estaba abusando contra él de la injúria y de la libertad de escribir desvergüenzas. ¹ Trascribimos este rasgo, por que Dorrego había sido siempre observador ardiente y respetuoso de la libertad de la prensa.

He aquí en este período una leccion sublime para los partidos. Al mismo tiempo que el uno se ensañaba contra el otro, ambos incurrian en las mas claras injusticias de la passion, atribuyéndose CRIMENES Y TRAICIONES FALSAS, que no tenian base ni origen sino en la fantasia enloquecida de los ódios y de los intereses del momento, contra la verdad y contra las leyes incontenibles del porvenir.

La CRÓNICA, volvemos á repetirlo, estaba en manos firmes. No pronunció una sola palabra de reprobacion, un solo reclamo para ante la justicia del pueblo y de la opinion pública, sobre la deportacion de que habia sido víctima el coronel Dorrego; y si se esceptúa un pequeño síntoma de temor que dió D. Manuel Moreno, sus artículos continuaron cada dia mas firmes y mas incisivos contra los propósitos monárquicos; cada dia mas exigentes acerca de la necesidad y de la obligacion que pesaban sobre el Gobierno, de unir sus fuerzas y su politica con los caudillos de la Banda Oriental y

¹ Respuesta etc., etc. al Despertador Teo-filantrópico y Desengañador Gauchi Político, por un Protervo Barbado. 1820. Imprenta de Focion.

de Entrerios, para arrojar á los Portugueses del território que invadian. No era esto lo que habia esperado el Supremo Director; sino que el golpe descargado sobre Dorrego hubiera influido para contener en el silencio, á los que, por el contrario, seguian combatiéndolo con el mismo empeño; y esta guerra era tanto mas insoportable para el Gobierno, cuanto que la opinion del pueblo se pronunciaba, cada dia mas clara, en el mismo sentido, inquietando los ánimos de tal manera que por todas partes comenzaba ya á hablarse de una próxima revolucion. ¹

No debo poner término á este período tan interesante de nuestra historia, sin transcribir aquí una página inédita que muestra, por su buen lado, las bellísimas prendas que dán un relieve tan favorable á la figura de Dorrego, á pesar de las extravagancias á que lo inducia la actividad febril de sus ideas. Travieso en las cosas de detalle, é irreverente tambien para con sus superiores, por exeso de talento y de vivacidad, él nunca dejó de tener un corazon sano en el fondo: nunca fué verdaderamente revoltoso ó revolucionario; por que su patriotismo, que era siempre puro y elevado, sabia poner límite á sus genialidades delante del interés comun de su país. Con fecha 19 de Mayo de 1873 escribía desde Baltimore esta carta al General don Antonio Gonzalez Balcarce, que es digna de ser consignada en las páginas de nuestra historia. « Mi apreciado amigo y señor: por medio del « oficial don Juan José Pica he escrito á usted. Mas du-
« do que aquella llegue á sus manos repito esta.

1 Véase el Manifiesto del Director en la Gazeta del 15 de Febrero de 1817; y las *Exposiciones* del Dr. Agrelo y de D. Manuel Moreno publicadas en Baltimore, á 13 y 18 de Junio del mismo año.

« Siempre he creído á usted con sobrada rectitud y juicio para no dar crédito á un folleto que, con el nombre de auto, se ha publicado en esa contra mí, pero que hasta la fecha no se me ha hecho saber, por lo que ignoro si me obligará. Mas, por si acaso ha producido en Vd. algun escrúpulo, pronto llegará á sus manos una carta apologética; en ella solicito, no indulto (pues soy inocente) mas que si soy criminal ante la ley, se me juzgue con arreglo á ella. Esta petición, en un país que se dice libre, es un dogma, y espero que usted propenderá por cuantos medios esten á sus alcances para que se me otorgue.

« En estos Estados, las muchas presas, nuestras victorias en Chile y Perú, las últimas ventajas de Bolívar, y la conmocion de Pernambuco, han dado la mas grande opinion ó los Independientes, en especial á los de la América del Sud. Ya es casi indudable que reconocerán nuestra independéncia en el próximo Congreso. Mas por desgrácia nuestro Tompson está fuera de quicio. El oficial Pica contará á usted algunos comprobantes de estos hechos que no merecen escribirse. Pero lo que es mas de consideracion, es, que habiéndose poco há suscitado varias competencias ruidosas por el Embajador y Cónsules españoles, por cuyas resultas el corsario de Almeyda y otra corbeta han estado embargadas, no solo no se ha podido conseguir que Tompson reclamase la inmunidad de la bandera, sino que por el contrario donde está el Embajador, ó algun cónsul, él huye. Se ha llegado hasta mudar el nombre, y actualmente nadie sabe donde existe. Todos sus papeles, hasta las instrucciones reservadas, los dejó mas de seis meses en la Secretaria de

« Estado. Una de las personas de mas categoria en Washing-
« ton me ha llegado á decir, que en esa, ó no habia hombres
« de quienes echar mano, ó que se habia querido ridiculizar al
« gobierno de Norte América con la mision de Mr. Tompson.
« Carrera que supongo estará en esa, tiene tambien un co-
« nocimiento de lo que he dicho; y yo en obséquio de mi
« adorada pátria (aunque proscripto) y á instancias de los
« comisionados de Caracas y Méjico, y de los emigrados
« franceses que tanto se interesan en nuestra prosperidad, le
« suplico haga se nombre un Diputado con plenos poderes,
« que entable relaciones con Caracas y Méjico, y que de
« acuerdo con dichos Diputados y el de Pernambuco solici-
« te nuestro reconocimiento. Debe tener viveza y energía
« para contrarrestar al partido Español: y conocimientos para
« saberse dirigir. Espero que usted hará uso de esta noti-
« cia, pero sin que de modo alguno suene mi nombre.

« Las últimas contestaciones del embajador y cón-
« sules Españoles con este Gobierno, me parece que dan un
« comprobante de que es casi indudable un rompimiento.
« Así tambien lo desean todos los habitantes de estos Esta-
« dos, que sin duda son los mas amantes de la libertad de
« cuantos habitan el globo. Hace dos dias se ha publica-
« do en esta, que las diarias convulsiones de la ciudad de
« Méjico han obligado á su vizir Apodaca á declararse por
« el partido independiente, y que en el mes de Abril se enar-
« boló en aquella capital el Pavellon republicano; mas yo sus-
« pendo el juicio. El autor son las Gazetas de Nueva Or-
« leans de 16 de Abril relativas á un barco que acababa de
« llegar de Vera-Cruz.» ¹

1. Coleccion de autógrafos de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Proscripto y perseguido con una forma exagerada, como hemos visto, Dorrego era, sin embargo, en los Estados-Unidos el mismo patriota que antes: solícito y vigilante por los intereses argentinos, hasta donde su posicion y sus fuerzas le alcanzaban. Ageno, como se vé, á los rencores y á las tentaciones del egoismo resentido, que habrian sido tan naturales dada su situacion, multiplicaba sus servicios y sus diligencias, como si nada tuviese de que quejarse. Volvamos ahora al terreno de los sucesos.

(Continuará)

VICENTE FIDEL LOPEZ.



REVISTA DEL RIO DE LA PLATA.

N.º 24.

LA LEONTINA.

Un día, á la última hora de la tarde, cansada, enferma y helada de frío, azuzaba yo mi caballo para llegar á la capilla subterránea de *Uchusuma*, larga y forzosa etapa de diez y ocho leguas, atravesada como una amenaza en el camino de Bolivia á Tacna.

Habia ya dejado atras el Mauri, y las ásperas cerranías que lo aprisionan, y cruzaba corriendo las áridas llanuras barridas por el cierzo y cortadas de pantanos, que avecinan al grupo de piedras rocallosas, arrojadas por algun cataclismo, en cuyo centro se halla la entrada de esa especie de cueva, único albergue para el viajero en aquel frígido yermo.

1. Séanos permitido referir una anecdota á que dieron lugar las tres letras iniciales que llova por firma la presente nota.

Va ya para muchos años que un emigrado argentino redactaba en el puerto del Callao un periódico, político y literario, con el cual habia introducido á las puertas de la capital del Perú, la moda francesa de los *folletines* novelescos. En uno de ellos reprodujo una preciosa leyenda semihistórica, semifantástica, fundada sobre un episodio de la crónica siniestra de los tiempos de Rosas. La dicha novela titulábase "el guante negro" y habia aparecido por primera vez firmada con las siguientes letras mayúsculas—J. M. G.

El redactor, mas familiarizado con los nombres del litoral argentino que con los del interior, interpretó estas iniciales incógnitas para él, sustituyéndolas el nombre entero de uno de los redactores de la presente *Revista*. El periódico cayó en manos de este, estando á las orillas del Pacífico, y comenza-

De pronto, y al travéz de las ráfagas de viento que me cegaban, ví relumbrar un objeto entre los guijarros del camino.

ba ya á dudar si habria escrito ó no el "guante negro" en una de esas horas que se echan de la memoria por importunas, cuando halló en un diario limeño una modesta y discretísima reclamacion á favor de una *maternidad* desconocida, de parte de una dama que con entera justicia se declaraba autora de la novela y firmaba—Juana Manuela Gorriti.

Fué con este motivo que el que suscribe conoció á esta distinguida escritora, la cual, para mayor abundamiento, venia á revelarle un talento mas y una imaginacion privilegiada servida por un estilo maestro, en el crecido número de los que honran las letras argentinas.

Desde entonces, el que fué agradablemente sorprendido con tan lisonjero descubrimiento, siguió con curioso interes los pasos de la agitada y no siempre venturosa existencia de la escritora salteña, y fué de los primeros en alentar y aplaudir la publicacion de sus obras, dadas á luz por el editor Casavalle el año 1865, en dos elegantes volúmenes en octavo.

Es pues ya deber de persistencia en una buena obra, por parte del aludido, difundir y dar luz á las producciones de aquella señora de quien fué plagario inocente en virtud de yerros ajenos, y por esta razon ofrece á los favorecedores de la "Revista", las interesantes páginas que van á leer y que nos vienen de Lima, en donde actualmente reside su autora ocupada de trabajos literarios que redundan en gloria de su patria lejana.

Y ya que de esto se trata, séale permitido á quien comenzó estos renglones por una anécdota, terminar con un rasgo de critica, reproduciendo bajo su firma lo que bajo el anónimo escribió en un diario al aparecer las obras de la señora Gorriti, cuyo primer volumen comienza con una bella produccion titulada la *Quena*:

"Tomamos la pluma bajo la impresion vivísima que nos ha producido la lectura de una novela. No es escrita por Alejandro Dumas, ni por ninguno de los privilegiados de la imaginacion, que hasta ahora tienen el derecho esclusivo de despotizar nuestra sensibilidad. No es una produccion del viejo Mundo, donde agotada ya la fuente de la originalidad y vulgarizadas las situaciones, á fuerza de repetirse, caen los autores en la exajeracion, en los excesos, y por consiguiente en lo absurdo. No es fruto de la pluma de George Sand, ni de la inspirada habanera, madre inmortal de Guatemozin y de Espatolino; y sin embargo, la novela que acaba de proporcionarnos deliciosos momentos nos recuerda á cada renglon y sin poderlo resistir, las dotes mas relevantes de estas dos famosas sirenas de la literatura contemporánea. ¿Y como pudiera ser por menos, si el autor á que nos referimos es del mismo sexo de estas dos últimas escritoras, si siente como una madre y como una esposa y toma sus colores de artista en esa paleta rica y brillante como el iris, que Dios coloca de cuando en cuando en la imaginacion fecunda del bello sexo?

Volvíme atrás, y desmontando para examinar lo que era, recojí una elegante y escéntrica joya. Era una *leontina* compuesta de doce pepas de oro de forma y colores diversos.

La Quena—Tal es el nombre de esa novela; y Juana Manuela Gorriti el nombre de su autora. Una tradicion bien conocida del Perú, es el asunto. Pero ¿que importa el cuadro de la tela, ni el lugar de la escena? Todo esto desaparece ante la májia del pincel, bajo los estremecimientos delicados de la sensibilidad de la mano que le guia, bajo la nube de emanaciones ardientes y profundas que cargadas de amor y de lágrimas se estien de sobre los cuadros y las escenas. Que sentimiento de la naturaleza americana! que profunda adivinacion de los secretos mas recónditos del alma humana! Qué estilo tan maestro y que frescura de expresion!

Al fin hemos leído una cosa nueva y llamante entre ese diluvio de novelas en que, segun nuestros hábitos á la moda, ahogamos las horas de descanso. Al fin gozamos la sensacion de una fragancia que nos viene, sin *contrefaçon* de las selvas verdaderas del Nuevo Mundo. Al fin en la lectura de esta novela podemos lisonjear al mismo tiempo la imaginacion y el sentimiento pátrio, considerando que quien nos causa tan cultas y dulces emociones, es una hija de este suelo rico en virtudes sociales, pero pobre todavia en productos de la inteligencia y del estudio.

La Quena—tiene un encanto particular para el hombre que la lea. En cada una de sus páginas hay pedazos de un corazon de mujer, olvidados en ellas como particulas de oro sobre una piedra de toque; allí pueden estudiarse la ley, los quilates, el inmenso valor de la sensibilidad femenina; su manera de sentir los afectos, y las modificaciones especiales que estos experimentan dentro del generoso pecho destinado á abrigar y alimentar al hombre en sus primeros dias.

Hemos creído que si calláramos nuestras impresiones, teniendo como tenemos la pluma de periodistas en la mano, cometeríamos un acto de egoismo. Creemos mas, que como argentinos estamos obligados á pedir una proteccion especial, (en nombre de lo bello y del crédito de nuestra cultura) para la hermosa y correcta edicion de las obras de una argentina de génio, bella, desgraciada, y que desde los paises mas risueños tiene fijo su pensamiento, como en el ideal de lo mas perfecto social, en esta ciudad de Buenos Aires en donde ella deseára pasar la vida. Creemos que en el costurero de una señora porteña cuadraria tan bien un ejemplar de las obras de doña Juana Manuela Gorriti, como un vaso de flores. En la biblioteca de un hombre de gusto pueden ocupar un lugar al lado de las mejores producciones de la literatura americana, y los extranjeros todos pueden encontrar en las páginas de la señora Gorriti, cuadros y escenas americanas mas exactas que las que hasta aqui hayan podido estudiar en narraciones de viajeros.

El editor de esta obra reciba nuestro parabien y nuestro agradecimiento por el valioso presente que nos hace. La ilustre escritora dígnese admitir la expresion sincera de nuestra simpatia y admiracion.

J. M. G.

Engarzábanlas anillos mates del mismo metal, y en algunas de ellas habia incrustadas partículas de pizarra y cuerno.

Juzgué, desde luego, que aquella alhaja habia sido perdida recientemente, y me proponia averiguarlo adelante, cuando ví venir á lo lejos un hombre, que, inclinado sobre el cuello de su caballo, y apartando con la mano las ramas de los *tolares*, parecia buscar algo en el suelo.

Al divisarme, corrió hácia mí con visibles muestras de angustia, que yo abrevié yendo á su encuentro, y presentándole la joya.

Imposible seria pintar la espresion de gozo que al verla brilló en sus ojos. Me la arrebató, mas bien que la tomó de mis manos; estrechóla contra el corazon, y la enganchó en el reloj y el ojal de su chaleco con un anhelo que se balanceaba entre la veneracion y la codicia.

En seguida, y como si saliera de un éxtasis, volvióse á mí, y me saludó dándome las gracias y rogándome perdonara su preocupacion.

—Motivo habia para ello, caballero—respondile yo con un tanto de ironia—Perder doce lingotes de oro no es asunto de poco mas ó menos.

—Ah!—replicó él con sentido acento—no es el valor intrínseco de esta prenda, lo que la hace preciosa para mí: es que cada una de esas pepas encierra, al lado de un recuerdo de sufrimientos, otro de inefable abnegacion.

Creilo fácilmente; pues aunque la oscuridad me impedia ver el rostro de mi interlocutor, la voz que me hablaba era jóven y tenía armoniosas inflexiones que anunciaban franqueza y espontaneidad.

Seguimos juntos nuestro camino, y llegamos, en fin, al

monton de peñascos que, hacia media hora, divisaba yo en el horizonte, como un *dolmen* druidico.

Desensillamos nuestros caballos, y ateridos de frio, nos refugiarnos en la cueva, dejándolos al cuidado de un indio viejo, seco y negro como un árbol quemado, único resto de su familia devorada por el *tifus*.

El desdichado se alzó de la piedra en que yacía, solo y acurrucado en la actitud de la mómia, para entregarse, con la diligente actividad de su raza, á los cuidados del hospedaje. Hizo beber á los caballos, dióles un pienso de cebada, y los cubrió con sus manteos. Fué en seguida á recojer las ramas secas de la tola, encendió una fogata, y concluyó trayéndonos luz y agua caliente.

Pude, entonces echar una mirada sobre la persona de mi accidental compañero.

Era un jóven de abierta y simpática fisonomía. En lo alto de su frente, el abrigo del sombrero habia conservado, como una aureola, el color primitivo de su rostro, tostado por el sol de largos viajes ó rudos trabajos á la intemperie.

La hora, el lugar, la circunstancia fortuita de nuestro encuentro, y sobre todo la diferencia de nuestras edades, establecieron luego entre nosotros la confianza. Juntos hicimos el café, aplicando á su confección los conocimientos de ámbos, y riendo de nuestra ciencia á la Brillat-Savarin. Pero en el momento de servirlo, encontramos que no teníamos azúcar.

Mi compañero dejó tristemente su taza sobre la piedra que nos servia de mesa, y se puso á mirarme con envidia tomar mi café á la turca.

Recordé entonces que llevaba en mi bolsillo una bom-

bonera llena de esos microscópicos alfeñiques de azucar que, regalan á sus favorecidos, las monjas Concebidas de la Paz.

Vamos, niño mimado,—le dije, vaciando en su taza el contenido de la bombonera, hé ahí endulzado el café. Tómelo U. y de hoy mas, habitúese á las amarguras del paladar y á las de la vida.

En los lábios del jóven vagó una triste sonrisa, que apagó la mia, recordándome las palabras con que acojió mi observacion, al recobrar la leontina.

Alentado por la amistosa familiaridad que reinaba ya entre ambos, pedile me contara la historia de aquella joya, y él me refirió la siguiente:

Nací bajo la presion de un destino hostil. Mi padre murió en Uchumayo, cerca de Arequipa, defendiendo contra los invasores la entrada de la ciudad Santa, y yo vine al mundo entre las lágrimas de la viudez, y el desamparo de la orfandad. . . .

Digo mal! Al ver la luz encontré los brazos cariñosos de una madre. Cuando un niño tiene madre, posée todos los tesoros de la tierra: es un monarca en su hogar, donde tiene un reino maravilloso: el corazon maternal.

Los primeros años de mi infancia deslizáronse risueños, como una alborada de primavera. Nuestra casucha á orillas del Chili, ascada, fresca y sombreada de higueras y perales, tenia siempre un aire de fiesta, y en los ojos de mi madre brillaba una ternura tan ardiente, que yo equivocaba todo aquello con la felicidad. Asi, cuando habia pasado el dia jugando ó leyendo al lado de mi madre, entre los tiestos de flores, mientras ella hacia encajes, sentada á su telar, y que

al cerrar la noche me dormía en sus brazos al plácido murmullo del río, parecíame imposible una existencia mas feliz que la nuestra.

Pero á medida que crecía, y que la razón comenzó á derramar en mi espíritu su rayo severo y frío, aquellos hermosos mirajes fueron desvaneciéndose, y la realidad desnuda y triste, apareció á mis ojos. Ví á mi madre abrumada de trabajos para rodearme á mi de contento y bienestar. Mi blando lecho, mi delicado alimento, y la educación que recibía en el primer colegio de Arequipa, comprábalos ella con vigiliass y duras privaciones.

Esta revelación produjo un gran cambio en mi ser moral. De turbulento que era, volvíme reflexivo; y á la perezosa indolencia de mi corta edad sucedió una actividad febril que llenó de asombro á mis profesores, descontentos hasta entonces por mi poca aplicación al estudio.

Sin embargo, al regresar á casa, y traspasar sus umbrales, tornaba á ser el mismo niño egoísta que se dejaba regalar á costa del descanso de su madre. Veíala tan contenta y diligente en torno mio, que me parecía natural que se sacrificara por mí.

Un incidente vino á operar mi entera transformación.

Una noche que mi madre trabajaba en su costura á la luz de la vela, y yo dormía á su lado, la cabeza apoyada en sus rodillas, me despertó de repente una voz que hablaba en destemplado tono.

Al abrir los ojos, ví una mugerona molletuda y de aire masculino, que de pié, y la mano en la cadera, dirigía á mi madre las mas irreverentes frases.

—Le digo á U., doña María—gritaba alzando el dedo en

son de amenaza, le digo á U. que no sufriré ya mas esas dilaciones de cuatro y seis dias que va U. entablado en el pago del alquiler. Cinco pesos se encuentran hasta bajo de las piedras y no seré yo quien espere á que se le antoje á U. llevármelos; mayormente habiendo solicitantes que me ofrecen ocho, lucientes y adelantados.

—Ah! señora Gervacia—respondió mi madre, con voz temblorosa, y los ojos llenos de lágrimas—espero que no hará U. la crueldad de arrojarme de la casa. Recuerde U. que en diez años que la habito, siempre me vió U. llegar el primero del mes llevándole su dinero. Pero ay! U. sabe cuánto ha bajado, de algun tiempo á esta parte, el precio del trabajo, sobre todo, en la costura. Vea U. estas camisas de *munición* con tantas *fuerzas*, tantas piezas y pespuntos, y sin embargo, las pagan solo á real. Noventa y nueve llevo acabadas; y esta que estoy rematando es la última. Mañana recibiré doce pesos y medio. Cinco serán para U. y el resto para el colegio de mi hijo, y para comprarle calzado.

—Calzado! Y por qué, siendo tan pobre no acostumbra á ir descalzo? Y por qué no pudiendo pagar la casa, le costea U. colegio? Póngale U. una lámpa en la mano y alquilelo en alguna chacra.

—Ah! señora Gervacia! como se ve que usted no tiene hijos!

—Hijos! Dios me libre de tal plaga. Se los regalo á usted. Por eso estoy tan gorda, y usted tan acartonada. Ese muchacho se la está tragando: si en él se le va cuanto gana!

—Pobre hijo mio—exclamó mi madre, sonriendo amar-

gamente; y acariciando mi cabeza—qué le doy yo sino miseria? Ah! otra seria nuestra suerte, si viviera mi Solist!

—Sino hubiera ido á morir tontamente por servir ambiciones ajenas. ¿Por qué no hizo como mi marido, que apenas vió encrespase la política colgó la casaca para mejor ocasion y negociaba que era un gusto con los unos y con los otros? Bah! un hombre cargado con un hijo, y ademas la añadidura de haber contraído matrimonio sin la competente licencia, es decir, sin derecho á montepio. Mire usted cuantas razones para no esponer su vida! .

—No me entrometo á juzgar lo que hizo el marido de usted; pero en cuanto al mio, era su deber combatir en defensa de la patria invadida por un ejército extranjero.

—La patria! ah! ah! ah! Todavía cree usted en esas patrañas? ¿Hay alguien que sirva otra cosa que su conveniencia? Vaya! que no la creia á usted tan simplonaza! Al oir aquella insolencia, quise alzarme de un salto. Mi madre retuvo con fuerza mi cabeza sobre sus rodillas.

—Bien! bien! señora Gervacia—dijo con tanta dulzura, como aspereza empleaba con ella esa impertinente—mañana á las ocho llevaré esta obra al contratista, y á las nueve recibirá usted su dinero, que procuraré pagar puntualmente en adelante.

—Cuento con ello; porque digo á usted que no aguanto mas dilaciones. Hasta mañana á las nueve, sin falta. Entiende usted? .

Impedido de contentar mi enojo echando fuera á aquella bruja, me deshice en lágrimas que mi madre enjugaba procurando consolarme, pero llorando ella tambien furtivamente.

Al siguiente día dejaba el colegio para entrar como dependiente en casa de un judío italiano, negociante en joyas y quincallería.

Samuel Tradi era un hombre de voz dulcísima y cariñosas palabras; pero avaro y codicioso, como hijo de su raza. Habitando un pueblo donde las dulces virtudes de la mujer hacen de la vida doméstica un verdadero paraíso, vivía solo, y el corazón vacío de todo linaje de afecciones, colocado entre la caja y los escaparates de su almacén.

Cuando se hubo convencido de mi aptitud en el manejo de los libros, y la redacción de su correspondencia comercial, me abrazó; me llamó *carísimo*, y concluyó ofreciéndome por el trabajo de quince horas diarias en el escritorio y el mostrador, alojamiento, mesa y un sueldo de diez pesos.

Sublevóme aquella propuesta que olía grandemente á las lentejas de Jacob; pero reflexionando que aquel salario, aunque corto podía aliviar á mi madre, acepté inmediatamente, sin hacer la menor observación.

Para mejor asegurarme, el judío se apresuró á adelantarme un sueldo, que yo llevé triunfante á mi madre diciéndole que aquello era la mitad de mi haber mensual: piadosa mentira inventada para hacérselo aceptar todo entero.

Opúsose ella mucho á mi salida del colegio pero acabó por ceder al apremio de las circunstancias; bien es verdad que derramando amargas lágrimas, sobre todo cuando, por la noche al cerrar su puerta, se encontró sola en aquella casa que desde mi nacimiento había habitado conmigo. No menos dolorosa fué para mi esa noche que por vez primera pasaba apartado de ella. Conté todas sus horas; y por más que procuraba mezclar la serenidad á la firmeza de mi reso-

lucion, tenia el corazon quebrantado, y los ojos llenos de lágrimas.

Pero á la mañana siguiente, cuando la primera luz del alba me mostró frente á mi cama el escritorio donde una parte de trabajo me aguardaba; y mas allá, colgadas á un clavo las llaves del almacen confiado á mi celo, comprendí la gravedad de mis deberes, y desde esa hora dejé de ser un niño, y me volví un hombre.

Mi madre notó este cambio en el momento, cuando fui á verla. Su primera impresion se tradujo por una sonrisa de orgullo; pero luego la oí murmurar suspirando.

—Oh! pobreza! pobreza! que arrebatas á las madres la infancia de sus hijos, con sus gracias y sus risas; y en la edad de los juegos los condenas á sembrar los abrojos de Adan!

Sin embargo, ella y yo nos acostumbramos poco á poco á esa separacion, compensada por otra parte, en mucho, con el doble gozo del domingo, que pasábamos juntos, desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche.

Aquellos días eran para la pobre madre una verdadera fiesta. Privándose, quizá, de lo necesario, durante la semana, esperábame con toda suerte de regalos; y nuestras tres comidas eran otros tantos banquetes, tomados mano á mano, bajo la fronda de las higueras, cuyas ramas, movidas por el viento, dejaban caer en nuestra mesa sus deliciosos frutos, que saboreábamos, riendo y formando dulces proyectos para el porvenir; proyectos en que, la fresca imaginacion de mi madre, jóven todavia, desarrollaba risueños cuadros, que como hija del Misti, engastaba siempre en la bella campiña de Arequipa.

Luego queriendo dar á estos sueños la apariencia de la

realidad, íbamos á terminar en el campo aquellas encantadoras jornadas, señalando los sitios donde habia de alzarse nuestra casa de campo, rodeada de jardines y vergeles.

Así pasáron dos años. Samuel Tradi estaba cada dia mas contento de mí. La práctica me habia perfeccionado tanto en las especulaciones del mostrador, que el establecimiento prosperaba estraordinariamente. Sin embargo, por mas que me abrumaba de elogios y caricias, el judio se guardó bien de ofrecerme el menor aumento en el sueldo miserable que me daba.

Un dia me anunció que iba á dejar á Arequipa, y establecerse en Valparaiso, donde lo llamaba el interés de su comercio. Propúsome llevarme consigo; pero añadiendo inmediatamente, que le sirviera en Chile bajo las mismas condiciones que en Arequipa.

Duro me era apartarme de mi madre, y mas duro todavía darlè el pesar de aquella separacion; pero era tambien necesario seguir la carrera comenzada, y en la que habia hecho tantos progresos. Ademas con Samuel tenia ya adquirido un crédito que solo encontraria en otra parte á costa de una larga prueba, en cuyo tiempo, mi madre careceria de aquel sueldo, que corto como era, le servia á ella de mucho.

Esta razon, mas que todas las otras, me determinó á seguir al judio en su nueva fortuna.

Mi madre, paciente y resignada al sufrimiento soportó este dolor con santa resignacion. Para hacérmelo menos amargo, ocultó sus lágrimas; llamó á sus lábios la sonfisa, y con el corazon destrozado por mi partida, comenzó á hablarme de la alegria del regreso, del gozo de volver á vernos, para no separarnos mas.

En cuanto á mí, su aparente serenidad, y la novedad, de los preparativos del viaje distrajerón mi pena; de manera que el día de la separación, me hallaba casi contento.

Salimos al oscurecer para atravesar en la noche el ardiente desierto que separa Arequipa de Islay

Para abreviar los adioses, Samuel me acompañó á despedirme de mi madre.

Con gran sorpresa mia, no la encontramos en casa; y fuerza me fué seguir al judío que me arrancó de aquel umbral donde quería esperarla y tras del cual quedaba mi universo y mi felicidad.

Entonces, solamente comencé á sentir cuánto dolor había de costarme vivir separado de mi madre. Si hubiese sido posible desligarme del compromiso contraído con el judío, de seguro me habría quedado.

Partimos.

Había anochecido, y la luna alumbraba con una luz triste las blancas bóvedas de la ciudad, cuyo aspecto oriental tenía en aquella hora, algo de fantástico, que aguzaba mi pena. No podía resignarme á partir sin haber visto á mi madre: yo oraba en silencio, comprimiendo mis sollozos, mientras Samuel me esponía el programa de las operaciones comerciales que se proponía realizar en Chile, así como el cuadro de mis nuevos deberes como dependiente en aquel mercado. Y absorto en sus especulaciones de negociante, alejábase de aquella blanca ciudad que lo había albergado, y del magestuoso Misti y de la encantada campiña, sin darles ni una mirada, ni un recuerdo.

Así dejarían sus padres la tierra de Canaan para acudir al olor de las cebollas de Egipto.

Al volver un recodo del camino, divisé una persona, sentada, inmóvil sobre un ribazo. Era mi madre. Queriéndome evitar el dolor de la despedida en el hogar doméstico, había venido allí y me aguardaba llorando.

Al acercarme, se levantó, secó sus lágrimas, y me abrazó procurando afirmar su voz para darme sus últimos consejos. Despues me bendijo, y apartándose de mí, se puso de rodillas y oró, siguiéndome con los ojos, hasta que nos hubimos internado en las tortuosas callejuelas de Yanahuara.

A vueltas de mi pena, pensaba con extrañeza en el adios lacónico que mi madre dió á Samuel, absteniéndose de recomendarle su hijo. Pobre madre! El tiempo me hizo ver que ella sabia cuán inútil era todo eso con aquella alma de piedra.

Un mes mas tarde, nos hallábamos establecidos en Valparaiso, y el almacen de Samuel Tradi gozaba de gran reputacion. El hijo de Israel poseia por línea recta la ciencia de los negocios lucrativos. Sin descuidar en lo menor las valiosas especulaciones de la joyeria, descendió al tráfico de víveres: compró un buque, y se dió al comercio de cabotaje asociado á un piloto, compatriota suyo: David Isacar, judío célebre verdadera estampa de bandido, piel tostada, y ojos torvos de traidora mirada.

Entre David y Samuel existian relaciones de larga data, interrumpidas en otra parte, y reanudadas un dia, en un repentino encuentro sobre la playa de Valparaiso.

Aquellos dos hombres, en apariencia tan diferentes, tenían sin embargo un punto de semejanza que constituia en ambos el fondo de su ser: la codicia. Pero á este sentimiento que, como todas las malas pasiones, debia separarlos mez-

c'ábase algo, misterioso, que los unia en lazo estrecho, y hacia una sola de esas dos existencias.

Por aquel tiempo, como una ráfaga eléctrica, la noticia de los tesoros descubiertos en California recorrió el mundo en todos sentidos, y atrajo hácia aquel pais maravilloso una peregrinacion universal. Chile se despobló, y sus graneros se vaciaron, para ir á derramarse en esas auríferas playas abiertas á toda suerte de especulacion.

El minero, el agricultor, el mercader, el agiotista, el jugador, todos formaron allí su castillo aéreo, y corrieron á realizarlo. El Pacífico se cubrió de velas que de todos los puntos del globo llevaban su contingente de brazos para arrancar á aquella tierra el precioso metal que cobijaba.

Supónese desde luego que Samuel Tradi habia de ser uno de los primeros en acometer aquella empresa.

En efecto, combinada en largas conferencias con Isacar, alistó su buque, cargólo de trigo, harinas y tasajo, embaló de su joyeria lo mas valioso, y traspasó el resto de su almacen. Organizó en seguida un cuerpo de trabajadores niños todos mas ó menos que yó, tomados entre las clases menesterosas. Embarcólos inmediatamente, y desde esa hora, apoderándose de ellos, los empleó en los trabajos de á bordo.

Entónces vino á mí con semblante cariñoso—Andresino mio—me dijo, acariciando mi mejilla—por supuesto, tú vendrás conmigo. Cómo habia yo de dejarte, ahora que se trata de recoger millones en aquella region del oro?

—Y mi madre?—pensé yo.

Pero la novedad de lo desconocido me sedujo con sus nebulosas lontananzas, y sin formular condicion alguna me decidí á seguir al judio á California, como lo habia seguido á Chile.

Escribí á mi madre dándole razones que pudieran hacerla aceptar ese ensanche inmenso en el espacio que nos separaba, y pocas horas después dejábamos la rada de Valparaíso y nos hacíamos á la mar.

Sentado á la popa del *Luigi*, nombre de nuestro bergantín, y rodeado de los infantiles trabajadores de Samuel, miraba alejarse el puerto con sus verdes cerros sembrados de kioscos y risueños jardines.

Cuando hubo desaparecido la última cima y que el azul del cielo se juntó con el azul del océano, los pobres chicos echaron á llorar.

Al ver sus harapos, conocíase que casi todos eran huérfanos, que nada dejaban sino miseria. No obstante, dejaban el calor del suelo patal, las caricias del ambiente patrio y los echaban de menos.

Debiendo completar nuestra carga en el Callao, hicimos escala en ese puerto. Entonces conocimos la hermosa Lima sentada en un oasis sobre abrasados cerros. Todavía el gas y el vapor no habían ido á quitarle las emociones del Carrizal y la perfumada sombra de sus noches; todavía podía llamarse la ciudad del enamorado Amat y de la linda Pericholi.

Allí también, como en Chile, la fiebre del oro se había apoderado de las cabezas. Millares de hombres, arrancándose á sus hogares, á su familia, partían diariamente bajo toda suerte de condición, en los buques que á toda hora zarpaban del Callao con destino á California.

Nosotros tuvimos dos pasajeros. Cuando aparejábamos para proseguir nuestra marcha, presentóse un joven solicitando embarcarse con su hermana. Pagó el pasaje de ésta

y él se contrató como marinero, habiendo previamente manifestado á Daniel, que mandaba el buque, sus aptitudes como hombre de mar.

Alejandro S., era un oficial de marina separado de nuestra escuadra por las vicisitudes de la política. Pobre, y sin tener á quien confiar aquella niña, su única familia, llevábale consigo, al ir en busca de una fortuna que le negaba su patria. Animoso y estóico en el infortunio, resignóse á su nueva posicion, cual si nunca hubiera hecho otra cosa que tirar cable y remendar velas.

En cuanto á su hermana, nunca vi una criatura tan preciosa. Verdadero tipo de limeña, todo en ella era gracia y belleza, desde su larga cabellera hasta su pulido pié. Su nombre—Estela—iba escrito en sus admirables ojos negros, cuya mirada á la vez casta y voluptuosa, tenia un fulgor que á mí niño, me hacia soñar con el cielo; pero que en corazones viriles debia encender pasiones violentas y terribles.

Desde la primera vista, una tierna simpatía nos llevó el uno hácia el otro; y en mi corazon comenzó á palpar un sentimiento ignorado: el amor fraternal; bálsamo suave, que ensanchó mi alma, comprimida al frio contacto del egoismo y la avaricia.

Respirando ambos la celeste atmósfera de la infancia, nos amamos como se amarian dos tórtolas peregrinas; como se amáran dos ángeles perdidos en el espacio.

Siempre juntos en nuestros paseos, en nuestras lecturas, en nuestras plegarias, parecíanos imposible poder vivir de otro modo. Nuestras pláticas no tenían fin. Ella me hablaba de su madre muerta; yo de la mia ausente. A los recuerdos severos de mi infancia, devorada por el estudio y el

trabajo, mezclaba ella las risueñas memorias de la suya, transcurrida entre alegres juegos entre los jazmines floridos del Rimac. En nuestras dos existencias, confundidas así, en el pasado y el presente, aquello que el uno conocia venia á suplir lo que el otro ignoraba. Yo tenia mas que Estela, la ciencia de los libros; ella mas que yo, la ciencia de la vida. Yo le demostraba en qué latitud vogábamos, guiando su mirada sobre los paralelos de la carta; ella me enseñaba á conocer los sórdidos instintos de Samuel y de David en el acento de su voz, y en la expresion de su semblante.

Alejandro S. acogió con benevolencia este afecto que lo reemplazaba á él en el cuidado de su hermana, permitiéndole entregarse sin zozobra á los deberes de su cargo.

En efecto, desde el primer día de nuestro conocimiento, me declaré el caballero sirviente de Estela. La cedí mi camarote; servíale en la mesa, y contrariando la ruin cacería de los judíos rodeábala de todo el bien estar que podia procurarse á bordo. Coloqué para ella mullidos asientos sobre cubierta, y allí pasábamos largas xeladas en dulce contemplacion, siguiendo con los ojos el curso de las estrellas, y las fosforescentes olas del Oceano.

¡Perdon! estoy abusando de la atencion de Ud. con estos detalles pueriles. ¡Ah! me es tan grato detener la mente en esos recuerdos, que han dejado una huella luminosa en mi existencia!

Una averia en el timon, nos obligó á hacer rumbo á Panamá y detenernos allí dos dias para repararla.

Encontramos las calles, casas y hôtelès invadidos por un mundo de emigrantes yankes de todas clases y comuniones: militares filibusteros, cazadores de las praderas; me-

todistas, knakeros, mormones, esperitistas que de paso á California, hacian de la Ciudad un verdadero pandemonium, entregándose á toda suerte de escentricidad.

Ya era uno que, formando un monton de piedras, subíase encima y predicaba su doctrina política ó religiosa; ya otros mil que llegaban, caian sobre él, lo derribaban de su pedestal, y con aquellas mismas piedras lo magullaban hasta dejarlo semimuerto. Por aquí, dos pujilistas se hacen saltar los ojos á puñetazos; por allí un par de espadaachines se atraviesan el cuerpo con una doble estocada, y cayendo sin vida, dejan sus armas á los testigos que continúan la pelea, despaachan dos ó tres al otro mundo, y van á acabar aquel negocio bebiendo sendos tragos en honor de los difuntos.

Estas escenas, y el aspecto de sus protagonistas me llenaron de asombro; pero luego tuve ocasion de conocer que de todas esas formidables peripecias se compone la existencia normal de ese pueblo yankee, gigante en todo, desde las virtudes hasta la extravagancia.

Entre esos hombres, notábase uno, menos por su estatura atlética, que por la diferencia de raza y fisonomía. Tenia la tez cobriza, los cabellos negros, abundantes y largos, los dientes blancos, apartados, agudos; y unos ojos de buitre, que se fijaron en Estela con ansiosa codicia.

Por una misteriosa intuición, la vista de ese hombre produjo en mí un sentimiento de odio, cual si hubiera reconocido en él un enemigo. Estela misma, acostumbrada como limeña, á arrostrar con régia serenidad las ardientes ojeadas que atrae la belleza, sintióse sobrecogida de espanto bajo esa mirada negra, pertinaz, obstinada que encontraba á cada paso, y que la siguió hasta que nos embarcamos.

Cuando nos dábamos á la vela, divisamos todavía aquel hombre, apoyado en el tronco de un coque, inmóvil y la vista fija en nuestro buque, hacía el punto en que el blanco velo de Estela ondulaba con la brisa de la tarde.

Alejámonos, y bien pronto las costas de Panamá se desvanecieron entre la bruma del horizonte; pero no así, la impresión de terror que el emigrante había dejado en el ánimo de Estela.

Apoderóse de ella una estraña inquietud, un miedo pueril que le obligaba á ir siempre asida al brazo de su hermano.

Cuando quise llevarla á nuestro paseo nocturno de costumbre, me detuvo con un ademan de terror.

—¿Qué temes? la dije—No estoy yo á tu lado?

—Ay! Andrés, respondió—tú eres un niño, y no podrias defenderme.

—Defenderte de qué? ¿No estás aquí en completa seguridad?

—Qué sé 'yo! Pero ya no me atreveria á quedar un momento allá arriba despues de entrada la noche. Me estremee al pensar que hemos pasado largas veladas sobre cubierta, solos y envueltos en la sombra, dos débiles niños. . . . Andrés! qué mirada la de aquel hombre color de cobre! La recuerdas? A mí se me ha quedado grabada en el cerebro. Dormida, me parece en sueños; despierta la veo reverberar en el fondo de mi pensamiento, y me turba á todas horas.

La medrosa preocupacion que atormentaba á Estela, derramó en nuestra intimidad fraternal una sombra de tristeza que neutralizaba su encanto.

Durante el día, y cuando el sol lo doraba todo con sus alegres rayos, ella la primera reía de sus insensatos terrores, y me prometía desecharlos. Pero desde que caía la tarde y que la sombra de nuestras velas se extendía en largas siluetas sobre el azul oscuro del mar, el gozo de Estela se desvanecía. La pobre niña, triste y meditabunda, encerrábase en su camarote, ó bien, pasaba las noches envuelta en una capa, sentada al lado de su hermano, que velaba en el timón.

Alejandro se apercibió del sombrío humor de su compañera, y quiso averiguar la causa; pero ella la ocultó obstinadamente; y usando de la influencia que ejercía en mí, impúsome igual silencio.

La travesía que hasta entónces fué para mí una serie de días deliciosos, volvióseme tediosa, insostenible, y aun á precio del dolor de alejarme de Estela, anhelaba el término del viaje que debía separarnos, en la esperanza de que el cambio de atmósfera, y la vista de nuevos objetos, disiparía el extraño pavor que le aquejaba.

En fin, al amanecer una mañana de mayo vimos alzarse en el horizonte una selva de mástiles, sobre la que flotaban las banderas de todas las naciones.

Era la bahía de San Francisco. Habíamos llegado á California, esa tierra, objeto de tantos dorados ensueños.

Al echar el ancla entre aquella innumerable multitud de naves, notámos que la mayor parte de ellas estaban desiertas y abandonadas. Como esos navíos fantásticos de los cuentos orientales, balanceábanse sobre sus anclas coquetamente empavesadas, pero silenciosas y solitarias.

Muy luego, á nuestro mismo bordo tuvimos la solución

de aquel extraño enigma. Una hora despues de nuestra llegada, la tripulacion entera habia desertado, para ir á engrosar las falanges de aventureros que poblaban ya las cañadas auríferas del Sacramento.

Los judíos encontraron reducido su equipage á los niños chilenos, que, aislados y faltos de medios para fugarse, permanecieron tranquilos; bien es verdad que Samuel, en el temor de que siguieran el ejemplo de los marineros, á vueltas de las mas paternales caricias, no los perdía de vista, y los dejó encerrados en la bodega mientras desembarcamos para buscar alojamiento.

No poco nos costó atracar en los muelles cercados de embarcaciones cargadas de gente que pugnaba por saltar á tierra.

Al cabo, y despues de larga espera, logramos poner el pie sobre aquella anhelada ribera.

Encontramos la playa cubierta de bagajes abandonados de sus dueños, por la carencia de medios de transporte y de sitios de depósito. Baules, cajas, sacos de rico tafete, esparcidos por aquí y allí, obstruian el paso, sin que el pillage hubiese tocado siquiera sus cerraduras oxidadas por la intemperie. De tal manera, la sed de oro, en su afeccion intrínseca habia absorbido toda codicia de detal.

El aspecto de la ciudad no se nos mostró menos extraño que cuanto nos habia aparecido desde que divisamos el puerto. Una inmensa tolteria de toda clase de telas y colores, desde el oscuro pelo del camello árabe hasta el brocado rojo de la China, se estendia en líneas paralelas á otras de elegantes construcciones de madera, formando calles interminables, que llenaba un pueblo mixto, turbulento, ajita-

do, cuyo susurro se componía de todos los idiomas de la tierra, desde la sonora lengua de Cervantes, hasta el desapacible cacareo de los *macaos*; desde el purísimo gale de la Turena hasta el salvaje gruñido del *apache*.

Pero en aquel cosmopolita emporio de nacionalidades, dominaba siempre el elemento yankee. Yankees eran las posadas; yankees los teatros; yankee la única institución que daba una sombra de garantía á la propiedad y á la vida de los individuos, en aquel formidable choque de personalidades y de intereses contrarios. Todo, en fin, presagiaba que muy luego plantaría allí su estrellado pabellón esa raza de titanes, destinada á escalar el cielo ó á hundirse bajo el peso de su misma grandeza.

Caminábamos abriéndonos paso al través de la muchedumbre abigarrada que circulaba en todos sentidos. El teniente Alejandro me había encargado el cuidado de conducir á su hermana; y cargando al hombro el ligero equipaje de esta y el suyo propio, marchaba delante, seguido de Samuel. Nosotros dos veníamos los últimos, asidos de las manos y platicando alegremente.

Estela, encantada de hallarse en tierra, aspiraba con delicia el ambiente perfumado que venía de las vecinas praderas.

Vestida de muselina blanca, y sobre sus largos rizos un sombrerillo de paja, bella y fresca como aquella mañana de primavera, reía, olvidada de sus terrores, con el confiado abandono de la infancia, mezclando á sus risas, gozosas exclamaciones.

—Dios mío! que país tan bello! Mira esas lomas cubiertas de pinos tan altos! Repara en los piés de esa gringa: si

creo que se ha calzado nuestras chalupas de á bordo! . . . Y aquella que vá montada en un huey! Mira esa bandada de aves blancas que cruzan el cielo: hasta aquí se oyen sus cantos. ¿Qué es lo que hacen aquellos hombres en torno á una mesa tras de los cristales de este hotel? ¿Están jugando á los dados! Cada uno tiene delante un montón de piedras amarillas. . . . Bah! es oro! . . . el oro de California! ¿Qué semblantes tan airesos! De seguro, esta partida vá á parar en un combate. Todos esos hombres están armados de revolver. Ah.

La voz de Estela se ahogó de repente en un grito de terror.

Uno de los jugadores, habia levantado la cabeza y fijado en ella sus ojos.

Era el hombre color de cobre que se quedó en Panamá, contemplándola apoyado al tronco de un cocotero. . .

Pálida, turbada, temblorosa, Estela huyó de allí y fué á colocarse delante de su hermano.

—Y ahora Andrés,—me dijo—reirás todavía de mis temores? Tú lo has visto: ese hombre dispone de un poder infernal! ¿Cómo es que lo encontramos aquí, habiéndolo dejado en Panamá?

—Nada mas sencillo. Recuerda que al dejar el istmo, vimos el vapor *Oregon*, de viaje á California, entrar en escala á ese puerto.

Pero estas razones, si fueron parte á hauerter del ánimo de Estela las ideas supersticiosas, nada pudieron contra el espanto que se habia apoderado de ella á la vista del emigrante.

Yo mismo, comencé á sentirme profundamente inquieto

del estado en que la veía. Habría dado la mitad de mi vida por tener dos años mas, para ir á encontrar á ese hombre y pedirle cuenta del miedo que inspiraba á Estela.

A la entrada de una plazaleta, entre la barraca de un aserrador, y la tienda de un licorista, hallamos al fin, un huacón bastante espacioso para plantar nuestras carpas en tanta que se negociaba la venta del cargamento y se hacían los preparativos de nuestro viaje á los *placers* del Sacramento.

El momento de la separación había llegado: Alejandro, llevando consigo á su hermana, fué en busca de Madama Gerard, una modista de Lima recientemente establecida en San Francisco, con quien habia de quedar Estela, mientras él iba á las minas.

Seguílos hasta el consulado del Perú, donde se detuvieron, y triste, triste como en la hora que me separé de mi madre, apartéme de ellos para volver á bordo, llevando á Isaac la orden de desembarque.

El día declinaba; la ciudad que comenzaba á iluminarse tomaba un aspecto fantástico, con sus improvisados palacios de madera, sus orientales tiendas, y el inmenso pueblo que llenaba sus calles.

Al atravesar una plaza, divisé un corro de hombres que conferenciaban con aire de misterio. Vestían el traje de los habitantes de Sonora, envolvíanse en anchos *serapes*, y hablaban una lengua extraña, compuesta de sonidos agrestes como los rumores de una selva.

Al costear el grupo, descubrí á pesar del embozo rostros pintados con el tinte rojo y negro de los navajoes. Aquellos hombres eran salvajes disfrazados.

En el centro del corro, y hablando con vehemente adre-

man, un hombre de elevada estatura cautivaba la atención de los rostros *tatuados*, que vueltos á él y haciéndole círculo, escuchábanlo con muestras de entusiasmo y sumisión.

El sombrero y el serape ocultaban su rostro; pero no tuve necesidad de verlo para reconocer al fatídico personaje que atemorizaba á Estela, al hombre color de cobre. Aun mas, en las facciones de este y las de sus compañeros noté una sorprendente afinidad de raza. Los ojos que relampagueaban á la sombra de los negros arabescos del tatuaje, tenían el mismo resplandor bravo y siniestro de aquellos ojos que habian fascinado á Estela; igualmente agudos y separados eran los dientes que blanqueaban entre aquellas bocas contraídas por la atención dada á ese hombre que les hablaba en su bárbaro idioma, con la rapidez y soltura de la lengua materna.

Ayer, pasando del Atlántico al Pacífico unido á una falange de aventureros; hoy entre elegantes tahures, al rededor de un tapiz verde, jugando montones de oro; y ahora en fin, conferenciando, misteriosamente rebozado en un disfraz, con los hijos de una tribu réproba. ¿Quién era pues ese hombre?

Alejéme de allí, preocupado de una vaga zozobra. El extraño espanto que aquel hombre habia inspirado á Estela, comenzó á presentárseme como el presentimiento, ó por mejor decir, la intuición de un peligro inminente. ¿Cuál? Yo no podia señalarlo. Mirar á una mujer, sobre todo, si es linda; seguirla, nada mas natural. Sin embrago, recordando aquella mirada que habia sobrecogido á Estela en la plaza de Panamá, y que acababa de aterrarla al travéz de los cristales del hotel, encontré en ella, mezclada á impetuosos

deseos, una resolución decidida, inexorable, amenazante en su sombría fijeza.

En vez de ir á bordo, regresé á buscar á Estela en el consulado peruano. Mas no estaba allí, su hermano la había llevado á casa de madama Gerard. Pero aunque esta tenía un almacén de modas, fuéme imposible descubrirlo, en aquel dedalo de calles y callejuelas.

En fin, reflexionando que no era ya el compañero de Estela, sino el dependiente de Samuel Tradi, forzoso me fué sobreponerme al inquieto anhelo que me llamaba á velar cerca de ella; y poniendo, como dice el vulgo, *una piedra sobre el corazón*, volver al desempeño de mi comisión abordo. Entónces, solamente, conocí cuánto se había apegado mi corazón á esa amiga de ayer, arrojada por la casualidad sobre mi camino; y nunca tampoco hasta entonces parecióme tan odiosa esa sujeción del albedrío á la ajena voluntad, que hace del hombre un ser pasivo y una nulidad de su poderoso querer.

Encontré á Isacar sobre cubierta, en compañía de tres hombres tan parecidos á él en la expresión de la fisonomía, que se les habría creído parientes suyos, ó cuando menos, antiguos camaradas. Hablaban con animación, y al parecer, discutían un proyecto.

El ruido de sus voces, y la preocupación que los absorbía, impidióles apercibirse de mi llegada, que de pronto desconcertó á Isacar. Pero el astuto calabrés se repuso luego, y reanudando, ó fingiendo reanudar la interrumpida plática, dió cima á una cuestión que versaba sobre náutica, y despidió así á sus mal encarados acompañantes.

Dos días después, nuestro cargamento estaba vendido y todo preparado para el viaje al interior.

Isacar quedaba al mando del buque, bergantin fuerte y velero, con el que hacía viajes de transporte á los puertos del Sur. Samuel marchaba con nosotros á los placeres del Sacramento.

Temiendo los subidos precios del pasaje, el judío había dispuesto el viaje por tierra, y comprado un carro en que debíamos ir amontonados él, yo, los muchachos y los útiles necesarios á la extraccion y lavado del oro.

Pero cuando todo estaba preparado para la marcha, planteóse una nueva línea de vapores fluviales, que entró en competencia con la ya establecida; y hé aquí á esta, rebajando sus pasajes hasta lo ínfimo, y la otra, dándoles gratis para desbancarla.

Esta circunstancia fué parte á que Samuel cambiara de idea, y resolviese embarcarse. Pero se guardó bien de tomar pasaje en los vapores que los obsequiaba; pues temia una revancha de aquella excéntrica liberalidad: concertólo, sobre manera módico á bordo del «Nuevo Mundo» hermoso vapor, lujosamente condecorado, perteneciente á la primera empresa.

Entre tanto, yo ignoraba el paradero de Estela y hallábase devorado de ansiedad. ¿Partiría sin verla? Alejaríame sin confiar á su hermano los siniestros recelos que me preocupaban?

Sin embargo, pasaban los dias, y el de la marcha se acercaba, y llegó la vispera sin que hubiese podido saber nada de ellos.

Dormia yo aquella noche, un sueño inquieto, poblado de visiones y pesadillas, cuando vino á despertarme un rumor extraño, mezclado de gritos, de imprecaciones y gemitos.

dos. Precipitéme hacia fuera; y la vista del espectáculo que se ofreció á mis ojos, me arrancó este grito de terror:—¡Estela!

Un mar de fuego arremolinaba sobre la ciudad sus gigantescas llamas, que impetidas por una fuerte brisa del Este, envolviendo todo en humeantes torbellinos, estendiéndose con prodijiosa rapidez hasta el puerto. Bandadas de pueblo, agitándose entre el humo y los torrentes de chispas atravesaban la encendida zona, completando el infernal aspecto de aquel cuadro.

—¡Estela!—esclamé, y arrojéme á las llamas.

Los elegantes edificios que al Negar cautivarón mis miradas, desplomábanse en torno mio sepultando bajo sus ardientes escombros la multitud, que huyendo del fuego se precipitaba en las calles.

El corazón palpitante, el oído atento, los ojos deslumbrados por las llamas, el aliento sofocado por el humo, corría yo, abriéndome paso entre la muchedumbre clamorosa, vagando al acaso, sin saber donde dirigir mis pasos, cayendo, alzándome, pero corriendo siempre, y llamando á Estela con gritos ohogados por el bálito candente del incendio.

En un momento que, arrebatado por el empuje de la turba, corría con ella; sin que mis piés tocaran el suelo, crucéme con un hombre de alta estatura, que llevando en brazos un cuerpo envuelto en una sábana, marchaba en sentido inverso. Su imponente busto dominaba á la multitud, cuya corriente cortaba con seguro paso.

La pla humana que me arrebatava, llevóme cerca de él, y tuve tiempo de reconocerlo. Era el hombre cobrizo de los agudos dientes.

Un grito de rabia se exaló de mi pecho; y haciendo un supremo esfuerzo, logré asir el cuerpo que llevaba entre sus brazos. Pero la fuerza que me arrastraba me impelió á larga distancia; y derramándose en el recinto de una plaza dejéme en tierra, con la rabia en el corazón y la desesperación en el alma. No tenía duda: aquel cuerpo era Estela, que ese ser misterioso se robaba.

De repente noté que mis manos estrechaban convulsivamente un objeto. Era un trozo de aquella sábana que yo así al paso, en la esperanza de salvar á Estela.

Entre los dobleces que la crispación de mis nervios había impreso en la tela, encontré un rizo de cabellos blondos. Este descubrimiento me tranquilizó un tanto. No era el cuerpo de Estela, lo que aquel sudario envolvía.

Sin embargo, ¿qué había sido de esta querida niña, en la horrorosa catástrofe que tuvo lugar aquella noche?

El alba me encontró recorriendo las calles, chamuscados los cabellos y el vestido desgarrado, llamando inútilmente, entre el tumulto, á Estela y su hermano.

Fuerza era, no obstante, abandonar esas investigaciones, para reunirme á Samuel, pues la hora de partir había llegado.

Pero ah! ¿cómo partir en tan horrible incertidumbre? ¡Imposible!

Así lo signifique á Samuel, que, dando á su meliflua voz un acento trágico:

—¡Ingrato!—esclamó—¿quieres abandonar por compañeros de un día, á este viejo amigo, que compartió con tu madre el cuidado de tu infancia! ¡Yo iré á decirselo, pero antes te maldeciré en su nombre!

Estas palabras despertaron un sentimiento que vivía latente en mi alma: el recordimiento. En efecto, mecido por las dulces emociones de un nuevo cariño, comenzaba á olvidar el cariño de mi madre. La severa reconvención del judío parecióme el eco de mi conciencia.

—Partamos! partamos!—le dije—y me apresuré á seguirlo.

Como he dicho ya, el «Nuevo Mundo» era un hermoso vapor, provisto no solo de toda suerte de comodidades, sino de lo supérfluo del lujo. Su toldilla era una elegante galería, colgada de ricas cortinas y adornada como un salón. Llenábala una multitud de pasajeros que iban, venían, reían y hablaban á la vez, formando el mas animado cuadro, en tanto que el vapor se deslizaba suavemente entre las pintorescas márgenes del Sacramento.

Recostado en la borda, cubierta de floridos tiestos, contemplaba yo tristemente la ciudad, que se destacaba á lo lejos como un mirage sobre el azul del oceano. ¡Estela! Estela! murmuraba suspirando.

Una mano se posó en mi hombro. Volvíme, y di un grito de gozo. Era ella. Abrazámonos como quienes vuelven á verse, pasado un gran peligro.

Cuando la emoción me permitió hablar:

—¿Cómo es que te hallas aquí—la dije—después de haberte buscado tanto inútilmente?

—Mi hermano está empleado á bordo—respondió ella. En cuanto al motivo que me ha hecho dejar la casa de madama Gerard. . . . Ay! Andrés! . . . ¡Siempre el hombre color de cobre! ¡Siempre ese fantasma amenazador que me sigue á todas partes! Ah! tú no sabes lo que anoche aconteció!

Figúrate que dormíamos, Emilia Gerard y yo en un cuartito separado del de madama Gerard por un tabique de lienzo y por otro de tabla de la casa vecina por donde principió el fuego.

Despiértome, sofocado el aliento por una atmósfera densa y saturada de un fuerte olor de alquitran. Casi al mismo tiempo, un resplandor rojizo iluminó el cuarto, y torrentes de humo se introdujeron por los intersticios de las tablas.

Iba á despertar á Emilia, cuando de súbito, un golpe, asestado sin duda con una maza, hundió el tabique, y en un fondo de llamas vi dibujarse una figura colosal, que asomó la cabeza, haciendo blanquear á la luz de las llamas unos dientes agudos como los de un perro. Era el hombre color de cobre!

Apénas tuve tiempo para deslizarme debajo de la cama. Muy luego sentí sus pasos en el cuarto. Yerta de terror, no me atrevia á respirar.

Y Emilia dormia siempre.

El hombre cobrizo palpó mi cama: la encontró vacía y dirigiéndose donde dormia Emilia, levantóla en sus brazos, y saliendo por la brech practicada en el tabique envuelto ya en las llamas, traspúsolo y desapareció.

Al sentirse asida, Emilia dió un grito que despertó á su madre; pero cuando esta acudió encontró el cuarto vacío é incendiado por las llamas: su hija habia desaparecido, y yo oculta bajo de la cama estaba desmayada.

Los gritos de la pobre madre me despertaron del profundo desvanecimiento en que yacia. Era tiempo: las llamas iban á consumirlo todo.

En ese momento, mi hermano y el cónsul del Perú

llegaron trayendo á Emilia, á quien encontraron sola entre la multitud.

Al sentirse arrebatada de su cama en medio del sueño, la pobre niña perdió el conocimiento. Vuelta en sí á impulsos de su mismo terror, dió gritos llamándome en su auxilio; pero al escuchar el nombre que Emilia invocaba, su raptor la puso bruscamente en tierra; miróla con unos ojos que la hicieron estremecer y se alejó, perdiéndose entre la multitud.

El establecimiento de madama Gerard ha sido devorado por el fuego. Felizmente, su hijo ha llegado de las minas trayendo consigo un millon, y van á regresar á Francia. Me habria muerto de pesar si hubiera ocasionado su ruina, porque estoy persuadida que ese hombre es el autor del incendio. Juzga si debo apartarme un punto de mi hermano. Ocultándole mis terrores y la persecucion de ese hombre, para evitar un conflicto, he obtenido de él que me lleve consigo. Andrés, hermano mio, quédate con nosotros.

—Harto lo anhela el corazon, la dije, tú lo sabes bien; pero el deber me llama léjos de tí. Samuel confia en mí para realizar sus proyectos.

—Ese avaro te sacrificará. ¿Es capaz él de buena fé con nadie? Cortaria las alas á su mismo ángel de guarda por vender sus blancas plumas. Ah! y por este descreido nos quieres abandonar!

Esto, y aun mas, me decia á mí el corazon; pero Samuel habia invocado un nombre que desarrollaba en el recuerdo una encantada lontananza; y la casita de las orillas del Chile, y su solitaria habitante me aparecían llamándome, y echándome en cara mi ingrato olvido.

Estela comprendió lo que pasaba en mi alma y no insistió mas.

Apoyados en la borda, el uno al lado del otro; sobre nuestra cabeza el cielo estrellado, y á nuestros piés la rizada corriente; gozosos de hallarnos reunidos cuando menos lo esperábamos; bogando sobre un palacio de hadas, en un magnífico río, encerrado entre floridas praderas, volvimos á ser los niños alegres de antes. Nuestra separación, el incendio y sus horribles peripecias, y hasta el recuerdo del ser extraño, cuya obsesión atormentaba á Estela, se borraron de nuestra mente para dar lugar á las placidas imágenes con que la dicha acaricia á sus elegidos.

Habíase iluminado la galeria con vistosas lámparas, y presentaba un aspecto animado y pintoresco.

Estela y yo, asidos de las manos recorríamosla, inspeccionando los heterógeneos grupos que la llenaban. Aquí un corro de fumadores yankees, estirados en mullidos sillones, y los piés sobre una mesa, enviaban al aire en perennas espirales el humo de sus habanos; allí, sobre los cojines de un divan, un congreso semenino discutia á media voz sobre modas y sarapes. Mas allá, en medio de un círculo de curiosos, sosteníase con encarnizamiento una partida de ajedrez. Mas lejos, aun, el ruido fatídico del cubilete, agitado por manos calenturientas, anunciaba el juego supremo, el terrible monte.

Detuvimonos á contemplar este grupo. Componíalo, el capitán del vapor, dos canadenses y un mejicano. El juego se hallaba fuertemente interesado, y mediaban crecidas apuestas. Muy luego, la suerte se inclinó con un favor obsti-

nado del lado del capitán y de uno de los canadienses, á cuyas manos fué á parar todo el oro de la mesa.

El mejicano se levantó al parecer sofocado por una violenta emoción; pidió permiso para ir un momento á tomar el aire, y se alejó. En ese momento trajeron té, y hubo un corto receso.

A poco volvió el mejicano. Habíase tranquilizado; y con las manos cruzadas á la espalda miraba fijamente los dados, arrojados sobre el tapiz.

—Capitán—dijo, volviéndose á éste—déme V. un gusto.

—No tiene V. sino pedir.

—Permítame V. besar estos dados, que tanto oro me han quitado.

—Dueño es V. de hacerlo.

Entonces, cruzado de brazos como se hallaba, el mejicano, inclinándose hasta tocar con el labio los dados, besólos con gravedad cómica.

Todos, hasta el otro que perdía, se rieron de aquella excentricidad. Pero el mejicano, imperturbablemente serio, fué á sentarse al lado de éste.

—Pues, señor—dijo, marcando con lentitud cada una de sus palabras—no siento perder mi dinero; sólo perderlo ganado con dados falsos.

—Falsos!—esclamó indignado el capitán, arrojando su taza—¿Quién osa dudar de mí? Los dados son míos, y yo los declaro buenos.

—Y bien!—replicó el mejicano en son de burla—si tal convicción asiste á V., nada más fácil que partírlas.

—¡Un cuchillo!—gritó el capitán.—Pero, ten enten-

dido, infame calumniador, que su segunda función será cortarte la lengua.

Traído el cuchillo, cójiólo el capitán, y del primer machetazo dividió un dado en dos partes, que mostraron su corazón de marfil limpio de toda culpa.

El capitán asestó un golpe al otro dado; pero el cuchillo se le cayó de la mano. El dado estaba relleno de azogue.

—Infamia!—exclamó el capitán, pálido de rabia.—¿Cómo han podido hacerme este cambio! mis dados estaban guardados bajo esta llave.

Y mostró una que llevaba entre los sellos del reloj.

Pero Estela, cuyos ojos eran tan despavilados como bellos, había visto que el mejicano, en vez de besar el dado lo engullia, dejando otro en lugar suyo.

El capitán devolvió las sumas que había ganado, y en un arrebato de caballeresca indignación, arrojó al agua el dinero con que entrara en juego.

Era un yankee en toda la espléndida acepción de esta palabra; estremado en todo, esencialmente en lo que mira al honor.

Con él viajaba su hija, una lindísima joven, que desde la primera vista se aficionó tiernamente de Estela, quien no menos se prendó de la graciosa yankecita.

Entre este doble cariño, mediaba una dificultad: ninguna de las dos sabía la lengua de la otra. Pero sus ojos, negros y azules hablaban el mismo idioma de sonrisas, y se comprendían á las mil maravillas.

En ese momento, las señoras del diván se cansaron de charlar, y se acercaron al piano. Una de ellas, preludiando

con un diestro arpeggio, tocó el valse *la festa* del cuarto acto de Hernani.

Al escuchar aquella música, de tan profundo efecto para los qidos americanos, las dos amigas se miraron sonriendo. —Ambas se habian adivinado.

Estela, con la rapidéz de ademan que le era habitual, arrebató de la blonda cabeza de la yankee el calañez de terciopelo azul que la adornaba, quitóle el largo velo blanco, y lo prendió sobre aquellos rubios cabellos, calándose ella el gracioso sombrerito. Luego, puso el brazo de su amiga sobre el suyo, y dando á su actitud un aire teatral de cortesana galanteria, adelantóse con ella al centro del círculo.

Su llegada produjo un grande entusiasmo. Las señoras despejaron; y retirándose entre las columnas de la galeria, entonaron el canto lejano de los coros.

La pianista, encantada de aquella feliz ocurrencia que le permitia lucirse en su acompañamiento, comenzó su ejecucion.

«Cessaro y suoni» . . .
cantó Estela, en un contralto admirable.

«Vè come gli astri; Elvira mia,
«Sorrider sembrano al felice intene» . . .
continuó, arrebatando de entusiasmo al auditorio.

«Così brillar vedea!» . . .
respondió el soprano dulcísimo de la jóven yankee:

Imposible sería pintar el mágico efecto producido por ese canto, que se elevaba en medio de la noche mezclándose al murmullo de la corriente y al rumor de los vecinos

bosques, á favor del silencio con que se le escuchaba. Pasada la primera emoci6n, numerosos bravos estallaron en toda la estension de la galeria, en tanto que el acompañamiento ejecutaba el *ritornello*.

.... «Sí, sí, per sempre tuos».... cantó, en fin, Estela. Y uniéndose las dos voces, entonaron el duó.

«Fino al sospiro estremo,» terminando con la terrible imprecacion

«¡Maledizion di Dio!» Y uniendo á la voz el ademan, Estela tendió la mano hácia el vacío, y cantó:

«Non vedi, Elvira, un infernal sogghigno?» Pero de subito, le vimos palidecér, dar un grito y caer sin sentido.

Mientras los pasajeros del «Nuevo Mundo,» atraídos por las melodías de Verdi, escuchaban á las jóvenes *dilettanti*, un vapor de la nueva línea, forzando sus máquinas para adelantársele, pasó pegándose tan cerca á sus costados, que uno de sus pasajeros dió un salto y se trastorbó.

Era el hombre color de cobre, que apareció de repente á Estela, como el fatídico enmascarado del drama.

—He ahí Falkand el filibustero—dijo al verlo, un viejo marinero.

—Qué! si es Murder, ojo de azor—replicó el cazador de panteras.

—Si no fuera un imposible—observó un jóven sonoren-

se, diria que estoy siendo, al gefe, de las bandas navajoes, al terrible Tobahon, el de las mil cabelleras... que casi, casi, con la mia contó las mil y una.

Y mostró, á los que esto decia, lo alto de su frente rayada por una cicatriz profunda.

Pero el hombre reconocido en tan diversas personalidades, desapareció como habia venido.

En tanto que nos ocupábamos en socorrer á Estela, el vapor se detenia en *San Pablo y en Venecia*, donde se embarcaron nuevos pasajeros.

Al volver de un largo desmayo, Estela fijó en mí una mirada angustiosa, que comprendí desde luego: temia que yo le hubiera dicho todo á su hermano. Estreché su mano para tranquilizarla, y ella me dió gracias por mi silencio. Pero desde entonces tornóse triste y meditabunda, sin que los cuidados de su hermano ni la tierna amistad de la hija del capitan, pudieran arrancarla á la sombría preocupación que la embargaba.

Llegamos, en fin, al Sacramento, preciosa ciudad, que comenzaba á crecer y derramarse en una florida y pintoresca llanura, tendida como un tapiz al pié de los altos montes que le envian mezclados á las aguas que la riegan, los tesoros que escondo su seno.

Forzoso fué separarme de mis amigos. Estela se echó llorando en mis brazos.

— Andrés — me dijo — En presentimiento me advierte que tengo cerca una gran desgracia. Ruega á Dios por mí.

Abrazóme otra vez, y se alejó sollozando.

En tanto que mi joven compañero me referia sus re-

cuerdos, la capilla subterránea había recibido nuevos huéspedes. Dos mineros de Corocoro, y un barítono Italiano, cargados de sus sacos de noche y las coronas de sus cabalgaduras, coláronse dentro; formaron de todo ello una especie de diván, y cómodamente arrellenados, fumando sus cigarros, escuchaban ellos también, con profundo interés aquella historia.

Sin embargo, el narrador, absorto en las visiones del pasado, ni siquiera se apercibió de aquel aumento de auditorio.

Pocos días después—continuó—nos hallábamos á orillas del río *Americano*, haciendo parte de un pueblo extraño, hosco, taciturno, haraposo, diseminado entre las quiebras pizarrosas de aquellas márgenes, y excavándolas con febril actividad.

Dividíase en dos campos, formado por nacionalidades recíprocamente hostiles.

Era el uno el campo de los chilenos: el otro era el de los yankees.

Sangrientos combates habían ya tenido lugar antes de nuestra llegada; combates cuyas funestas consecuencias señalaban numerosas cruces plantadas sobre montículos de tierra al borde de los senderos.

Un puesto, ó *placer*, la posesion de un utensilio, la mirada de una mujer, todo esto, y mucho ménos, era pretexto á tremendas riñas, en que los norté-americanos caían sobre los chilenos, ó vice-versa, y los revolvers de los unos, y los puñales de los otros, dejaban sangrientas huellas en ambos cuerpos.

Los chilenos cortaban las orejas á sus prisioneros; los

yankoes, volviendo oprobio por oprobio, los marcaban en la frente.

Sin embargo, y al travez de tantos peligros, millones de hombres, encorbados sobre esa tierra bañada de sangre, los ojos encandilados por la codicia, mudos, desconfiados, sombríos, buscaban entre la arena húmeda que removía su barreta, la áurea centella que arrancaba un grito de gozo, reprimido por el temor. Sí, porque ayl de aquél que si quiera dejara sospechar un hallazgo: su muerte era segura: pululaban allí centenares de bandidos, que, disfrazados con la blusa del obrero, se arrojaban sobre él, y hacían desaparecer hasta su mismo cadáver.

Al llegar á los *placers*, era necesario elegir entre uno ú otro campo. El que aislaba su habitación queriendo permanecer neutral, era perdido: unos y otros lo arruinaban. Achiacábanle todos los desmanes anónimos cometidos allí, y aplicándole la ley de Linch, en dos por tres lo despachaban.

En vista de estas consideraciones, y no queriendo llevar entre los suyos á sus jóvenes trabajadores, por razones que yacían en su mente, Samuel se situó en *Black hill*, donde los norte-americanos tenían sus *placers* y su campo.

A la mañana siguiente, antes de ponernos al trabajo, Samuel reunió á los niños.

Amiguitos, les dijo—véome forzado á modificar mis condiciones anteriores; condiciones dictadas por esperanzas que la realidad ha también grandemente modificado: El salario estipulado en nuestras convenciones, lo tomareis en el

trabajo del domingo, que os cedo todo entero, á condición de que será para mí en el resto de la semana.

—Pero, si nosotros somos libres, y queremos trabajar por cuenta nuestra.

—Libres? ah! hijos míos, ¿y quién me paga á mí el viaje de cada uno de vosotros, que me cuesta un dineral? Libres! nadie lo es en este mundo, en donde, mas ó menos todos dependemos los unos de los otros. Por lo demás, nada tendreis que echar de menos; estareis bien alimentados, cómodamente alojados, vijilados, para apartaros de las malas compañías, y sobre todo, queridos.

Los pobres muchachos agacharon la cabeza.

—En cuanto á ti, mi Andresino, oh! en cuanto á ti es diferente. Mírote como hijo mío. Y ¿no es natural que el hijo trabaje para su padre, sin restriccion ni interés?

—Y mi madre?—dijo yo, profundamente inquieto por el sesgo que el judío daba á sus palabras.

—Tu madre! No sabes pues, cuántos recursos tiene á su disposicion aquella excelente señora? En primer lugar su amor al trabajo; la actividad y fortaleza de su ánimo; y mas que todo, su sobriedad. ¿Para qué quiere ella nada?

—Cómo! ha de carecer mi madre del sueldo que debo ganar para ella?

—Conságrale el trabajo del domingo. Tu religion, menos severa que la mia, no lo proscribiste del día del Señor.

Comprendí cuán inútil era discutir sobre tal asunto con aquel miserable especulador, y resolví atenerme á mí solo para aliviar la suerte de mi madre.

Bajo la direccion de Samuel, los noveles trabajadores

tuvieron aquel día un magnífico resultado. Desviada la corriente de un arroyuelo que se arrastraba formando numerosos meandros entre las quiebras de *Black-hill*, encontraron bajo su lecho de cuarzo, ricos depósitos, que se prolongaban, aumentándose, hasta los bordes del río.

Al cabo de un mes, Samuel había realizado fuertes sumas, que enviaba sucesivamente á Isaacar, destinadas á las especulaciones de su comercio. Al fin de cada semana, hacía su viaje de remesa á Sacramento de donde volvía cada vez mas contento por las noticias que le daba su socio.

Apesar del buen suceso obtenido por mis compañeros en la parte baja de la cañada, yo rehúse siempre asociarme á sus trabajos. Gustábame aislar el mío; y remontaba el curso del arroyo, hasta donde la cañada, estrechándose de repente encajonaba la corriente entre dos muros de pizarra, que aglomeraban sus negras capas en un declive rápido formando el agua elevados saltos.

En las cavidades de esta especie de cataratas había yo encontrado gruesas pepas de oro, que aunque raras me hacían creer en la existencia de uno de esos maravillosos bolsones, el sueño de los buscadores de oro en aquellas regiones.

Mi trabajo prosperaba extraordinariamente. En menos de tres meses las cascadas del arroyo me habían dado más oro del que hubiera necesitado para hacer mi fortuna. Pero, del que mis manos extraían solo me pertenecía el que hallara el domingo. Y como si un poder enigmático se mezclase en ello, el producto de mi jornada, cuantioso los otros días, era en este, exíguo y mezquino.

Guardábalo, sin embargo, religiosamente y privándome

hasta de 16 mas preciso, podía al fin del mes cambiarlo por una gruesa pepa de oro, que enviaba al cónsul del Perú en San Francisco, para que la remitiera á mi madre.

Entre tanto la época del desyelo habia llegado; y las inundaciones cubriendo los campos, destruyeron las vias de comunicacion, é hicieron casi imposible el tránsito.

La escasez no tardó en hacerse sentir, y el hambre la siguió de cerca. Los víveres subieron á un precio fabuloso; el pan y la carne fueron solo para el que podía poner en la balanza su peso en oro; y aun así, se los disputaban, revólver ó puñal en mano.

La penuria general fue para nosotros una verdadera calamidad. Samuel faltó al artículo capital de su segundo tratado. Arrastrado por la codicia, vendió los víveres que guardaba para nuestra manutencion, y nos mataba de hambre; bien es verdad, que procurando sazonar con pintoresca elocuencia nuestro homeopático alimento:

—Probad, queriditos míos—decia con su dulcísima voz—probad este arroz tan exquisito, que para vosotros, han aderezado mis manos! ¿Hay algo tan limpio y tan sabroso? ¿Sentís el rico perfume que exhala? Es un manojito de tomillo que cogí en aquella hondonada, y lo hice cocer á vapor entre el grano y la cubierta de la olla. Páladead su parte grasosa: es mantequilla de Suiza (eran chorreras de velas de esperma que se vendía por nada el sirviente de un tiovís), que ayer compré al fondista del *Gran Pino*. Comed, comed, hijos, que para ello se hacen las cosas buenas.

Y uniendo á sus palabras el ejemplo, comía, con un regodeo, que habria despertado el apetito á un muerto.

Sin embargo, al cabo de quince dias de aquel régimen

cenobítico, Samuel y yo, nos habíamos quedado solos en Black-hill. Los muchachos habían desertado, uno tras otro, al campo de sus compatriotas.

El judío deploraba aquella desercion con apasionadas palabras.

—Ingratos! —decía— ¡criaturas hechas por mal! ¡Preferir á la amorosa blandura de mi trato, la compañía de esos desalmados! Oh! recoged, educad, habituaos á seres, que os abandonarán el mejor día, dejándoos una herida en el corazón!

Sin embargo, aquellos niños le habían dado en un trabajo de cuatro meses, cantidades inmensas de oro, que elevaban muy alto la cifra de su fortuna.

Samuel imitó mi ejemplo, y llevó su trabajo á la angostura del arroyo.

Cedile mi puesto, y subí hasta un parage donde el arroyo formaba un recodo socavado en la roca por el curso torrencioso de las aguas, que corrían allí con rapidez, sobre un lecho de pizarra y de cuarzo.

Un poco mas abajo, esta capa de pizarra quebrada en anchos trozos, abría á la corriente numerosas cavidades en que se perdía murmurando, para reaparecer después derramándose entre pintados guijarros.

Dejé á un lado mi barreta, y sentándome sobre un trozo de pizarra hundi la mano en uno de esos pequeños remansos. Retírela llena de oro. Hundíla sucesivamente en todos los otros. Oro! oro! siempre oro!

Aquel día fué magnífico. Era un sábado.

Un sábado, es decir: víspera del día consagrado á mi madre.

El resultado de mi jornada, pasmó á Samuel, que, exclamó:

— ¡Una semana mas, y compramos Canaan, la perdida patria!

El pensaba en su patria, y en mi madre.

Aquella noche no pude dormir. Las rientes visiones de una felicidad próxima, revoloteaban en torno mio, tendiéndome los brazos y señalándome la luz del nuevo día que iba á realizarla.

Hacia el amanecer, entre el pesado marasmo que sucedió al insomnio, parecióme escuchar un ruido confuso, semejante al de un torrente, que yo creí el zumbido de la sangre en mi cerebro.

El primer albor de la mañana me encontró á la orilla del arroyo, los brazos caídos, y en actitud de desaliento.

Las auríferas cavidades de donde la víspera extragetas riquezas, habían desaparecido, con los trozos de roca que las formaban. El ruido que en sueños escuché, era una avalancha, que despeñándose de lo alto de las montañas, lo había arrastrado todo, hacia las olas tumultuosas del rio *Americano*.

El radiante ensueño de la víspera se había desvanecido en el momento que iba á asirlo y tornarlo realidad. La hora con tanto anhelo deseada de ver á Estela, y volver al lado de mi madre, retrocedía hasta perderse en vagas lontananzas.

Sentéme en el recodo sombrío del arroyo con el cuerpo y alma quebrantados, y la mirada maquinalmente fija en el negro cauce, cuyos bordes, dejados en seco, pasado el im-

petu de la avalancha, comenzaban á oírse, y tomar su azulado tinte.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, abismado en negros pensamientos. El sol penetrando entre las ramas de un pino que se alzaba sobre la roca, deslizó uno de sus rayos en la oscuridad del recodo.

De repente, un pensamiento rápido y fulguroso como un relámpago, cruzó mi mente.

Alcéme de un salto, y cogiendo la barreta, di un fuerte golpe en el bordo saliente del canchales. La capa de pizarra que lo formaba saltó en trozos, descubriendo un ancho hueco de cuyo fondo salieron resplandores que me deslumbraron.

Producíanlos las enormes cantidades de oro, depositadas allí, aglomeradas sin duda, durante siglos por la acción de alguna corriente subterránea.

El fabuloso bolsón buscado en vano por mineros de profesión, habíalo encontrando yo, niño débil é inesperto; lo tenía delante; y de pie inmóvil, contemplaba aquella materia preciosa, que el sol hacía irradiar bajo la negra pizarra del cauce; y las alegrías y temores del rico, invadían mi alma. No era oro lo que mis ojos veían en el tesoro maravilloso que tenía á los pies: era la felicidad de mi madre, la de Estela; el gozo de ser libre para volver á verlas; unímonos en una sola familia, y no separarnos jamás!

Pero, ¿cómo extraer aquel tesoro? ¿como ocultar su posesión á millares de aventureros que rodeaban en torno á los placeres! simulando los hábitos del trabajo, para mejor acahar la ocasión de entregarse á sus rapiñas?

Sin embargo, preciso era decidirse, y sobre todo, darse prisa.

Con el cuello tendido y la mirada alerta, descendí el curso del arroyo, y me adelanté hasta el campo.

Hallábase silencioso, casi desierto: los trabajadores festejaban el domingo en las tabernas vecinas, ó en los bosques, dando caza á las aves y á las fieras. Samuel mismo, encantado de la valiosa cosecha de la vispera, habíase dado asueto, y jugaba al dominó en la fonda de un paisano.

Corrí á nuestra habitacion, que era una tienda de este-ras, donde Samuel y yo dormíamos: aparté la piel de búfalo que me servía de cama, y abrí en el suelo un hoyo de profundidad suficiente para guardar mi tesoro. Volví á colocar la piel en su lugar, y para disimular la tierra estraida eché sobre ella un monton de ropas.

En seguida, enrollando una blusa de lona guarnecida de fuertes bolsillos, emboséme en un serape mejicano, y volví al recodo del arroyo.

Siete veces los anchos y profundos bolsillos de mi blusa, y el paño delantero del serape llenáronse de oro, y otras tantas desapareció en el hoyo oculto bajo la piel de búfalo.

Pero el receptáculo era inmenso. Estendiase al parecer bajo todo el lecho del arroyo, en la anchura del recodo; y su profundidad en la márgen hacia conjeturar lo que tendria al centro del cauce.

• Aquello era maravilloso. La deslumbrante realidad dejaba muy atras las esperanzas del judío: no en una semana, en las doce horas del lunes, que llegaba, Canaan era suyo.

Entre tanto, el sol se había puesto y rumores lejanos anunciaban la vuelta de los trabajadores.

Corrí al campo, deposité en el hoyo el contenido de mi último viaje; arrojé lejos la tierra, que ahora reemplazaban masas enormes de oro, y volviéndolo todo a su orden habitual en la tienda, rendido de fatiga, pero el alma cerniéndose en espasmos infinitos, tendíme en mi cama y cerré los ojos, menos que para dormir para entregarme a mis pensamientos. Interrumpiéndolos Samuel, entrando en la tienda muy alegre, en una mano un pastel, y en la otra una botella de champagne.

—Andresino mío, dijo con acento cariñoso. El suizo del Encenar me ha referido el contratiempo que ha sufrido tu trabajo en la pasada noche: la avalancha te lo ha inutilizado. Pero no importa: eres inteligente: buscarás otro, y lo hallarás. Lo principal está ganado. ¿No has dado ayer a tu amigo una verdadera riqueza? Catorce arrobas de oro he mandado hoy a Isácar, incluidas a la remesa de la compañía Hober. A esta hora están marchando a San Francisco.

Entre tanto, hijo mío, gusta este bocadito que separé para tí, y mójalo con un vaso de Champagne que tan bien debe sentar después de un día de trabajo.

Recórdeme entonces que me hallaba en ayunas. Las emociones tumultuosas del día habían hecho enmudecer la voz siempre tan exigente del estómago infantil.

Comí el pastel sin apetito; pero en cuanto al Champagne, levanté en alto el vaso, y convidando a Samuel—

—A la salud de mi madre! a la de Estela! A la dicha que va a darnos la opulencia!

Samuel creyó ver en este último brindis, una alusión inquietante, y lo terminó; contestando,

—Cuando la hayas encontrado!

Rei de aquella observacion, pensando en la espléndida sorpresa que reservaba yo al judío, y apuré con ansia calenturienta el contenido del vaso.

Los humos del champagne paralizaron poco á poco en mi mente la accion febril del pensamiento. Quedéme, al fin, dormido, pero con un sueño pesado como un letargo, y poblado de caprichosas visiones.

Bandadas de salteadores, puñal en mano, escalando las paredes de mi cerebro, se arrojaban sobre mí; los unos, mirándome con los siniestros ojos del judío Isacar: los otros haciendo brillar en satánicas sonrisas los dientes agudos del hombre color de cobre. Y con la avidez de la codicia pintada en el semblante abrían mi pecho, para buscar al través de mis entrañas el escondido tesoro.

Una mano, posándose en mi hombro, disipó aquella fatigosa pesadilla.

— ¡Bra Samuel, que estaba gritándome— Andrés, Andrés...! la avalancha, desprendida otra vez de las montañas, pero ahora desbordándose en torrentes, cae sobre nuestro campo. No ves?... Todo está inundado! Los yankees han huido huyamos... Mira el agua que sube, y va luego á alcanzarnos... huyamos!... qué tardas? huyamos.

Y tomé cuesta arriba, las alturas de Black-hill, coronadas de gente.

Pero yo no pensaba en huir. Si perdía el tesoro que me había hecho soñar tanta noche, no quería ya la vida. Inmóvil como un centinela entre el sitio que lo guardaba, y la inundacion que iba á arrebatármelo, miraba las olas que avanzaban rugientes sobre la falda de la colina. Unas tocadas mas, y me envolvían en sus negros torbellinos.

La luz del alba que comenzaba á asomar tras de las negras copas de los abetos, aumentaba la desolacion de aquel cuadro, presentándolo en todo su horror.

La cañada pintoresca, tendida al pié de Black-hill, á cuyo abrigo alzaba sus tiendas el campo americano, habia desaparecido con sus grupos de árboles y las habitaciones que estos sombreaban. Llenábanla las aguas del arroyo, convertido en torrente impetuoso, cuyas cascadas se despeñaban zumbando con ruido aterrador.

Por dicha, las primeras olas de la inundacion arrojaron no lejos de nuestra tienda, en una especie de ribazo, grandes masas de árboles y trozos de rocas que desviaron la corriente hácia la vecina hondonada, salvando nuestra habitacion del estrago general.

Cuando, pasada la fuerza de la inundacion, pude subir al recodo del arroyo, encontré su lecho de pizarra en seco. La impetuosa avalancha lo habia socavado, abriendo al arroyo un nuevo cauce, por el cual corria ahora como bajo un puente natural. Otro habria caido en tierra, aniquilado ante aquella incalculable pérdida. A mi me hizo muy poca impresion. Era todavia niño; y mi ambicion no podia convertirse en codicia. Pesóme solamente ver defraudado á Samuel en el logro de la enorme riqueza que, sin saberlo, iba á venirle á las manos.

Cuatro dias despues, el campo de los yankees se situaba mas arriba; y el fondo de la cañada, en toda la estension, bañada por las aguas de la avalancha, hallábase cubierta de trabajadores que, hundiendo las manos en el lodo de los charcos, recogian el oro en gruesas pepas.

Era el contenido del inmenso receptáculo depositado por los siglos bajo el lecho del arroyo.

Nadie como yo tenía derecho a esas riquezas en tan pocas horas descubiertas y perdidas; mas, siguiendo el sistema de aislamiento en el trabajo, llevé mis investigaciones a la honradada.

Allí el agua había dejado un ancho lodazal cuya superficie comenzaba a verdear con una naciente grama, indicando con esto, que nadie se había acercado a aquel paraje.

En efecto, a la primera paletada de barro extraí multitud de trozos de oro, ya enclavados en fragmentos de barro, ya sueltos, y como fundidos al crisol.

Cuando a la caída de la tarde volvía a la tienda, apenas pude subir el repecho de la hondubnada: tal era el peso que llevaba conmigo.

Cuánto gozo iba a inundar el alma metalizada de Samuel a vista del cuantioso producto de aquella jornada, que era suya.

Pero con gran sorpresa mía, no respondí a la señal convenida entre nosotros para anunciarle un hallazgo. Apresuro el paso; entro en la tienda, y lo encuentro caído en tierra las facciones descompuestas, ojos y extraviados los ojos y el cuerpo torcido en horribles convulsiones! A su lado yacía una carta abierta y estrujada.

Levanté en mis brazos, y oí que, aunque con gran dificultad, ponía en la cama. Su cuerpo tenía la frialdad del cadáver.

Procuré hacerle tragar unas gotas de agua y corri en busca de un médico francés que por casualidad se hallaba de paso allí.

Desde que lo vió, el doctor declaró al enfermo atacado del cólera.

—Pero—añadió, examinando las mandíbulas, cerradas por una fuerte contracción—el accidente ha sido provocado por emociones de dolor ó de cólera.... Y.... justamente, he aquí una carta que vá á ponernos en vía de lo que el sujeto ha sentido antes de ser atacado por el mal que se lo lleva, porque, no se engañe usted, que es sin duda su hijo, ó su dependiente; este es un hombre muerto. Con esta bebida que le dará usted en dos porciones recobrará el habla.

Y volviéndose al pobre Samuel, que estaba al parecer sin conocimiento—No es verdad, señor,—le dijo—que V. me oye y se halla en el uso de sus sentidos?

Un suspiro fatigoso fué la respuesta.

—Y bien! continuó el doctor, con un aplomo de Esculapio—luego tendrá usted devuelto el uso de la palabra. Aprovéchelo, se lo aconsejo.

Y se fué muy fresco, después de arrojar aquella terrible receta.

Como había dicho el doctor, la acción de la bebida hizo recobrar el habla á Samuel, que volviendo hacía mí sus apagados ojos

—El Dios de mis padres se ha apartado de mí—exclamó—porque yo me he apartado de sus caminos, por seguir los de la iniquidad!

El semblante de Samuel se descomponía cada vez mas, y la huella de la muerte se marcaba profundamente en los contornos de su boca.

—Y—continuó con apagada voz—he cambiado al Dios de Abraham por el becerro de oro, y á este he sacrificado mi juventud, mi vida, y todos los afectos de mi alma. Ahora mismo, que las fuerzas me abandonan, y que el dolor

se ha posado en mi cuerpo, la idea de dejar mis tesoros, es el mayor de mis sufrimientos. Pero... qué digo?... Ah!! infame Isacar!... vuélveme mi oro... mi oro... mi oro...

Un horrible calambre contrajo todo su cuerpo y ahogó la voz en su garganta.

—En nombre del cielo,—esclamé, asustado de aquella agitacion desesperada—Samuel! cálmate, amigo. Deseas más oro? Yo te daré todo el que quieras. Tú no sabes! lo he encontrado á montones en los cenegales de la hondonada... Mira!

Y le presenté mi gamella casi colmada del oro que habia extraído en la jornada.

A su vista los ojos del judío ya vidriosos y extraviados brillaron con un fulgor sombrío, casi feroz.

—Dios de Jacob!—esclamó alargando su crispada mano y hundiéndola en la resplandeciente masa—dadme de tu eternidad un corto espacio para gozar con la vista y el tacto de esta maravilla; y despues lleva mi alma donde plazca á tu voluntad.

Una horrible convulsion ahogó la voz de Samuel, que se agitó algunos instantes en violentos espasmos, quedando luego sin movimiento.

Oreño dormido.

Entonces me acordé que al lado de Samuel, caído y moribundo, habia una carta abierta y estrujada. Busquéla y la hallé á mis piés. La letra era de Isacar; y gracias al conocimiento del dialecto calabrés, pude leer lo que sigue, que extracto de un cúmulo de esas injurias y denuestos atroces que abundan en el diccionario popular italiano:

«Demasiado tiempo abusaste de nuestra ignorancia en acaque de números, infiel depositario de unas piezas ganadas á riesgo de nuestra vida, á precio de nuestra sangre, y robadas por tí, miserable poltron, que solo contabas el mérito de ocultarlas; y que las ocultabas tan bien á fí, que parecían luego una ilusion á las manos que las habian conquistado. Pero no hay plazo que no se cumpla; y el que dimos á tus depredaciones hoy se ha vencido, y vamos á cancelar nuestras cuentas, aunque no á tu manera, allá, en los Abruzos, sino limpia y netamente.

En primer lugar, yo, que he tenido el talento de condarte á la trampa en que has caído, yo me he apoderado de tu oro, recibido en diez remesas; y Bepo, Estéfano, Bambino y Testa di Fuoco, caídos como llovidos del cielo, han echado el harpon al Luiggi, nuestro bueno y valero Luiggi, con el que batirán las aguas del Pacífico, dando tantos zabullones á los pasajeros incautos, que muy luego llenarán sus arcas.

En cuanto á este servidor tuyo, váse á Italia. Comprará un palacio en Nápoles la bella, y pasará la vida deliciosamente tendido al sol bajo los floridos naranjos, del sus jardines.

—Un ladrón! miembro de una banda de salteadores!— exclamé volviendo mis ojos hácia Samuel, que estaba inmóvil, y su rostro súbitamente enflaquecido, cubierto de una palidez azulada y lívida.

Acerquémeme á él y lo toqué. Estaba muerto.

Aunque la revelacion que acababa de tener me hacia mirar con horror á ese hombre, era ya un cadáver; y el prestigio de la muerte, aureola luminosa para la virtud, es para el crimen un velo que atenúa su deformidad.

«Nive, ¿sabes? hubiese sido a mis ojos un mulado; y me habría alejado de él con repugnancia; pero, como que era un infame encubridor de robos, que fué un varo sin conciencia, que se había conducido villanamente conmigo, de flaudámbago al precho de mi trabajo en perjuicio de mi madre, y de todos estos olvidé para recordar sus carinosas palabras, y el encanto de sus palabras. Sentí que me había despegado a él como las olas invisibles pero fuertes de la costumbre, que me profundaban en arriganen en el alma de las cosas, y lloré por el diagnóstico de verdadero dolor, y pasó la noche velando al lado de él en la cama, y cuando se levantó, me quedé en el dolor de la mañana cuando salí a buscar quien me ayudase a sepultar al muerto, encontré un grande vacío en torno a nuestra tienda. El terror al contagio la había aislado completamente.

Nadie quiso prestarme su auxilio; y fuerza me fué cumplir solo este deber.

Pero, como dice el adagio, no hay mal que por bien no venga; así, este espanto, como tan favorable, que me permitía al abrir la sepultura, bajo la tienda misma, extraerme de pronto y alejarme sin excitar sospecha alguna.

Valme para ello del carro en que habíamos traído de Sacramento nuestros útiles de trabajo. Era una especie de caja, montada sobre dos ruedas altas, á propósito para atravesar las cenagosas llanuras.

Compré a un alemán, que acababa de llegar, el caballo en que vino, que era una bestia fuerte y en buenas carnes. Coloqué mi oro entre el fondo del carro, y una tabla del mismo grandor; eché encima mis ropas y algunas provisiones,

Y me puse en camino, después de haber, en posar del mosaico de Samuel, colocado una cruz sobre su tumba.

Poco después, por una calzada tan de junco, entraba yo con mi carro, hecho un cuento de barapos, pero sentado sobre un tesoro, en las populosas calles de Sacramento. Mi fama hacía reír á los impertinentes, y las muchachas me mostraban con el dedo. ¡Cuántos de ellos y ellas, si hubieran adivinado mi secreto, se habrían inclinado ante mí!

Estacion de tránsito á las minas y teniendo en sus cercanías mineros ricos y veneros, la ciudad de Sacramento hallábase ocupada por millares de huéspedes, que llenaban sus hoteles, y sus casas, albergándose hasta bajo los árboles de sus arrabales.

Dicho esto, inútil es añadir que un muchacho andrajoso como yo había de tener que resignarse á ese último partido; tanto mas cuanto que no pudiendo confiar á nadie la existencia de mi tesoro, érame imposible apartarme de aquel carro que lo guardaba.

Pasé pues de largo y atravesé la ciudad sin pensar siquiera en impedir los pedajes; deteniéndome solo para comprar algunas provisiones en la tienda de un mercader de comestibles que estaba leyendo un periódico á dos vecinos, y yo hacía grandes exclamaciones sobre algun suceso trágico allí referido.

—¡Perdorse un tan hermoso buquel!— exclamaba, pero sin duda el mejor de la antigua compañía.

—Y pensar que tantas desgracias las ocasionó solo el descuido de un foguero!

—Descuido?— Llámelo. ¡No mala intención y lo habré acertado!— ¡Oiga V. si no este párrafo...

«Por mas investigaciones que se han hecho, imposible ha sido encontrar al fogonero que ocasionó este horrible incidente que ha costado la vida á mas de veinte personas. Su desaparicion hace sospechar en él una intencion criminal.

Al escuchar aquella lectura, mi corazon se estremeció; un horrible pensamiento cruzó mi mente.

—En nombre del cielo—dije al mercader—dignese V. sacarme de una cruel ansiedad. En ese trágico incidente ¿se trata del «Nuevo Mundo»?

El mercader [todavía un yankee] miróme de pie á cabeza; y por no derogar, hablando á un desconocido; y ainda mais, á un desconocido tan indigente, mostróme la puerta, entregándome mis compras y guardándose el dinero.

Fuerza me fué alejarme, aunque llevaba el alma agoviada por un lúgubre presentimiento.

Sin embargo, cuando dejadas atrás las últimas calles de la ciudad, me encontré en aquella bellissima campiña cubierta de flores y sombreada por grupos de árboles, las nubes que oscurecian mi espíritu se disiparon. Nada vi en el aviso de aquel periódico, ni en las palabras del mercader que pudiera inducirme á pensar que el «Nuevo Mundo» ese buque donde Estela y su hermano se hallaban, fuera la víctima de aquel desastre.

Reflexionando así, tranquilicéme gradualmente; y la calma de aquella hermosa naturaleza se apoderó de mi alma, que se abrió de nuevo á la esperanza.

Entre tanto, la noche habia venido; el cielo se poblaba de estrellas, y la brisa cargada de perfume, hacia de la pradera una inmensa cazoleta.

A media hora de la ciudad y á corta distancia del rio,

una caravana había hecho alto al abrigo de un grupo de sicomoros. Era una colonia de alemanes que llevaban sus hogares a las cañadas vecinas del Sacramento.

Fuíme a ellos y les pedí me permitieran pasar la noche en su compañía.

Acogieronme con bondad y me hicieron lugar al lado del fuego, necesario en aquellas latitudes por la frialdad de las noches.

Una vez establecido mi hospedaje, los alemanes se dieron a una grave charla, abandonándome a mis pensamientos. Pensamientos color de rosa, que poblaban de rientes imágenes las lontananzas del porvenir; que acortaban las distancias del tiempo y del espacio, y traían al presente la dicha que para lo venidero forjaba el corazón.

La luz de la fogata, reflejándose en las móviles ramas de los sicomoros, daba a aquella fantasmagoría una prestigiosa decoración.

En un momento que, la azulada llama impelida por la brisa, esparcía en torno una claridad mas viva, divisé una forma blanca que saliendo de entre los matorrales del lado del río, avanzó vacilante, indecisa, hasta la zona luminosa proyectada por el fuego.

A su vista, pasé la mano por mi frente y me restregué los ojos, creyendo que soñaba. Pero convencido en fin de que estaba despierto, lancé un grito y corri hacia aquella aparición.

Era Estela! Estela, no fresca, risueña y elegante; sino triste, sombría, espantada y los vestidos desgarrados.

Desconocióme de pronto y quiso huir; pero al escuchar

me volví arrojar en mis brazos. "Quiso hablar; pero le faltaron las fuerzas y se desmayó. Las mujeres de la colonia se apiadaron de ella. Metáronla á su tienda y le dieron toda suerte de auxilio.

Ocupado estaba yo con ellas en hacerla volver en sí, cuando de súbito oímos un gran ruido en el campo. Inmediatamente una turba de ginetes armados que, sin desmontar, se arremolinaron silenciosos en torno á nuestros bagajes, estudiando todo con la vista, cual si buscaran á alguien.

Uno de ellos, inclinado sobre el flanco de su caballo, levantó el paño de la tienda donde las mujeres rodeaban á Estela, ocultando de este modo su cuerpo, que yacía tendido en tierra.

La luz de una lámpara que nos alumbraba dió en el rostro del extraño visitante, haciendo brillar unos ojos fosforescos y unos dientes agudos y apartados.

Era el hombre color de cobre.

Envolvíase en la manta rayada de blanco y negro de los apaches, llevaba la cabeza desnuda y sus cabellos abundosos y lácios, contenidos sobre las sienes por una banda roja.

Su aspecto era tan feroz, que al verlo las mujeres exclamaran un grito.

En cuanto á él, hundió su mirada de buitre, en el interior de la tienda, paseóla en derredor y enderezándose hizo dar un bote á su caballo; hizo oír un ahogado ronco y gutural, y partió seguido de su banda alejándose como un sombrero torbellino.

A ese grito, el cuerpo de Estela, que yacía sin movimiento, se estremeció, como sacudido por una descarga eléctrica; sus labios yertos, movidos por un supremo esfuerzo,

pronunciaron, mezclada á un gemido, el nombre de su hermano. Aquel lamento fué para mí una dolorosa revelación; y el relato que el mercader leía aquella tarde, apareció á mi mente con su lugubre complemento.

Estela volvió en fin de su largo desmayo. (Como despertada por el terror, alzóse de repente y mirando en torno con anonadados ojos. — Andrés! exclamó, encontrándome á su lado — ¿has oído ese grito? Es una señal. Es el hombre color de cobre que incendió el vapor que mató á mi hermano; que me arrebató de entre sus brazos vorticosos y de quien me he escapado por un milagro; pero que me sigue y va á alcanzarme.

Y quiso huir arrancándose á nuestros brazos. La detuve.

— Nada temas, la dije, estás conmigo.

Estela volvió en torno una triste mirada, y dijo con acento dolorido:

— ¡Sola en el mundo!

— ¿Y yo? — exclamó — ¡no te amo y soy también tu hermano?

— ¡Oh! Andrés! la vida comienza para tí y te debe á tu madre que te espera. Si quieres volver á verla huye de mí!

El ser infernal que me persigue, mata á cuantos se me acercan: mató á Alejandro; mató á la hija del capitán; y te matará á tí si no me huyes.

— ¡Al contrario! — Hémosnos á la medida y para siempre.

Pero ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Cómo han tenido lugar tan espantosos acontecimientos? ¿Por qué te encuentras en estos parajes sola, en medio de la noche?

— ¡Oh! — respondió ella — ¡es una horrible historia! El

bien hundiéndose de repente en los abismos del mal; la dicha naufragando á las puertas de una venturosa realidad!... ¡Y todo esto por culpa mia!

—¿Qué dices?

—Escucha. ¡Mis cartas no te decían cuán felices éramos, Alejandro, Lucy y yo? Y bien, la existencia, pasada así, entre dos seres queridos, recorriendo sobre las ondas, en su perpétuo viaje, los floridos campos, era para mí un encantado sueño. Alejandro y Lucy se amaban; yo era un vínculo mas entre ellos, y su union no estaba lejos. Solo tú faltabas á nuestra dicha; pero te hallabas cerca, y nos halagaba la esperanza de que pronto vendrias á reunirte-nos.

Así, dividiendo el tiempo entre la música, las dulces pláticas y los halagüenos propósitos, ha pasado este año, el mas dichoso de mi vida.

El capitán, unida su hija á mi hermano, contaba formar una compañía para una línea de vapores destinada á la navegación de San Francisco á los puertos meridionales del Pacífico. El mandaría uno de aquellos buques; Alejandro, otro y Lucy conmigo se establecería en Lima. ¡Qué perspectiva! ¡La patria, la amistad, la familia!...

Pero ¡ay! todo aquéllo fué solo un encantado mirage, contemplado y desvanecido como la niebla al soplo de los vientos.

Anteayer, á la entrada de la noche, el «Nuevo Mundo», con sus máquinas encendidas, sus pasajeros embarcados y llevando á su bordo fuertes caudales en oro, apréstabase á zarpar del muelle del Sacramento.

Habia yo dejado para ti una carta. En ella te daba par-

te de este programa encantador. Asignábase en él un hermoso rol; y gozosa con el gozo que te enviaba, llena el alma de rientes sensaciones, hallábame recostada en la borda, en el mismo sitio donde te encontré al partir para Sacramento.

Como entonces, ahora también, la galería hallábase llena de gente que iba y venía, hablaba y se agitaba; pero yo me encontraba tan absorta en mis pensamientos, que escuchaba, sin oír, aquel murmullo atronador.

A causa de la construcción particular del buque, desde el sitio donde me hallaba, tenía delante las hornillas del vapor, ardiendo en toda su intensidad.

Mis ojos distraídos y vagorosos, atraídos por la reverberación del fuego, fijáronse al fin en aquel foco luminoso que brillaba en la noche como un infierno. Nada faltaba á la ilusión de aquel espectáculo. Dos hombres, cuyas facciones desaparecían bajo una espesa capa de carbon, atizaban aquel fuego; y sus rostros, enrojecidos por la llama, tenían una apariencia terrífica.

Uno de ellos, sobre todo, de estatura colosal, tenía unos cabellos tupidos y lácios, que el fuego erizaba, y que hacían adivinar un semblante diabólico.

Pero cuál sería mi espanto, cuando al volverse aquel hombre, ví dos ojos de buitre, relampaguear en la sombra; y bajo unos labios gruesos y contraídos dos hileras de dientes agudos y apartados; en fin una figura que la irradiación de la dicha comenzaba á borrar de mi mente.

¡El hombre color de cobre!

Cuando la reacción del terror, que pegó mis pies al suelo, los hubo restituido su movimiento, huí de aquel sitio, y

fuíme á refugiar entre Lucy y Alejandro, que se espantaron de mi palidez.

Iba á hablar; iba á decirlo todo á mi hermano, pero como siempre detúvome el temor de suscitar un conflicto entre él y ese hombre espantoso: temor fatal que ha causado todo este desastre.

Callé, pues, y aterrada encerréme en mi camarote.

La fatiga del espíritu habíame adormecido y me agobia-
ba una horrible pesadilla. Un mar de fuego rielaba sobre mi cabeza en torbellinos de llamas; gritos tumultuosos me ensordecian, mezclándose á ellos lamentos y maldiciones. El aire que aspiraba era cálido y sofocante; y una extraña opresion abrumaba mi pecho.

De súbito despertóme un fuerte golpe.

La puerta del camarote cayó, dando paso, entre una bocanada de fuego, á un hombre que llevaba en uno de sus brazos el cuerpo inerte de una mujer desmayada y que tomándome á mí en el otro, arrancóme á las voraces llamas del incendio que devoraba el buque.

Era Alejandro que salvaba á su esposa y á su hermana.

Pero en el momento que llegaba al portalon para arrojarse con nosotros al agua, yo que me reclinaba en su hombro ví alzarse una figura negra, colosal, terrible, que haciendo remolinear en el aire dos mazas de plomo pendientes de dos cordeles, dejólos caer sobre las cabezas reunidas de mi hermano y su novia, derribándolos muertos á sus pies.

El frio del agua me volvió en mi acuerdo. Abrí los ojos, y ví fulgurar, casi pegados á mi rostro, dos ojos de buitre y

una espantosa sonrisa mostróme los dientes agudos del hombre color de cobre.

Me llevaba en sus brazos y nadaba a la orilla donde estaba una señal, con un grito ronco y siniestro.

El terror me dio fuerzas. Hice un movimiento brusco; escapé de entre sus manos y me dejé caer al fondo del agua.

Cuando mis pies tocaron la arena limosa del fondo—
—continuó Estela—dejeme arrastrar corriente abajo por el impulso de la onda, hasta que exhausta de aliento, hubé de ir a buscarlo a la superficie del agua.

—Continué en medio del río, envuelta en profunda oscuridad, escuchando por todos lados gritos de angustia, gemidos de agonía. La memoria me había abandonado. ¿Cómo me encontraba allí? ¿Qué había sucedido? Lo ignoraba. Sabía sólo que había de un espíritu maligno a cuyo poder había escapado. ¿Cómo? Ignorábalo igualmente. mas, por ser de la tierra, apenas osaba asomar la cabeza fuera del agua lo bastante para aspirar un poco de aire, y nadaba, corriendo de la corriente con la fuerza que me prestaba el miedo. Ahí cuando en días mas felices, triscando con mis compañeras en la deliciosa enseada de Chortillos, aprendía de Gesovino el arte de la natación, quién me dijera que había de servirme para salvar la vida y la honra?

Además por fin la orilla, esbarpada en aquel pasaje y cubierta de zarzas, que hundían en el agua sus espinosas ramas.

Fatigada, exánime, falta de aliento, lasilas como ensibao, mano; pero las solté al punto y retrocedí espantada.

Enredábase en ellas, una larga cabellera, que sostenía flotante el cuerpo de una mujer ya cadáver. Lucy!

Al volver de un cóncave cuya duracion no puedo calcular, encontréme arrojada por las olas sobre una playa desierta sombreada de altos jarales. Mis miembros entumecidos, carecian de movimiento. Un silencio sepulcral reinaba en torno, interrumpido, solo, por el murmullo de la corriente y el chillido de las aves nocturnas.

Procuré levantarme, y me arrastré hasta lo mas tupido de la maleza. La oscuridad, el dolor y el miedo, forjaban en torno mio visiones que me aterraban.

Derrepente llegó á mis oidos, lejano, pero distinto, aterrador, el grito salvaje del hombre color de cobre; y á poco, un grupo de ginetes pasó cerca de mí, haciendo chispear los guijarros con los acerados cascos de sus caballos.

El terror me dió las fuerzas que no tenia: eché á huir en opuesta direccion y llegué cerca de aquí, á una espesura donde me oculté, y de donde el frio de la noche me hizo salir, atraida por la lumbre. ¿Qué milagro de la Providencia te ha traído á mí?

Al siguiente dia, todos partimos juntos: los alemönes á su nuevo establecimiento, en las cañadas del Sacramento.

Sin el dolor que amagaba el alma de mi compañera y mi propio corazon, cuán delicioso habria sido aquel viaje!

Sentados el uno al lado del otro, muellemente llevados al través de bellisimas praderas, á nuestros piés un tesoro y sobre nuestras cabezas el esplendor de un cielo de verano, surcado de nacaradas nubes, y de bandadas de aves que llenaban el espacio con variadas armonias.

Pero Estela no era ahora ni la sombra de sí misma. Su pena tenia un carácter siniestro; era muda y sin lágrimas.

Invitábala algunas veces á bajar del carro y marchar á

pié. Cedia á mi ruego con una complacencia triste; y caminábamos, literalmente, sobre una alfombra de flores. Pero ella, cuya alma era tan entusiasta, pasaba ante estas magnificencias, de la naturaleza con la mas fina indiferencia.

En fin, la ciudad de San Francisco y su bahia cubierta de buques nos aparecieron una mañana á la primera luz del alba; y poco despues atravesábamos sus calles dirigiéndonos al puerto, donde esperábamos encontrar algun buque próximo á darse á la vela para el Callao, pues, Estela anhelaba alejarse de aquellos lugares, que tan funesta influencia habian tenido en su destino. Yo mismo, agitado por una estraña inquietud, deseaba ardientemente el regreso á la patria.

Como para servir á nuestros propósitos, un gran cartelon pegado á una de las columnas del pórtico en una casa de consignaciones, anunciaba para aquella tarde la salida del bergantin «Pietranera,» con direccion al Callao; añadiendo que ofrecía excelentes comodidades para carga y pasajeros.

A esta noticia el rostro de Estela, por vez primera, despues de la horrorosa catástrofe del Sacramento, se coloreó con una sombra de alegría.

Encantado con aquel signo de bonanza, dime apenas el tiempo necesario para cambiar nuestro oro en letras, y comprar á Estela esas ropas, cintas y fruslerias que forman el equipaje obligado de una jóven. Tomé pasage en la misma casa de consignaciones, y al caer la tarde nos embarcamos.

Cuando llegamos á bordo, estaban aparejando. Era aquel un buque recientemente pintado de negro; conociase que le habian dado un nuevo velámen, y cambiado los principales mástiles de su arboladura.

Al pisar sus escaleras, al bajar á su cámara, pareciome

aspirar un aire de antiguo conocimiento; y cuando me presenté al capitan que se hallaba á proa con el piloto y el sobrecargo, creí haber visto ya otra vez, y así juntos, aquellos rostros morenos y solapados.

Paseábame sobre cubierta, preocupado por la idea importuna de un recuerdo que se alejaba al llegar á los bordes de la memoria, y que volvía, para alejarse otra vez, cuando Estela que me habia dejado para ir á tomar posesion de su camarote, acercóse á mí, y murmuró á mi oído—«El Luiggi»!

Un relámpago ilumino mi mente.

Nos hallábamos en el buque de Samuel, y en poder de los bandidos que lo habian robado; que contaban para enriquecer, con el oro de los pasajeros que arrojaran al mar, y que no tardarian en comenzar por nosotros.

Por mas que me pesara alarmar á Estela, tuve que instruirla de nuestra desesperada situacion.

Pero con gran asombro mio, su semblante abatido por el dolor, serenóse derepente revistiéndose de admirable tranquilidad.

—Señor—dijo al capitan, sonriendo con pueril indiferencia—estoy consultando á mi hermano si me será permitido pedir á V. un favor.

Al traer á bordo nuestro equipaje, una ola lo ha mojado todo. ¿Me dará V. licencia para estenderlo al aire sobre cubierta?

Yo escuchaba aterrado. En el baúl que encerraba las ropas de Estela se hallaban nuestras letras de cámbio; y en mi saco de noche una gran cantidad de gruesas pepas de oro que yo habia separado para llevarlas á mi madre.

Mi espanto creció cuando obtenido el permiso, Estela

volviéndose á un marinero que estaba allí cerca le rogó fuera á tomarlos en el camarote.

Traídos á cubierta el saco y el haul, Estela buscó en su bolsillo y encontró con gran trabajo las llaves de uno y otro. Luego, en presencia del capitan y de sus compañeros, á quienes procuraba mantener allí cerca, abrió y vació el saco y el baúl, y extendió las ropas, que en efecto estaban todas mojadas. Estela les habia arrojado toda la provision de agua que halló en el camarote.

El oro y las letras habian desaparecido!

Yo estaba absorto.

Estela sin desconcertarse exhalaba mil exclamaciones de dolor á la vista de cada una de sus prendas; rizaba entre sus dedos las blondas ajadas por el agua, y me preguntaba con voz lamentable si en la vida podria volver á comprar lo que aquella perversa oleada le habia inutilizado.

Aquella astucia nos salvó.

Estela con la curiosidad inquieta de las mugeres para registrarlo todo, habia reconocido su antiguo camarote en un hueco, especie de escondite, formado por casualidad en la construccion del buque, y tan disimulado por el ajuste de dos tablas, que solo ojos tan perspicaces como los suyos podrian descubrirlo. Aterrada como yo, al recuerdo de la carta de Ísacar, ocultó allí el oro y las letras, y formó el plan de aquella farsa con la que echó tierra en los ojos de aquellos bribones redomados.

Sin embargo, apesar de la seguridad en que nos dejaba el engaño en que yacian los bandidos, la presencia de Estela entre ellos, me llenaba de inquietud. El sueño habia huido de mis ojos y pasaba la noche á la puerta del camarote de

Estela, de pié, inmóvil, el oído atento, la mirada perdida en las tinieblas y apretando en la mano el mango de un puñal.

Enfin, un día al travez de las primeras nieblas del otoño, divisamos la bandera del Perú izada en lo alto de un torreón.

Una hora despues habiamos llegado al Callao.

A vista de este puerto, de donde habia partido con su hermano, una lágrima rodó de los ojos de Estela. Pero ella la enjugó con prontitud y volvió á su triste serenidad.

Apenas echada el ancla llegó la visita de la aduana.

Un pensamiento vino á asaltarme, importunándome bajo la forma de un doloroso deber. Allí estaban tres bandidos, que habian robado un buque y que se proponian hacerlo teatro de robos y asesinatos. ¿Los denunciaria entregándolos al brazo de la ley? ¿Callaria haciéndome responsable de la sangre que iban á derramar?

Miré á Estela, que me comprendió.

Dejemos siempre á Dios el castigo de los malos, y no manchemos nuestro lábio con una delacion.

Aprovechamos, sin embargo, de la presencia de la aduana para extraer nuestros fondos.

Cuando los bandidos vieron en mis manos un saco de oro y una cartera llena de letras de cambio, una llamarada de cólera ardió en sus ojos y fijaron en Estela una mirada fulminante.

El ferro-carril, establecido en nuestra ausencia, nos llevó á Lima.

Al poner el pié en las baldosas de la estacion, Estela asió mi mano y me guió.

—Dónde me llevas?—la pregunté.

—A mi morada—respondióme.

Y caminamos largo rato.

Al pasar delante de una iglesia—Santa Ana!—dijo Estela.—Aquí hice mi primera comunión. Entró en aquel templo, se arrodilló y oró.

Alzóse luego, y observé que me miraba furtivamente con ojos llenos de lágrimas.

Una cuadra mas arriba, vi, en el ángulo de la calle, una gran piedra agujereada de parte á parte sin duda por la acción del agua.

—La Piedra Horadada!—esclamó Estela.—Cuando yo era niña, en nuestros bailes del domingo, danzábamos al son de graciosos cantos, en los que estos sitios eran nombrados entre armoniosas cadencias. Quien me dijera que en ellos habia de dar mis últimos pasos en el mundo!

—¡Tus últimos pasos en el mundo!—¿Qué dices?

—Espera!—dijo mi compañera, entrando conmigo en la portería del monasterio del Cármén, y llamando al postigo. La puerta se abrió.

Estela!—gritó una monja anciana que á la sazón atravesaba el claustro, y que corrió á la puerta.

—Sí, Madre abadesa, Estela, que pasó los primeros días de su vida á la sombra de estos muros, y vuelve á ellos para siempre. Dadme el velo de novicia.

Estela se volvió á mí, me abrazó y desapareció tras de aquella puerta, ántes que yo hubiese podido volver en mí del estupor en que me dejó aquella repentina separación. Un rayo que hubiese caído sobre mi cabeza, una puñalada en la mitad del corazón, no me hubieran hecho tanto daño. Arrojéme contra aquella puerta, en la esperanza de derribarla; lloré, grité, llamé á Estela con todos los gemidos de la desesperación.

ración, y pasé la noche tendido en tierra ante aquella puerta cerrada y muda como un sepulcro.

Arranquéme al fin de allí, y algunas horas después, el vapor que marchaba al sur me llevaba á su bordo.

En el momento que desembarqué en Islay, monté á caballo y llegué á Arequipa, sin haber descansado una hora en el tránsito.

Madre!—murmuraban mis labios, mientras corría por la arenosa sábana que se estiende entre el puerto y la ciudad—madre mia! tus sueños de dicha van á realizarse. Hé aquí tu hijo que lleva un tesoro para ponerlo á tus piés.

Habia dejado atrás el desierto—continuó el jóven, con voz cada vez mas conmovida—habia pasado las quebradas estériles, y entrando en las que comenzaban ya á vestirse con las fragantes yerbas de nuestra hermosa campiña, subía el repecho del primer Alto. Al llegar á la cima, el Misti, imponente y lóbrego, me apareció todo entero, desde su negro pié hasta su nevada cumbre.

La vista del monte sagrado, esa vista que estremece de alegría á todo arequipeño, hízome estremecer de extraño terror; y mis ojos, anhelantes, lo interrogaban, y el alma contristada creía ver en sus sombras siniestros augurios.

Cuando mi caballo, jadeante y sin aliento, se paraba relinchando en el segundo Alto, la noche comenzaba á estenderse sobre el inmenso paisaje. Sin embargo, los rayos de la luna me mostraban, aunque confusos, todos sus detalles; y allá, en su lejano fondo, reflejábase en una larga hilera de blancas cúpulas:

Arequipa!

Atravesé rapido como una exalación el valle de Congata

y los callejones de Tiabaya, asustando á las gentes que se encontraban á mi paso, y se apartaban temerosas, creyéndome un alma en pena. Mi caballo caía de cansancio; pero yo lo alzaba con la voz y con la espuela, y corría adelante.

De repente, á la vuelta de un recodo, la blanca ciudad me apareció otra vez, pero esta, del todo cercana: veía sus luces, oía sus rumores.

Azuzo mi caballo, que se precipita dando saltos desesperados; toco los arrabales; atravieso el puente; subo la márgen del río, llego!.....

La casita yacía allí, oscura y silenciosa; y las higueras tendían sobre ella su negra sombra.

La puerta estaba cerrada.

—Duerme—dije; y arrojándome del caballo, llamé con los golpes que solía en otro tiempo anunciarme á mi madre. La puerta permaneció cerrada, y el eco solo, me respondió de adentro, sonoro y vacío.

—Madre! madret—grité, pegando el rostro contra aquella puerta muda.

Una muger salió á mis voces, de una casa vecina y vino á mí.

—Ayer la llevamos al cementerio—me dijo.—Las penas y el trabajo han dado fin á su existencia. Hé aquí la llave de su casa, que ella me encargó recojiese para entregarla á su hijo.

Viéndome inmóvil y mudo, caído sobre el umbral, aquella muger se compadeció de mí, y quiso llevarme á su casa; pero no pudiendo obtener que la siguiese, déjome solo y se retiró.

Ignoro cuanto tiempo quedé allí, caído en tierra y la

frente apoyada en la piedra del umbral. La brisa helada de la noche me hizo volver del profundo anonadamiento en que yacía. Alcéme del suelo con los miembros entumecidos y el cuerpo como aniquilado por una larga enfermedad. Busqué la llave sin poder encontrarla, hasta que la sentí apretada entre mis dedos.

Abri la puerta y entré en aquella casa, donde corrieron tan dichosos los dias de mi infancia, bajo el ala del ángel que habia volado al cielo, despues de haberme llorado y esperado en vano.

Encendí luz, y tendí en torno una dolorosa mirada.

Todo estaba como ántes en aquella morada solitaria, y la presencia de mi madre se hacía sentir en todas partes. Aquí estaba su telar, allí su taburete y su labor; mas allá mi cama, hecha y pronta á recibirme, frente á la suya, revuelta y mostrando en su desórden el paso de la muerte. En la cabecera de esa cama, al pié de un crucifijo, y sobre una hoja de palma bendita, encontré esta joya; que contenia todo el oro que yo le envié de California, y que la pobre madre, disfrazando bajo aquella graciosa forma su tierna abnegacion, guardaba siempre para mí.

Sentéme al lado de aquel lecho vacio, apoyé la cabeza en las manos y me hundí en un abismo de dolor.

No era ya el niño que cuatro dias antes lloraba á su compañera en la puerta del monasterio, llamándole con gritos y sollozos. El golpe que ahora me habia herido era tan rudo que paralizó toda expansion; y las lágrimas, ese bálsamo supremo del alma, habianse coagulado en mi corazon.

La luz del siguiente dia me encontró en la misma actitud, el lábio mudo y los ojos secos; pero mis cabellos se-

dosos y húmedos, aun, con la sávia de la infancia, estaban sembrados de canas.

Y el jóven pasó su mano sobre su negra cabellera, entre cuyos bucles brillaban algunas hebras blancas.

—Aquella noche entre los desvarios de mi dolor—continuó, pasado un momento de sombrío silencio—formé un proyecto que, un mes despues, habia del todo realizado. Era este proyecto, cumplir los votos de mi madre; sus deseos para el porvenir, desarrollados por ella en diferentes perspectivas y gravados en mi mente al calor de su palabra.

Compré en la campiña todos los sitios que le eran agradables, y donde gustaba llevar sus pasos; construí la casa de campo rodeada de vergeles que su pintoresca imaginacion ideaba, y llenéla de todos los bellos objetos que solian recrear sus ojos. Adquirí á fuerza de oro los terrenos vecinos á nuestra casita de las orillas del Chili, y haciendo de ellos un vasto jardin, encerréla en su perfumada fronda, como el santuario de un ídolo.

En el recinto de este jardin, al centro de un bosquecillo de rosales, y no lejos del grupo de higueras, mandé erigir un sepulcro.

En él reposan los restos de mi madre, que yo robé una noche á la helada tierra del cementerio.

Así, morando al lado de su tumba, rodeándome de todo lo que de ella queda, fórjome la ilusion de que vive todavía.

Hé ahí porqué ayer estaba profundamente afligido por la pérdida de esta joya.—

Alargué la mano á mi compañero, y estreché la suya, profundamente conmovida.

Entretanto, habia amanecido, y el indio vino á decirnos que estaban ya ensillados nuestros caballos.

Dejamos la capilla subterránea; y partiendo juntos, seguimos el mismo camino quebrado y rocalloso, que se estiende en rápido descenso desde las alturas de Tacora, hasta el llano de Pachia.

Al llegar á la Portada, el jóven arequipeño se despidió para entrar al Ingenio que se hallaba en una hondonada á la derecha del camino.

Los dos mineros de Corocoro, el barítono y yo, seguimos nuestro camino, y marchábamos silenciosos. La historia de la noche nos habia impresionado á todos.

—En qué piensa Vd. señora?—díjome uno de los mineros, presentándome un vaso de cerveza—en el hombre color de cobre?

—Oh! sí! Sus ojos de buitre y sus agudos dientes están bailando en mi mente. Ser infernal! ¿Seguirá todavia la carrera de sus crímenes ó habrá ya recibido el merecido castigo?

—¿Quién puede decírnoslo?

—Yo!—respondió el barítono, dejándonos mudos de sorpresa.

Pasado la sorpresa producida por aquella palabra, el barítono fué asaltado por un coro de reconvenciones.

—Como ¡lo sabia usted; y callaba!

—Porqué dejó usted ir al narrador, sin ponerle el punto final?

—Sin darle á saber en qué paró aquel malvado que tan buenos ratos le aguló!

—Guardéme bien de incurrir en tal indiscrecion. Lo

que tengo que decir habria contristado mas á ese jóven, ya tan conmovido por su propio relato. Así, aun que reconoci, desde luego en el retrato de aquel que el llama el hombre color de cobre, al horrible proteo de quien voy á hablar, callé, para evitarle nuevas y penosas emociones.

Era en 1853. Hallábame en San Francisco, haciendo parte de la compañía lírica que Catalina Hayes llevó á California. Era una noche de carnaval, y cantábamos «I Masnadieri» en el teatro principal de la ciudad.

Desde un ángulo oscuro, donde, pegado á un bastidor, aguardaba mi salida, contemplaba yo la inmensa concurrencia que llenaba los ámbitos de la sala, y en aquel momento, escuchando á Catalina, prorrumplia en frenéticos aplausos.

Entregado me hallaba al estudio en detal de esè conjunto heterogéneo de semblantes, actitudes y espresion, que constituye el público, potencia temible, cuyo aspecto el artista interroga con terror, cuando vino á desviar mi ocupacion, una escena muda que se representaba en la sala.

Desde que el telon se levantó, habia llamado mi atencion la estraña figura de un hombre, sentado al centro de la platea. Sobre un busto que anunciaba una estatura colosal, alzábase con salvaje arrogancia una cabeza que habria hecho huir de espanto al doctor Gall, de tal modo estaban en ella aglomeradas, en pasmoso desarrollo las mas siniestras protuberancias. Una masa enorme de cabellos largos, erizados y lacios, coronaba esta cabeza y añadia sombras al rostro de un color oscuro y sangriento donde relampagueaban con rabiosa fiereza unos ojos profundamente negros. Para

completar este horrible conjunto, un labio naturalmente contraído, mostraba dos hileras de dientes blancos, apartados y agudos.

Tanto me impresionó la vista de ese hombre que no encontré extraño hubiera producido el mismo efecto en varios individuos, que, diseminados en diferentes puntos de la sala, se le iban insensiblemente acercando, por medio de un cambio de asiento, y habían acabado por formar un círculo en torno suyo. Situado en mi escondite, al fondo del escenario, abrazaba yo con una ojeada todos estos detalles.

A la derecha, un poco distante del círculo tirado al rededor del hombre cobrizo, un anciano, al parecer oficial de marina, mirábale también fijamente; pero aquella mirada estaba impregnada de un rencor doloroso, visible en todos sus movimientos.

Mi entrada en escena precedía el fin del acto. Canté con una distracción que me falseó todos los finales. Pero por mas que me esforzaba para atender á la orquesta, mis ojos y mi pensamiento no se apartaban del drama que se representaba en la platea, y que comenzaba á tomar proporciones inquietantes. Porque, al fin comprendí que los curiosos del círculo, eran empleados de policia disfrazados.

Al frente, mudo y amenazador, como un navio de guerra preparado al abordaje, el viejo observaba, con la mano escondida en las solapas de su casaca.

Todavía no había caído el telon, cuando á un movimiento del hombre cobrizo para dejar su asiento, doce agentes de policia se alzaron para arrojarle sobre él.

—Nadie toque á ese hombre!—gritó derrepente el viejo marino—es mio: me debe su sangre!

Y saltando, veloz como el pensamiento, asíolo por sus largos cabellos y le atravezó el cráneo con una bala de su revolver.

Al siguiente dia, haciendo frente al pórtico de la cárcel alzábase una horca, en la que estaba colgado el cadáver de un hombre sentenciado á aquel suplicio; y sustraído á él por una venganza.

Delante de aquel horrible espectáculo arremolinábanse tumultuosos, grupos incesantemente renovados, en los que se referian del sentenciado historias espantosas,

—Falkland!—esclamaba uno—sí: no me engaño. Este es el filibustero incendiario de Centro América; el que gustaba de quemar á las familias, encerradas en sus casas.

—Ojo de Azor! el cazador que arrojamos de las praderas, por connivencia con los salvajes. Si es él. Tenia unos ojos que hacian parar á los gamos en la mitad de la carrera.

—Tobahoa! Al fin caiste, malvado indio navajó, que has robado mas niñas á nuestros pueblos que dias cuentas en tu perversa vida. Desollador de cabezas! ¡lástima que han roto la tuya! Comprára yo tu cabellera para consolar al pobre sonorense de la larga cicatriz con que le hiciste perder su bellísima novia.

—Lástima, en efecto!—dijo, apartando el gentío, un hombre vestido de negro, que llegó seguido de dos cargadores—Consigo el permiso para disecar este cráneo, y lo encuentro fracturado! No obstante, quedan las mandíbulas, cuyos dientes, á lo que veo, son una especialidad.

Muy luego el gabinete público de historia natural, dirigido por el doctor Smith, poseía una nueva joya: un par de mandíbulas humanas, cuyos dientes blancos y apartados, eran puntiagudos como agujas.

Poco después, los periódicos de San Francisco anunciaron el suicidio de Mr. Scot, capitán del «Nuevo Mundo» vapor perteneciente á la antigua compañía de navegacion en el Sacramento, incendiado por un fogonero con la intencion de robar los caudales que conducia.

Las crónicas atribuian la accion desesperada del capitán al pesar en que vivia hundido desde la muerte de su hija, que pereció en aquel siniestro.

Una alegre cabalgata de hermosas tacneñas residentes en Pachia, saliendo derrepente debajo los «molles» de una quebrada, invadió el camino, arrebatónos en su carrera y dissipó con sus alegres carcajadas la tétrica impresion producida por aquel relato.

..... Agosto habia pasado, sembrando en pos suya el luto y la desolacion. Las ciudades de la costa habian sido barridas por las olas, arrastrando consigo á sus míseros habitantes: Arica, Iquique, Pisagua, no existian, y Arequipa, la blanca ciudad de las mil cúpulas se habia desplomado. Sus hijos vagando en torno á los escombros, como almas en pena, aquejados por el frio y el hambre alejábanse, al fin, y venian á buscar entre nosotros nuevos hogares.

Los que habíamos sido huéspedes de la bella ciudad, corríamos á la estacion cada vez que llegaba el vapor del Sur, con la esperanza de encontrar entre los tristes emigrados,

algunos rostros amigos; y escenas patéticas de abrazos y lágrimas se repetían sin cesar.

Un día, entre los pasajeros que desembarcaba el tren, vi un hombre cuyas facciones me pareció reconocer, sin poder no obstante recordar su nombre. Un tropel de gente lo ocultó á mi vista, y aquel recuerdo se borró.

Algunos días después, hallábame en el templo de las Carmelitas, asistiendo á la misa solemne de una fiesta.

El altar estaba cubierto de luces y flores; ardía el incienso; y el órgano hacía oír sus acordes magestuosos.

En el rincón oscuro de la cancela donde me había colocado, noté de repente, que no estaba sola. Cerca de mí, sentado al extremo de un escaño, y la frente apoyada en la mano, hallábase un joven hundido en profunda meditación.

En cualquier otro lugar, no habría podido reconocer aquel rostro invadido por una barba abundante y negra; pero el sitio, y la emoción impresa en sus facciones, trajeron á mi memoria el viajero de la capilla de Uchusuma.

Al nombre de Estela, que pronuncié en voz baja, el joven volvió la cabeza, reconocióme y estrechó mi mano.

—En nombre del cielo,—le dije—apresúrese vd. á decirme que suerte ha cabido en el horroroso cataclismo, á la casita sagrada de las orillas del Chili?

—El ángel que hizo allá su morada, extiende todavía sobre ella su ala protectora—respondió con acento fervoroso el joven arquipeño.

Las bóvedas soberbias de los palacios se han hundido: ella conserva ileso su humilde techo, que hoy abriga á muchos infelices.

—Y ¿no ha pensado usted, al fin, en llevar á ella una esposa?—

—No!—respondió.—En un afecto fraternal por Estela debió existir el germen de una pasión, que interpone siempre su imagen entre mi corazón y el amor, llenándolo del santo pavor que inspira el santuario.

—La ha visto usted?

—No he podido lograr esta dicha. Está en retiro, y su reclusión durará mas tiempo del que puedo disponer yo, que he venido á comprar ropas y viveres para mis desventurados hermanos.

Mas ya que no me sea dado verla, voy á oír su voz.

En ese momento las campanillas y las nubes de incienso anunciaron que iba á levantarse el velo del tabernáculo; el pueblo adoró de rodillas; y en medio del silencio producido por la mental plegaria, elevóse de repente, intensa, dulcísima, una voz maravillosa, entonando un himno al Eterno.

Volvime hácia el jóven; pero no tuve necesidad de preguntarle: la expresion de su semblante me decía que estaba oyendo á Estela.

Dejólo postrado en tierra, sumergido en un éxtasis, en el que tendria una bella parte aquella dulce y dolorosa odisea comenzada en el Pacífico, y continuada en las praderas del «Sacramento.»

JUAN MANUEL GARRIN

EL AÑO XX

CUADRO GENERAL Y SINTÉTICO

DE LA REVOLUCION ARGENTINA.

El mes de Noviembre se pasó con grandes ansiedades sobre las miras de la invasion portuguesa. Era tal la inquietud de los ánimos, y tanto el terror que inspiraban los rumores de que el Portugal verna aliado con la España y con la Inglaterra, que el sentimiento general del pueblo, en pugna con todos sus antecedentes, comenzaba a pronunciarse en el sentido de un acuerdo cualquiera con Artigas; aunque fuese reconocimiento o consagrando el poder autocrático que se atribuía en los territorios fluviales del Uruguay y del Paraná hasta Corrientes: donde una barbarie cruda imperaba sin otra religion ni otro principio comun, que la licencia de cada uno de los cabecillas locales que martirizaban el pais, como partidarios y agentes *libres* del Protector Oriental. Pero, decian en Buenos Aires ¿que hremos de hacer? Esas provincias están pobladas por cuarenta y cinco mil barbaros, que armados obedecen á un bárbaro como ellos: que son valientes y arrojados; y que por lo mismo es imposible que defendamos el pais sin ellos, si somos atacados como lo estamos viendo. No tenemos tiempo que perder: esto es urgente; y el Gobierno se está haciendo criminal en alto grado con su inercia, decian unos, con su traicion decian muchos otros. La CRÓNICA mis-

1. Véase la página 432 del presente tomo.

ma, dejándose estavilar por los temores del momento; falta del terreno verdadero de la política juiciosa en que debiera haberse conservado; y emprendía una reivindicación indirecta de Artigas, presentándolo como una necesidad forzosa del momento, y pretendiendo sincerar esto conduciendo al favor de los conflictos pasados. El Director Pasadas, decía, recibió todavía las Provincias verdaderamente unidas; y los pueblos, en medio de sus justos resentimientos, aún esperaban de la Asamblea su Constitución Federal. La misma Banda Oriental, con acuerdo del General D. José Artigas, nombró sus Diputados, que la facción de aquel señor repugno que se incorporasen. En consecuencia de esta política se sucedieron con violencia los rompimientos de las provincias y de los pueblos. Respondan ahora los autores de aquella idea ¿Cuáles han sido en la práctica sus verdaderos resultados? La solisma era evidente: no hay Constitución Federal posible sin concentración de vínculos interprovinciales, y sin la unidad de administración general; y precisamente eso era lo que Artigas repelía. Su ideal y sus pretensiones eran un gobierno independiente y dominante en sus marcos, capaz de usar, en provecho propio y personal, de los recursos y de los auxilios de Buenos Aires. Aceptar esto habría sido lo mismo que reconocerlo por General de la República y por Mandatario electivo de la Capital. O esto ó la guerra, decía él; de modo que la alternativa no podía ser mas clara ni mas forzosa; y la política del gobierno legal delante de la invasión portuguesa no tenía otro termino posible que guardar abstinencia en la lucha que se trababan, á sus ojos, sus dos enemigos; para prepa-

rarse á obrar contra el uno, ó contra el otro, en mejores momentos. Poner los recursos y las fuerzas de la capital en manos del caudillo, era armar al peor de los enemigos, que tenía la Nacionalidad Argentina; y siendo conocida por otra parte su brutal ineptitud para manejar tropas regadas, y para luchar contra ellas, era evidente que semejante imprudencia no hubiera servido para otra cosa, que para perder nuestros elementos, de contraste en contraste, hasta que arrojado el mismo con sus restos, á este lado del Uruguay, viniese á hacernos la guerra del bandalaje y de la disolución en nuestro propio suelo, y con nuestros mismos soldados, después de habernos hecho agotar todos los recursos de acción y defensa, y después de haber justificado así la alianza de Portugal con Inglaterra y con la España contra Buenos Aires reducido al último trance. Artigas era por otra parte incompatible con la causa sagrada de nuestra Revolución. Bárbaro é intransigente, criado y educado en las selvas, menospreciaba á los demás hombres y á las leyes de la civilización, en cuanto no eran aptos para servir de instrumento á sus inicuos intereses. Simpatice para con los maltrados, no solo por que él lo era, sino por que en ello encontraba esa energía primitiva que de nada necesita, y que tanto sirve á los hombres del desierto para defender su aislamiento, era el protector nato de la impunidad de todos los delitos; y con esto atraía y abogaba siempre en sus campamentos volantes, una multitud inmensa de vagos y de criminales, que de todas las provincias argentinas venían á asilarse en él, inclinados naturalmente á vivir de lo ajeno, y á violentar con las armas el derecho de los demás, al favor del pro-

fundo, trastorno en que se hallaba hundido el país, aquel por donde vagaban sus hondas. Para poder apreciar la política que el Director acabó por adoptar es indispensable que, con una mirada rápida y concisa, resumamos los negocios orientales y las operaciones de Artigas. Desde el mes de Junio de 1816, se supo como bien existía antes, que los Portugueses enviaban á Santa Catalina una división de diez mil hombres con fuerzas marítimas para invadir el territorio oriental del Uruguay por la provincia de Rio Grande. Bien informado de esto, Artigas despachó, el 27 del mismo mes, chasquis urgentes á Entre ríos, á Corrientes, y á todas las guarniciones de la frontera, para que reuniesen sus divisiones y mandó tambien que en Montevideo, y en los demás puntos, armasen cuerpos de infantería, y que los dirigiesen inmediatamente al Cuartel de Santa Ana, para donde él mismo se dirigió con su campamento general. Pero, en este movimiento, hizo que el guerrillero Verdugo se situase con las divisiones Entrerrianas, sobre la línea del mismo Rio Cuarema, diez y ocho leguas mas abajo de Santa Ana, en comunicacion con el comandante Sotelo que ya ocupaba tambien paralelamente, un punto avanzado en la parte occidental del Uruguay. Dos divisiones, compuestas que pasaban de 2500 hombres, al mando de Andarigo (indio guaraní, á quien Artigas habia dado su apellido) recibieron orden de converger sobre el Alto Uruguay para caer de improviso oportunamente, por el Este, sobre los Misioneros, para apoderarse del Pueblo de San Bonifacio que era la capital de la Provincia. Artigas tenia, como se ve,

1. D. Pedro F. de Cavia: Biografía de Artigas y Tablas de sangie.

la resolución de llevar la guerra al territorio enemigo, de espulsar a los Portugueses del Alto Uruguay, atacar a San Paulo, y entrar a Rio Grande por la retaguardia de los invasores, para obligarlos a retroceder en auxilio de sus propias provincias y desocupando a la Banda Oriental. El proyecto, aunque arriesgado, era absurdo en sí mismo, pues era evidente que aun viéndolo hubiera logrado sus primeros intentos, no quedaba ménos expuesto a ser batido por el ejército invasor en Rio Grande que en el Estado Oriental, puesto que no podía contar con posesionarse de las principales fortalezas, y al fin y al cabo, sus fuerzas tenían que quedar inutilizadas para la defensa de su país que era el único recto objetivo. Cuando Artigas supo que la espada del general Lecor entraba en la Banda Oriental por Cerro Largo, sólo sus bandos sobre las fronteras, y ya había procedido con sus para y singular reservas, que incluían su yataba el país enemigo sin que nadie lo hubiera sentido antes por aquellos lados solitarios del Alto Uruguay. Los habitantes verdaderamente sorprendidos con este brusco ataque se retiraban desprovistos al interior, y como si allí ellos eran tan inconsonantes como los gauchos orientales, apelaban también a sus guerra de recursos y de partidos, mientras los gaudios hacían esfuerzos consiguientes para reunir fuerzas sólidas y para oponer en acción sus medios de defensa. El Coronel Abreu logró en efecto reunir una división, al mismo tiempo que el General Corado, reconcentrando las fuerzas de Rio Pardo, venía también a situarse en Itapuaçu-chico para cubrir su flanco izquierdo del Uruguayo. En el 22 de Julio de 1845, el ejército de

1. Revist. Trim. de Hist. e Geog. N.º del 26 de Julio de 1845 (Periódico Brasileiro.) Nota de la página 127: art. *Campaña de 1816.*

En las primeras deudas de guerra, aunque puramente parciales, de las divisiones de Artigas habian triunfado por todas partes; y que deo segundad como reñido y sangriento el combate de Sipey, la posición de las fuerzas portuguesas era apor-
tada en Varsah, atravesando el Guayubem se había situado en
frontera como ostentaba solo apoyaba por su izquierda las
fuerzas de Anompsis que habían entrado á Misiones y quesita-
blanco San Boria, siendo que se podía en multitud de flaquear
por sobre al General Curado, avanzando hasta Santa
Mora para que Artigas lo envistiese por el frente. Con
esta operacion quedaba cortado tambien el Coronel Abreu que
procuraba socorrer á San Boria. Pero por desgracia Ver-
dum cuya posicion era tan ventajosa no supo ó no pudo
imprimir que una Division veterana de 800 hombres de
infanteria y cinco cañones al mando del Brigadier Costa.
se incorporase con el General Curado; y habiendo reco-
rrido el general Portugues una efectiva superioridad con
esa incorporación pudo reforzar al coronel Abreu para que
cayera sobre Sotelo y para que marchase rápidamente so-
bre Anoresino. El uno y el otro fueron en efecto derro-
tados. La caballeria de Artigas tuvo que huir desbandada
por el paso del Baruy; parte de la infanteria se salvó pa-
sando á la margen occidental del Uruguay por el frente de
San Boria; y la famosa invasion de Misiones acabó así
por un completo descabalo, como era natural que sucedie-
se dadas las cabezas que habian tomado á su cargo tan
arriesgada operacion de guerra. Al favor de estas ventajas
el general Curado lanzó al Brigadier Barreto con una fuerte
columna para que sorprendiese ó atacase á Verdum; y
consiguió en efecto destruirlo completamente sobre

el 10 de octubre de 1860. Se cuenta que
 los portugueses se colocaron en una línea de
 ataque contra los prisioneros y contra las algaras que
 siempre seguían en grandes cantidades a los grupos que
 Artigas llamaba entusiamente *la muchachada*. Estas montone-
 ras eran, como se ve, de poca consistencia, para
 invadir y ocupar un país enemigo, ni para no desposi-
 me esperar a que un plan de desbarbado, en el que no contaba
 con el apoyo de un ejército verdadero y disciplinado, para
 operar con solidez y para conservar el terreno avanzando con
 movimientos estratégicos, pudiera producir una cosa que en
 grande descalabro. Pero Artigas, en su absurda ignorancia de
 lo que eran las operaciones de la guerra sobre una escala for-
 mal, se había figurado que era lo mismo invadir un país ene-
 migo que *guerrrear* en su propia tierra, con *grupos chicos*, con-
 tra fuerzas aisladas y divisiones pequeñas, que a cada instante
 se veían traicionadas, sorprendidas, mandadas y circun-
 dadas, por la vaguedad y por la iniciativa propia con que cada
 montonero es grande estratega en sus pagos. Y hasta tie-
 nia la ridícula pretensión de haber inventado una táctica
 nueva de líneas semi-circulares con otras pámplinas pro-
 pias de su tanta infatuación y cortos alcances.
 Artigas era hombre de una terquedad inimitable. No
 comprendía nada de lo que era superior a su ridículo
 y vanidad, y aunque conocía que estaba perdido su
 proyecto de invasión por el Alto Uruguay, se obstinó en
 volver a reunir sus montoneras, ya desmoralizadas, pa-
 ra continuar amenazando la frontera de Santa Ana, mien-
 tras que los portugueses, trabajando activamente, restable-
 cían el orden en aquella frontera, un momento confundida.

da por la invasión y organizaban con solidez un verdadero cuerpo de ejército para entrar por allí también en la Banda Oriental, coopeando a los movimientos que Lecor ejecutaba por el Este con la División principal. Cuando este general supo que las fronteras del lado del Uruguay habían sido investidas y sorprendidas por Artigas, detuvo las marchas con que se dirigía a ocupar a Montevideo, para optar según los sucesos. Artigas había dejado delante de las columnas de Lecor al guerrillero don Fructuoso Rivera con mil quinientos hombres, y a Otorguez con otra columna de la misma fuerza mas o menos, que obraban independientemente. Uno y otro jefe oriental obtuvieron algunas ventajas de detalle. Pero cuando Lecor vio que los brasleros habían logrado restablecer su superioridad por el lado del Alto Uruguay, manobró firmemente sobre Rivera a quien derrotó completamente en INDIA MUERTA, y desbarató tambien á Otorguez poniéndose en franquia para marchar con seguridad sobre Montevideo. Desbarró el estado de los negocios orientales y de las operaciones de Artigas y Lecor de Noviembre del 1816.

Quando se supo todo esto en Buenos Aires creció de punto la agitación de los espíritus, y el Supremo Director comprendió que no podía mostrarse presidente, sin incurrir en graves responsabilidades, y sin atravesar tambien la vanidad y el patriotismo exaltado, que por todas partes comenzaba a prorrumpr en amargas acriminaciones. La situación del gobierno era sin embargo difícil y complicada. Artigas no había podido cosa alguna: mantenase en la misma soberbia y animosidad brutal que había mostrado desde antes contra los argentinos: preferia sucumbir bajo el peso de las

armas brasileras antes que reconciliarse con la organizacion politica que nuevamente habia concentrado el poder y las armas en el Directorio. Era pues un enemigo; y el pais donde él mandaba era en realidad una nacion estrangera en insurreccion en guerra abierta contra las Provincias Unidas. Mandarle tropas y auxilios, en este estado enajenado del gobierno la facultad de dirigir sus propias fuerzas y de inspeccionar el uso y administracion que debiera hacer de sus propios recursos, era de todo punto imposible y proceder á invadir, por su parte tambien, llevando la guerra á los dos enemigos que allí luchaban, era mas imposible y mas desatinado todavia. No lo era menos ponerse en guerra con el Portugal gratuitamente sin poder operar en la Banda Oriental con tropas argentinas. Algo era premisa hacer sin embargo porque en verdad la causa oriental era causa argentina, apesar de Artigas y de sus iniquos proceres.

Todo este desconocia desgraciadamente de la oncia de guerra, por el ofuscamiento del anciano justo como que miraba la invasion de las tropas portuguesas del tembo que le inspiraba su alianza probable con la España y la coincidencia supuesta de los empujistas del anterior que en la toma de la ocupacion de sus enemigos en cada uno de sus colinas.

Las últimas noticias de la Banda Oriental, decia, que corren á poco de los dias, son demasiado tristes al general Artigas ha sido batido en parte y los invasores avanzan como á ocupar Montevideo. En consecuencia de la guerra han cesado las comunicaciones de Rio Janeiro y dicen que el Ministerio de España ha protestado formalmente contra esta invasion en el territorio del Rey su amo.

rir si había en Montevideo bastante espíritu cívico y medios para defender la autonomía del apogeo de algunos individuos argentinos y por lo tanto la base de una nueva Plaza que daría bajo la dependencia o subordinación del gobierno general de todas las Provincias Unidas. El 22 de marzo pasaron al campamento de Artigas y permanecieron allí por los contrastes y por la seguridad de no ser atacados por el ejército, estaba dispuesto, cuando a las once de la tarde, al gobierno argentino para que se le otorgase el diploma y militarmente las responsabilidades de la caballería. El 23 de marzo pasaron al campamento del general Briccon jefe de todas las fuerzas invasoras, para repetir las seguridades de no atacar la frontera occidental del Uruguay y así el liberal argentino a la vez que el de que el gobierno de Buenos Aires no se preocupara de abstenerse y dejar solo sobre Artigas las contingencias de la guerra. El 24 de marzo el 25 de marzo a las once de la tarde, al general portugués la situación de los espíritus en Buenos Aires y la necesidad de que el gobierno se vería de salvar las apariencias con los protestas y con la ironía de los dos estilos de hombres que no podían entender lo que Puyrredón quería en el fondo, era gaceta el número de 1847, para que quedasen resueltos los problemas de la campaña de Chile, considerando que si no hubiese triunfado la revolución, los indios que rodeaban las fuerzas de tierra y una escuadrilla con que hacíamos un tapar de Artigas y del Portugal la tenía en su grito con el ejército. El público ignoraba completamente el paso que daba el gobierno. En la noche que el Doctor Supremo o Jefe del Delegado Benítez arrojando la misión del General Véliz, decía: «El encierro de que el ejército portugués avanza fuera de las fronteras en actitud hostil y con altocion a esa

« plaza, y de que su escuadra ha tomado ya puerto en
 « Maldonado para obrar en combinacion, me ha pare-
 « cido justo y urgente reclamar de tal agresion, á cuyo
 « intento marcha el Coronel de caballeria don Nicolás de
 « Média; conduciendo plegos para el jefe de los orienta-
 « les, don José Artigas, y para el general portugueses. La
 « comision es urgente, y su fin se refiere á la libertad
 « sagrada de la América.» La nota concluida por pe-
 « dimento se le franqueasen al comisionado todos los
 « auxilios necesarios para su traslacion con *toda seguridad*;
 « y que se permitiese tambien á la goleta de guerra *Do-*
 « *loro* que permaneciera en el puerto hasta el regreso del
 « coronel Média (2 de Noviembre de 1816). Con esta
 « nota la otra de fecha 1.º dirigida al Cabildo. El gobierno
 « argentino expresaba en ella con calor, el interés y las
 « simpatias con que miraba la suerte de los Orientales.
 « Aunque con mucha moderacion, arrojaba sin embargo
 « sobre Artigas la culpa de la demora en que habia incur-
 « rido para venir á ofrecer sus buenos oficios y su coope-
 « racion á la lucha en caso necesario:—«Mucho tiempo ha
 « que hubiera requerido al general portuguez (decia) so-
 « bre su conducta militar, si el silencio profundo del ge-
 « neral Artigas, no hubiera contribuido á mantener el
 « misterio acerca de los pasos de los invasores;.....
 « pero el peligro de ese benemérito vecindario y su cam-
 « paña reclaman ya mi particular atencion..... Por
 « las notas que Arribe juzgará V. E. del interés que
 « me tomo en la libertad general, y de la sinceridad de mis
 « votos por la seguridad de esos recomendables habitan-
 « tes. Lejos siempre de mi una política suspicaz.

« Crea V. E. que obraré en tono firme y consecuente en
 « cuanto sea relativo á la independencia de las p^{ro}vincias, y
 « á la deseada *unidad* que apetezco entre ambos *territó-*
 « rios. » En la nota dirigida á Artigas, el gobierno Ar-
 gentino se quejaba tambien de que no se le hubiese informa-
 do oficialmente de lo que pasaba: — « He considerado antes,
 « dice, que era político y conveniente guardar silencio:
 « pero ahora he creído de mi deber hacer abge-
 « neral Lecor la intimacion que va en la *cópia* adjunta.
 « A este objeto marcha el coronel de caballería don
 « Nicolás de Vedia; y espero que V. E. le pase los auxilios
 « necesarios para su trasporte y regreso por tierra hasta
 « Montevideo. » Protestaba en seguida el Director un
 grande interés por la suerte de las armas orientales y
 decía: — « Ojalá que estos momentos de peligro fueran los
 « primeros de una cordial reconciliacion entre pueblos
 « identificados por los principios y por los objetos de la
 « Revolucion de América, y que nuestros esfuerzos se di-
 « rigiesen á destruir los proyectos de agresion de todo tí-
 « pano usurpador. »

La nota dirigida á Lecor tenia fecha de 31 del Octu-
 bre. El Director Supremo decía en ella que desde que la
 voluntad soberana de las Provincias y del Congreso le ha-
 bían encargado la Direccion del Estado, su primer deber
 era defender los derechos que les correspondian, y que
 no podia consentir en que se atentase al territorio Argen-
 tino, como atentaba la invasion portuguesa violando á los
 pactos y tratados celebrados el año de 1812 por médio
 del Enviado Rademaker; pactos que el gobierno de las Provin-
 cias Unidas habia cumplido y respetado religiosamente: —

« La disidencia accidental (agregaba) en que se quiera su-
 « ner á una con otra Banda, *no debilita el enlace común de*
 « *ambos pueblos en la defensa de su libertad: compromi-*
 « *tos recíprocos identifican los principios y fines del es-*
 « *fuerzo de los dos territorios; y apenas ocurrirá razón*
 « *para desligar la agresión, ni para calmar la alarma*
 « *general que ella ha concitado en las Provincias del Estado.*
 « Considerando á V. E. con instrucciones com-
 « pletas para explicar el motivo y fin de esta infracción
 « del Armisticio de 1812, bajo cuya seguridad estaba
 « amparado el territorio oriental, espero que V. E. se
 « sirva manifestarme categóricamente su resolución, *para*
 « *ajustar á ellas mis medidas; y para satisfacer el zelo de los*
 « *pueblos, que decididos á sostener con firmeza la inde-*
 « *pendencia que han proclamado, se creen provocados in-*
 « *justamente á la guerra por una nación, cuya amistad*
 « *han cultivado; y no responderán ellos de los males de*
 « *un rompimiento.*» Para exaltarlos, el Supremo Director
 requería al General del Ejército Portugués, que contra-
 marchase á sus fronteras, para evitarle al gobierno Ar-
 gentino la necesidad de dar una cooperación vigorosa á la
 heroica defensa que los Orientales estaban resueltos á
 oponer: y acababa por decir que acreditaba al Coronel
 Védia por conferencia sobre todo esto y volver con la
 respuesta.

Por muy exigente que fuese el patriotismo de los
 Argentinos ofendido por la invasión portuguesa, y el en-
 cono ó la desesperación de los Orientales, los procedi-
 res del Director eran perfectamente arreglados á la jus-
 ticia, á la prudencia y á los intereses argentinos cuyo

estabilidad era su primer deber. Bello hacia con poner gratuitamente las responsabilidades de su país, exponiéndole a una horrible guerra extranjera en momentos amargos y desgraciados, al lado de un caudillo enemigo del orden nacional, enemigo irreconciliable del gobierno que espontáneamente se ofrecía a participar de la guerra. Y más que todo, enemigo tan fiero e intransigente de la nacionalidad argentina, como el que más de los poderes extranjeros, fuese la España o el Portugal, que luchaban por derribarla en el mismo de la conquista y de la barbarie. Cuantos otros podrían en los tiempos modernos tomar ejemplo en estos grandes días del patriotismo pasado, para aprender como se defiende y como se salvan los intereses del porvenir? El Director comprendía que por más que su prudencia política le aconsejase la reserva y la expectativa, hasta después que la expedición de Urquiza hubiese dejado de ser un arduo problema, el torrente de la opinión pública le impulsaba al combate con el Portugal. Pero dotado de una voluntad firme, él también estaba resuelto a no intentar esta grande aventura en medio de la guerra civil y rodeado el país de ejércitos españoles como estaba, sino a una condición ineludible: que era la sumisión de Artigas a las autoridades Nacionales, la reincorporación de las provincias litorales, y la obediencia de los que no podían salvarse sin sus auxilios, a los mandatos del Congreso General y del Poder Ejecutivo que aquel había creado. Sin esto, su resolución era guardar una neutralidad armada respecto del Portugal, esperar el momento de obrar contra sus fuerzas, y aprovechar de todas las eventualidades que pudieran ocurrir para destruir la tiranía de Artigas, y para proteger la emancipación de

los pueblos donde estaba establecida, hasta que reorganizada así, por un convenio o por las armas, la cesion de las provincias insurrectas con las demás, la causa argentina viniese a reconocer la unidad natural. El Estado propósitos eran entonces irreprochables, como lo son todavía del día del juicio sobero de la historia, y merecerían haber sido el elogio inquebrantable de nuestra diplomacia de ahora y de siempre, como lo fueron entonces.

La sutil sagacidad de Paragüedon venía a su vez a la sutil sagacidad de Lecor y a la misma, que por tal manera habilitaba (podría decirse que ambos eran dos manifestaciones idénticas de un mismo tipo) al don Juan de Dios Lecor era hombre tan agudo, tan inteligente, tan tesoso tan experto y consumado como lo será don Juan Martín de Pueyrredón. Ni uno ni otro, yaunque generales, no eran verdaderamente hombres de guerra ni buenos militares. Su verdadero terreno era la diplomacia y la política. Lecor, europeo y educado bajo las doctrinas de la milicia de Corte y de las tradiciones clásicas, era naturalmente más inclinado a los intereses europeos que a los nuestros, no podía dejar de suponer que las tropas españolas eran muy superiores a las tropas argentinas bajo todos respectos, y que la expedición a Chile, sería al fin como una expedición a Misiones de Artigas: una farza o una aventura absurda que tenía que acabar para nosotros por una catástrofe. Consideraba que ya fuese en virtud de este descalabro, ya por el estado de anarquía espantosa en que se veía nuestro país, ese precario Ejército de los Andes tenía que desgranarse en medio del desorden, y que cayendo el Directorio con

al todo oía que quedar disuelto en manos de los mon-
-teceros, de modo que la Banda Oriental debia quedar
definitivamente librada á la Corona de Portugal, y sin
mas enemigo sério que la España. La verdad es, que
esta previsión no fuese inquestionable á los ojos
de un extranjero, y sobretodo de un general diplomá-
tico europeo, que tan poco acertados han sido siempre
para juzgarnos y comprendernos. Con estos anteceden-
tes deducia plógicamente, que la política del Portugal
consistía en contemporar: con el Director, y á
Artigas, con todas las dificultades de un avenimiento, aumen-
tándolas él con esos procedimientos y medidas para con
Buenos Aires y el Director que levantaban contra es-
ta tan amargas sospechas en los pueblos y en sus
caudillos, y que por lo mismo introducían la desconfianza
y hacían mas imposible el comercio.
El coronel Ydíaz, que era un agente astutísimo, bajo
todas las apariencias de una mansedumbre llena de
bondad y de inocencia, supo descubrir cuanto quiza
abundando en las ideas preconcebidas que había su-
puesto, que lo había conocido á Leco, de modo que
al mismo tiempo que Leco se quedó confundido en la
imposibilidad de que Artigas se sometiese á la direc-
cion del gobierno Argentino, de que entregase las
provincias litorales al mando de los agentes de este
gobierno, le mostró al general Ydíaz documentos irre-
fragables, de que como su Rey quería guardar completa
neutralidad con respecto á las provincias Argentinas.
Le comunicó parte de sus instrucciones; le hizo ver

que las tenía para no permitir desembarco ninguno de tropas españolas en puertos *brasileros* u *orientales* que estubiesen ocupados por *Portugueses*; y autorizó al coronel Vedía para que lo trasmitiese al Director Supremo, agregándole que, si quería mayores seguridades, pedía sobre esto una declaración pública y solemne de su Gobierno, segura de que se la enviarían, por que era cosa tratada y resuelta. Vedía que sabía que la expedición sobre Chile era también infalible, y que como buen patriota contaba con el triunfo, introdujo hábilmente el tópico manifestando grandes dudas y la creencia de que al fin se comprendería quizás que lo mas prudente sería traer los acantonamientos de ese Ejército á Córdoba ó á Buenos Aires, para obrar seriamente contra los Monteneros. Lecor oyó con poco gusto la confidencia, por lo mismo que le pareció natural y juiciosa; y se esforzó más en dar seguridades de la completa desinteligencia que habia entre la España y el Portugal, y de que este jamás le permitiría á la otra que volviese á ocupar punto alguno del Rio de la Plata, mientras durase la ocupación de la Banda Oriental, pues que no se trataba de conquista, sino de evitar que los gauchos brasileros ganados por el desorden y por el ejemplo, se insurreccionasen contra los Europeos; cosa de que ya se sentían síntomas que lo hacían temer.

Vedía y Lecor quedaron íntimamente satisfechos de su entrevista: médio engañados á la vez, el uno por el otro, y especulando cada uno en su sentido. Cuando salió del campo portugués, Vedía se dirigió al de Arti-

gás, que estaba bastante ansioso por saber el resultado! Muy lejos de procurar lisongear la torpe soberbia del caudillo, el coronel Vedia le declaró categóricamente que el general Portuguese se resistía a entrar con él en convenio alguno que no fuese sobre el desarme de sus banditas y su salida del territorio. Pero que le había declarado que su objeto no era conquistar sino pacificar la Banda Oriental; y que por lo tanto que si el Gobierno de las Provincias Unidas tomaba la responsabilidad exterior del país, de una manera efectiva que diese garantías de orden y de regularidad al Gobierno Portuguese, el Rey no tendría dificultad para entrar a tratar con aquel gobierno sobre la situación definitiva de la Banda Oriental. Artigas se abandonó entonces a un rapto brutal de indignación: dijo que iba a asolar las provincias Brasileñas, y que iba a mandar todo el Ejército, Corrientes y Santa Fé para que talasen y arrasasen a Buenos Aires, por que todo era una intriga de los traidores porteños, infernalmente tramada contra él y contra los Pueblos Libres. Pero Vedia, con cierta paciencia firme y diestra que le caracterizaba, lo pudo traer a la razón; le aseguró que el Gobierno y el pueblo de Buenos Aires estaban animados del mejor deseo por la causa Oriental, y de un gran entusiasmo por la guerra: que todo dependía de que él, como jefe de la provincia invadida, quisiese prestarse a un pacto de reconciliación; y que estaba seguro dijo Vedia, por haberse oído al mismo Director Supremo, de que salvándose las apariencias, todas las provincias Argentinas harían causa común con los bravos Orientales en esta guerra tan justa como ne-

cesaria. Pero que bien comprendería que persistiendo en ser enemigo, no había como pensar en auxiliarlo. Artigas insistió que donde él estaba nadie mandaría en jefe sino él; e insistiendo Vedia a su vez en que quizás eso mismo se podría arreglar abriendo una negociación formal y sincera, Artigas se limitó a decirle que su Delegado en Montevideo, D. Miguel Barreiro, tenía autoridad suficiente para conferenciar, y para obstar como conviniese a los intereses y derechos de los Pueblos Libres, absteniéndose por su parte de decir el habla de categórico, ni que fuese procedencia suya. Tal era su terca soberbia que aun en medio de aquellos conflictos superiores a sus aptitudes y a sus medios no se ocupaba sino de saltar las apariencias de su vanidad, y prefería perder su país antes que consentir en que necesitaba de que los Porteros lo salvarasen: quería darse aires pueriles de que lo que robiese entrara como un servicio de leudo o como un contingente que era obligatorio del parte de su soberbio Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y esto no es ironía; ya lo veremos a esta villa desatinadísima nota que le hizo firmar el Excmo. Montevideo con fecha 10 de Noviembre de 1817. Entretanto, en Buenos Aires nada se recibía del coronel Vedia después de un mes de su partida; era tal a este respecto el estado de los espíritus en Montevideo, tan grande la ciega y automática sumisión que le habia impuesto aquel terror que debía reproducirse en Buenos Aires bajo el nombre de Rosas veinte años después, que ni el Delegado Barreiro, ni el Cabildo, ni nadie se habian atrevido a dar cuenta siquiera de la lle-

gada de Védia, y mucho menos á contestar una sola palabra á los oficiosos ofrecimientos que el Director Argentino les hacia por medio del dicho comisionado. No se atrevieron ni á recibir siquiera las únicas esperanzas de salvacion que tenían, antes de saber lo que disponia de ellos el bárbaro señor de ydías haciendas, de quien dependian ellos y todo el país con tan servil acatamiento. Inquieto el Director con este sistema que era muy grave, dados los antecedentes de la conducta de Artigas y de sus bandos contra los oficiales argentinos, á quienes sacrificaban sin piedad, comenzó á temer por la suerte del Señor coronel Védia, quien además de ser un oficial de valiosas prendas, era sumamente estimable por su cultura y estaba estrechamente ligado á la amistad personal de aquel. Este temor se agravó por una circular virulenta (propia de la pluma del Frailo Monterroso, secretario de Artigas) que estaba lanzada con fecha de 16 de Noviembre contra el gobierno Argentino, por la traicion que hacia á la Patria no auxiliándole con el envío de tropas de recursos oficiales y espontáneamente, apesar de sus hostilidades, de la entendi, y ahogando tambien de todo ante su soberana voluntad. El Director, mas inquieto con esta circunstancia por la suerte del coronel Védia, se dirigió de nuevo y nuevamente profundido, al Delegado y al Cabildo de Montevideo, reclamando una respuesta y noticias sobre todo respecto del Comisionado. Las dudas que inspiraba la suerte de este habian comenzado á producir una reaccion en el público, que aunque ignoraba los detalles de la negociacion, sabia por lo menos que el coronel

Veían habiéndose empleado para trabajar, y como el Az-
mar popular lo tenía ya víctima de las tiras de Ar-
tigas, la indignación venía á ser natural; y ya se leván-
taban voces autorizadas que sostenían que la mejor po-
lítica era abandonar á los orientales en su suerte, y
guardar la neutralidad en la contienda, siempre que los
portugueses diéran garantías de no hacer más guerra
ni de arrebatar el Brasil. En estos momentos es que el
nuevo jefe de portafolio, en presunción imaginaria de
que le tenía la culpa de la resistencia y de la circular
con que Artigas respondía á los buenos oficios del Di-
rector y del Pueblo de Buenos Aires.

Don Juan Barreiro recibió la nota en que el Direc-
tor le reclamaba tan justamente por el indigno silencio
que se guardaba para con el respecto del coronel Ve-
láz, á quien se suponía preso ó víctima de Artigas, el De-
legado acababa de recibir el encargo de este, para
que aceptase la negociación. Pero nada le decía acer-
ca del paradero ni de la suerte del Comisionado ar-
gentino, de modo que ninguna noticia satisfactoria po-
día tampoco suministrar sobre esto al Director. Pero
aun así, al proceder urgentemente, por ese expreso que
había recibido en la noche del 3 de Diciembre, espi-
rado un Bando ó Auto Acordado con el Camado, con le-
nes, nombrando á don Juan José Durán, á don
Juan Francisco Giró y á don José Vidal para que pa-
sasen á Buenos Aires como Comisionados, á solicitar
los auxilios necesarios para hacer la defensa de Mon-
tevideo y para sostener la guerra contra el Portugal, con
facultades AMPLIAS Y SIN LIMITACION ALGUNA para que pudie-

sen tratar sobre esta con el gobierno de la Provincia Unidas, cuanto concierne al mencionado alga y sus incidentes: decía: la credencial Escusando su silencio, decía Barroso como la nota oficial que por el último oficio del Director había recien á comprender que se habia perdido la correspondencia anterior en que habia contestado á las notas traidas por el coronel Védia, manifestando al indeseoso y honra ta que no podia ocultar que la causa era la humillacion con que todo dependia de la voz del pandillo, hasta una simple acusacion de recibo. Agregaba que en esa fecha (dia 6 de Diciembre) nada se habia sabido del coronel Védia. Abundaba en grandes protestas de franqueza, en ofertas, sinceras, de adhesion: « á las garantías que prometo, decía, siempre que V. E. se preste á hacer causa comun con esta provincia contra el ejército portugués, que la invade son prue- « bas nada inequívocas de cuán distante estoy de ren- « sar en otra cosa que la union. » Procuraba sincerar la conducta y la circular de Artigas con la culpable de- mora del Director en acudir á su defensa y con la ignorancia en que aquel se hallaba, cuando hizo expedir esa circular, de la *misión tan tardía* del coronel Védia, sin que se hubiesen atendido á tiempo las solicitudes confiden- ciales que el Cabildo de Montevideo habia hecho, por sí propio, y por medio de don Víctorio García Zúñiga para que el Director ocurriese con sus fuerzas á reforzar al jefe de los orientales. No era extraño el tono de la circular de éste (decía) cuando se notaba que

Buenos Aires seguía comerciando con el Portugal, seguía admitiendo su bandera y sus nacionales con toda seguridad en sus calles y en sus plazas, al mismo tiempo que estos estaban derramando ya la sangre de los orientales; todo esto es lo que ha incitado al general don José Artigas á la adopción de aquellas medidas, lo que con disgusto recuerdo, obligado solo por la necesidad en que Y. E. me pone de revivir «dicen el honor de mi jefe» y sobre lo que aseguro echare un velo denso porque estoy penetrado «de que la unión es la única salvadora de nuestra libertad». Estoy dispuesto á hacer por ella todos los sacrificios que sean conducentes á tan sagrado objeto. Refiriéndose en todo lo demás á lo que dirían los comisionados: me lo juro á Y. E. agregaba en nombre «de mi jefe, que será restablecida muy en breve la confianza y mas sincera amistad, como corresponde entre hermanos; que se removerán los motivos que recientemente han turbado nuestra próxima reconciliación; y que reunidos nuestros esfuerzos con la actividad y energía que exige el conflicto de nuestras circunstancias, podamos demos contar como infalible el triunfo contra el «enemigo común.»

Cualquiera alma digna comprenderá las imperpetuaciones de la nota en el principio: la poca dignidad con que el Delegado trataba de las mismas desgracias de su país y la grande necesidad que tenia de los auxilios que solicitaba de un pueblo que él y su jefe odiaban ahora mas que nunca por lo mismo que necesitaban de sus sacrificios.

En una carta particular con que Barreiro acompañaba esta nota, ponía un especial cuidado en disculparse por ella, y en disculpar también un acto "hecho" de influencia con que Artigas había procedido. En meses anteriores, suponiendo al Gobierno de Buenos Aires escaso de recursos y sobretodo de pólvora, le remitió oficiosamente una buena cantidad y armas. Las recibió en la Purificación del Uruguay, y se las remitió a los Santafecinos que carecían completamente, para que hostilizaran los convoyes que pasaban de Buenos Aires, a las fronteras, y las tropas del ejército Nacional que habían venido a guarnecer la provincia de Córdoba. «¿Es posible, decía en esa carta, que tengamos que emplear todo el tiempo en contestaciones? ¿Cómo conveniré a V. de la sinceridad de mis pasos? La conveniencia general grita por remover todo obstáculo.»

Esta conveniencia general había nacido para Artigas y Barreiro el día en que los portugueses los amenazaban. No había existido antes: cuando Salta y Tucumán gemían y luchaban en mares de sangre contra la España: cuando Chile caía, haciendo indispensable redimirlo para defensa y por dignidad propia: no había existido cuando Buenos Aires se hacía pedazos para arrancarle a la España las murallas de Montevideo y por asegurar la causa de todos, arrojando sus hijos a millares en el Perú. Durante todo eso, no se trataba de la causa de Artigas o de Barreiro y no había por consiguiente EXERECIO GENERAL para ellos. Ese interés recién nacía cuando veían que la barbarie del caudillo había abierto las puertas a las pérdidas ambiciones del extranjero: — «Nuestra

«satisfacción está vinculada exactamente a la actividad; y es preciso que aprovechemos hasta los minutos:» decía el que había celebrado y congradado a su Gefe por la derrota de Los Portenos en Siri-Siri.

«Yo le juro a Vd. por mi honor (1) que he sentido infinito tener que escribirle ese largo oficio.

«Pero como Vd. en el suyo me pide explicaciones so-

«bre la circular de mi general, yo me he visto en la

«necesidad de hacerlo. ¿Que quiere Vd.? Hay la fatali-

«dad del mal complicaciones... sucedieron los lances de

«Santa Rosa. José Artigas recibió partes que de-

«bieron exalarlo. A Vd. se le dijo lo de la pólvora re-

«mitida a aquella ciudad.... Se fueron fomentando las

«sospechas: la distancia agrando los motivos.... Pero

«la defensa común es lo que debe inspirarnos: aho-

«guemos cuanto pueda influir en atrazarla. Este es el

«sopremo interés y la suprema ley. Exija Vd. todo

«esta noche. Ahí va una Diputación formal. No per-

«damos una instante, y que veamos de una vez garan-

«tizar el fruto de tantos trabajos. Yo le ruego a Vd.

«por la voz sagrada de la Patria que en un día quede

«todo allanado...»

«El Cabildo hablaba en el mismo sentido agregando

al fin: «El sargento mayor D. Juan Caceres habrá

informado a V. E. del destino del Mayor General D.

Nicolás Vedia, que aún no ha regresado, ni lo espera-

mos por esta ciudad según las noticias mas seguras

que hemos tenido.»

«Entretanto, esa misma mañana del 6 llegaba el

coronel Vedia a Montevideo. Informado de que Barreiro

y el Cabildo se habían adelantado; y de las alarmas en que el Director estaba por su paradero, se embarcó inmediatamente, usando de una autorización que le había dado el General Lecor para disponer de un buque, cualquiera de la escuadra Portuguesa, y desembarcó en Buenos Aires el 7 de Diciembre.

La CRÓNICA decía con este motivo: «Esta mañana ha entrado en nuestro puerto un buque de la Marina Real Portuguesa, conduciendo al Mayor General Vedia, que fué al Ejército portugués que opera en la Banda Oriental. Aunque no sabemos las transacciones mediante las que ha tenido con el General Lecor, podemos asegurar que este ha significado que no hostilizará ni da parte Occidental del Río; antes bien, tiene muy estrechas órdenes de su Amo para guardar toda la comunicación posible con el Gobierno que preside estas provincias; que su objeto es recuperar el territorio que se ha usurpado á la Corona del Brasil en guerra anterior: que las fuerzas que manda son de seis á ocho mil hombres, los que vienen en tres divisiones; y que el general de una de ellas, jacta el valor, y eficacia de sus soldados, pues ha dicho que se precia bastante para pasearse por las provincias Unidas.» Las noticias traídas por Vedia, como se comprende, eran tranquilizadoras para el Gobierno, y por consiguiente satisfactorias; no es de extrañar pues el desahucio de la CRÓNICA, que se acentúa mejor en lo que sigue;—«Seguramente ha creído el General Lecor que somos una reunion de imbéciles, para que creamos que no intentan conquistarnos para venjarse.

...gamos, otra vez á nuestros amos, pues mal puede entenderse el decoro y consideracion á nuestro Gobierno, cuando principian por desmembrar la integridad de las Provincias Unidas. La cuestion está reducida á decidirse por las armas. La suerte de ellas, decia el General Montecuculi, no depende absolutamente del saber, sino de la fortuna y del destino de los Pueblos. Es llegado pues el tiempo en que la Patria (léase República Democrática), llama á los esfuerzos de todos sus hijos; y cometeria un delito de lesa patria el que apostatase de ella.

Los Comisionados de la Banda Oriental llegaron el dia 8 de Diciembre, por la mañana muy temprano. Fueron recibidos y oídos inmediatamente por el Director y por el Secretario de Gobierno don Vicente Lopez. El Director se mostró muy solícito por la causa de los Orientales; ofreció que no cesaria de dar auxilios de armas y pertrechos, como lo habia hecho hasta entonces, siempre que Artigas los emplease contra las invasiones extranjeras, no en armar á las montañas argentinas que guerreaban contra la autoridad legitima del Gobierno, como ya lo habia hecho, inicuamente, sin querer comprender los deberes y las necesidades de su difficult posicion. Pero el Director declaró tambien categoricamente que no entraria de una manera oficial en la guerra, suministrando con tropas argentinas Montevideo, y enviando un ejército en la campaña oriental, mientras no fuese sobre la base solemn de que Artigas y los orientales reconociesen al Congreso General y la Autoridad Suprema del Gobierno de la Nacion. Los Comision-

nados invocábilis consideraciones de prudencia y de va-
 nidad que en los primeros momentos debían tenerse pre-
 sente para ir salvando los obstáculos poco a poco. Pero el
 Director les declaró que hablar de eso era perder el
 tiempo, y que nada, absolutamente nada le haría alie-
 nular esta condición indeclinable, porque el no podía
 disponer de los recursos y de la sangre del país sino
 para el país mismo que si Artigas quería ser inde-
 pendiente y enemigo del Gobierno de las Provincias
 Unidas, no era justo que estas se sacrificasen por él
 en semejantes momentos, y en una lucha tan llena de
 peligros. Los Comisionados hubieron de conformarse,
 pues sus credenciales eran amplias y sin limitación al-
 guna, como se ha visto. El Director encargó a su Mi-
 nistro que acordara con los redactores del convenio con
 los Comisionados, mientras se citaba al Cabildo de la
 Junta de Observación y Corporaciones, para darles
 cuenta de lo actuado y obtener su sanción. A las 12
 del día estaba hecho y sancionado el convenio cuyas
 cláusulas capitales son estas: *Primera*, Obediencia Ju-
 rada al Soberano Congreso y al Supremo Director por
 la Provincia Oriental, entrando esta a la vez como una
 de las tantas provincias que la formaban. *Segunda*,
 juramento de la Independencia Nacional proclamada por
 el Congreso, enarblando el Pabellón argentino, y en-
 viando inmediatamente Diputados al Congreso en razón
 de su potestación. *Tercera*, envío de fuerzas y auxilios
 para la defensa y para la guerra. Otro convenio reser-
 vado esplicaba el artículo tercero y determinaba que el go-
 bierno argentino se comprometía a mandar con toda ur-

gencia á la plaza de Montevideo un cuerpo de mil hombres: 200 quintales de pólvora, 100.000 cartuchos, 1000 fusiles, ocho cañones de bronce de calibre mayor, y seis de tren volante, con lanchas para sacar las familias de la plaza.

Diffícil es dar una idea del alborozo, de la espansion y de las manifestaciones de entusiasmo en que la ciudad entera prorrumpió desde que se supo el resultado de la negociacion. De todos los cuarteles y de todos los cafés se levantaron al aire centenares de *cohetes voladores*. Las salvas de artillería atronaban el aire. Delante de todas las tiendas y casas particulares se arrojaban millares de *cohetes de la india*. Por todos los subúrbios los Cívicos hacían fuego de pólvora con sus fusiles: grupos de mozos alegres de la clase popular cuajaban las *pulperías* de mayor crédito en los Barrios del Alto, de la Concepcion, de Monserrat, de San Nicolás y del Socorro hablando ya de ir á batirse con los portugueses. En los cafés mas aristocráticos, y en las plazas, se organizaban grupos con algunas músicas y banderas celeste-blancas, que seguidos de un pueblo inmenso recorrían las calles *virando* á la Patria, al gobierno, á los orientales, y aún al mismo Artigas. La casa del señor Riglos en que se habían alojado los Comisionados Orientales estaba materialmente atestada de gentes que venían á felicitarlos. Pero en medio de este grande júbilo todos extrañaban y lamentaban la ausencia de Dorrego; y aún sus mismos adversarios convenían en que siendo imposible echar mano del general Alvear por su in-

compatibilidad, con la situación presentada en que no siendo posible ni pudiendo sacar al general Belgrano del Norte, Dorrego habria sido el único militar aparente y apto para mandar en jefe las fuerzas argentinas que todos querían hacer marchar yá, con toda urgencia, en socorro de la Banda Oriental; á términos que podría haberse dicho de Dorrego en aquellos momentos, lo que Tácito del pueblo blico cuando en un momento análogo lamentaba la falta de Bruto. *Sed Brutus præfulgebat eo in quo quod illum non vident.* La cosa era difícil en efecto; el mismo Director, puesto en la necesidad de encomendar la direccion de las armas argentinas á un jefe dotado de las qualidades que se requerian para mandar en jefe en circunstancias tan graves, no sabia en quien fijarse. El general Diaz Velez, el general don Antonio G. Balcarce acababan de perder la gracia y el favor de la opinion pública por los sucesos recientes de Santa Fé, y por otras causas anteriores; así es que eran poco á propósito para el momento. No habia muchos otros con quienes contar para confiarles el mando en jefe. Aflijidos los hombres del gabinete delante de estas dificultades, que eran serias, alguien haciendose eco inútil de la voz popular, dijo:—Si tuviéramos á Dorrego!—Mejor fiera que usted fuese adivino para no necesitar de Dorrego! dijo el Director, visiblemente contrariado; pero volviendo al instante las cosas á las nevas urbanas y delicadas, agregó:—He efectuado ya el hombre para mandarlo al lado de Artigas:—¿qué que á otro se lo llevaba el Diablo? pero los portugueses, en todo caso, habrian tenido tambien que hacer! Concluyeron.

En cuanto á la hipocresía y crédito que Dorrego tenía entonces como bravo y como militar experto, puede buscarse el testimonio, nada dudoso por cierto, que nos ofrece el general don José María Paz en sus *Memorias*.

por resolver que lo mejor que tenían á mano era el honradísimo general don MARCOS BALCARCE; poco aparente como general en jefe, pero muy á propósito por su juicio, por su templanza y por su táctica, para obrar como segundo de Artigas, en apariencias al menos; mientras que resuelto el problema de Chile se hacía venir al general Soler, ó al coronel Las Heras, á quien San Martín recomendaba ya desde entonces como un jefe consumado para dirigir grandes operaciones.

Al frente de este resultado, la CRÓNICA, en cuyas columnas y en cuya oficina estaba reconcentrado todo el partido de oposicion, decia:—« Hoy ha adquirido « nueva vida la Patria, y es muy glorioso para el Go-
« bierno actual haber cortado la anarquía que irremisi-
« blemente hubiera perdido aquellos valiosos territorios (de
« la Banda Oriental)... El peligro comun es el mejor caústi-
« co para cortar la gangrena política: nada hay peor que la
« dominacion estrangera; ¡y que dominacion! Portuguesa!!!
« Que sin duda es peor que la Española, pues son sin
« comparación mas ignorantes, mas supersticiosos, mas
« intolerantes y por eso se han unido para subyugar-
« nos, hombres que se arrodillan todavia delante de su
« Principe como si fuera la Deidad; que sin embargo
« de estar bajo la tutoria de la Inglaterra, no han po-
« dido hacer progreso alguno en la civilization y cul-
« tura de las costumbres; que son verdugos de la es-
« pecie humana: díganlo los millares de esclavos que
« gimen en su dominacion con vergüenza de la huma-
« nidad. Este es el Gobierno que ahora ha armado la

« guerra de la Santa Cruzada para hacer cesar la anar-
 « quia de la Banda Oriental, y restablecer el orden, a
 « fin de que la Revolucion no cunda en los dominios
 « de S. M. F. A la verdad que la empresa es filan-
 « trópica.... pero acuérdesse el Rey Fídelísimo que está
 « en un hemisferio donde los reyes no se miran como
 « Deidades á quienes toda criatura debe adorar. Y vo-
 « sotros, bravos Orientales, deponed esos falsos temo-
 « res que son el aliento de los espíritus turbulentos
 « que viven de la discórdia.... el amor á la patria es
 « el vínculo mas fuerte de la naturaleza.... Quieren
 « entregarnos al despota y fanático Fernando, el patri-
 « cida.... Nuestra causa tiene muy serias consecuen-
 « cias; y puesto que el honor se opone á toda hu-
 « millacion, no hay mas que — *ferro rumpenda per*
 « *hostes est via.* »

Tales eran las esperanzas á que se entregaba la CRÓNICA sin ver lo que estaba delante de sus ojos: la incompatibilidad de Artigas con toda política regular que pretendiera dar cohesion á las leyes y al Gobierno de la República. Y cómo hubiera opositores al convenio con Artigas, que lamentaban el profundo trastorno que debia producir la sancion legal que esta alianza daba al imperio de los caudillos y al movimiento de las masas populares, la CRÓNICA decia: — « Seria muy conve-
 « niente que esta CLASE de hombres hiciese un paralelo
 « entre su situacion actual y la que tenian antes de los
 « trastornos populares: entre sus esperanzas presentes y

« las que podian formar durante el sistema español: entre lo que el país exige para terminar la grande obra empezada, y lo que seria útil en el curso ordinario de las cosas. Pensar que la Revolucion debia reducirse á que los Americanos suplantasen á los Peninsulares en el ejercicio de los empleos, é imitarlos en su conducta: pensar que verificado aquel trastorno trascendental al interes, al brillo y comodidades de muchas familias de que no se podia desprender el país, era dable poner un punto á la efervescencia popular que debia provenir de aquella grande mutacion; es entregarse á un campo matizado de INSIGNES QUIMERAS en que no habitan la naturaleza ni el corazon humano. Tanta locura viene pues á ser el declamar ahora en contra de la Revolucion, como lo es el declamar contra las enfermedades de los hombres. Despues de grandes desórdenes y abusos, el cuerpo político viene á un estado convulso que lo lleva á la SALUD, ó á la MUERTE; y, supuesta la existencia de aquellos antecedentes, esta crisis es natural y necesaria en uno y otro caso. Pero formar una LIGA contra los mismos elementos que deben entrar en esta operacion política (hablamos de las VIRTUDES REPUBLICANAS) y empeñarse en aparecer Cortesanos, importa tanto como arrebatarse al nuevo edificio de sus cimientos, y quererlo trasportar de golpe donde no los tuviese!!....» Y la CRÓNICA entra, con este motivo, en un estudio encomiástico y erudito de las formas republicanas y democráticas; estampando en acero, como muchos lectores han podido verlo, las leyes providenciales de la Revolucion de Mayo,

con una energía de estilo y de pensamiento que no creemos que tenga nada de superior en lo escrito antes, ó despues, para fijar los mismos principios.

Puyrredon habia sufrido en todo esto la presión urgente de los acontecimientos. La oposición y el alboroto que ella habia contribuido á levantar en la opinión pública se puede decir que lo habían precipitado en una via en la que no estaba satisfecho de haber entrado con tan poca premeditación. Sumamente cauto y reflexivo por carácter, estaba pues descontento y en el fondo indignado contra los hombres que lo habían echado en estas dificultades antes de tiempo. No veía claro tampoco en los modos prácticos con que podía existir comunidad de miras y de proceder con un hombre como Artigas, dado el estado de las provincias litorales y de los partidos en todas las otras. Caviloso con todo esto, mandó llamar á su Secretario de gobierno. Eran las diez de la noche cuando este llegó á la FORTALEZA ó casa de gobierno. El Dr. Lopez participaba de la misma situación de espíritu en que se hallaba el Director; pero desconfiando de su capacidad personal para ver claro y con acierto en estos problemas intrigados de la astucia política, hizo nuevos empeños á fin de que el Director restableciese sus relaciones con el Dr. Tagle, y le consultase inmediatamente antes de comprometerse en ningun paso definitivo con el Portugal. Lopez se ofreció á ir el mismo á traer á Tagle. El Director consintió conviniendo en la necesidad de oír, al menos, á este hombre tan agudo y tan certero en sus cálculos. Media hora despues estaba el Dr. Tagle con el Director, con el Secretario de Gobierno, y con el Secretario de la Gner-

ra el Coronel D. Juan Floréncio Terrada, Tagle, con una calma prolija y con un excepticismo inflexible, declaró que Artigas no podía entrar á la Union; que lo probable era que guardaría silencio sobre el acuerdo de reconciliacion, hasta que estuvieran las tropas Argentinas en Montevideo y en la Banda Oriental, con todos sus pertrechos; y que teniéndolas entonces, aisladas y comprometidas volveria á sus mismos procedimientos, hasta que se le rindiesen, y hombres y cosas entrasen á su servicio. Según esto, dijo, que el Director haria mal en empezar por remitir los auxilios: que lo conveniente era suspender esos envíos: publicar el acuerdo y mandar una nueva misión al general Portuguesez, comunicándole que la Banda Oriental se habia reincorporado á las Provincias Unidas; que habia cesado por consiguiente el motivo de la invasion; y que era llegado el caso de que tuviese toda su fuerza antigua el tratado de 1812, celebrado con Rademaker. Mientras tanto, decia el doctor Tagle, Artigas tendrá que pronunciarse sobre el acuerdo de hoy (8 de Diciembre), tendrá que entregar el Entrerrios, Corrientes y Santa-fé, á los Intendentes que nombra el gobierno; habremos tomado garantias de cumplimiento y obediencia antes de entrar en la guerra; *y podremos tambien sugerirle á Lecor*, que, como cláusula de paz y evacuacion, él y nosotros exigiremos que Artigas salga del territorio argentino. Si Artigas se niega debemos limitarnos á la neutralidad armada; y esperar sobre esto las resoluciones del general San Martín. Si Lecor se niega, mandemos una misión á Rio Janeiro con las mismas instrucciones, para dar tiempo á que la campaña de Chile se desenvuelva; auxi-

liando con armas y dinero a los Orientales mientras tratamos. Todo lo que no sea esto, es *entartar*nos en las astas del toro, sin albedrio propio para manejar nuestros propios recursos y para hacer lo que nos convenga, entre dos enemigos, de los cuales el peor es el que nos pide que le salvemos para sacarnos los ojos. «Esta es mi convicción de hace mucho tiempo.»

El Director se ratificó por consiguiente en sus previsiones, y le ordenó al secretario doctor Lopez que llamase por la mañana siguiente a los Comisionados Orientales: que les impusiese francamente de todo lo que habían meditado y resuelto, sin mencionar al doctor Tagle porque *por ahora* era inutil. Los comisarios oyeron todo. Nadie mejor que ellos sabia las miserables condiciones de la Banda Oriental bajo la férula de Artigas; y nadie mas que ellos ansiaba por verla libre de este bárbaro atroz. Conviniéron en que el gobierno argentino tenia plena razón en sus temores y precauciones; pero insistieron vivamente en que al menos las armas, los pertrechos y una pequeña guarnicion, se enviasen con urgencia. Se accedió a esto; y los Comisionados acordaron dar cuenta al Delegado callando lo referente a Artigas. Convenido así, se formó nuevo consejo de corporaciones; para proponer la *misión diplomática* *previa* a la declaracion de guerra y a la responsabilidad de las operaciones. — «Despues de nuestras últimas notas (le decian los Comisionados al Delegado) hemos sido convocados a nuevas sesiones con S. E. el Director del Estado y principales Corporaciones sobre el interesante punto de declarar la guerra a los portugueses. . . . Se

« ha discutido mucho la materia... y como de hecho es-
« tán abiertas las hostilidades por los auxilios y fuerzas
« que se proveeran, se ha resuelto que por ahora se
« suspenda la declaracion y que se envíe una nueva lega-
« ción al general Lecor instruyéndole etc. etc.... Interin
« se remite una Embajada cerca de la Corte del Brasil .
«bajo el supuesto de que esta medida solo es adop-
« tada por ver si se consigue alargar al enemigo, y to-
« mamos tiempo para reforzar con desahogo ese punto..
«pues la guerra, si aquel no admite, será sobre el mo-
« mento publicada del modo mas solemne.

Desde este momento, como se comprenderá, el doctor Tagle habia recuperado todo su valimiento poderosísimo en el gabinete argentino. Se le llamaba para todo; pero aunque el doctor Lopez insistia por retirarse, puesto que tenia sucesor, el Director insistia tambien en que el cambio no debia hacerse hasta que no quedase en claro si tendríamos guerra ó neutralidad con los Portugueses: guerra ó sumision de parte de Artigas.

Tagle tenia razon. Comunicado el convenio del 8, y dada la noticia de su notoriedad y publicacion, Artigas se volvió un demonio, un volcan de enojos y de iras; y mandó que en Montevideo, en Entrerios, y en todas sus dependencias fuese quemado en las plazas, con un bandó iracundo é injurioso contra el Director y los Portegueses: «Ninguna contestacion hemos recibido de V. E., en contestacion á nuestros pliegos del 8 y del 9, (decian con fecha 19 de Diciembre los Comisionados, dirigiéndose al Delegado) no obstante que somos instruidos con sorpresa de las notables ocurrencias que les subsi-

« guieron. V. E. no se ha dignado aprobar el acta del
 « 8. Sin cuestionar si esto es con razon ó sin ella, lo
 « que toca la raya de lo increíble es que V. E. pre-
 « tenda que los Comisionados *se han escedido*. Recuerde
 « V. E. el TENOR de las credenciales con que fuimos
 « habilitados, y las INSTRUCCIONES VERBALES, y verá que no
 « ha podido ser mas ajustada nuestra conducta. Si tan
 « criminal imputacion hubiese de servir á la salvacion de
 « nuestra patria, la soportariamos con virtud. Pero cuando
 « ella labra su sepulcro, *escede de todo punto su inven-*
 « *cion*. El resultado de estas políticas tramoyas ha venido
 « á ser: que en este mismo dia destinado para el em-
 « barque de las primeras tropas (350 hombres), y en la vispera
 « de dar la vela el convoy, se hayan recibido los pliegos de
 « V. E. desaprobatorios del convenio, con otras indica-
 « ciones que no pudieron menos que *exaltar los ánimos*.
 « Sobre el momento se espidieron órdenes para suspen-
 « der el embarque de las tropas, y retencion del convoy,
 « y convocada nueva Junta, se oyó allí al intérprete de
 « V. E. don Víctorio García Zúñiga, y con ellos y con los
 « pareceres de los vocales quedó resuelto no prestar el
 « menor auxilio sin que antes fuese sancionado el convé-
 « nio.... Todo ha sufrido pues el mayor trastorno en un
 « momento, y aquel placer general que reinaba en todos,
 « y de mil modos se procuraba insinuar, se ha conver-
 « tido súbitamente EN FUROR y EN UN ENCONO INAPAGA-
 « BLE. »/ Y así era en efecto: la reaccion se habia pro-
 « ducido. El patriotismo que lleno de entusiasmo habia
 « prerrumpido en un grito espontáneo de guerra contra
 « los Portugueses, chasqueado ahora por la conducta ene-

miga ó intransigente de Artigas; le maldecia como la piedra de escándalo y de perdición de la patria; conviniendo en que lo único prudente ó ventajoso, era la neutralidad armada y la expectativa. El Supremo Director había conseguido pues restablecer el mérito de su política en la opinion pública, al mismo tiempo que dejaba en el mal lado á los opositores; sobre quienes podria asentar la mano con dureza seguro de que no estaban al lado del buen viento como él. « La patria iba á recibir nueva vida (decian los Comisionados al « terminar), pero esta en su misma cuna desapareció, « y de nada somos responsables habiendo procedido « por mera Comision. » El Delegado les contestaba:— « Yo he desaprobado el acta, por que he debido hacer- « lo. No me es posible comprender cual de mis ins- « trucciones, ó de los poderes conferidos hayan podido « influir para entrar á firmarlos. Este indulgente Ca- « bildo y yo tenemos una representacion subalterna; y « cualesquiera que fuesen las facultades con que hubie- « semos investido á V. S. S. nunca podian tener otro « carácter que ese.... Si V. S. S. se hallan convenci- « dos de que ese Director no procederá á auxiliarnos sin « la ratificacion del acta, puede V. S. dedicar sus es- « fuerzos á comprar y remitir por cuenta de esta Caja « 500 fusiles por lo menos y cuanta pólvora y fornituras « pueda hallar; y regresar inmediatamente. » En cuanto á este encargo de comprar fusiles y pólvora, respondió la Comision que no omitiria diligencia alguna para desem- peñarlo, pero agregaba con zorna:—« para el caso de hallarlos se hace necesario que V. E. ordene lo conveniente para el giro de los libramientos contra la caja de

esa provincia, y á donde deban dirigirse.» En cuanto al regreso, los Comisionados habian resuelto no ponerse al alcance de Artigas.

Los Comisionados, movidos por las angustias del patriotismo, ocurrieron de nuevo al Director para que, al menos les proporcionase los 500 fusiles y formituras de que necesitaba Montevideo; y obtuvieron que á pesar de todo lo que habia ocurrido, fuesen remitidos esos auxilios á la Colonia para evitar que el enemigo los apresase; y no solo esto hemos conseguido (dicen en su nota del 30 de Diciembre)—«sino que partan pasado mañana por el Rio á la Purificación y de allí, á donde se encuentre nuestro general, los Señores D. Marcos Salcedo y D. Víctorio García Zuniga con el objeto de hacerle todavía proposiciones y de inclinar su ánimo á una transacción de las desavenencias sobre bases adaptables á las presentes circunstancias.»

Me ha parecido necesario insistir en la trascripción de los mismos documentos oficiales para poner en toda su luz esta época oscura de nuestra historia: respecto de la cual corren acreditadas por las injustas y mezquinas pasiones del vulgo y del localismo, errores y calumnias que no pueden sostener el examen crítico de la historia; y por lo mismo hemos insistido en dar documentos de pura procedencia Oriental, y que emanaron además de dos hombres, como Durán y Giro, superiores á todo reproche y á toda desconfianza. Dirigiéndose ellos al mismo Artigas, le hacian presente que eran inocentes de toda iniciativa en este asunto; pues todos los pasos con que se habia preparado esta negociacion

habian procedido, única y exclusivamente, del Delegado Barreiro: que al recibir ellos instrucciones amplias para obtener auxilios de Buenos Aires sin *ninguna limitacion* y con instrucciones verbales sobre los apuros supremos en que estaban las cosas, debieron suponer que el Delegado obraba autorizado por el Gefe de los Orientales. — « Reposábamos tranquilos en el seno de nuestras familias... cuando instruido vuestro Delegado de los desgraciados eventos de Noviembre, concibió el proyecto de mandarnos en diputacion á Buenos Aires.... Era cosa árdua; así es que *ademas de la amplitud* de nuestros poderes, quisimos recibir esplicaciones *mas directas de boca* del mismo Delegado VUESTRO VICE-RE-
« GENTE (*sic!*) en Montevideo:... habiendo pasado el mismo á nuestra habitacion y habiéndosele obgetado sobre *las dificultades del allanamiento de V. E. á los mis-*
« MOS PACTOS QUE DESPUES SE ESTAMPARON en el Acta del 8 del corriente, fuimos contestados de hallarse V. E. *avenido á cualquiera partido, POR DURO QUE FUERA, con*
« tal que redimiese la plaza de caer en poder de los Portugueses, cuya pérdida se tenia por inevitable. »

Los comisionados descubren aquí una faz importantísima de la situacion; y es la desesperacion en que Artigas tenia á los hombres de Montevideo, y de los demas pueblos Orientales, por el yugo atroz que hacia pesar sobre ellos. Toda la juventud, la parte culta de la clase militar como los Oribes, Bauzá, Velazco, San Vite, Monjaime, Lapido, y muchos otros, procuraban desde entonces levantarse contra el caudillo, y allanar patrióticamente con esto los obstáculos de la reincorporacion

argentina, como lo tentaron algun tiempo despues, segun lo veremos. Muchos otros vecinos, sobre todo las gentes acomodadas de la campaña, igualmente desesperados, comenzaron á entregarse y á dar tambien sus servicios á los portugueses, cuyos nombres notórios se pueden hoy verificar en documentos públicos. Los mas patriotas miraban pues hácia el lado de Buenos Aires como era natural; y el mismo Barreiro habia comenzado á comprender que Artigas era incompatible con la salvacion de la Banda Oriental, y que era preciso librarse de él entrando en la union argentina. Así es que los Comisionados Duran y Giró, obrando con poca consideracion, por no decir otra cosa, y dejándose llevar de su despecho, descubrieron en su nota las confidencias que les hiciera Barreiro, diciendo:—«Sin ser del caso referir ahora OTRAS ESPOSICIONES « de vuestro Delegado, *poco reverentes á la representa-* « *cion de V. E.*»² Hicieron malisimamente; pusieron en riesgo la vida de Barreiro, como adelante lo veremos, pero no faltaron á la verdad sino á la lealtad que merecia lo que habia sido reservado y confidencial. La contestacion que les dió Artigas merece consignarse— « Por precisos que fuesen los momentos del conflicto, por « plenos que hayan sido los poderes, nunca debieron « V. SS. creerse bastante á sellar los intereses de tan- « tos pueblos sin su consentimiento.... Era dable ni « decente que el supremo Director se ocupase en otro

1. Memoria de un testigo ocular, etc., etc sobre la guerra con los portugueses y con Buenos Aires de 1811 á 1819.—Coleccion Lamas pág. 332 á 334.

2. Oficio de los Comisionados al jefe de los Orientales, de fecha 20 de Diciembre 1816.

« objeto (!) que el de franquear auxilios como lo exigia el apuro de los instantes? » La reflexion es verdaderamente digna de un loco. « Cualquiera otro resultado (continuaba diciendo) era impertinente á la CAUSA COMUN. . . . ¿Por qué se pretende acriminar la conducta de mi Delegado, siendo tan RASTRERA la de ese gobierno? . . . El acta era nula sin las ratificaciones precisas. . . y la rapidez en mandarla imprimir y circular sin aquel requisito, era ostentar un triunfo que está reservado á otros afanes. . . . V. SS. han cesado en su comision; y si les place pueden retirarse á Montevideo: Allí podrán efectuarse las justificaciones competentes, y ojalá que los resultados de su Comision coincidan á los de su conciencia honrada. » Este final irónico era bien significativo para los infelices comisionados. El tirano comprendia bien que era odiado, que de cerca ó de lejos, la negociacion habia tenido por mira mediata sustraerse á su dominio, por medio de fuerzas argentinas á cuyo alrededor pudiesen ampararse y obrar los patriotas; y ésta era la causa principal de sus enojos.

El espíritu de oposicion y el encono de las pasiones de partido extraviaron fatalmente á la CRÓNICA ARGENTINA, poniéndola del mal lado en este conflicto. Refiriéndose á las conferencias y Juntas de guerra que habia celebrado el gobierno después de rechazado el convenio, con el fin de examinar la situacion y lo que convenia hacer, decia la CRÓNICA con despecho y con poco acierto, que estaba muy distante de creer que el Supremo Director hubiese convocado tales Juntas—«para consultar si defenderia el País, ó se mantendria en inaccion.» El sofis-

ma era desgraciado y absolutamente destituido de justicia; debió ser tomado con indignacion por la dañina manera con que se arrojaba al público en momentos tan convulsivos y tan susceptibles de que fuese estraviada la opinion.—S. E. está bien penetrado de los juramentos « que prestó á la Pátria en manos de los representantes « de los Pueblos, al recibirse del mando de ellos. Está « proclamada y jurada con demasiada solemnidad la in- « dependéncia de todos los pueblos de la union, para « que pueda desconocerse y dudarse hasta este punto de « sus primeras y mas sagradas obligaciones. Tampoco « podemos persuadirnos, que aún supuesta la separacion « de independéncia particular con que se maneja el « territorio Oriental, S. E. hubiese trepidado, ni por un « momento en la utilidad comun de contener por todos los « medios á los Portugueses, de hostilizar á esos insen- « satos conquistadores del siglo XIX, cuyas relaciones con « la España y sucesivas miras sobre nuestros pueblos « occidentales, son tan manifiestas aún para los mas ig- « norantes.

Manifestándose en seguida en contra de la expedicion de Chile, que iba á comprometer nuestros recursos y fuerzas al otro lado de las cordilleras, dejándonos ilibrados á un enemigo inmediato, decia la crónica:—Basta ver « LOS EXTRAORDINARIOS SACRIFICIOS con que se está dispo- « niendo la reconquista del Reino INDEPENDIENTE de Chi- « le, para que no nos persuadamos, que nuestro entre- « dicho con el Oriente nos deba arrastrar al error de « desconocer el mismo interés comun que tenemos en pro- « tegerlo... Seria lo mas ridiculo que nos empeñáramos

« en nuevas conquistas, dejando INDEFENSAS y á disposi-
 « cion de quien las quiera tomar, nuestras provincias;
 « y entre ellas, los dos principales baluartes de la li-
 « bertad general—Buenos Aires y Montevideo. » Se opo-
 nia en seguida con acritud á que se mistificara al Pue-
 blo con el aparato engañoso de misiones diplomáticas y
 de actos previos; lo necesario era obrar; y ya que los
 portugueses, *con todo el desprecio con que acostumbran mi-
 rarnos* habian empezado por invadir sin ningun acto previo,
 era claro que las hostilidades estaban rotas. El artí-
 culo era virulento y alarmante en aquellos instantes, por
 que se conocia que el tema era enardecer los espiri-
 tus contra el gobierno y sugerir ideas de connivencias po-
 niendo en relieve—« la mala versacion (decia) de don Ma-
 « nuel Garcia en la Côte del Janeiro, así como es indu-
 « dable la parte que ha tomado en la invasion Nicolás
 « Herrera que se halla en el mismo campo portugues
 « animado de furor y venganza contra todos los Ameri-
 « canos. » Acusaba la CRÓNICA al Director por cuanto
 dejaba continuar, « en sus funciones al señor Garcia con-
 « tra todos los indicios y sospechas, contra el parecer de
 « la primera Junta de Observacion, y acaso tambien á
 « pesar de algunos documentos que calificaban su con-
 « ducta. »

La virulencia de estos ataques se esplicaba por la
 entrada del señor Agrelo en la redaccion conjunta de la
 CRÓNICA; y creemos no equivocarnos atribuyendo á su ge-

1. Entendemos que esta referencia al señor Garcia era calumniosa; y
 que en todo caso debe limitarse la sujecion á insinuaciones que habria hecho
 este señor, para combinar las fuerzas argentinas y brasileras con el objeto de
 expulsar á Artigas, sin ocupar ni desnacionalizar la provincia oriental.

mial ligereza y exageracion los renglones que hemos transcritos.

Contra estas ideas de guerra inmediata con el Portugal, objetaban los hombres de seso las consecuencias fatales de un bloqueo. La CRÓNICA trataba estos temores de *puro disparate*, y decia, quizas con razon, que todo el mal sería para los ingleses *amos y señores* del Portugal. « No haya cuidado de que nos bloqueen, repetia: aguantarán cuanto les hagamos dejando libre el puerto para sus amos: — ¿Pues qué han creído « estos necios « que las Naciones hacen el comercio con nosotros por « ideas filantrópicas?... Los Chilenos por no perder los « dos reales de la fanega de trigo, perdieron el medio « de arruinar á Lima por el hambre hasta que fueron « sojuzgados. ...No comprendemos el patriotismo de los « que no quieren sufrir pérdida alguna por bien de su « pais. ...Pero la Banda Oriental (se dice) no reconoce al Soberano Congreso ni al Supremo Director: he aquí un argumento especioso para reducirnos al letargo, mientras « los portugueses adelantan sus proyectos. Supongamos « que los españoles invadiesen aquella interesante provincia ¿la abandonaríamos á su destino, por que no reconoce al Supremo Director? ¡Política admirable! Nuestro deber es presentarnos armados en defensa de nosotros. hermanos los orientales, *ya que tantas veces lo hemos hecho para ofenderlos.* » La acusacion no podía ser mas injusta ni mas irritante; puesto que despues de la necesidad en que el general Alvear se habia visto de defender sus tropas contra Artigas, jamas habia salido de Buenos Aires un solo soldado armado contra los orientales:

antes, ellos eran los que habian cruzado incesantemente los Rios para fomentar el desórden y la guerra civil en esta parte. La redaccion ardiente y poco atinada del Dr. Agrelo, su inclinacion al sofisma aristotélico y aparente, como ese de comparar la ocupacion de la España que venia á conquistarnos con la ocupacion portuguesa, que, por mas ofensiva que fuese, se detenia delante de nuestro estricto territorio; sus antitesis artificiosas y por lo general mal tegidas, comenzaron á hacer decaer el valor doctrinario de que la CRÓNICA habia gozado mientras que la redaccion habia estado solo en manos del doctor Moreno y de Dorrego.

El Director estaba hostigado por los reclamos de la Lógica. El partido gubernamental estaba sumamente inquieto tambien por la excitacion, probablemente ficticia y efimera, con que se movia y opinaba aquella parte de la Sociedad que toma los asuntos y conflictos políticos con mas pasion que si fueran asuntos particulares. El general San Martin reclamaba con enojo sobre la falta de cumplimiento á los pactos secretos, y sobre la necesidad de una repression pronta contra una licencia que entonces él tenia por inaudita y subversiva. Para aplicar una crítica histórica y justa sobre aquellos tiempos, y sobre los procedimientos de aquel gobierno, es de todo punto menester que apreciemos, en su momento histórico, la situacion moral del pais y el carácter de las instituciones nuevas que se estaban abriendo en él un cauce nuevo tambien, difícil y contrario á todas las tradiciones. Hoy, entre nosotros, como en los demas pueblos de tradiciones inglesas ó educados por ellas para ser libres, la *prensa libre* y el de-

recho absoluto de *reunion* es un simple médio de publicidad, que restringido estrictamente á los individuos y al interés que les es comun, se ejerce y obra en médio de la *quietisima indiferencia y tolerancia* del resto de la poblacion, que no se halla afectada por el mismo objeto ni por el mismo interés. De modo, que cuando las ideas ó los propósitos de una parcialidad, ó fraccion de la opinion pública, cunden y se hacen dominantes, su accion ha tenido tiempo de irse infiltrando en todos los agentes y resortes articulados del mecanismo gubernamental; y así es como se realizan naturalmente todas las evoluciones indispensables, para que la vida libre produzca ese desenvolvimiento orgánico de las fuerzas vitales de una nacion que se llama su progreso. ¹ El punto de partida para que este fenómeno se produzca, es sin disputa el uso prévio de la libertad de imprenta y del derecho absoluto de reunion: es preciso empezar por el manejo de la arma para conocerla y emplearla sin riesgo; pero es indispensable que ese riesgo exista en el principio, y que levante alarmas en los primeros ensayos de su manejo. El mas diestro tirador de rifle ha hecho estremecer á la madre, y ha provocado las alarmas de sus compañeros el dia en que le han visto ensayando por primera vez el arma que despues manejaba con tan admirable facilidad. Lo mismo es la imprenta libre,

1. Esto mismo, aplicado al movimiento administrativo y al gobierno conjunto y concurrente de las Cámaras y del Ejecutivo, por medio del *mecanismo ministerial*, es lo que se llama *gobierno parlamentario*: complemento de la forma necesaria al gobierno Representativo, que muy pronto hemos de comprender y de adoptar tambien, porque en ese sentido indispensable es que marchamos.

lo mismo es el derecho de reunion. ' Para que puedan obrar y ejercerse, se necesita que asentados todos los intereses particulares, sean incommovibles en la quietud con que reposan sobre las instituciones y en la conciencia con que las poseén. Pero si no es así: si la imprenta y las reuniones no son asuntos de completa indiferencia para la generalidad, y de interés puramente peculiar para los que ejercen su derecho, un artículo de diário, una reunion en un café ó en un Club, causarán en un pueblo visos las mismas perturbaciones que causaria un ejercicio de fuego y á bala, discrecionalmente permitido, dentro de una ciudad, á un cuerpo de voluntários ó de reclutas. Los habitantes huirian con pavor; y seria preciso al fin que la autoridad restableciera el orden y la seguridad pública. Todas las libertades son pues armas útiles y necesarias para los pueblos cuando *han aprendido á manejarlas*; y son tambien causa de alarmas y de desgracia, en aquellos momentos transitórios de la historia, en que esos mismos pueblos hacian el ensayo de ese manejo. En 1816 la *prensa libre* y el derecho de *reunion*, eran un connato de todos: un propósito leal y sincero del gobierno; pero no bien empezaba el ensayo á remover las pasiones y los intereses, cuando el remolino del desorden empezaba tambien á producirse en todo el cuerpo social; y las exigencias, por una y por otra parte, se volvia una cuestion de verdadera quietud pública: de salvacion ó de muerte para el poder. Este es el único punto de partida que podemos tomar si queremos formarnos un criterio justo y verdadero sobre las cosas del pasado; pero no debemos tampoco exagerarlo para disculpar las venganzas y

los rigores exagerados del odio personal; porque la templanza y la benevolencia de la conducta, son leyes eternas de la moral, que no tienen atenuacion posible cualquiera que sea la época en que se estudien.

La Crónica y los móviles que su redaccion engendraba, eran incompatibles con las necesidades y con la posicion de aquel Gobierno, sentado, como lo estamos viendo, sobre un volcan cuyos sacudimientos conmovian el suelo de uno al otro extremo. El Director le habia hecho un primer apercibimiento ó amonestacion por médio de una circular ministerial que no habia dado ningun resultado.¹ La deportacion del Coronel Dorrego no habia acertado tampoco la energia y el peligro de los ataques. El gobierno se resolvió entonces á llevar su queja y pedir represion ante la Junta Protectora de la Libertad de Imprenta: tribunal estable de vecinos, constituido con jurisdiccion especial en la materia, é hizo publicar al mismo tiempo en la GACETA, diario oficial, un artículo que mostraba bien la resolucion en que estaba de castigar estos *avances*. Condenando seriamente el desembarazo con que la CRÓNICA daba cuenta de las cosas secretas que se trataban en las Juntas de guerra, *por las ventajas que esto hacia al enemigo*, la GACETA agregaba— « El pueblo debe estar muy alerta para distinguir si los « que promueven tales desconfianzas pueden tener algun « interés EN QUE CÁMBIE DE MANOS LA ADMINISTRACION. . . . « Es preciso abrir los ojos, y no resignarse tan ignominiosamente á ser el ludibrio y los instrumentos de

1. Véase en el núm. 19 la circular pasada por el ministro á todos los periodistas. 16 de setiembre de 1816.

« tantas turbaciones ruidosas, La mitad de la Revolu-
 « cion se ha empleado en trastornar gobiernos....Se
 « ha descubierto el arbitrio admirable de imputar pér-
 « fidas miras á los que gobiernan, y se ha conseguido
 « mas de una vez, por este médio, lo que seria muy di-
 « ficil alcanzar por otro...El Supremo Director no ca-
 « rece de médios para observar y hacer observar los me-
 « nores pasos de los malvados ó ilusos que puedan
 « atentar contra la libertad comun, cualesquiera que sea su
 « origen y relaciones privadas ó públicas. Ha acor-
 « dado todas las medidas que cree convenientes para
 « la defensa del pais, y se guardaria muy bien de anti-
 « cipar las noticias á los invasores haciéndolas publicar
 « en las Gacetas.

La CRÓNICA respondia «Desde que leimos la GACETA ci-
 « tada, nos persuadimos que nos esperaba algun golpe...ó la
 « descarga de un furor injusto, sin darnos lugar á vin-
 « dicarnos de los crímenes que atrevidamente nos impu-
 « ta, para prevenir la opinion y ALLANAR LOS CAMINOS AL
 « JUICIO CLANDESTINO.» Para colmo de complicaciones, el
 Redactor oficial de la Gaceta era don José Julian Alva-
 rez, conuñado de don Nicolas Herrera y de don Lucas
 Obes, que despues de haber figurado como patriotas ar-
 gentinos en primera escala, proscriptos y desesperados
 por el desorden civil, habian cedido á la tentacion la-
 mentable de tomar partido al lado del Rey de Portugal.
 «El editor ministerial (decia la CRÓNICA) encontrará que
 « un mal abogado debilita mas la fuerza moral del Go-
 « bierno, que un fiscal inflexible. La causa del gobier-
 « no, al rededor del cual deben colocarse cuantos son

« interesados en la gloria y prosperidad del país á que
« preside, es muy distinta de la del editor N. de los
« Herreras y de los Obes, y no hay para que manco-
« munarla y confundirla, la una con la otra;» y alu-
diendo al Director mismo decia:—«Bajo semejantes prin-
« cipios, el periodista ministerial no tenia precio para
« ministro de Muley-Hazen ó Muley-Racitz, de berberisca
« memoria. así es que ponerlo al alcance de nuestra
« política (con semejantes parentescos) es cosa muy grave,
« sobre la que podría alegarse algo mas, que está fuera de
« nuestro intento.»

Creyendo la CRÓNICA que habia sido acusada ante la Junta Protectora de la Libertad de Imprenta, habia presentado un escrito pidiendo ser oida en juicio público contencioso, y con facultad de rehusar los vocales que tuviera por adversos; porque el *juicio secreto estaba abolido desde que se abolió la inquisicion. . . .* y porque el Estatuto no ha dicho que esta especie de juicios sea sumarisima. Este incidente causó grande agitacion en el público. Las sesiones en que la referida Junta se ocupó de la solicitud y del procedimiento que debia adoptar en ella, eran reservadas; pero los portales de Cabildo estaban cuajados de pueblo esperando el resultado y las emociones del espectáculo; y era tal el calor y la riña de los vocales de la Junta, que el editor de la CRÓNICA Pasos Kanki decia:—«A mí, aunque citado judicialmente,
« no se me permitió tocar sino en la *region inferior* de
« las antecámaras, y envuelto entre el comun de los curio-
« sos. La narracion circunstanciada de lo labrado
« seria sobre manera interesante, si para formarla bas-
« tasen los ecos palpables, y aún conceptos que entre el

« calor de los debates *salian de madre* hasta los lugares
« vecinos é inundaban por instantes las antesalas. » La
CRÓNICA tuvo en su favor una tercera parte de votos figu-
rando entre ellos el canónigo Arcediano Ramirez, el doc-
tor Dias-Velez y el doctor Nuñez. Quedó pues, decla-
rado que la causa debía verse en juicio público y con-
tencioso, previa la recusacion de los miembros tenidos por
parciales. Con esto, el doctor Agrelo, que era el que
habia tomado la primera línea de la batalla, redobló la
violencia natural de su estilo y la exageracion de sus
cargos: — « Estamos muy distantes de creer que el instinto
« popular no haya atinado en el presente caso con el se-
« creto de su verdadera conveniencia. . . . Resuscitese el es-
« píritu de persecucion, herencia funesta de los siglos
« de bárbarie, y sublévese contra nosotros *todo* el enjam-
« bre de parásitas: ni nos arredran sus *maldiciones se-*
« *cretas*, ni desmayará por eso nuestro zelo en abogar
« la causa de los buenos. »

Entre los defensores del gobierno figuraba el doctor
don Manuel Antonio Castro, que firmaba sus artículos con
las palabras *Amigos del Orden*. Agrelo hacia de él esta
pintura que merece quedar por la viveza gráfica con que
se halla trazada. — « Uno de los *Amigos del Orden*, alegan-
« do que la libertad de la prensa relajaba los resortes
« de la autoridad y excitaba los espíritus turbulentos al
« tumulto, nos atacó en una ocasion, inflado de vanidad á
« manera de burlote, con esta arma á su parecer irresis-
« tible; y despues de valerse de las tropas auxiliares del
« aire enfático, del arqueo de cejas, y demas gestos de
« ordenanza con que se encubre lo que no se puede es-

« plicar, acabó por recomendarse á si mismo al mundo « filosófico con esta tonta declaracion: *yo soy prosélito de la libertad* de Imprenta; pero *enemigo declarado de la licencia.*» Todo el doctor Castro, todo entero está ahí para los que le hemos conocido y observado. .

A fines de Enero de 1817, se abrian las puertas de la Plaza de Montevideo delante del Ejército portuguez mandado por el general Lecor; y un temblor nervioso lleno de enojos y de iras sacudia la ciudad de Buenos Aires, que se sentia vergonzosamente ajada con este golpe descargado sobre su orgullo. Era precisamente al mismo tiempo que San Martín levantaba su campo de Mendoza, y se metia en las cordilleras tentando una grande aventura de vida ó de muerte para la patria. Faciles contarlos! pero es difícil hacerse una idea, aproximada siquiera, de las angustias y de las emociones que hacian vibrar las fibras excitadas de nuestros padres en aquellos dias ardientes, en que la vida y el hogar se mecian así entre tan terribles y tan supremos problemas. La crónica es-traviada fatalmente por el espíritu ligero y agresivo del doctor Agrelo; no supo tomar en cuenta, que en aquellos momentos era ofender el instinto popular de salvación de que todos estaban preocupados, si se exceptúa el círculo afectado por intereses personales, exagerar las cuestiones de puro detalle y de pura doctrina. Comentando la proclama con que Lecor hablaba á los habitantes de Montevideo, aludia al fin que siempre tenian los traidores, y decia: — « Miraos traidores en este espejo. Vosotros debéis esperar el castigo que merecen vuestros delitos. La Patria es inexorable con sus hijos pérfi-

« dos Paisanos! Siete mil portugueses vienen á fecundar nuestros campos; la pólvora y la sangre son un excelente abono para la tierra: de cada bayoneta saldrán millones de aristas de trigo» Y á pretexto de una cita de Ciceron agregaba—En esta causa «están unánimes todos los hombres á escepcion de aquellos que viendo su propia ruina inevitable, quieren mas bien perecer en el naufrágio general del país que exponerse á lo que por sus delitos les espera... «á estos los escluyo por que los considero como *enemigos implacables*. »

El día 13 de Febrero (1817) despues de haber recibido en la noche anterior las últimas correspondencias del general San Martin datadas de su campamento en marcha, el Director convocó urgentemente un gran consejo secreto de gobierno. Asistieron á él ademas de los secretarios, los doctores don Manuel Antonio de Castro, y don José Joaquin Ruiz, el tribunal de apelaciones, el Cabildo y la Junta de Observacion. El Director les dió cuenta de la difícil situacion en que se hallaban los negocios: les dijo que en los días anteriores habia tenido que hacer prender á los coroneles Pagola y Valdenegro y al capitan Mariño, porque habian sido delatados por unos sargentos de la guarnicion á quienes habian visto para realizar un movimiento revolucionario, y dió lectura de algunas piezas justificativas al efecto; exhibió tambien otros avisos reservados que complicaban al doctor Agrelo, á don Manuel Moreno, al coronel French, al coronel Chiclana, y al editor de la CRÓNICA, Pasos Kanki. Segun creemos, todos los justificativos se reducian á denuncias

mas ó menos probables, y á la confirmacion vaga que estas sospechas recibian de la notória agitacion y sordos rumores que corrian de uno á otro extremo de la ciudad. Se daba pues por hecho que estaba á punto de estallar un gran complot contra el gobierno, cuyas ramificaciones y fuerzas efectivas se ignoraba. Todos sabemos hoy lo que son estas situaciones. El despecho de los partidos se atribuye á sí próprio intenciones y medios de que carece: se jacta en secreto de su poder: derrumba á cada instante el poder cuya existéncia le irrita, y se calúmnia inconscientemente á sí próprio. Sus enemigos, si las circunstancias son inquietantes, se alarman: el peligro es anónimo y subterráneo; se trata de adelantarse de mano á una sorpresa y de parar un golpe premeditado como si ya fuese un atentado que requiriese un severo castigo. Visto el caso por la reunion, y tomados en consideracion los momentos difíciles en que se hallaba el pais, todos los que la componian, menos dos, estuvieron de acuerdo en que el Director debia prender y deportar á los acusados con toda urgéncia, y con rigor de formas para desarmar y atemorizar á los cómplices ocultos ó menos importantes, que se les suponian ó que en efecto tuvieran. A las dos de la tarde del mismo dia eran llevados á prision y embarcados, Moreno, Agrelo, Pasos Kanki, French y Chiclana. El Bergantin Belen los condujo á Martin Garcia; á los dos dias los llevaron de allí á la *punta del Indio*, donde se trasbordaron á un cutter ingles llamado *Héro* que los condujo á los Estados-Unidos. El Director publicó en la GACETA del 15 un MANIFIESTO sobre este suceso. Se lamentaba de la necesidad en que

su posicion le habia puesto de adoptar una medida tan estrepitosa. Hacía mérito de los esfuerzos que habia hecho por reconciliar con él á sus enemigos, de una manera preferente—« porque cabalmente á ellos era á quienes habia querido dar pruebas menos equívocas de su « disposicion á la concórdia »; pero la esperiència le habia sido contraria, decia:—« en estos desgraciados tiempos « es peligrosa tanta delicadeza; el ódio privado encuentra « placer en quitar al que aborrece hasta la ocasion de « egercitar las virtudes.» El génio de la Patria hace que en los países constituidos sea respetable la autoridad « pero en los pueblos agitados como el nuestro, los hábitos « de insubordinacion, la enemistad, la ambicion, la envidia y la licencia, se revelan contra aquel mismo génio: « se disfrazan con la máscara del zelo y se conjuran á « minar los fundamentos del gobierno. De nada hablo « QUE NO SEA NOTÓRIO con una grande publicidad. Cada « ciudadano de los menos relacionados y mezclados en « los negocios públicos, es testigo de que se espera una revolución de dia en dia contra el gobierno; y que en « cada mañana se estraña no verla realizada. Desde la « plaza pública hasta los mas distantes puntos de la Campaña se repite el eco de una revolucion próxima: se « designan personas para víctimas, se señalan médios, se « alegan causas, se proponen desígnios, egecuciones y « venganzas. Los PAPELES PÚBLICOS ocultan con mas ó « menos sagacidad el veneno de la maledicéncia, y mil « agentes de la discórdia y del desorden *se encargan de hacer de palabra las aplicaciones odiosas* que sus autores interpretan en sentido inocente . . . Ellos propagan la idea de

« que el gobierno está implicado en planes de perfidia y traicion, confabulado con los Portugueses para vender el pais, y que *es preciso sacrificarlo todo para destronar una administracion indolente y pérfida*. . . . El Gobierno que sabia paso por paso las maquinaciones que se fraguaban estaba seguro, etc. etc.; ha esperado dia por dia ver abortar los mas negros designios, y el Pueblo no puede imaginarse cuanto trastorno ha causado semejante expectativa en la direccion del PRINCIPAL ASUNTO que ocupa hoy nuestra atencion, la invasion de los Portugueses. » Protestaba el Director, con este motivo, contra la iniquidad que se cometia con él presentándole como un traidor pérfido á los sagrados derechos del pais; y llamaba la atencion pública sobre las *operaciones delicadísimas* que la cuestion portuguesa requería, imposibles de lograr si el gobierno se veía asaltado por los perturbadores del orden y privado de tranquilidad para espedirse. --« Os puedo asegurar que en estos mismos dias he experimentado con amargura de mi alma las *consecuencias funestas* de estos obstáculos, »—y agregaba: que habia tenido tentaciones de abandonar el gobierno y el pais, habiéndole detenido solo los graves compromisos que pesaban sobre él. El negocio secreto á que el Director se referia en estos conceptos era en efecto muy grave y muy interesante. El coronel D. Rufino Bauzá Gefe de la Division de Otorguez mandaba un cuerpo de infanteria de 600 libertos y tres piezas de artilleria con bastantes municiones de guerra. Eran capitanes de ese cuerpo D. Manuel y D. Ignacio Oribe, D. Gabriel Velazco, D. Carlos San Vicente, D. Víctorino Montjaimé, D.

Atanácio Lapido, y muchos otros jóvenes de las familias mas distinguidas de Montevideo.—« No queriendo ellos « servir (son sus palabras), á las órdenes de Artigas, « á quien miraban como un tirano, que si llegaba á « ser vencedor reduciria su pais á la más feroz barbá- « rie, y que si era vencido lo dejaria en manos de los « extranjeros, creian que ni ellos, ni patriota alguno « debia sugetarse á semejante hombre; y que debian « echar mano del último recurso que les quedaba para « salvar su honra y su patriotismo. »¹. Este último recurso que querian tentar estos oficiales era sublevar su cuerpo y trasladarlo á Buenos Aires con todo su personal y armas. La cosa no era posible sino de un solo modo: haciendo un convénio secreto con los Portugueses que ocupaban á Montevideo para que el cuerpo de Libertos fuese recibido en la plaza *bajo un solemne* compromiso de trasladarlo inmediatamente á Buenos Aires. Puyrredon tuvo que negarse á las indicaciones que le hicieron estos oficiales para que entablase y concluyese la negociacion, por que temió que si venia cualquiera estorbo, cualquiera contingencia, y aun cuando no viniera ninguna, la oposicion lo presentase bajo los feos colores de un traidor que hacia desertar los cuerpos Orientales para que se asilasen en la plaza ocupada por los enemigos. No podia tampoco rehusar el servicio que le pedian jóvenes tan patriotas y de tanta importancia para la guerra: si ella venia á hacerse indispensable, esponiéndolos á una

1. Declaracion del Coronel D. Rufino Bauzá y del Capitan D. Manuel Oribe, prestada en Montevideo ante las autoridades portuguesas: *Memórias y reflexiones* estraidas del diario de un oficial de la Marina Brasileira pag. 19. (General D. Jacinto de Sena Pereira).

catástrofe. Pero como el Dr. Tagle ya era parte habitual de los acuerdos, sugirió la idea de enviar á Montevideo á D. Custódio Moreira plenamente encargado de todo para negociar con el general Lecor la recepcion y la remesa del cuerpo, que en efecto se realizó algunas semanas despues.—« Se puso en egercicio, dice el mismo « Cronista, la persuacion y la seduccion tambien, cuando « el cuerpo se halló dentro de la Plaza para que los « oficiales y los soldados desistiesen de su propósito de « trasladarse á Buenos Aires, quedándose en su pais, ya « fuese al servicio de nuestras armas (habla un brasilero) « ya bien garantidos como simples particulares; pero la « pertinácia de D. Manuel Oribe, *mozo de un caracter « imperioso é ardente*, frustró todos los médios, y se le « dió el *trasporte convenido*, aunque con la pérdida de « algunas plazas.... Esto bien dió á conocer que en « los Orientales y en el gobierno de Buenos Aires ha- « bia ideas futuras de restauracion, pues en su ánimo « todos aquellos individuos se tenian por compatriotas « con los naturales de Buenos Aires. »

Este era el negocio que el Supremo Director se lamentaba de no haber podido tratar con toda eficacia; pues cuando él publicaba el manifiesto que estamos transcribiendo, el resultado era todavia un problema; y el conflicto de salvar ó de dejar perdidos á los Orientales del cuerpo de Libertos pesaba de una manera cruel sobre el ánimo de los que estaban en tan delicado como difícil secreto. Segun aseguraba el Sr. Puyrredon, este asuntó, y los muchos otros de su género que podrian surgir, era uno de los motivos mas influyentes que lo

habían decidido á suspender la libertad de imprenta, y á escarmentar á los que especulaban con la idea de hacer una revolucion. El estaba decidido á emprender la guerra contra los Portugueses si la expedicion de Chile tenia buen resultado; pero queria hacer esa guerra sin Artigas y contra Artigas, maniovrando de manera, que desengañados los Orientales de la *feroz barbarie* de aquel caudillo, como decian los oficiales del cuerpo de Libertos, hiciesen la misma evolucion que estos entrando en fraternal cohesion con los grandes elementos con que el Gobierno Argentino creia que podria obrar, si triunfaba el General San Martin en Chile. Por eso decia el manifiesto:—« Grandes peligros « nos amenazan y un *vasto campo* se ofrece para emplear « el valor y la constancia con GLORIA. Los Portugueses « no desean la guerra, quisieran que las Provincias Uni- « das fuesen indiferentes en medio de la agresion hecha « á una parte *de su territorio*; pero la guerra será INEVI- « TABLE SI MUY EN BREVE no satisfacen al Gobierno sobre « sus miras; y si la incursion de tropas eótrangeras, « mas peligrosas que otras algunas por ser vecinas, no se « demuestra *compatible* con nuestra libertad *absoluta* y con « NUESTRA INDEPENDENCIA. » Se ve bien que temiendo el Director el caso de algun contraste en Chile, queria dejar abierta una válvula de salvacion, contra la España, por el lado del Rio de la Plata; fin á de que los Portugueses, por el interes de la conquista Oriental, fuesen el obstáculo contra la expedicion maritima que se organizaba en Cadiz. —« Ningun tratado definitivo (seguía diciendo el manifiesto) se hará con los portugueses sin vuestro conocimiento. Ejército portuguez ó de cualquiera otra Na-

« cion no pisará en ningún punto de esta banda sin que
 « encuentre la mas vigorosa resisténcia. Se llevará la guer-
 « ra á la misma Banda Oriental, se arrojará á los estrangeros
 « de aquellos campos y de los Pueblos que ocupan; y
 « ESTO SERÁ MUY PRONTO, si no somos convencidos plena-
 « mente de que lo contráριο es lo que conviene á nues-
 « tro interés y á nuestra glória.» Se comprende en to-
 do esto que todas las miradas ansiosas del gobierno ar-
 gentino estaban tendidas hácia los sucesos, ignorados to-
 davia, que estaban desenvolviéndose yá en Chile, y há-
 cia la necesidad de procurarse contra la expedicion de
 Cádiz un parapeto portugues, que, por odiado que fuese,
 era fatal y necesáριο en aquellos momentos de tan inquie-
 ta expectativa.—« Tales son las disposiciones del gobier-
 « no tales los motivos de su conducta pública, y tales los
 « que le han decidido á decretar la desgrácia que han
 « atraído sobre sí los mas culpables de los perturbadores
 «El órden está restablecido....Yo ofrezco segun-
 « da vez echar un velo sobre todo lo pasado...Vamos
 « á salvar la patria que está amenazada de inminentes
 « peligros....Una revolucion más conduciría nuestro es-
 « tado á la barbárie; » y en efecto, si la pasagera bar-
 báríe del año XX se hubiera adelantado de cuatro años,
 nuestra pérdida era irremediable, si es que fuese posible ha-
 cer conjeturas racionales sobre cosas que no han suce-
 dido. El Director aseguraba que no habia tocado con
 su castigo sino á los *maquinadores mas despechados y*
peligrosos: se muestra informadísimo y convencido de que
 no perdonaban ocasion de *tentar, de seducir y de corrom-*
per á los gefes y á los subalternos de la milicia, y hasta

los ciudadanos particulares para ejecutar sus oscuras proyecciones. Decía también que al imponer ese castigo había cerrado los ojos sobre una infinidad de cómplices subalternos y *alucinados* que habían entrado en este complot de « hundir al Estado en los horrores de la anarquía; si-
« guiendo el Estandarte de los que hacían cabeza. » Yo lo sé; y vosotros mismos sabéis que no lo ignoro. Si se levantara un proceso para esclarecerlo, sería imposible evitar el cumplimiento de las leyes, y tener que perseguir con ellas á ciudadanos meritorios por sus servicios, pues que en una revolución se mezcla la mitad del Pueblo, y sería necesario dejar la sociedad sin amigos, y al gobierno sin los servidores celosos que le avisar y previenen de los riesgos ocultos. Todo lo que puede decirse es que estas máximas no son en verdad de nuestros tiempos, y que haría desgracia es para un país el haber pasado por periodos históricos en que su aplicación haya sido necesaria ó haya podido al menos justificarse.

Este famoso manifiesto del Director fué contestado desde Baltimore por los desterrados. En el estado de espíritu natural en que se hallaban, no puede ni debe extrañarse, ni tampoco se les puede reprochar, el tono y los conceptos en que lo hicieron. Apelaron á las injurias y á los cargos mas descarnados contra la persona; el origen de la familia, el casamiento, las costumbres, los actos personales del Director; clasificándolo como un hombre escepcional en el crimen y en la tiranía con cuanto tiene el vocabulario de mas apasionado, y de mas fuerte en los tintes del estilo. El carácter de este escri-

to es sumamente diverso al de los descargos y sátiras del espíritu alegre, avenido, y bondadoso en el fondo de las ideas, que hemos podido notar en los escritos y correspondencia de Dorrego. Asi es que este contra-manifiesto, escrito por el doctor Agrelo, es un papel que hoy carece de valor político é histórico; y si se prescindie de las injurias personales dirigidas al Director y á su secretario de gobierno, propias del estado de irritacion, quizás justificado, en que debian hallarse los que lo escribian el papel, se reduce á insistir en las traiciones del Director; y en las connivencias de su gobierno con la invasion portuguesa y con el propósito de vender el país á un Déspota monárquico extranjero. Ellos convienen sin embargo en que cuando fueron deportados todo hacia presagiar una revolucion, que *esperan* que habrá ya estallado en el momento en que escriben:—«El sabe « (el Director) que su nombre es detestado en todo el país, y « que jamas en ninguna otra época ha habido tanto des- « contento: que los pueblos corren todos los dias á las « armas para *derrumbar* su poder, y que en esa misma « ciudad oprimida por los soldados venales que ha ga- « nado; en Buenos Aires, *circula secretamente* el justo « desprecio y abominacion que se merece su persona. « Era pues palpable, y debia serlo, que se esperaba una « revolucion ó propiamente un *cambiamiento* que trajese « á ese déspota y traidor al condigno castigo de sus « delitos. » Pero al mismo tiempo, sin negar su participacion en estos conatos ponen toda la fuerza de su justicia en que no se habrán encontrado pruebas contra ellos, y en que no se les ha formado causa con descargos y defensas, en lo que tenian sin duda una evidente

justicia contra la *razon de Estado* alegada por el Director:—« ¿Acaso somos criminales en conocer lo que él
« mismo conoce, que se apetecía su caída? ¿Qué delito
« es el nuestro, si como uno de tantos y á vista de da-
« tos que no solo están al alcance de todos, hemos crei-
« do como ellos, que el gobierno estaba implicado en
« planes de perfidia y de traicion, y que habia llamado
« y rogado á los portugueses que invadiesen el terrít-
« rio. . . . Se esperaba una revolucion! . . . Es cierto; y aca-
« so en estos momentos Puyrredon ha aparecido ya an-
« te el Tribunal incorrupto de la Nacion: y satisfecho con
« su cabeza á la venganza de las leyes. TAL EVENTO ERA
« ANUNCIADO POR TODOS Y NOTÓRIO Á TODOS; . . . pero esta
« notoriedad no basta para castigar á cualquiera si no ha
« sido probado que es este el autor y sentenciado como
« tal. . . . La conjuracion existia, y nosotros somos inocen-
« tes ante la ley, por no habérseles venido en juicio. . .
« Desde el tiempo de Alvear se formó el infernal pro-
« yecto de postrar la revolucion á los piés del Rey del
« Brasil; este plan ha seguido con mas ó menos desca-
« ro por las épocas sucesivas hasta el actual Puyrredon;
« y ha habido concordatos y mútuas promesas entre los
« Agentes de aquel Príncipe y nuestros Ministros etc. etc. »
por lo cual (agrega) que era preciso deportar cómo se
ha hecho á los patriotas inflexibles que podian hacer re-
sistencia á esto.

Por difíciles que puedan parecer estos momentos y por
desastroso el cúmulo de complicaciones que pesaron sobre
el gobierno directorial, no estaban agotadas todavia con
lo que hemos narrado, las pruebas amargas que debian

atravesar los hombres que lo desempeñaban. En los mismos días en que eran arrojados violentamente de la patria, Moreno y sus amigos con destino á los Estados-Unidos, llegaba á Buenos Aires con procedencia de los Estados Unidos un enemigo mas terrible para nuestra quietud: y cuyo destino sangriento debia ocupar algunas páginas lúgubres en nuestra historia. El 9 de Febrero, don José Miguel Carrera llegaba á Buenos Aires, donde le esperaban muchos de sus partidarios de Chile, sus hermanos don Juan José y don Luis, y sobre todo su hermana doña Javierita: la cabeza mas completa y el espíritu mas dominante de la familia; mujer bellísima y verdaderamente extraordinaria, de quien podria decirse lo que el Papa Clemente VIII decia de Catalina de Medicis *Bello cervello di principessa*.

Don José Miguel Carrera es un hombre que aún no está bien conocido en el Rio de la Plata; y nosotros nos lisonjamos de que la pintura personal é histórica que vamos á hacer de él, usando de fuentes puras é irreprochables, no ha de dejar nada que desear, para que todos sepamos quien fué ese hombre y como procedió.

(Continuará.)

VICENTE FIDEL LOPEZ.

ESTUDIO SOBRE LA «ARGENTINA»

Y SOBRE SU AUTOR DON MARTIN DEL BARCO CENTENERA.

Continuacion. 1

IV

D. Juan de Garay habia sabido conservarse en la gracia y amistad del Adelantado, é inspirarle tan buen concepto de sus aptitudes y lealtad de carácter, que le confió en sus últimas disposiciones, la tutela de su hija y heredera y el cumplimiento de las cláusulas referentes á su sucesion en el gobierno del Rio de la Plata. De esta buena disposicion de Zárate hácia Garay, participaba tambien el jóven Mendieta, pues uno de los primeros actos de su mando interino, antes que el humo del poder le trastornase la cabeza, fué confirmar á Garay en el empleo de teniente general.

La confianza depositada por Zárate en su teniente y amigo, se referia, como se vé, á cuanto de mas querido dejaba en este mundo,—á su hija y al lustre y provecho de su apellido y familia,—Garay supo corresponder á aquella confianza, sin economizar sacrificios. Hallábase en Santa

1 Véase la página 358 del presente tomo.

Fé, cuando llegó á su conocimiento la noticia de la muerte del Adelantado, é inmediatamente, sin que le arredrasen la distancia ni los peligros, emprendió viaje al Perú acompañado de un tal Pedro Puente, persona sin duda de su entera confianza, y probablemente, capitán, al mando inmediato de los soldados de su comitiva.

Llevábele tambien á Garay un interes que puede llamarse personal, en su viage á Chuquisaca. En esta ciudad no solo residia su pupila, sino la Audiencia, y ante ella pendía un pleito suscitado entre el fundador de Córdoba, D. Gerónimo Luis de Cabrera y el fundador de Santa Fé á la márgen del Paraná, sobre si esta poblacion y su distrito habia de corresponder á la jurisdiccion del Gobierno del Rio de la Plata ó á la del Tucuman: de manera que eran dos, y bien graves, los negocios que llamaban la actividad y el celo de Garay en el penoso viage que acometia. Tanto en el uno como en el otro de estos negocios consiguió un resultado feliz y provechoso para sí mismo.

Así que se supo en Chuquisaca el objeto que le llevaba allí, comenzaron á flotar pretendientes á la mano de D.^a Juana de Zárate, y entre estos se llevó la palma el licenciado D. Juan de Torres de Vera y Aragón, persona de no ménos empleos que apellidos, pues era dos veces oidor, de Chile y de Charcas, y capitán general retirado, en las guerras de la frontera de aquel reino, segun una nota en prosa al canto XIX de la Argentina, cuyo autor le trata con encomio y respeto, como á servidor de espada y toga del «Gran Filipino». Este enlace matrimonial fué del agrado y elección de la jóven interesada, y muy á gusto del tutor, quien debió entenderse á las mil maravillas con el novio puesto que este le nombró su lugar

teniente, despidiéndole despachos y dándole autoridad necesaria para que regresase al Paraguay y gobernase la colonia en nombre suyo mientras él en persona no se trasladaba á la capital del Río de la Plata.

Era por aquella época virrey del Perú un maguete de la casa de Oropesa, aquel exterminador de la familia de los Incás, de quien ya hemos hecho mención, y bajo cuyo gobierno se estableció en Lima el tribunal de la Inquisición, el año de 1570. Estos dos rasgos bastan para pintar el carácter de D. Francisco de Toledo, (este era el nombre del Virrey,) y para juzgar del imperio con que ejercería el mando. Como buen déspota debía ser entrometido en negocios ajenos é inclinado á rodearse de favoritos, y deseando conseguir para uno de estos las ventajas de un matrimonio que llevaba en dote los vastos y afamados países del Plata, escribió á Garay ordenándole que pasase á Lima á concertar con él el enlace de D. Juana. Cuando los pliegos del Virrey llegaron á Chuquisaca aun no se había repalizado el matrimonio, pero no conviniendo demorarlo, ni variarlo, á ninguno de los tres interesados, se puso inmediatamente Garay en camino de regreso, desobedeciendo las expresas órdenes de Toledo, dando así una prueba mas de arrojo y decision de carácter. Ya se deja comprender cómo recibiría el Virrey la noticia de este acto de insubordinacion: inmediatamente impartió orden al Presidente de la Audienia, Matienzo, personaje muy entendido y muy entrometido en los negocios paraguayos, para que persiguiera á Garay, le prendiera y le remitiera á Lima. Salíó efectivamente «como un viento» segun la expresion de Centenera, un tal Valero, en persecucion del desobediente, y sabiendo este que habia quien le siguiera los pasos, lejos

de acelerar la marcha se detuvo y mandó tres soldados para que hicieran sentir á Valero que era mas prudente para él, trayendo una escolta reducida, al regresar llevando á Matienzo la noticia de que el perseguido se hallaba ya fuera de su jurisdiccion y del alzance del Virey. Efectivamente, Garay llegó sano y salvo á Santa Fé, pocos dias despues de los alborotos provocados por Mendieta y de su prision; sucesos que dejamos ya referidos.

Burlados así el Virey y el Presidente de la Audiencia, convirtieron sus iras contra los inocentes recién casados. El primero tomó por instrumento de su persecucion á una especie de preboste, llamado Martin Garcia de Loyola, célebre por su excesivo celo en la traidora captura del desdichado Tupac Amará; y como «el buen Torres de Vera entendiese á questo, intentó escabullirse para el Rio de la Plata», en cuyos peñascos le tomó preso Loyola y le despachó para Lima, donde experimentó «la saña» de D. Francisco de Toledo. Sin embargo, el tiempo que segun Contencina «cara mil marañás», por una parte, y la habilidad del Oidor en desgracia por otra, lograron ablandar al Virey, y Torres de Vera fué á la larga repuesto en su empleo, volviéndole á perder, no obstante, en una visita á la audiencia de Charcas practicada por D. Diego de Zuñiga, según la nota tercera del mencionado canto de la Argéntina. Estos sucesos cuya fecha exacta es muy dudosa en nuestra cronologia histórica, debieron tener lugar por el año de 1576, é ignoramos los medios de que se valió el espóso de D. Juana de Zárate, para volver del todo á la gracia del gobierno de Lima y para recuperar el suyo del Rio de la Plata, como lo recuperó conforme al testamento del Adelantado, tomando posesion de él el año 1587. Valióle

mucho, sin duda, la lealtad y la firmeza con que Garay, durante su vida, mantuvo vivos los derechos de Torres de Vera dando ejemplo de respeto á las disposiciones del testamento cuya ejecucion conti6 Zárate á su amistad.

Hemos narrado con las menos palabras posibles la aventura de Garay con las autoridades peruanas, en la forma que los historiadores han convenido en dar á este suceso, y ahora es de nuestro deber retocar el cuadro con las pinceladas de Centenera, cuya prolija originalidad, dan al carácter de D. Juan de Garay la sombra que todo retrato exige para ser idéntico á la persona.

Valero, dice Centenera, seguia los pasos de Garay con la mayor presteza y sigilo con el objeto de cerrarle «la entrada al Argentino»; siendo muy grande su tristeza», cuando se apercibió que habia sido sentido por Garay, tomando entonces la resolución de retroceder de una jornada. Allí le alcanzaron tres soldados enviados por Garay, para que le prendiesen y lo trajeran á su presencia, como lo verificaron. La vida de Valero estuvo en gran peligro y si no hubiera sido por los ruegos de las personas que rodeaban á Garay, apañadas de la situación del preso, cuyo único delito era su fidelidad al mandato de sus superiores, lo habria «colgado de un árbol», como estaba dispuesto á verificarlo aquel. «Sólo á muchas instancias, «muy rogado», como dice el cronista, le perdonó Garay la vida; pero condenándole á «muerte civil», pues le maltrat6 en el honor con palabras mas crueles que la horca:

La vida le concedo muy rogado,
aunque muerte civil allí le diera,
habiéndole de boca deshonrado,

que mucho mas, decia, lo sintiera
que haberle dado muerte y ahorcado.

Garay agravó esta acción poco generosa con otra que es un refinamiento de venganza, innecesaria para su seguridad personal. Con el objeto de que Valero no pudiera continuar su viage en retirada sino á marchas cortas é incómodas, tomó con sus propias manos un «agudo pujavante» y le despalmeó la mula de camino, acompañando la operacion con juramentos que contrastaban con los quejidos del inocente animal y con las risas de los soldados. Esto tenía lugar por las alturas de Cotagaita, desde donde siguieron la marcha hácia el Rio de la Plata atravesando el territorio Tucumano, cuyo Gobernador, á estar impuesto de lo pasado, habria maniataado y tal vez muerto á Garay, á pesar de la resistencia que este podia haber hecho con sus decididos soldados, segun opina Centenera, quien asegura tambien, que cuando «Abrego» supo de boca del mismo Valero las aventuras que quedan referidas, casi reventó de «ansias y de dolor», espresiones poéticas que deben interpretarse en prosa con la palabra, despecho.

El gobernador se desahogó, dando cuenta por escrito y prolijamente del éxito de la expedicion de Valero, al Oidor Matienzo, para que este lo pusiera en conocimiento del Virrey.

En gran manera siente la huida
de Garay el Virrey; y se sonaba
que corriera peligro de la vida
si el Virrey le cogiera; y procuraba

1. Gonzalo de Abreu, se llamaba el Gobernador y no *Abrego* como escribe Centenera.

vengar la desvergüenza cometida,
que por tal, se decía, la juzgaba:
que quieren los señores, según veo,
los sirvan á medida del deseo.

El testimonio de Centenera es esta vez irrecusable en cuanto alcanza la fe de un testigo ocular, porque previendo la responsabilidad que echaba sobre sí al referir estas miserias de los prohombres ante los cuales era él muy inferior, se refiere al dicho de los actores, asegurando que cuanto refiere lo oyó al mismo Valero, y á Garay en la Asuncion, jactándose de sus hazañas:

Aquesto á mí Valero me digera,
tambien Garay del hecho se jactaba,
y en la Asuncion á mí me lo contaba.

Estos procedimientos de Garay que redundaban en menosprecio de un Virey, de una corporacion de altos magistrados como la Audiencia y del gobernador militar de un vasto territorio intermedio entre el Perú y el no menos vasto del Paraguay y Rio de la Plata, tenían indudablemente visos muy subidos de insubordinacion y de altanería, y fueron cuando menos, pretexto para un movimiento de opinion entre los subordinados del General Garay que hubo de serle funesto. Acababa este de echar los fundamentos de la ciudad de Buenos Aires sometido á los indígenas, y distribuídolos en encomiendas, repartido la tierra entre los primeros pobladores, y se creía naturalmente mas firme que nunca en su puesto y en el buen concepto de los suyos, cuando los soldados de San-

1. Canto XIX. oct. 52.

2. Ib Oct. 16.

ta fé, entre quienes corrían y se abultaban las tropelías cometidas contra Valero, tramaron una sublevación apoyándose en el gobernador de Tucumán á quien comunicaron sus intenciones:

En esto en Santa Fé gran melonada
se junta de mestizos, y escribieron
á Tucumán al Abrego, diciendo
lo que entre ellos andaban mal urdiendo.

Noticia los mancebos han tenido
De aquellas provisiones con que vino
Valero á Cotagaita, cuando ha sido
despalmada su mula en el camino.
Pues estas y otras cosas que han sabido
les mueve á emprender un desatino,
tan fuera de razón y tan tirano
urdido de un juicio muy liviano.

Este *desatino*, tan poco cuerdo y tan arbitrario, en concepto de Centenera, era, como dejamos dicho, una verdadera revolución que pretendían justificar sus autores declarando insostenible la opresión ejercida por Garay sobre los Santafecinos. Hallábase á la cabeza del movimiento algunos de esos valientes con cuyos nombres nos ha familiarizado esta crónica,—Venialvo, Gallego, Ruiz Romero, el gallardo Leiva, el muy bravo Villalta y su inseparable compañero Mosquera. Todos ellos, y cada uno por su lado, se derramaron por la población predicando una especie de cruzada, tratando de convencer de que harían un gran servicio al « gran Virey » prendiendo á Garay y remitiéndoselo preso:

este es el camino, decían, mas corto y seguro; el mejor modo de alejar el mal y de librarnos de la opresión. Mientras tanto mantenían una correspondencia activa y secreta con el gobernador de Tucuman, cerca del cual despacharon como emisarios á Ruiz y á Villalta:

Lo que Abrego con ellos ha tratado

No sé decir qué usó siempre de maña.

Pero el hecho es que al recibirse cierta noche cartas de Tucuman, se procedió á prender al teniente Gobernador, al alcalde Olivera y á un sobrino del «buen Vera.»¹ A la misma hora y validos de la oscuridad, iban concurriendo los sublevados

Con cotas, arcabuces y morriones

á casa de Venialvo, atrayendo á la gente plebeya y convocándola

Con sus fingidas causas y razones,

hasta satisfacer el maldito designio, llevados de livianas pretensiones, como dice Centenera al desaprobar abiertamente la *melonada* de Santa fé.

Una muger fué la única persona que tuvo prevision del fin trágico que esperaba á los conjurados.—Te huele el pesquezo á esparto, díjole la hermosa y discreta muger de Leiva á su marido.—Ahora me vienes con esas, le contestó este, cuando muy pronto, Reyna mia, espero verte contenta y como una gran señora?—Jamás, por nada de este mundo, le replicó la heroica dama, seré traidora á mi Rey ni me conformaré con ser muger de traidor: maldita vuestra estrella, y la hora en que me desposé con quien es capaz de levantarse

1. El capitán Alonso de Vera.

contra su superior. — La rebelion tomaba cuerpo, sin embargo, dictaba destierros y nombraba por gefe y caudillo á Arévalo, quien aceptó este peligroso cargo contra su voluntad. El primer acto de su gobierno fué ordenar una reunion general de toda la gente que llevaba armas y municiones, con cuya medida despertó los celos de Venialvo, quien á título de Mause de Campo, reclamó «con soberbia grande y arrogancia» el derecho esclusivo de dictar las medidas necesarias para la seguridad del campamento. Trabados de palabras estos dos gefes, sembraron la discordia entre los sublevados y comenzó á obrar sordamente el desconcierto, provocado y sostenido habilmente por el mismo Venialvo, ayudado por varios camaradas de importancia, como Ramirez, Aguilera, Juan Martin, y especialmente el muy discreto Santa Cruz.

Resueltos á deshacer el complot sacrificando á sus principales promotores, concertaron reunirse sijilosamente y de dos en dos para asegurar el lance; y con el objeto de alentarse, de no desmayar y de inspirarse seguridad y confianza reciproca, juráronse fidelidad sobre un «libro misal», prometiéndose

... de morir ó matar con propias manos

... al bravo Venialvo, y los tiranos.

La manera cruel y alévosa con que proceden los contrarrevolucionarios, resalta de una manera repugnanté en los versos descarnados del cronista, cada una de cuyas palabras encierra una accion de la mas inaudita ferocidad, ejercida contra los que ayer eran camaradas íntimos, amigos y hasta «compadres.» Venialvo hallábase completamente descuidado

1. Es muy poco correcta la edicion bonaerense que seguimos:—Una vez escribe con V y otros con B este apellido.

en su posada y salió de ella con la sonrisa de la hospitalidad en los labios al acercársele Arévalo y los suyos. Sin mas ni mas y de buenas á primeras, el recomendado por discreto, Santa Cruz, le da una puñalada en el cuello, tan certera y honda que le derribó redondo en tierra, sin que la víctima pudiera pronunciar una sola palabra:

Palabra Venialbo no ha hablado,
que volviendo los ojos hácia el cielo,
al punto se tendió muerto en el suelo.

Tras esta puñalada oyense las consagradas palabras de « favor al Rey! » y sigue la carnicería. Pedro Gallego, sorprendido como los demas, invoca la compasion de su compadre Aguilera, quien le contesta con la mas cruel ironia : si, ya voy á prestarte ayuda,—al mismo tiempo que le hiende la cabeza haciéndole saltar los sesos—y añade: en estos casos mi mejor compadre es el Rey.

La cabeza le hiende por la frente;
Los sesos salen fuera la mollera;
Y dice: « no hai compadre en tiranía,
Que el Rey es mi compadre en demasía. »¹.

Ramirez, segundado por su parentela, se reserva la gloria de habérselas con Leiva, cuya fama de valiente y bien apuesto era general en la Colonia. El leon dormía en brazos de su hermosa y discretá mitad, que á estar vigilante y avisado, habría mostrado cuando menos, su valor, segun la justa observacion de Centenera, quien á pesar de su conocida parcialidad á favor *del orden*, se duele indirectamente del trágico fin de aquel valiente.

1. Cant. XVI, Oct. 26.

..... el joven que dormía
 en camisa salió, que á estar en vela
 mostrara su valor y valentía.

El hilo le cortaron de la tela
 que el triste sin ventura mal tegía.
 Su esposa con dolor está llorando,
 y sus rubios cabellos arrancando.

Diego Ruiz tan ignorante como Leiva de la tormenta que venia sobre él, fué sorprendido, y como oyese « la gran grita y el murmullo, » salió á la plaza á donde le tomaron, le despedazaron y colocaron el cadáver mutilado en el *rollo*, ó *picota*, monumento fundamental de toda poblacion, levantada por los conquistadores. Este Diego Ruiz era un *criollo*, de muy buen natural, valiente, bello y tambien sin ventura, y á quien al fin dañaron, segun Centenera, las malas compañías. A Romero le trageron mal herido hasta el pié del rollo en donde se confesó antes que le suspendiesen en él y le descuartizasen como á todos sus demas compañeros. Los miembros mutilados se repartieron por los campos y caminos,

..... la causa publicando

Las letras que en los palos se ponian,

Que bien los que pasaban las lejan.

A la carniceria siguieron los procesos, las persecuciones, las prisiones de cuantos fueron culpados en el motin, escapando muy contado número de entre estos, pues como caso escepcional, refiere Centenera, que, aquel Villalta que hizo oficio de cartero é iba y venía á Tucuman con el objeto de entenderse con su mañoso gobernador, logró la vida gracias al escondite que le protegió en el convento de San

Francisco, cuyo guardian se declaró su tercero, logrando que la causa feneciese como entre compadres.

... En San Francisco se ha encerrado
Tomando al Guardian por su tercero;
Su causa entre compadres fenecida,
Escapa por entonces con la vida.

A pesar de la proteccion que le dispensó la caridad franciscana, no se consideraría muy seguro el tal Villalta, cuando uniéndose con Mosquera, su cómplice en la desgraciada revolucion, emprendieron juntos un viaje hácia el Tucuman, cuya capital por entonces era la ciudad de Santiago del Estero. Con este motivo, y dejándose llevar nuestro cronista del hilo de los acontecimientos, sin mayor respeto por la unidad de lugar, entra en prolijos pormenores acerca de los orígenes del Gobierno del famoso licenciado Lerma; pormenores curiosos que pintan al natural la manera cómo en aquellos tiempos remotos se arrebatában el poder unos á otros los señores gobernadores de provincia.

Su antecesor, que como se ha visto, habia, aunque con cautela, metido la mano en el levantamiento de Santa Fé, se atrajo la mala voluntad de los Tucumanos, y los recelos de la corte de Lima, en donde se le suponía dispuesto á sustraerse á toda autoridad y gobernar con independencia y á su arbitrio. Previendo este caso, nombróse para subrogarle al licenciado don Hernando de Lerma, hombre á quien los historiadores, que á cualquier mandon voluntarioso atribuyen la talla de un tirano, han pintado con el severo pincel de Tácito.¹ El gobernador nuevo exajerándose las resistencias que habia de oponerle don Gonzalo, recurrió á la astucia y á la sor-

1. Véase á Funes, T. 1^o.

presa para apoderarse del mando sin mayores dificultades, y destacó á un hermano suyo, natural de Sevilla, á la cabeza de seis soldados, con la comision de notificar al gobernador que venia mandado por el Rey para reemplazarle en ese empleo.

El Abrego¹, que á Lerma conocía,

llenóse de indignacion con la embajada del sevillano, y la cólera le cegó á tal punto que no acertó á tomar medidas para defenderse contra aquel puñado de soldados que disparaban sus arcabuces y daban gritos, mientras el grueso de la comitiva de Lerma se acercaba con él á la cabeza. Facil le fué á este apoderarse de la persona de Abrego y de sus parciales, y á fin de dar color de justicia á estos procedimientos hizo levantar un proceso tomando por principal pretesto el levantamiento de Santa Fé, cayendo por consiguiente en la red, y entre las primeras víctimas el pobre de Villalta que tan lejos habia ido en busca de seguridad. El resultado fué que el ex-gobernador y los demas enjuiciados sufrieron tormentos cruelísimos, la pena moral de una sentencia de horca, y por último la muerte real y verdadera á consecuencia de los padecimientos físicos y aflixiones de ánimo porque pasaron durante largos dias. De todo lo obrado dió cuenta en debida forma el *licenciado* Lerma á la Audiencia de Chuquisaca, la que no aprobó su conducta sino en parte, sin que esta sentencia alcanzase á levantar de la tumba á tanta desgraciada víctima de la pasion del mando.

Es de notar que Centenera, aunque con alguna timidez y parcimonia, hace la apología del tirano Lerma, y tacha con

2. Abren.

la calidad de «enemigos conocidos de este» á los quejosos de sus escándalos: á veces dice, suele haber casos forzosos

que obligan á los hombres entendidos
á dar en Scyla de ojos procurando
á Caribdis huir que está esperando.

Y si estas espresiones valiesen por una disculpa, muy espreso hallamos el pensamiento del cronista en una nota en prosa en que recuerda que el gobernador que fundó la ciudad de Salta, apesar de haber llegado á alcanzar triunfos y poder, murió en una carcel de corte en Madrid, tan pobre, que entre indianos le enterraron por Dios. ¹

Y es tanto mas de estrañar esta benevolencia del cronista para con Lerma, cuanto que este se señaló por su conducta irreverente con el primer obispo de la Diócesis del Tucuman D. Fray Francisco de Victoria, favorecido con esta mitra por cédula de Felipe II. Mientras el prelado llegaba á tomar posesion de su silla, envió en su lugar al Dean de la futura catedral, con recomendaciones al gobernador, quien, honrándolas, regalóle respetuosamente en su propia casa colmándole de todo género de atenciones. Pero el Dean, delegado del Sr. Obispo, era hombre presumido, pueril y amigo de señalarse con boberias (palabras testuales de Centenera) de manera que muy pronto rompiéronse las buenas relaciones con el gobernador, y comenzaron á andar los chismes de por medio entre ambos personajes. A los chismes siguieron las esplicaciones, y las dadas por Lerma no carecieron de parcimonia ni de prudencia. Padre, decia al Dean, no es justo que quiera

1. Nota única del canto XXI.

V. obligarme á soportar sus demasias; tenga un poco de sufrimiento, y no me saque de mis casillas.—A mas, conozco yo acaso los títulos que le autorizan para firmarse licenciando y Dean? No es al Rey á quien corresponde el nombramiento de los Prebendados eclesiásticos? Estos altercados subieron de punto hasta el estremo de verse el Dean forzado á dejar á Santiago y dirigirse al Perú por la via de Esteco, quedándose temporalmente en esta misteriosa ciudad.

Aquí le deja tambien Centenera para entretenerse con las «hazañas del corsario mas grandioso», el capitán Francisco Drake; pero como á poco andar anuda de nuevo la historia del Dean cuyo nombre y apellido no nos revela hasta el canto XXII, veamos cómo terminaron las desavenencias entre don Francisco de Salcedo y el gobernador de Tucuman, ya que estas rencillas andan tan desfiguradas en la historia á fuerza de haberséles querido referir con pluma mejor cortada que la de nuestro cronista. Dice este, que así que el gobernador tuvo noticia de andar el delegado de su Ilustrísima, en altercados con su teniente gobernador de Esteco, despachó para ponerles en orden á su yá conocido hermano, Mirabel. Este que aborrecia «al pobre del Dean,» y no queria sino pretextos para tratarle malamente, desempeñó su comision como hombre apasionado, y como un verdadero andaluz. Hizo mucho ruido, allanó el convento de la merced en donde se hallaba recogido el Dean, y le prendió con otras personas que tomaron partido por este; y todos juntos fueron remitidos con sus sumarios correspondientes ante los estrados de la audiencia de Charcas, en donde la presencia de los

reos y la fama de los acontecimientos de Tucuman, fueron motivo exclusivo de las conversaciones de toda suerte de hombres, de los soldados, de las mugeres y del vecindario entero, olvidado de todo otro asunto que no fuese la cuestion del Licenciado Lerma con el Dean Salcedo. Esto es cuanto refiere Centenera de una manera tan confusa que hasta en la duda nos deja sobre sí fué ó no él mismo testigo ocular de lo que cuenta, y si contra lo que refieren los historiadores, fué aprobada la conducta de Lerma como parece manifestarlo en dos de sus mas oscuras octavas. ¹

Si no es del todo evidente que se hallase el cronista en la ciudad de Charcas durante estos sucesos, lo es sí que residia por entonces en aquella parte del Alto Perú, pues, segun su terminante aseveracion, « vió » aquellas poblaciones conmovidas por

una cosa muy triste y peregrina

que aconteció por aquellos mismos dias en la ciudad de Arequipa;

..... caso lastimero

que por famoso aquí contarle quiero,

dice Centenera,—y he aquí como se desempeña el poeta al narrar una de esas tremendas catástrofes que se llaman temblores de tierra y tan frecuentes son á las inmediaciones de los Andes. Desde Pedro de Oña hasta el inédito Caviedes, en prosa y en verso, conocemos muchas descripciones de este género de calamidades consignadas en las historias y en las crónicas peruanas; pero la de Centenera

1. 30 y 31 del canto XXII.

lleva la ventaja de entrar en pormenores llenos de verdad é inapreciables para quienes se complacen en los cuadros de costumbres reales, y no apartan los ojos cuando los interiores del hogar ajeno se ponen en evidencia en momentos críticos é inesperados de la vida social. No por eso deja la fantasía de nuestro poeta de despedir sus destellos y de colocar como cielo y fondo de su cuadro las impresiones vagas de terror, los presentimientos, y las preocupaciones morales que se amparan del comun de los ánimos cuando las fuerzas de la naturaleza se desatan y desequilibran. Aquella calamidad tuvo sus presagios especiales. Oyéronse por los aires gran ruido y «tintines» de cajas y atambores, que batian marchas concertadas como si guiaran los movimientos militares de un ejército: el aire se puso oscuro y tenebroso como para servir de contraste al fulgor repentino de los cometas que atravesaban aquella negra atmósfera, prometiendo un «fin horrible y espantoso.»

La catástrofe estalló á la mitad del día, estando el pueblo alegre y descuidado y cada familia comiendo en paz bajo su respectivo techo. Al sentir temblor tan «importuno» sale cada cual desatinado buscando su remedio, sin que el padre espere al hijo,

ni al hijo su querida y dulce madre.

Fallan los cimientos, y los edificios mas fuertes vienen al suelo, contándose por felices aquellas personas que pueden guarecerse de los dinteles de las puertas que se mantienen en pié. Los pobres mercaderes que procuran librar lo que han ganado con trabajo, perecen juntamente con sus haciendas bajo los escombros. Los

mas buscan el remedio en la huida: ay de los lentos y pesados!

que el mas suelto y ligero mas corria
y de su ligereza se valia.

Sin embargo, si los datos estadísticos del Arcediano, son esactos, no anduvo en proporcion el número de las víctimas con el de los edificios derruidos que fueron trescientas casas particulares,

y templos muy lucidos y labrados,
mientras aquellas solo llegaron al número de treinta; bien que no entran en este cálculo, « los indios, en la tierra sepultados » y los muertos de puro susto;

de espanto y miedo algunos se murieron.

La causa forzosa de esta «gran tormenta,» segun se decia por allá en los momentos mismos del conflicto «era una boca terrible y espantosa que está junto á Arequipa; obra monstruosa del Eterno, llamada con razon boca del infierno, porque despidе azufre y fuego.»¹

1. Alude Centenera al volcan *Misti* cantado con inspiracion por el doctor don Miguel del Carpio y sobre el cual el malogrado jóven y sabio don Manuel R. Paz Soldan, ha escrito las siguientes consideraciones en la introduccion á una de sus memorias sobre cuestiones de fisica matemática: "Nada hiere mas la imaginacion de un pueblo que la vista de un cerro elevado, impresion que se aumenta si en él se notan los signos de la actividad volcánica. En el Perú, que aunque vecino á la República del Ecuador, no se conocen sino muy pocos volcanes, mientras que en esta República, en Chile y Centro-América los hay en grande abundancia, no puede dejar de despertar nuestra curiosidad el colosal *Misti*, muchas veces mayor que el Vesuvio y el Etna y el Cotopaxi y que en clase de volcanes elevados ocupa uno de los primeros lugares, presentándose al espectador que lo contempla desde su base tan grandioso como el Chimborazo, porque este sentimiento no se despierta por la altura absoluta sobre el nivel del mar sino por su altura desde su base. (*Estudio sobre la altura de las montañas aplicado especialmente al Misti 6 volcan de Arequipa.*)

Estos grandes fenómenos de la naturaleza dejan siempre tras sí profundas huellas no solo estampadas en el suelo sino hasta en las costumbres. El famoso terremoto de la noche del 13 de Mayo de 1647, que derribó á plomo y en un segundo la ciudad entera de Santiago de Chile, tuvo tanta influencia moral, política, religiosa y civil en aquel país como profunda fué en el terreno que hundió con grietas insondables, segun la observacion de un escritor reflexivo y espiritual de nuestros dias.¹ No es extraño pues que Centenera se escandalice al ver cómo á pesar de semejante aviso del cielo no se enmendase ni echase á tras de su mala intencion una mestiza arequipeña, á quien el diablo habia aconsejado que matase al marido que aborrecia, para pasar así libremente á los brazos de un mancebo idolatrado por ella. El mozo

que amaba á la mestiza en gran manera,
informado de la traza sugerida por satanás, aceptó la comision de despachar al esposo legitimo, y eligió para disimular el crimen un sitio que debia ser aparente puesto que era una huerta situada á las inmediaciones de un camino, y en la cual, defendida por un vallado, se erguia una hermosísima higuera, árbol que, como se sabe, ha presenciado la agonía de muchos ahorcados célebres. La moza ahogó al marido cuando dormia,
con un lazo y cordel muy corredizo,
y á presencia del «nuevo sucesor», el cual tomando al muerto sobre los hombros lo trasladó á dicha huerta y lo colgó de la higuera del vallado, de manera que pareciese ahorcado vo-

1. Don Benjamin Vicuña Mackenna, Historia crítica y social de la ciudad de Santiago.

luntariamente y pasase por suicida quien habia perecido de una manera tan traidora y descorazonada.

Dice Centenera que estos villanos aparentaron al dia siguiente con ruido y lágrimas, mucho sentimiento, la una por la muerte de su esposo y el otro por la de su mejor amigo, sin darse por entendido sobre si la justicia descubrió ó no este sombrío misterio y si quedó impune ó fué castigado un delito tan feo y tan refractario á los avisos del Miste. Pero parece que el volcan predicaba en desierto en cuanto á mover las almas estraviadas por la pasion del amor ó por los apetitos de la carne, pues no es este caso de la mestiza el único que trae nuestro cronista relativo á mujeres que olvidaban sus deberes en aquella misma época y en el mismo Perú.

Al tono de este caso doloroso
diremos otro aquí mas lamentable.

La escena pasa en el valle de Mizque, en donde « tiene Baco asiento favorable » y la tierra es fértil como la de todos los valles de aquel país tropical. Allí vivian, al parecer amándose como buenos, el honrado Gil Gonzalez y su esposa doña Catalina. Pero habiendo sobrevenido la muerte del padre de esta, anciano cuyo respeto contribuia á la paz doméstica de aquel hogar, comenzaron á interrumpirse las buenas relaciones entre los consortes, sirviendo de pábulo y de atizador del fuego de la discordia, un mozo llamado Juan Rodriguez, nacido en la ciudad de Oropesa de donde le habia desterrado la justicia por su condicion mala y aviesa, que una educacion mimada no habia acertado á corregir. Apesar de estos antecedentes gozaba el tal mozo de la mas completa hospitalidad del bueno de Gil Gonzalez en cuya

casa disfrutaba de todo, viviendo en ella á mesa y mantel y á boca qué quieres.

A medida que doña Catalina se enfriaba para con su esposo, subía de grados la temperatura del amor que había logrado inspirarle el de Oropesa, y por consiguiente la confianza é intimidad entre ambos, á punto de concertar la muerte á traición del dueño de casa. El pobre Gonzalez que «vivía sin recelo,» y nada desconfiaba de aquellas dos personas tan favorecidas por él, fué sorprendido fácilmente y derribado al suelo al golpe de una herida que le asestó el brazo vigoroso de Juan Rodriguez. La víctima sorprendida y moribunda, implora á voces el auxilio de su esposa; pero esta ciega y poseída de infernales pasiones,

no es tiempo ya, le dice, perro, perro,

y azuza al amante para que ultime con nuevas puñaladas al inocente, y así lo hace introduciendo repetidas veces el hierro por la boca de la primera herida.

Espira el sin ventura sollozando,

diciendo: «¿muger mia qué os he hecho?»

Doña Catalina llevó el disimulo de su crimen con felicidad hasta lograr casarse con el matador de su marido: lloró, se mezó el cabello, se maltrató las carnes y vistió luto riguroso: así, bien ha podido decir Centenera con este motivo y con mucha gracia,—

las lágrimas son risas de heredero.

Como se vé por los últimos versos citados, nuestro poeta estaba en vena al dar fin á su canto XXII, donde se encuentran los anteriores episodios abortados por el volcán de Arequipa. No queremos pues defraudar al lector de las oc-

tavas que vamos á copiar, las cuales por otra parte completan las ideas que ya le conocemos respecto al bello sexo, que es para él una misteriosa caja de Pandora cargada de bienes que se convierten en daños al pasar de la superficie al fondo.

O cruda ingratitud, tan celebrada

De hembras por el mundo, como vemos:

Es posible que, siendo tan usada,

Jamas de su rigor huir podemos!

La culpa nuestra bien está probada,

Pues de muger sabido ya tenemos,

Que no puede regirse por consejo,

Pues tiene de razon poco aparejo.

Vereis que al parecer muy tiernamente

Os ama en extremo sin medida,

Y al contrario vereis muy de repente

Que sois la cosa más aborrecida

Que se puede hallar entre la gente.

Aquesta usanza bien es conocida;

Por do decir podemos de la hembra—

Mudanza cojerá quien amor siembra.

Fiad en la mujer por vida mia

Vereis cuán mal acude la fianza.

Si acaso es principal y de valía

Con tino está pensando en su mudanza:

Siendo de baja suerte, noche y dia.

Pues quien tendrá en muger ya confianza,

Sabiendo que en su pecho está estampada

Y al vivo la mudanza retratada?

En esta vídriosa materia no debe tomársele al Arcediano al pié de la letra. Para él como para todos los moralistas

de oficio y de confesonario, existe con respecto al sexo femenino el género y la especie, la generalidad y el individuo, y cuando atacan al conjunto, á veces hasta ensañarse contra él, la voz humana que les habla desde el fondo del corazón, les enternece y les inclina á la equidad para con el sér que es madre y compañera de quien por voluntad de Dios, desde la creacion, «no es bueno que ande solo». Suenen tambien estos desahogos contra las mujeres, por parte de los condenados al celibato en fuerza de votos religiosos, meros lugares comunes, repeticiones ó reminiscencias eruditas, de autores sin experiencia propia en achaques de esta naturaleza; ó, manifestaciones obligadas de sentimientos de que conviene, por bien parecer, hacer ostentacion de cuando en cuando. Por lo demas, el alma bondosa y amante de Centenera, está distante de ensañarse contra la mejor mitad del género humano, y á renglon seguido de una diatriba contra ella, la prodíga elogios y sonrisas, manifestando que si aborrece al pecado es un verdadero discípulo de Cristo para con las pecadoras. Así lo demuestra en la última octava del canto á que pertenecen las que dejamos copiadas. Para no agravar, dice, el disgusto que puedo haber causado á las «damas con mi rima», para desagraviarlas, les pido que lean lo que voy á escribir en seguida, y verán que sé estimar á las que tienen mérito y hermosura;

Que no es en esta historia mi designo
quitar de su valor al rubí fino.

Despues de esta promesa, no es poco extraño encontrarse al doblar de la página con el título siguiente del canto vigésimo tercero:—«Trátase del Concilio que se congregó en

Lima». Pero para descifrar este enigma nos vemos en la necesidad de estudiar espresamente este canto con ayuda de la historia de aquellos tiempos remotos del Perú, advirtiendo que los datos no son muy abundantes en la materia ni fácil dar con ellos, y que si bien nos parecen preciosos y no aprovechados hasta ahora los que suministra Centenera en esta parte de su variado poema, son ininteligibles para quien no reciba mas luz que la de su testo poético, pues habla con su lector como si este hubiera sido su contemporáneo y presenciado lo que él narra.

V.

Quisiera que el estilo de mi rima
subiera de repente de su punto,
al cielo levantando bien la prima
en solo este brevisimo trasunto;
por poder escribir *lo que ví en Lima,*
al tiempo que el Concilio estaba junto,
de siete obispos graves de consejo,
y el arzobispo Alfonso Mogrovejo.

Así comienza el canto aludido en el capítulo anterior; y desde luego, y antes que esta luz fugaz se nos desvanezca la aprovecharemos para establecer una de las rarísimas fechas precisas, que se encuentran en este poema, para ajustar con esactitud los actos de la vida del autor, á la cronología de la historia americana. El Concilio limense presidido por el despues santo, don Alfonso de Mogrovejo, tercero y de mas nombradía entre los celebrados en la ciudad de Pizarro,

fué convocado por aquel Arzobispo el 15 de Agosto de 1581, el mismo año en que se recibió de su iglesia, y la apertura solemne tuvo lugar en igual día, 15 de Agosto, del siguiente año 1582. La última sesión de este Concilio se efectuó el 18 de Octubre de 1583, celebrando la misa pontifical el Obispo de Charcas y siendo orador el famoso P. José de Acosta de la Compañía de Jesús, que á la sazón debía contar la edad de 43 años y se agitaban en su cabeza los siete libros de una de las mejores obras que se hayan publicado sobre América—*De novi orbis natura et ratione*. Veinte años se contaban apenas, después del famoso ecuménico de Trento, cuando tenía lugar este de Lima, promovido, según nuestro cronista, por el Rey, «deseoso del bien de la República cristiana», y á efecto de reformar la disciplina de la iglesia y las costumbres en «este nuevo orbe y tierra indiana». En breve tiempo, y de «tierras longuicuas» fueron convocados los prelados, y según parece no anduvo remiso á la convocatoria real uno solo de los personajes que calaban mitra en los dominios coloniales de España desde las fronteras de Arauco hasta Quito. Vamos á dar la reseña que de ellos hace Centenera, conservando los calificativos con que los distingue.—Hallábase allí el muy docto Sebastian de Lartaun, obispo del Cuzco; el sabio J. Pedro de Peña, de Quito; de Santiago de Chile, fray Pedro de Medellín, extremeño, nacido en el pueblo de su apellido, y también el único á quien su paisano el cronista no aplica ningún adjetivo; el grave y muy entendido fray Antonio de San Miguel, «de la rica imperial ciudad chilena»; fray Francisco de Victoria, «Lusitano, á quien fortuna dió en breve su mano», obispo de Tucuman; el de la Plata, don Alonzo Granero¹ de

1. Así escribe el autor; otros Granero. Solo los apellidos de estos personajes da generalmente Centenera.

Avalos, muy prudente, «que de antiguos Toledos descendía», y á la sazón enfermo de un achaque propio por lo común de personas aristocráticas—«que lisiado de gota asentía»; y por último, el prelado electo del Paraguay, fray Alonzo de Guerra, de quien tampoco hace elogio ni recomendación, tal vez por demasiado allegado á él.

Asistieron á mas al Concilio y aumentaban el número de los canonistas y teólogos, los procuradores de las iglesias, los diputados del clero y del mismo Concilio, los prelados de las órdenes religiosas, y varios letrados juristas;² y por fin,

En este Consistorio congregado
presidia el Arzobispo ya nombrado.

Por medio de edictos se llamó á todo el mundo para que ante aquella corporación destinada á corregir abusos, los delatasen y exijieran justicia ó reparación de ofensas causadas por las autoridades religiosas; para que los eclesiásticos delincuentes se presentasen en juicio ante aquel supremo tribunal; y por último, para reparar las irregularidades en materia de votos que pudieran afectar á las personas consagradas á la Iglesia. Con este motivo, parece que uno de los Obispos de mayor valimiento entre los presentes, el del Cuzco, fué el blanco de serias y apasionadas acusaciones por parte de sus propios diocesanos, representados por un tal «Lucio», personaje travieso y hábil, graduado en ambos derechos, pero

Amigo mas del tuerto que el derecho,
según nuestro cronista, cuya imparcialidad en estos nego-

1. Listado se lee en la edición de Buenos Aires, que es la única que tenemos en este momento á la vista.

2. Obras selectas del clero del Perú.

cios raya en indolencia y poco ayuda por esta razon para encontrar la verdad neta de lo que pasó en aquel Concilio, remedo colonial del Tridentino. «Lucio» era el abogado del Cabildo del Cuzco, y por consiguiente, la cuestion que patrocinaba interesaba á los Canónigos de aquella Iglesia en pugna con su Obispo; é hizo tanto y con tal maña, aunque

con su mal corazon y duro pecho,

que trastornó al Arzobispo y lo inclinó, segun parece, á disolver el Concilio ó cuando menos á dejar vacía su silla presidencial en él, como en realidad la dejó el señor Mogrobejo, porque tenía ciega confianza en «Lucio» y «cuanto este le decía lo creía». Una de las mas fuertes razones que alegaba el Arzobispo para no dar curso al Concilio, era la falta que le hacia la cooperacion del Virey, don Martin Henriquez, hijo del Marqués de Alcañizas y ex-Virey de Méjico, que acababa de fallecer en 15 de Marzo de 1583; fecha que prueba que el Concilio aceleró sus dias á causa de sus disensiones intestinas, y que estas amenazaban el orden público, puesto que se echaba menos la mano poderosa del primer magistrado.

La Audiencia que gobernaba en lugar del difunto Virey trajo á sí el conocimiento de aquella situacion litigiosa y enmarañada, y «despues de bien informada» y previo el parecer de «letrados famosos y sapientes», sobreseyó en las causas pendientes, echó tierra sobre las quejas recíprocas, y habilitó á los miembros del Concilio para que pudieran congregarse y terminar á prisa los negocios para cuya gestion les habia convocado el Rey.

Siempre que la Iglesia se siente gravemente enferma, y las heregias en predicamento la inquietan, y el mundo ame-

naza venirse abajo y concita la ira de Dios con la depravacion de las costumbres públicas, acostumbra convocar á los Obispos para que afirmen la fé con nuevos dogmas; levanten el espíritu religioso de los fieles caidos en la indiferencia, y reformen sus malos hábitos. Pero, por una fatalidad verdaderamente lamentable, y estando á lo que nos muestra la historia, la perversidad humana defrauda en gran parte tan sanas intenciones, haciendo que en el sitio mismo donde se congregan los reformadores y durante sus tareas, se ostente el vicio con los colores mas repugnantes afligiendo el ánimo piadoso de los pastores celosos de la salud de sus rebaños. Este fenómeno ha sido estudiado por grandes y honrados pensadores que pagaron caro la curiosidad de sus indagaciones; y aunque no pueda colocarse á nuestro Centenera en esta elevada categoría, sin embargo, casi inconciente y llevado de su amor á lo pintoresco, ha confirmado en su crónica la verdad dolorosa del fenómeno que hemos indicado.

Las pasiones que se agitaban en el seno del Concilio, las discordias entre los prelados, las falsas opiniones de los profesores de derecho, habian pasado del umbral de tan respetable recinto, y dado lugar á bandos y partidos que traian alborotada á la ciudad de Lima. El Arzobispo mismo habia contribuido por su parte á desvirtuar la fuerza moral de los prelados, escomulgándoles, y colocando sus nombres en tablillas; de manera que el pueblo no podia distinguir entre estos y aquellos desgraciados á quienes por brujos ó descreidos quemaba la Santa Inquisicion y cuyos retratos y nombres propios fijaba á la pared exterior del Templo principal de Lima. Bién es verdad que habiendo juzgado oportuno el pastor de la Iglesia peruana, comenzar la reforma por los mismos

obispos y demas eclesiásticos, se resintió agriamente la avaricia de algunos de ellos, protegida por el favor de muchos poderosos; segun el testimonio de uno de los biógrafos del Arzobispo.

A todos estos motivos de perturbacion hay que añadir la afluencia extraordinaria de gentes de toda clase y de diversos lugares que acudia por negocios ó por curiosidad,

Segun á cada cual le convenia:

Los unos sin llamarlos son venidos,

Los otros á mal grado son traídos.

Y como la ciudad no estaba preparada para dar hospitalidad á las visitas numerosas que de repente la asaltaron, hubo de venir el peor de los conflictos, y el mas terrible para Centenera que tantas veces habia sido víctima de él—el hambre,—ó cuando menos, « lo caro del comer, » usando de sus propias espresiones.

En fin, estando á lo que resulta de la crónica de este testigo ocular del Concilio, y actor en él, el señor Mogro-bejo no tuvo buena mano en aquella ocasión, y á pesar de su experiencia de Inquisidor y del prestigio que le rodeaba por el favor especial que merecia de Felipe II, y de la fragancia de santidad que despedia desde mucho antes de su canonizacion,¹ convirtió en una verdadera Babel, ó mas bien, en un

1. Este santo Arzobispo fué predilecto de Felipe II, quien le nombró Inquisidor y en seguida le obligó á aceptar el alto cargo con que vino á América: entonces contaria 40 años de edad, y sirvió su iglesia hasta el año 1606 en que falleció. Su canonizacion tuvo lugar bajo el pontificado de Benedicto XIII, ciento veinte años mas tarde. En el proceso de sus milagros se refiere el siguiente que presenciaron sus compañeros de viaje al atravesar el istmo de Panamá.—Vadeaba el Santo un rio, y al llegar á la mitad se advirtieron venir hácia él dos grandes caimanes, de cuya ferocidad estremecido el niño en que cabalgaba, hizo tales contorsiones, viendo tan cercana su

abispero, la sociedad limeña, con sus reformas de carácter ascético. Si hay algo en la ciudad de los Reyes que no puede tocarse en sus derechos adquiridos desde que se echaron sus cimientos, es la muger. Allí es una verdadera señora que todo lo avasalla á sus gracias, á la viveza de su ingenio y á la entereza del carácter, cualidades que en la muger res-
peta el hombre á las orillas del Rimac como en pocas partes de la América española. Centenera mismo, justificó esta devoción que inspiran las hijas de Lima, pintándolas como las conoció y trató en su tiempo; galanas, poco esquivas y de ninguna manera tiranas; fáciles de oír á los requiebros, ágiles y chistosas:

Por las calles y plaza, á las ventanas

Se ponen que es contento de mirárlas;

Con ricos aderezos muy galanas,

Y pueden los que quieren bien hablarlas;

No se muestran esquivas y tiranas,

Que escuchan á quien quiere requiebrarlas,

Y dicen so el rebozo chistecillos,

Con que engañan á veces á bobillos.

muerte que echó de sí al arzobispo, el cual cayó en el agua emborazado en sus propias vestiduras. Los cañuanos luego que vieron la presa segura, se aceleraron á devorar al santo arzobispo. Nadie dudó de su muerte, ni de que su vida no podía prolongarse mas que lo que tardase en llegar cualquiera de los cañuanos y atravesarle con sus espantosos colmillos. El santo advirtió el grande peligro en que se hallaba, por una parte de ahogarse viéndose en medio de un río sin saber el arte de nadar, ni poderle practicar aunque lo supiera; y por otra parte, viendo venir con las bocas abiertas á despedazarle dos bestias tan enormes. Levantó su corazón á Dios, imploró su misericordia, y al punto advirtió dos contrarios efectos. Los cañuanos quedaron inmóviles como si fueran dos rocas; y el cuerpo del santo tan ligero, que como si fuera de corcho fué nadando sin industria y sin trabajo hasta llegar á la orilla. El retrato que existe de este personaje en la sala capitular de Lima, tiene una larga inscripción que refiere su vida y milagros, y en ella se lee—que tuvo la gloria de alternar con los ángeles siempre que recitaba el oficio divino; que su rostro despedía rayos luminosos y que predijo el mismo su muerte que aconteció el día jueves de una semana santa.

Entre las libertades antiquísimas de que allí gozaba el bello sexo, era la más característica y querida, la de cubrirse el rostro: costumbre «loca» según Centenera y «abuso pestífero y malvado» que se propusieron abolir los Padres del Concilio, dictando en contra medidas severas acompañadas de amenazas de excomunión contra las *Tipadas* infractoras. Las decisiones del Concilio á este respecto colocaron á las «damas» en la disyuntiva ó de quedarse encerradas en sus casas ó de mostrarse en las fiestas públicas con el rostro descubierta; y como no estaban dispuestas á dejarse arrebatar sus derechos adquiridos, por nadie de este mundo, ni por autoridad de hombre aunque fuese la de los obispos reunidos en Concilio representando la imperiosa infalibilidad de la Iglesia católica, optaron por el primer extremo y se confinaron en el interior de sus habitaciones protestando de hecho contra semejante abuso de poder espiritual, y devorando dentro del pecho la pena y la vergüenza de verse desairadas por primera vez desde los días de Pizarro.

No fué poca la pena que sintieron

Las damas de se ver así privadas

Del rebozo, por donde se estuvieron

En sus casas algunas encerradas.

Sin embargo un corto número de señoras, aquellas más aristocráticas y ricas, esposas de altos funcionarios, que no podían resignarse á eclipsar su hermosura ó sus joyas, se sometieron á lo dispuesto y se presentaron en los actos, fiestas, y paseos públicos, destapadas y mostrando el rostro á todo el mundo. Con este motivo tuvo ocasión nuestro Arcebadiano, de contemplar y admirar á algunas de las bellezas de la Lima de su tiempo, haciendo de ellas una reseña tan

prolija y adjetivada, como la que nos dió, y conocemos ya, de los obispos convocados al rededor de santo Toribio Mogrobojo.

En la Corte de Castilla, dice, no andan las señoras tan bien aderezadas y vestidas como en Lima, ni son mas que estas primorosas y bizarras. Usan basquiñas guarnecidas de mucho oro y «fina pedrería,» tan costosas, que á la que sacaba á la calle Doña Bernarda Niño, se le calculaba un valor de tres mil pesos fuertes de plata. La dama que mas se señalaba por el valioso aderezo del vestido, era doña Beatriz de Aliaga, la cual á mas de este mérito exterior llevaba consigo un tesoro,

En discrecion, aviso y buen sentido.

Doña Maria Copela, «la que no tiene cosa mala», y cuyo marido «no es menos bueno que ella,»

dá lustre con su lustre á todo Lima;

y doña Juliana de Porto Carrero, era tan discreta, tan hermosa y rica, que pudiera haber brillado en el cielo entre las estrellas. Tambien halla digna de desempeñar el papel de astro á doña Luisa Ulloa, dama y compañera de doña Beatriz la Coya, gran señora que

bien muestra ser del Inca sucesora.¹

Doña Mariana Diana, era el orgullo de Lima y contribuía á los placeres de la alta sociedad con su habilidad en la música; pero habiéndose mostrado con ella «envidiosa la

1. Hija de Sayri-Tupac-Inca, y á la cual, despues de bautizada, dieron por muger á uno de los asesinos de su padre, á don Martin Garcia de Loyola, para que por este medio pudiese gozar el repartimiento que le venia á la Coya por herencia. Los Araucanos vengaron la muerte del Inca, matando á Loyola en una sorpresa que le dieron á él y 30 españoles mas, estando este en la frontera de Chile, encargado de un empleo militar de alta graduacion.

muerte,» no quedaba ya mas que el vivo recuerdo de su mérito en los dias de Centenera.

No hay una sola muger en Lima, dice este, que no esté adornada de mil gracias. En el meridiano de aquella ciudad se detienen la luna de noche y el sol á medio dia,

Por cobrar nueva luz y resplandores
de las damas de Lima y sus primores;

lo cual, si no fuera ponderacion épica, añadiría una teoría mas á las muchas que se conocen para esplicar la causa y la perpetuidad de esa cosa admirable é impalpable que se llama la luz. Para Centenera, como acabamos de oir de su propia boca, la luz es una emanacion, reflejo de la mirada de la muger limeña; y por cierto que no esperábamos una paradoja tan erótica en un Arcediano recién levantado de la poltrona de un Concilio reformador. Pero nuestro buen don Martin del Barco no era físico ni geómetra, sino un poeta cuyo corazon sin hiel é impresionable jugaba con su buen sentido, como las ráfagas del aire con las veletas. Con su poquillo de exageracion, si se quiere, no ha hecho mas que espresar las sensaciones que le causaban los ojos, alamados hasta ahora del bello sexo limeño, tanto mas ardientes y deslumbradores para los suyos, cuanto que se desembozaban repentinamente del *rebozo* y debían impresionarle como el sol cuando rompe una nube. Extraño es que conociendo estos efectos de semejantes miradas, por experiencia propia, creyese cuerdas las medidas del Concilio con respecto á los rebózos ó mantos: esta parte del vestido no permitía de fuera mas que un solo ojo, y dadas las ordenanzas conciliares, los enemigos contra la paz del alma, se duplicaban y entraban como dos en los males que querian corregirse.

Las pragmáticas del famoso Concilio tercero, limense, quedaron reducidas á nada por la acción del tiempo y por la reacción contra ellas de la voluntad irresistible de las márgenes; y tanto el manto como la saya subsistieron en toda su originalidad hasta que el progreso de la civilización, que es la gran reformadora de los hábitos exóticos, vino á curar este, de raíz, ayudada de los ferros carriles, del comercio libre y del trato franco con pueblos mas cultos y menos moriscos que el español. Y, mientras que, con tanto ruido y aparato edificaba el Concilio su obra de la reforma eclesíastica, creyendo los Padres que lo componían, que trabajaban para la eternidad, un menestral oscuro y extranjero consumaba, no hecho indestructible y preparaba, no elemento mas eficaz para la salud del alma y la cultura del espíritu, que las mejores leyes sumptuarias y disciplinarias de la conducta privada. Este hecho fué la imprenta, y el instrumento el libro, con el cual se comenzó á difundir la luz por medio de la tipografía y la librería, ramos preciosos de la industria y del comercio moderno, agentes maravillosos de la libertad, de la verdad y de la ciencia, armas que Guttemberg puso á disposición del hombre para que eternizase el reinado de la razón y la difundiera por todos los ángulos de la tierra, naca para el Perú entre las manos de un obrero humilde, italiano, llamado Antonio Ricardo, del seno mismo del Concilio, historiado por Centenera, como nacen tantas otras cosas, de entrañas adversas y antagonistas. En efecto los primeros libros que la bibliografía señala, y estima, como incunables de la prensa en la América meridional, son los que contienen la exposición de la doctrina cristiana y los sermones que los curas debían enseñar y predicar á los in-

digenas, en sus propios idiomas (quichua y almará), conforme á lo dispuesto en el Concilio tercero limense. «El turinés Ricardo se habia trasladado de Méjico al Perú, y sus prensas dieron á luz pocos años mas tarde una obra notable, tan extensa como la «Argentina» y de mayor mérito literario que esta, titulada «Primera parte del Arauco domado», escrita por el chileno Pedro de Oña, en época en que probablemente Barco Centenera no habia acabado aun de escribir su crónica rimada, pues segun terminante declaración del mismo, componía su canto primero á fines del 1602, y apenas tres años despues de esta fecha aparecía ya la edición americana del «Arauco domado». No es, pues, fundada la razon dada por don Pedro de Angelis para juzgar que Centenera no dióse á luz en América su Argentina sino en Lisboa en año 1602. No solo habia penetrado ya en América el arte tipográfico á esa data, sino que como acaba de haberse notado, y sin hablar de lo que á este respecto se sabe de Méjico, la capital del Perú poseia imprentas capaces de producir ediciones estensas y notables.»

Las dos primeras producciones de la imprenta Sud-Americana, son documentos rarísimos que no es fácil hallar á la mano; así es que hasta ahora no hemos leído una descripción de ellas que pueda satisfacer á un verdadero curioso en la materia. Por esta razon creemos oportuno darla aqui, un tanto *in extenso*, confiados en que nos la agradecerán quienes la lean con la atención que en nuestro concepto merece. A mas, los libros, de que vamos á dar cuenta no son únicamente una curiosidad tipográfica, sino un documento precioso para conocer las creencias y costumbres de los Peruanos, la manera cómo las combatiéron los misioneros católicos, y tambien para comparar las dos lenguas del Perú con el auxilio de la nuestra.

La «proviscion real» que encabeza el «Confesionario», ofrece

La naturaleza se conjuró por su parte contra el Concilio; y á las murmuraciones de los «granjeros» ó comerciantes en cuyos tratos y contratos, se habia entrometido estableciendo restricciones al precio de los efectos y á la usura del dinero; al descontento de las mugeres, á las querellas entre los teólogos y letrados, y al grito general de toda la pobla-

una idea de las circunstancias que dieron origen y mediaron para su impresion en Lima; y dica, que habiendo dispuesto S. M., en procura del bien de los naturales del Perú, se juntase y celebrase un Concilio provincial para proveer á la conversion de aquellos y reformation de los sacerdotes que los hayan de doctrinarles; y habiendo dicho Concilio, ordenado una cartilla, catecismos y confesonario etc., que le mandaron traducir en las dos lenguas generales, del Perú, Quichua y Aimará, fué indispensable imprimirlos en los reinos del Perú, para ahorrar los gastos y las dificultades que ofreceria esa impresion en los reinos de Castilla donde no estarian á mano los correctores de las dichas lenguas indígenas. En vista de esto, la Audiencia espidió un auto con fecha 13 de febrero de 1584, concediendo licencia al impresor ANTONIO RICARDO, *Piamontes*, y «no á otro alguno» para imprimir dicho catecismo, asistido de los Padres Juan de Atienza, Rector de la Compañia de Jesus, y del Padre Joseph de Acosta de la misma Compañia, y de dos de los que se hallaron á la traduccion de nuestra lengua castellana en las de los Indios». El impresor ó quien le representase, debia vender la obra con arreglo á la tasa oficial, que era de «un real cada pliego en papel», y pagarse con el producido la imprenta, el impresor y las demas personas que en ello se ocuparen, so pena que de nó hacerlo así perderian sus bienes y saldrían desterrados perpetuamente de todas las Indias de S. M.

Se deduce tambien de este auto que la oficina de Antonio Ricardo, debia establecerse para la impresion del Confesonario en la Casa y Colegio de la Compañia de Jesus de la ciudad de los Reyes, «en el aposento de la dicha casa que señalare el Rector de ella» y con asistencia de las personas expresadas en el auto. Cada ejemplar debia llevar la firma del padre Rector ó del P.

cion que clamaba por la clausura del Sínodo; temerosa; á mas, de que faltase del todo el pan, la carne y el vino, «como acontecía en las bodas donde es mucha la concurrencia,»—á todos estos motivos de malestar y de revuelta, se agregó el fragor sordo y subterráneo precursor de un terremoto que colmó con sus sacudimientos la consternacion de los habitantes de Lima.

maestro Joseph de Acosta, sin cuyo requisito no podría venderse uno solo. Apesar de la fecha que queda espresada arriba, el auto concluye con las siguientes palabras: dada en la ciudad de los Reyes á doce dias del mes de Agosto de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.

Confessionario | para los curas | de indios | con la instrucion
contra sus | Ritos: y Exhortacion para ayudar á bien morir: y
sum | ma de sus Privilegios: y forma de impedi | mentos del Ma-
trimonio. | Compuesto y traducido en las | Lenguas Quichua, y
Aymará. Por autoridad del Concilio | Provincial de Lima, del
año 1583.—impresso con licencia de la | Real Audiencia, en la
Ciudad de los Reyes, por Antonio | Ricardo primero impressor
en estos Rey | nos del Perú | Año de M.D.LXXXV. | Está tasado
un Real cada pliego, en papel, in 4º

Este título tiene en el centro de la carátula que le contiene una lámina con la cifra conocida de la Compañía despidiendo rayos de luz, con esta inscripcion en rededor: ejus Jesum vocabis nomen; y mas á fuera esta otra: Ecce salvificum nomen, quo vita salusque constat, et hoc nobis coelica regna parat.

Al título sigue con el de «provision real,» el auto que queda extractado, y luego las demas materias en el orden siguiente: Erratas. Aprobacion del «Confesonario» firmada por Toribius Archiepiscopus de los Reyes. Decreto del Concilio sobre el Confesonario (en latin). Præmio sobre el Confesonario é instruccion de las supersticiones y ritos de los indios; en que se declara cómo se han de aprovechar desto los sacerdotes.—Confesonario—(Es una serie de preguntas, numeradas, en los tres idiomas).—Preguntas para los caciques y curacas, alcaldes, fiscales y hechiceros. Exhortacion ó plática despues de oida toda la confesion. En una de estas exhortaciones

Centenera habia salido muy temprano de su casa ese dia, pues tenia por costumbre, aprovechar las primeras horas de la mañana para dar un paseo en su mula antes de decir misa en la Catedral, porquedespués de esta diligencia se incorporaba á las tareas del Concilio en el cual tomaba asiento como Arceiliano, y adjunta al obispo del Paraguay.

contra la borrachera : lee: *Porqué te emborrachas tantas veces? No te basta comer y beber, y holgarte sino que te has de volver por un momento sin juicio? No veas las maldades que hacen los borrachos. Como se apunalean y hieren y matan, y á veces se echan con sus madres. Tu compañero y tu caballo nunca beben, mas que lo que tienen menester, y así eres peor que un caballo, que es torcida bestia.* Instrucción contra las ceremonias y ritos que usan los indios en el tiempo de su infidelidad: 6 capítulos en español. — (El primero, *de las idolatrias, comienza así: Como es á casi todos los indios adorar á Culecos, ídolos, Quebradas, Peñas, ó Piedras grandes, Cerros, Cumbres de Montes, Manantiales, Fuentes, y finalmente cualquier cosa de naturaleza que parezca aptable. Adem, es comun adorar el sol, la luna, estrellas, el lucero de la mañana, las cabrillas y otras estrellas etc.* Toda esta instrucción es muy interesante.) — *Supersticiones de los indios, sacadas del segundo Concilio Provincial de Lima, que se celebró el año de sesenta y siete.* — Los errores y supersticiones de los indios sacadas del Tratado y averiguacion que hizo el licenciado Polo. — (*Estos dos tratados sacados todos de las creencias religiosas de los peruanos de la Sierra y del littoral.*) — *Exhortacion breve para los indios que estan ya muy al orbe de la vida, para que esta oredite á algun modo le ayude á bien morir.* Otra exhortacion mas larga para los que no están tan al cabo ni tienen necesidad de disponer su ánima. — *Exhortacion de algunos privilegios y facultades concedidas para las Indias, por diversos sumos Pontífices.* — *El cual es un apéndice de un Concilio provincial de Lima del año de M. D. C. LXXIII, y mandó que se pusiese juntamente con el Catecismo, para que los curas y las demas personas á quienes tocase, tengan noticia de ello.* — La forma que se ha de tener en publicarlos impedimentos del matrimonio cuando se hacen las amonestaciones, es la siguiente: *Concedrá por lo menos algunos veces al año cuando se junta*

Iria probablemente distraído, cuando aparecieron los primeros síntomas del temblor y, súbita y estimulada por el miedo, comenzó a agitar las orejas y á correr con tanta ligereza y paso tan desigual que dió en el suelo con su respetable carga, «quebrándole las quijadas» á nuestro buen canónigo. A pesar del golpe y del dolor de las mandíbulas malparadas,

todo el pueblo, hacíalo leer como está aquí por extensión, para que no tengan ignorancia de cosas que tanto les importa saber. Los impedimentos que hacen que no valga el Matrimonio que se contrae con algunos de ellos son los siguientes, los cuales se han de leer en las amonestaciones.

Esta es el contenido del Confesionario: tiene tres foliaturas diferentes—27. folio 16 folio 24 folio y al fin: *imprimé en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo, primero impresor de estos Reinos del Perú. Año de mil y LXXXV.*

En esta mismo año 1585, por la misma imprenta de Antonio Ricardo y en la misma ciudad de los Reyes, se dio á luz un vol. in. 4.º de 245 folios ó 480 págs. con este título: TERCERO | CATHECISMO | Y DISPOSICION DE LA | DOCTRINA CHRISTIANA, POR | SERMONES PARA QUE LOS CURAS Y OTROS | MINISTROS PREDIQUEN Y ENSEÑEN A LOS INDIOS | Y A LAS DEMAS PERSONAS. | CONFORME A LO QUE EN EL SANTO | CONCILIO PROVINCIAL DE LIMA SE PROVEYÓ. | IMPRESO CON LICENCIA DE LA REA AUDIENCIA, EN LA CIUDAD DE LOS REYES, POR ANTONIO RICARDO PRIMERO IMPRESOR EN ESTOS REINOS DEL PERU—AÑO DE M. D. LXXXV. Está tassado en real por cada pliego en papel. Los sermones son XXI, en lengua Quichua y Aimará, y colocados en dos columnas.

La carátula tiene la misma viñeta descripta arriba con esta inscripción en redondo: Dulce talum nostris scribitur in pectore nomen namque tuo constat nomine nostras alus. Después de la foja consagrada al título y erratas, siguen siete mas sin numeración, comprendiendo las «provisiones reales» y la «tabla de las materias y cosas notables que se contienen en los sermones». Este volumen tiene bastante perfección tipográfica y por el carácter y distribución de los títulos, etc., recuerda las ediciones llamadas elzevirianas.

no quebrantó Centenera sus hábitos de observador y pudo notar que las paredes de las casas se meneaban, quedando las mas en su sér aunque algunas se caian apretando debajo de ellas á sus dueños. Apesar de que el lance era apurado y no el mas á propósito para conservar buen humor, fué tan cómica y singular la escena que de improviso se presentó á los ojos de don Martin del Barco, que casi soltó la carcajada. Cuadró la casualidad de que en el momento que comenzaba á estremecerse la tierra, estuviese un pobre hombre recibiendo una sangría en la tienda de un barbero; y como en semejantes casos nadie queda bajo de techo, el flebótomo y su cliente salieron á la calle despavoridos, corriendo á la par, el uno con la lanceta en la mano y el otro apretándose la vena abierta con toda la fuerza del dedo pulgar.

El barbero perdió aquí su lanceta

Y al enfermo el temblor la vena apricta.

Mientras tanto, añade el observador, era de ver cómo salian mugeres y hombres disfrazados, pues era justamente la hora en que comenzaban unos á vestirse y otros permanecian todavia en cama. Muchas damas fueron sorprendidas en el momento en que se ponian sus afeites, y abandonadas de sus criadas, salian mezcladas unas y otras á la calle con figuras estrañas y ridículas:

Las unas en camisa, desgrefñadas,
las otras dando gritos mal cubiertas;
las otras medias caras afeitadas,
caidas, desmayadas á las puertas;
las otras con sus hijos abrazadas
vencidas del temor y medio muertas.

Era por entonces malísima la situación en que se encontraba nuestro poeta, á punto que faltándole la resignación cristiana y su parcimonía genial, «deseaba ver la muerte á veces.» Había gastado en el viage y residencia en Lima sus cortos haberes y se hallaba en la mayor pobreza, arrepentido de haberse colocado por su voluntad tan lejos de su España, «de esa dulce amiga,» á la que no podía olvidar como tampoco podía desear de la memoria á su amado rey don Felipe. Pero, cuando se creía más perdido y más sin esperanza de regresar á su suspirada patria, fué sacado de su tristeza por uno de esos vuelcos de la fortuna que mudan la situación de un hombre repentinamente:

La inquisición le hizo comisario
y el obispo de Charcas su vicario.

Estos dos versos son un verdadero cambio de decoración en el drama de la vida andariega de nuestro cronista, y con ellos cierra el canto XXIII de su poema para entregarse en los siguientes á nuevas divagaciones. Nosotros volveremos atrás y le estudiaremos bajo nuevos aspectos dejando de lado la narración histórica de los hechos que él no pudo presenciar y pierden bajo su pluma el mérito de dictados por un testigo de vista.

(Continuará.)

JUAN MARIA GUTIERREZ.

—+—+—

REVISTA DE SETIEMBRE.

Resumen: Consideraciones sobre nuestras crisis—Carencia de industria nacional—Una visita á la fábrica de paños—Falta de proteccion—El Mensaje del Poder Ejecutivo al Senado de la Nacion—Base de su doctrina constitucional—Reimpresion de las Cartas sobre la Prensa, del Dr. D. Juan Bautista Alberdi—Su crónica—Carta del Sr. Sarmiento al Ex-Ministro del Culto—Concordancias y fundamentos del Código Civil—La muerte del General D. Emilio Conesa—Inauguracion de la estatua del General Belgrano—Poesias de D. Martin Coronado.

El crédito es el alma del comercio moderno, pero como todos los grandes inventos, reúne en sí a la par que grandes ventajas los grandes peligros de la pólvora y del vapor. Las poblaciones nuevas se transforman en grandes centros de riqueza con su poderosa influencia y se adelantan á lo que podían haber sido en dos ó tres siglos venideros si su prosperidad estuviese confiada al tiempo y no á este poderoso medio de la produccion. Pero á la par que se realizan estos preciosos resultados, otros menos alhajadores se producen, y así vemos repetirse no con escasa frecuencia, esas terribles crisis que entre nosotros por lo general, no tienen mas causa que el abuso del crédito y el despotismo, á que nos somete el capital extranjero con que siempre lanzamos á la produccion nuestros elementos nacionales de riqueza.

Tomar actualmente lo que solo el trabajo y el tiempo puede darnos más tarde, es atraer la vida futura y trocarla por la presente que está lejos de tener su importancia. Así pues, como dice muy bien el príncipe de los economistas modernos Mr. Macleod, cuyas doctrinas segun la espresion de su refundidor ¹ han hecho una revolución en la ciencia económica, la concepcion fundamental de todo sistema de crédito es *el derecho presente ó un pago futuro.*

Los capitales acuden á manos de los productores, que los ponen en movimiento y de la excelencia de estas operaciones resultan los sorprendentes fenómenos de reproducción que engendra la confianza recíproca de los prestamistas. Con el crédito todo se pone en movimiento. El átomo imperceptible de riqueza gira en la inmensa órbita de la producción, se convierte en molécula y pasa á ser cuerpo merced á la fuerza motriz que lo impulsa constantemente. La actividad comercial es hechura del crédito, como la tierra y sus transformaciones periódicas son la hechura de la naturaleza. La fuerza productiva de este, no se extingue jamás porque la materia es inmortal, y si alguna vez, las entrañas de la tierra son pequeñas para contener la exuberancia de elementos en combustión que preparan las fuerzas vitales, ellas estallan y producen las ruinas y los cataclismos parciales de los volcanes. Así son las plazas mercantiles que han refulido en su seno por la acción del crédito, elementos superfluos de venta por medio de la confianza. Cuando los vendedores se encuentran con que han depositado en ellos más crédito del que necesitaban, y que los negocios á emprender no bastan á cubrir la confianza tomada, las crisis se presentan y

1. Mr. Richelot.

las ruinas y los cataclismos mercantiles se producen.

En vista de estos inconvenientes, espíritus eminentes no han faltado que condenen absolutamente todo sistema que tenga por objeto tomar prestado, y así vemos, que no hacen muchos años, obras muy notables se han escrito destinadas á combatir la importancia del crédito predicando su destierro y su desuso en los centros mas civilizados de la Europa moderna. Inútil empeño que el ingenio mas notable de nuestros dias se esforzaría en vano de conseguir.

La falta del crédito cambiaria la faz del mundo y no tenemos mas que comparar las naciones en que su empleo es inmenso con aquellas en que es relativamente menor para sacar en consecuencia cual seria la situacion en que quedarian las plazas mercantiles si se anulase su existencia.

No es con la prédica de su anulacion, total que conseguiríamos un resultado, sino estudiando las causas estrañas con que se combina y con que se producen las crisis en cada localidad. No es tampoco en los escritos de los economistas extranjeros donde encontraremos la teoría de un buen sistema de crédito para aplicar entre nosotros, por que es un error creer que la economía política dá y contiene principios inmutables para todas las naciones. En nuestras tierras no es pequeña la influencia perjudicial que hasta hace muy pocos años ha ejercido la Francia en todos los ramos del saber humano. La literatura y las ciencias políticas y sociales de la escuela francesa han encontrado aqui tierra fértil en que germinar. Así vemos la influencia francesa desparramada á manos llenas en los escritos de nuestros literatos, la forma de gobierno funestamente pariodada en nuestros gobiernos de provincia, el sistema de codificacion en pugna completamente con las

doctrinas republicanas en que hemos elaborado nuestra constitucion nacional, nuestro derecho civil suplantado por las teorías imperialistas de los Troplong y el estudio de la ciencia económica entregado completamente á la repeticion automática y servil de dos ó tres manuales de autores franceses difusos y vulgares, que desconocen que ella es una ciencia eminentemente práctica, y que teorizar sobre sus principios del modo como lo hacen es entregarse á los caprichos de la imaginacion y á las argumentaciones vacías de un lenguaje charlatanezco y sempiterno.

Si la victoria de la Prusia sobre la Francia no se hubiera realizado esta nos habria absorbido. La Francia nunca ha sido un pueblo práctico por mas que haya sido y sea un gran pueblo. Solo los pueblos prácticos pueden ser grandes, felices y libres en los tiempos actuales, y es por esto, que la Francia no es hoy ni grande, ni feliz, ni libre. Uno de sus grandes enemigos ha sido su pasmoso talento de teorizar, y como este talento, está encarnado en el carácter de todos sus hombres ha producido iguales resultados en los diversos partidos políticos, y asi vemos que son estraviadas las ideas que predominan en los círculos antidemocráticos como son exajeradas é imposibles las que agitan los cerebros de los hombres de la democracia.

Esta era nuestra escuela de la que afortunadamente hemos comenzado á emanciparnos en parte. Nuestro sistema político se reforma y se reforma bien. Nuestro sistema económico es el mismo, y es singular, que apesar de los malos resultados con que todos los dias lo vemos condenarse, persistamos en mantenerlo sin atrevernos á hacer en él una revolucion que ya es mas que necesaria.

Somos dependencia del comercio extranjero y de las conmociones que lo agitan; nuestra produccion, es decir, nuestra materia prima que es lo único que la constituye, depende necesariamente de la demanda de los mercados extranjeros. Ellos nos fijan la línea á que puede llegar. Ellos nos tienen bajo su tutela despótica por mas que queramos encomiar la bondad y el liberalismo de nuestro sistema económico. Ahogamos toda iniciativa de industria nacional con nuestro sistema singular de libre cambio y aunque en otras materias, nos esforzamos por seguir las instituciones americanas del norte, en esta, las rechazamos y desconocemos que bajo la influencia de un egoísmo nacional perfectamente justo y sabio aquel pueblo ha levantado su nacion al primer rango de las naciones comerciales.

La libertad de cambio, la libertad de bancos, estas creaciones absolutas de las reacciones francesas, repercuten entre nosotros con el mismo prestigio que en donde han nacido, y ciegos, sin conocer que es su uso exajerado el que casi siempre nos arrastra á estas crisis frecuentes, no falta quien atribuya la causa de ellas á la fundacion del Banco nacional y á la falta de competencia del Directorio del Banco de la Provincia para regentar las operaciones de este establecimiento que es el centro de los negocios en Buenos Aires.¹

No desconocemos que el abuso del crédito, el interés bajo, la demasiada produccion, las guerras y otras causas generales unidas á las locales que pueden afectar nuestro comercio no sean la causa del poco propicio estado

1. Escritos recientes.

mercantil en que se encuentra el país. Pero estas son causas pasajeras y no tienen el carácter orgánico de las otras que hemos apuntado.

Un país sin fábricas como el nuestro, tiene que ser un país espuesto siempre á crisis, porque el gérmen generador de estas, ocupa precisamente el vacío que deja la falta de establecimientos industriales.

Sabemos con cuanto prestigio de lenguaje se puede sostener la libertad de comercio. De la palabra *libertad* se ha hecho tanto abuso que en poco tiempo, dice un orador de nuestros días, nos vamos á encontrar con la idea que encarna completamente desnaturalizada. En todos los ramos de la ciencia se ha abusado de la libertad y como todo escrito y toda obra que hace uso de este precioso vocablo reúne para el vulgo un brillo fascinador, tenemos en consecuencia que á menudo se reproduce la fábula del cándido labriego que tomaba por oro todo lo que brillaba.

Pero la cuestion no es teórica como antes hemos dicho y no es por medio de textos y autoridades mas ó menos notables que se decide la victoria. La cuestion es de hechos y sumamente práctica. No tenemos mas que comparar los frutos que un proteccionismo moderado ha producido en los Estados-Unidos con los frutos que nuestras leyes económicas producen entre nosotros. No se nos harán los argumentos vulgares de que no tenemos ingenios como ellos, ni un país tan rico como aquel. En cuanto á lo primero la inteligencia de las razas latinas no ha perdido un ápice del vigor inmemorial que caracteriza su familia, y en cuanto á lo segundo, nuestros territorios estan tan preñados de riquezas, que en ellos encontramos todos los productos

de que son capaces de surtirnos las diferentes zonas de la tierra.

Los Estados Unidos hablan bien alto en favor de nuestras ideas y Mr. Carey, se ha encargado de contar al mundo de la ciencia los preciosos resultados que ha obtenido allí la sabia introduccion del principio: proteccion á las industrias nacionales.

Así se forman los capitales nacionales de que nosotros carecemos, pues que sabemos sobradamente bien, que jamás obra de alguna magnitud puede llevarse á cabo entre nosotros, sin recurrir á la ayuda de los empréstitos extranjeros. El capital extranjero como antes lo hemos dicho nos somete al despotismo de su tasa y somos muchas veces las víctimas inocentes de las oscilaciones y conmociones interiores del mercado en que está radicado.

No queramos pues encontrar en causas accidentales los de las crisis actuales, y consideremos, que si bien pueden algunas de ellas empeorar nuestra situacion financiera, la causa principal, la causa orgánica, la base de nuestros males, está en carecer de industrias por la falta de proteccion que se les dispensa y por consecuencia, carecer de capitales propios que nos hagan independientes de los mercados europeos de cuya demanda está pendiente la produccion de nuestra materia prima y pendiente tambien la prosperidad comercial de nuestro país.

Estas reflexiones poco mas ó menos, ocurrian á nuestra mente hace unos dias con motivo de una visita que haciamos á la Fábrica de Tejidos situada en la parte norte de la ciudad, bajo la barranca del Retiro y frente á la Estacion del ferro-carril del norte y del edificio de la Usina de gas.

Debido á la recomendacion que recibimos de uno de los miembros de esa sociedad y á la amabilidad de su inmediato director el señor Xatart pudimos enterarnos minuciosa y detalladamente de la gran importancia que reúne ese establecimiento que es el primero en su género entre nosotros y que está destinado á servir de ejemplo para que nuevos capitales se empleen en obras de la misma naturaleza.

Esto dependerá del éxito que obtenga se nos dirá, y en verdad que quisiéramos no tener la mas mínima duda de que él será lo mas lisonjero posible. Pero no es así: las condiciones en que esa fábrica entra á consumir una pequeña parte de la materia prima que producimos son muy poco favorables. Ella se estrena librada á sus propias fuerzas, vá á luchar con el comercio extranjero y vá á luchar sola. Las primeras dificultades de implantacion, la falta de brazos, los inconvenientes de las primeras elaboraciones, la calidad de los tintes, la poca proteccion del pueblo á los artículos extranjeros, las necias manifestaciones de los incrédulos y desesperanzados que creen que nuestro pais no está preparado todavia para ser un país industrial, la indiferencia de los gobiernos que absorbidos por la mezquina política de gabinete son sordos á todo lo que constituye la verdadera prosperidad de la nacion, todo esto en fin, y mil otros obstáculos que es inútil enumerar, van á ser otras tantas trabas, puestas en el porvenir de ese magnífico establecimiento, que constituye el estremo que hace la República Argentina en el mundo manufacturero é industrial.

Y bien, se nos dirá, dejad que se verifique la competencia, pues de ella resultan los beneficios para el con-

sumidor, dejad que se fabriquen libremente los tejidos del país y que cada ciudadano en mérito de la libertad de que es dueño, acuda al pie de sus telares para exigir la pieza de tela que ha de vestir, ó que si lo prefiere, acuda á los depósitos de fábricas extranjeras donde se espenden las ricas telas de Sedan.

En nombre de la libertad, (siempre la libertad) no coharteis el derecho y el gusto individual. Somos un país de libertad y esta debe ser la misma en el orden económico que en el orden político.

Es decir: desconozcamos las fuertes cargas que pesan sobre un país que solo produce materia prima: dejemos al tiempo que obre y encarguemos á su lenta marcha la modificación de nuestro estado social: él lo hará todo. Teneis lanas en abundancia, pieles, minas, productos de agricultura, viñedos estensos; no los elaboreis, el extranjero se encargará de eso, llevádselos, dadle lo que os dá la tierra sin ocuparos de saber lo que os dá, que él se encargue de vestirlos y de alimentarlos, mientras que vosotros solo debeis pensar en pagarle lo que os exija.

Todo esto es lo que pasa entre nosotros. Las teorías del libre cambio con su brillante lenguaje tienen por objeto hacernos olvidar todo lo que nos cuesta el extranjero. Muchos de los que despreciarán los tejidos de la nueva fábrica de paños, preferirán pagar al europeo una pieza de su paño que reunida con otras, constituye el menoscabo mas funesto que puede sufrir el capital nacional. ¿Sabeis lo que una pieza de paño representa para nosotros? Empezad por seguirla desde que ella es lana bruta y la vereis derramar en el mercado extranjero los fuertes derechos de su introduccion.

Seguid por conquistar en él la posibilidad de las demandas que es otro de los grandes inconvenientes con que tenemos que luchar; seguidla aún en las diferentes modificaciones que tiene que sufrir, vedla tejida, teñida y enfardada, sumad estos gastos con los de embarque, fletes é introduccion de nuevo en nuestro mercado y decidnos, quién cubre sus costas de produccion, sino el consumidor de nuestras playas y nuestros capitales que además de cubrirlos, tienen que satisfacer los justos votos de ganancia con que todo comercio tiene que lucrar?

Y sin embargo, estos sencillos y justos razonamientos no aconsejarán á nuestros gobiernos á hacer nada por el nuevo establecimiento de tejidos, y quizá la revolucion en el sentido de nuestras ideas está destinada á realizarse á fuerza de repetidos desengaños que demostrarán, quien sabe cuando, los serios perjuicios que se ocasionan á un país nuevo, cuando siendo apto para la elaboracion de la materia prima que produce, no se protejen debidamente los esfuerzos que en él se hacen para dotarlo de establecimientos industriales.

El edificio de la fábrica de tejidos es nuevo entre nosotros por sus vastas proporciones. Los dos cuerpos que lo forman se componen de dos salones, midiendo ambos ciento setenta varas de largo por diez y ocho de ancho. En ellos están la multitud de aparatos mecánicos que se requieren, desde la máquina que recibe la lana para lavarla tal como la ofrece el mercado hasta la que corta las irregularidades del pelo que lleva la tela cuando recién sale del telar. La máquina de vapor que mueve esta multitud de aparatos, es un precioso artefacto, fabricado en los talleres de Manches-

ter que por lo regular trabaja con treinta libras de vapor y que tiene la fuerza de treinta caballos. Las calderas y otras piezas importantes de la máquina son de acero y las garantías de seguridad están perfectamente tomadas. Existen actualmente diez y nueve telares de los cuales tres tejen toda clase de dibujo y los restantes elaboran tejidos sencillos. El establecimiento cuenta recién con sesenta operarios entre los que hemos tenido el gusto de ver mujeres y niños trabajando con el mayor orden y contraccion. Esta es otra de las grandes ventajas que resultan de estos establecimientos, la ocupacion de la mujer y de los niños, que forma una alta moralidad de costumbres tan necesaria entre nosotros si consideramos la multitud de vagos que comienzan á pulular en nuestras calles debido á la negligencia con que miramos las bajas clases sociales y á la ola de inmigracion extranjera que cubre anualmente nuestras playas.

Hemos tenido ocasion de ver en el mismo establecimiento variadas muestras de frazadas y paños de todas clases. La excelencia de las primeras sobre las que recibimos del extranjero es incuestionable y en cuanto á los segundos podemos asegurar que son de una calidad eximia y que llevan la garantia de ser elaboradas con buena y pura lana y no con elementos de mala ley como gran número de los tejidos europeos con que nos vestimos creyéndolos de la mejor clase.

Hacemos ardientes votos para que se realizen las justas esperanzas de los fundadores de este gran establecimiento y ojalá el patriotismo civil, ya que no la buena voluntad de los gobiernos se interesen por su éxito, á fin de que con su ejemplo, nuevos establecimientos de su género se funden

que eleven al cielo las altas columnas de sus chimeneas para que el extranjero que arriba á nuestras playas vea en esos monumentos de la industria que somos un país rico, progresista y civilizado.

Tres de nuestras provincias litorales, cuya riqueza como la de Buenos Aires consiste en el procreo de ganados se encuentran en las actuales circunstancias bajo la influencia desastrosa del estado de sitio y una de ellas asolada por una guerra cruenta de montoneras cuyo fin es difícil de preveer por mas que el gobierno nacional se empeñe en manifestar como lo hace, los inmensos recursos con que cuenta para sofocar la revolucion de Entre-Rios.

Esto ha dado motivos á que algunos miembros del Senado hayan interpelado á fines del mês de Agosto al Ministro del Interior señor Frias, despues de repetidos llamados que han sido desoidos por el señor Sarmiento quizá fundado en la estraña teoría de gobierno parlamentario que desarrolla en el último mensaje elevado al Senado con el objeto de dar cuenta de las causas que han demorado la sofocacion completa de la rebellion y de las medidas tomadas para proveer de caballos y ganado á las fuerzas movilizadas en las tres provincias que limita la margen izquierda del Paraná.

Decimos estraña teoría de gobierno parlamentario, porque no puede menos de serlo así aquella que se consagra á sentar como base de su argumentacion el derecho del presidente y sus ministros para gobernar á su antojo estableciendo una reserva estricta en sus actos, como si los ejecutivos de una república federal estuviesen constituidos del mismo modo que una lógia de iniciados en la que el precepto primordial de su existencia consistiese en ver, oír y callar.

De la teoría desarrollada en el mensaje aludido se deduce, que el pueblo y su representacion no puede saber por medio de los ministros lo que es público, es decir, que las causas de la duracion de la guerra, son la falta de vacas y caballos y que las medidas tomadas para surtir al ejército de este *elemento de barbarie*, aunque muy meritorios, no han sido aun eficaces para conseguir el número suficiente.

A esto se reducen los profundos secretos de Estado que no ha querido revelar el Presidente. ¿No hubiera sido mejor reservar con mas método ciertas escenas caseras que la irritabilidad de algunos miembros del gabinete no ha sabido silenciar?

En todo orden democrático representativo la publicidad de los actos de gobierno es la primera de las garantías políticas que tienen los miembros de la nacion. Gobernar por el pueblo y para el pueblo es obligarse á ser agente de la sociedad que elije. De otra manera, como lo observan todos los constitucionalistas modernos el control que necesariamente tiene que existir en todo gobierno libre seria efímero y seria lo mas fácil que con todas las formas externas de un buen gobierno surgiese el despotismo mas absoluto á despecho de una constitucion liberal que la terquedad de los gobernantes se empeñase en interpretar torcidamente.

El Mensaje del Ejecutivo al Senado de la Nacion es una pieza poco seria, su argumentacion es caprichosa y estravagante, no hay un solo principio de la ciencia bien aplicado y por último el exámen comparativo de nuestra constitucion con la americana es completamente ineficaz para conseguir el objeto que se propone su autor.

No se crea que exajeramos: todo se reduce á cuestio-

nar sobre palabras desconociendo el carácter y el fondo de doctrina sobre que se funda nuestra forma de gobierno.

Se comienza por estudiar la importancia constitucional del verbo *poder* y se saca en consecuencia, por medio de una argumentacion original, que las Cámaras *pueden* llamar á los ministros á *su sala* pero no á *sus sesiones* y que los Ministros sin que nadie los llame *pueden* asistir á las *sesiones* y en consecuencia se sacaria tambien, que no pueden asistir á *la sala* porque no vemos la razon para estender facultades al Ejecutivo que no se estienden á la legislatura.

Despues de esto, con un arte que revela á las claras las relevantes calidades de pedagogo que caracterizan al señor Sarmiento se entra á estudiar la sinonimia de las palabras *sala* y *sesion* y como las dificultades de resolucion de este problema linguístico no es necesario dejarlas á la competencia de la academia, el mensaje declara enfáticamente que *sala* y *sesion* son palabras distintas: es decir que *sala* no es *sesion* ni *sesion* es *sala*.

Las consecuencias se subsiguen y de la negacion gratuita de esta sinonimia que nadie ha pretendido establecer á los ojos del autor del mensaje, resulta no sabemos como; que el Ejecutivo no tiene mas obligacion que ilustrar á las Comisiones, (á *la sala*) sobre los informes que se pidan y que en cuanto á satisfacer á las Cámaras sobre la conducta que haya observado en tales ó cuales actos, lo hará *si lo juzga* conveniente á la seguridad y al honor del pais y no lo hará si no lo juzga así. Es decir que él se constituye en árbitro único de decidir si hay ó no conveniencia.

Esta es la cuestion de palabras ó de metafisica constitucional por llamarla así, con que el señor Sarmiento co-

menta nuestra constitucion, metafisica original basada en consecuencias mas originales aún que le sirven de escala para bajar de las dificultades en que lo colocan las interpretaciones antojadizas é irregulares que hace del testo de nuestra Constitucion.

En seguida, estableciendo el mismo derecho del Poder Ejecutivo para observar una estricta reserva cuando él lo estime conveniente, se quiere robustecer el principio por un exámen comparativo que se hace con Inglaterra y los Estados-Unidos.

En cuanto á la Inglaterra rechazamos abiertamente la comparacion. Allí el Ministerio es espresion genuina de las Cámaras y no puede haber conflicto de poderes sin que el gabinete del Ejecutivo sea sustituido en el acto por otro que guarde la armonia necesaria con el parlamento. Dice el mensaje *que á la deferente pregunta que hace un miembro de él para que el gobierno comunique tales ó cuales informes la contestacion negativa del Ministerio es final.* La manera capciosa de establecer la comparacion podria hacer fuerza si en su desarrollo no encontráramos la inconsistencia de que adolece.

Si uno de los miembros del parlamento inglés recibiese la negativa del Ministerio para contestar á tal ó cual pregunta, el miembro inquisidor quedaria sin contestacion y no podria exigirlo si la mayoría de su cámara no apoyase el derecho de su pregunta, pero si lo contrario sucediese, es decir, si un número suficiente de miembros tuviese las mismas ideas del que inquiria al Ministerio, este no tendria mas recurso que acceder ó que disolyerse para dar entrada á otro que satisficiese los deseos de la mayoría que representa en

todos los países libres el mayor número de los electores y por consiguiente el mayor número del pueblo.

Se dirá que las interpelaciones hechas últimamente al Ejecutivo son la obra de una minoría. Esto nos importa poco pues lo que nosotros defendemos es la obligación de los miembros del gabinete para satisfacer al país cuando este lo exige, rechazando la interpretación anti-constitucional que hace el Mensaje del derecho del Presidente y sus ministros para silenciar los actos de su gobierno y asumir ellos solos el ejercicio del poder.

Los usos parlamentarios en Inglaterra no robustecen pues en nada las ideas del señor Sarmiento y lejos de eso sirven mas bien para condenarlos abiertamente.

En cuanto á los Estados Unidos tampoco se puede admitir la comparación. En primer lugar los constituyentes americanos no crearon las secretarías de estados, como lo hicieron los de nuestra carta fundamental. Fué una ley la que dió lugar á su creación. Mas, nuestra constitución fué tan explícita, que fijó su número é inmovilizó el aumento de ellos, necesidad en que talvez nos pueden poner las exigencias del futuro. Nuestra constitución exige espresamente la existencia de los ministros, la americana no. Nuestra constitución declara espresamente en el artículo 87 que « los ministros refrendarán y legalizarán los actos del presidente por medio de su firma, sin cuyo requisito carecerán de eficacia. » La Americana no tiene una sola palabra que importe semejante cosa. En una palabra, sacamos en resultado final que la organización del Departamento ejecutivo en la República Argentina es diverso al de los Estados Uni-

dos y que es claro, que en estos los ministros no están obligados á concurrir á la sala ni á las sesiones como lo dice el mensaje, desde que la constitucion no provee al nombramiento de tales ministros que no son sino secretarios y consejeros del jefe de la nacion con los cuales las cámaras nada tienen que hacer.

Esta es una de las serias desventajas que tiene la constitucion de los Estados Unidos con la de la Inglaterra. La excelencia del gobierno parlamentario está radicada en esta última nacion, mientras que en la otra la division de dos poderes que marchan de acuerdo porque son cogobernantes, rompe con la verdadera libertad haciendo ilusorio el control que debe coexistir entre ellos.

Las ideas del mensaje relativas al punto constitucional que estudiamos han sido victoriosamente combatidas en nuestra Convencion Provincial estableciéndose en todo el cuerpo de la nueva constitucion un perfecto limite á las exajeradas atribuciones de que han estado revestidos los gobernadores de provincia.

Para los que como el señor Sarmiento creen que ser presidente ó gobernador es ser arbitro de los destinos de un pueblo, esta es una derrota plausible porque acaba con las viejas ideas, en que parecen haberse detenido los miembros actuales del Ejecutivo Nacional y porque preparan en el orden nacional la revolucion que se ha hecho en los gobiernos seccionales.

Después de las comparaciones con Inglaterra y Estados Unidos que hemos rechazado entra de nuevo otra cuestion de palabras. Se diserta estensamente sobre el alcance de la palabra *conveniencia* y como si se tratase de

abrumar la escuela utilitaria de Bentham con las doctrinas verdaderas de los últimos tiempos se declara *que lo conveniente no es base de derechos ni impone deberes* (pág. 7 del mensaje).

Lo mas extraño es que esto se aplica al Senado en cuanto á su ningun derecho para inquirir los actos del Ejecutivo. Nuestra constitucion autoriza á las Cámaras para pedir á éste las esplicaciones *que estime convenientes*. Pero *lo conveniente no es base de derechos*, se dice, *lo conveniente* tiene limitaciones, la frase usada por nuestra constitucion no atribuye á las Cámaras el poder arbitrario de obtener todo lo que ellas crean conveniente, sin que haya limite ni otro juicio que el suyo sobre tal conveniencia.

Es decir, el Ejecutivo declara: yo soy el único que puedo decidir si tal ó cual cosa es *conveniente*, yo soy el único que puede estimar la equidad, la justicia y la bondad de la *conveniencia*. Yo soy el árbitro para conocer lo que és y lo que no es conveniente. Al Senado le parece *conveniente* recibir esplicaciones y á mi me parece que no es *conveniente* dárselas. En una palabra para salir del círculo vicioso en que el señor Sarmiento nos quiere colocar es necesario declarar que entre lo que cree *conveniente* el Senado y lo que cree conveniente el señor Sarmiento es necesario decidirse por lo último.

A este poco serio juego de palabras se reduce el comentario constitucional de que nos ocupamos. Es triste decirlo, pero en él está revelado el espíritu terco del gobernante y el amor propio del hombre que lo ha concebido.

Estamos aun bajo la viva impresion que ha de-

jado en nosotros la lectura de las *Cartas* sobre la Prensa del doctor don Juan Bautista Alberdi, como ellas mas popularmente por *«Gacetas Quilleanas»*. Aunque pertenecemos a una generacion nueva que no debe por consecuencia formar parte integrante en las luchas del pasado, sino mirar aquellos sucesos con la frialdad que aconseja el presente, no hemos podido menos de admirar con asombro el profundo talento con que ellas fueron escritas, la lógica terribles sus iracundias que el terreno firme desde que han sido encarriladas las cuestiones que las suscitaron, el brillo peculiar de estilo, la fuerza simple de la puna que delicada como que analiza las contradicciones de la adversacion y rebatido con que lo cubre bajo todas las apariencias del candor mas sarcástico y cómicamente simulado. Es la última que de nueva edicion que de ellas se ha publicado no sea un modelo de tipografía, pero en cambio hemos podido apreciar su esmerada correccion y un precioso retrato del autor debido al lápiz del señor Sadin y tomado de una fotografia hecha en Londres en el mes de Abril del corriente año.

La nueva edicion está precedida de unas cuantas palabras suscriptas por un *liberal*, que hacen honor a su autor no sólo por la perfecta moderacion con que han sido escritas sino tambien por la justicia con que ellas se consagran a hacer desaparecer de la persona del doctor Alberdi la impopularidad con que los odios y las pasiones vulgares de partido han querido rodear su hermoso talento y el carácter de sus actos y de sus escritos. Las *Cartas Quilleanas* están destinadas a vivir siempre en la literatura política de nuestro país. Ellas son la mas se-

vera fección que se ha dado á la prensa que emplea el dictionario y el insulto para convencer al público y confundir al adversario. «Ellas son la protesta mas ardiente y victoriosa que puede hacerse contra esa literatura infernal que la ignorancia vulgar de nuestras sociedades se ha amantado en las pasadas luchas civiles, creando reputaciones de artilleros inconsistentes que la justicia severa de los hechos inqumona tiene por fuerza que desconocer.»

«Eas cartas son poco conocidas en Buenos Aires. Hasta hace muy poco, tan solo las conocíamos por las referencias de sus contemporáneos, y su crónica habia llegado hasta nosotros, sin que hubiéramos podido procurarnos las preciosas páginas que las contenian. Es por esto, que no podemos menos de agradecer al Editor el verdadero servicio que ha hecho á las letras argentinas haciendo de ellas una edicion copiosa que al mismo tiempo que pueda repartirse con profusion por todos los rincones de la Republica sirva para estudiar tranquilamente y sin pasiones mezquinas la indole de ciertos hombres que las injusticias del pasado han tratado de oscurecer.

GILBERTO

La historia de las *Cartas Quillagas* es interesante. Un testigo ocular nos ha narrado, su crónica que vamos á tratar de transmitir á nuestros lectores con toda la imparcialidad que nos corresponde.

La refutacion del doctor Alberdi á la Campaña del Ejército Grande, que el señor Sarmiento le habia dedicado intencionalmente, enasperó el ánimo de este con justos motivos. El golpe habia sido mortal. La contestacion habia agotado todos los recursos de la sátira y la pluma de Alberdi habia rayado en el papel la caricatura del adversario con los rá-

ficos razgos de un Cham y con la culta acrimonia de un Timon. La primera parte de las cartas es la gran parodia de la *Campana*.

Los gritos de la herida fueron tan elocuentes por parte del señor Sarmiento como habia sido punzante el dardo sutil que la causaba. Su espíritu se encespó, tomó formas colosales, midió el cuerpo de su adversario y prorrumpió en un torrente de lava escrita característico en él, si tenemos en cuenta una cualidad remarcable de sus talentos: la labia copiosa con que manifiesta sus pasiones. Alberdi se encontró ahogado por aquella avalancha. Danton y Robespierre, y todas las furias de la revolución francesa no habrían producido una diatriba más sublime que aquella.

El señor Sarmiento no es clásico sino *erudito puro* y sin embargo, es curioso de notar, como en su réplica a las primeras cartas de Alberdi, palpita el más legítimo paganismo haciendo recordar las pasiones del anatema clásico puesto en boca de los Dioses menos el estro de Homero y de Virgilio.

La cultura de lenguaje, la delicadeza del escritor, todos los escrúpulos sociales están desconocidos en la réplica del señor Sarmiento y para que no se dude de nuestra aseveración puede leerse el siguiente párrafo con que ataca al señor Alberdi. « Yd. ha tenido la debilidad de eludir la ley penal por el decoro? pues yo tendré la gentileza de DEGRADAR MI RANGO DE ESCRITOR Y DE INSULTAR LA LEY Y LA SOCIEDAD PONIENDO ESCRITOS INMUNDOS CONTRA USTED. » Si facundo hubiera sabido escribir, no de otra manera hubiera escrito!

La réplica del señor Sarmiento hizo gran sensación en

Chile. Los amigos de Alberdi se enfriaron en su entusiasmo. Los amigos del señor Sarmiento aprovecharon esta frialdad y la convirtieron en éxito para sus afecciones. El señor Sarmiento estaba triunfante y la *vox populi* sancionaba su victoria. Alberdi había enmudecido y todos consideraron que el golpe lo había abrumado. ¿Que hacia? ¿Dónde estaba? ¿Cuál era la causa de su silencio? Este continuaba; días, semanas y meses pasaban sin que respirase. Varios amigos suyos resolvieron buscarlo y decirle la crítica posición en que se encontraba. Lo hicieron, y fueron recibidos en su gabinete donde trabajaba con perfecta calma y tranquilidad. Le manifestaron lo que pasaba en Chile con su persona, y una vez enterado, oyeron con asombro de sus labios que no había leído la réplica del señor Sarmiento, que estaba sumamente empeñado en concluir su proyecto de constitución para la República Argentina y que había previsto que la lectura de las cartas de su adversario, podía distraer su atención poniendo en conflicto la terminación de su obra. En vano fué que sus amigos le manifestasen la necesidad en que estaba de salir cuanto antes de su crítica posición. Su determinación fue irresistible. No hizo la lectura y se dispuso a desocuparse del trabajo que se lo impedía. Estranó si la debilidad de la opinión para condenarlo tan ligeramente y quiso talvez imponerle con su silencio el castigo de su hiejeza. A los pocos días llamó a uno de sus amigos y le manifestó que su proyecto de Constitución estaba concluido y que al día siguiente partía para Quillota a ocuparse de contestar al señor Sarmiento cuya réplica ya había leído. Prometió á sus amigos vindicarse ante la opinion y anonadar á su adversario para siempre. Re-

grésó de Quillota al poco tiempo trayendo un rayo que lanzó de improviso y que cambió el hado próspero de su contendor.¹ Y en efecto, *La complacencia de la Prensa en los guerras civiles de la República Argentina*, que era el título de la contra-réplica, fué fatal para el señor Sarmiento.² Ese hado había presentado infinitad de hechos que menoscababan la reputacion del doctor Alberdi.³ Estos hechos fueron desmentidos uno por uno, con datos tan indignos que toda la opinion reconoció su veracidad. Alberdi en boca del Sr. Sarmiento había sido indigno, instrumento de los gobiernos, mal abogado, mal escritor, ignorante, mal político y en fin dueño de las cualidades mas poco envidiables que se pueden poseer; y el mismo Alberdi, según su expresion, se encargaba de tomar por la oreja al mentiroso, sentarle en el banco de la risa y hacerte desmentirse con sus propios escritos que dejaban á Alberdi bajo el punto de vista de un hombre digno, independiente, buen abogado, brillante y competentísimo escritor, político hábil y en fin con todas las excelentes dotes que las pasiones febriles del señor Sarmiento le habían desconocido.⁴

Las últimas cartas de Alberdi corrieron de mano en mano con un prestigio extraordinario. llamando la atención sobre todo la parte final titulada *Entrenudo Honorable* que es una coleccion crecida compuesta únicamente de elogios de todo orden, debidos á la pluma de su adversario. La crónica cuenta que el Sr. Sarmiento quedó sumamente mal parado. Ofreció cuarenta cartas mas con las que se prometia hundir por siempre á su antiguo amigo, pero solo produjo dos y la mala acogida que recibieron acabó de descorazonarlo para siempre haciéndolo abandonar la esce-

na que lo había arrebatado tan felizmente su adversario.
 Esta es la sencilla historia de las *Cartas Quillitanas*,
 cuya reimpresión acaba de hacerse y cuya lectura no poder
 mos menos de recomendar á los que no lo hayan hecho. En
 ellas se verá que la República Argentina tiene en su literatura
 ingenios de novela cuyos escritos participan del género de
 los que inmortalizaron á Figaro y á Gormenin.

De las cartas sobre la prensa resulta, que hasta el odio
 á Buenos Aires, otro de los cargos vulgares con que se ha
 querido combatir á Alberdi, nadie lo ha expresado como el
 actual Presidente de la República en los siguientes párrafos
 que insertamos.

«Eranoside han pedido á Buenos Aires las provin-
 cias que des dejaso pasar un poco de civilizacion, de indus-
 tria, de poblacion europea, una política estúpida y colonial
 se hizo sorda á estos clamores. Pero las provincias se ven-
 garon mandándole en Regas mucho y demasiado de la barba-
 rie que á ellos le sobraba. Tanto cara la han pagado los que
 decian: *La República Argentina acaba en el Arroyo del Mer-
 dio.*» (Sarmiento: *Facundo*, páj. 23, 1.^a edicion.)

«Tucuman tiene hoy una grande explotacion de azúcares
 y licores que podría permular por las mercaderias europeas
 en esa ingrata y torpe Buenos Aires desde donde le viene
 hoy el movimiento barbarizador.» (Sarmiento: *Facundo*,
 páj. 233, 1.^a edicion.)

«Eh! vergüenza de Buenos Aires, os habeis hecho la
 guarida de todas las alimañas que Paz hace huir del inte-
 rior.» (Sarmiento: *Facundo*, páj. 195, 1.^a edicion.)

«Dirésclo á Vd. al oído, sé de provinciano, porque el
 pueblo de Buenos Aires, con todas sus ventajas es el mas

Albano que existe en América: » (Sarmiento: Sud América, tomo 2.º, núm. 2.º de Mayo de 1851) han sido y son otros. Después de estas inscripciones, todo comentario nos parece inútil, pues la justicia no puede dudar sino un punto que no corresponde repetir, y obvia al que se hizo en su lugar. Unos incidentes o benevolencia con los que no puede en la obligación de ocuparnos por tercera vez en esta Revista del Sr. Sarmiento. Si embargo, el lector encontrará la razón en los mismos sucesos que de por sí han venido justificándose a sí mismos, y de la importancia del mensaje del Ejecutivo al Senado es más que sobrado motivo para demostrar la razón de haberlo analizado. Así como la notable reimpresión del opúsculo del Sr. Alberdi era un bello tema para complementar esta breve reseña de los acontecimientos del mes, el no oportuno supeditado al señor B. como un digna importancia tiene para nosotros de la última carta que el Presidente de la República ha dirigido al señor ex ministro del Culto, Dr. Avellaneda, así es que esta importante y justificada atención que merece prestarse. Por otro lado, y a la prensa diaria se ha ocupado de ella con más de una aprobación de sus vistas, así es que nosotros no somos los primeros en poner nuestras manos sobre ese documento oficial. Si como es una falta, y la misma en algunos discípulos, pues reconocen su generalidad, es así el día atacará los Ejecutivos. No seamos, pues, sino unos de tantos que pelean contra el poder y contra la guerra. El Dr. de la C. de esa guerra periodística y parlamentaria que es una eterna y perpetua asalto al gabinete del P. En la República Argentina, ¿hay o no hay razón para ella? El señor Sarmiento cree que no existe justicia en la

oposición que se le hace. Esto es natural; el señor Sarmiento nunca podía haber pensado de otro modo. La naturaleza humana es rebelde siempre para confesar los propios pecados por más que los Evangelios le enseñen y al señor Sarmiento aunque presidente ha sido primero hombre que no

Da, esta diferente apreciación de virtudes resultan dos cuestiones: ¿el señor Sarmiento tiene razón y su gobierno es intachable, o no lo tiene y la oposición que se le hace es merecida? La respuesta que se da es: no lo tiene y la oposición que se le hace es merecida.

Por otra parte en todo país libre existen sujetos que gobiernan y opositores, y esto también es lo que se reproduce entre nosotros no debe llamarnos la atención. Cuando el señor Sarmiento no era presidente sino periodista, su tema y su ley fue hacer la guerra a todos lo que no pensaron como él, desde la honrosa lucha que sostuvo en la prensa contra la tiranía hasta después de la caída de Rosas cuando fué su ocupación diaria. El ha dado el ejemplo más y no debe extrañar que se le imite.

Entre nosotros la guerra a los Ejecutivos ha tenido y tiene motivos justos. La mayor parte de nuestras calamidades las debemos á ellos y no es una mala voluntad como se dice, la oposición que se les hace. El mecanismo y el carácter del P. B. ha sido tristemente quebrantado tanto en el orden provincial como en el nacional. Sus siglas se apropiaron á despecho de las instituciones federales ser el astro fijo del sistema político y en el Sr. Sarmiento, esta afección una novedad como lo prueban estas palabras suyas: «La República Argentina está geográficamente constituida de tal manera que ha de ser unitaria siempre aunque el título de la botella diga lo contrario. Su llanura continua, sus ríos

«confluente á un puerto único, la hacen fatalmente una, e indispensable para la vida...» (1). Se nos dirá que el *rotul de da bde lla* ya viene en el mismo paraje del señor Sarmiento y que como le he escrito por fuerza tiene hoy que ser federal por fuerza piero no hecho es que los actos de su gobierno responden al párrafo. ¿Insisto y qué si piensa como se piensa en el año 73? ¿Si hace como pensaba en el 52? (2).

(1). En la carta que escribimos el mismo autor se le carga por medio de edmparaciones indirectas y fáciles de tomar asiento al lado de Lincoln y Grant. Se mejanse empeñó en explicarlo aunque no se justifica porque el señor Sarmiento no debía nunca calumniarse haciendo comparaciones con su persona que nadie hace sino él y siendo esta la razón mas como elayente para demostrar su época exactitud. En el terreno de las comparaciones la cuestión de apreciación puede surgir fácilmente y no sería extraño que otros crean que lejos de tener el gobierno del señor Sarmiento analogía con los de Lincoln y Grant la tiene por el contrario estados que pudieron haber hecho Seymour y Greeley (3).

(2). Se defiende la reelección al menos se dice que ella es esplicable. La *mas triste desgracia* de los americanos es el artículo constitucional que la establece. Seymour y Greeley y la mala composición de sus partidos jamás justifican las reelecciones que se han hecho al Honorable electo de Grant no es el fruto del sentimiento de conservación que existe en los Estados Unidos como lo dice el señor Sarmiento sino la obra de los partidos que están en el poder. Allí como aún existo el caudillaje de la prensa y de

1. *Puando*. 1.ª edición pag. 125 y 110.

la tribuna, los directos esclavistas, los gobiernos electores y el despotismo del poder. Bien altamente lo demuestran los escritos del obispo Hopkins, Baxter, Lieber y Seaman. Allí se entienda porque los gobiernos trabajan para ellos. No es como dice el señor Sarmiento porque *nosotros* lo que queremos es que el pueblo conozca la razón no se ha de buscar con místicos. Con la luz que se da en el mundo se puede encontrar la verdad.

Esto de querer ventilar las altas cuestiones de Estado por medio de refutaciones es de una sublimidad exquisita. Mas vale un conocido que un desconocido. En esta ocasión la profunda razón que justifica las reelecciones es la doctrina de derecho Constitucional. En el primer principio se puede ir mas lejos, porque como el electorado es conocido, mas conocido será en el segundo periodo y mucho mas conocido será á medida que siga gobernando, lo que cada vez irá robusteciendo mas y mas el derecho de gobernar por ser muy conocido y el señor Sarmiento extraña la oposición que se le hace y se considera competente en materias constitucionales. Si el electorado es conocido y el gobierno es conocido.

Si sobre estas razones se funda la falta de energía histórica y de poder del gobierno como que tan imperceptiblemente increpa al señor Sarmiento á sus adversarios. Son opositores sistemáticos porque no niegan los hechos de un gobierno que niega á las Cámaras el derecho de llamar á los Ministros del Ejecutivo á responder de sus actos; lo son porque no abdican de la moralidad de sus ideas, rechazando indignados el proyecto que pensaba premiar la cabeza de un caudillo rebelde como si se venía de una nación civilizada fuéramos una tribu de bárbaros ó de pieles rojas. Lo son por que se critica la falta de energía que ha tenido el mismo

gobierno para derrotar a los geles que abusando de su preste se bocaban la opinion popular en provincias hermanas: son en fin opositores de voluntad como se les llama, porque no han aceptado los actos del gobierno nacional con la inatibilidad de los fallos del Profeta.

Por esto esclama el señor Sarmiento:

"En el Congreso y en la prensa nuestros hombres de Estado y las que aspiran á serlo, toman por plataforma propicia para adquirir prosélitos, todo lo que puede dañar, emborazar ó descreditar al Ejecutivo."

Nos pareció inútil refutar de nuevo las comparaciones que se hacen de nuestro país con la Inglaterra... Aquí se nos imponen los Ministros y allí los levanta el voto popular por medio del apoyo que reciben de las mayorías parlamentarias. El día que estas mayorías faltan caen los Ministerios. Entre nosotros es el apoyo del pueblo el Ministerio se mantiene siempre y es necesario un conclave de gabinete u otro de igual naturaleza para que las crisis se produzcan.

Hay un punto sin embargo de la carta del señor Sarmiento en que estamos de acuerdo y es la diferencia que existe entre lo que se promete en los programas de candidatos y lo que se hace después que se conquista el poder. Tenemos muchos ejemplos de esta diferencia y el último lo podemos ver al comparar los actos del gobierno que ha hecho el autor de la carta que analizamos con los bellos programas de su candidatura.

El señor doctor don Luis V. Varela ha publicado las primeras anotaciones de sus concordancias y fundamentos del Código Civil, obra que honra á su autor por la laboriosidad que ofrece el pesado trabajo que se ha impuesto. Per-

suadidos de las inmensas ventajas que ella puede proporcionar, nos en asegurar que tanto para los hombres que se han envejecido estudiando la ciencia del derecho como para los que se inician actualmente en ella, la obra del doctor Varela va a ser de una preciosa utilidad. Su autor debe comprenderlo así y hacer todo lo posible por terminarla brevemente para que entre a prestar los servicios que de ella se esperan.

El cuatro de Setiembre una numerosa y selecta concurrencia acompañó al Cementerio de la Recoleta al cuerpo del benemérito General don Emilio Conesa, arribado a la patria en todo el vigor de sus años por la penosa enfermedad que ha tiempo lo aquejaba.

La muerte del ilustre soldado ha causado profundo duelo en Buenos Aires y el mejor galardón a su memoria es el justo tributo que han rendido á sus méritos la prensa y los hombres de todos los partidos.

El General Conesa vivirá eternamente en el corazón de todos los argentinos y las generaciones venideras señalarán en la historia de sus hechos ejemplos de bravura, de patriotismo y de honradez.

El 24 del corriente, aniversario de la batalla de Tucumán, se inauguró solemnemente la estatua ecuestre del General don Manuel Belgrano, bronce fundido en París bajo la dirección del señor Santa Coloma.

Nos parece inútil abrir un juicio sobre el mérito del trabajo cuando la opinión pública que pocas veces se equivoca lo ha formado ya con tanta justicia. Sentimos de veras faltar de espacio en este número para ocuparnos de la fiesta que tuvo lugar.—Nos limitaremos pues á decir que la com-

currencia fué numerosa y selecta y que el pueblo todo á cuyo costo se ha levantado ese monumento, ha probado cuan profundo es el recuerdo que conserva al ilustre ciudadano que pasa en bronce á la veneracion y al respeto de las generaciones futuras.

Al pié de esa estatua no vendrán los poetas á esclamar como el bardo moderno al pié de la columna Vendome

“Oh monument vengeur!”

sinó á elevar himnos de fraternidad para que los hijos de la patria argentina tomen ejemplo de sus padres y para que la estirpe de los Washington y de los Belgrano jamás se estinga en los paises republicanos.

Sentimos vivamente no podernos ocupar de los discursos que los señores Sarmiento, Mitre, Acosta y otros señores pronunciaron, pero lo haremos sin falta en el número próximo pues ellos tienen interés permanente por su carácter literario é histórico y por la importancia de las personas á quienes pertenecen.

Hemos recorrido con verdadero interés la coleccion de poesias que ha dado á luz el señor don Martin Coronado y como para ocuparnos de ella tampoco tenemos espacio, lo haremos en el número próximo con la estension que merecen. Sin embargo desde ahora cumplimos con el deber de felicitar á su autor pues creemos con sinceridad que la literatura argentina ha recibido un nuevo y rico presente con la coleccion que le ofrece el señor Coronado.

Buenos Aires, Setiembre de 1873.

LUCIO VICENTE LOPEZ.



[illegible]

El estudio de los países europeos muestra que la mayoría de los países europeos han alcanzado un nivel de desarrollo que les permite competir en el mercado mundial. Sin embargo, algunos países europeos aún necesitan mejorar su competitividad. Esto se debe a factores como la falta de inversión en investigación y desarrollo, la baja productividad y la falta de innovación. Por lo tanto, es importante que los países europeos tomen medidas para mejorar su competitividad y así poder competir en el mercado mundial.

El primer punto de vista que se debe tener en cuenta es el de la importancia del estudio de la literatura en la formación del hombre. La literatura es una de las formas más importantes de expresión cultural y artística de una sociedad. A través de ella se transmiten los valores, las ideas y las emociones de una época. Por lo tanto, el estudio de la literatura es fundamental para comprender la historia y la cultura de un pueblo.

Hemos recibido con verdadero interés la colección de
cartas que ha dado á luz el señor don Martin Gonzalez,
y como para ocuparnos de ella tampoco tenemos espacio
de hacerlo en el número próximo por la extensión que ocu-
pan. Sin embargo desde ahora cumplimos con el deber
de facilitar á su autor pues creemos y lo sustentamos por la
literatura argentina ha recibido un nuevo y rico presen-

6.5.4. The groups G and H are both solvable

... and ...

IV. OTHER RESULTS

As a consequence of the above results, we obtain the following theorem (see [10]).

THEOREM 4. Let \mathcal{H} be a Hilbert space and let T be a bounded linear operator on \mathcal{H} . Then, the following conditions are equivalent:

- (i) T is a normal operator.
- (ii) T is a self-adjoint operator.
- (iii) T is a normal operator and $T^2 = 0$.
- (iv) T is a normal operator and $T^3 = 0$.
- (v) T is a normal operator and $T^4 = 0$.
- (vi) T is a normal operator and $T^5 = 0$.
- (vii) T is a normal operator and $T^6 = 0$.
- (viii) T is a normal operator and $T^7 = 0$.
- (ix) T is a normal operator and $T^8 = 0$.
- (x) T is a normal operator and $T^9 = 0$.
- (xi) T is a normal operator and $T^{10} = 0$.
- (xii) T is a normal operator and $T^{11} = 0$.
- (xiii) T is a normal operator and $T^{12} = 0$.
- (xiv) T is a normal operator and $T^{13} = 0$.
- (xv) T is a normal operator and $T^{14} = 0$.
- (xvi) T is a normal operator and $T^{15} = 0$.
- (xvii) T is a normal operator and $T^{16} = 0$.
- (xviii) T is a normal operator and $T^{17} = 0$.
- (xix) T is a normal operator and $T^{18} = 0$.
- (xx) T is a normal operator and $T^{19} = 0$.
- (xxi) T is a normal operator and $T^{20} = 0$.
- (xxii) T is a normal operator and $T^{21} = 0$.
- (xxiii) T is a normal operator and $T^{22} = 0$.
- (xxiv) T is a normal operator and $T^{23} = 0$.
- (xxv) T is a normal operator and $T^{24} = 0$.
- (xxvi) T is a normal operator and $T^{25} = 0$.
- (xxvii) T is a normal operator and $T^{26} = 0$.
- (xxviii) T is a normal operator and $T^{27} = 0$.
- (xxix) T is a normal operator and $T^{28} = 0$.
- (xxx) T is a normal operator and $T^{29} = 0$.
- (xxxi) T is a normal operator and $T^{30} = 0$.
- (xxxx) T is a normal operator and $T^{31} = 0$.
- (xxxxi) T is a normal operator and $T^{32} = 0$.
- (xxxxii) T is a normal operator and $T^{33} = 0$.
- (xxxxiii) T is a normal operator and $T^{34} = 0$.
- (xxxxiv) T is a normal operator and $T^{35} = 0$.
- (xxxxv) T is a normal operator and $T^{36} = 0$.
- (xxxxvi) T is a normal operator and $T^{37} = 0$.
- (xxxxvii) T is a normal operator and $T^{38} = 0$.
- (xxxxviii) T is a normal operator and $T^{39} = 0$.
- (xxxxix) T is a normal operator and $T^{40} = 0$.
- (xxxxxi) T is a normal operator and $T^{41} = 0$.
- (xxxxxii) T is a normal operator and $T^{42} = 0$.
- (xxxxxiii) T is a normal operator and $T^{43} = 0$.
- (xxxxxiv) T is a normal operator and $T^{44} = 0$.
- (xxxxxv) T is a normal operator and $T^{45} = 0$.
- (xxxxxvi) T is a normal operator and $T^{46} = 0$.
- (xxxxxvii) T is a normal operator and $T^{47} = 0$.
- (xxxxxviii) T is a normal operator and $T^{48} = 0$.
- (xxxxxix) T is a normal operator and $T^{49} = 0$.
- (xxxxxx) T is a normal operator and $T^{50} = 0$.

ÍNDICE DEL TOMO VI.

	<u>Páginas.</u>
Nuestro primer historiador, Ulderico Schmidel, su obra, su persona y su bibliografía—por el doctor don Juan María Gutierrez.....	3
Segunda lectura de don Estéban Echeverría en el "Salon Literario"—inédita—Véase el t. V, pág. 229 de esta Revista.....	73
Noticias sobre un libro curioso y rarísimo, impreso en América al comenzar el siglo XVII—Noticia de este libro, por el doctor don Juan María Gutierrez.....	86
El año XX—Cuadro general y sintético de la Revolución Argentina, por el doctor don Vicente F. Lopez, (continuación).....	106, 231, 432 y 581
El sueño de Eulalia contado á Flora y noticias sobre su autor, por el doctor don Juan María Gutierrez.....	175
Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades— Memoria del vicepresidente en el primer aniversario de su instalación—El almirante Vernon en las aguas de Nueva-Granada—1739—1741—(Criterio histórico de las catorce medallas batidas por los ingleses para conmemorar la toma de Puerto-bello, y las supuestas de Cartagena y Cuba, por el doctor don Angel J. Carranza.....	192

Noche de Luna—por don Luis Rodriguez Velazco—chileno.....	230
Biblioteca de escritores en verso, nacidos en la América del habla español, la, antiguos y modernos—Primera série, por el doctor don Juan M. Gutierrez, (conclusion)	335
Viajes inéditos de don Félix de Azara, desde Santa Fé á la Asuncion, al interior del Paraguay y Pueblos de Misiones, con una noticia prelimi- minar por el general don Bartolomé Mitre, (continuacion).....	410
Poesia sud-americana—A vista del Niágara, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda—(cubana).....	425
La Leontina—por la señora doña Juana Manuela Gorriti.....	499
Revista de Setiembre, por el doctor don Lucio Vicente Lopez.....	609





